SEVILLA.—Domingo 6 de Noviembre de 1887.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO I. | SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS | NÚM. 1.º

SUMARIO

PERECITO

Sale á campaña Perecito, y en cumplimiento de la cortesía que á todos debe, dirige á sus lectores, con sincero afecto, el más cordial saludo; él, que de charlatán se precia, no creáis que os endilgará un discurso lleno de altisonantes frases, pues sabed que Perecito es llano como ninguno, campechano como el que más, naturalote y á la pata la llana como el más candoroso campesino, y si de saludos le hablan prefiere siempre el sincero apretón de manos á los ringorrangos y genuflexiones que las etiqueteras costumbres suelen exigir. Cuéntese, pues, por dado el apretón, y adelante.

Sábete, mi querido lector, por si acaso alguna maliciosa preguntilla te salta en la mollera, que Perecito no acude á la palestra con enojosas ínfulas de estirado dómine, ni tiene achaque de corregir defectos, ni sintió jamás aficiones, que á pedantería trascienden, de enderezar entuertos lanza en ristre, como diz que hiciera el Caballero Manchego: modesto por nacimiento, ni calza espuelas, ni cabalga en brioso corcel, ni embraza adarga, que bien pudieran los yelmos recordar al de Mambrino, y el fiero alazán convertirse en flaco Rocinante ó atarugado Clavileño, cayendo en tierra las ilusiones que en mal hora abrigase; más prefiere este vuestro servidor la llaneza villana de Sancho, que á positivos fines se encaminaba, y elige con alegre semblante las alforjas rellenas de estomacales cebollas que el buen escudero con tanto afán guardaba, acogiéndose á sus ruidosas carcajadas con mejor gusto que á las filípicas entusiastas de D. Quijote, aunque éstas estén tan bien aderezadas y compuestas como el mismísimo discurso sobre las armas y las letras.

No para entonar tiernas endechas de amor, no para cantar guerreros himnos nació Perecito, sino para reir con holgura á mandíbula batiente siempre que la ocasión se preste y que el debido respeto no lo impida. Del amor opina en tal guisa, que cualquiera que no le conociese le creyera un escéptico en la materia, aunque yo para mí tengo que esto sólo obedece á su misma infantil naturaleza; y de guerreros himnos entiende que en balde cantará las generosas lides, si al mirar su curvilíneo abdomen (porque habéis de saber que Perecito es barrigón) considera cuánto se incomodaría «con la opresión de la abrasante malla:» Perecito es lo más pacífico que he visto, y tanto le da á él de Marte, como de Cupido, como de cualquier mortal.

Él se dice para su sayo, según yo me he llegado á sospechar: «La vida es fandango y á bailar tocan.» Y si no es esto, lector, lo que dice, bien me lo parece á mí, pues me consta que su buen humor nunca falta, y que pudiera suponérsele la personificación de la alegría.

Si de defectos quieres saber algo, hélos aquí, que no desmentirá él su franca modestia ocultándotela: un tantico malicioso y algo de entrometido; adolece quizás también de tener sus puntas y ribetes de descarado, y su poquito de curiosidad más ó menos pertinente, según los casos, y pare usted de contar; pues ó yo soy torpe en ver defectos, ó la amistad me ciega, ó no hay más, pues en aquilatar su inteligencia no me meto.

Y héte aquí que ya he dicho bastante y concluyo. Pero antes, conste que entre sus buenas cualidades la más digna de encomio es la de preciarse justamente de ser el mejor amigo, y como tal se ofrece á tí, querido lector, sinceramente, como el más seguro, etc., etc.,

Perecito.

CRÓNICA

Ha salido Perecito.
Aleluya.

* * *

¡Mes de Difuntos!

«Recordar es vivir,» ha dicho el poeta.

Justo es, pues, no olvidar á los que nos amaron, á los que descansan en el *campo de la verdad.*

Otro malogrado poeta sevillano exclamaba con profunda amargura:

«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

Y un profundo filósofo, volviendo por activa la frase, dijo: «¡Qué solos se quedan los vivos!»

Mas como el pensamiento, al igual de la fortuna, nunca llega á clavarse, no faltó quien diese á la idea esta otra forma: «¡Qué solos se quedan los pobres!»

Entre tantas soledades y *soleariyas* está la vida.

Siga la ópera.

* * *

—Recordar es sufrir,—dice el mundo:—olvidemos.

Y al efecto, en el primer domingo de Noviembre inaugura sus bailes de máscaras.

Si, como dijo el nunca bastante llorado *Fígaro*, «El mundo todo es máscaras, todo el año es Carnaval,» no arranquemos las caretas á los aturdidos: que bailen, y beban, y gocen, y triunfen.

¡Ahí es nada arrancar caretas!

Intentarlo no más costaría un ojo de la cara.

Tapa, tapa, Perecito.

* * *

¿Nos quedamos solos? Busquemos compañía.

Compañía alegre, bulliciosa, apasionada, ¿dónde hallarla mejor que en la Plaza de Toros?

Y allá vamos, sin temor á la lluvia ni á los *camelos.*

El *Gallito* da largas, que ya quisieran saberlas imitar nuestros eximios gobernantes.

El *Espartero* se tira á matar, ni más ni menos que como tratan de salvar a la humanidad los anarquistas: aguantando.

Por eso los que ven los toros de tal manera jalean y aplauden.

Y nadie se acaba de enterar.

* * *

En este infierno de pasiones, donde todo se pone en tela de juicio sin que se sepa maldita de Dios la cosa; donde el más sabio ateneista lo juzga todo *música celestial*, lo mas

Y el muy sandio hablaba de cosas tan graves, riéndose como un bienaventurado.

VII

—Quien da primero da dos veces; entrar riñendo es el medio mejor para que no le riñan á uno, y bien reza el refrán que reza que los duelos con pan son menos. Y quien dice duelos, dice burletas.

Tales sentencias se repetía Manuel mientras, sentado en baja silla y amarrándose los brodequines, daba vueltas en su magín á una idea endemoniada que se le había ocurrido para dar á entender á sus amigos que todas las luctuosidades de la noche anterior habían sido pura guasa. Vamos, que se *había quedado* con ellos.

Eran las siete y media: rebujadito en su capa iría en busca de un impresor y le encargaría que con toda premura le hiciese hasta diez ó doce esquelas mortuorias en las que se avisase: primero, que D. Manuel Vélez y Candial había muerto; segundo, que el transporte de su cadáver al cementerio de San Fernando tendría lugar aquella mañana á las once; tercero, que el duelo recibía y despedía en la casa mortuoria. Á las nueve ó nueve y media podían quedar entregadas las esquelas á los amigos más íntimos, y á la hora de la cita tendría Manuel preparado un opíparo almuerzo, servido por el restaurant Suizo.

¡Oh! ¡Lo que se iba á reir!...

Todo quedó dispuesto conforme lo pensó: repartidas las esquelas, avisados los sirvientes, encargado el almuerzo.... Disfrutando lo que no es decible por el éxito que le calculaba á su broma, y vestido con traje de etiqueta, arrellanóse Manuel en una butaca esperando que los amigos llegasen, tan serios, tan enlutados, quizá llorosos....

¡Á ver quién era el que se iba á divertir más!

. . . .

¡Pobre Manuel!

Aquella mañana almorzó solo. Era éste el primer caso que se daba: la primera vez que dejaba de partir el pan y la sal con algún parásito.

¡Oh! ¡La amistad!. . ¡La amistad!

Sentimiento divino: llama del Cielo: noble unión de las almas, sin rivalidades ni egoísmos.... Todos estos piropos, y otros más rimbombantes aún, dedican á la amistad los poetas en expansiones de cadencioso hipo.

AMANTE LAFFÓN.

MADRIGAL

Sentada en un jardín, entre mil flores,
Una preciosa niña se encontraba,
Cuando el sol declinaba,
Despidiendo sus últimos fulgores.
Entre sus lindas manos retenía
Un pajarillo que infeliz gemía
Ansioso de volar por el espacio,
Y al que compadecía
Viéndolo prisionero, triste, lacio,
Y próximo á ser presa de la muerte,
Como continuara de tal suerte.
Compasiva la niña, dióle un beso,
Dejó volar al preso,
Que de sus manos se escapó al instante,
Y que, de gozo y de placer radiante,
Mientras alegre sin cesar volaba,
Á la niña dichoso saludaba.

† JOSÉ SAINZ CALVO.

Á UNA DESCONOCIDA

Señorita doña N....
Me encarga don Fulanito
Que le escriba á usté unos versos
Y estos versos la dedico.
Son malos ¡qué le he de hacer!
El encargo he recibido
Tan así.. . de sopetón,
Que ni sé lo que me digo.
Por lo tanto, señorita,
Si no le gusta este escrito
Lo lee usted y lo arroja
En el rincón del olvido.
Mas si usted, como presumo,
Suspira cual yo suspiro
Por alguien que no conozco
Y que en mi mente imagino,
Consérvelos, que en la vida
Se dan casos imprevistos,
Y suceden cosas tales
Que se tienen por hechizos.
Cosas más raras que ésta
Los viejos dicen que han visto,
Y de cosas asombrosas
Se han escrito muchos libros.
El mundo da muchas vueltas,
Según se sabe de antiguo,
Y envueltas en ellas vamos
Y dando vueltas vivimos.
Ayer se cayó una torre
Que era asombro de los siglos;
Hoy se halla en la miseria
El que ayer fué grande y rico;
Un loco dice verdades,
Y algún sabio desatinos;
Un hijo á su madre mata,
Y un padre abandona á un hijo;
Una mujer que era buena
Se ha encenagado en el vicio,
Y otra que fué muy judía
Se convierte al cristianismo.
Han reñido dos hermanas
Por casarse con un *primo*,
Y con *el breve* del Papa
Se casan sobrina y tío.
El lugar que fué palacio
Hoy es *corral de vecinos;*
Unos se llevan lo ajeno
Y otros se llevan.... un *mico*.
El granujilla de ayer
Hoy es un todo un *señorito*,
Y la hija del verdugo
Se enlazó con un ministro.
Un burro con forma humana
Sienta plaza de hombre listo,
Mientras un sabio se muere
Porque sabe lo que ha dicho.
El burro dió muchas coces,
El sabio verdades dijo;
El uno subió á la cumbre,
El otro bajó al abismo.
También pudiera citar
Mil ejemplos que he leído
En libros que no recuerdo,
Y por eso los suprimo.
Ahora, pues, si usted no opina
Como en este asunto opino,
Se lo cuenta usted al mozo
Que los versos me ha pedido;
Mas le juro por quien soy
Que lo que siento lo digo,
Y lo escrito, escrito está,
Y no retiro lo escrito.

RICARDO PARODY.

CANTARES

I

¿Qué importa que se enlodara,
Si lloró y es buena ya?
También forma con el lodo
La golondrina su hogar.

II

La gloria de los tiranos
Con los tiranos acaba;
Porque el llanto de los pueblos
Deja marchitas sus palmas.

III

Muchas gentes tras el muerto
Iban llorando, llorando;
Y yo lloraba también;
Era de envidia mi llanto.

IV

Al salir todas las tardes
Muy triste del cementerio,
Porque se queda contigo
Envidio al sepulturero.

V

Era blanco el ataud
Y de blanco iba vestida;
Cuando la ocultó la losa
¡Todo fué negro á mi vista!

VI

Bajo el cristal de los mares
Los escollos y los sirtes:
Bajo la frente del hombre
Nadie sabe lo que existe.

VII

Hay dentro de mí un verdugo
Que se llama pensamiento,
Y más aprieta el tornillo
Cuanto más lágrimas vierto.

J. I. S. DE URBINA.

MENUDENCIAS

—¿Adónde vas?
—Á aburrirme soberanamente.
—¿Cómo así?
—Calcúlate: voy á un estreno.
—Tienes razón; te compadezco.

Un forastero:
—¿Dónde está el café de Silverio?
—Frente al Instituto, en la calle Amor de Dios.
—¿Entonces lo han mudado?
—Nó; pero se hace la competencia.
—¡Qué de cosas se ven en esta Sevilla!

PERECITO. Periódico ilustrado satírico-literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario, que costará **15 céntimos**.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

acertado es hacer una obra buena oyendo música celestial —en el buen sentido de la palabra—en el teatro de San Fernando.

Un concierto de ángeles, cuyas notas se convertirán en pan de la inteligencia.

Naturaleza, Arte, Religión: trinidad augusta realizando una obra humana.

No cabe mejor empleo.

¡Digo yo!

* * *

Hermoso recuerdo á los que fueron padres de nuestro idioma está consagrando el Sr. D. Luís Montoto y Rautenstrauch en la Academia Sevillana de Buenas Letras, dando lecturas de su libro en prensa sobre modismos españoles.

La explicación de estas frases, alma de nuestra lengua, es tarea grande y difícil sobre toda ponderación.

Así se sabrá cuántas son cinco, y no se andará en haches y en erres por quítame allá esas pajas.

Un trabajo de mil flores.

* * *

Solos se quedan los pobres cuando una epidemia azota y no hay autoridades celosas.

En Sevilla estamos bien, gracias á Dios; no tenemos motivo de queja, *mayormente*.

Pero la viruela viene diezmando hace meses nuestra población, y la difteria se ceba de un modo atroz en los niños.

Si los grandes cargos imponen gravísimas responsabilidades, fijen su ilustrada atención las autoridades en este vital asunto.

Y basta.

* * *

La viruela, ese emisario de la muerte y de la fealdad, podrá ajar los rostros de las bellas, pero nada puede contra la gracia de las sevillanas.

Una de éstas, que fué muy hermosa y ha quedado horriblemente desfigurada, entró anteanoche en una tienda de calle Francos.

Un cajero:

—¡Ay! ¿qué es eso? ¿le han dado á usted viruelas?

La jóven:

—Sí, pero han sido locas.

Y dislocó al hortera con una mirada de basilisco.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

QUEJA

A MI AMA

(Carta, que un gato *inocente*
dirige á su ama insolente
porque de echarlo trató.
He copiado exactamente
lo mismo que él escribió.)

Señora: he oído decir
al cocinero malvado,
que el día menos pensado
de su casa he de salir
por lo mal que me he portado.

Y espero que no despida
á un gato antiguo, por que
yo la estoy sirviendo á usté
desde que vine á la vida,
y esto es algo, ¡ya se ve!

¿Que un queso cogí á deshora
cierta noche, por estar
malo, y lo iban á tirar?
¿Tiene este lance, señora,
algo de particular?

¿Que cuando está usted comiendo,
ó, lo que es igual, cenando,
siempre la estoy fastidiando
y siempre la estoy pidiendo
de lo que está usted tomando?

¿Que ayer me oriné en la estera
del cuarto de don Fermín,
y me estoy quedando fuera
porque me hace *tilin*
la gata de la portera?

¿Que soy muy enamorado?
¿Que no puedo ser más feo?
¿Que me encuentro hecho un fideo?
¿Que el día paso en el tejado
entregado al devaneo?

¿Que no dejo un mueble sano
en la casa, y que me como
todo lo que viene á mano?
¿Que soy, señora, un villano
y un pillo de tomo y lomo?

¿Que una noche no ha dormido
porque armé mucho ruido
riñendo con *Mustafá*,
gato que pretende á
la gata que he referido?

Es verdad, no me incomodo,
pues tiene usted sus razones
al tratarme de ese modo.
Mas.... écheme, y los ratones
se lo van á comer todo.

Micifuz.

Por la copia,
SERAFIN ÁLVAREZ.

SONETOS

I
Filosofía pura.

Cuando niño, en mi torpe inexperiencia,
ansioso de hombrear desde temprano,
¡quién fuera un hombre ya! pensaba ufano,
sin saber el valor de mi inocencia;
Llegué á la plenitud de mi existencia,
y al ver mi desengaño soberano,
envidiaba las canas del anciano,
pues con ellas tendría su experiencia;
Hoy, siendo anciano y viendo que en el mundo
sólo la infancia goza de reposo,
con pena lloro mi niñez perdida.
Esto escuchó un filósofo profundo
y exclamó en tono grave y sentencioso:
—¡Esta es la humanidad! ¡Esta es la vida!

II
A una vieja presumida.

Vano es tu esfuerzo si ocultar procuras
las huellas de la edad con coloretes,
que aunque sólo á ocultarlas te concretes
se conocen muy pronto tus pinturas.
Sé que mil amorosas aventuras
osada como pocas acometes,
y sé también que á tal te comprometes
para dar que decir con tus locuras.
Mas no me extraña que, amorosa, rindas
al que desde hace tiempo te enamora,
sintiendo del amor el sacro fuego;
Que aunque amor á las feas hace lindas,
al ver que hay en el mundo quien te adora
se conoce muy bien que amor es ciego.

JOSÉ SAINZ CALVO.

ORIENTAL

«Sultana del alma mía,
sal á la reja, sultana,
entreabre la celosía,
deja el sueño hasta mañana
porque ya se acerca el día.

Sal, sultana sandunguera,
¿quién te quiere más que yo?
Por tí sola, ¿no me dió
tu padrastro, hecho una fiera,
un palo que me dobló?

Y cierto municipal,
oyéndome decir esto
de «sal, sal,» el animal
¿no quiso cobrarme impuesto,
creyendo que vendía sal?

¿No paso yo esto por tí,
queridísima sultana?
Pues no me faltes, hurí,
asómate á la ventana;
haz ese favor por mí.»
Mientras la mora dormía,
su padre al moro escuchaba,
éste su canción seguía,
y cuando no lo esperaba
se entreabrió la celosía.
—«Ella sin duda ha de ser,»—
se dijo el moro al creer
oír el eco de su voz;
y vió al padre aparecer,
que lo puso de agua ¡atroz!
Y calándose el turbante,
murmurando—«¡buena es ésta!»
con cabizbajo semblante
siguió la calle adelante
diciendo:—¡Se aguó la fiesta!

JOAQUÍN ÁLVAREZ.

DISTINTAS CLASES DE JUEGOS

Es una idea muy antigua y de condición altamente egoista y positiva, por lo cual parece producto de uno de los cerebros que posee el siglo XIX para mayor honra y gloria de la humanidad, la de que todos los nacidos debemos encaminar nuestros trabajos al bien entendido fin de pasar la vida lo mejor que nos sea posible; y tal vez inspirados por este laudable pensamiento inventaron los hombres el juego, para olvidar en sus volubles azares las muchas rabietas que la malhadada condición humana nos propina.

Gran cosa es, á no dudarlo, el juego; porque no pudiendo el hombre separarse ni por un momento de los percances que durante su existencia observa y sufre, ha hecho en él una especie de simulacro, en que se representan, de una manera ficticia, hechos de la vida real.

En efecto, ¿qué es el Congreso, por ejemplo, sino un juego de ajedrez? Allí vemos dos partidos en lucha, ministerial y de oposición, que son, como quien dice, *blancas y negras:* el *rey* es pieza que no entra en lucha; la *reina* está representada por el cabeza de partido, y hay *torres* que atacan de frente, y *alfiles* que lo hacen de soslayo, como si dijéramos, por lo suave, y un gran número de *peones*, que por lo general no sirven más que de defensa, pero que á veces deciden un juego. ¿Qué fué Napoleón I, sino un peoncillo que *llegó á reina*, pero que hizo una mala jugada en Walerloo, y Wellington le dió un *jaque mate*?

Pues tratemos de otro juego, *el asalto:* un individuo camina tranquilamente por la calle, otro se acerca y le pide un duro; ya está empeñada la partida; la bolsa es el *castillo*, el tomador es el que da el asalto y el atacado el que defiende: el que juegue mejor gana; pero generalmente queda el castillo por tomar. Pues por otro estilo: hay varios destinos vacantes en el Ministerio de Fomento; el Ministro de este ramo, que da el destino, y el de Hacienda, que lo paga, defienden el *castillo:* los solicitantes son *peones;* entran nueve (ó los que sean), y éstos ganan la partida, y los que quedan fuera son los perdidosos: en este juego ganan, por lo regular, los que están más cerca de los peones que defienden, por lo cual puede decirse que el asunto depende de la *posición que ocupen* en el tablero.

Si se trata de *el monte*, ya es cosa más seria; el casamiento, por ejemplo: aquí no hay más que dos cartas: ó casarse ó no casarse; el individuo juega y la suerte decide: puede, además, suceder que llegue á lo mejor un aficionado al juego de *damas* y por una distracción le sople al tál la suya; con la particularidad de que en esta jugada, á más de haber sido burlado por un descuido, se ríen los espectadores ó *mirones* á mandíbula batiente del jugador *chambón*.

En el tapete de la política, *la malilla* es la que está en boga: los aristócratas juegan por *oros;* los que hacen elecciones por *copas;* los generales por *espadas* y los revolucionarios por *bastos*.

Si se trata del *billar*, ya es cosa sabida que muchos generales en la guerra, buscando *billa*, encuentran *palos;* y que otras veces ganan la partida por *carambola* y después de haber dado muchas *pifias*.

Y, en resúmen, queridos lectores, yo mismo, ¿qué estoy haciendo sino jugar al rentoy? Yo, impenitente periodista, escribo artículos, que es como decir al público *envío;* aun espero la contestación, y me temo que cuando hable, en vez de decirme *quiero* diga *paso*, lo cual bastaría para hacerme perder la partida.

Pero, en fin, suceda lo que suceda, los periodistas siempre han de estar, á ejemplo de los maestros de escuela, *fallos á oros*.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

¡TOMA TRIPITA!

Don Antón Rebolledo cierto día
Mandó á un amigo suyo de Motril
Un pequeño barril,
Que vino Valdepeñas contenía.
Y, como es muy frecuente, en la Estación
Por probarlo lo abrieron,
Y á fuerza de probar se lo bebieron
Sin consideración.
Viendo el consignatario,
Cuando llegó el envase á su destino,
Que ya se habían bebido todo el vino,
Exclamó:—Es necesario
Decirle en el instante á don Antón
Que el vino se han bebido en la Estación.—
. . . .
Sin la menor tardanza,
Se enteró don Antón y dijo: —Es justo
Dar á los empleados un disgusto;
He de tomar venganza:
El Jefe de Estación llevará un susto.—
Y con nombre supuesto, diligente,
Á Motril envió
Un barrilito lleno de aguardiente
Al que estricnina echó.
. . . .
Un diario que existía
Entonces en el pueblo que he citado,
Publicó al otro día,
Entre dos líneas negras colocado,
Un suelto que decía:
«Por la mañana ayer dió un reventón
El Jefe de Estación.»

CASCABEL.

MENUDENCIAS

Advertimos á los señores suscritores que PERECITO es muy amable y admitirá, por consiguiente, todos los trabajos que, conforme á su carácter, se dignen ustedes mandar.

No hay regla sin excepción.

Ni los en *um:* que se dan atunes.

—Amor con amor se paga,—
Repiten siempre tus labios,
Sin cuidarte de añadir:
—Menos yo, que no lo pago.—

E. RUIZ DE REINA.

Las funciones por horas en el teatro del Duque van saliendo al *reló*.

Puede decirse que dan la hora.

La gente del paraíso está en sus glorias viendo á *Niña Pancha*.

Espantaleón más grueso.

Y tan *célebre* como siempre.

Un pato robó Julián,
Se lo comió con Torcuato,
Le echaron la culpa á Juan
Y el pobre Juan *pagó el pato*.

La grandísima aceptación que ha merecido el primer número de PERECITO nos ha obligado á tirar una segunda edición del mismo á fin de servir la infinidad de pedidos que se nos hacen.

El suelto que antecede estaba preparado para el segundo número; pero por equivocación aparece en el primero.

Es lo mismo: el orden de los factores no altera el producto.

Vaya una noticia:

«Ayer se suicidó un jóven, tirándose al río decentemente vestido.»

Apesar de hacerme un lío,
No comprendo, francamente,
Dónde se encuentra ese río
Vestido decentemente.

La Empresa Tabacalera ha hecho un descubrimiento: el específico contra los malos poetas.

Cada cigarro tiene fuerza de nicotina para matar cien ripios, esos microbios de la literatura.

Una cajetilla es capaz de acabar con un poetastro.

(El que lo tome á broma
Con su pan se lo coma.)

Epitafio.

Aquí reposa un talento,
Un sabio de gran valía,
Que voló su casa un día
Haciendo un experimento.

La eminente actriz Julia Cirera sigue haciendo las delicias del público en el teatro de Cervantes.

Mucho la aplauden, pero merece más.

Maresita mía
No sé por qué cosa,
Cuando paso por junto al Pasaje
Se me abre la boca.

Cátedra de pedreas.
Lección diaria.
Junto al Instituto dan razón.
Y disgustos.

Conozco á Juan Felices y Ramales,
Que tiene unas narices colosales;
Y hablando de él un día,
Un amigo que tengo me decía:
—¡Hombre! Don Juan Felices
No sabe dónde tiene las narices.

Charada.

Que me salga difícil la charada
Es sólo mi *dos prima.*
En ajedrez, *primera y dos,* si ganas,
De seguro dirías.
Un animal pequeño y juguetón
Es *cuarta* repetida.
Es *una* y *tres* lo que cualquiera hace
Si es *bebé* todavía.
Las *dos* es una planta muy selecta
Que causa mi delicia.
Si alguno te estorbase, de seguro,
Le repetida *quinta.*
Y saber bien el *todo* me ha costado
Muchísimas vigilias.

FUGA DE VOCALES

S. .c. .rt.s, c.r. l.ct.r,
l. f.g., q..d. .nt.r.d.
d. q.. .r.s .n s.scr.t.r
d. l.s q.. l. h.n .c.rt.d.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO

PERIODICO SATIRICO LITERARIO

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Precios de suscripción.

SEVILLA.—Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6 id.
PROVINCIAS.—Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.
EXTRANJERO y ULTRAMAR.—Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.

Precios de venta.

Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.
Mano de veinticinco ejemplares, 1,75 ptas.

Las suscripciones empiezan los días 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo, letra de fácil cobro ó sellos de franqueo, á excepción de los timbres móviles.

Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se les suspenderá el paquete á los que no hayan satisfecho su importe el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, TIRSO 4.

Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 13 de Noviembre de 1887.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO I. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 2.º

SUMARIO

CRÓNICA

«El toque de agonía» lleva por título la última leyenda del Sr. Cano y Cueto, leída el miércoles por la noche en el Ateneo y Sociedad de Excursiones.

Gallardos versos, pensamientos profundos, imágenes felicísimas, composición admirable, *humorismo verdad:* esto es lo que admiró el Ateneo en la lectura del laureado poeta y académico de la Sevillana de Buenas Letras.

Se esperaba una ovación y fué un gran triunfo.

«El toque de agonía» es toque de gloria en la iglesia de las letras sevillanas.

Y yo, que prefiero estar repicando á andar en la procesión, tiro de la cuerda del entusiasmo, y digo:

Holé, *holé* y *holé*.

* * *

El jueves se verificó en el teatro de Cervantes la función á beneficio de la eminente actriz D.ª Julia Cirera.

Vencer las dificultades del drama «Redención,» sólo es dado á artistas de primer orden: la señora Cirera, desafiando el peligro, demostró excepcionales talentos y consumada maestría.

Flores, coronas, regalos y aplausos sin cuento, fueron el premio de una ejecución acabada, inimitable.

El teatro estaba lleno y rebosaba de satisfacción.

Nuestro parabién á la señora Cirera.

* * *

Y va de enhorabuenas.

Otra muy entusiasta á mi antiguo catedrático el señor don Rafael Zambrano y Rubio por su libro «Cuentos morales y científicos.»

La ciencia aparece clara y sencilla, como la verdad.

La moral brilla con los vívidos resplandores del cristianismo.

Los cuentos son propios para hacer las delicias de la niñez.

Un libro que no tiene pero.

* * *

Como la alegría y la pena viven tan juntas, que parecen inseparables, no extrañaréis la brusca transición, propia de la variedad de asuntos que deben ser objeto de esta crónica.

Rosas, laureles, ramos de oliva....

Ojalá, ojalá y no hubiera más que esto.

Pero....

* * *

Han robado á las Hermanitas de los pobres.

Es decir, le han arrebatado su pan á los pobres.

¡Qué *pobres* deben ser los que así obran!

* * *

En Sevilla tenemos Escuela de Comercio.

No falta más que local donde establecerla.

Que es lo que dijo el otro: un plato de ternera sin ternera.

¡Que no se diga, señores, que no se diga!

* * *

En la semana que acaba de transcurrir se han visto denuncias de *El Baluarte* y de *El Sereno*.

Aquí de la vieja que, no pudiendo con la fe de bautismo en papeles, quería que le hiciese favor el espejo.

Ó lo que dijo aquel *barbián* á quien le pedían cinco duros de costas por una bofetada:

—«¡Ha visto usted qué ridiculez?»

* * *

La cuestión batallona, la que trae de cabeza á ricos y estadistas, la crisis obrera, se presenta imponente, amenazadora en grado superlativo.

Los niños se asustan con los cuentos en que aparecen *manos negras*, aunque no sean de gigantes.

Los hombres, por no perder la mala costumbre, también hacen aspavientos por análogos motivos.

Pero ¿de remedios?... ¡Perdone usted por Dios!

Cuando millares de personas emigran.... se deplora.

Cuando otras muchas perecen, se les busca pan para hoy, que es hambre para mañana.

Cuando no hay trabajo ni pan.... palos.

Lo cual será muy fácil, pero no muy lógico, que digamos.

¿Les parece á ustedes que es preciso hacer algo?

Bueno.

* * *

Estamos mal, muy mal; pero hay un consuelo, gracias á Dios.

Hay toros.

Esta tarde novillada con diamantes, quiero decir, toreros brasileños.

El domingo próximo novillada de niños.

Niños que van ganando NUEVE MIL REALES.

¡Y luégo dirán que no hay dinero!

Lo hay de sobra....

Para todo lo que está de sobra.

* * *

Acabemos en punta.

El colmo de la tauromaquia:

Dar un quiebro en los cuernos de la luna.

Manuel Díaz Martín.

¿SU NOMBRE...?

Yo no acierto á comprender
Cómo se llega á trocar
En tan profundo olvidar
Tan bien sentido querer.
Si era cielo que anhelaba,
Sol que mi pecho encendía,
Dulce voz cuya armonía
Mis oídos deleitaba....
¿No es natural que me asombre,
Si, aunque ahora lucho y me afano,
Considero que es en vano
El acertar con su nombre?...
Me causa, en verdad, sonrojos
Ver tan muerta mi memoria,
Y tan borrada esta gloria
De mi mente y de mis ojos.

Ya lo recuerdo ¡ay de mí!
Con pena y con inquietud....
Te llamabas.... ¡Juventud!
¡No te olvidé!... ¡Te perdí!

MANUEL CANO Y CUETO.

SABLAZO

Tomás: con mucho dolor,
Porque sabes que te quiero,
Voy á pedirte un favor:
Favor que, hablando mejor....
es dinero.
Porque no tengo ninguno
Y el casero me marea
Con el recibo importuno,
Y quiero darle un mes, uno....
Aunque sea.
De no hacerlo así, me planta
En mitad de la corriente,
Y esto, verdaderamente,
Sólo el pensarlo me espanta
atrozmente.
Quise evitar, te lo juro,
Este sablazo; mas viendo
Que lo que me está ocurriendo
Pasa de castaño oscuro,
Y creyendo
Que no hay otra solución
Sino obrar de esta manera
Para zanjar la cuestión,
Prefiero ser un gorrón
De primera,
Á encontrarme, como es llano,
En el trance tan fatal
De dormir en un portal;
Y si esto fuera en verano....
Menos mal.
Manda el dinero de un mes,
Ya que sabes mis apuros.
Tuyo afectísimo,
ANDRÉS.
Postdata. Sólo son tres
Duros.

. . . .
. . . .

Querido amigo: sabrás
Que.... nada.... no he recibido
La carta en que me has pedido
Ese dinero.
TOMÁS.

. . . .

«¡Me he lucido!»

SERAFÍN ÁLVAREZ.

DINERO Y MALICIA

—La vida es un valle de lágrimas,—dice la religión.

—La vida es un fenómeno puramente subjetivo,—dice un filósofo;—todo está dentro de nosotros.

—La vida—replica otro—es una fuerza resultante de una máquina como otra cualquiera.

—La vida es sueño,—dijo Calderón.

Y &c., &c.

Todo esto será muy profundo, y muy sabio, y todo cuanto se quiera; pero en la duda, que no deja de escarabajearme en el cacumen, á más prácticos fines me dirijo, y á la opinión del D. Félix de Espronceda me adhiero:

«La vida es la vida; cuando ella se acaba,
Se acaba con ella también el placer....»

Llamad á esto *epicureísmo*, ó llamadle como mejor os cuadre, que yo en asuntos de este jaez me reconozco incompetente; pero añado, que si de pasarla bien se trata, y es menester para ello aclimatar los pulmones al medio ambiente en que vivimos, esta que os digo, y no otra, es la receta: *Dinero y malicia.*

Y hé aquí que ya de esto, sí sé que se llama *positivismo*, y no filosófico, sino práctico.

Cuando en mis monótonas mañanas salto del no mullido colchón, y después de calzarme, somnoliento y bostezando, las anchas zapatillas, mis antiguas compañeras de perenne aburrimiento, asomo las narices á la ventana por donde los rayos del sol no entran á iluminar los escasos trastos de mi humilde habitación, por impedirlo los altos paredones fronteros, y luégo, con mesurado paso, doy cuatro balsones del uno al otro rincón, sin céntimo en el bolsillo, sin cigarrillo en la petaca, sin esperanza de mejores días, las manos á la espalda, la cabeza baja y el ánimo preocupado, la primera idea que salta en mi mollera, por entre las densas nieblas con que el fastidio la entorpece, no lo dudes, lector, es *dinero.*

Y el corolario indispensable á la solución del teorema, ó sea la única facultad que se me antoja aplicable á la exploración de «el Dorado,» es la *malicia.*

Ambos unidos constituyen, de fijo, un matrimonio capaz de producir tan robusta y numerosa prole de satisfacciones y comodidades, que no seré yo quien extrañe la unanimidad con que todos le han proclamado como digno sustituto, aumentado y corregido, de la antigua y ambicionada piedra filosofal.

Todo cuanto no sea esto lo denuncio por falso, ó al menos yo por mí os aseguro que lo pongo, más cada día, en tela de juicio.

—No hay más que una verdad, mi vaso lleno;—ha dicho alguien, y aunque debo declarar, si de sincero me precio, que no iba el tál descaminado en su ruta, me atrevería á reformar la frasesilla, diciendo en prosa lisa y llana:

—No hay más que una verdad, mi bolsa repleta.

En nuestro siglo pasaría por sobradamente crédulo, y candoroso como niño de teta, hasta el mismo Santo Tomás, el de «ver y creer.»

Después de haber contemplado tantas veces el espectáculo solemne de una noche silenciosa y llena de reposada majestad, y haberme sentido anonadado por la quietud severa de los mundos sidéreos, ante ese reposo absoluto que nos rodea, como si el espíritu se abismara en el espacio y la naturaleza produjera en torno nuestro la calma y la paz; después de haber soñado no sé qué misteriosas fantasías ante aquella inmutable magnificencia, y de haber llegado más tarde á mi conocimiento que esa inmutable calma sideral es pura fábula, apariencia no más, y que hay estrella llamada *fija* que, como la Sirio, camina en el espacio á razón de diez leguas por segundo ó de veintiuno como el Arcturo, confieso francamente, señores, que me llamo andana en cuestiones de credulidad, y considero un *bebé*, con su perdón sea dicho, al bueno de Santo Tomás, y no me dejo ganar á desconfianzas ni por el más redomado Matatías.

La ilusión de los sentidos me pone en tan grave aprieto, que me siento propenso á decir: «La vida es una ilusión de los sentidos.» Y á continuación: «Conviene aprovecharse de la ilusión de los demás para nuestro uso particular, y suprimir las nuestras para que no puedan ser aplicadas al ajeno uso;» porque, vuelvo á mi tema, *dinero* y *malicia* son los únicos que todo lo salvan: hé ahí la verdadera panacea.

Y aquí encaja como de molde la aventura de aquel amigo de Gil Blas, que habiendo renegado en Turquía de su religión, no más que por desmedido amor á la humanidad, se esmeró una noche en enterrar á un fiel y muy estimado perro, muerto aquella tarde, con todas las ceremonias que en el funeral de sus difuntos usan los musulmanes; y presentado ante el Cady, que por tan herética profanación le condenaba á un cruel castigo, respondió: «No merezco, señor, vuestra condena por haber dado honrosa sepultura á un fiel doméstico, tan conocedor y amante de las personas de mérito y distinción, que afanoso de dejarles en su testamento irrefragables testimonios de su estimación y de su amor les declaró herederos de sus bienes; y tan verdad es esto, que como la más elocuente prueba de su buena elección me encomendó para vos los doscientos sultaninos de oro que hallaréis en este bolsillo.» Y esto diciendo le alargó el que llevaba prevenido. «Hicísteis muy cuerdamente—contestó apaciguado y sonriente el Cady—en haber enterrado con pompa á un perro que en tanto aprecio supo tener en sus últimos momentos á los hombres de mérito.»

Consecuencia, la libertad del truhan y la impunidad del delito; porque en verdad que ¿quién resiste á doscientas piezas de oro regaladas en tan delicada y chistosa forma?

Axioma: «Dinero y malicia suelen salvar el pellejo.»

¡Pobre de mí, que del uno y de la otra carezco!

Y cuenta con que quizá no os mentiría si os dijese que con la segunda me daría por satisfecho.

Aunque me consta que con ella no basta.

Hace pocos días, justamente, encontré á mi amigo X, que si mi juicio no me engaña no pecará de fijo por falta de malicia, é instigado por la caritativa idea de evitarle un disgusto—Procura pagar á D. Patricio,—le dije,—pues sospecho que trata de embargarte.

—¿Y por qué lo sospechas?

—Porque me ha preguntado con insistente curiosidad qué tal tienes amueblada tu casa, y eso escama.

—Eso no es cama, ni es catre, sino todos los muebles de mi casa, que pensará birlarme el bárbaro de D. Patricio.

—Pues, chico, no hay más que pagar ó aguantarlo.

—¿Aguantarlo? Mañana compro una espada y una muleta. A recibirlo es á lo que nunca me he decidido por miedo á que me cobre; pero á aguantarlo.....

—Tú échalo á broma, pero te advierto que con los prestamistas no se puede jugar.

—Sí, ya sé que siempre viene la contraria; pero no haya cuidado, en último caso también sé levantar muertos.

Y, en efecto, ha levantado todos los muebles, enviándolos á casa de un amigo, y por equivocación ha levantado también los muebles del casero.

Pero como siga así, lo que ahorre por un lado lo gastará por otro en mudadas.

Total de la cuenta, cero;
que es inútil la malicia
si junto no va el dinero.

Por todo lo cual, si no me atrevo á decir que la vida es el dinero, me atrevo en cambio, y muy mucho, á afirmar que el dinero es la vida.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

NOCTURNO

Era una noche lluviosa
Y oscura del mes de Enero;
El agua á mares caía,
El viento zumbaba recio
Y las veletas giraban
Con rápido movimiento.
Del relámpago brillaba
La clara luz en el cielo
Y tras él un ruido sordo
Atronaba el firmamento.
Á las doce de esta noche,
Poco más ó poco menos,
Un galán apareció
De una calle en el extremo,
Con larga espada en el cinto
Y en airosa capa envuelto.
Lleva en la diestra un farol,
Que va su luz extinguiendo,
Y camina calle arriba
En un sepulcral silencio.
Se detiene ante una imágen,
Se arrodilla con respeto,
Pone en el suelo la luz,
Alza los ojos al cielo,
Reza una larga oración,
Coge el farol al momento,
Exhala un fuerte suspiro
Y marcha á paso ligero,
Confundiéndose en las sombras
De la noche al poco tiempo.
. . . .
Lo que después ocurrió
Quedó oculto en el misterio.

JOAQUÍN ÁLVAREZ.

FILOSOFÍA ALCOHÓLICA

De filósofos hay un regimiento
Que, de saber en su ambición inmensa,
Pensando cómo *piensa* el *pensamiento*
Aun son más infelices que el jumento,
Que solamente *piensa* cuando *piensa*.
Yo, á quien la ciencia asombra y maravilla,
Nada del caso sé ni me da apuro;
Mas aunque nada sepa, me figuro
Que es nuestra inteligencia una sencilla
Máquina de vapor, que hilvana ó fragua
Del hombre el pensamiento peregrino:
Sólo que en vez de usar vapor de agua,
Se debe siempre usar vapor de vino.
Por eso suelo deducir del caso,
Que es nuestra vida amarga borrachera....
¡Me estoy entristeciendo! ¡Venga un vaso!
Esto es falta de vino en la caldera.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

A O.

Siendo cada vez mayor
La pasión en que me abraso,
Dispense si me propaso
Y la declaro mi amor;
Pues al enterarme ayer
Del nombre que usted tenía,
Conocí que la alegría
Comenzaba en mí á nacer.
Y podrá ser que os asombre,
Porque la causa es muy rara,
Que sin mirar vuestra cara
Me enamore vuestro nombre;
Mas no lo juzgue capricho
Hijo de mi genio raro,
Pues como el caso no es claro,
En prueba de lo que he dicho
La daré algunas razones
Tan buenas, tan evidentes,
Que si las tiene presentes
No harán falta explicaciones.
Cuando en mi infancia empecé
Á echármelas de don Juan,
Quise con ardiente afán
Á una linda chica, Fe.
Pero aunque así se llamaba,
Tan escasa fe tenía
La ingrata, que no creía
Lo que yo la idolatraba.
Me dejó por un teniente,
Y falto yo de experiencia
Me enamoré de Inocencia,
Que era muy poco inocente;
Pues en amoroso ahinco,
Por casarse con cualquiera,
Sin que nadie lo advirtiera
Hablaba á la vez con cinco.
Busqué consuelo en Consuelo
En cuanto llegué á enterarme,
Pero en vez de consolarme
Me causó gran desconsuelo.
De Ángeles me enamoré
Para unirme en matrimonio,
Mas Ángeles fué un demonio
Y por Paz la abandoné.
Paz tuvo un genio incapaz
Y el recordarla me aterra,
Pues estuve siempre en guerra
El tiempo que quise á Paz.
. . . .
Pero no quiero seguir
Nombrando á las que hice el oso,
Porque sería enojoso
Tanto nombre repetir.
Y ya podrá comprender
Que, como no es un capricho
Todo lo que en ésta he dicho,
Me debe usted de querer.
No se muestre, pues, altiva
Y acceda á lo que le pido,
Que he de estarla agradecido
Durante el tiempo que viva.

(Por el amante, que le estorba lo negro.)

JOSÉ SAINZ CALVO.

MENUDENCIAS

PERECITO, modesto por naturaleza, está que no cabe en el pellejo.

Porque ha leído los piropos que la amable Prensa sevi-

llana se ha servido dedicarle, y—la verdad—se ha ruborizado.

Gracias, mil gracias, queridos compañeros; guardaremos como oro en paño vuestras lisonjeras frases.

Y procuraremos corresponder en nuestros trabajos á la buena acogida que hemos merecido.

Palabra.

¡Silencio!... que duerme
Mi hermano la siesta;
El pobrecito no duerme de noche
Porque está de *juerga*.

Don Canuto Romero
Anteayer suicidóse en un puchero.
Su hijo Julio, también
La vida se quitó en una sarten.
Y un nieto del primero
Hizo la misma suerte en un huevero.
Y está la cocinera
Hecha, con los suicidios, una fiera.

«Tocina 12.
PERECITO, palmas y música.
Muy *mataor*.

El Corresponsal,
MANTECA.»

Con Trifón en discusión
Se *hinchó de narices* Blas,
Y entonces dióle Trifón
Tan tremendo bofetón,
Que se le *hincharon* aun más.

Segun noticias, en la semana próxima comenzará sus funciones en el teatro de Cervantes la Compañía que dirige el distinguido actor cómico Sr. Ruiz de Arana.

Conque á reir tocan, señores.

Y que tiene mucha gracia el *Rata 3.º*, con su verruga y todo.

Lo anunciamos en broma y salió una verdad como una pagoda; y no digo como un templo, por ser cosa de pago.

Tanto han menudeado los pedidos, que se ha agotado la gran edición que hicimos.

De donde resulta que el orden de los factores altera el producto.

El de la suscrición.

Que aumenta que es un contento.

(S. Q. D.)

Siempre que se le pregunta
Lo que estudia á José Paula,
Dice:—Yo estudio *Derecho*....—
Y estudia siempre en la cama.

Desde el número próximo publicaremos una sección de *Consultas*, para satisfacer—siempre que sea posible—las que tengan á bien hacernos nuestros abonados.

En el número inmediato verá la luz pública en las columnas de PERECITO una preciosa y original composición que nos ha remitido nuestro querido compañero Sr. López.

¡Ya verán ustedes lo que es bueno!

Charada.

Nombre hebreo de mujer
La *primera* es con la *dos*,
Y la *segunda* con *prima*
Nombre moro de varón.

Fuga de consonantes.

.i a.e..a..e .a a..e.io.
E..a .o .a a.e..a.a.
. .i .a a.ie..a. ¡.e.o.!
.a .a. a.e..a.o u.a .a.

Solución á la charada del número anterior:
MATEMÁTICAS.

Solución á la fuga de vocales del mismo:

Si aciertas, caro lector,
La fuga, quedo enterado
De que eres un suscritor
De los que la han acertado.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO

PERIODICO SATIRICO LITERARIO

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Precios de suscripción.

SEVILLA.—Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.
PROVINCIAS.—Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.
EXTRANJERO y ULTRAMAR.—Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.

Precios de venta.

Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.
Mano de veinticinco ejemplares, 1,75 ptas.

Las suscripciones empiezan los dias 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Este pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo, letra de facil cobro ó sellos de franqueo, á excepción de los timbres móviles.

Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se les suspenderá el paquete á los que no hayan satisfecho su importe el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, TIRSO 4.

Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 20 de Noviembre de 1887.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO I. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 3.º

SUMARIO

CRÓNICA

Mientras hacía su segunda salida el simpático Perecito se despedía del público sevillano, en el teatro de Cervantes, la eminente actriz Sra. D.ª Julia Cirera.

La Pasionaria interesó como para que no se pierda su recuerdo; *Inocencia* cautivó todos los corazones.

En el teatro estaba todo Sevilla y nadie dejó de aplaudir con entusiasmo.

Digna despedida á una gran actriz.

* * *

La semana ha sido á beneficio de los agricultores.

Las nubes estaban ya cargadas de vapor acuoso y sólo esperaban un silbido del viento para hacer de las suyas.

Eolo, excediéndose á sí propio, abrió la puerta á la lluvia y las nubes se salieron de madre.

Agua va, dijeron, y nos han puesto como una sopa.

Los paraguas lloran por todas sus varillas el chaparrón que se les ha venido encima, y achacan lo ocurrido á intrigas de los bastones, que demandaban descanso.

Las capas están ya de vuelta, diciendo: «el que tiene capa escapa,» y aquello de «la capa todo lo tapa;» pero no han podido evitar que el agua las ponga de vuelta y media, teniendo ellas dos vueltas.

Las que estaban de caza han sido retiradas del *monte* á toda prisa por sus dueños para que entren en activo servicio.

Las que eran nobles por los *girones* que tenían han sido condenadas á aljofifas. ¡Justo castigo á su vejez!

Muchas señoras capas se encontraban tranquilas en oscuro cautiverio guardadas por un *número;* pero lloran á chaparrón tendido el que las hayan dado libertad para exponerlas á todas las borrascas de la vida.

Las calles se convierten en lagunas, el polvo en lodo, los adoquines en teclas....

Los barrenderos hacen su Agosto trabajando poco y mal.

Y los vecinos de Sevilla se dan á todos los charcos, que es como darse á todos los demonios.

Pero ¡qué manera de llover!

—Parecía el comienzo de un nuevo diluvio universal en Sevilla,—decía un macareno.

Uno pedía á la carrera lanchas y borriquetes.

Otro temía que se arriase el Giraldillo.

Y no faltaba filósofo que cavilase cómo iban á componérselas los taberneros para utilizar tanta agua.

Pero todo esto es tortas y pan pintado, si se le compara con lo que ha hecho el aire en un rato de mal humor.

Árboles seculares han sido arrancados de cuajo en nuestros paseos y jardines.

Los de Eslava han quedado destrozados, causando grandes pérdidas á los dueños del bonito teatro de verano.

En el cementerio de San Fernando se notan tantos destrozos como si hubiese sido profanado por los vándalos.

Y basta de ruinas.

* * *

El teatro nuevo y *Los diputados* son dos obritas estrenadas con gran éxito en el teatro del Duque.

Entrada, un lleno.

La Empresa se ha puesto las botas.

Me alegro.... por los zapateros.

* * *

El viernes por la noche leyó el Sr. D. Benito Más y Prat, en el Ateneo y Sociedad de Excursiones, su poema *Un sueño de Allán Kardec.*

Gran conocimiento del asunto, sátira finísima, versos esculturales, ¿cómo no habían de ser aplaudidos por un auditorio ilustrado?

No terminó la lectura: sobran aplausos para otra agradabilísima velada que dará el inspirado poeta.

* * *

Amados lectores: con tanto viento y tanta agua se han mojado los papeles y soy hombre al agua.

Así ha salido esta.... llamémosla *Crónica.*

Manuel Díaz Martín.

LA CLAVE

Y apesar de sus promesas
Me quedara en esqueleto,
A no ser por un buen hombre
Que me sacó del aprieto.
Dióme pan aquel buen hombre,
Lo ensalzaré eternamente;
Siento no poder besarle,
Soy yo mismo ese valiente.

E. Heine.

Á fe de Perecito te juro, mi querido lector, que pues la casualidad nos ha puesto en el caso, para mí satisfactorio, de que entablemos amistosas relaciones, no escasearé yo, ciertamente, mis correspondencias, para mediante ellas intimar contigo tanto como ambiciona, no ya mi codiciosa aunque justa pretension de regodearme á expensas del precio señalado á mis lecturas, sino la desinteresada simpatía que, sin excepción, me inspira el que se muestra amante de las letras.

Y como es justo que á través del tiempo y la confianza me conozcas, para que en un día puedas formar de mí juicio acertado, yo te allanaré insensiblemente el camino narrándote á retazos mi historia, que por lo plagada de curiosas aventuras, que á mi despecho se halla, espero que no habrá de parecerte, cuando al cabo la sepas, ni monótona ni insulsa.

Episodios oportunos á la ocasión y á las circunstancias son los que pretendo elegir para mis semanales tareas: ayúdeme la memoria á irlos recordando con sus pelos y señales, y en que habremos de ser buenos amigos me confío, pues ni he de pecar de extenso, sabedor como soy de que hasta la fortuna produce hastío á los poderosos cuando es sobrada, ni he de pulsar instrumento que no entienda, ni he de tañer tan alto el que me cuadre, que corra peligro de que el dedo haga saltar á la *prima* y la *prima* á un ojo.

. . . .

Conocí allá en mi aldea, algo injustamente olvidada en el mapa, no más que, como algunos hombres, por no ocupar ventajosa posición, pues encierra en sus modestos límites gran riqueza, basada en la calidad de sus frutos, á un tal Fabricio Astuerga, con quien me unía en aquel tiempo, si no

una íntima y acendrada amistad, que la desproporción de edades impedía, sí, al ménos, un afecto vivo, justamente basado por mi parte en el cúmulo de bellas cualidades que, no sé si por dicha ó desventura, al tal Astuerga adornaban.

Franco, leal y sincero, tanto como la candorosa expresión de sus ojos manifiestamente acusaba; niño en su tenaz optimismo, al extremo de verse trocado quizá más en tapadera de culpables que en tirabuzón de indultos; sobrado tanto de la caridad que reparte su oro como de esa otra más delicada que siembra consuelos y esparce más suave aroma; pródigo de su afecto como de su bolsa; siempre expansivo y confiado; exento de malicia y colmado de bondad, era Astuerga en mi aldea el foco en que, sin exclusión, todos los afectos convergían, para de nuevo dilatarse, por su corazón depurados, en efusión de sencillo cariño que á todos igualmente alcanzaba.

Y perdona, lector, si, poseído del entusiasmo que mi episodio me inspira, he permitido al turbión de mis recuerdos que escapen por la ventana á cuyo pié suele la anciana musa del sentimiento endilgarme sus trasnochados madrigales: decía, pues, que Astuerga era un buen hombre, y lo repito, era de mazapán.

Cuando, por azares de la fortuna, que á estarse quieta no se aviene, como si en su interior los mismos diablillos verdes se anidaran, se vió nuestro amigo obligado á abandonar, apesar suyo, la aldea para dirigirse á la Corte, no quedó en toda ella mujer que no gimoteara, ni vieja que, entre consejo y bendición, no se lamentara del destino, ni hombre que no propinara á éste su bien cumplida docena de ternos y votos con su natural acompañamiento de cerrazón de puños y apretamiento de dientes, ni muchacho, en fin, que no moqueara de lo lindo, fuera con conocimiento de causa, fuera porque no se echara de menos su gaita en el general concierto. El hecho es que nunca fué un muerto más llorado que aquel ausente, y que en muy largo tiempo tan no se les cayó de la boca el bueno de Astuerga, que, á ser cierto lo que la preocupación afirma en la materia, no le quedara al tál chisme sano en su nueva casa á fuerza de caidas que desde sus manos dieran.

Pero, héte aquí á Astuerga en Madrid, y héte allí diez años transcurridos, y héteme á mí, al cabo de ellos, también dando en la Corte con mis huesos.

Y, lo más curioso de mi cuento: que ¿quién conociera en aquel Astuerga al buen hombre que diez años atrás abandonó nuestras tierras? ¡Cuán cambiado estaba, por vida mía! Gruñón, desconfiado, ceñudo, egoista: esponja para recibir beneficios, hurtaba el bulto al menor indicio que á reciprocidad le oliera; pesimista en su juicio sobre los demás, sólo malas artes prevía, y si por mí mismo le ví con cruel codicia sacrificar sin caridad al prójimo al más leve asomo de propio provecho, supe por boca de otros en cuán perversos moldes, durante los últimos años, había forjado su hacienda.

Pero ¿cómo era posible que PERECITO, entrometido y curioso, y á más de esto claro como el agua, sin pelos en la lengua ni culpas porque callar, no indagara la ignota causa de aquel cambio, planteando en francas preguntas, al mismo interesado dirigidas, el misterioso problema?

—¿No sabes—me contestó con rugoso entrecejo—la historia del cordero? Pues cayó el de mi cuento en una manada de lobos, donde, á causa de su propia naturaleza, arrastró en los primeros días la más amarga vida, y entre las garras de éste, el mordisco de aquél y la zarpada del otro, en tal estado le pusieron, que al verle no le conocería, por lo asendereado y maltrecho, ni la cordera que lo dió al mundo. Pero diz que en la desgracia se aprende, y que «quien con lobos anda á aullar se enseña,» y, en efecto, no sólo á aullar aprendió nuestro cordero, sino que, armado de las garras que á éste hurtara, y de la piel del otro muerto, en que supo ladinamente envolverse, y con los colmillos prudentemente afilados y dispuestos, tornóse tan carnívoro, que al poco tiempo ninguno le sobrepujó en los crueles éxitos de sus correrías, y temiéronle por fiero y vengativo, y fué nombrado con unánime avenencia jefe exclusivo y árbitro de la manada.—Así me dijo, y añadió:—Si sacas miga de mi cuento, mejor para tí; si replicas que no entiendes, sólo añado que sobre tus costillas caerá, y entonces darás con la clave.

Quedeme amostazado y mohino por aquella intempestiva idea de hablarme en parábola, y, lejos de parar mientes en dar con la clave, me fuí en busca de unos mi nuevos amigos con quienes quedara citado para beber y reir, no sin decir para mi sayo durante el camino: —«Pues, señor, el tio Astuerga se me antoja, en su salto de la aldea á la Corte, como una bota de buen vino dulce y aromoso que, al transportarlo de la fresca bodega á un mal templado alojamiento, se trueca en endemoniado vinagre, más fuerte que aguarrás y más dañino que la pólvora.»

Topé con mis amigos y ¡pelillos á la mar, á beber y á reir, que es la mía! Y en efecto; hícelo tan cumplidamente en lo primero, que no me quedó fuerzas para lo segundo; pero es lo triste y filosófico del caso, que aquellos buenos caballeros, con quienes tan de buena fe me uní, no eran sino redomados timadores, que, tras la impertinencia con que se chunguearon á mi costa, no me dejaron céntimo en el bolsillo y sí buena carga de encartuchados perdigones; que cuando, advertido de ello, traté de recobrar lo perdido, se armó buena camorra, en la que mis huesos fueron yunque sobre el que redoblaron sus puños; que cuando los agentes cayeron sobre nosotros se las compusieron mis amigos de manera, que ellos no eran sino sencillos aldeanos y yo culpable timador, que de engañarlos trataba, siendo sus mismos perdigones, en mi bolsillo hallados, el cuerpo de mi delito, y que, para fin de fiestas, dieron con mi cuerpo en la cárcel, donde si bien, como Sancho Panza, no dormí, dí en pensar en mis desventuras y en el negro pago que á mi buena fe y franca amistad se diera.

Y tanto dí en reflexionar sobre este punto, que al cabo, entre molido y somnoliento, después de acordarme de Astuerga y de su cordero, y de llevar las manos repetidas veces á las doloridas costillas, exclamé como el filósofo:—*Eureka,*—y dí con la clave.

PERECITO.

RECUERDO

Mientras van las oscuras golondrinas
Cruzando el anchuroso azul espacio;
Mientras el ave canta entre las ramas;
Mientras susurra el arroyuelo manso;
Mientras Febo aparece por Oriente
Rompiendo densas nubes con sus rayos;
Mientras murmura la agradable brisa
Dulces endechas y armoniosos cantos,
Y mientras dobla, al ímpetu del viento,
La débil florecilla su alto tallo....
Este verso escribía.... y no he podido
Hacerlo ni más pronto, ni más malo.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

¡NÓ SEÑOR!

(A Micifuz) (1).

«¿Conque tan ladino eres,
Que crees que te has salvado
Con haberme amenazado
De ese modo? ¡Que si quieres!
¿He de tener la flaqueza
De compadecerme? ¡Cá!
Esas cosas, *Mustafá*
Te las mete en la cabeza.
¿He de sufrir que te orines
Y eches á perder mi abrigo,
Y hagas.... lo que yo no digo
Encima de los cojines?
¿Que me rompas la vajilla
Y que te almuerces mi almuerzo?
Pues qué, ¿no sabes, mastuerzo,
Que no hay cosa más sencilla
Que el remedio sin demora?
Y pues la suerte lo quiso,
Sábelo, que te lo aviso,
Porque soy una señora.
No te echaré, nó señor,
Que aunque no quiero que salgas,
Y de la ocasión te valgas
Para infundirme temor,
Te cogeré, te haré un lío,
Y, aunque el pelo se te eriza,
He de darte una paliza
De padre y muy señor mío.
Y no temo al *ratonismo*,
Ni de mi casa te irás,
Porque siempre pasarás
En todas partes lo mismo.

TU AMA.

P. S. Si quieres con frenesí
Á esa gata malhadada,
Págale.... alguna tostada,
Mas no me las des á mí.»

Por la copia,
RAFAEL PÉREZ RECHART.

Á UN OSO

Señor don Carlos Ramirez:
Ya me va usted fastidiando
Con amar tanto á la chica
Que vive en el piso alto

(1) Véase el número 1.

De la casa en donde habito
Hace lo menos diez años.
Antes la habitaba toda,
Mas como soy de ella el amo,
Un piso quise alquilar,
Y vinieron á arrendarlo
Una mamá y una niña....
¡Que vaya dos mamarrachos!
Yo las admití por que
Se ajustaban al contrato.
Pasó una semana, y otra,
Y pasó un mes, y pasaron
Tres meses más; pero, amigo,
Al llegar al que hizo cuatro,
Se enamoró usted de ella,
Ella le dió el si anhelado,
Y de aquí vienen mis quejas
Y mi disgusto, don Carlos.

—

Ha de saber que me carga
El verlo siempre parado
Frente por frente á mi casa
Y silbando á todo trapo,
Que haga calor, que haga frío,
Que llueva, que caigan rayos.
Cuando me asomo al balcón,
Y me lo encuentro extasiado
Mirando al último piso,
Calle arriba. calle abajo,
Con esa cara de *lila*
Tan simple que Dios le ha dado,
Me dan ganas de tirarle
Cualquier chisme y desnucarlo.
Á más, le manda usté escritos,
Que ella goza en enseñármelos,
No pudiendo comprender
Que me tiene sin cuidado
Que arda en su pecho un volcán
Y otros disparates tantos
Que le dice usted en versos
Rematadamente malos.
Conque ya comprenderá
Que me está usted dando el rato
Con su amor á la inquilina
Que vive en el piso alto;
Y le ruego que se vaya,
Ó el día menos pensado
De patitas en la calle
Á la hija y la madre planto,
Aunque con ello perdiera
Cien meses de inquilinato,
Por tal de no verlo á usted
Más en la esquina parado.

Por el interesado,
JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

SUEÑO Y REALIDAD

Cerré el libro y entorné los ojos.

El Poeta había logrado sacarme de las tristezas de la vida y sumergirme en un mar de idealidades.

Á mi vista surgieron, evocados por el conjuro mágico del genio, siglos sepultados en el polvo, tan exuberantes de vida y tan ricos de color como lo fueron realmente, presos en las redes de sus errores y coronados con la diadema de sus sueños.

Ante mí desfilaron las legiones victoriosas en Flandes y Portugal; los hombres de mar que en Lepanto vencieron al Islamismo; los que con Colón, Cortés y Pizarro inventaron nuevos mundos; reyes que empuñaron la cruz y la espada; infanzones é hijos-dalgo que, á semejanza del bueno de Alonso de Quijano, quebraron más de una lanza por sus Dulcineas tobosescas, y pelearon con molinos de viento y rebaños de ovejas; poetas que murieron de amor; filósofos que persiguieron en vano la verdad; sabios que maldijeron de su filosofía; nobles que alcanzaron con la punta de su espada sus ejecutorias, y plebeyos que pintaron con su sangre los cuarteles y las empresas de los escudos nobiliarios.

Aquel turbión de gente, desfilando con la rapidez vertiginosa del remolino, me dominó con el mareo de la embriaguez, con algo parecido al aturdimiento que al viajero causan el ruido del *tren*, y la velocidad, que finge el movimiento de cerros y montes, de árboles y plantas, de ríos y lagos, de toda la naturaleza, que, serena y tranquila, ve pasar al loco encerrado en la jaula.

Me alumbraba claridad vivísima, y me ví rodeado de personajes con quienes en otra ocasión hablé, de cuyos nombres no me acordaba en aquel entonces. Verdad es que las facultades anímicas, después del sueño profundo, para enlazarse y entretejerse, piden el llamamiento imperativo de la voluntad, y sólo por él ocupa cada cual su puesto y vuelve al trabajo interrumpido; así como los soldados, después del asueto, á la voz del jefe empuñan las armas, reorganizan las filas dispersas y entran en batalla tan ágiles y animosos como si el pelear hubiese sido su descanso.

—Antes de ahora os he visto,—exclamé,—sois mis amigos, pero no acierto á pronunciar vuestros nombres. Y recuerdo que alguno de vosotros me ha hecho llorar, y caigo en la cuenta de que entre vosotros está también quien me ha hecho reir á mandíbula batiente.

—Eso de la risa lo diréis por mí,—exclamó un mozalvete barbilampiño y con aires de socarrón y pícaro redomado.

—¿Quién eres tú?—le pregunté.

—Soy quien soy y me llamo como han querido llamarme, *Clarín*, *Rebolledo*, etc., etc. Y permitidme, ya que á mi me es permitido todo, porque soy como yo solo entrometido, y llevo y traigo, y salgo y entro por donde quiero, porque ninguna puerta está cerrada al ingenio y la donosura, permitidme que os presente á esta nobilísima señora....

—Perdonad,—dije dirigiéndome á una hermosísima dama que, acompañada de un rodrigón, se ofreció á mi vista;—perdonad que no os haya recibido como por ser dama os merecéis. Á vuestros pies caigo, rendido por vuestra belleza.

—Sellad el labio—me interrumpió aquella hermosura—si vais á decirme lisonjas. Dama soy y española, y tengo en más la virtud que la belleza; porque ésta es fugaz y aquélla perdurable. El amor me impone sus leyes y el honor me aprisiona con sus cadenas. Doncella, hago del amor el culto á un solo hombre. Por él doy hasta la vida, y lloro desdenes del ingrato. Casada, soy avara de un tesoro; del honor de mi esposo: que no dejan de ser leyes, por ser leyes tiranas, la que obliga al marido á pagar agravios que no infirió, y la que preceptúa que la afrenta sea de quien no cometió la culpa.

—Dígalo yo,—exclamó un apuesto caballero, adelantándose de entre el grupo de personajes;—yo, que, *médico de mi honra*, maté lo que más quería.

—Os reconozco,—le dije;—sois el caballero español. Veis en la mujer abreviado cielo; proclamáis que no hay vida como la honra; dais al rey la vida y la hacienda, nó el honor,

porque el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios;

ponéis á la puerta de vuestra casa la muestra de vuestro ejercicio: tenéis mucho de D. Quijote, y á veces no sois tan avisado como Sancho Panza.

—Pero yo—replicó el primero de los personajes que habían hablado—pongo las cosas en su punto.

—¿Y cómo hacéis esa maravilla?

—Si mi señor mira al cielo, yo le advierto de los tropezones que puede dar en la tierra. Mi amo se pasa los días de claro en claro en claro y las noches de turbio en turbio, pensando en cosas que le sorben el seso; y yo, que no sé de retóricas, y que llamo al pan, pan, y al vino, vino, más me precio de mi ínsula Barataria que de los dorados cabellos de mi dama, que sé que no son dorados, porque son cabellos; y en eso de las leyes del honor, entiendo que debemos hacer lo que Dios nos manda.

—¡Bellaco que sois y harto de ajos!—gritó con voz desaforada un militarote con más barbas que un zamarro.—¿Qué entendéis vos de leyes del honor? Por el diablo, que me dió esta pierna, que deberíais estar en galeras.

—Mi señor *D. Lope de Figueroa*,—añadió aquél,—cepos quedos, y entiédese, más que de mí, de meter en cintura á capitancillos que van de lugar en lugar cortejando doncellas, y de alcaldes como *Pedro Crespo*, que, atropellando por todo, así ahorcan á un capitán como ponen á raya al noble más encopetado y al más rancio hidalgo.

—¿Qué es eso de rancia hidalguía? Aquí estoy yo, tan noble como el rey, y digo poco,—que allá, allá se van los reyes y mis abuelos en esto de nobleza,—para no permitir que ningún villano se me suba á las barbas.

—*D. Toribio Cuadradillo*, montañés por todos cuatro costados.... Perdone su merced. No lo dije por vos, sino por....

—¡Por cien mil legiones de demonios que carguen con vuestras impertinencias!—exclamó el personaje á quien el adulador de todos los Segismundos había nombrado *D. Lope de Figueroa*. ¿Qué disputar es éste? ¿Hemos, por ventura, venido aquí á hablar sin ton ni son? ¿Es esta ocasión de que cada cual saque á plaza sus méritos y servicios?

Callaron todos, y yo quedé pendiente de las palabras de *D. Lope*, que siguió diciendo:

—Cuanto somos, seor soñador, nos lo debemos á nosotros mismos. Esta dama y este caballero, ese hidalgo rancio y ese pobrecito hablador, ese escudero y aquel soldadote, éstos y los otros, y otros muchos, y yo mismo, figurillas al parecer, polichinelas que accionan movidos por la mano del juglar que en desvencijada barraca los exhibe en la plaza pública para recreo de necios y advertimiento de avisados, somos símbolo, cifra y compendio de altos sentimientos.

—¡Harto os conozco! Sois....

—Somos los mismos que no há muchos años acudimos á la voz de Ayala.

Corría el año 1867. Adelardo reunió á los vates sevillanos.—Honremos el genio español,—les dijo;—y le honraron en términos tales, que aun resuenan en mis oídos los aplausos de un pueblo amante de sus glorias.

—¡Por esta pierna, que me dió el demonio, juro que cabe á Sevilla la gloria de ser la primera ciudad de España que loó dignamente en la escena la memoria del gran dramático!—exclamó *D. Lope*.

—Y yo me hallé en la fiesta con este pobrete de *Rebolledo*,—añadió una moza descocada, en quien reconocí á *Chispilla la Bolichera*.

—Y yo—dijo *D. Toribio Cuadradillo*—puse en el cuerno de la luna al gran *D. Pedro*, que si no fué montañés, fué un angel del cielo.

—Por esta vara—exclamó *Pedro Crespo*—juré que quien en fiestas dedicadas al gran autor no se entusiasme, *no es cristiano ni español*.

—Y por éstas, que son cruces,—exclamé yo,—bien merece un recuerdo el poeta que consagró su vida á estudiar aquel Genio y conservar viva su memoria en nuestro pueblo.

—Gloria al Príncipe de los dramáticos y gratitud á Ayala,—dijo una voz, que no supe de dónde salía; pero que me llegó á lo más hondo de mi pecho, y tal sacudimiento me produjo, que me hizo abrir los ojos; y mirando á mi alrededor, me ví abandonado á mi soledad, teniendo entre mis manos un libro en cuya portada leí: *Comedias de D. Pedro Calderón de la Barca*.

LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

CANTARES

I

Por más que riñas conmigo
Tu historia no te diré;

Y no digo lo que sé
Porque sé lo que me digo.

II

Dicen que los angelitos
Sólo viven en el cielo;
Pues tú, que en la tierra vives,
Tienes más angel que ellos.

III

Ángeles sé que te llamas,
Y es tu rostro angelical;
No me digas que me amas,
Que es música celestial.

José Sainz Calvo.

CONSULTAS

Lopecito, Sevilla.—Hemos recibido de dicho señor la siguiente consulta, que con mucho gusto publicamos á continuación:

Apreciable Director:
Aunque de cacumen nulo,
Una consulta formulo
Para salir de un error,
Que, por culpa de usted mismo,
Asalta mi pensamiento,
Y me despeña violento
De la duda en el abismo.
Sostiene usted que es la vida
Una borrachera amarga (1);
Luego, si es amarga, es carga
En extremo aborrecida.
Hay más: siendo amarga, es
La vida muy triste vida,
Y mi razón, confundida,
No se explica que después
De haber usted sostenido
Tesis tan particular,
Afirme (¡que es afirmar!),
Y casi á reglón seguido,
Que cuando va entristeciendo,
Sólo en el vino alegría
Encuentra.... Pues la teoría,
Francamente, no la entiendo.
Beber para emborracharse,
Que es sumirse en amargura
Según su opinión, locura
Es que no puede explicarse.
Conclusión: vino, alegría,
Vida amarga, borrachera....
Contradicción verdadera,
Inexplicable teoría.
Ahora bien; si da usté oído
Á mi consulta, y contesta,
Desde luego hago protesta
De vivirle agradecido.

Lopecito.

CONTESTACIÓN

Hago observar al consultante lírico,
Que á dichos versos, de cariz satírico,
Los bauticé (con intención católica)
Y los llamé *Filosofía alcohólica:*
Lo cual quiere decir en lengua ibérica,
Y al igual que en España en toda América,
Que son (á consecuencia del amílico,
Que hoy está tan en moda, y del butílico),
Más que razonamientos, casi cólicos
De ideas, en cerebros alcohólicos;
Y usted sabrá, si emprende un anatómico
Estudio en lo político-económico
De la rama vinícolo-enológica,
Que nunca un curda discurrió con lógica.
Hé aquí por qué con puntos, y aun con diéresis,
Los versos están faltos de sindéresis;
Que en tal caso, escribir era bien lógico
Contradictorio, inexplicable é ilógico.
Esta respuesta da mi *proso-lírica*
Publicación dominical satírica.
Post-data.—Como el precio es harto módico,
Suscriba á sus amigos al periódico.

Leoncio Lasso de la Vega.

K. R. Sevilla.—Agradecemos aviso: satisfecha petición: aplíquese pseudónimo.

Balestroni.—Se dan casos. Sobre la blanda es digestivo. Sobre la dura.... por lo menos no hace daño. Sobre la Balestroni, cólico nefrítico seguro; la muerte al ojo.

(1) Vease en el número 2 *Filosofía alcohólica*.

MENUDENCIAS

La falta de espacio nos impide publicar en este número, como prometimos, la bonita composición original de nuestro querido amigo el Sr. López.

Mucho lo sentimos, pero....

El carro de la basura
Ha pasado por aquí;
Sonaba la campanilla,
Por eso lo conocí.

Esta noche á las ocho dará una *Velada Literaria* en el Ateneo y Sociedad de Excursiones nuestro querido compañero de Redacción Sr. Díaz Martín.

Discutiendo Baldomero
Dijo á su primo Torcuato:
—Se me ha montado el casero
En las narices.—(Y es chato.)

Anteayer dió un resbalón
En la calle de la Unión,
Con las lluvias, un inglés,
Viniendo á dar con los pies
Junto á nuestra Redacción.

PASATIEMPOS

Charadas.

Con un vaso de *una tres*
La tristeza me *dos tercia*.
Y si en tu casa hay el *todo*
Podrá darte la jaqueca.

La *primera* es una letra,
La *segunda* letra es,
La *tercera* también letra,
La *cuarta* letra también,
Y el *todo* lo hace el soldado
Que cumple con su deber.

Fuga de consonantes.

.o. .i a..u. a.i.io.a.o
a.i.i.ó .a .a.a.a,
.a.a e..a .á. .o...i.a.a
.ue ..uie.o .e..o a.u.a.o

Solución á la charada del número anterior:

Lia Alí.

Solución á la fuga de consonantes del mismo:

Si acertaste la anterior,
Ésta no la acertarás,
Y si la aciertas ¡mejor!
Ya has acertado una más.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscrición.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—Precios de venta: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1.75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 27 de Noviembre de 1887.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO I | Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. | NÚM. 4.º

SUMARIO

CRÓNICA

Seiscientos treinta y nueve años hace que la Cruz venció en Sevilla á la Media luna.

Ó, si se quiere, que las espadas toledanas rindieron á los alfanjes damasquinos.

Ni la acción del tiempo, ni el fanatismo religioso, ni el odio de raza, han sido poderosos para borrar la huella que dejó en nuestra tierra el poder agareno.

Árabes son los ojos de nuestras paisanas, las costumbres, preocupaciones, odios y entusiasmos del pueblo; oriental nuestra poesía; moriscas nuestras canciones, nuestros patios y nuestras azoteas.... En una palabra, africanos son nuestro fatalismo y nuestra indolencia.

De inteligencia ardiente como el sol que tuesta el rostro, de sentimientos purísimos como el azul del firmamento, de imaginación exuberante como nuestra riquísima flora, de fantasía soñadora sobre toda ponderación, el andaluz ama lo grande tendido á la bartola, se sacrifica sin esperanza de premio, deja la tranquilidad del hogar por lanzarse á los peligros, y mira con lástima el negocio, como si la vida sólo se compusiese de sueños, goces, delirios y pasiones.

Así se comprende que un día nos dejásemos arrebatar el cetro del comercio, y al día siguiente el cetro de la poesía, y que una tras otra hayan ido muriendo las artes é industrias que hacían de Sevilla el emporio de la cultura y de la riqueza española.

El dulce no hacer nada nos lleva á mirar con indiferencia el provecho propio y el bien común: de aquí el abatimiento, la postración, la ruina que nos amenaza.

* * *

En la procesión que se hizo en la Catedral el día de San Clemente, aniversario de la toma de la ciudad, llevó la espada del invicto rey Fernando III, *el Santo*, el Sr. D. Fernando Varea, como Alcalde de Sevilla.

* * *

Una prueba de que aun corre por nuestras venas sangre musulmana la tenemos palmaria en el amor al juego de lotería, paternalmente mantenido por los Gobiernos.

El azar, lo desconocido, lo no trabajado nos seduce. Ayer se jugó un sorteo que se ha llevado muchos miles de pesetas, que hacen falta para la más imperiosa de las necesidades: para comer.

Y ya va siendo tema de todas las conversaciones la lotería de Navidad, la del *premio gordo*, la que nos va á sacar de pobres, por obra y gracia de un capricho de la veleidosa y ciega Fortuna.

La mayor lotería es, dígase lo que se quiera, la satisfacción de atender las propias necesidades con el producto del honrado trabajo.

Y, en definitiva, el inefable goce de poder cantar con el pueblo:

Yo jugué á la lotería;
Me ha tocado tu persona,
Que era lo que yo quería.

Trabajo y amor; hé aquí la religión, la verdadera y segura lotería del hombre honrado.

* * *

El viernes dió nuestro querido Director su primera conferencia acerca del tema «El diablo en la Historia», en el Ateneo de Excursiones.

El tema es vasto é importante: la exposición fué digna del tema.

Y no decimos más por hoy.

* * *

«Aquí estoy yo,» dijo el frío.

Y se echaron á temblar todos los sevillanos.

Así es que todos procuraban entrar en calor.

Hasta los que están más *quemados*.

Que son.... (No vale señalar.)

* * *

En breve será un hecho en Sevilla la creación y establecimiento en el Consulado ó Casa-Lonja de una Bolsa de Comercio ó Centro libre de Contratación mercantil para la compra y venta de toda clase de efectos de lícito comercio, tanto los procedentes de la industria fabril, agrícola y pecuaria, como los valores bancarios públicos y particulares.

Tendremos Bolsa; hace falta tan sólo tener bien herradas las bolsas.

Porque al paso que vamos, las contribuciones ascenderán á más de los productos que rinden la agricultura, el comercio y la industria, y en ese caso no habrá para qué hablar como no sea para pedir limosna.

Problema cuya solución se le puede brindar al más valiente.

* * *

Á propósito de valientes:

Dos, que de tales presumen, salen desafiados á la dehesa de Tablada.

Una vez en el terreno, dice el provocador:

—Mete mano; aquí se ha de quedar uno de los dos.

Y le contesta su contrincante:

—Bueno: quédate tú; yo me voy, que estoy haciendo falta en mi casa.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

LA VERDAD

Pese á quien pese, y según mi humilde capacidad ha logrado observar rodando día tras día por esos mundos de Dios, ó del Demonio, que con sus malas trazas todo lo transforma; pese á quien pese, mi querido lector, la verdad sincera y espontánea, seguida invariablemente como constante norma de conducta, encaja muy cumplidamente en los moldes de la moral, pero no así en los vaivenes de la vida práctica. Y aunque os parezca acomodaticia la afirmación seguiré en mis trece, sin el más leve cambio de rumbo, mientras no vea que me llaman grosero el día en que con la mayor sinceridad encaje en las narices al primer conocido que halle al paso que su salud y la de su familia, á quien no conozco, me tienen libre

de toda inquietud, ó que la cara de la señora que por compañera de su vida eligió es de la más perversa catadura que la fealdad pudo dar á luz, ó que el zangolotino, en fin, en quien tiene con paternal amor cifradas sus esperanzas, es no más que un macizo marmolillo con antipática modelación humana, rival en inteligencia del Bobo de Coria, de Picio en belleza y de la urraca en condiciones morales.

Dígame el lector si no acuerda conmigo en que el poco avisado mortal que de esta manera obrare acabaría por verse en la precisión de retirarse del mundo, si ántes no se había encargado de ello algún malhumorado, que en pago de tan loable sumisión á la verdad le moliera inicuamente los huesos para escarmiento de francos y supresión de tan notable ejemplar.

El pueblo, que á la pata la llana sabe bien dónde le aprieta el zapato, y no deja de acertar en el clavo sino escasas veces, afirma (*vox Dei* si el aforismo no miente) que no todas las verdades son para dichas; y yo, que en el pueblo obtuve mis primeras enseñanzas, á su afirmación me atengo, y tan de lleno, que más propicio me hallo á exagerar en ella que á escatimarle un ápice en la práctica.

Recapacita tú, lector, con tu buen discernimiento, y héte aquí una mentira á que la gratitud me obliga, pues creo punto menos que imposible que los cuatro mil suscritores de PERECITO tengan la rara fortuna de poseer, *sin excepción*, en estos tiempos de necedad que corren, nada menos que un buen discernimiento; recapacita tú, repito, y verás cuántos casos de la vida corriente podrían aducirse en pro de mi tesis; y si al principio te escandalizó lo inmoral de mi cuento, convendrás conmigo en que, inmoral ó nó, es una verdad, aunque quizá ésta también sea una de las llamadas á no decirse.

Poseedor, como en otra ocasión ya he dicho, de un aventurero y azaroso pasado, he de contarte, entresacado de mi historia, un hecho que, más elocuente que ninguno, te demostrará mi tesis, cumpliendo á la par mi promesa, que no olvido, de ir narrando, para tu solaz y poco á poco, mi historia.

Tuve una novia en tiempos, tan digna de que su retrato, hecho por buena pluma, figure entre los mejores tipos que nuestra selecta literatura conserva, que por sólo este hecho no me atrevería á diseñarlo, aunque no me detuviese anteriormente el justo temor de deslizarme por la fácil pendiente de lo cursi, tanto más resbaladiza en este caso, cuanto mayores son los méritos, dignos de eterna loa, que á mi antigua amada adornaban.

Acostumbraba yo en la época de estos amores....

¿Pero adónde vas, PERECITO? Más vale que detengas el hilo de tus confesiones en este momento: piensa que á más de haber prometido no pecar nunca de extenso, es el presente el último número de este mes, y si dejas al lector en la curiosidad de conocer tu aventura, acaso si se hallaba remiso en renovar la suscrición, movido por este impulso lo haga; y si además le aseguras, como desde luego es cierto, que la anunciada narración es de lo más curioso, variado y chistoso que humana imaginación inventar pudo, acaso seas buen conservador de tus intereses, en tu propio beneficio, que no es poco, y en defensa de la más cómoda y desahogada vida de PERECITO, que ya es mucho.

Así, pues, silencio por hoy; punto final, y hasta el próximo, en que se verá probada la *verdad* con que he afirmado que, en *verdad* en *verdad*, el siempre usar de la *verdad* no es bueno.

PERECITO.

AL PASAR

Estaba en los balcones de su alcázar
Cuando pasó mi entierro;
La encontré con los ojos del espíritu,
Que aún batallaba por dejar el cuerpo.
¡Ella.... sí, la traidora! Sonreía
Junto á un doncel apuesto,
Y en voz baja, muy baja, repetía
Sus torpes juramentos.
Yo sentí estremecerse mi cadáver
En el fondo del féretro,
Y saltar en pedazos la cubierta
Con pavoroso estruendo.
Después.... ¡más soledad, sombras más densas,
Reposo más completo!
Supe al fin ¡que hay infamias en el mundo
Capaces ¡ay! de levantar á un muerto!

B. MAS Y PRAT.

¡QUÉ BIEN SE VA EN EL TRANVÍA!

(Apuntes del natural tomados un Domingo.)

Fácil es ver este día
Una familia cualquiera,
Que en la acera
La llegada del tranvía
Con harta impaciencia espera.
—¡Ya viene allí!—de repente
Alegre exclama la gente;
Y hacia el coche en el momento
Emprenden veloz carrera,
Para coger buen asiento,
Un señor, una señora,
La niñera,
Dos niños de edad temprana
Y una hermana
De la señora primera.
La mamá.—Juan, ten cuidado
No te vayas á caer.
Un chico.—¡Que me han pisado!
El padre.—¡Vamos á ver!
La señora.—Caballero,
No empuje usted... ¡bueno fuera!...
Un cochero
(Con mal modo).—¡Á la trasera!
—Quite usted, hay mucha cola
Y no podremos entrar....—
Un chico empieza á llorar,
La familia se atortola;
Y á codazos, pisotones
Y empujones
Consiguen entrometerse,
Que es su afán,
Pero no pueden moverse,
Por los viajeros que van.
Y todos de igual manera,
Apretados y maltrechos,
Satisfechos
Cruzan así la carrera;
Y al llegar,
Aun se atreven todavía
Á exclamar:
—¡Qué bien se va en el tranvía!

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

DESCARGAS

Al amigo majadero,
Que chupando lo que puede
La amistad que me concede
La mide con mi dinero;
Y en la fortuna es mi sombra,
Y en la desgracia me huye,
Y censurándome arguye
Que mi despilfarro asombra;
Y con los cargos añejos
En vez del pago á que aspiro
Me da muy buenos consejos....
¡Un tiro!

Al vate que tremebundo,
Con aires de trovador,
Va sus pamplinas de amor
Contándole á todo el mundo;
Y con voz grandilocuente,
Por un instinto perverso,
Á Dios le dispara un verso
En mitad de la corriente;
Y odas escribe á Alejandros,
Pompeyos, Césares, Ciros,
Esquilos y Anaximandros....
¡Tres tiros!

Al millonario que ajusta
El precio de una canasta,
Porque lo poco que gasta
Como excesivo le asusta;
Y vive como un bolonio,
Y artes, ni letras, ni ciencia
Favorece, y su opulencia
Ni sirve á Dios ni al demonio;
Y es su más bello ideal
Con trabacuentas y giros
Ahorrarse medio real....
¡Dos tiros!

Al implacable usurero,
Que al mil por ciento prestando
Va su fortuna amasando
Y cual perro perdiguero
Acosa, persigue, hostiga,
Insiste, aburre, encocora,
Y sin pausa, hora tras hora,
A su víctima atosiga;
Y entre ruego y amenaza,
Entre votos y suspiros
Aprieta como tenaza....
¡Cuatro tiros!

Y al pedante infatuado
Que protección va vendiendo,
Al matariche tremendo,
Al sablacista enconado,
Al pegote que encocora,
Al tití que se encorsela,
Á la cursi damisela
Que en puro amor se evapora;
Y al insistente casero,
Y á la suegra endemoniada,
Y al que no tenga dinero....
¡Una descarga cerrada!

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

EL BOLLO

No hay quien me lo quite de la cabeza; tenía muchísima razón el sabio catedrático que formuló el siguiente aforismo:

«La humanidad es un planeta que describe su órbita alrededor de un bollo.»

El Fiscal de imprenta,—muy señor mío, etc.,—que se

acredita de *celoso* viendo materia denunciable hasta en el Catecismo del P. Ripalda, no denuncia por gusto, ni por deber, ni por odio, sino en busca del pan de Alcalá, ó de Viena, ó de donde sea.

El periodista que se deja denunciar no se queja de vicio, sino que se lamenta de que los vagos se llamen *Hogaza* y los que trabajan *Hambre*.

Los socialistas, comunistas, nihilistas y demás evangelistas y salvadores de la humanidad se dan de cabezadas y pierden la chaveta.... pues, por lo mismo; buscando la cuadratura del círculo del *panem nostrum quotidianum*.

El policía,—ese otro chupóptero de la clase de celosos de *camama*,—que cree poner una pica en Flandes descubriendo siquiera la sombra de una velluda *mano negra*, ese no es un tipo repugnante, nó señor; es simplemente un pobre diablo que hace de mosquito; revolotea sin tino, zumba sin concierto, pica para comer.... y muere aplastado ó despreciado, tanto monta.

El empleado—ese otro parásito con descuento y manos limpias—chupa la breva del presupuesto ó apura la colilla de la cesantía, según los vientos que corren, volviéndose hacia el *bollo* que más calienta.

El obrero cena dolores de huesos, á trueque de comer *papas en paseo*, *arroz con pena* ó carne de burro, vulgo acelgas.

El refrán lo dice:

«Del rey abajo, todos viven de su trabajo.»

Ó del trabajo de los demás; da lo mismo.

—¡Apenas si cuesta trabajo hinchar un perro!—dirán para su bolsa los *Zabalzas* de todas clases y cataduras.

Trabajos, que ni los de Hércules, pasan los pobres *Melgares* que van quedando, por obra y gracia de la Guardia civil, de los ferro-carriles y del telégrafo.

¿Y no es trabajo el del *Matatías*, que sólo lo es apurando la empobrecida sangre de los peleles?

Todos, todos van á lo mismo y de lo propio se lamentan; los tiempos están muy malos.

El *tomador* siente la ruina de los demás porque no encuentra donde ejercer su oficio.

La crisis pecuaria trae cariacontecidos á los *cuatreros*.

La ruina de Cuba acarrea la muerte de los demás grandes *negocios*.

Que es lo mismo que decía el gitano del cuento delante de la imagen del Señor del Gran Poder:

«Pare mío, no te pío más que una cosa: que me pongas donde haiga mucho *fango*. Lo demás corre de mi cuenta.»

Y lo gracioso del caso es que todos los *pirandones* que se afanan por aprovecharse de la labor de otros, van á lo mismo precisamente que los que se matan siguiendo la máxima bíblica que dice:

«Comerás del sudor de tu frente.»

No hay que devanarse los sesos:

Tantas idas
y venidas,
tantas vueltas
y revueltas

como da la humanidad, tienen por único objeto el encontrar un bollo, un miserable pedazo de pan, que á muchos le falta porque á unos pocos le sobra.

¡Y considerar que nadie come más de lo que le puede llevar su estómago!

¡Y saber que nadie se lleva nada de este mundo!

¡Mentira parece que no haya siempre un bollo de sobra!

Pero es que no sabemos nada; ni despreciar lo que no se necesita.

Ni ver lo que pasa siquiera.

Ayer me decía un obrero:

—¿Á que no saben los sabios del Gabinete histo-químico qué es esto que yo estoy comiendo?

—¿Pues qué tiene esa comida?

—Nada. ¡Cualquiera acierta que esto es un par de botinas aparadas por mi mujer hoy al medio día!

Moralistas, sabios, políticos, potentados, descubríos; ese es el bollo: el pan de sangre amasado con levadura de cariño.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

RUEGO A LAS NUBES

Señoras: estoy sufriendo
Con la lluvia malhadada,
Que há dias está cayendo,
Y que ya se va poniendo
Muy pesada.
Comprendo perfectamente
Que llueva de cuando en cuando;
Pero sufrir diariamente
El agua, me va cargando
Mayormente.
Es aburrido salir
Aguantando el chaparrón,
Y todavía más venir
Y entrar en la Redacción
Á escribir;
Coger la pluma al instante,
Y verme comprometido
Al no encontrar consonante,
Porque me distrae el ruido
Disonante
De la lluvia. Otra cuestión,
Que es la principal razón
Porque me chocan las aguas,
Es que yo tengo un paraguas
De algodón,
Tan inservible y maltrecho,
Que en lugar de ir bajo techo
Me mojo toda la ropa,
Y llego á mi casa hecho
Una sopa.
Supongo comprenderán
Que razonadas están
Estas quejas que os he dado;
Además, tengo empeñado
El gabán.
Si con esto que les digo
De ustedes nada consigo,
Lo cual será muy probable,
Remitidme un buen abrigo
Impermeable (1).

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

EL CÁNTARO ROTO

I

Maruja y Blas se amaban locamente,
Y como las familias se oponían,
Decidieron los dos que se verían
Por la tarde en la fuente,
Cuando no hubiera nadie en la pradera
Y pudieran hablarse libremente
Sin que alguno á los padres advirtiera.

II

Por medio de un embuste bien fraguado,
Que logró de los padres ser creído,
Maruja ha conseguido
Ir por el agua al prado,
Según lo convenido.

III

Alegre y sonriente,
Con el cántaro puesto en la cabeza,
Cruzando va con suma ligereza
El agreste camino de la fuente;
Y como ya va entrando
La noche, y de las sombras le da miedo,
Para ahuyentarlo un poco, va cantando
Una canción alegre, muy de quedo.

IV

Pronto cayó Maruja entre los lazos
Que Blas tendió con amoroso anhelo;
Al verlo, desmayóse entre sus brazos,
Y el cántaro del cuento cayó al suelo
Y se quedó á sus pies hecho pedazos.

V

Pocos días después, llena de pena,
Maruja se quejaba tristemente
Al recordar la escena
Del cántaro y la fuente.

VI

Muchachas hechiceras,
Si queréis conservar vuestra alegría,
Cuidad de todas veras
Que no se rompa el cántaro algún día.

JOSÉ SAINZ CALVO.

MENUDENCIAS

Dispénsenos el Sr. López.

No podemos publicar en este número su preciosa composición.

Mañana será otro dia.

(1) Cuando á la imprenta llevé
La anterior composición,
Cayó un fuerte chaparrón
Y hasta el alma me calé.
Mas como no hay quien entienda
El tiempo, no es de extrañar
Que se pueda despejar
Y haga una plancha tremenda.

DÍAZ MARTÍN EN EL ATENEO
(Música de *La Gran Vía*.)

—

I

Pobre.... chico
El que tiene que llenar
Un di....ario
De un tamaño regular;
Porque si es que no tiene
Mucho talento, cual Díaz Martín,
Se dará á los demonios,
Y las tijeras mellará al fin.

II

El Domin....go *pasao*
Nuestro amigo un poquito *asustao*,
Una ve....lada dió
En la que su talento mostró.
Y yo que estaba en la sala
No cesaba de aplaudir,
Y la gente me seguía
Y al par que aplaudía
Solía reir,
Solía reir,
Solía reir.

—

Leyó *Desgraciados*, leyó *Los Piropos*,
Leyó *Noche Buena*, tras la introducción,
Y *El Bollo* y *El Barco*, y estuvo muy bueno,
Muy bueno, muy bueno,
Muy bueno, muy bueno,
Muy bueno, muy bueeeeno
Y san se acabó.

Anuncio que he visto puesto
En una confitería:
«Mojicones, se dan buenos,
Más baratos que allá arriba.»

J. León.

Cambios recibidos:

De Sevilla: *El Porvenir*, *La Unión Mercantil é Industrial*, *El Tribuno*, *El Baluarte*, *El Orden*, *El Mercantil Sevillano*, *El Programa*, *El Guadalquivir*, *El Ave-María*, *La Semana*, *El Meridional*. *La Lealtad* y *Revista Hispalense*.

De Madrid: *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y *Don Quijote*.

De Huelva: *La Coalición Republicana*.

De Málaga: *El Defensor de Málaga*.

De Sanlúcar de Barrameda: *El Censor*.

De Ávila: *Los Mosqueteros*.

De Reinosa: *El Ebro*.

Gracias.

Se ha corrido la voz
De que en Sevilla ha habido un robo atroz,
Y la voz se ha corrido
De que en Sevilla un robo atroz ha habido.

La jambre quita er sentío:
Lo igo por esperensia,
Porque á mí ma susedío.

El martes, en la calle Doña Guiomar, un burro cargado de huevos tropezó con un carro, haciéndolo de tal suerte, que un millar de los susodichos huevos quedó despachurrado.

Y sin aceite ni nada de eso
Hizo el borrico en un periquete
Una tortilla de rechupete.
¡Viva el progreso!

CONSULTAS

Sr. D. V. de la F. Sevilla.—Veremos.

Sr. D. D. M. de T. Sevilla.—Buen papel, bonita letra, mala ortografía, peores versos, etc., etc.

Pasteur. Sevilla:

La pregunta estrafalaria
Que sobre perros me envía,
No es consulta literaria,
Sino mera porquería.

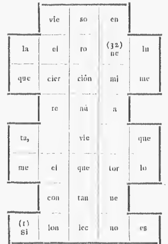
PASATIEMPOS

—

Charada

Prima, segunda y *tercera*
Provincia importante es;
La *cuarta* niega á cualquiera,
Y es mi *todo* aquel que fuera
De *prima, segunda* y *tres*.

SALTO DE CABALLO.



	vie	so	en	
la	el	ro	(32) ne	lu
que	cier	ción	mi	me
	re	nú	a	
ta,		vie		que
me	el	que	tor	lo
	con	tan	ne	
(1) si	lon	lec	no	es

Empieza en el número 1 y termina en el 32.

Fuga de todas las letras menos la a.

.a.a ..a. A.a, a..a..a.a
.a..a.a. a. .a..a.a.;
..a. a.a.a á A.a, A.a
.a.a .a .a..a.a á ..a.

Soluciones á las charadas del número anterior:
Mosquito.—Obedece.

Solución á la fuga de consonantes del mismo:

Por si algún aficionado
Adivinó la pasada,
Vaya ésta más complicada,
Que quiero verlo apurado.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscrición.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—Precios de venta: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.—*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 4 de Diciembre de 1887.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO I. | Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. | NÚM. 5.º

SUMARIO

CRÓNICA

Decíamos ayer, es decir, en el número anterior, que el frío se había entrado en Sevilla como Pedro por su casa.

Pero el domingo se acordó el sol de esta su ciudad predilecta y nos favoreció con la encantadora temperatura de sus mejores días de primavera.

Dicho se está, por tanto, que nuestras bellas se cogieron al brillante pelo que tan buena ocasión les brindaba para lucir sus encantos, y sus trajes, y sus novios.

El paseo de la orilla del río, y los jardines de Eslava, y las Delicias estuvieron convertidos en viva exposición de hermosuras, en torneo de donaires, en desafíos de miradas, en animado certamen cuyo interés estriba en poemas que no se escriben, en doloras que se sienten y aun en epitafios que son sonrisas....

El humilde servidor de ustedes que suscribe, aunque todavía no peina canas también salió á echar una cana al aire, como suele decirse, y vió muchas cosas tan dignas de ser admiradas como difíciles de contar, y oyó muchas otras de las que hago gracia á los lectores, porque el relato resultaría pálido, por no decir insulso y cansado.

Pero sí diré que al llegar á la fuente llamada del Abanico fijábanse los paseantes en dos filas de naranjos pequeñitos, pero tan cargados de su sabroso fruto, que tenían, sin ponderación alguna, más naranjas que hojas.

—Mira, Carmen,—decía una elegante señora á una rubia más salada que las pesetas,—mira qué hermosura de naranjos.

—Es verdad—contestó la rubia—que es una bendición de Dios.

Oído esto por un viejo, como tal sabio, sonrió con amargura y con lástima y dijo á un su amigo:

—Ve usted, esas son las cosas del mundo, que sólo se paga de apariencias; todos, al pasar, se hacen lenguas de la abundancia de fruto que tienen esos arbolillos y nadie pára mientes en que esos naranjos han tenido la entrada del gitano y no volverán á hacer ese milagro: esos no volverán á echar una naranja más. Mire usted esas hojas acucharadas y secas, esas ramas rendidas por el peso, esos troncos descascarados; todos son síntomas de muerte para ese arbolado.

Impresionóme este triste relato y me llevó á pensar en los niños á quienes sus madres llenan la cabeza de tonterías,—para que digan gracias,—á quienes los maestros se esfuerzan en poner ahitos de inútiles conocimientos—para que sean sabios de rutina—y á quienes los padres cargan de libros desde la segunda infancia para que, adolescentes, entre en sus pechos el diablo del orgullo y de la vanidad oyéndose llamar licenciados y doctores.

Amorosas madres, no riáis en vuestros pequeñuelos más gracias que las naturales: que la *gracia* aprendida es veneno.

Padres, no seáis impacientes, no agostéis las frescas y lozanas flores de la juventud por el inmoderado afán de ver el fruto prematuro de las tiernas inteligencias.

Maestros, contentáos con educar el corazón y guiar la inteligencia: cuando el niño sabe sentir y aprende á pensar rectamente, ya sabe bastante; lo que resta, solo, sin ayuda ajena lo aprenderá.

Haced todos que no sea flor de un día lo que puede ser árbol secular. ¡Que no se pierda el árbol antes de cumplir el primer año!

* * *

El domingo por la noche demostró en el teatro de San Fernando el pianista francés Mr. Planté que es una verdadera eminencia.

El público era inteligente, selecto, pero poco numeroso.

En esto de la buena música ocurre lo mismo que con los manjares delicados.

Á todo el mundo les gustan; pero pocos los toman.

Los unos, porque son caros los bocados.

Y los otros.... por lo otro.

* * *

El Sr. D. Leoncio Lasso de la Vega—usted dispense, señor Director, pero la «Crónica» es la *crónica*—ocupó el miércoles por la noche la cátedra del Ateneo de Excursiones, y dió su segunda conferencia sobre el importantísimo tema «El Diablo en la Historia.»

Historiador erudito y veraz, expuso á grandes rasgos, y con portentosa facilidad, la historia de las religiones; pensador concienzudo y profundo, hizo un atinado estudio comparativo de las más importantes manifestaciones de la eterna lucha; verdadero artista, hizo interesantísimos cuadros al describir las figuras de Tifón, Arimanes y Luzbel.

La conferencia fué muy buena, el discurso digno de la envidiable reputación del orador.

¡Bravo! ¡Muy bien! Choca ahí, Leoncio.

* * *

La Sociedad Económica de Amigos del País ha acordado proponer al Ayuntamiento que el nombre de la calle de Mercaderes se cambie por el del eminente pintor sevillano Sr. Villegas.

Que se premie el verdadero y reconocido mérito es muy justo.

Pero, francamente, nunca ha sido injusta la historia con los hombres verdaderamente grandes.

* * *

Se encuentra enfermo, aunque no de gravedad, el catedrático de Metafísica de esta Universidad Literaria señor D. Federico de Castro.

Deseamos de todo corazón el pronto y total restablecimiento del sabio y modesto profesor, modelo de maestros.

* * *

Á un niño de nueve años de edad:

—¿Qué es urbanidad?

—Eso no se enseña en mi colegio.

—Lo siento por ti.... y por tu colegio.

Vaya otra pregunta:

—¿Qué es moral?

—¿Moral? Ah, sí: Moral es el Gobernador.

—¿Cómo?

—Sí; dice *El Porvenir*.... «el gobernador civil de la provincia, Sr. Moral....»

—¿Qué más dice?

—«Sr. Moral ha regresado á Sevilla.»
—Está bien, niño.
Y que el regreso sea para bien.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

FUENTE DE INSPIRACIÓN

Cierto vate tronado,
Que no tuvo en su vida ni un metal,
Y escribió el infeliz más que el Tostado,
Ó á lo menos igual,
Aunque todo más malo que arrancado;
Careciendo una vez de marinera
Fué á una casa de empeños
Y compró una cualquiera,
De las muchas perdidas por sus dueños.
Mas el vate notó desde aquel día,
Que cuando prenda tal se colocaba
Todo lo que escribía
Mejor que anteriormente resultaba.
No logrando el buen hombre comprender
Cómo pudiese aquello suceder,
Fué á la citada casa, y diligente
Preguntó al dependiente
Si era fácil saber quién empeñó
La cazadora que él después compró.
. . . .
Y vino á resultar
Que era de un celebérrimo poeta,
Que al no tener tampoco una peseta
La tuvo que empeñar.
. . . .
Poco después, en una redondilla,
Decía con dolor:
—«¡Quién atrapara un terno de Zorrilla
Ó un frac de Campoamor!»—

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

SIGUE LA HISTORIA

Pues, señor, reanudemos el interrumpido hilo de mis confesiones, que á demostrar tendian cuán cierto es en la práctica que el siempre usar de la verdad no es bueno.

Comenzaba yo á narrarte, mi querido suscritor, la curiosa aventura que con una mi muy amada me aconteció, aventura que es, *per se*, demostración palpable de mi aserto, y decía:

«Acostumbraba yo en aquella época....» quedando aquí mi cuento como en vilo, ora por falta de espacio, ora por sobra de asunto, pero nunca por escasez para contigo de buena voluntad.

Pues bien; recojo de nuevo el cabo suelto, no sin advertir de pasada que, según he leido en un artículo de Anatolio France,

«El hambre y el amor son los dos ejes del mundo,» y continúo.

Pero no sin experimentar cierta emoción al recuerdo de aquellos felices tiempos.

Alegría; indiferencia, nunca desmentida, hacia todo cuanto no fuese el presente; carencia absoluta de preocupaciones serias, y primeros albores, en fin, de una aturdida adolescencia, eran mis únicos acompañantes de entonces.

Excepción hecha del imprevisto encuentro con un importuno inglés, ó el fatal plazo de muerte para una papeleta de empeño, todo lo demás era miel sobre hojuelas.

La vida de estudiante bohemio se desenvolvía en toda su exuberante amplitud.

Por la mañana, el perezoso sueño, que en descanso de la pasada vigilia no dejaba de ser para mí de lo más dulce y sabroso, apesar de no conocer la condición soporífera de las *leucomanias* de A. Gautier.

Por la tarde, el gustoso entremés, picante que ni de encurtidos, del visiteo de modistillas. Antes de comer, el delicioso cañeo, como excitante aperitivo, en los cautos camarines de los templos de Baco. Por la noche, la típica reunión estudiantil en las casas más recalcitrantemente cursis, que á fuerza de guluzmear hallábamos, y todo el día, por consiguiente, el exquisito y nunca bien ponderado goce de hacer rabona á todas las clases: eclipse total de nuestras felices personalidades, que no se despejaba durante el curso, sino en vísperas de vacaciones, con el prudente objeto de armar ruidosas zambras revolucionarias, y gozar el caritativo alborozo de ver zambullido en la pila, no sin protestar bajo el agua, mediante sendos bufidos y nerviosa pataleta, al traidor malandrín que osó penetrar en clase, burlando las dictatoriales leyes de la cámara estudiantil, y que salía mohino y con facha de perro de aguas, aunque para su consuelo le asegurábamos (á la respetable distancia, por supuesto, que sus sacudidas exigían) que se asemejaba *mismamente* á una bella y vaporosa ondina, brotada de las verdes aguas del lago, como así también, que las manchas de sus pantalones, que él achacaba con prosáico realismo á la verdina del pilón, no era sino un bello tornasolado, diluido á la linfa pura de la cristalina fuente.

En resumen, una deliciosa vida. La práctica del *per troppo variar natura e bella*, tan sabrosa para los paladares delicados, sin más que una nota persistente: *el vagueo*.

Pues bien, señores; nada de aquella época, y aquí de mi cuento, como la célebre reunión de D.ª Eduvigis.

Esta inolvidable señora era viuda de un teniente de carabineros, bonachón él, patatero él, y bruto él como ningún mortal alcanzó en su vida. Esto al menos se deducía de lo que las crónicas de su tiempo afirmaban.

La viuda, de amplia y redonda cara, de un nuevo verde aceituna, chica y á mayor abundamiento gorda, hasta el punto de no haber podido jamás asentar sus respetables posaderas en otro sitio que en el kilométrico sillón frailuno que heredara de un su tío exclaustrado franciscano; D.ª Eduvigis, decía, era poseedora de tres inapreciables tesoros, tres amabilísimas niñas, lindas como angelitos las tres, que por cierto no tenían entre sí la más leve sombra de lejano parecido, ni mucho ménos recordaba ninguna la cara de búfalo de su mamá: estas tres hadas tenían enredados en la malla de sus encantos á Romualdo, Juan y yo; Araña, Concha y Cortés, al decir del conserje de la Universidad.

¡Oh inolvidables y deliciosas veladas las de aquellos días! ¡Oh bendito albergue el que cobijó nuestros cándidos amores! ¡Oh poético grupo el que formábamos todos alrededor de la camilla! Todo era allí dulce, murmurador y melancólico: el cuarto casi sin muebles; la luz del velón mortecina y triste, gracias á que Romualdo se cuidaba de sacarle el aceite con una monterita de papel para que D.ª Eduvigis tuviera que ir á la cocina, bien á llevar el velón en busca de la alcuza, bien á traer la alcuza en busca del velón; el apagado susurro de nuestros amorosos cuchicheos; los pavorosos ronquidos con que la robusta viuda arrullaba sus sueños; todo, en fin, era misterioso y poético; todo respiraba candor, particularmente cuando no jugábamos á la lotería, en la que los intereses mundanos venían á relevar al vago rumor de idilios, madrigales y endechas.

No puedo menos de experimentar penoso sentimiento al recuerdo de aquellos días; no puedo menos de exclamar con el poeta:

¡Cuán presto se va el placer!
¡Cómo después de acordado
Da dolor!...

Pero vamos á mi cuento y á lo de la verdad, que no siempre conviene decir aunque la moral lo exija.

Una noche, después de haber jugado á la lotería, y de haber cantado habaneras en coro, y perorado á más y mejor, porque mis compañeros y yo nos hallábamos un tantico animados por los vapores de una comida fuerte, decidimos con general beneplácito introducir alguna novedad en los pasatiempos de la velada, y en efecto....

Pues, señor, no es posible. Á fe de PERECITO que lo deploro; pero he llegado al fin de la sexta cuartilla, y por culpa de la falta de espacio, que no consentiría lo contrario, hay que dejar el final para otro dia, *velis nolis*.

Perdón, pues, por tan repetidas interrupciones, que contra mi voluntad se imponen.... y—en el número próximo— se continuará.

PERECITO.

Á PEDRO BOTERO

Por vuestro corresponsal,
Señor don Pedro Botero,
Supe ayer que tratáis mal
Á un vate *piramidal*

Que ha sido mi compañero.
Y esto, amigo, francamente,
Como debe comprender,
Ni es lógico, ni es prudente,
Ni lo debe usted hacer
Con cierta clase de gente.

—

Que á veces solía exclamar:
«¡Voto á Luzbel!» ¿Y se enfada
Usted por eso? Pues nada
Tiene de particular,
Ni es esa razón fundada
Para hacer un chicharrón
Á uno que en toda su vida,
Sin la menor intención,
Tuvo la lira partida
Y partido el corazón.
También, al par, he sabido
Por su mismo compañero,
Que la entrada han impedido
Al bribón de mi casero,
Que habrá un mes ha fallecido.
Y eso, que ya es abusar,
Ni se debe tolerar
Ni á la razón se sujeta.
¡Digo! ¡Quemar á un poeta
Y á un casero dispensar!

—

Trate, pues, con buenos modos
Á ese vate desdichado
Que á ninguno le ha faltado.
Y á mi casero, y á todos
Los demás que hayan llegado,
Achicharrelos, por que
Con ellos mucho sufrí;
Y si es que no lo hace así
Mi tarjeta le daré
Cuando vaya por ahí.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Amigo PERECITO:

Esperaba con impaciencia tu número cuarto para ver en él las lindezas que yo imaginaba dirías de tu cronista Díaz Martín, con ocasión de la que llamo su primer salida, no por los campos de Montiel, sino por la sala de sesiones del Ateneo. Pero ¡que si quieres! Burladas ví mi esperanzas, que cifré en algo más que la donosa parodia de la canción de *Menegilda*.

Díme á discurrir sobre la causa de tu silencio, y á poco de haber puesto en tortura mi caletre, saqué en claro que la modestia tuvo parte en la torta, quiero decir, que entró por mucho en tu reserva, por aquello de que *laus propia vilescit*, como dijo el otro. Pero aquí estoy yo, que no soy de casa, y, con perdón, puedo entrar en la del vecino, y, *hospite insalutatu*, aposentarme en ella y echar por esta lengua, que Dios me ha dado, cuanto me venga á las mientes, sin ofensa del prójimo; aunque me meta donde no me llamen y hable sin ton ni son. Yo puedo, gracias á tu generosa hospitalidad, enderezar lo que para mí es un entuerto; porque lo es, no lo dudes, en estos tiempos de fáciles alabanzas, no ponderar lo que merece encarecimiento.

Tiempo hace que trabé con Díaz Martín amistad franca y generosa, atraído por lo apacible de su carácter, lo honrado de su proceder, y, muy principalmente, su afición al estudio y su amor á las buenas letras. Mas no porque la amistad que nos liga sea de aquellas á que nuestros padres llamaban de pala y azadón, esto es, de las que sólo por la muerte acaban, he de extremar los elogios; aunque, si va á decir la verdad, mi humilde pluma está pronta para la alabanza y no se moja en la negra tinta de los reproches.

El mayor número de los periódicos sevillanos han escrito de la velada literaria en que Díaz Martín lució á maravilla las galas de su ingenio, y han alabado los preciosos artículos con que recreó el ánimo de sus oyentes durante una hora, que para muchos transcurrió en un santiamén. Quién contó uno por uno los aplausos con que le premió el concurso; quién ha dicho que aquel mi amigo escribe más que el Tostado y mejor que muchos á quienes la fama ha empingorotado sobre el cuerno de la luna; quién, que lleva largas las barbas y gusta de codearse con la gente de barrio, y quién, en fin, que el escritor ayer desconocido, hoy es estimado en mucho por cuantas personas leen papeles públicos.

Amigo PERECITO: de antiguo me tenía yo tragado todo eso. Sabía que Díaz Martín, cuyas aficiones le llevan por los vericuetos y atajos del periodismo, es un escritor tan discreto como ingenioso; de los que no ponen la pluma en el papel á humo de pajas, sino con su cuenta y razon. (Y ten entendido que esto de la *cuenta* viene aquí como por la fuerza del consonante; porque Díaz Martín no ha caido todavía en la cuenta de que no le tiene ninguna escribir para el prójimo sin provecho propio.) Sabía que no era de esos audaces que, imitando á Fray Gerundio de Campazas, el hijo de Antón Zotes, dejan los estudios y se meten á predicadores, ó á escritores públicos, que para el caso es lo mismo, picados unos de ingeniosos y tentados por el demonio de la vanidad, y ganosos otros, no tanto de renombre como de pesetas. Todo lo contrario: aquel mi amigo se ha cogido á los libros y no los suelta ni á tres tirones; y aunque ve con buenos ojos (que buenos ojos son los suyos, porque ven crecer la yerba) la justa recompensa del trabajo, ni venderá su pluma por todo el oro del mundo, ni se valdrá de ella á guisa de espada para abrirse paso, ni la mojará en hiel para amargar la vida del prójimo, ni le sacará los puntos para con ella saltarle un ojo al vecino. Nó, PERECITO, nó: Díaz Martín, que vale mucho como hombre de talento, como periodista y como escritor de costumbres populares, vale más como hombre á secas; quiero decir, que es bueno por todos cuatro costados.

Con esto queda hecho su elogio; porque ¿cabe mayor elogio para el periodista que decirle á boca llena que es hombre bueno á carta cabal? Para mí, PERECITO muy querido, sin bondad no hay talento ni cosa que lo valga; y si en todo quiero bondad, quiérola y la busco con ahinco, antes de toda otra cualidad, en el periodista.

Hoy que el periódico rivaliza con el libro; hoy que el periódico nos acompaña por todas partes, en la casa como en la calle; hoy que el periódico llega á todas las manos y trata de todo; hoy que el periódico influye poderosamente en la opinión pública, el hombre de bien, el hombre honrado, en una palabra, el hombre bueno es el mejor de los periodistas. Donde él esté la verdad resplandecerá, porque nadie será osado á poner en ella manos pecadoras: nadie la cubrirá con velos más ó menos tupidos, ni le inferirá agravios, negándole alguno de sus atributos. Donde él esté habrá reflexión y calma, no arrebatos y acaloramientos, que son muy malos consejeros. Donde él esté no habrá torpes engaños, intenciones aviesas y ardides de mala ley. Él será el abogado de las buenas causas y el gestor de los intereses públicos; será amparo de desvalidos y desfacedor de agravios, no á la manera de D. Quijote, sino á la del justo juez que da á cada cual lo suyo. Lengua de verdades, enaltecerá lo que merezca ser enaltecido, y no le moverán ni el servilismo, ni la adulación, ni la lisonja.

Tiemblo, PERECITO amigo, tiemblo al pensar en los muchos desaguisados que reportaría á la sociedad el hombre malo metido á periodista. Por él sería el periódico como arma de doble filo esgrimida á traición; como columna en que fijarían pasquines los infamadores anónimos; como escala para asaltar la casa del hombre honrado, y como sorda ganzúa que va derecha al tesoro. La honradez más acrisolada estaría á merced del periódico escrito por el hombre malo; porque la calumnia divulgada lleva aparejado el escándalo, y el mundo cree á pies juntillos en todo lo malo y duda de todo lo bueno.

Pero no hay que pensar en esto, sino en lo otro.

Hago aquí punto final, y te doy la enhorabuena porque Díaz Martín ha echado raíces en tu casa. ¿Quién, al verle en la entrada, ó, para hablar mejor, en la *Crónica*, no dice para su coleto:

«Esta es la casa de un hombre bueno; adelante: aquí estaré como en mi propia casa?»

Á Dios, que te guarde. Tuyo,

LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

Á UNA NIÑA

Ayer, niña preciosa, me adorabas
Presa de melancólica ternura,
Cifrabas en quererme tu ventura,
Era tu único amor.
Yo aspiraba el aroma penetrante
Que exhalaban tus labios seductores,
Perfumada fragancia de mil flores,
Aroma embriagador.

. . . .

Hoy ni me adoras cual en otro tiempo
Ni cifras en quererme tu ventura;
Ya concluyó tu sin igual ternura,
Tu loco frenesí;
Ya no recuerdas las pasadas horas,
Tu lánguida mirada está ya fría,
Y... lo que es más terrible todavía,
¡Igual me pasa á mí!

VICTORIANO DE LA FERIA.

MENUDENCIAS

¡Mire usted qué casualidad! Tampoco podemos publicar en este número la preciosa composición del desgraciado señor López.

En el número próximo serán otros *López.*

Voy como si fuera preso:
Detrás camina mi suegra,
Y delante va mi suegro.

Hemos visto el número cuarto de *Don Quijote.*
Lo escriben plumas tan doctas como la de Sbarhi.
Lo ilustra *Mecachis.*
Para muestra basta un botón.... Y van dos.

Tengo un *siete* en los calzones,
Y en los calzoncillos blancos
Una docena de *sietes;*
Es decir, ochenta y cuatro.

Varios suscritores ruegan por nuestro conducto al señor Ruíz de Arana que no se haga desear trabajando únicamente en una obra de las tres ó cuatro que se ponen en escena cada noche en el teatro de Cervantes.

No cabe duda ninguna
Que lo que pretenden es
Aplaudirlo más bien tres
Ó cuatro veces, que una.

Periódicos que en la anterior semana nos han honrado con su visita:

De Sevilla: *El Cronista, El Colegia* y el *Boletín de Anuncios.*
De Oviedo: *La Sinceridad.*
De Ciudad-Real: *El Independiente.*
De Palma de Mallorca: *Bemoles y Sostenidos.*
De Valladolid: *¡Velay!*
De Cádiz: *La Crónica.*

Damos á todos las gracias y queda establecido el cambio.

Hará más de un año que
El pie derecho José
Se partió en una pelea,
Y aun no se sabe del pie
Que cojea.

—Doctor, ¿cómo curaré á mi niña una terrible indigestión de liebre?

—Pues es muy fácil: que le ladre un galgo en la boca del estómago.

Tengo de hacer un castillo
En la punta 'un arfilé....
Pero es tan grande esta bola
Que nadie la ha de creer.

PASATIEMPOS

Charada.

Es preposición *primera,*
Que con la *dos* forma adverbio,
Y es la *cuarta* repetida
Nombre de un criminal muerto.
Forman la *seis* y la *tres*
Parte importante del cuerpo,
Y no es *sexta* duplicada
Quien acierte el pasatiempo.
Al levantarme, me *quinta*
Sexta casi siempre, y esto
No creáis que es *sexta cinco,*
Porque no soy embustero.
El *todo,* caro lector,
Queda envuelto en el misterio.

Fuga de todas las letras menos la e y la u.

.e..e.e. ¿.ue .e .e.e.e
E..e .e.e..e .ue.e.?
E. .e.e..e. .ue .e .e.e.
.e..e.e. e. .e.e..e.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Charada.—(Véase la contestación á la consulta de *Chiquitín.*)

Salto de caballo.

Si el lector es tan melón
Que no lo acierta, conviene
Que mire la solución
En el número que viene.

Fuga de todas las letras menos la **a.**

Para Blas, Ana arrancaba
Castañas al castañar.
Blas amaba á Ana, Ana
Daba la castaña á Blas.

CONSULTAS

Chiquitín.—Efectivamente la charada podía significar *Sevillano....* y Valenciano.... y Zamorano, etc., etc. Por lo demás, no sea usted pillín.

Srta. H. G.—Su composición titulada *Música celestial de D. José* es eso, Música celestial.

Paciencia.... y al poyetón, comadre.

Lopecito.—Respecto á si *debe* pagar al casero, le diré que, según la más estricta moral, «*el deber* ha de ser inseparable del hombre justo.» Justo; y respecto á que yo le envíe la cantidad que adeuda....

¡No me jaga usté reir
que tengo er labio partío!

ANDANA.

Rom. Pli.—Pero, hombre, por Dios, no sea usted acémila; de ese modo cualquiera hace versos; y si no allá va:

San Pedro robó un queso
Junto á Dalmacia,
Y le dijo el quesero:
—¡Vaya una gracia!—
Titiritompli,
El ronzal y la albarda
Son para ROM. PLI.

Zanahoria.—«¿Que diga *Lopecito*—exige un vate—
Á cómo está la libra de tomates?»

Pues, hombre; para usted lo más económico es leer un soneto suyo en el teatro.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo, debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.—*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los dias no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 11 de Diciembre de 1887.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO I.	Director: D. Leoncio Lasso de la Vega.	NÚM. 6.º

SUMARIO

CRÓNICA

Sevilla conserva, entre sus gloriosas tradiciones, el título de «Ciudad Mariana por excelencia.»

Muchos siglos antes de la declaración del dogma de la Inmaculada, los sevillanos lo habían proclamado y defendido, perpetuándolo en sus oraciones, en sus cantares, en sus cuadros y en sus costumbres.

¿Qué mucho, pues, que la fiesta de la Pureza sea una de las más celebradas en esta tierra llamada de María Santísima?

Las campanas de la Giralda llevan la alegría á todos los corazones con sus repiques de la víspera.

Las mujeres enjalbegan por puro lujo las fachadas de las casas y sacan del fondo del arca las lujosas colgaduras y preparan los caprichosos farolillos.

Las *luminarias* constituyen un espectáculo encantador: este pueblo, hermano del fuego, adorador del sol, enamorado de la luz, se echa á la calle con el objeto de ver la ciudad convertida en un ascua de oro, y, acaso sin pensarlo ni quererlo, forma una procesión de alegría, digna de ser cantada por el más inspirado de los poetas.

Las calles de las Sierpes y Francos se llevan la palma por la profusión del alumbrado y por el número verdaderamente considerable de los paseantes.

Contraste magnífico el que ofrecen las señoras de sombrerillo con las cigarreras, los estudiantes con los chulos, los que van ligeros á su negocio con los vagos que van despacio, cumpliendo con su *obligación* de ver para no preguntar; en una palabra, personas de todas clases y condiciones, mezcladas, confundidas, apiñadas, saboreando—si vale la palabra—el exceso de luz, salpimentando con chistes las entrecortadas conversaciones, buscándole á todas las cosas el lado cómico y á las mujeres el requiebro oportuno.

Cuadro, repetimos, punto menos que imposible de describir, pero merecedor de que lo contemplen y admiren propios y extraños.

Una nota ha faltado este año en el popular concierto de luces, colgaduras, repiques y alegrías: la iluminación de la Giralda.

* * *

En estos días es objeto de la curiosidad de cuantos pasan por la calle de las Sierpes el vestíbulo de la nueva casa del Círculo de Labradores.

Unos admiran lo amplio del local, profusamente iluminado; otros se fijan en el caprichoso artesonado; éstos en las imitaciones de tapices, escogidas con el mayor gusto; aquéllos en los azulejos; todos en la riqueza del conjunto.

No falta quien busque contrastes pretendiendo hallar faltas: nosotros, como cronistas, cumplimos diciendo:

—Vedlo; allí está.

* * *

Hemos tenido el gusto de recibir un lindo folleto del señor D. Vicente Adrián y Nevado, cuyo título es *Pasatiempo Ortográfico.*

No es un pasatiempo, sino un concienzudo estudio de las palabras de dudosa ortografía, que, siendo parecidas en el sonido, difieren en su significación y manera de escribirlas.

Trabajo importante, de suma utilidad para cuantos tienen necesidad de escribir á la carrera y carecen de tiempo para resolver las dudas que frecuentemente asaltan en la escritura por falta de conocimientos, por fragilidad de memoria, por vicios de pronunciación y por otras muchas causas que no es preciso enumerar.

El Sr. Adrián, atento al precepto de Horacio de la conveniencia de «instruir deleitando,» se ha tomado el doble trabajo de escribir su libro en cuartetas asonantadas para que sea más fácil retenerlas en la memoria.

Hé aquí una como muestra:

«Se oye *balar* al cordero
Junto al *valar* del castillo,
Y su *balido* molesta
Al orgulloso *valido.*»

Ciento cuarenta cuartetas, que explican de tan clara y exacta manera más de triple número de palabras,—y todo ello por el ínfimo precio de cincuenta céntimos de peseta,—bien merecen ser adquiridas por cuantos lo necesitan, en cuyo número se cuentan muchas bellas y simpáticas niñas, que querrán á sus novios con mucho fuego, pero les escriben con muchas faltas de ortografía.

No es ofensa: es consejo de verdadero amigo.

Y volviendo al libro, mil y mil enhorabuenas á su laborioso é inteligente autor.

Una pregunta suelta:

El Ayuntamiento, que tanto dinero gasta y malgasta, ¿cómo no premia al mérito adquiriendo ejemplares de obras tan útiles como la que nos ocupa, con destino á las escuelas y á las oficinas públicas?

* * *

Mr. Julius Seeth ha exhibido ocho leones domados, en el teatro de Cervantes.

El espectáculo es interesante, y....

Hablan mal de los toros muchos que van á ver los leones.

Entre fieras anda el juego.

Es decir, la ocupación de los que se juegan la vida por divertir á los demás.

* * *

Anoche, á las ocho, gritaban muchos zagalones en la plaza del Pan:

—¿Quién se ha encontrado un niño?

Y repetían multitud de veces, con melancólico acento, la triste pregunta.

La autoridad local debía, á nuestro humilde juicio, dictar un bando encaminado á hacer que los niños perdidos fuesen llevados á un lugar determinado, con lo que se ahorrarían muchas molestias y se evitarían á las madres muchas horas de mortal angustia.

* * *

El domingo próximo, á la una de la tarde, se verificará en la Academia Sevillana de Buenas Letras un verdadero acontecimiento: la recepción pública y solemne del distinguido autor dramático Sr. D. Carlos Jiménez Placer.

Versa el discurso sobre «Pedro de Campaña, su tiempo, vida y sus obras.»
La contestación está á cargo del Sr. D. Servando Arbolí.
Con tan buena noticia concluye bien la *Crónica.*

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

SOLEDAD

Como blanca paloma que en la mano
Queda posada al fin, y no se agita,
En la cumbre del monte hay una ermita:
Un venerable sacerdote anciano
Feliz en ella habita:
Compadeee del mundo la inconstancia,
Y piensa, en su desvelo,
Que desde el monte acorta la distancia
Que hay de la tierra al cielo.

En laderas floridas,
Por los frondosos árboles cubiertas,
Del pueblo están las casas esparcidas
Como aves con las alas extendidas,
Gozando la frescura de las huertas.

Perturbando el pacífico reposo
De aquellas soledades,
Suena á lo léjos el rumor grandioso
Que lanzan de sus senos las ciudades.
Bajo la quilla del bajel ligero
El ancho río sin cesar palpita,
Y á veces lleva el viento hasta la ermita
El canto del alegre marinero.
Cuando la luz escasa
Principia de la aurora,
Por la llanura estremecida pasa
Silbando la veloz locomotora,
Mónstruo de día ciego,
Que tiene por la noche ojos de fuego.

Y el sacerdote anciano,
Aunque el mundo le ciñe y le provoca,
Vive allí solo, como erguida roca
Alzada en la mitad del Oceano.
Mas.... ¡ay!... ¿qué mucho? En mi dolor profundo
Ya no encuentro solaz ni compañía,
Y viviendo entre el mundo,
Vive en la soledad el alma mía.

JOSÉ DE VELILLA.

¡AL HIGUÍ, AL HIGUÍ!

A la fin, à la fin, tout est rien....
(Canción pupular.)

¡Acercáos al banquete de la vida!
No puedo concebir
Que haya quien busque en el morir descanso,
Siendo alegre el vivir.
Goces la mesa en profusión nos brinda:
Las bellas en redor,
Vino en las copas, en los labios besos,
En los ojos amor.
Cantares, risas, embriaguez, deleites
Nos ofrece el festín;
Trinos, perfumes y excitantes auras
El cercano jardín.
¡Acercáos al banquete! Y si os amarga,
Por acaso un manjar,
Libad miel en los labios de una hermosa,
¡Y á reir, y á cantar!
Y si del beso al quemador aliento
Sentís el pecho arder,
Apagad el incendio con el vino,
¡Y á gozar, y á beber!
En la encendida atmósfera palpitan
Ansias de eterno amor;
En las ebrias pupilas centellea
Inextinguible ardor.
¡Acercáos al banquete de la vida!
¡Acercáos á apurar
El néctar tibio, el atardido goce
Y el picante manjar!
¡Ojo al plato, á la copa y á la hermosa
Que amor sin freno os dé!
¡Comed, bebed, besad, sin que os importe
Qué será, ni qué fué;
Que el que al llegar la tenebrosa noche,
En la estrecha mansión
Cae sin haber comido, al postrer sueño,
Tras de burlado y triste, ni aun es dueño
Del vil gozo de hacer la digestión!

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

PROBLEMA

Al señor don Raimundo Sánchez Malpica,
Persona, según dicen, bastante rica,
Lo observo en los casinos, y siempre veo,
Que, llevado, sin duda, de algún deseo,
Lee los diarios locales de mala gana
Y se fija tan sólo en la cuarta plana
Donde dice: «Personas que han fallecido,
Trece.... catorce.... quince....» las que hayan sido.

Cuando no muere nadie, siempre vocea,
Se mesa los cabellos y patalea;
Por el contrario, muestra gran alegría
Si han fallecido muchos durante el día.
Que llega una epidemia; ya está contento,
Y no hay quien lo vea triste por un momento.
Mas no estando ahora en caso tan desgraciado
Hace ya mucho tiempo que está enfadado.

¿Por qué tiene tan mala sangre, que quiere
Que se muera la gente cuando no muere?

. . . .
. . . .

Fácilmente he resuelto ya la cuestión:
Ya encontré del problema la solución.
Es que el tal don Raimundo Sánchez Malpica
Tiene una Funeraria y una Botica.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

EL.... ¡ADIÓS!

Hay palabras chicas que no tienen medida, como hay hombres pequeños que son muy grandes.

El—¡adiós!—es una de esas exclamaciones revestidas del misterio de la profundidad, que ó no significan nada ó lo significan todo.

Y es que el lenguaje humano, nacido del sentimiento y creado por la necesidad de que los pueblos se entendieran entre sí, se ha viciado, como se vician las costumbres, los hombres y las leyes.

No hay nada más vano que el primer saludo cambiado entre dos personas: ni muestra de afecto, ni señal de desdén; es únicamente la palabra reglamentaria que prescribe el código invariable de la urbanidad.

¿Por qué?

En el mundo todas las acciones, por grandes y heróicas que parezcan, tienen un contraste risible: parece ser así como el contrapeso que obliga á la humanidad á permanecer siempre estacionada sin llegar jamás al límite de sus aspiraciones.

El general vencedor se cree hijo de la gloria, adalid del derecho y de la justicia y merecedor de que ornen su frente los laureles de la inmortalidad, porque á costa de millares de vidas y de ríos de sangre inocente logró derrotar al enemigo en lucha porfiada y tenaz.... ¡Adalid de la justicia y el derecho aquel que atropella, humanamente pensando, el derecho y la justicia de los demás! ¿Puede darse contraste más sarcástico, ridículo y cruel?

Créese el tirano superior á todos los hombres y á todas las cosas, porque todas éstas y todos aquéllos están al alcance de su mano y prontos á ser dóciles instrumentos de su más leve capricho y de su más liviana voluntad.... Un diminuto insecto agarrado á su pulmón, una gota de veneno en sus vísceras bastan á dar en tierra con todo su orgullo y toda su majestad. ¿Puede darse contraste más engañador?

Asimismo, pues, tienen las palabras su sentido vano, si

puede ser sentido lo que no tiene razón de ser, y su expresión verdadera y natural; esto es, su luz, puesto que el lenguaje viene á ser así como la claridad, por medio de la cual el pensamiento discierne y la imaginación graba.

—

Quedamos luégo en que el primer—¡adiós!—es una frase hecha, que sirve de contrapeso ridículo al—¡adiós!—verdadero.

¿Quién puede asegurar, si no, que aquel—¡adiós!—de cumplido con que saludó á la mujer antes de ser amada, es igual y tiene el mismo color y la misma luz que aquel otro—¡adiós!—con que se despedía de la misma mujer, después de ser querida...? El primero es la ráfaga que pasa sin rozar apenas: el segundo es la aurora que nace en el cielo de nuestra esperanza.... Un—¡adiós!—que no lo es tampoco, porque ese viene á ser un....—¡hasta luégo!

—

La nave va á partir.... Las juguetonas brisas de la mar refrescan y sacuden el blanco velamen, que oscila blandamente, como si se despidiera del puerto que abandona y de los seres que lo miran. Dase la señal, y desde el buque que se cimbrea entre las olas, hasta la driza que sujeta el pabellón rojo y gualda allá en la perinola del árbol mayor; desde el severo primer capitán al risueño y último marinero, comienzan esos—¡adiós!—de despedida, que, si brotan entre las nebulosidades de la tristeza, van casi siempre iluminados por la rosada luz de las esperanzas....

Es un—¡adiós, que volveré mejor que voy.... ó no volveré más!

La indecisión entre un grato porvenir y una tumba inmensa....

La penumbra de la gloria ó la latitud de lo inconmensurable.

—

¿Queréis saber lo que es un—¡adiós!?—Interrogad á la madre que ve partir al hijo de sus entrañas abandonando su hogar, en donde tiene una familia y un nombre, para incorporarse al Ejército, en donde le aguarda un número y un rebaño....

Ella os explicará cuánto quiere decir en esas cinco letras tan mal usadas como poco comprendidas: cada una de ellas vale por un río de lágrimas y por un infierno de penas.... En ellas hay luces y sombras, cariños y besos, saludos de feliz regreso é intuiciones de una eterna despedida.... La niebla que cubre un alma triste en presencia de lo ignorado: algo así como—¿Hay Dios, ó no hay Dios?

—

¿Habéis sentido desgarrada el alma por el aguijón del desengaño; deshechas las ilusiones por el huracán de la perfidia; vuestro amor vendido, vuestros sentimientos menospreciados y vuestra lealtad y honradez mal queridas...?

Y hallándoos así, ¿habéis recogido de ese naufragio moral los restos esparcidos, y, aunándolos en el corazón, formásteis el acíbar de la indiferencia y el veneno del odio, y después dijísteis—¡adiós!?

Sí...? Pues estáis cerca de su explícita significación.

—

El verdadero—¡adiós!—está entre las tinieblas.... junto al caos.

Reunid todas las esperanzas, todas las ilusiones, todos los sentimientos, toda una vida en otra vida, en otros sentimientos, en otras ilusiones, en otras esperanzas, y perdedlo.... y entonces decid—¡adiós!

Algo como un siglo de sombras, como un huracán de maldiciones que se extiende por los abismos de la eternidad.

J. Rodríguez La Orden.

SANOS CONSEJOS

(Á UN HORTERA.)

¡Cónque han dado en decirte que eres poeta,
Y tu has dado en creerlo cándidamente!
¡Hombre, por Dios! ¿Tú juzgas que se concreta
El vate á escribir versos tan vulgarmente?

Dices que eres cometa de cabellera
Que en el inmenso espacio se encuentra errante,
Ó pequeño arroyuelo que en la pradera
Se desliza entre flores de olor fragante;

Que de tu lira arrancas mil melodías,
Y eres el pez, el bruto y el mar salado....
¡Mira qué calladito nos lo tenías;
Tan sólo lo segundo te hemos notado!

Sigues: «Estoy de amores casi espirante,
Y tras de lo sublime siempre camino.»
Y eso es mentira, chico, tú estás cesante
Y caminas en busca de un buen destino.

Siempre hablando de penas y de dolores,
Y de que las mujeres te tienen harto,
Y también mientes; sólo tuviste amores
Con una modistilla de tres al cuarto.

Que en tu cabeza bullen grandes ideas,
Y que nadie te iguala ni por asomo,
Eso es verdad; no dudo que te lo creas,
Porque eres un zoquete de tomo y lomo.

....Mas ya que me has rogado te dé un consejo,
Te he de hablar francamente, querido amigo;
Pero no has de enfadarte si te motejo,
Porque es la verdad pura lo que te digo.

No te juzgues tan grande como otros vates,
Vuelve otra vez al gremio de los horteras....
Y si te gustan tanto tus disparates,
Mira, tírate al río ó haz lo que quieras.

José Sainz Calvo.

UN SONETO

Pues, señor, este soneto
Me ha salido superior;
Y de todo, lo mejor
Es el último terceto.
Buen trabajo me ha costado
El terminar tal escrito;
Pero al fin ha resultado,
Á mi parecer, bonito.
También el verso tercero
Por su facilidad pasma,
Y eso de «si mueres muero»
Sin modestia.... me entusiasma.
Se lo mando con Vicente
Á Inés, cuando esté enmendado,
Y ha de ver palpablemente
Que por ella estoy chillado.
. . . .
—¡Adios, Juan!
—¡Hola, Ramón!
—¿Se escribe mucho?
—Sí, sí;
Ahora esta composición
Estoy terminando, y
Me alegro que hayas llegado,
Porque quisiera saber,
Más ó menos acertado,
Sobre ella, tu parecer....
. . . .
—Vamos á ver, ¿lo has leído?
—Sí tal, el soneto entero.
—Bien, ¿y qué te ha parecido
Eso de «si mueres, muero?»
—Que si te has de suicidar,
Si muere, juzgo locura
Que le intentes enviar
El soneto á tu futura.
—¿Y por qué me dices que
No le remita el soneto?
—Porque muere si lo lee
Y te pone en un aprieto.

Joaquín Álvarez Quintero.

MENUDENCIAS

¡Pobre Sr. López!

¿Cuál no será su emoción al ver que en este número tampoco insertamos su preciosa poesía?

En el número próximo sin falta. Paciencia.

Don Fulano de Tal hizo un opúsculo
Y el éxito que tuvo fué mayúsculo;
Pero escribió un opúsculo Zutano
Y el éxito que tuvo fué mediano.
Estas pruebas, lectores, nos conducen
Á demostrar por medios muy perfectos,
Que las causas iguales no producen
Siempre iguales efectos.

¡Qué demonios, hombre!
No se me cae de la imaginación el infeliz Sr. López.

Tuvo una rija Miró,
Y aseguran ¡cosa rara!
Que la rija le salió
Por un ojo de la cara.

Nada, no logro olvidar al pobre López.

Maresita mía,
Lo que estoy sufriendo,
Porque el espejito en donde me miro
Es de real y medio.

Ya están haciendo de las suyas en el correo.

Varios suscritores se nos quejan de no haber recibido el número.

Si quiere el Director general de Correos le remitiremos veinticinco ejemplares de nuestro periódico para que los reparta entre los empleados aficionados á la literatura y dejen paso franco á los números de los suscritores.

Conste.

—¡Hola, chico! ¿Qué hay de bueno?
—Nada.
—¡Nada! ¿Cómo así?
Te separaste de mí
Para ir anoche al estreno
Del drama de Blas Jimeno....
¿No encontraste acaso entrada?
—Sí, mas la respuesta es dada
Conforme á lo que indicaste:
—¿Qué hay de bueno?—preguntaste.
Y te he contestado:—Nada.

En la semana anterior nos han visitado los colegas siguientes:

El Correo Militar, El Sport, Los Ratas, El Monitor del Comercio y *Las Regiones*, de Madrid; *Emilio Mario*, de Barcelona; *La Justicia*, de Pontevedra; *El Zurdo*, de Carmona; *El Zurriago* y *La Pelota*, de Málaga; *El Papa-moscas*, de Burgos; *El Ayamontino* y *El Eco*, de Ayamonte; *Cuenca festivo* y *La Giralda*, de Cuenca; *El Noticiero*, de Murcia; *El Nuevo Papel*, de La Línea; *La Gaceta Escolar*, de Valladolid; *El Eco Minero*, de Linares; *La Cantárida*, de Cabezón de la Sal; *La Veu del Camp*, de Reus, y *El Comercio Aragonés*, de Huesca.

PASATIEMPOS

Charadas

Sin *primera* y *segunda*
No existe *tercia*,
Y sin *tercia*, mi *todo*
Tampoco hubiera.—A. B.

Prima son ciento cincuenta
Añadiéndole una *a*,
Y mi *segunda* son cinco
Seguidos de otra vocal.

Es don Romualdo Moreno
Un reputado viajante,
Y aseguran que es un hombre
Que *no va á ninguna parte.*

Entre aficionados:

—¿Y le gustan á usted mucho los toros?

—Sí, señor. ¿No me han de gustar, si yo nací en *Toro*, me bauticé en *Cabra* con el nombre de *Toribio Becerro*, y me he criado en *Cabeza de Buey*?

—¡Cuernos!

Le preguntaba Crispín
Al músico D. Antón:
—¿Qué toca usted, el violín?
—Nó, señor; *toco el violón.*

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Charada.—ENDECASÍLABO.

Fuga de todas las letras menos la e y la u.

Mercedes, ¿qué se merece
Este perenne querer?
Es menester que me beses,
Mercedes, es menester.

CONSULTAS

Valani.—Que *Valani* escriba mal
Lo comprendo;
Pero, la verdad, no entiendo
Lo de *Val.... ani. Val.... Val....*
¡Ah, sí! *Val....* iente *Ani....* mal.

Mahomed.—Usted quiere saber exactamente,
Y el contestarle corre de mi cuenta,
«*Si en Turquía el Sultán bebe aguardiente
Y de qué se alimenta.*»
Pues, sí señor, lo bebe, y demasiado,
Y se alimenta sólo de melón;
Conque mucho cuidado
Con ir á su nación,
Porque peligra usted si estando allá
Quiere el Sultán tomar una *tajá.*

P. P.—¡Fuera timidez y declárele su amor! Mire usted, señor don Pepe, que si no darán en llamarle el casto José; ¡ea, vaya!

Sr. D. J. P. A., Madrid.—Remitido el número que me pide. En cuanto á la composición, siento decirle que no se puede publicar.

El Trinqui, Sanlúcar de Barrameda.—Acertó usted. Hay pes....qui.

Sr. D. J. de R. de la M., Sevilla.—¿Qué pienso hacer con el *premio gordo*, si me toca?—Á mí no me toca, hombre; pero si cayese esa breva,—que no caerá, porque no me gustan cosas de *juego*,—como buen amigo,

«Yo te digo mi verdad:
Si Sevilla fuera mía,
Yo te daba la mitad.»

Y al *gordo* se le adelgaza gastando.... Y suba el pandero hasta que se acabe la *guita*.—MANOLO.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.—*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 18 de Diciembre de 1887.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO I. | Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. | NÚM. 7.º

SUMARIO

CRÓNICA

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras celebra sesión pública extraordinaria hoy domingo, á la una de la tarde, en el salón de la Academia de Bellas Artes, situado en el Museo Provincial, para dar posesión de plaza de académico de número al Sr. D. Carlos Jiménez-Placer, que leerá en este acto un discurso sobre *Pedro Campaña, su tiempo y sus obras*, contestándole, á nombre de la Corporación, el ilustrísimo señor D. Servando Arbolí y Faraudo.

Lo digo por si algún lector no lo sabia ya, y seguro de que habrá de agradecerlo.

* * *

Otra, y van dos ¡de primera!

En el almacén de cuadros de la Viuda de Peña, situado en la calle de la Cuna, está expuesto al público un nuevo lienzo del distinguido pintor sevillano Sr. D. Virgilio Mattoni.

Representa la aparición de Cristo á la Magdalena.

Tan grande asunto esta perfectamente estudiado, visto y sentido, y la ejecución corresponde dignamente á la majestad de la sublime escena.

El Salvador, que acaba de resucitar, se aparece en primer término á aquella gran pecadora redimida por su acendrado amor y su profundísima fe. Es lo que se llama una figura de primer orden.

La hermosa Magdalena, de rodillas, presa de inefable gozo, mezclado del natural temor de verse ante la Divina presencia, extiende ansiosa los brazos hacia el que tan admirable portento acaba de realizar y que tal merced le otorga.

Luz de aurora, semejante á la del nuevo día que comienza para la Humanidad, envuelve al Señor y baña á su fiel servidora.

El fondo del cuadro es oscuro, como negra es la noche de los antiguos tiempos.

Contraste magnífico, realizado con inimitable valentía, y en el que no se sabe qué celebrar más: si lo admirable de la concepción ó lo feliz del resultado.

—¡Qué hermoso!—¡Qué gran cuadro!—¡Qué luces más bien estudiadas!—¡Qué obra más acabada!—¡Eso es un artista!

Tales eran las frases y exclamaciones que espontáneamente salían de los labios de cuantos iban contemplando el trabajo del Sr. Mattoni.

Es un cuadro de gloria.

* * *

El lunes por la noche quedó reducida á cenizas la gran fábrica de harinas denominada *San José*, situada en la Calzada de la Cruz del Campo, y propiedad del Sr. Santisteban.

El martes se incendió el taller de dorados que en la calle de Bustos Tavera tenía el Sr. Morales.

Dos fortunas, labradas en largos años de constante é inteligente trabajo, perdidas en un momento de descuido ó de desgracia.

Como el Municipio sevillano no tiene organizado un personal de bomberos, y puede decirse que carece en absoluto de material para el servicio de incendios, cuando las campanas parroquiales hacen señal de fuego entra en todos los corazones el temor de que no es posible atajar la marcha del voraz elemento, y que, por lo tanto, es inevitable la ruina.

Y no hay, hoy por hoy, más remedio que el que pueda ofrecer la Empresa de Aguas, si sus empleados logran llegar á tiempo.

Ya que el Municipio no tiene en tan vital punto la iniciativa que Sevilla tenía derecho á esperar, preciso es que los propietarios, comerciantes é industriales,—la Camara de Comercio, por ejemplo,—tomen el asunto por su cuenta, dando así seguridad relativa á las vidas y haciendas de nuestros convecinos.

La idea no es nueva, pero es buena, y.... basta.

* * *

Esta semana y la que viene son á beneficio de *la loca de la casa.*

Quién más, quién menos, hace castillos en el aire pensando en el premio *gordo* de la lotería.

En casas y cafés, en calles y paseos, el tema favorito de las conversaciones es esa incógnita, cuya solución trae consigo millones de desencantos y unos cuantos *sustos.* ¡Nada más!

Proyectos, empresas, obras de caridad y de reparación, bromas, disparates, cuanto puede soñar la imaginación, la loca de marras, todo es objeto de las cavilaciones y bromas de estos dias.

¡El de la suerte!

¿Quién se lo llevará?

* * *

Cuando salga á luz el numero próximo ya os habrán molestado centenares de personas pidiendo los *aguinaldos* en prosa y verso, y por todo género de pretextos.

¡El aguinaldo! Una de tantas formas de pordiosear, nacidas de bastardas costumbres, y perpetuadas por el abandono de unos y las debilidades de otros.

Que se dé aguinaldo al que lo merezca, muy santo y muy bueno; pero al que lo pida.... ¡de ningún modo!

Que no se dé motivo á que se diga que es el nuestro un país de pordioseros.

* * *

Y cuando salga otro numero ya habréis pasado, queridos lectores, la Noche-Buena.

Conque, felices Pascuas.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

CAVILACIONES

Aunque lo juzguen candoroso empeño,
Constante con mi tema,
Yo, que en cosas profundas no estoy fuerte,
Sin más ni más expongo este problema:
—Dijo un poeta que la vida es sueño,
Y otro vate que el sueño era la muerte;
¿Cuál de ellos afirmó con más razones?—
Esto me sume en mil cavilaciones.

Mi duda quedará desvanecida
Si recurro á la ciencia,
Pues afirma, siguiendo á la experiencia,
Que el sueño es un descanso de la vida
Y la muerte el final de la existencia.
Si descansa el que muere,
Claramente se infiere
Que siendo nuestra vida descansada,
Será sueño la vida;
Pero si es agitada,
Quedando destruida
La razón que juzgué de gran empeño,
No me atrevo á decir la vida es sueño.
Si el sueño de la muerte imagen fuera,
Pudiéndose decir, sueño es la vida,
Desde luégo se advierte
Que será verdadera
La frase conocida
Que afirma que la vida es una muerte;
Porque todos sabemos
Que siempre se tocaron los extremos.
Pero si acaso el sueño es agitado,
Quedando refutado
El argumento que creí tan fuerte,
No me atrevo á decir sueño es la muerte.

—

¡Sin disponer de medios sobrehumanos
Cualquiera es el que puede
Descifrar de una vez tales arcanos!..
Mas se me cae la pluma de las manos,
Mis párpados se cierran, ¿qué sucede?
No es el amor que pasa,
Es que mi inteligencia es muy escasa,
Y siempre desvarío
Cuando me meto en hondas reflexiones,
Porque haciéndome un lío,
Nada saco en mis mil cavilaciones.
. . . .
Mas ya puedo decir la vida es sueño.
Y si hay algún lector que no me crea,
Y no goce de plácido beleño,
Como de nuevo lea
Estas cavilaciones, yo le juro
Que se duerme ó se muere, de seguro.

José Sainz Calvo.

CAPRICHOS

I

—¡Don José!
—¡Don Enrique!
—¿Qué tal se encuentra?
—Bien, ¿y usted?
—Tan bueno.
Vengo á ver si me toma
La medida de un terno,
Porque éste está hecho polvo, y necesito....
—Sí, señor, al momento.

II

—¡Hola! ¿Otra vez aquí?...
—Sí, solamente vengo
Á tomarme medida de una capa,
Pues se acerca el invierno.

III

Muy buenas.... Don Enrique,
Quisiera, la verdad, si no molesto,
Que me tome medida
De un ruso ó de un gabán, que en días de viento
Incomoda la capa demasiado,
Y es preciso....
—Bien, pero
¿No piensa usted traer
La tela necesaria para ello,
Ni la que me hace falta
Á más para la capa y para el terno?
—Nó, señor, no la traigo.
—Entonces, ¿con qué fin hace usted esto
De tomarse medida diariamente?
—Pues.... con el fin de darle gusto al cuerpo.

Joaquín Álvarez Quintero.

NOCHE-BUENA

Buena la pasamos, ¡buena! cuatro íntimos amigos.

Hace varios años, y me acuerdo como si hubiera sido ayer.

Tomamos café de siete y media á ocho.

—Por ser Noche-buena, me corro con media botella de Manzanilla,—dijo uno.

Se celebró la gracia, se tomó el vino y—lo que es natural—dijo otro:

—Vaya; me correré yo también: que traigan otra.

Y se bebió en un dos por tres, porque hablamos de política, y ciertos tragos son difíciles de pasar. Es indudable: oyendo que se pone á discusión la elocuencia de Castelar, es preciso apurar las copas para no hacer un disparate.

Y me dijo el tercero:

—Manuel: dos se han corrido ya; ¿vamos á correrla?

—Por mi parte, sobresaliente,—contesté.

Vaciamos otras dos medias botellas, tomamos unos pasteles, charlamos hasta por los codos, reímos hasta más no poder, y en el café nos dieron las once. Tres horas, que fueron un soplo de alegría, que no levantó ni un átomo de disgusto.

—¿Vamos á la Misa del Gallo?

—Hace mucho frío en la iglesia.

—Eso es cosa de borrachos.

—De broma no voy yo á la iglesia: para reirnos, más vale que demos una vuelta por la calle de las Sierpes, hasta hacer hora de cenar.

—Vaya que sea: aprobado por sufragio universal.

Así se hizo. ¡Qué cena más agradable! Los estudios que á la sazón hacíamos; las ilusiones basadas en nuestras comenzadas carreras; los recuerdos—de la felicidad, iba á decir—de la niñez; las amorosas historias con sus irrealizables sueños; versos, frases célebres, chistes innumerables, sublimes promesas, y.... ¡qué hermoso es esto! quejas sin hiel, lanzadas mutuamente, con inimitable franqueza, en solicitud de más intimidad en el trato, ó en demanda de olvido de imaginadas faltas; verdaderas nubecillas del afecto, semejantes á los nimbos que hermosean el crepúsculo vespertino.... Todo esto y más, que ocuparía un libro entero, fué el objeto de nuestra animadísima conversación.

Como el tiempo vuela para los que son felices, se nos pasaron sin sentir las horas y dieron las cuatro.

El café, el vino, el tabaco, la cena, la conversación y la alegría excitan, exaltan, dominan, refuerzan, animan y acaban por rendir.... por exceso de bien.

—Conque, ¿vamos ya de recogida?

Aceptada la razonable propuesta, pagamos—no sin porfías, porque todos queríamos ese privilegio, y á propuesta del montañés hubo que hacerlo á escote—y nos pusimos en marcha.

—Camará, ¡ahora es cuando se siente el gris que corre! —dijo uno embozándose.

—¡Valiente frío se ha traído el Niño!—repuso otro tiritando como de broma y nervioso en realidad.

—Pues á la cama y.... hasta hoy,—advirtió filosóficamente el otro.

—Buenos días,—dije, y me fuí en dirección á casa.

En la calle de las Sierpes, esquina á la de San Acasio, me interceptó el paso un niño como de ocho años de edad, de fisonomía simpática y traje harapiento, diciéndome con acento insinuante y voz entrecortada:

—¿Me da usté un fofórito?

—¿Para qué?—le pregunté.

—Pa encendé una candelaíta. Míela usté: er *Puri*, er *Quiqui* y yo, vemos juntao papeles y palitroques, pero naide mos ha querío dar candela.

Tenían, en efecto, un montoncillo de trapos, pedazos de periódicos, etc., etc., en el callejón del Azofaifo. Dile el fósforo y le seguí preguntando:

—¿Pero se han quedado ustedes en la calle, lloviendo y con el frío que hace?

—¡Digo! Como siempre. Mos echan de un lao, mos vamos á otro.—Y añadió, dirigiéndose á sus compañeros de infortunio: —¿No verdá?

El *Puri* movió la cabeza en prueba de asentimiento y echó una saliva: el *Quiqui* sonrió, movió los brazos en señal de indiferencia, y se puso tranquilamente á atizar el fuego.

—¿Pero duermen ustedes en el suelo mojado?—volví á preguntarle al del *foforito*, cuyo nombre no llegué á saber.

—Hoy cayó veta: en ese carrillo mos arrebujamos tos tres. Caia un chaparrón.... abajo; aluégo.... arriba. Eso es.

Este *eso es* fué la badila del infortunio dándome en los nudillos del alma.

Dí al chico unos cuartos. para los tres.

Llegué á casa, me acosté y no puede cerrar los ojos.

Desde aquel dia, siempre que me separo de los amigos, después de haber pasado un rato alegre, siento un malestar inexplicable y me parece que oigo una voz penetrante y temblorosa, que me dice:

¿Me da usté un foforito?

Manuel Díaz Martín.

DESEQUILIBRIO

En la triste balanza de la vida
Quise saber lo que pesaba yo;
Coloqué en un platillo mi cabeza,
Y en el otro cayó mi corazón.
Y al levantar el fiel entre mis manos,
Contemplé, con recóndito estupor,
Que la cabeza se elevó á las nubes,
Y hasta el abismo el corazón rodó.
¡Ay! Es que en el desierto de las almas,
Cuando se pone el sol,
En la balanza que la sombra envuelve
Pesa más que los sueños el dolor.

Román G. Pereira.

UN VIVERO DE SABIOS

Hemos tenido el gusto de recibir el volumen que con este título acaba de dar á la estampa el notable escritor que se firma *Pedro Sánchez*.

Reciba el ilustrado y excelente novelista las más cumplidas gracias de Perecito, por la atención de que ha sido objeto.

Los *retratos á la pluma*, que componen lo que llama el Sr. Sánchez *Un vivero de sabios*, están escritos con la gallardía de estilo que caracteriza al celebrado autor de *La Soñadora*. Con esto queda hecho su mayor elogio.

Como *puñadito del garbancero* van al final de los dichos *retratos* cuatro artículos de *frases hechas*, que son de mil flores.

Hé aquí, como muestra, uno de ellos:

LA PROCESIÓN VA POR DENTRO

Aquí hay desde luego un alma de Dios tan debil como un carrizo, nacido para sacristán de amén ó cura de misa y olla, y á quien todos han cogido el pan debajo del sobaco, porque el pobrecillo no es ningún Alejandro que digamos.

Y hay también tres ó cuatro mozos de rompe y rasga, que la tienen tomada con el otro infeliz, y no lo dejan ni á sol ni á sombra.

No hacen buenas migas, ¿qué han de hacer? y para que no se arme la de San Quintín á cada triqui-traque (porque esto sería echar á rodar los bolos y dar un escándalo mayúsculo), aquel desdichado se las traga todas, y con la paciencia de un santo deja correr el tiempo, aguardando la calma tras de la tempestad.

Mas no es porque tenga la sangre de horchata, y una pasta que ni de almendras, ¡ca! tiene los pantalones muy bien puestos, y el día que á él se le ahumase el pescado, habríamos de ver toros y cañas; ¡ya lo creo! porque eso de estar dale que dale y erre que erre, un día y otro día, saca de sus casillas al más templado.

Lo que tiene es que él no acostumbraba á subirse á la parra, porque eso de soltar la maldita y ponerse de vuelta y media, ó venirse a las manos, es cosa que no entra en su reino.

Y ahí está el belén. Esa es la cara de pocos amigos que nos da en el rostro, y en la cual lee cualquiera, aunque le estorbe lo negro, lo siguiente:

—¡Guarda, Pablo! *La procesión va por dentro.*

Porque da en la nariz que corren malos vientos, y podemos ser los llamados a pagar el pato: que tanto va el cantarillo á la fuente, que á la fin se rompe.

Lo que vaya de una cosa á otra averígüelo Vargas; porque mirándolo despacio, en la procesión de menos campanillas hay un poquito de canto-llano, luces por aquí, luces por allí, sahumerios por abajo, y ostentación y lujo á derecha é izquierda; total, que se echa la casa por la ventana y se aparenta más de lo que es; aquél, por el contrario, vengan las que vinieren, se da un punto en la boca, y ni por nada ni por nadie sale de su paso; está siempre como los santos en Francia, y hasta si lo apuran mucho nos enseña la risita del conejo y una cara de pascuas, que ni la de un bendito.

Nuestro hombre será, pues, un puchero hirviendo, pero de procesión maldito lo que tiene. ¿Dónde están las luces si él todo lo ve negro? ¿A qué Dios ni qué Santa María ensalza, si al mejor me lo pone que no hay por dónde cogerlo? ¿Qué boato es ese, si él todo lo guarda en el fondo del arca?

La procesión va por dentro. El gramático más avisado se pondrá, en cuanto Dios amanezca, de veinticinco alfileres, y de prisa y corriendo se meterá en la iglesia tratando de coger sitio para pescarlo todo.

Porque en buena lógica, *procesión* significa séquito, lujo, ostentación y práctica religiosa; y *por dentro*, que no estamos en la del rey, ni á los cuatro vientos, como el otro que dice. Pues, sin embargo, yo desafío al más pintado á que, sacando fuerzas de flaqueza, invente una frase que pueda mirar á esa por encima del hombro; que aunque haga el diablo á cuatro, saldrá de su empeño como perro con maza.

Y es que salta á la vista que *la procesión va por dentro* es un capricho de la lengua, que también se permite echar su canilla al aire de cuando en cuando, y, sacándolas del costal, nos pone en la palma de la mano fórmulas tan á remacha martillo, que á los filólogos de más talla los deja tamañitos y pegados á la pared.

Procurar meterla en cintura sería predicar en desierto, que ella se echa el alma á la espalda, y aunque le digan perro judío no da su brazo á torcer, y se calla la boca y se hace el sueco aunque se le chille, alza que te han visto, viéndose el pie de que cojea.

Tiene mejor cuenta creerla á pie juntillas, porque después de todo ella tiene ángel, es alegre de cascos; y, aunque no ha inventado la pólvora, lo que es para estos casos se pinta sola, y los disparates de á folio con que se descuelga cobran más fama que Barceló por la mar.

Pedro Sánchez.

SORPRESA

Es de noche. El firmamento
Se muestra lleno de estrellas;
La luna, de nube en nube,
Lentamente se pasea,
Y sopla de cuando en cuando
La brisa agradable y fresca,
Que despide de los árboles
Algunas hojas ya secas.
En un público paseo
Denominado *Glorieta*,
Y en un banco de los muchos
Que á su derredor se encuentran,
Sentado estoy. Por mi mente
Cruzan un sin fin de ideas,
Que entristecido me tienen
Hace tres horas completas.

De pronto un reloj lejano
Da dos campanadas lentas,
Y á lo lejos del paseo
Una sombra se presenta,
Que, con perezoso paso,
Hácia donde estoy se acerca.
Hondamente me conmueve
Su inesperada presencia,
Y mucho más al notar
Que sus pasos aligera.
. . . .
. . . .
Mayor fué mi conmoción
Al ver que la sombra aquella
Era la de un *avancista*
Que me pidió tres pesetas.

Serafín Álvarez Quintero.

MENUDENCIAS

Lo dicho.... cuando viene la desgracia....

Me refiero á López, que tampoco podemos publicar en este número su preciosa y original composición.
Y dirá el desdichado vate, si lee estos renglones:

¡Ay, qué filtro envenenado
Me dan en este papel!

Ole, con ole y con ole,
Ole, con ole, salero;
Fatigas me dan de muerte
Cuando dinero no tengo.

El viernes pasado ocurrió una sensible desgracia.
Un señor, llamado D. Veremundo Ramírez....
Mas ¡ah! No puedo continuar la noticia. Se me viene á las mientes que el malogrado López también se llama Veremundo.... y me recuerda que la falta de espacio nos impide publicar su preciosa composición.
Él verá mucho mundo; pero en este número no puede ver—apesar nuestro—su poesía publicada.
Pero aun hay patria.

Grandes como mis fatigas,
Negros como mis pesares,
Me han salido dos granitos....
Pero.... más vale callarse.

Dos hombres pelean en medio de la plaza de la Giralda.
Un municipal, después de separarlos, dice á uno de ellos, sacando una carterita y un lápiz, y disponiéndose á escribir:
—¿Su nombre?
—Fulano de Tal,—contesta.
—¿El de usted?—dice al otro.
—Señor López.
—Púes entonces no lo apunto. Harta desgracia tiene usted con no ver publicada su preciosa composición en las columnas de PERECITO.

Salté del lecho con dolor profundo....
No tenía un real.
Empeñe la levita.... ¡menos mal!
¡Que haya un empeño más qué importa al mundo!

¡Caramba! La verdad es que le estamos dando que hacer al Sr. López.
Pues.... ea, basta de broma.
En el número próximo se publica la preciosa composición de dicho señor.
¡No faltaba más!
—¿He dicho *argo?*

No hay cosa, Andrés, como nacer poeta
Para no ver jamás una peseta.

Don Juan, que se pinta el pelo,
En vez de decir á todo,
—Yo para esto sirvo,—dice:
—¡Hombre! Yo me *pinto* solo.

Después del lisonjero éxito obtenido en la representación de las bonitas obras denominadas *¡Sereno!* y *Chateau Margaux*, la Empresa del teatro de Cervantes ha tenido el buen acierto de ofrecer al público sevillano la obra titulada *Don Luis Mejía*, que es un arreglo del francés hecho á conciencia por el distinguido escritor cómico Sr. D. José Estremera.
La ejecución de *Don Luis Mejía* ha sido esmerada, mereciendo especial mención el Sr. Ruiz de Arana, que hizo las delicias del público interpretando á maravilla su papel.

PASATIEMPOS

Charadas.

I

Á veces *prima tercera*
Á un *segunda* duplicada,
Y si el *todo* te dijera
Acertarías la charada.

II

Primera es una letra,
Y la *segunda*
De fijo la conoces
Si sabes música.
Y á mis amigos
Muchas veces *tres cuatro*
En cualquier sitio.

III

Habla usted con muy mal modo,
Le dije *prima dos todo*.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:
Charadas.—PASTORES.—CLAVO.

CONSULTAS

El Trinqui, Sanlucar de Barrameda.—Aunque su talento alabo,—usted, que todo lo sabe,—no logró dar con la CLaVe,—porque no es CLaVe, que es CLaVo.
Si conociera usted á nuestro colaborador A. B. sabría que, aunque se viste de lana (por ser invierno), no es borrego. Y ya que se toma el trabajo de enviarnos soluciones, ¿por qué no nos envía también, usted que es tan *trinqui*, algunos suscritorcitos?
Doctor Sapey, Sevilla.—No está mal, pero estaría mejor que escribiera usted en estilo jocoso.
Sr. D. M. M., Sevilla.—Tiene gracia la poesía; pásese usted por aquí y déle unos toquecitos.
Cabalito, Sevilla.—*Cabalito*, no hace falta más que la firma.
Sr. D. P. Q., Sevilla.—No se devuelven originales.
Sr. D. H. C., Río-Tinto.—¿Que cuándo se publica la composición del Sr. López? Tenga usted paciencia, hombre; ya se aclarará todo.
Mariquita, Sevilla.—PERECITO, siempre galante con el bello sexo, está dispuesto á publicar su composición. Mande usted la firma.
Sr. D. R. R., Sevilla.—Un consejo de amigo: En vez de artículos haga usted palotes. Y gástese dos realitos en el *Pasatiempo Ortográfico* del Sr. Adrián Nevado.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedirlas no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo, debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 25 de Diciembre de 1887.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO I. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 8.º

SUMARIO

CRÓNICA

Brillantísima estuvo el domingo por la tarde la recepción del Sr. D. Carlos Jiménez Placer como académico en la Real Sevillana de Buenas Letras.

Muchas, bellas y distinguidas damas honraron con su presencia el solemne acto.

Académicos y doctores, hombres de ciencia y literatos, pintores y periodistas acudieron ávidos de escuchar el discurso del Sr. Jiménez Placer sobre «Pedro Campaña, su tiempo y sus obras,» así como la contestación que, á nombre de la Academia, había de hacer el Sr. D. Servando Arbolí y Faraudo.

El discurso del Sr. Jiménez Placer es completísimo por los datos, concienzudo por el estudio de las obras de Campaña y hermoso por el estilo. Así lo comprendió el ilustrado auditorio, interrumpiendo la lectura en distintas ocasiones con bravos y aplausos.

El Sr. Arbolí, que se encontró agotado el tema del discurso, se limitó á presentar—muy bien, por cierto—al nuevo Académico, y disertó sobre la naturaleza y misión del arte, según la doctrina católica.

Este discurso correspondió á lo que podía esperarse del sabio teólogo y eminente orador sagrado.

Los amantes de las buenas letras están de enhorabuena, y se las tributan muy cumplidas al Sr. Jiménez Placer, al señor Arbolí y á la Academia.

(Ruidosos y prolongados aplausos.)

* * *

La petición de aguinaldos va siendo realmente insoportable.

Todo el mundo se cree con derecho á *pordiosear* con motivo de las Pascuas.

Serenos, municipales, guardas, carabineros del muelle, repartidores de periódicos, carteros, aguadores, fontaneros, etc, etc., os acosarán con sus injustificadas peticiones. Los unos en prosa, en versos chistosísimos los otros; ello es que se da el *sablazo*, y, lo que es más triste, se recibe con resignación.

Pero hay un modo eficaz de parar los golpes: contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar. Y decir claro que nó, á todo el que merezca las atenciones que solicita.

* * *

Ya se pasó el susto del premio *gordo* de la lotería. Por esta vez los sevillanos se han quedado en el aire haciendo castillos de risueñas ilusiones.

La loca fortuna les ha vuelto las espaldas, dejándolos con un palmo de narices.

Los aficionados incorregibles suspiran y dicen «á otra;» y los que juegan por jugar, siguen perdiendo pesetas en el juego de azar lícito, en el mantenido y fomentado por Gobiernos sin gobierno.

Así los pobres viven en la mayor miseria; los agricultores, industriales y comerciantes se arruinan, y todos se quejan y nadie encuentra el remedio.

Y es que el remedio no es cosa de juego, sino de formalidad y de trabajo, no de engaños y robos.

* * *

Sigue la piadosa costumbre de festejar el nacimiento de Cristo teniendo una Noche-buena por excelencia y unos cuantos días de descanso y regocijo.

Para celebrar el nacimiento del que nos trajo la vida, nada más propio que atracarse de todo género de golosinas, y *alegrarse* á costa de los barriles, y hacer una carnicería de cebados pavos.

Y entre col y col, entre frutas y mazapanes, entre los pavos y dulces, suenen las zambombas y panderetas, vengan las coplitas del Niño, hablen por los codos, ríanse hasta más no poder, y eche usted aguardiente que no se derrame, en señal de alegría y para entrar en calor, y en recuerdo al Dios de la gula.

Así se compaginan Sancho Panza y D. Quijote.

* * *

Cosas éstas tan sabidas de todos no merecen los honores de *Crónica;* pero á falta de pan buenas son tortas, y bueno es que esto sirva de pretexto para terminar cuanto antes, á fin de que no acabe, mis queridos lectores, vuestra probada paciencia.

Lo dicho, dicho: felices Pascuas.

Y hasta el Año-nuevo.

Manuel Díaz Martín.

APUNTES

Ofrece, señores,
La calle Alcuceros
Un golpe de vista
Que no lo hay mejor,
Desde que por calle
Lineros entramos
Hasta que salimos
Por el Salvador.

—

Antes, siempre estuvo
Bastante animada,
Y había vendedores
Una atrocidad;
Mas ahora parece
Que los ha llamado
La fiesta solemne
De la Navidad.

—

. . . .
Metida debajo
De un arco muy grande,
Que forma la puerta
De un gran almacén,
Se encuentra una vieja
Que vende avellanas,
Suspiros, cotufas
Y tortas también.

—

Ésta no pregona,
Ni dice palabra;
Sólo medias hace,
Que es su ocupación;
Mientras que no llegan
Algunos muchachos,
Que suelen, ansiosos,
Darse el atracón.

—

Enfrente está *El Istmo*,
Cuyas vidrieras
De ricos confites
Repletas están:
Cesantes, baturros,
Sablistas, borrachos,
Los miran.... los huelen....
Y.... oliendo se van.

—

Al lado se pone,
Vendiendo pestiños,
Otra pobre anciana
Que pregona así:
—¡Niñas, á los buenos!
Venid á comprarlos,
Á cuarto los doy,
Miradlos aquí.—

—

Andando un poquito
Se ven varios hombres
Que venden *corrucos*,
Y á todo gritar
Dicen:—¡Los de Cádiz!

Cartuchos de almendras,
Por un perro chico,
Muchachos, andar.—
—
Á más, hay algunos
Que pasan las horas
Ya arriba, ya abajo,
Sin nada que hacer,
Con mil chanzonetas
De broma constante
O echando piropos
Á toda mujer.
—
. . . .
Que llega la noche;
Ya llena la calle
Multitud de gentes
Que vienen y van;
Unos por turrones,
Otros por almendras,
Ya por piñonates
O por mazapán.
—
—¡Que viene ahí un coche,
Dejad paso franco!—
Un niño tropieza
Con un adoquín;
Los unos que gritan,
Los otros que corren,
Aquellos que charlan
De todo.... y.... en fin,
—
Ofrece, señores,
La calle Alcuceros
Un golpe de vista
Que no lo hay mejor,
Desde que por calle
Lineros entramos
Hasta que salimos
Por el Salvador.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

LA MUJER Y EL VINO

Lo que nos ordena Dios
Con más ímpetu querer
Son dos cosas, sólo dos,
Que van una de otra en pos:
Al vino y á la mujer.
Y yo, como soy amante
De cuanto Dios ha ordenado,
Procuro, siempre constante,
Tener el vino delante
Y una mujer á mi lado.
. . . .
Cuando después de beber
Se siente el vino subir
Poco á poco, y ejercer
Su diabólico placer,
Haciendo al cerebro hervir,
Y trabando la razón
Multiplica la alegría,
Suelta la imaginación,
Amordaza al corazón
Y exalta la fantasía.
El hombre más ignorante,
Por estúpido que sea,
Es capaz, sin que le espante,
De abarcar en ese instante,
Del infinito la idea.
. . . .
Cuando la mujer amada,
Después de dulce sosiego,
Por el amor inspirada,
Nos envuelve en su mirada
Como en un baño de fuego,
Y bajo el influjo ardiente
Del lánguido arrobamiento,
Allá en el alma se siente
Como de un beso caudente
El dulce estremecimiento,
No hay hombre, por insensible
Que su corazón parezca,
Que sintiéndose impasible
Por ese goce indecible,
Hasta la vida no ofrezca;
No existe quien, al fulgor
Mágico de una mirada,
No perciba el resplandor
Del cielo, tras el amor
De la mujer adorada.
. . . .
Está, pues, claro de ver
Que las que el poder divino
Se esmeró más en hacer
Son dos cosas: la mujer
Y la uva, que da el vino.
Por eso siempre he pensado
Que la existencia es muy bella
Pasándola sin cuidado
Con una mujer al lado
Y enfrente de una botella.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

EL PARTO DE LOS MONTES

Amigo de verdades por naturaleza, y con las manos en la masa en estos momentos, no puedo menos de ser hoy más que nunca verdadero y confesar, mi querido lector, sacrificándote mi vanidad, que aquella chistosa y peregrina historia viene á parar en humo, á despecho de las promesas que, como todo prolonguista, te vendí, y que bastara, á mi entender, que fueran anunciadas con tanto ahinco para que, por la misma fuerza del inmodesto prefacio, cayera con mas rudo golpe en el desengaño.

Mas no he de dejar por esto de llegar hasta el fin, si bien en desagravio de mis culpas lo haré con breve y concisa frase.

Decíate, pues, que en aquella noche nos hallábamos mis compañeros y yo un tantico animados por los vapores de una comida fuerte, y repítolo ahora, sin avergonzarme de ello, pues si no he de desaprovechar la cita que en peripatético diálogo aprendí hace días de un mi antiguo catedrático, oportunamente te diré que, según Hipócrates afirma, «*oportet fascere, aliquando excesum.*»

Decidimos, pues, con general beneplácito, introducir alguna novedad en los pasatiempos de la velada; y, en efecto, así lo hicimos, consistiendo la novedad en contar cada uno sus pasadas aventuras, y tal era el cúmulo de éstas en materia de noviazgos, con tal viveza de colorido y con tanta verdad fueron narradas, tan escandalosas resultaron, gracias á la animación con que los efectos del vino nos ayudaron á relatar nuestras historias, y tan á las claras quedó la sinceridad de nuestros antiguos afectos, y las consecuencias que para el presente se podían deducir, que habiéndolas escuchado doña Eduvigis (que fingía dormir y escuchaba), estimó la más oportuna medida, en vista de los confesados desafueros y de las deducciones que su talento le sugería, aplicables á aquella ocasión, ponernos sin consideración de patitas en la calle, después de una violenta discusión, que degeneró en disparate, en la que todos nos pusimos, cuando se llegó al terreno de las más francas verdades, como ropa de Pascua, y concluyeron definitivamente nuestros amores, con gran dolor de aquellos corazones sencillos, y con no poca algazara nuestra al salir, cuando nos cargábamos mutuamente las culpas de lo ocurrido, estando en nada que nos diéramos de cachetes los tres inseparables amigos.

Hé aquí cómo acabó, en aras de nuestro intempestivo amor á la verdad, la reunión de D.ª Eduvigis.

Mucho más sobradamente extenso podría aducir, en prueba de cuán costosa puede ser y es la verdad para nuestros intereses; pero otros asuntos llaman ahora mi atención, y dejo éste por ahora, recordando tan sólo cuán conformes están todos los autores en considerar la vida como una comedia.

Esta sí es, sin duda, una gran verdad

PERECITO.

QUEJAS DE UN ALMA EN PENA

Después de padecer un mal penoso,
Que me dejó en los huesos,
Y empeñados los ojos de la cara,
Se fué mi alma del cuerpo:
Es decir; me morí como un idiota,
Con permiso del médico.
—
Ella, mi esposa, junto á mí lloraba
Con tanto sentimiento,
Que del lecho á la fuerza la arrancaron
Los amigos y deudos;
Y en tanto que mi alma volteaba,
Buscando un agujero
Para escapar á la región sublime
Do se asienta el Eterno,
—«Quiero morir,—gritaba mi consorte,—
Pues morir con él debo;»
Y mientras más lloraba, yo sentía
Inefable consuelo.
Las tablas de la cama, que fué nido
De nuestro amor intenso,
Sirvieron ¡ay! para enlutada caja
Donde encerrar mis restos:
Al resonar los secos martillazos,
Que daba el carpintero,
Se estremecían de placer los hilos
De mis helados nervios.
—¡Lecho que fuiste edén de mis amores,—
Pensaba yo,—deshecho,
Te podrirás conmigo, sin que sirvas
De tálamo á algún necio.
—
El Padre Eterno me encontró una falta
Venial, y al infierno
De los justos mandóme, y allí estuve
Cuatro meses y medio.
Purificado ya, pedí permiso
Para bajar al suelo
Y visitar la casa do dejara
Tantísimos recuerdos.
Era de noche: en toda la vivienda
No se escuchaba un eco.
Silencio en el corral; en la cocina
Soledad y silencio,
Por fin llegué á la alcoba: con mis alas,
Que temblaban de miedo,
Alcé aquella cortina pudorosa,
Guarda fiel del misterio.
Ella estaría en un jergón de paja,

Á la raíz del suelo,
Rezando por el alma del *difunto*
Ó viéndole entre sueños.
Yo la ví rebullirse suavemente,
Yo percibí su aliento;
Su aliento perfumado, que me daba
La vida en otro tiempo.
En un rincón, desconocido mueble.
Con precaución me acerco,
Y allí dormía.... ¡Horror! ¡Sábanas nuevas
Y una cama de hierro!
Cuando al Cielo elevéme, hallé cerradas
Las puertas ¡ay! del cielo,
Y desde entonces vago por el mundo
Sin tener rumbo cierto.
Una duda terrible me atormenta:
Yo dejé sin un céntimo
Á mi esposa, ¿de dónde sacaría
Para cama de hierro?

MANUEL MERA.

PEDRO CAMPAÑA [1]

Un extraordinario acontecimiento le detuvo, sin embargo, algunos meses á la mediación de un viaje, que no pudo terminar hasta Marzo de 1530 (*C*). En fin de Octubre del año anterior había llegado á Bolonia el Emperador Carlos V, desplegando en torno suyo la pompa y magnificencia de su omnímodo poder, para recibir de manos del Pontífice la corona de hierro de los reyes lombardos, y ceñir á su frente la de oro de Emperador de Romanos. Bullía la ciudad en ruidosas fiestas; ostentaban los edificios en puertas y ventanas divisas é invenciones, imágenes y pinturas alusivas á las victorias del César, sus reinos y señoríos, tierras y mares por su influjo descubiertos, que semejaban haberse dado cita en los lienzos para aclamar al insigne Monarca en el día de su solemne coronación. Realzaban su hermosura las ilustres damas que de tantos países acudieran, con ricos tocados y elegantes atavíos. La distinguida cohorte de Cardenales y Prelados que, acompañando á Clemente VII, llegara, y el ostentoso séquito que en pos de Carlos V viniera, seguidos todos de numerosa servidumbre, habían llevado á Bolonia tal vida y movimiento, que no recordaba Italia haberlos presenciado semejantes desde que en 1442 el Emperador Federico fué coronado en Roma por el Papa Eugenio: y tanto el pueblo, que alimentaba su júbilo en la plaza con las fuentes de vino que en uno de sus muros, y por las fauces de los leones brotaban, como la nobleza, que en brillantes saraos lucía el fastuoso lujo de sus trajes y el no menor de su exquisita y caballeresca galantería, animaban la ciudad, atronando los unos el espacio con las aclamaciones de su bulliciosa algazara, y haciendo los otros, á su paso, admirables alardes de su preponderancia y opulencia.

Cuando así engalanada la ciudad, de este modo se regocijaba, hallábase ya en ella Pedro Campaña, y aun había contribuido con sus talentos á realzar aquellas manifestaciones y públicos festejos que, como homenaje hacia el egregio huésped, se dispusieron, pintando el arco de triunfo bajo el cual habría de pasar aquella majestuosa frente, llena de soberanos pensamientos, firme sostén de tan soberbia corona, que rivalizara con las que en otros tiempos ciñeran Ciro y Alejandro, César y Darío: y, ¡ah, señores! ¿Quién sabe si al asistir Campaña en esta regia solemnidad y exuberante ostentación de esplendidez y poderío; recien salido de su patria; en todo el lozano vigor de su joven fantasía; bajo el impaciente deseo de encontrar á su paso artísticas creaciones que aplaudir y soñadas bellezas que admirar; satisfecha y halagada su vanidad con los entusiastas plácemes que le tributaran por su arco de triunfo, naturales y extranjeros, y al ver desfilar ante su afanosa atención, en deslumbradora comitiva y bajo aquel mismo arco que sus pinceles adornaran, los setenta Cardenales del Sacro Colegio; Príncipes de las casas de Médicis y de Austria; Obispos y Arzobispos; Gentiles-hombres y Embajadores de todos los países; Magnates españoles, italianos y alemanes; Condes y Duques; Gobernadores y Capitanes; Tribunos y Regidores de la ciudad; oficiales flamencos, tudescos y españoles; caballeros sobre briosos corceles ó blancas hacaneas vistosamente enjaezados, seguidos de numeroso acompañamiento de pajes y escuderos, ballesteros y reyes de armas; ataviados con brillantes arreos en que rivalizaban el oro y la plata, las perlas y piedras preciosas y los más ricos brocados; salpicadas sus filas por cien banderas desplegadas al viento, pendones y estandartes, elocuentes enseñas que pregonaban los triunfos y las glorias de su poderoso señor; y en medio de esta admirable cohorte, y bajo el mismo palio de oro y pedrería que llevaban los Doctores de aquella Universidad, al sagrado Pontífice y al coronado César; á Clemente VII, jefe de la Cristiandad, y al invicto Carlos, dueño de las Españas y poderoso jefe del imperio, caminando bajo arcos de triunfo, sobre alfombras de flores, entre palmas, laureles y palomas; vitoreado por férvida vocería de apiñada muchedumbre, entre marciales músicas y el majestuoso cántico de los sacerdotes, mientras que con estentóreo eco hendían los aires, como la más sublime aclamación, el estruendoso rugir de la artillería, el sonoro voltear de las campanas y el brillante acento de la exaltada multitud, que estremecía el espacio á los gritos de «¡España! ¡Imperio!...» ¿Quién sabe, señores, si atónito Campaña ante aquella escena sublime y maravillosa, en que con singular esplendor descollaban deslumbrantes las glorias españolas, y al admirar embelesado el boato con que ostentaba esta Nación su gusto y su opulencia en la grandeza de su Monarca, en la pompa de sus armas, en el lustre de su nobleza y en la suntuosidad de sus solemnidades; quién sabe si por vez primera sintió germinar en su alma el ansioso afán de conocer de cerca á España, tan hidalga y caballeresca como esforzada y altiva, manantial de tanta riqueza y tanto poderío?... ¡Acaso entonces soñó para lo futuro rendirle el tributo de su genio y sus pinceles; acaso entonces, y entre las sombras del porvenir, se levantó la mano del destino, señalándole á Sevilla como su patria adoptiva!

CARLOS JIMÉNEZ PLACER.

(1) Fragmento del discurso del Sr. D. Carlos Jiménez Placer, leído el 18 del corriente en la Academia Sevillana de Buenas Letras, con motivo de su recepción pública y solemne.

ENTREVISTA

Marchaba el año presente
Hacia la región del cielo,
Y al encontrar que bajaba
Á la tierra el venidero,
Tuvieron una entrevista
En mitad del firmamento.
Veamos lo que decían:
—Adiós.
—Adiós, compañero.
¿Bajas á reinar?
—¡Es claro!
¿Y tú vienes de regreso?
¿Acabaste tu misión?
—Sí tal; por cierto que aquello
Ha quedado malamente...,
—Yo he de ponerlo en arreglo
En el instante que baje.
—Dificilillo lo veo.
—Eso nó, que, ó poco alcanzo,
Ó haré que al morir, ya viejo,
Todo el mundo me corone
Y esté llorando que muero.
Yo voy á hacer que mi nombre
No se olvide en mucho tiempo
Y que siempre le repitan
Los altos y los pequeños,
Los de mediana estatura,
Y los flacos y los gruesos.
Causaré la admiración
De mis pasados abuelos,
Que se comerán de envidia
Por flojos y por soberbios.
Se ha de cumplir el refrán
Que existe hace tanto tiempo,
Y que dice: vida nueva
Al llegar el año nuevo.
. . . .
Así siguieron los dos,

Uno hablando y otro oyendo,
Hasta que el ochenta y siete,
Despidiendo á su heredero,
Exclamó:—Pues me retiro.
Con mucho pesar te dejo,
Pero se va haciendo tarde.
Adiós, muchacho; ya veo
Que mejorarás el mundo,
Y sólo te recomiendo
Que hagas porque PERECITO
Se publique mucho tiempo.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

Un anuncio:
«Se arrienda una casa con agua inglesa.»

¿Conque ahora ha resultado
Que son tan especiales los ingleses,
Que, por favorecer sus intereses,
Un agua han inventado?

Con ese mó de mirá
Y ese semblante risueño
Vale usté mas pesetillas
Que prendas empeñás tengo.

Usa botas de montar
Mi casero D. Antón.
—Pero qué, ¿monta á caballo?
—¿Á caballo? Nó, señor;
Muchas veces monta en cólera
Cuando no le pago yo.

En un teatro se representa *Don Juan Tenorio.*

D. Juan habla en su quinta con D. Luis Mejía, cuando entra Ciutti precipitado, que le dice:

—*Señor, la vida salvad.*

—*¿Qué hay, pues?*

—¡Casi nada! Que se ha alborotado el gallinero y va usted á morir á tomatazos.

Hablando ayer de Ramón,
Doña Francisca exclamaba:
—Aunque tiene media lengua
Tiene la lengua muy larga.

R. I. P.

Al leer el número anterior se le saltaron los ojos, buscando su composición, á nuestro querido amigo (que fué) el Sr. López. Pocos momentos después falleció.

Damos nuestro más sentido pésame á su distinguida familia, y sentimos de todo corazón no poder publicar su preciosa poesía.

PASATIEMPOS

Charadas

I

De *dos tercia* aquí traté,
Y *una dos tres* á Sevilla
Mi *todo* desbaraté.

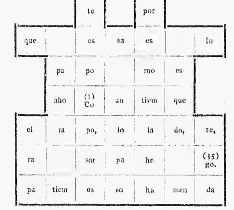
II

Cierto sacristán, llamado
Como mi *todo* se llama,
Con no comprendo qué *tres*
Mucha *prima dos* gastaba.

Fuga de vocales.

S. t. m.dr. s. h. .nf.d.d.
P.rq.. t. b.s., v.n n.ñ.,
Q.. l. m.nch. d. l. m.r.
C.n .tr. v.rd. s. q..t.

SALTO DE CABALLO



		te		por		
que		es	sa	es		lo
	pa	po		mo	es	
	aho	(1) Co	un	tiem	que	
el	ra	po,	lo	la	do,	te,
ra		sar	pa	he		(35) go.
pa	tiem	os	so	ha	men	da

Empieza en el número 1 y termina en el 35.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior.

Charadas.—I. MINERO.—II. PERECITO.—III. ADON.

CONSULTAS

Sr. D. F. M. B., Madrid.—La falta de espacio en el presente número, y el carecer después de oportunidad, nos privan del gran placer que tendríamos en publicar su bien escrito artículo titulado *La bacanal.* Muchas gracias, y hónrenos enviándonos otros trabajos.

Sr. D. M. de la Z., Sevilla.

No me gusta, D. M. de la Z.,
De su composición ni una cuarteta.

Otro López, Sevilla.—Esos son otros *López*, pero son peores. Conque ajuste usted la cuenta.

Besugo, Sanlúcar la Mayor.

Ay *Besugo*, *Besugo*, *Besugo*,
Eres un tarugo, tarugo, tarugo.

Sr. D. H. V., Sevilla.—Su domicilio, Horno de Satanás número 93, no recomienda mucho para tomarlo en serio.

¿Es usted *Cabalito* ó no?

Acabusté, asaúra.

Sr. D. R. R., Sevilla.—La ley del progreso se cumple. Ya puede usted hacer curvas inversas.

Sr. D. J. M. y M., Tarragona.—Volveremos á leer su composición. ¡Es mucha gitana! Esto no quita que las seguidillas estén bien hechas. He dicho.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.—*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 1.° de Enero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II | Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. | NÚM. 9.°

SUMARIO

CRÓNICA

El padre Betis, el mimado de las Musas, el respetado por sus luengas barbas—vulgo afluentes—y por su *mansa* historia (vamos al decir), ha querido demostrarnos cómo llega la sal al agua, haciendo que sus sosas ondas besen los salados pies de las sevillanas.

Cuentan las crónicas—¡qué erudición!—que en las mocedades de la sevillana historia, allá por los años de 1330, el olivífero Betis tuvo el atrevimiento de ponerse *al altor* de las murallas de Sevilla; y como el que hace una riada hace ciento, si le dan nieves y tiempo, y como al fin de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir, hé aquí que el gran río de los árabes, el caudaloso Guadalquivir, se ha propuesto hacer un derroche, no sólo de su caudal propio, sino también de los legados que hasta él llegan por filial y respetuoso conducto. Así es como nos ha felicitado las Pascuas, como ha despedido obsequiosamente al año que ayer pasó á mejor vida, y como saluda rica y orgullosamente al reciennacido 88.

Los sevillanos—queridísimos paisanos cuyas manos beso—se pasan el tiempo diciendo agua va, esto es, saeteándose con chascarrillos, con los que se hacen los dientes agua, hasta que una inconveniencia llega á aguar la fiesta.

Y, consecuentes con su historia y con su carácter, cuando el Guadalquivir dice aquí estoy yo, y hace de las suyas, aprovechan la ocasión para hacer *la mar* de comparaciones relativas al avasallador empuje del invasor, y ponderar la fiereza insana del que apareciera antes plácido, humilde, esclavo de su hermoso debèr de dar eternamente la nota romántica de la poesía de nuestro clima encantador.

El río trae hinchadas las narices.... porque no puede con las despóticas imposiciones de sus deudos y vecinos.

Y, como viejo malhumorado, azótase sin tino, gruñe con sorda rabia, provoca á sus convecinos, saca los pies del plato, es decir, se sale de madre, como si fuese un hijo mal educado que salta por encima de todos los lazos del cariño y de la naturaleza, por el estúpido placer de enseñorearse sobre ruinas, de jugar con despojos de todas las basuras, de lamer los pies á la ingrata tierra que le viera nacer, y de arrastrar consigo todo lo que sobra, lo que se tambalea, lo que se rinde, lo que muere. ¡Triste triunfo! Abrazar ahogando, para convertirse ¡él, barbudo anciano! en inocente niño que, entusiasmado con esos juguetes, cae en el abismo del no ser, juguete de las soberanas olas del mar....

Bueno ¿y qué?

Que el río, más amante de Sevilla que los sevillanos, se enfada de cuando en cuando y abofetea con sus alteradas ondas á la apatía de los que, engreídos, se encogen de hombros cuando son amenazados, se cruzan de brazos cuando se les pega, y se ríen cuando se queman, por calentarse á los rayos del más pródigo de los soles....

¿Somos infelices por indolentes? Trabajemos.

—Pero nó,—dice un hombre del pueblo que no se preocupa por las llamadas crisis agrícola, pecuaria, industrial, social,—el trabajo no da nada, como no sean dolores de huesos.

—Á ver, á ver; ¿cómo es eso?

—Muy sencillo: mire usted, los capitales son como los ríos; mientras más grandes y más soberbios y más impetuosos, más turbias son sus aguas ó sus riquezas, y más podredumbre arrastran....'

—Basta; no sigas: tú, aguador, ¿qué dices á eso?

—Nada, señorita; que el río de la miña terra (el Miño) está hecho con mucho talentu: está muy jondo y no se sale de madre.

Hermosos versos, horribles avenidas, risas, quejas, prosa, y.... lo que dice el Alcalde: muchos borriquetes.

¿Que dónde está la crónica?

Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

¡FATALIDAD!

¿Veis esa noche oscura y tenebrosa,
Sin estrellas que brillen en el cielo,
En la que no hay un alma por las calles,
Y en medio del silencio
Se oye zumbar el viento huracanado,
Que con ruidoso estruendo
Cierra las puertas, quiebra los cristales,
Arrastrándolo todo por el suelo?
¿Veis esos nubarrones,
Que cruzan por el ancho firmamento,
Y que se van uniendo poco á poco,
Para descargar luégo
Sus aguas á torrentes,
Y los rayos, relámpagos y truenos?...
Pues todo me recuerda con tristeza
¡Que no tengo paraguas.... ni dinero!

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

ULTRATUMBA

Que la humanidad es altamente injusta por tradición, con todos los que han hecho algo útil ó bello, es ya cosa añeja de puro sabida.

¿Quién no ha perorado alguna vez, con tonó más ó menos grandilocuente, acerca de la punible indiferencia con que los contemporáneos de los grandes hombres han recibido los trabajos de éstos, ó el ingrato abandono con que las más de las veces los han dejado perecer en el olvido?

Está visto; para valer algo á los ojos de la humanidad, es preciso morirse.

¡Vaya usted á creer que D. Pedro de N. tiene un gran talento!—¿Quién, Periquito?—dice cualquier tonto oyendo hablar de los méritos de aquél.—¡Pero hombre, si ese ha estado conmigo en la escuela, y le he visto yo haciendo pajaritas de papel!

Pero en cambio se muere D. Pedro, y entonces naturalmente se conmueve el corazón de los amigos, y viene la benevolencia de ultratumba, y dicen todos:

—¡Oh! ¿Fulano? ¡no saben ustedes lo que valía! Yo estuve con él en la escuela, y me consta que el talento no le cabía en la cabeza; hasta en el modo de plegar el papel para hacer pajaritas se le conocía que estaba llamado á ser un grande hombre.

Los genios desmienten las leyes de la óptica: mientras más lejos se les ve más grandes aparecen. Por eso, como dijo el otro, no hay grande hombre para su ayuda de cámara.

Y hé aquí cómo supo sacar partido cierto maligno sujeto de esta ley de óptica intelectual.

En vista de que por más que se esforzaba no conseguía que le hicieran caso, decidió morirse temporalmente, es decir, morirse de mentira.

Se despidió de sus amigos y se marchó á América. Ya allí escribió más que el Tostado: imprimió novelas, poesías, folletos; escribió dramas; en fin, almacenó gloria para el porvenir. Después mandó hacer muy formalmente papeletas de defunción propia, y las remitió á su familia y á todos sus amigos de la Península. Hubo duelo en la casa paterna, funerales pomposos, pésames, etc.; y, naturalmente, en vista de que ya se había muerto, se reconocieron sus grandes mérito y su preclara inteligencia. Los periódicos hicieron encomiásticas biografías, y por último, á los pocos meses apareció una magnífica edición de sus obras, con prólogo de una eminencia literaria; se celebró á su tiempo un magnífico aniversario de su muerte, se levantó un monumento á la memoria del malogrado vate, y todo el mundo convino en que habían estado torpes en no apreciar el genio poderoso, la inspiración fecunda de aquel lírico byroniano, de aquel Balzac español, de aquel nuevo Shakespeare; y héte aquí que cuando estaba en su auge aquella apoteosis, apareció el genio en medio de su familia y de sus deudos, tan sano y tan orondo, menos póético, pero auténtico, con lo cual no sólo se disiparon muchas ilusiones, sino que se puso en duda que tuviera tanta inspiración como se había dicho; hasta hubo quien dijera que se le había quedado en el otro mundo la mitad del talento.

Pero lo hecho, hecho estaba, y no tenía remedio; se había conseguido el mejor de los anuncios, el de morirse, y había alcanzado la más brillante de las glorias, la gloria póstuma.

Nada, señores, que siento ganas de dispararme con una pistola descargada y hacerme el muerto, y no despertar hasta que mis amigos se hayan encargado de hacerle creer al mundo que PERECITO tenía un talento que no le cabía en la cabeza. Si no hago eso no salgo de medianía.

Porque, señores, con franqueza, si un día de éstos apareciese por ahí Bécker diciendo, «¿conque saben ustedes que no me he muerto? hagan ustedes el favor de prestarme dos pesetas,» se quedaba más solo que un espárrago, como suele decirse, y se nos acababa la mitad del entusiasmo.

Pero es natural: ¿quién ha visto un genio por ahí por la calle con su sombrerito usado, levantándose por las mañanas en calzoncillos blancos, tomando café en el Suizo, pidiendo á menudo la llave del número ciento, y diciendo, como cada quisque, su par de vulgaridades de vez en cuándo?

No es posible; los genios nos gustan á nosotros más aéreos, menos positivos, y es preciso que se mueran para luégo darles su manita de barniz, su toquecito de lima, y siquiera un par de anecdotitas típicas; á no ser así, no hay manera. ¿Quién ha visto un genio dando un costalazo en mitad de la corriente por haber pisado una cáscara de melón?

Nada, lo dicho, me decido; en el número próximo incluyo papeleta de mi defunción, á ver si así se le olvida á la humanidad que yo era un gandul de marca mayor, ó da en caerle en gracia y me declara genio malogrado.

PERECITO.

HISTORIA VULGAR

Queriendo buscar esposa
Juan, pensaba cuerdamente
Que una muchacha decente
Era mejor que una hermosa.
Puesta en práctica su idea
Comenzó al punto á buscar
Una chica, y pudo hallar
Una honrada, pero fea,
Aunque no era lo bastante
Para calmar su arrebato,
Pues se dijo: «con el trato
La querré más adelante;»
Y después de haber sufrido
Por ella mil sofocones,
Logró entrar en relaciones
Cuando ya estaba aburrido.
Ignoro por qué razón
Á los cuatro meses justos
Tuvieron varios disgustos,
Y Juan cambió de opinión;
Mas cansado él de bondad
Buscó esposa honrada y bella,
Porque imaginó con ella
Hacer su felicidad,
Y vió su dicha lograda,
Pues pródiga la fortuna
Hizo que encontrara una
Muy bonita y muy honrada.
Pero abandonó á esta chica,
Y buscando otra mujer,
Dijo: «mi esposa ha de ser
Bonita, modesta y rica.»
Después de mucho buscar
Y de mucho hacer el oso
Decidióse á ser esposo
De una que logró encontrar...
. . . .
Hoy no habrá nadie que crea
Que Juan tiene por esposa
Á una mujer sospechosa,
Que además de pobre es fea.

JOSÉ SAINZ CALVO.

EL RELOJ

Jinete audaz, en rápida carrera
Las simas y los riscos despreció;
Y su reloj, á un bote del caballo,
Contra la dura roca se estrelló.

Con febril rapidez, mi fantasía
Cabalgaba sin miedo en mi ilusión,
Y estrellóse en la roca de tu pecho
El reloj de mi vida, el corazón.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

¿QUIERES?

—¿Quieres, niña preciosa,
Que *en la noche callada*,
Cuando nadie nos vea
Y cuando la brillante luna salga,
Escale los balcones de tu cuarto
Y penetre en tu casa?
¿Quieres, niña? Contesta, que depende
Todo de tus palabras.
Responde pronto: ¿quieres
Que trepe por la escala?
¿Quieres que suba?
—¡Sí!
—Pues yo no quiero,
Porque puedo muy bien romperme el alma.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

EL ARTE CRISTIANO (1)

No hay quien dude ya de la superioridad estética intrínseca, ni del valor objetivo extrínseco del cristianismo, donde vienen á convergir los empeños de las nobles artes. Él, y sólo él, las redimió de esa esclavitud, contra la cual venimos disertando. Á la arquitectura dilató el espacio, para que elevase sus moles sin desafiar, con el orgullo de Babel, el poderío de Dios. Á la escultura ofreció lo que la antigüedad no había soñado en sus modelos, un Hombre-Dios, tipo sustancial de belleza. Á la pintura dió un cielo, y descendieron los ángeles para encarnarse en sus cuadros. Á la música reveló esas armonías que sólo es dado oír, donde acaba la naturaleza y comienza á percibirse el concierto melodioso de las intuiciones de gloria.... ¿qué más? sus mismos émulos lo confiesan; oíd á uno solo: «El Panteón, que había sido un pensamiento del siglo de Augusto, no fué en lo sucesivo más que una de las ideas de Miguel Ángel, la cúpula de San Pedro: *admiráis*—dice á las naciones—*la mole del Panteón, y os pasma que la sustente la tierra; pues bien, yo lo colocaré en los espacios.* El genio de Miguel Ángel decía estas cosas, y su mano las ejecutaba.» Honor al arte cristiano, ¡ah! tú has puesto ante Dios la naturaleza toda de rodillas, para obtener y proclamar su

(1) Estos párrafos forman parte del discurso del Sr. Arbolí, contestando al Sr. Jiménez Placer en su estudio sobre «Pedro Campaña, su tiempo y sus obras,» trabajos leídos en la sesión pública y solemne que celebró la Academia Sevillana de Buenas Letras para la recepción del segundo de dichos señores, el día 18 de Diciembre de 1887.

rescate. Tú has labrado la nueva túnica de varios colores de José, envidiada de sus hermanos. Tú has definido el derecho que teníamos sobre la belleza, sobre el ideal, sobre el sublime. Tú has transfigurado los mármoles y los bronces, para que giman ó sonrían, con las lágrimas del sacrificio, ó con los éxtasis arrobadores del cielo. Tú, que supiste reunir en la ciudad de los videntes todas las riquezas del orbe, para engalanar su templo, has llegado á congregar, en el arca de la nueva Sión, algo más que las maravillas de la tierra, los milagros del alma, los portentos de esos artistas proféticos que nos hablaron de Dios como Campaña, Luís de Vargas, Montañés, Cano, Murillo, en los asuntos de sus grandes obras y en los primores de su fantasía. ¡Gloria á tí, revelador de claridad más pura, misionero de Cristo, escudo de la fe, muro inexpugnable de la ciudad de santificación, ornamento y rica estola de sus moradores! ¡Esta fué, sin duda, la más alta ejemplaridad que pudo señalarse á los trabajos del genio!

Los estudios de Río, Beck, Raumer, Hurter, Staudenmaier y otros, pueden hacernos entender la filosofía del arte cristiano, con todo lo que entraña para confirmar su misión. Los Pontífices y los Padres habían dicho con San Gregorio, «las imágenes son los libros de los que no saben leer; no se las adora, mas se ve en ellas lo adorable,» y en pos de esta palabra se precipitó un mundo de artistas, que lo mismo surgió en las Academias de Pisa y Sena, lo mismo en Florencia, la gran metrópoli del arte, que en los claustros del penitente de Umbría, como si quisieran pagar tributo al Serafín de Asís, cubrir de galas y derramar la luz del genio sobre la pobreza de un sublime mendigo, formar la escuela mística que engrandeció las almas y decoró nuestros altares, y realizar en la Iglesia la palabra del Eclesiástico, «el alto firmamento reflejo es de su hermosura, y la belleza del cielo como visión de su gloria.»

Y ya las artes, bajo todas sus formas, fueron como Abel, ofreciendo á Dios lo más precioso. ¿Por qué hemos de decir á toda hora y con frase sacramental, y como resolviéndolo todo, *que los templos fueron su refugio?* ¡Señores, no confundamos nunca la hospitalidad con la lógica! Que buscaron ese asilo, que de él hubieron menester, es innegable; pero el pensamiento era más alto, la razón más profunda; las artes vinieron á *su casa*, el templo era su hogar, el tabernáculo su descanso, la oración su vida y el incienso su ambiente: aquí entonaron al Dios de la belleza ese himno que se escribe con las maravillas de la plástica y con el ritmo de la poesía; aquí la Iglesia y los artistas se entendieron, como las almas de León X y de Rafael misteriosamente tocadas del ansia de una misma gloria y del culto de unos mismos ideales; aquí.... ¿qué más?, lo diré sin rebozo, *que no pueden ya salir de aquí;* como la paloma del arca, no encontrarían donde poner un pie, invadido todo por el diluvio del error, y sin otra luz que los siniestros fulgores de esas orgías del genio y de esa perpetua oscilación de la idea. Oigo decir que esas joyas campearían mejor en los museos; ¡qué antilogia tan extraña! ¿Se ejecutaron por caso para halagos de vanidad ó entretenimiento del ocio? Fuera de aquí, donde cada templo es un museo santificado por la religión, como decía un Obispo eminente, no tienen motivo, y hasta permanecen mudas esas obras que si hubieran sospechado sus autores la profanación que las esperaba, llorado habrían de antemano sobre la perversión del sentido estético y sobre los desencantos de una gloria tan mal cifrada por aprendices del Arte, que no por sus maestros é intérpretes.

SERVANDO ARBOLÍ.

LO SÉ

Antes, cuando admiraba
Tus ojos tentadores,
La lágrima que en ellos asomaba,
Sin yo saber por qué, se me antojaba
Diamante de purísimos fulgores.
Antes, la dulce risa
De tu boca hechicera
Afectaba á mi alma, cual la brisa
Cuando juega entre flores, indecisa,
Á la luz de la luna, en la pradera.
Si te erguías altiva,
¡Oh, qué talle de diosa!
Si suspirabas, en mi amor cautiva,
¡Qué ondulación de seno, fugitiva
En espumoso mar de nieve y rosa!
Hoy, ¡mudanzas extrañas!
Como ya no te quiero
No me parecen sedas tus pestañas
Ni con celoso afán me desespero.
Aquel talle que erguías
Con tanta donosura,
Es giboso á mi ver; y en tus encías
Faltan aquellas perlas que tenías,
Clavadas en coral, por dentadura.
¿Por qué fué menos que humo
Tu belleza serena?
¿Por qué?... ¡Mas no lo digas! Lo presumo.
Te fuiste con un guarda del consumo,
Y éste te puso buena; pero buena.

MANUEL MERA.

Á.... LA QUE QUIERA "PERECITO"

Si el azul de tus ojos
Envidia el cielo,
Y el sol envidia el rubio
De tus cabellos:
Si en tu boca Dios puso
Perlas cautivas
Por labios que á las rosas
Causan envidia:
Si de nieve en tu seno
Dos copos llevas,
Y es tu talle gallardo
Cual la palmera:
Si es en fin, niña hermosa,
Tu sér conjunto,
Que parece de Venus
Claro trasunto,
¿Cómo me atrevo
Á decirte «te adoro»
siendo tan feo?

H. VEJORÍS.

MENUDENCIAS

A río revuelto.... ganancia de cajistas.

Me explicaré:

La mayor parte de los que pertenecen á la imprenta en donde se hace la tirada de nuestro semanario, son del barrio de Triana, y como están con el agua al cuello han hecho rabona. Esto ha motivado que no salga este número á su debido tiempo.

Dispensen ustedes.

No volverá á suceder. (Dicho sea con permiso del señor Guadalquivir, que tan hinchado de narices viene.)

Cuando bebe vino Negre
Siempre le da por llorar,
Y dicen muchos, que al par
Está alegre.

Á un artista tronado le preguntan por qué es su afán vivir en piso quinto.

—Eso es muy sencillo,—contesta;—por la *luz*.

De Cádiz al Puerto
Un salto pegué
Y dí un batacazo
Que me reventé.

En las anteriores semanas hemos tenido el gusto de ser visitados por los siguientes colegas:

El Eco de Andalucía, *El Progreso*, *La Realidad* y *Tintinnábulum Hispalensis*, de la localidad; *Revista de Montes y Plantíos*, *El Caballero de Gracia*, *La Ley*, *Revista de Benefi-*

cencia, *El Municipio* y *La Reforma Legislativa*, de Madrid; *La Semana Cómica*, *El Chato* y *Julián Romea*, de Barcelona; *Boletín del Centro Artístico* y *Granada Cómica*, de Granada; *El Eco Literario* y *Café con Gotas*, de Santiago; *El Diario de Avisos*, de la Coruña; *La Publicidad* y *El Eco*, de Cartagena; *El Maestrazgo Liberal*, de Morella; *El Eco de Extremadura*, de Badajoz; *El Porvenir*, de León; *El Eco*, de Estepa; *La Aurora*, de Calonge; *Las Noticias*, de Santa Cruz de Tenerife; *El Linares*, de Linares; *El Chiquitín*, de Cuenca; *El Clamor*, de Castellón, y *La Verdad*, de Carmona.

Damos á todos las gracias y establecemos gustosos el cambio.

Yo no sé por qué
El guarda que tiene la calle *onde* vivo
Se llama Manuel.

Pensamiento.—El mundo es un gran tintero en donde todo es borra.

K.K.C.HNTXFFFF.... etc., etc.

En su casa, Juan Corrientes
Las orejas se quemó;
Así es que de allí salió
Con las orejas calientes.

—Adiós, chico. ¿Sabes que se ha suicidado Pepe?

—Nó, no sabía nada. ¿Cuál ha sido la causa de su fatal resolucion?

—Sencillamente probar si era buena la pistola con que se disparó.

Ha habido en Castro-Urdiales
Un fuego, en una tienda de sombreros:
Se achicharraron diez y seis bomberos
Y tres municipales,
No ocurriendo desgracias personales
Según los noticieros.

Estamos bien.

Ahora no sólo les faltan á nuestros suscritores de fuera algunos números, sino que también en la anterior semana hemos dejado de recibir nosotros *La Semana Cómica* y *Los Ratas*.

¡Y cuidado que se necesita mérito para coger á *los ratas!*

I

Se ha suicidado un mosquito
Porque era larga de talle
La imagen del infinito:
Por eso tocaba el pito
El sereno de mi calle.

II

Al subirse en el tranvía
Se desmayó una veleta,
Y armó tal algarabía
Que el sol salió al otro día
Sin mangas en la chaqueta.

PASATIEMPOS

Charadas.

I

El que *cuarta segunda*
En una solitaria *prima tres*,
Ó en otra cualquier parte,
No es mi *todo*, lectores, ¡qué ha de ser!

II

Repetida mi *primera*
Es un pequeño animal,
Y mi *segunda* con *tercia*
En un árbol hallarás.
Un *tercera dos* le dí
Á mi novia Trinidad,
Y el que un *prima dos* te den
Muy poca gracia te hará.
Si lees esto, un mal *tres cuatro*
De seguro pasarás,
Y el *todo*.... no te lo explico
Porque la vas á acertar.

E. Narbona.

Fuga de vocales.

L.s c.nt.r.s q.. s. s..nt.n
S.n l.s q.. s.l.n d.l .lm.,
L.s q.. s. p..ns.n t.n s.l.
N. s.l.n d. l. g.rg.nt.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Charadas.—I. Porvenir.—II. Barbafin.

Fuga de vocales:

Si tu madre se ha enfadado
Porque te besé, vén niña,
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

Salto de caballo:

Como es un pasatiempo
Esto que ahora os he dado,
Para pasar el tiempo solamente
Es por lo que lo hago.

CONSULTAS

Sr. J. U., Sevilla.—Eso, cuénteselo usted á Corzuelo; y si le vuelve á llamar zapatero, despréciclo, ¡cabalito!

Sr. D. H. V., Sevilla.—¿Usted qué quería decir, que en Siberia hace mucho frío, y en Sevilla mucho calor (en Agosto)? ¡Pues dígalo usted, hombre, no sea usted guasónl ¿á qué venirse con *parodias tibias*?

Sr. D. M. G. L. de T., Ayamonte.—Con franqueza; no sirve.

Nota.—¡No vaya usted, por esto, á dejar la suscriciónl

Sr. D. R. Bercebal, Sevilla.—¿Que si se sabe quién compró la primera máquina de coser en Sevilla y en qué época? Sí señor, D. Estanislao Riopedre, muy buen sastre por cierto (este anuncio no se cobra), y en la época en que vino la primera locomotora.

Un camándula, Sevilla.—Un artículo titulado *¡¡Amor!!* con seis cuartillas grandes, y firmado *Un camándula*, y á treinta y uno de Diciembre.... lo leeremos.

Sr. D. E.·. R.·., Sevilla.—*Cera*, no *será* lo mismo que *Sera*; pero usted *será* un inocente, á juzgar por la muestra.

Sr. D. J. V., Sevilla.—Gracias por el aviso: en vista de él, ¿por qué no nos da usted un saltito de caballo? Se le estimará.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscrición.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—Precios de venta: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 8 de Enero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 10.

SUMARIO

CRÓNICA

—Pero, señor, ¿qué tiene usted, que está más serio que un cuarto de especias?

—Nada: que tengo que decir en Perecito lo que ha pasado durante la semana y—¡la verdad!—no sé por dónde empezar.

—Vamos, ya sé; que no quiere usted meterse en los charcos....

—No sé lo que me quiere usted decir con eso, señora.

—Pues está más claro que el agua.... clara: era una vieja que, en un día muy lluvioso, iba por medio de la calle metiéndose por los sitios en que había más fango. Pasó por la puerta de una barbería y un mocito muy *chuflón* le preguntó: —«Señora, ¿por qué se va usted metiendo por los charcos?»

Y le contestó ella con muy mal genio:—«Por meterme en todo, hijo....»

—Ese cuento ya lo sabía yo.

—Pues apliqueselo usted á los que escriben los diarios, que siempre andan de acá para allá oliendo dónde guisan para ir contando si pasó, si dejó de pasar. De modo y manera que usted, como es muy callado y le gusta estarse en su casita, no querrá poner lo que ha visto ni lo que le digan para no ser como la vieja del cuento.

—Por ahí va el agua al molino; pero es el caso que la vieja lo hacía por curiosidad, y el cronista tiene que hacerlo por obligación.

—¡Ah!, ya caigo.

—Sí, por obligación, que es la cadena perpetua de la libertad del hombre.

* * *

Aquí hubiera terminado mi diálogo con la honrada planchadora, si no se me hubiese ocurrido que hiciésemos esta crónica en colaboración. (Sin saberlo ella, por supuesto.)

Y allá va, en preguntas y respuestas, como el Catecismo:

—Diga usted, Antonia, ¿qué dice la gente de la riada?

—Pues nada; que ya pasó, como pasa todo en el mundo, y que ha costado un ojo de la cara y parte del otro, y gracias. Al fin y al cabo ha salido lo que decía el borracho en un día de zaragata, al oir los gritos y los tiros:—«Ya sé yo en qué va á parar todo esto: en que suban el vino.» Y á nosotros nos han subido la carne, el carbón.... qué sé yo cuántas cosas más.

—La verdad es que una riada es una verdadera ruina para todo el mundo.

—Para todos nó: ya sabe usted que hay un refrán antiguo que, como todos, es verdadero, de que «á río revuelto, ganancia de pescadores.»

—¿De modo que usted cree que hay quien se alegra del mal de todos?

—¡Digo, ya lo creo! No hay mal que por bien no venga, y el que anda con miel se chupa los dedos, y para la carne muerta nunca faltan *butres*.

—Eso dice siempre la gente maliciosa y que no tiene nada que perder; pero la verdad es que ahora todos han hecho lo posible por aminorar la catástrofe y por socorrer las muchas necesidades....

—Eso es lo mismo que aquel infeliz á quien un señorito, borracho, lo tiró por tres veces á una de las charcas grandes de la vega de Triana.

—¿Qué le pasó?

—Que la última vez por poquito y no se ahoga, y al salir lleno de barro hasta los ojos, le dijo al señorito: «Deme usted un abrazo, que si no ha sido por usted, como hay Dios que me *ajogo*.» Créame usted: los ricos siempre le están dando *ajogaíyas* á los pobres, y los infelices sólo saben sacudirse la miseria como Dios les da á entender, y se quedan tan frescos.

—Ahora se ha repartido mucho pan....

—Sí; come, que de lo tuyo comes: aquí todo el año hay miseria, pero nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena. Y si lo hicieran como Dios manda, menos mal; pero casi siempre desnudan á un santo para vestir á otro y ajustan las cuentas del Gran Capitán. Total: que unos cuantos se dan tono y nos quedamos tan mal ó peor que antes.

—Pero siempre se remedia algo....

—Y viene á ser como el que le decía el otro día á su compadre en el puente de Triana, que no escupiese en el río para que no entrase en Sevilla.... Dicen que muchas gotas de cera forman un cirio pascual: se necesitan muchas medias de pan y muchos jornales para aplacar el hambre y hacer algo bueno por Sevilla.

—Veo que usted habla con gentes que no pueden ver á los que mandan.

—No lo crea usted: lo que yo he dicho es la pura; pero yo no me meto más que en mis cosas. Si lo hacen bien ó mal, allá ellos. Yo digo como el ordinario aquel, que le daban muchos encargos y ponía los apuntes en la delantera de la góndola: «Si no llegan á Sevilla, es señal de que no me dieron el dinero.» Al fin de la temporada se sabrá quién anduvo al reló y quién fué un pícaro: á mí me da lo mismo; vivo de lo que gano, y en paz.

—Eso es lo mejor; cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—Esa es la mía: mire usted, yo soy una buena mujer, aunque me esté mal el decirlo, que estoy siempre en mi trajín, y no me gusta meterme en vidas ajenas; pero en las cosas de Sevilla—¡ya se ve, como una es de aquí y la tierra tira tanto!—vamos, la verdad, quisiera para este cachito de cielo lo mejor del mundo: que no hubiera *riás*, ni pobres sin comer, ni riñas, sino mucho trabajo y mucha alegría, para que el mundo entero nos tuviera envidia al oirnos gritar:

¡¡¡Viva Sevilla!!!

(No es alusión, Sr. Varea.)

Manuel Díaz Martín.

COMPENSACION

Yo sé que el que en la senda de la vida
Al cielo mira con afán, sin ver
La pedregosa ruta por do marcha,
Va expuesto á tropezar y aun á caer.
Y sé también que si tropieza y cae,
Porque el pedrusco que no ha visto pisa,
El torpe mundo que su daño ignora

Prorrumpe en necia estrepitosa risa.
¡Triste verdad que la experiencia enseña!
Mas sabed, que si aquel que con anhelo
Mirando al cielo va, no ve el camino,
El que mira al camino no ve el cielo.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

UNA SEVILLANA

¡Vedla! Quince primaveras
Le dieron sus tibias auras,
Y á su frente ruborosa
Ciñeron frescas guirnaldas.
En sus ojos resplandece
El albor de la mañana,
La claridad, que es el beso
Que da á los mundos el alba.
En sus rojos labios duermen,
Como el ave entre las ramas,
Mil encendidos suspiros,
Mil amorosas plegarias.
Tiene la luz y el perfume
Del cielo hermoso de España,
Y en torno suyo la atmósfera
En fuego de amor se abrasa.
Tiene el encanto inefable
Del Ángel de nuestra guarda,
Que en la noche silenciosa
Nos defiende con sus alas.
Tiene de la blanca luna
Los tenues rayos que bajan
Á dar un beso al arroyo
Que entre guijas se desmaya.
De la flor tiene el perfume,
Del panal la miel preciada,
De la oración el incienso
Y de las penas las lágrimas.
Arde el sol en sus pupilas
Y la virtud en su alma....
¡Dios la defiende del mundo
Por buena y por sevillana!

LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

SONETOS

I

De veras.

La brisa perfumada y deliciosa;
El cielo despejado y anchuroso;
El jardín agradable y espacioso;
La luna que camina perezosa;
La mar embravecida y espumosa;
El canto del canario melodioso;
El arroyuelo claro y armonioso;
La voluble y pintada mariposa;
Las aves que descansan en su nido;
El sol á sus balcones asomado,
Y de la fuente el plácido ruido.
Pues bien, lector, todo eso que he nombrado,
Te he de participar que me ha tenido
Y me sigue teniendo sin cuidado.

II

Meditaciones.

Yo debo levantarme muy temprano,
Estudiar mis lecciones diariamente,
En clase contestar perfectamente
Y volver á mi casa tan ufano.
Yo debo hacer gimnasia, que es muy sano
En el invierno más especialmente,
Y aunque me cargue soberanamente
Debo hacerla también en el verano.
Debo dar por las tardes un paseo,
Bien sea por «Las Delicias» espaciosas
Ó por el prado de San Sebastián,
Y debo trabajar con más deseo.
Pero no hago ninguna de estas cosas,
Tan sólo porque soy un holgazán.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

EL QUE NACE PARA OCHAVO

¿No conocieron ustedes á mi amigo Fuentevilla? Pues no conocieron al andaluz más simpático, más generoso y más sobrado de bondad de toda la región.

¿Han leído ustedes *El doctor Centeno*? Recuerdan á aquel Alejandro Miquis, en quien nos presenta Galdós al tipo más acabado de la sinceridad, del desprendimiento y de la buena fe? ¿Aquel pobre soñador, que idealizaba á su querida confundiéndola con la Carniola de su drama, y que cuando estaba moribundo y en la miseria daba sus últimas pesetas á cualquiera, menos necesitado que él; verdadero Quijote, perdido con su locura filantrópica en medio de la engañosa vida de Madrid? Pues de Alejandro Miquis era perfecta reproducción mi amigo Fuentevilla; tanto que Miquis, y no de otro modo, le llamábamos siempre en la mesa del café.

Y ya que pueden ustedes figurarse en su imaginación el tipo de Fuentevilla, les narraré la aventura que le ocurrió.

No respondo de que sea verídica, pero sí de que si no fué cierta la vió él en su imaginación tan claramente como la luz del día.

. . . .

Eran las once y media de la noche del 28 de Septiembre, víspera del día de San Miguel.

Fuentevilla se separó de sus amigos, y rechazando la media copa que á guisa de despedida del día tomaban siempre antes de retirarse, se dirigió á su casa.

Estaba desesperado; repleto de sueños; sin obtener nunca el resultado que ambicionaba; y ansioso, por naturaleza, de honores, riquezas y triunfos, que jamás vió logrados, y en vista de que además de no realizar sus sueños no tenía un céntimo, había tomado una resolución definitiva.

—¿Suicidarse? – exclamará algún lector. Nada de eso: era peor todavía, mucho peor. Había decidido entregar su alma al diablo á cambio de laureles, fortuna, etc.

—Dicen (mascullaba él en su imaginación, camino de su casa, la cabeza baja y las manos en los bolsillos), dicen que el diablo ha muerto; que eso de las concesiones que á cambio del alma solía en otros tiempos hacer, ha concluido ya; pero ¡bah! lo que ha muerto es la fe en el diablo, y en todo; teniendo fe en que ha de aparecer, el diablo aparecerá, y yo la tengo; conque á ello.

Y en efecto, ya está Fuentevilla en su cuarto, delante del espejo, con sus tres velitas encendidas, y aguardando la primera campanada de las doce.

La noche era tempestuosa.... el viento rugía.... etc. Esta es una gran ocasión de endilgar un par de parrafazos terroríficos que yo desaprovecho: figúrese el lector una decoración dispuesta como para que Lucifer salga á escena con todas las tormentas, y relámpagos, y terremotos, y hecatombes que requiere la aparición de tan poderoso monarca, y esto basta.

Ello es que cuando la sonora lengua de bronce lanzó impávida el seco pimporrazo que repercutió, en alas del huracán, en la trompa de Eustaquio de nuestro amigo, llamó éste á Lucifer tres veces, por ser tres el número de ritual: apareció en el espejo la horrible faz de este último, rodeado de rojiza luz, arrojando sus pupilas infernales destellos.... y hé aquí otro momento oportuno para hacer un magnífico retrato del diablo, capaz de amedrentar á los bebés; pero también lo desaprovecho, porque si mal no recuerdo la narración de mi amigo, cuando al ver la imagen en el espejo volvió la cabeza buscando el original que en aquél se reflejaba, vió, con sorpresa, no al Lucifer que conocía de antaño por los cuentos de viaje, sino á un respetable señor de frac y corbata blanca, tan elegante y distinguido como el más aristocrático cortesano.

—Servidor de usted.

—Beso á usted la mano.

—¿Cómo está usted?

—Yo bien, gracias; ¿y usted?

—Yo bueno, ¿y la familia?

—Tome usted asiento.

—Gracias: no estoy cansado.

Y.... etcétera; exactamente igual que si fueran antiguos camaradas.

—Pues, señor, yo llamaba á su majestad....

—Apee usted el tratamiento.

....Para suplicarle que tuviera la bondad de otorgarme laureles, triunfos, dinero.... á cambio de....

Y estuvieron charlando largamente: hasta que al fin del diálogo dijo Lucifer.

—Conformes: ¡á firmar el pagaré! Aquí traigo el documento extendido en forma: inmediatamente entregaré á usted el talismán que le ha de proporcionar cuanto desea.

Y previa la sangría de cajón para mojar la pluma en sangre, y demás requisitos indispensables, Fuentevilla se dispuso á firmar con pulso sereno.

—Ya he advertido—dijo Lucifer mientras Fuentevilla trazaba su nombre—que mi talismán exige no apartarse de él un momento: dos minutos de olvido pueden disiparlo todo.

—Convenido,—respondió mi amigo dejando la pluma;—venga el talismán; ya está firmado.

—Pues allá va.

Y Lucifer, inclinándose, pronunció al oído de Fuentevilla algunas palabras, desapareciendo inmediatamente como por arte.... del demonio.

. . . .

¿Pero qué le ocurre á Fuentevilla, que recorre desesperado la habitación á grandes pasos, y se mesa los cabellos, y habla á gritos?

—¿Y para esto he firmado yo la escritura—exclamaba—y me he esclavizado por toda una eternidad, según dicen? Pues eso ya lo sabia yo; para semejante viaje no necesitaba yo alforjas; ¡soy un animal! ¡soy un idiota!....

¿Qué le ha dicho Lucifer á Fuentevilla que lo ha puesto verdaderamente endiablado? ¿Cuáles fueron aquellas palabritas dichas al oído? ¿Qué talisman ha sido ese?

Lo que murmuró quedito con fuerza de talismán para realizar honores, triunfos y riquezas, fué lo siguiente: *egoismo.... y poca vergüenza.*

EPÍLOGO.—¿Cómo es que Fuentevilla, apesar del talismán, no ha hecho pizca de negocio y acaba de darse un tiro? Porque la virtud del talismán fué tan cierta, que á los seis meses de la escena narrada estaba rico.

Pues es muy sencillo. Que olvidó la advertencia de Lucifer de no separarse un minuto del talismán, y tuvo un día la humorada de fiar á un amigo para salvarlo de la miseria: le engañó éste, le cobraron á él, se atrasó en sus negocios, contrajo deudas, no pudo pagarlas, y *avergonzado* de su situación colmó la medida y se dió un tiro.

Está visto: genio y figura hasta la sepultura.

Y el que nace para ochavo, no llega á cuarto....

Aunque le dé el alma al demonio.

PERECITO.

UNA ADVERTENCIA

A UN AMIGO

I

Demócrito, aquel gran hombre
Que con su genio profundo
Logró que admirado el mundo
Pronuncie siempre su nombre,
Como comprobado había
Que, siendo el vivir tan triste,
Ninguno en el mundo existe
Que siempre tenga alegría,
Se quejaba amargamente
Porque no encontraba medio
De poner algún remedio
Á las penas de la gente.
Y, cansado de sufrir,
Tanto llegó á variar,
Que, dejando de llorar,
No hacía más que reir.
Y con amarga ironía,
Cuando algo triste miraba,
Aunque pena le causaba,
Demócrito sonreía.
Viendo la risa en sus labios
Cuando era más su amargura,
Creyendo que era locura,
Decidieron varios sabios,
Para saber la verdad,
Que á Hipócrates se llamase,
Y con ellos procurase
Descubrir la enfermedad.
Aquel médico famoso,
Deseando conocer
Á Demócrito, fué á ver
Al enfermo, muy gustoso,
Y oyendo con atención
El claro razonamiento
Con que expuso el fundamento
De su gran variación,
Después de algunos instantes
De estarlo absorto escuchando,
Hipócrates, sollozando,
Les dijo á los circunstantes:
—No obraré con buen acuerdo
Si sigo vuestra opinión,
Y así afirmo con razón
Que Demócrito está cuerdo.—

—

Desde aquel dichoso día,
Cuando algo triste pasaba,
Hipócrates sollozaba
Y Demócrito reía.

II

Conociendo esto un amigo,
Cuyo nombre no diré,
Porque si lo digo, sé
Que va á enfadarse conmigo,
Por esos mundos propala,
En artículos y en versos,
Que somos unos perversos,
Que la sociedad es mala,
Que nada le hace gozar,
Y todo le hace sufrir,
Y que comienza á reir,
Aburrido de llorar.
Como tendrá sus razones
Para ser tan desgraciado,
La verdad, nunca he dudado
De tales afirmaciones.
Mas como llegó á escribir
Que es nuestra vida muy triste,
Pues nada en el mundo existe
Que pueda hacernos reir,
Aunque venero su ciencia
Y no hago más que admirarle,
Si no hubiera de humillarle
Le haría yo esta advertencia:
—Dices que es triste la vida
Porque no se puede hallar
Nada que pueda causar
Esa risa apetecida;
Pues bien; ¿y si yo te digo
Que de ese dolor profundo
Se puede curar al mundo
Tan solamente contigo?
No lo dudes; créeme á mí;
La humanidad se ha salvado,
Porque, según se ha notado,
Todos se ríen de tí.
Y al ver tu triste sonrisa
Y tus miradas severas,
Todos lloran, es de veras....
¡Mas todos lloran de risa!—

JOSÉ SAINZ CALVO.

A UNA SEÑORITA

Dispense, señorita, si atrevido
Con esta breve carta la molesto;
Pero me ha ponderado su hermosura,
Ayer, cierto sujeto,
Y como creo que debe interesarle
Lo que opinan de usted, no puedo menos
De escribirle al instante
Para ponerlo en su conocimiento.
Me dijo que era hermosa
(Eso fué lo primero),
Que envidiosas la miran las mujeres,
Los hombres con respeto.
Me dijo que tenía alborotado
El Universo entero,
Que ha habido por usted cuatro suicidios
Y no sé cuántos duelos.
En fin, tanto me habló de su belleza,
Que por no ser cansado no enumero
Lo mucho que me dijo
Acerca de su rostro y de su cuerpo.
Pero debo advertirle,
Que el que me ha relatado todo eso
Toda su vida ha sido, señorita,
Un solemne embustero.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

Leemos en un periódico:
«Se vende una casa con agua de pie en la calle Mañara.»

Aunque lo tome usté á guasa,
Caro lector, yo no sé
Si en la calle ó en la casa
Es donde hay agua de pie.

Marchó á Belén Adriansén,
Y allí á vivir se quedó;
Por eso le digo yo
Que se ha quedado en *belén.*

Una familia se disponía á dar un concierto en un salón de su domicilio, cuando con disgusto notó que no había sitio suficiente para las sillas que era necesario colocar.

—Es imposible,—dijo la dueña de la casa.

Á lo que replicó el marido:

—¿Y si quitásemos los cuadros?

III

Por ir de caza un jamón
Le dieron la extremaunción
Á una pulga que rabiaba,
Y que con lápiz llenaba
Las casillas del padrón.

IV

La trompeta de un murguista

Se arrancó la dentadura,
Al ver que pasaba un cura
Que hizo en Persia la conquista
De dos litros de asadura.

V

Por hablar con Don Quijote
Las gafas de un escritor
Se volvió loco un palote,
Y el zapatero *Pastor*
Se trago todo el cerote.

Dos baturros contemplan admirados las muestras del café *Bordallo*.

—Puz ahí hay trampa,—exclama uno de ellos,—si no, no se verían tres letreros en una sola tabla.

Y respondió el otro:

—Calla, bruto; ¿quién te mete á tí en cosas de la elertricidá?

(Es histórico.)

Riñen dos gatos de fama
Por la gata de Leonor,
Y uno de los dos exclama:
En defensa de una dama
Cualquiera que tenga honor....

Dos mil duros de José
Ha heredado Bernabé,
Y un par de botas muy rotas,
Pero se ha puesto las botas,
¡Ya se ve!

Á un quinto le preguntaron al ir á reconocerlo:
—¿Qué tiene usted que alegar?
—Que soy mudo de nacimiento,—contestó.

Vió el baúl mundo de Antero,
Por un boquete, Facundo;
Así es que no ha visto al mundo
Más que por un agujero.

Mandóme un aviso Amado,
Para que lo viese, ayer,
Y entonces dije al criado:
—Dí que no lo puedo ver.

PASATIEMPOS

Charadas

I

Una letra es mi *primera*
Que otra forma con la *dos*,
Se *dos tres todo* en el *cuatro*
Y en el *cuatro* pereció.

II

Á *dos tres* que me embelesa
primera segunda tres,
Y porque *tres* fuera, daba
Lo que no puedo tener.

E. Narbona.

III

La *primera* es apellido,
Instrumento *prima y tres*,
Y si alguna vez *dos tercia*
Muy rara será esa vez.

Fuga de consonantes.

.e .a..a u. a..o. .a.ia,
. a. .e. .ue .o .e a..a.a.a
.e .i.e:—¿.ué .a.e. .a.e.?
—.ue. .a.o e. .a..a . .*a* .*a*..*a*

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Charadas.—I. Caballero.—II. Timorato.

Fuga de vocales:

Los cantares que se sienten
Son los que salen del alma,
Los que se piensan tan sólo
No salen de la garganta.

CONSULTAS

Sr. D. R. R., Sevilla.—Casi, casi estoy arrepentido de haberle puesto á usted en curvas inversas, porque veo que se le van olvidando los palotes.

Sr. D. J. M. M., Tarragona.—Esperamos sus composiciones de la índole del periódico. Memorias á la gitanilla.

Sr. Dr. del «Cuenca Festivo,» Cuenca.—Este apreciable compañero (cuyo apellido es el mismo que el del malogrado López) nos ha remitido la siguiente carta:

Mis queridos compañeros
Los Lassos y los Quinteros:
Si *otros López* no supiera
Que escriben y tienen peros
Este López se muriera.

Porque un día y ótro día
Voy leyendo esa manía
Que tienen por anunciar:
«Del buen López la poesía
Hoy no se puede insertar.»

Eso de la raya pasa,
Y quizá lo tome á guasa
El buen López en cuestión,
Y se les éntre en la casa
Del Perecito guasón.

Y rabie y vea los cielos
Si toma coraje y vuelos,
Y resulte algún disgusto,
Y después vengan los duelos
Y á mí me venga algún susto.

Porque al fin somos parientes
Por de *López* descendientes.
¡Y qué van luégo á decir
Todas las chicas decentes
Si López llega á morir!

Por eso de Lasso espero,
Y del señor de Quintero
Y toda esa Redacción,
Que no ponga Férez pero
Y á esos versos dé inserción.

Así libran de un desmayo,
De seguro, á mi tocayo
De apellido, y me complacen,
Ó hagan de su capa un sayo
Como en todas partes hacen.

Pero que llegue á saber
Mi pariente, que al leer
Otro López su penar
Se ha llegado á enternecer
Y ha comenzado á llorar.

El director del *Cuenca Festivo*,
Santiago López.

Cuenca 2 de Enero de 1888.

CONTESTACIÓN

Nuestro amigo no ha notado
Que el otro López murió.
Sepa, pues, que falleció
Harto de verse anunciado.
Y no se le ha publicado
Su preciosa poesía
(Aunque bien lo merecía),
Pues mirándolo despacio
Siempre nos faltaba espacio.
¡Qué tal de larga sería!

Sr. D. P. P., Sevilla.—Paciencia.

El Trinqui, Sanlúcar de Barrameda.—Esa listita de suscriptores....

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscrición.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—Precios de venta: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 15 de Enero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 11.

SUMARIO

CRÓNICA

Las letras españolas están de luto.

Ha muerto Manuel Fernández y González.

Deja más de quinientas obras, en todas las cuales se revelan imaginación exuberante, esclarecido ingenio, poderosa inteligencia é intuición admirable.

Muchas veces la fiebre de la producción le hacía dar lastimosas caídas; pero aun en ellas mismas se veían destellos del grande espíritu que le daba vida.

Fernández y González, el Dumas español, con todos los defectos que se le achacan, y apesar de los graves lunares que en sus libros se encuentran, tendrá siempre un lugar escogido entre los mejores escritores del siglo XIX. No sólo por sus maravillosas facultades, sino también por ser un escritor genuinamente español, enamorado de nuestro ayer, hasta el punto de adivinar, ó mejor dicho inventar, aquello que no había alcanzado á estudiar ó que era imposible de saber.

Cúpole á Fernández y González la gloria de defenderse de los ataques de la crítica, diciendo que, dijeran lo que dijeran, él había soltado á leer á media España.

Portentosa obra, digna de ser esculpida en mármoles y pintada en tablas para memoria en lo futuro.

Por todo esto puede afirmarse que no morirá el nombre de Fernández y González, como no sea arrastrado con los últimos restos de nuestra civilización.

* * *

En Sevilla, en una casa de la calle de Vizcaínos, nació el insigne novelista cuya muerte lloran cuantos tienen amor á las españolas letras.

La prensa local tomó la iniciativa al pedir que el nombre del cantor del *Cid* y de *Granada* sea puesto á la calle en que vió la primera luz.

Merecidísimo es el honor, pero debía hacerse más para honrar la memoria de Fernández y González.

—¿Qué?

—Sevilla lo dirá.

* * *

La riada pasó, se dice con frecuencia cuando, por casualidad, se habla de esa calamidad con que nos despidió el año 1887.

Es decir, que pasó porque nadie se acuerda de ella.

Y la verdad es que las tristes consecuencias de la riada se están tocando ahora.

¿Qué se ha hecho por las familias de los que perecieron ahogados en las turbulentas aguas del airado Guadalquivir? Acaso nadie se haya cuidado de preguntar cómo quedan los parientes de las víctimas.

¿No han perdido muchos los pocos muebles que tenían? ¿Qué se ha hecho para remediar esa falta?

¿No quedaron y aun continúan muchos obreros sin trabajo? ¿Se ha pensado algo para atender á las imprescindibles necesidades?

Pero ¿á qué preguntar?

Lo interesante es extender muchos oficios de *gracias* y que se otorguen unas cuantas *cruces*.

Lo demás importa poco á los que mandan, á juzgar por lo que puede observarse.

¡Ojalá y lo que apuntado queda pueda servir para que alguien se fije en lo mucho que puede y debe hacerse!

* * *

Sigue preocupada Sevilla por la crisis que ha traído consigo la suspensión de pagos en algunas importantes casas de comercio.

La desconfianza y el temor son grandísimos. Justo es, por tanto, que todos trabajen porque el crédito y la confianza renazcan en vez de disminuir, en evitación de mayores males que, de lo contrario, sobrevendrían á la Industria y al Comercio.

* * *

De la combinación de gobernadores, llevada á cabo últimamente, ha resultado elegido para gobernar la provincia de Sevilla el Sr. González Montero.

Que sea para bien.

* * *

Concluyamos por el principio.

¿Se da una gran velada literaria en honor de Fernández y González? (Porque de esto ya se ha dicho algo.)

¿Hace Sevilla algo más que lo del nombre, para perpetuar la memoria de uno de sus más ilustres hijos?

El tiempo dará la contestación.

Manuel Díaz Martín.

ARTE DE HACER VERSOS

Cojes la pluma primero;
Empiezas á discurrir;
La mojas en el tintero;
Te echas atrás el sombrero
Y comienzas á escribir.

Formado el juicio cabal
De asunto y forma real,
Te agarras del verso al ripio,
Y empiezas por el principio,
Que eso es lo más general.

Si es que al romance te avienes,
Ya lo sabes, *silabeas;*
Los *asonantes* previenes,
Se alternan.... y ya lo tienes:
¡Si eso es muy fácil, no creas!

¿Que el arte mayor te apura?
Endecasílabos caza,
Otros de á siete procura,
Á tu gusto los enlaza....
Y tienes *silva* segura.

¿Que no encuentras en tu afán
Un consonante precario?...
Pues pronto te lo darán.
Te compras el diccionario
De la Rima, que allí están.

¿Buscas á *cuadre* ó *taladre*,
Un consonante tirano?...
Si no entra el *padre* ó la *madre*,
¡Qué diablo! metes un *lladre*,
Que es *ladrón* en valenciano.

¿Un consonante á nariz?...
¡Hay muchos! *Cariz.... perdiz....*
Y si esto es un desatino,
Se dice *Valladoliz*,
Que es más süave y *más fino.*

Si es un consonante á *dos*,
Es cosa sabida, *en pos;*
Y si no, sin más descartes,
Fácil es buscar á *Dios*,
Porque ese está en todas partes.

Si encuentras mayor escollo,
Calma, no hacerse un embrollo;
Paciencia, vista certera,
Y no salirse del *tollo*,
Que al cabo es *caza de espera.*

Y ellos se dan, sí en verdad,
Y en la experiencia me fundo.
¿Versos?... No hay dificultad.
¡Teniendo *facilidad*,
Es lo más *fácil* del mundo!

Por cada sílaba un dedo
Cuentas: *una, dos y tres.*

¿Que es de once? ¡No importa un bledo!
¡Añades los de los pies,
Y con veinte ya no hay miedo!
¿Que un pensamiento profundo
No encuentras? Pues no te asuste:
Coge un clásico fecundo,
Y toma el que más te guste,
Que eso lo hace todo el mundo.
No lo juzgues criminal;
Antes todo lo contrario,
Es *copiar del natural*....
¡No hay nada más *liberal*
Que el código literario!
Como tú comprendes, esta
No es una falta funesta.
¿Qué podrán decir las gentes?...
¿Que *bebes en buenas fuentes*?...
¡Pues tu trabajo te cuesta!
¿Que el poeta nace? ¡Aprensiones
De un siglo poco precoz!
¡Por cuatro napoleones
Yo le enseño *á viva voz*
Á cualquiera en tres lecciones!
Primera lección: *medir*;
Segunda: *aconsonantar*,
Y tercera, *concebir*....
¡Si alguien lo quiere probar,
Que me lo venga á decir!
Lo hago por poco interés,
Y enseño.... ¡Pues no que no!
De seguro antes de un mes
Estamos en Leganés
Los discípulos y yo.
Á la dulce poesía
Se iba en el *Pegaso* un día;
Pero hoy, cualquiera poeta
Se va al *Parnaso* en tranvía
Por una triste peseta.
¿Quién al lenguaje ideal
No se dedica formal?
Hoy, que de anuncios hay peste,
Yo voy á publicar éste
Por raro y original:
«¡Anuncio!—Un gran profesor
De arte versificador,
Sin anestésica traza,
Hasta de una calabaza
Saca versos *sin dolor*.
Para él no hay cabeza dura,
Y aquello de.... *Quod natura
Non dat*, lo echó por el lodo.
¡Tened por cosa segura
Que han de enseñároslo todo!
Academia Metri-cida
En la plaza de Pontejos.
¡Hay versos de gran partida!
Nota.—*Se reforman viejos,
Y se hacen á la medida.*»

José Jackson Veyán.

MIS FUNERALES

Cuando por atracción del infinito,
Suspenso en el abismo de la nada,
Abandone mi espíritu la arcilla
Que hoy le aprisiona y le corrompe y mancha,
¡Seres que amantes estiméis mi dicha,
No os apenéis porque del mundo parta,
No maldigáis la muerte porque rompa
Los torpes lazos que al vivir me atan,
No turbe vuestro llanto mi reposo
En la región de la serena calma!
Ocultad bajo tierra los despojos
De la inerte materia abandonada,
Sin losa ni oración, sino esparcidos
Entre semillas de aromosas plantas;
Y cuando en las borrascas de la vida
Busquéis en vano salvadora tabla,
Y sintáis con angustia henchirse el pecho
Al entrar en tropel olas amargas,
Y demandéis favor á las estrellas,
Y no os lo dé su fugitiva llama,
Y, estrella de la noche del espíritu,
Brille en vuestras pupilas una lágrima,
Dedicadme esa gota transparente
Que da el dolor al exprimir el alma;
Esa gota será para mi espíritu
El sepulcro, el altar y la plegaria.

Leoncio Lasso de la Vega.

Á UN POSMA

De tu pesadez hastiado,
Cojo la pluma indignado
Para escribirte esta carta
Y decir muy enfadado:
—¡Ramón, mal rayo te parta!

—

Has de saber que es cargante,
Queridísimo Ramón,
El que estés siempre delante
De mí, dándome *el tostón*,
Haciendo de acompañante.
Y como yo soy tu amigo,
Voy á darte explicaciones
Para ver si es que consigo
Probarte que en lo que digo
Llevo todas las razones.
Antes, Ramón, me vestía
Cuando me daba la gana,
Es decir, cuando quería;
Ahora, sin faltar un día,
Á las seis de la mañana,
Porque con gran *sans façón*
Entras en mi habitación
Sin temor de molestarme,
Y llegas á despertarme
De un tremendo pescozón.
—¿Tomamos el aguardiente?—
Dices inmediatamente
Que de mi casa nos vamos.
—Á mí me es indiferente,—
Contesto.—Pues lo tomamos.—
Ya ves, una tontería,
Que bien pudiera evitarme,
Á no ser por la manía
Que tienes, de saquearme
Día y noche, noche y día.
Después de un rato charlar
Vamos los dos á almorzar;
Y—Voy yo solo—no digo,
Porque, si claro he de hablar,
Siempre te vienes conmigo.
Cuando nuevamente salgo
Me dirijo hacia el café;
Tú me sigues, y es por que
Diariamente tomas algo
Y no pagas, ¡ya se ve!
Me cuentas sin ton ni son
Mil embustes, y yo sigo
Aguantando el chaparrón.
Y una cosa es ser amigo
Y otra cosa es ser gorrón.
Salimos. Ya voy pensando
En otros asuntos. Corro
Á mis negocios buscando
Y tú á mi lado, charlando
Lo mismo que un abejorro.
Luégo me marcho á comer,
Tú has de caminar detrás,
Y, Ramón, debes saber
Que esa *lata* es más y más,
Como puedes comprender.

—

Observa, pues, que no es guasa,
Y que de la raya pasa
Tu visita permanente.
Ahora falta únicamente
¡Que pases la noche en casa!
Por el víctima,

Serafín Álvarez Quintero.

EL AZAR

¿Qué misteriosos resortes mueven la existencia del hombre? ¿Obedecemos á una causa fortuita, á una volición consciente ó á un determinismo inexorable?

Me tiene completamente sin cuidado.

Pero á mí que no me vengan con cuentos; pues tengo por seguro que todo obedece al azar, y nada más que al azar.

Á D. Fulano de Tal le mataron la noche del día cual del año de tantos, en una callejuela, y se supo que le asesinaron confundiéndole con otro, es decir por equivocación; y lo más triste es que iba á casarse con Fulanita á los cuatro días de este acontecimiento.

Pero Fulanita en vista de esto se casó con Mengano y nació el niño Zutanito, el cual á los tantos años de asiduo trabajo ha resuelto el problema de la navegación aereostática; es decir, que si no hubieran matado equivocadamente á D. Fulano, no hubiera nacido Zutanito y no se hubiera logrado la resolución de tan importante problema. Pues sepan ustedes que el tal D. Fulano á quien mataron jamás salía á la calle de noche, y si salió aquélla fué porque riñó con la doméstica y con su madre y con todo bicho viviente á consecuencia de las malditas chinches, que no le dejaban dormir nunca, y que no habían sido asesinadas, según promesa, con petróleo, aguarrás ó demonios encendidos.

Hé aquí, lector, al azar influyendo en los más notables adelantos humanos por medio de los más viles accidentes. Sin las chinches, D. Fulano no hubiera salido, no le hubieran matado, se hubiera casado con Fulanita, Mengano hubiera buscado mujer en otra parte, Zutanito no habría nacido y la navegación aereostática no se hubiera resuelto.

Aquí se ve, pues, muy claramente la influencia de las chinches en la dirección de los globos.

Parecerá paradójico, pero en el fondo de esto existe una gran verdad.

Cuando pienso que en los misteriosos arcanos del microcosmos toman vida—por desconocidas fermentaciones y cambios—productos infinitesimales, seres desconocidos cuya naturaleza invisible puede influir, apesar de su inapreciable esfera de acción, de una manera poderosa en la dirección de los actos humanos, bien individualmente como la triquina, quitando, por ejemplo, un criminal del mundo, bien colectivamente como el *baccillus* del cólera, matando en flor á un sinnúmero de grandes hombres, que acaso enderezaran los no muy rectos derroteros de la humanidad; cuando pienso, repito, en dicha influencia, no me atrevo á despreciar las menores causas, pues sé que el invisible polvo reseca los resortes y paraliza la poderosa máquina. Y si en esto hay determinismo, que con su pan se lo coma: mientras yo no conozca las leyes á que obedece, le llamaré azar á secas; que este es sólo el nombre que le cuadra, según mi gramática parda.

Un chaparrón en las cercanías de Waterloo cambió la faz del mundo. Si no hubiera llovido, parte de la artillería francesa no se hubiera retrasado y Napoleón habría completado su victoria, ya casi decidida en su favor, antes de que llegara la división prusiana en auxilio de Wellington. No hay para qué señalar las consecuencias que para Europa se hubieran desprendido del triunfo de Napoleón.

Lo dicho: la frialdad de la atmósfera influye á veces en

la resolución de los más arduos problemas políticos. ¡Si lo que se ve en este mundo no se ve en ninguna parte!

Consecuencia: nacer es lo mismo que tomar un billete de la lotería; pero no hay más que un premio gordo, y un sin fin de números que no entran en lista, y esto es, francamente, lo que me tiene desesperanzado de alcanzar siquiera una simple aproximación.

Casualidad, destino, suerte, desgracia, azar; todo se resume en esta última palabra.

Me consta que un gran número de individuos niegan las influencias de la suerte en los hechos más importantes del hombre; pero esos mismos, en cuanto ven á un compañero que se eleva, tratan de ocultar su insuficiencia diciendo de aquél, «¡qué suerte ha tenido fulano!»; y puede resultar, por este procedimiento, que Napoleón fué un hombre de muchísimo ombligo, á quien todo le salía bien, y aun el célebre Galileo descubrió las leyes del péndulo porque *tuvo la suerte* de que al oscilar la lámpara de la catedral de Pisa se le ocurriera aquella idea; y en fin, que hasta Dios mismo, por este procedimiento, cuando examinó al séptimo día lo que había creado *tuvo la suerte* de que le resultara bueno.

Resumen: que están conformes conmigo; la ley primordial de los actos humanos es el azar.

PERECITO.

Á UNO DE TANTOS

Arturo, eres un melón,
Eres un melón, Arturo,
Te lo juro
Con todo mi corazón.
Há un mes, con razón sobrada,
Me dijiste:—Como nada
Presenté en la exposición
Ya pasada,
Algún certamen previendo
Que viniera, estoy haciendo
Un San Juan y un Torquemada.
Los fuí á contemplar ayer,
Y aun no he podido saber
Cuál de ellos es el San Juan,
Con que puedes comprender
Cómo están.
Y aunque peque de insolente,
También te debo advertir
Que se ríe de tí la gente
Por tu modo de vestir.
Porque sin duda has creído
Que consiste el ser pintor
En ir siempre mal vestido,
Llevando el bombín peor
Que has tenido;
Muy sucia la marinera,
Siempre la chalina fuera
(Lo cual es una pamplina
Colosal),
Y el pañal....
Lo mismo que la chalina.
Si es que eso te has figurado,
Que si tú te has calculado
Que así pintarás bastante
Mejor, te encuentras errado,
Pero con hache delante.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

¡EN CONFIANZA!

Yo sé que me comprometo
Si lo llego á divulgar,
Pero no puedo callar
Por más tiempo mi secreto.
Porque es el tal tan grandioso,
Que mil veces he pensado
Si, al descubrirlo, he gozado
De un influjo misterioso.
Mas no lo diré; no instarme,
Porque, si lo digo, pienso
Que todo el orbe suspenso
Va á quedar al escucharme.
Se ríen de mi simpleza,
Y sin tener gran cordura,
Hay alguno que asegura
Que he perdido la cabeza.
Bueno. No me causa agravios
Ver que se rían de mí,
Y me callaré, mas ¡si
Yo desplegara mis labios!
¿Ustedes ruegan de nuevo
Que por Dios santo lo diga?
Dejadme, que me fatiga
Pensar en que no me atrevo.
¿Insisten? Pues bien, cesad,
Que ya nada he de temer;
¡Sobre ustedes va á caer
La responsabilidad!
Comienzo.... Mas discreción
Y no decirlo á cualquiera,
Pues lo digo cual si fuera
Secreto de confesión.
Pero, señores, no puedo;
Porque, hablando francamente,
Yo no quiero que la gente
Me señale con el dedo.
Y, en fin, que el caso es muy grave
Y no he de ser indiscreto,
Que el secreto no es secreto
Cuando cualquiera lo sabe.

JOSÉ SAINZ CALVO.

¡OH!

Con la rodilla izquierda sobre el lecho,
Y tocando la alfombra el pie derecho,
La sorprendió el relámpago azulado,
Dejando ver en su semblante amado
Todo el pavor que acongojó su pecho.

Yo, que paso las horas vigilante
Al pie de la ventana de mi amante,
Bendije aquella luz inesperada,
Que descubrió á mi atónita mirada
Sus tornátiles formas un instante.

Otra vez la tiniebla me la roba,
Y aun la luz del relámpago me arroba;
Y en tanto que ella fervorosa reza
Yo pido á Dios descargue en mi cabeza,
Rayos que alumbren su celeste alcoba.

MANUEL MERA.

MENUDENCIAS

Ha salido para Madrid, á asuntos de su particular interés, nuestro querido director D. Leoncio Lasso de la Vega.

Remontó un pandero Antero
Y dijo al verlo Zolá:
—¡En buenas manos está
El pandero!

Un actor marchaba preocupado por una de las calles de esta capital, cuando se encontró á un compañero que le dijo:

—¿De dónde vienes?

—Del teatro.

—¿Y dónde vas?

—Á casa de un autor, á preguntarle de qué época es el drama que estamos ensayando.

—¿Qué papel haces?

—El de Carlos III.

Epitafio.

Bajo esta losa reposa
El vate Francisco Irún,
Que con sentido común....
No hizo en su vida una cosa.

El pasado jueves en la noche se verificó en el teatro de San Fernando de esta ciudad la función anunciada, con la que varios aficionados y aficionadas de la *hig-lif* andaluza se proponían ejercer la más hermosa de las virtudes: la Caridad.

¡Y lo lograron! ¡Vaya si lo lograron!.... 7,588 reales recogidos acreditan nuestro aserto.

Y en cuanto á la interpretación que alcanzara *La gran vía*, que fué la obra que mereció los honores de ser representada, no tenemos que decir otra cosa más

Que lo menos que arrojaron
Fueron coronas y versos,
¡Porque hubo allí quien echó
Diez mil millones de besos!

—Hola, Juan.
—Hola, Manuel.
—¿Sales de la timba?
—Salgo.
—¿Has perdido?
—Seis mil duros.
—¿Y cómo ha sido?
—*¡Jugando!*

—Hola, D. Veremundo. ¿Cómo tan serio?

—Vengo de casa del dentista.

—¿Le ha sacado á usted alguna muela?

—Sí, señor, y ¡un duro!

(Buen raigón.)

VI

La nariz de un empleado
Se tomaba cuatro cañas,
Y al saberlo Maldonado
Tostó unas cuantas castañas
Y las echó en el guisado.

VII

Á una losa le dió flato,
Y viéndola cierto pato
Se rascaba un sabañón,
El cual se asomó al balcón
Á ver si pasaba el Tato.

VIII

El viernes, una peseta
Fué á la plaza con chaqueta,
Por lo cual un ratoncillo
Vió á Cánovas del Castillo
Jugando en una glorieta.

Leemos:
«Un niño ha dado á luz la señora de X.»
¿El niño ha dado á luz á la señora?
¡Cómo se ve el adelanto del siglo!
¡Oh! el progreso.
El progreso, ¡oh!

Tuvo una bronca José
Con su pariente Camilo,
El cual cogiendo un garrote
Atroz, lo dejó en el sitio.
Y al verlo cierto doctor
Dijo al momento:—Este chico
Ha muerto sin duda de
bronquitis con *garrotillo.*

Se hablaba en una reunión de la velocidad que llevan los trenes en América.

—Calcúlense ustedes—decía un joven,—calcúlense ustedes cuál será su rapidez, que un día un viajero que había tenido una pelotera con el Jefe de estación, trató de darle una bofetada á éste, al tiempo de partir el tren, y, ¿á que no saben ustedes á quién se la dió?

—¿Á quién?—exclamaron los demás.

—Al Jefe de la estación inmediata.

Se mandó hacer un sombrero
De color castaño, Pablo,
Mas por equivocación
Casi negro lo sacaron,
Y le dijo al sombrerero:
—Esto pasa de castaño.

Ante la báscula que hay en el Suizo.
—Oye tú, ¿cuánto hay que echá pa pezarce?
—Un perro gordo.
—Entonce ci echo una peceta pezaré má.
—¿Por qué razón?
—Puz hombre, porque ez máz dinero.

PASATIEMPOS

Charadas.

I

Primera es una vocal;
Dos y *tercera*, animal.
El *todo* es el apellido
De un actor muy distinguido.

II

Prima y *tercera*, animal
Atrevido y juguetón;
Dos y *tercia*, vegetal
Y á más nombre de varón.

Fuga de vocales.

J.s. Q..m. c.m. m.ch.
y .nr.q.. C.m. p.q..s.m.,
m.s c..nd. l.s d.s s. v.n
. c.m.r .n .l S..z.,
y. n. s. p.r q.. r.z.n
c.m. C.m. c.m. Q..m.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior.

Charadas.—I. EMETERIO.—II. EUFEMIA.—III. PIMIENTO.

Fuga de consonantes.

De barba un actor hacía,
Y al ver que no le agradaba,
Le dije:—¿Qué papel haces?
—Pues hago el *barba* y la *barba.*

CONSULTAS

Bon Bon., Sevilla.—No sea usted tonto: apueste usted con otro dos duros á que no se le publica.
Y algo se pesca.

Sr. D. R. V., Sevilla.—Son buenos. Desearíamos conocer su domicilio para tener el gusto de que PERECITO lo visitara.
Dos realitos.... y en paz.

Un camándula., Sevilla.—Por fin.... leímos su *¡¡Amor!!*
Y me pesa, pésame, señor.... de todo corazón.
Y lo digo como lo siento.

Sr. D. R. R., Sevilla.—¡A palotes otra vez! *¡¡Por pollino!!* Y no digo otra cosa, porque ya sabe usted que somos amigos.

Venenillo, Madrid.—Muy bueno es el *Anís del Mono.*
Y muy *mona* su poesía.
Tan *mona* como la que habría usted tomado.
Venenillo.... Venenillo.... vaya un seudónimo *mono.*

Un curioso., Sevilla.—¿Que si tiene gracia *Carrasquilla?*
Toa la gracia de Dios, hombre. ¿Quién lo duda?
El que lo pregunte siquiera, es tonto y medio.

El Trinqui., Sanlúcar de Barrameda.—¿Es usted pariente del infortunado Sr. López? Porque desde su muerte cerró usted el pico, y no ha vuelto á decir esta boca es mía.

Sr. D. H. V., Sevilla.—Déjese usted de charadas.
Mejor emplearía usted su tiempo haciendo poesías como las que en otras ocasiones nos ha remitido.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 22 de Enero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. | NÚM. 12.

SUMARIO

CRÓNICA

—¿Está la *Crónica*?

—¿Qué dice usted en la *Crónica* de esta semana?

—¿Es seria ó graciosa la *Crónica* que piensa usted escribir?

—¡Qué *Crónica* ni qué berengenas!—diria yo, si se pudiera decir todo lo que me escarabajea dentro del cuerpo y está retozando por salir al exterior.

Aqui no puede haber *Crónica*, ni cosa que lo parezca, porque no hay nadie, ni sucede nada.

Es decir; haber, como haber.... hay, y ¡ay!

Y lo que es suceder, ya lo creo que suceden cosas y cosazas realmente estupendas; propias, no de una ciudad que presume como la que más, sino de un miserable aduar, ó cuando menos de una población completamente en ruinas, más detrozada aún que nuestra vecina la que fué *Itálica famosa.*

Porque aquí tenemos casas y Casas Grandes; pero.... nada más.

Hoy, la *Crónica*—si alguna merece esta semana infausta—debiera estar reducida á copiar y glosar la sentidísima poesía del Sr. Montoto, que en otro lugar de este número pueden saborear nuestros lectores.

Con eso, que es muy bueno,—¡aunque es muy triste!—quedaría bien terminada esta sección.

* * *

Pero hay que decir algo y.... ahí va.

Sevilla es la patria de Fernández y González.

Así lo decía con orgullo el insigne poeta y fecundo novelista.

Así lo proclaman con entusiasmo todos los admiradores del grande hombre.

Y Sevilla no sabe ni decir *R. I. P. A.*

El Ayuntamiento.... ¡Perdone usted por Dios!

Las Corporaciones....—Es preciso hacer algo,—*dicen.*

La prensa....—Pero ¿en qué se piensa?,—grita transida de dolor.

Y aquí paz y después.... ¡Nada!

* * *

Si no tenemos amor á los que nos dan honra y gloria; si no nos entusiasma el arte; si no hay fe en lo más desinteresado, que es la admiración.... ¿qué esperanza queda?

Lamentarnos como se lamentaba Rodrigo Caro ante las ruinas de Itálica, llorar ante el cadáver de nuestro decantado patriotismo y cubrirnos el rostro, como gladiadores que caen rendidos al peso horrible de la ingratitud y el olvido para con los grandes; ingratitud y olvido que representan el fuego infernal de los réprobos y el infinito hielo de las almas muertas.

* * *

Yo oigo que atruenan los espacios mil y mil instrumentos músicos dando serenatas. ¿A quiénes?

Á un zascandil influyente en la política.

Á un necio, encumbrado por sus riquezas.

Á un bárbaro torero, que desprecia su vida porque no sabe lo que vale, ó porque sólo cree grande una montaña de oro.

Y con ese ruido, con esa barahunda, con esa algarabía infernal que forman mezcladas la necedad y la ambición, el crimen y la mentira, se pierden los suspiros del bueno, que muere de pena en un rincón; los ayes del infeliz, que sólo pide pan á cambio de su sangre; los gritos del caído, que busca una mano compasiva que le ayude á salir de su abyección; las sentidas quejas del que quiere y no puede.

Y no hay á quien volver los ojos.

Y es inútil afanarse demandando socorro en este espantoso naufragio de las sevillanas grandezas.

¿Murieron, por ventura, todas las almas generosas?

¿No quedan hombres de buena voluntad?

¿No están en mayoria los nobles, los desinteresados, los generosos?

No queremos, no podemos creer que todo sean ruinas y cadáveres: sin duda es que duermen.

Sacude tu pereza, Sevilla; ¡despierta! Aun es tiempo. Mañana.... será tarde.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

Á SEVILLA

EN LA MUERTE DEL INSIGNE POETA Y NOVELISTA

D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Por designio de la suerte
Hoy yace en negro ataud:
No me duelo de su muerte;
Me duele tu ingratitud.

En tí comenzó á vivir;
Y le dieron á la par
Sus brisas Guadalquivir,
Tus naranjos su azahar.

Su cálida fantasía
En tu suelo despertó,
Y en el sol de Andalucía
Su pensamiento encendió.

Fué en busca de otro lugar,
Temeroso de tu olvido.
¡Siempre el ansia de volar
Sacó al ave de su nido!

Mas no se alejó de tí
Á impulso de orgullo vano.
«Si hay algo que valga en mí
Es ser—dijo—sevillano.»

Acaso escuchó, muriendo,
Como músicas lejanas,
El regocijado estruendo
De tus alegres campanas.

Tal vez, cual premio mejor,
Quiso aspirar, al morir,
El perfume de una flor
Que regó Guadalquivir.

Dejó los mundanos bienes,
El pensamiento en tí fijo:
Y tú, su madre, ¿no tienes
Lágrimas para tu hijo?

Surjan de las sepulturas,
Para honorar su memoria,
Las esplendentes figuras
De tu magnífica historia;

Los héroes que él evocó
En las tablas del Proscenio
Y á quienes más gloria dió
Con el poder de su genio;

Los reyes, los trovadores,
Los esclavos y pecheros,
Los siervos y los señores,
Los hidalgos y escuderos;

Y aquel Monarca, terror
De los nobles de Castilla,
Apasionado amador
De la amorosa Padilla;

Y el maestre don Fadrique,
Como otros muchos, infiel;
Y el bastardo don Enrique,
Ensangrentado en Montiel.

Cuantos á nacer volvieron
Por él, su nombre honrarán:
La vida que le debieron,
Honrándole pagarán.

—

Sevilla: tú no has tenido
Para su tumba una flor.
¡No sabes que es la mayor
De las muertes el olvido!

¡Ni una flor!... ¡Quién me diría
Que está de flores desierto
El vergel de Andalucía,
Para la tumba de un muerto!

¡Ni una flor! ¡Ni el eco triste
De una apenada canción!
¡Ah, yo no sé cómo existe

¡Un pueblo sin corazón!
Aun de reparar es hora
Mal que veloz se propala.
Llora; que madre que llora
Al hijo muerto no es mala.
Honra al Genio y te honrarás
Á la luz del pensamiento:
Un pueblo en grandeza es más
Cuanto más honra el talento;
Y fué el indiferentismo,
Por ley que nunca falló,
El torrente que arrastró
Los pueblos hacia el abismo.

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

11 de Enero de 1888.

ANTE UNA TUMBA

¡Oscura noche, envuelve con tu manto
El hueco en que reposan sus cenizas!
¡Ángel de las tristezas, ora y gime
Postrado ante esa tumba de rodillas!
¡Pasajero que vas tras de la gloria,
Al arribar aquí, la frente humilla!
¡Venid, venid, recuerdos del pasado,
Fantasmas de las tétricas ruinas,
Celebrad el banquete de los muertos,
Pero brindando en cálices de acíbar!
Yo brindaré con copa aun más amarga;
Yo beberé, al brindar, lágrimas mías.
¡Olas de fiero mar tempestuoso,
Sollozad, al morir, junto á esta orilla,
Que esta es la orilla en que el placer se estrella,
Porque otro mar de lágrimas principia!
¡Luz de la tempestad, rasga las nubes,
Y sobre el campo lóbrego fulmina
Resplandores de muerte, que descubran
El tropel de osamentas movedizas
Que acuden á romper desde el pasado
La lámpara ya exhausta de la vida!
¡Los que aun podéis llorar; los que buscáis
La falsa luz que en lo infinito brilla,
Detened vuestro paso ante esa tumba,
Llorad, y proseguid por vuestra vía!
¡Los que ya habéis perdido con las lágrimas
El rocío del alma en la desdicha,
Inclinad vuestra frente ante esa fosa
Y proseguid después por vuestra vía!...
Que cuando aislado en el desierto campo,
El huracán, la mar embravecida,
Y el trueno, y las plegarias enmudezcan,
Al verme sólo ante la tumba fría,
Yo llamaré á la noche, y al silencio,
Y á la horrible verdad de nuestra vida,
Y al ignoto infinito, y al espanto,
Para que, en pavorosa compañía,
Velen, como guardianes de la nada,
Junto á la tumba de mi fe perdida.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

JUSTO CASTIGO

Á Casimiro García
Y González de Sarmiento,
Alférez de infantería
De no sé qué regimiento,
Le gusta de una manera
Asombrosa el aguardiente,
Y toma la borrachera
En su casa únicamente,
Pero siempre la mañana
Que nada tiene que hacer,
Porque es cuando siente gana
Casimiro, de beber.
Con el fin de que arreglado
Esté todo al levantarse,
Y beber pueda á su agrado
Sin tener que incomodarse,
Cuando después de la cena
Al dormitorio se va,
Deja un frasco en la alacena
Que al lado de aquél está;
Pero ya viene notando,
Hace un mes seguramente,
Que aunque continúa llenando
El frasco constantemente,
Al ir después á beber
Todo ha desaparecido:
Ahora le falta saber
El cómo y cuándo habrá sido.
En preparar la botella
Una noche se tardó,
Y algo, sin duda, echó en ella,
Porque un poco se enturbió.
Y al retirarse á acostar,
Entre dientes se decía:
—El ladrón se ha de acordar,—
Y entretanto sonreía.
. . . .
Al otro día pudo ver
Que su asistente Crispín
No hizo mas que ir y volver
Al *jardín* y del *jardín*.
La cosa es clara y patente,
Y así ninguno se escapa:
Disolvió en el aguardiente
Una porción de jalapa.

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

LA ORIGINALIDAD

No hay clave tan fecunda de renombre como la originalidad.

Su mérito es indiscutible; pero la originalidad sin disparate, lo excéntrico sin paradoja sólo á un cortísimo número de ingenios es concedido.

Hé aquí el campo donde libran hoy crudísima lid todas las inteligencias, por alcanzar la fama, y con ella los mil beneficios que le son anexos; pero en este camino, los noventa y nueve de cada cien tropiezan contra el *nihil novum sub sole* del Ecclesiastes; y cuando se cansan de romperse inútilmente el testuz contra el insuperable obstáculo, tiran por la trocha y se meten de hoz y de coz en la senda de la paradoja, de la chifladura, y aun á veces de la necedad.

Pues lo más extraño del caso es que no van del todo descaminados, porque, al menos, recuerdan sabiamente que—*el vulgo es necio, y pues lo paga, es justo—hablarle en necio para darle gusto.*

Y aquí encaja bien, por la útil filosofía que entraña, el cuentecillo del médico sabio y el médico ignorante; tenía aquél escasísima clientela, y éste tan numerosa, que casi monopolizaba la profesión. Discurriendo ambos acerca de esta injusticia tan palmaria, llevó el ignorante al sabio al más concurrido paseo de la capital.

—¿Cuántas personas creéis que habrá aquí,—le preguntó,—poseedoras del sentido común?

—Dos de cada cien,—contestó el sabio, demostrando con su respuesta que era merecedor de tal dictado.

—Pues bien,—replicó el otro;—esas dos le llaman á usted; todas las restantes me llaman á mí; hé aquí el secreto de mi injusta fama.

—¡Vamos,—añado yo;—no era tan bobo el ignorante cuando así conocía á sus contemporáneos!

Y, volviendo á mi tesis, digo que todo aquel que ambicione renombre en los modernos tiempos procure convertirse en una paradoja viviente y logrará su objeto; y si consigue encajar sus estrambóticas melodías en el pentágrama de lo burlesco, no necesitará de ningún otro impulso para alcanzar el pináculo de la gloria y la fortuna.

¿Queréis tener una certeza de ello? Pues bien, prueba al canto: la producción escénica que ha obtenido en el pasado año mayor número de representaciones ha sido *La gran vía.*

Felipe Pérez es mejor conocedor de su tiempo que Ayala y Echegaray.

Un chiflado alemán, de género humorístico, con ribetes de cursi, ha dicho:

«Si quieres provocar á simpatías
Al corazón humano,
No cantes el placer ni la alegría,
Canta el dolor tirano.
Que para muchos seres de este mundo
Nunca existió la dicha;
Mas ¿quién no ha oído, con dolor profundo,
La voz de la desdicha?»

Eso será en Alemania, Sr. Heine. En España lo que priva es lo burlesco, y hasta el mismo *Quijote*, como no haga reir, no cuela.

Allá, en otros tiempos, me dió la manía por defender que sólo los que hablan al corazón escalan las cumbres del Parnaso, llamándose Shakespeare, Schiller, Byron, Hugo, Espronceda, Milton.... ¡Bah! ¡cosas de la juventud! Hay que obrar como Rigoletto: miéntras los ojos se nublen con las lágrimas que del dolor rebosan, los labios deben lanzar, sin descanso, bufonada tras bufonada.... y ¡á vivir!

Pero volvamos á la paradoja.

Hay un gran número de ejemplos que demuestran cómo muchos grandes hombres han usado de ella con éxito, y cómo muchas de esas grandes masas de carne estúpida y disgregada, que se llama público, las han acogido con entusiasmo, consignándolas en la historia.

Anaxágoras, el primer griego que hizo entrar la idea de una inteligencia inmaterial en el sistema filosófico, trató de demostrar un día que la nieve era negra, pretextando que el agua es negra, y que la nieve no es sino agua concretada.

Luciano—á imitación de Ovidio, que canta la pulga; de Trautón, que celebra el polvo, el humo, el descuido; ó de

Dión Crisóstomo, que diserta sobre la cabellera y la peluca— exaltó las prerrogativas del vil moscón.

Recordamos, como ejemplo de excentricidades paradójicas, el famoso arranque de Nestor Roqueplán contra la luz del sol, á quien hace responsable de los males que cubren la tierra, ó la *Paradoja sobre las mujeres, en la que se quiere demostrar que no son de la especie humana*, asunto que también sostuvo, según Vossius, el jurisconsulto Cuyas.

Según el ilustre retórico de Samotracia, el filósofo debía considerarse inferior al parásito, por la simple razón de que muchos filósofos se convierten en parásitos y ningún parásito se convierte en filósofo.

En un largo poema, el obispo de Synesius puso á contribución la ciencia universal, para demostrar á los hombres que el ser calvo es glorioso y meritorio.

Y para muestra me parece suficiente lo dicho, aunque muchos más ejemplos pudiéramos citar.

Lo cierto de todo es que para pescar hoy, lo mismo que en todos los tiempos, un poco del turrón que la fortuna reparte, hay que hacerse excéntrico, paradójico, estrambótico y un si es no es de bufón; ¡ya que no sea posible, por carecer de genio, aparecer verdaderamente original!

Lector, si quieres que se extienda ante tí la misteriosa escala de Jacob, para conducirte á la gloria de las dichas humanas, piensa en un poema, todo él escrito en verso alejandrino, acerca de los beneficios que la sarna produce á la humanidad. La originalidad del poema te dará renombre.... y dinero.

PERECITO.

¡SIEMPRE LO MISMO!

Si venciendo en las luchas giganteas,
Que en el mundo ideal del pensamiento
Sostienen la palabra y las ideas,
Expusiera sencilla y claramente
Lo que en el alma siento,
¡Cuán grande fuera entonces mi alegría,
Al entonar un cántico valiente
En armonioso idioma no aprendido!
Mas sé de cierto, por desgracia mía,
Que una cosa es sentir lo que se siente,
Y otra expresar después lo ya sentido.
Nunca podré cantar como deseo,
Porque todo poeta, según creo,
Tiene una musa que le inspira amante,
Y yo llamo á la mía suplicante,
Y, aunque quisiera verla, no la veo.
No tengo musa que me preste ayuda,
Y mi canto, que nunca fué inspirado,
Es tan triste, que á veces he pensado
Si mi musa quizás será la duda.
Y mi duda es terrible,
Pues nace de lo osado de mi empeño:
Yo aspiro á comprender lo incomprensible;
Yo me empeño en ser grande y soy pequeño,
Y siempre me ha causado gran tristeza
No poder conocer si en mi cabeza
Existirá tal vez la luz divina
Que al poeta en sus cantos ilumina.
¿Será quizás que mi destino aciago
Se reduce en el mundo
Á que camine siempre vagabundo,
Sin sentir de la musa el dulce halago,
Y habré de esperar siempre con fe ciega
Á que llegue el momento que no llega?
¿Mi ánimo ha de estar eternamente
En esa oscuridad que existiría
Antes del *Fiat lux* omnipotente
Con que el Señor del mundo,
En el caos profundo,
Trocó la oscuridad en claro día?
Quizás porque no veo
Cerca de mí la musa que deseo
Suelo sumirme en mil cavilaciones
En las horas de luto y desvarío,
Y fabrico castillos de ilusiones,
Que destruye el hastío,
Y adoro á la mentira si es hermosa,
Pues siempre la verdad es horrorosa,
Y al recordarla sólo tengo frío.
¿Mas siempre han de vencer tales dolores?
¡Atrás, vanos temores!
Paso á las ilusiones de mi vida,
Que ya ha sido vencida
La fuerza que con ímpetus mayores
Tuvo un momento al alma cohibida.
¡Atrás, por siempre atrás! Que claramente
Voy á expresar tranquilo cuanto siento,
Y ¿desde este momento
Acordes estarán eternamente,
Con el alma que siente,
El corazón, la fe y el pensamiento?
¡Siempre la misma duda!
¡Siempre el mismo temor turba mi calma,
Y si se eleva el alma,
Su caída después siempre es más ruda!
¿Siempre la misma lucha aterradora
Que mi fe y mi ilusión nunca aminora?
Mas si aunque soy vencido,
Y me encuentro rendido,
Nadie alienta mi empeño
Y no me dicen que levante y ande,
Si me empeño en ser grande y soy pequeño,
¿Mi misma pequeñez no me hace grande?

JOSÉ SAINZ CALVO.

¡.........!

Si á media noche, cuando ruge el trueno
Y el furioso huracán,
Despiertas por acaso,
Y oyes una campana, que al doblar
Anuncia, misteriosa, que algún alma
Á la región sublime subirá;
Si es que oyes ese fúnebre lamento....
Es por casualidad:
Porque siempre á esa hora,
Acostumbra á dormir el sacristán.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

Á "PERECITO"

Puesto ya el pie en el estribo
Á causa é mi mala suerte,
Con las ansias de la muerte,
PERECILLO, *ésta te escribo.*
Á mi noticia ha llegao,
Porque lo ví en tu *Consulta*,
Que uno de la turbamulta
Por mi gracia ha preguntao....
Pos mardito sea el arcaide
Del presillo en donde está,
¿Por qué conmigo la da
Sin meterme yo con naide?
¿Porque gustito reporta?...
Pues, home,—pregunto yo,—
Er que tenga gracia, ó nó,
¿Eso á naide qué le importa?
¿Qué pretende ese guasón?
¡Querrá conmigo reirse,
Jalearse y divertirse!
¿Sá figurao que soy clón?...
Si quiere ese tunantillo
Uno que le haga reí,
Que vaya en tren á Madrí
Por Cánovas der Castillo.
Sepa ese desocupao
Que sartimbanqui no soy;
Que me respete, que voy
Camino de diputao.
Que ya la pluma corgué,
Y me metí á caballero;
Tiré á la calle er tintero,
Y el ingenio se me fué.
Que dejé de ser poeta
Porque no ganaba un cuarto,
Y de tanto escribir harto
Me he cortao la coleta.
Por aonde quiera que fuí,
Sin quererlo, tropeeé,
Y mauque ar cielo llamé,
No jizo caso de mí.
Toito me salió al revés,
Y es tan público y notorio,
Que, por meterme á Tenorio,
Me reventó doña Inés.
Á solas con mi doló,
Ya de vuelta de la liza,
Sólo aguardo la paliza
De un fiero Comendadó.
Apiádese é mi desgracia
Er *Curioso*, por quien soy,
¡Que, como verá, no estoy
En tono pa jacé gracia!
Mas si persiste en su afán,
Y quiere argún chascarrillo,
Diré yo como er chiquillo:
—¡Señores.... que partan pan!—

CARRASQUILLA.

MENUDENCIAS

Rogamos á nuestros suscriptores de provincias que no hayan satisfecho el importe de su suscripción al trimestre que vence en 31 del presente mes, se sirvan hacerlo antes de dicha fecha, para que no sufran retraso en el envío de nuestro periódico.

Un recuerdo de ultratumba:

López me manda decir,
Que después que se murió
Nunca más se le ocurrió
Otros versos escribir.
PERECITO, por cumplir
Este encargo, placentero
Hoy le dice al mundo entero,
Que López, como escritor,
Nunca escribió lo mejor,
Por dejarlo en el tintero.

Salía del estreno de una obra suya un autor cómico, de ideas republicanas, que había sido aplaudidísimo, y exclamó:

—¡Viva el rey!

—¿Cómo? ¿te has cambiado la camisa?—le interrumpió un correligionario.

—Nó, hombre, nó. Digo que viva, porque mientras haya rey habrá *alabarderos*.

Á don Darío, don Severo
Le dijo ayer enfadado:
—Me tiene usted disgustado;
No me quita usté el sombrero.—
Á lo que, sin vacilar,
Respondióle don Darío:
—Hombre, si es mejor el mio,
¿Por qué se lo he de quitar?

En las últimas semanas nos han visitado los colegas que siguen:

La Publicidad y *El Tabardillo*, de la localidad; *La Opinión*, de Tarragona, y *El Progreso*, de Cuenca.

Damos las gracias á todos y queda el cambio establecido.

IX

La tirilla de un gomoso
Haciendo el *Rata tercero*
Se metió en el Matadero,
Y un boticario furioso
Sentó plaza de torero.

X

Corriendo, un ojo de gallo
Tropezó con un carrete,
Y las narices de un callo,
Montadas en un caballo,
Visitaron á un cadete.

En una reunión.

Una señora ponía como chupa de dómine á los hombres, y entre otras cosas decía:

—¡Todos son unos infames!

—Recuerde usted, señora, que las mujeres están hechas de una costilla del hombre,—respondió un caballero indignado.

Juan, que es un calaverón,
Salió á buscar á una chica,
Que es muy *mona* y es muy rica
Y se llama Encarnación.

Mas vió á su amigo Cardona,
Que es un *curda* de primera,
Tomaron la borrachera
Y dijo:—Encontré la *mona*.

—¿Qué tal le parecen á usted esos versos que le acabo de leer?

—Muy malos. Con franqueza.

—Pues son míos.

—Si yo hablo de los anteriores.

—Pues también son míos.

—¿Usted á cuáles se refiere?

—Yo.... á esos.

—Pues yo.... á los otros.

—También son míos.

—Pero si es que....

—Todos son míos.

(¡...!)

Á Salado dijo Amado,
Porque la dió de gracioso:
—Hombre, no sea usted *soso*,
Salado.

Le pedí llorando
Al Ayuntamiento,
Que te aseara, Sevilla, *los bajos*,
Y se *jase* el muerto.

PASATIEMPOS

Charada.

Mi *primera* es una letra,
Una negación la *dos*,
Mi *todo* lo es cualquier viejo
(No hay regla sin excepción),
Y además el apellido
De un reputado pintor.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior.

Charadas.—I. ARANA.—II. MOLINO.

Fuga de vocales.

José Quimo come mucho
Y Enrique Coma, poquísimo,
Mas cuando los dos se van
Á comer en el Suizo,
Yo no sé por qué razón
Come Coma como Quimo.

CONSULTAS

Sr. D. C. B., Sevilla.—¡Cardona! No escriba usted indecencias, porque entónces, en vez de publicarle cantares, tendremos que mandarlo al pesebre.

Sr. D. J. G. R., Sevilla.—Me ha puesto usted en un *apuro*. Haga usted el favor de hacer otras mejorcitas.

Entonces...., con mucho gusto.

Sr. D. R. R., Sevilla.—Siga usted con los palotes, hasta que yo avise.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los dias 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscritores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 29 de Enero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. | NÚM. 13.

SUMARIO

CRÓNICA

Si no fuera por las quiebras—decía un vendedor de loza—no habría oficio como el mío; pero....

Este pero, verdaderamente manzana de la discordia, es también el que trae siempre á mal traer al que por males de sus pecados ha de ejercer de cronista.

La cosa es muy bonita; se reduce á lo siguiente: ¿Ocurre algo importante?—Pues eche usted hasta que se derrame la esencia de la admiración, el Champaña del entusiasmo ó la salsa del elogio.

¿Pasa alguna cosa de gracia?—Puees no hay más que presentarla con su traje propio—la indumentaria artística es cosa de poco más ó menos—colgándole unos cuantos *timos juncales* á modo de lazos y faralaes.... y se da golpe.

¿Se trata de algún asunto ridículo?—Ahí que no peco: se coge el escalpelo de la malicia, se desmenuza la desdichada ocurrencia y se clava de cuando en cuando el aguijón del desprecio. ¡Cosa más sencilla!

¿Sucedió algo que subleva á las honradas gentes murmuradoras?—Tono melodramático, frases huecas, indignación de bastidores, apóstrofes de lance. Como se haga así triunfo seguro.

Con esto, dicho por supuesto en forma ligera, para que no canse á los frívolos, está asegurado el éxito, ó consigue, por lo menos, el cronista salir del paso sin daño de barras.

Pero (ya está aquí otra vez la maldita palabreja) lo grave del caso es que hay semanas en que no ocurre nada que valga ni un pimiento, en que lo sucedido entra en la categoría de lo que no puede decirse, ó en que no hay ganas de decir lo que se tiene en los puntos de la pluma, y entonces ¡échele usted guindas á la tarasca! por más que se pongan los piés en pared no se logrará llevar el gato al agua.

Y cuando se reunen todas estas calamidades ¡ayúdeme usted á sentir!

Mas caigo en la cuenta de que esto maldito si le importa á nadie, y cambiando de bisiesto digo como cronista fiel.

Tenemos de capitán general al Sr. Rodríguez Arias.

De gobernador civil al Sr. González Montero.

De alcalde al Sr. Varea.

¿Os parece poco?

Pues no hay más.

Que yo sepa al menos.

Porque es lo que decía ayer un artista que no se mete en cosas de política—y le alabo el gusto:—«Mande quien mande, ¿gano yo algo?»

Esta pregunta es triste, desesperante si se quiere, pero más exacta que las matemáticas, que es cuanto hay que decir.

Viendo las cosas por fuera, en el paseo de la orilla del río, por ejemplo, en uno de estos domingos de sol espléndido que venimos disfrutando, todo parece que marcha á pedir de boca y mejor que se quiere: soberbios carruajes, trajes riquísimos, caras risueñas, ¿quién se queja?

Pero va usted por los barrios y sólo oye frases por este orden:

—Hace un mes que no tengo trabajo.

—De mi taller han despedido diez, y dentro de nada estaremos todos iguales.

—Mi maestro me debe dos semanas y á él le deben un dineral.

—Ya no tengo una jilacha que empeñá.

—Á la semana me dan trabajo dos días, y gracias.

—Ya no sabe una aónde gorbé los ojos.

—Las cosas cuestan un sentío y á los probes nunca nos llega la sal al agua.

—Obra tengo hecha ¡ya lo creo!; pero ¡si no hay quien tenga un cuarto!

—Las contribuciones nos tienen arruinados: no se gana ni para el Gobierno.

—No hay protección para el obrero: sale un hombre aventajado y se muere de pena en un rincón porque no tiene donde aprender lo que le hace falta, ni quien le mire á la cara, y gracias si encuentra quien le explote.

—No tengo para darle medicinas; trabaja uno toda su vida y cuanto le duele la cabeza.... á morir.

—Cuatro años tuve á mi hijo en la escuela y no le enseñaron ni la O.

—Esto no es casa, sino una zahurda; estamos unos sobre otros, ¿lo ve usted? Pues nos cuesta un dineral: ¡tres duros! Lo que no puede pagar un pobre.

—Estoy aburrido: he pedido trabajo en todas partes y todas las puertas se me han cerrado. ¿No parece mentira que donde tanto sobra y se malgasta falte pan para el que quiere trabajar?

. . . .

Cada una de esas preguntas, de esas quejas, de esas tristísimas confesiones podría dar ocasión, no digo yo á una crónica, á un libro interminable.

Pero el caso es que se produce el parte diario diciendo: «Sin novedad.»

Y pueden decir las autoridades, sin temor á que nadie las desmienta:

«Todo está tranquilo.»

Y siguen diciendo los optimistas de todas clases y categorías:

«El mundo marcha.»

Y, bien mirado, acaso todos tienen razón.

Como también la tendrá quien diga que esto no es crónica ni Cristo que lo fundó. ¿Quién piensa en pequeñeces? ¿Quién se preocupa por lo que no tiene remedio?

Nada, nada, estamos al pelo; el que se queja es de vicio.

Conque, reid, amigos.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

LA LEY HUMANA

I

—Labrador, no desoigas mi consejo
Si marchas á la siembra:
Del *Bien* arroja grano en abundancia,

Pues de cada centena
Más del noventa y nueve, por lo menos,
Es de segura pérdida.
Del *Mal* ni una simiente, porque el polvo
Que tus zapatos dejan
Es suficiente á producir más frutos
Que tiene el mar arenas;
Pero en lo más oculto de tu huerto,
Cuando á tu casa vuelvas,
Planta y cuida una rama de *Egoísmo*,
Que cuando un árbol sea,
Verás cómo no hay otro más fecundo
En ópimas cosechas.
Es árbol predilecto de los viejos,
Mas no olvides que es fuerza
Plantarlo joven, si dormir pretendes
Bajo su sombra amena.

II

—Abuelo, yo he querido esta mañana
Plantar la rama esa,
Y es tan flaca y ruin, que me dió grima
Y la arrojé á la alberca.
Soy joven y robusto; necesito
Dar empleo á mis fuerzas;
Mis amigos cantaban en los surcos
Dando el grano á la tierra;
Cogí el saco repleto de semillas,
Me encaminé á la siembra,
Y esparcí.... *bienes* mil, *males* ninguno,
Como usted aconseja....
Mañana podré, abuelo, si usted quiere,
Plantar la rama esa.

III

—¡Ay joven! No desoigas mi consejo
Al volver de la siembra,
Porque son mis consejos, no lo dudes,
Frutos de mi experiencia.
—Abuelo, tengo yo sembrada há tiempo
Una planta más bella,
Más fecunda y frondosa que ese árbol
De que usted tanto espera.
Cuando, por turno, la vejez acuda
Á llamar á mis puertas,
Estarán mis graneros rebosando
Frutos de su cosecha.
Con ella he de comprar árboles, huertos,
Umbrosas alamedas,
Cuya sombra cobije cariñosa
Mi nevada cabeza.
—Y esa frondosa planta tan fecunda,
¿Cuál es?—Mi inteligencia.

IV

El joven paso á paso, un mes tras otro,
Llegó á la edad provecta,
Y de este modo hablaba al acercarse
La estación de la siembra:
—Labrador, en lo oculto de tu huerto
Planta la rama aquella
Que yo vi tan ruin, y me dió grima,
Y la arrojé á la alberca.
Árbol será algún día, que cobije
Tu nevada cabeza.—
Así el joven decía, cuando al cabo
Llegó á la edad provecta.

V

Hé aquí una historia siempre repetida,
Hé aquí una historia eterna.
¿No se heredan fortuna, cualidades,
Carácter y belleza?
¡Ay! ¿Por qué no podremos de igual modo
Heredar la experiencia?

VI

Lector, por sí ó por nó, sigue el consejo
Cuando llegue la siembra:
Del *Bien* arroja grano en abundancia,
Del *Mal* no hagas cosecha;
Pero en lo más oculto de tu huerto
Planta la rama aquélla,
Pues aunque por ruin y por mezquina
El fuerte la desprecia,
Puede ser árbol que cobije un día
Tu nevada cabeza.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

MONÓLOGO DE UN NOVELISTA

(Á DOS CUARTOS LA ENTREGA)

Puesto que es original
La novela, empezaré.
¿Cómo la titularé?
La muerte del General.
Primer capítulo. «El día....»
Mejor es que sea de noche,
Que puede haber un derroche
De descripción y poesía.
Pongamos lo que he pensado:
«Era de noche. Zumbaba
El huracán, y brillaba
El relámpago azulado.
De un muy estrecho portal
Dos embozados salieron,
Y es fama que recorrieron
Á escape la capital.
Uno era bajo, arrogante;
El otro largo y delgado,
Moreno, mal encarado,
De mirada penetrante.»
¡Sublime!... ¡Si esto alborota
Á quien lo quiera mirar!
Sigamos: «Después de estar
Ambos sudando la gota,
Se paran ante un portón,
Y al entrar se tropezaron
Con un galán, se insultaron,
Promoviendo una cuestión;
Y el alto, con inaudito
Valor, sacando la espada,
De una terrible estocada
Deja á su contrario frito.»
¡Excelente! ¡Si esto está
Magnífico, superior!
Ahora pregunta el lector:
—¿Quién será? ¿Quién no será?—
Y viene á resultar luégo,
Que el valiente, equivocado,
Sin darse cuenta ha matado
Á su general don Diego.
Sigamos: «Y aunque intentaron
Salvarse, fué inútilmente:
Á la mañana siguiente
En la prisión ingresaron.»
Ya terminé. Ni Galdós.
Ahora el interés aumenta,
Y morirán veinte ó treinta
En el capítulo dos.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MORALEJAS

Un viernes de Cuaresma, doña Sara
Á su marido le arañó la cara,
Y el bueno de Witiza
Propinó á su mujer la gran paliza.
Si quieres que haya paz en tu familia,
No comas en tu vida de vigilia.

—

Don Blas el boticario
Casó con la simpática Rosario,
Y Rosario y su primo Federico....
Me parece, señores, que me explico.
Lector, si eres casado, por desgracia,
No estudies la carrera de Farmacia.

—

Un gato muy severo
Educaba á su prole con esmero;
Mas de nada sirvieron sus lecciones,
Todos sus hijos son unos ladrones.
Esto prueba, lector, en conclusión,
Que es cosa baladí la educación.

ROQUE NITJUAN.

GRAMÁTICA PARDA

Érase que se era un viejo pobre, muy pobre, que tenía por única familia á un rapazuelo de siete años de edad, nieto suyo y á quien quería con todas las veras de su alma; tanto, que no lo hubiera cambiado por todos los tesoros del mundo.

Cierta mañana se puso el abuelo á preparar el almuerzo, consistente en un gazpacho, y como quiera que el hambre atrasada le daba fuertes golpes en las paredes del estómago, amenazando con echar abajo toda la casa si no le daban pronto algo con qué entretenerse, el buen viejo resolvió aligerar la faena migando grandes cachos de pan.

El nietecito, que con ávidos ojos seguía la maniobra, al ver las descomunales sopas abrió unos ojos tamaños y dijo con acento que revelaba temor profundo y ansia devoradora:

—Padre, ¿pa quién son esos *sopirritones*?

—Para tí, hijo mío de mi alma, para tí son todos,—contestó el abuelo riendo la ocurrencia de su pimpollo.

Á lo que éste replicó más alegre que unas sonajas y saltando en señal de su profundo gozo:

—¿Son pa mí las *sopirritiyas*, papaíto?

—Sí, para tí; vamos á ellas,—gritó el abuelo empuñando la cuchara y riendo á mandíbula batiente el amoroso desinterés de que acababa de dar patentes muestras su heredero forzoso.

Es fama—aunque no lo cuentan las crónicas—que mientras hubo sopas y aun caldo en el hondo dornajo, ni abuelo ni nieto dijeron esta boca es mía: bien es verdad, que mal hubieran podido hacerlo, ocupados como estaban en echar á perder tan frugal como abundante alimento. Ello es que en menos tiempo que se persigna un cura loco, en un *santiamén*, en un decir Jesús, en un verbo, en un soplo, por decirlo de una vez, dieron buena cuenta de la gracia de Dios en forma de gazpacho sopeado, y que entonces, mano sobre mano y mirándose frente á frente, nieto y abuelo sonrieron satisfechos, por no decir hartos.

Rascóse el viejo con la mano derecha detrás de la oreja, miró de hito en hito á su huérfano y tuvo con él la siguiente plática de sobremesa:

—¿Sabes lo que estoy pensando, Frasquiyo?

—¿Er qué?

—Que tú tienes cara de rico, y lo serás. ¡Zambomba! ya lo creo que lo serás.

—¿Rico?

—Eso es, rico y muy rico: tú tienes inclinacion; no te falta más que seguir mis consejos. Escucha: en pedir y en tomar no hay engaño; la gloria es para quien la gana y el dinero para quien lo agarra; de manera que no olvides nunca que las sopas que se lleve otro son *sopirritones*, y que las que tú te tragues siempre te parezcan *sopirritiyas*, aunque sean como teleras.

Meneó la cabeza el chico, como quien adivina y no comprende, por lo que el vejete siguió diciendo de este modo:

—Tú eres un chiquillo; por eso necesitas consejos: no los eches en saco roto, porque si no te sirven de nada te verás tan desgraciado como yo: sin *parné* y sin tener quien me mire á la cara;

«que en este pícaro mundo
el dinero es lo que vale.»

De suerte que er busílis está en que no se te escape una *mota* que tú veas; no te pase lo que al gallego aquel que llegó á la Habana creyendo que el dinero estaba allí á patadas, y como se encontró por casualidad una onza de oro, dijo dándole un puntillón:

«Yo no quiero miseria.»

Dejó allí la rica moneda, no halló otra y se murió de hambre.

¡Por tonto!

¡Ah! Ten muy presente que la suerte no se presenta todos los días, que hay que cogerla por los pelos, como á la ocasión, que la pintan calva y con un solo cabello en la mollera. No te vaya á pasar á tí lo que al otro gallego que soñó que se le aparecía Santiago ofreciéndole 10,000 duros y no los tomó porque los traía en billetes y él los quería en oro. El infeliz al despertar se tiraba de los pelos diciendo muy compungido:

«¡Brutu de mí! ¿Por qué no los tomé en billetes?»

Eso quiere decir que hay que ir tomando lo que se pueda, aunque sea en ochavos mornnos. ¡Y al que le pese que reviente!

Á tomar un descanso iba el anciano, satisfecho de su perorata, cuando Frasquiyo—que verdaderamente tiene cara de rico y lo será—le preguntó con interés y en tono de reconvención:

—Padre, ¿y usted por qué no es rico?

Dió el viejo un profundo suspiro, sacudió la cabeza en señal de impotente rabia, y con toda la energía de que era capaz le contestó:

—¡Por eso, hijo; porque he sido muy tonto y muy bruto!

¿Se explicaba el viejo? ¿Sí? Pues á eso le llamaron gramática parda.

LAVI.

¡SIEMPRE LO MISMO! (1)

Á JOSÉ SAINZ CALVO

Se te ha puesto, querido, en la cabeza,
Á mi modo de ver, una simpleza;
Y es que, sin duda, por adquirir nota
De poeta afligido,
Que canta de este mundo los horrores,
Traes versos de tus tiempos anteriores,
En los que estabas con la lira rota
Y el corazón partido,
Y metes en un puño á los lectores.
El viernes es el día
Para escuchar tus versos destinado,
Y decimos, apenas has entrado
En nuestra Redacción:—Sainz, la poesía.
—La hice el año pasado,
Es una tontería,—
Contestas sin haberte preguntado.
Pues bien, si tú conoces
Que tus versos antiguos son atroces (2),
Debes hacerlos nuevos de otro modo,
Y no cantar tristezas sobre todo.
En casi todas las composiciones
Que has hecho de esa clase
Te ha servido de base
Sumirte siempre *en mil cavilaciones.*
Yo te aconsejo como compañero
—Dispensa que me meta á consejero—
Que dejes esa lira destrozada
Y compres una, aunque de lance sea,
Y ya esté muy usada;
Pero mira, que nunca más te vea
Hablando de este mundo que no has visto
Más que por un boquete, y muy pequeño:
—Ya ves que yo también la doy de listo.—
Conque cese tu empeño,
Y dí si me haces caso diligente.
Mas aunque yo te arguya,
Debes de comprender perfectamente
¡Que ya quisiera hacer únicamente
Una composición como la tuya!

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

INTERESANTE

Sin razón ninguna
Muchos aborrecen
El significado de frases diversas
Que son muy corrientes.

Hay unos que dicen:
—¡Oh, qué mundo este!
Por el *vil interés* es seguro
Que habrá de perderse.

Otros aseguran
Por sabios teniéndose,
Que la vida social es tan sólo
Cuestión de intereses.

Y todos á una
Aborrecen siempre
Al *interesante* y al *interesado*
Y al que tal pretende.

. . . .

Si al interés odian
Todos los vivientes,
Lector, no te extrañe que nunca mis versos
Á nadie interesen.

JOSÉ SAINZ CALVO.

Á "PERECITO"

Sin pensar el aprieto en que me pones,
Me pides que te escriba una poesía,
Cuando tú sabes que la musa mía
Nunca quiso prestarme inspiraciones.

(1) Véase la composición que con este título se publicó en el número anterior.
(2) Lo digo por lo triste.

Pídeme, cuando más, conversaciones
De asuntos de política del día,
Ó algún modo de hacer economía
En las arduas y graves situaciones:
Pide que lea la Biblia de Carulla,
Ó que traduzca del inglés al ruso,
Ó que vaya á Pekín sobre una grulla,
Ó que me ponga á hilar con rueca y huso:
Pídeme cuanto encierra el mundo entero;
Todo, menos poesías.... ó dinero.

POLL.

MENUDENCIAS

Rogamos á nuestros suscriptores de provincias que no hayan satisfecho el importe de su suscripción al trimestre que vence en 31 del presente mes, se sirvan hacerlo á la mayor brevedad, para que no sufran retraso en el envío de nuestro periódico.

Murmuraba de Perico
Juan, y le dijo Torroba:
—Mírese usted la joroba,—
Sin ser jorobado el chico.

—Por un número no me ha tocado la lotería. Llevaba el dos mil cuatrocientos treinta y tres y ha salido el mil cuatrocientos treinta y tres.

—¿Y á eso le llama usted por un número?

—Sí, señor; porque si en vez de ser un dos el primero hubiese sido un uno....

Carlos, que era petrolero,
Se hizo carlista y decía:
—Yo, que era un *descamisado*,
Me he cambiado la *camisa*.

Y volvemos á decir lo que hace dos semanas.

Es decir, que para nada sirven los agentes de policía habiendo empleados de Correos.

Éstos cogen *Las Ratas* con mucha más facilidad.

Nos referimos al periódico, ¿eh?

Que hace.... ya no recuerdo el tiempo que no lo recibimos.

Hablando de Pedro, ayer
Nos decía don Ernesto:
—¡Quite usted, si ese es un hombre
Que apenas se llama Pedro!

—¿Sabe usted que me han dado una noticia?

—¿Cuál es?

—Que no me va usted á pagar los diez duros que me debe.

—¡Vaya una noticia! Desde que usted me los dió sabía yo eso.

XI

Un garbanzo y un pepino
Tuvieron ayer un duelo,
Y al saberlo un beduino
Le arrancó el rabo á un cochino
Que chupaba un caramelo.

XII

El jueves un salchichón
Se arrojó por un balcón,
Y una chinche malparida
Atentó contra la vida
De una cuarta de almidón.

—Hombre, tengo una verdadera satisfacción en participarle que me va á tocar la lotería.

—Y, vamos á ver, ¿por qué lo sabe usted?

—Muy sencillo; porque mi sastre me ha dicho que como no le pague me va á caer la lotería, y he determinado no pagarle.

PASATIEMPOS

Charadas

I

La *primera* con *segunda*
Es un nombre de mujer;
Mi *tercera* con la *cuarta*
Un nombre de varón es;
Y mi *todo* es otro nombre
Que es masculino también.

II

Tomé *primera* con *dos*
Y confieso mi torpeza,
Mas *segunda prima* que
Clase de *prima dos* era.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior.

Charada.—CANO.

CONSULTAS

Bon Bon, Sevilla.—No sea usted majadero y váyase á su poesía. ¡Cochino!

Sr. D. P. J., Sevilla.—¡Profundo soneto!

¿No ve usted en su gran penetración que no es de la índole de PERECITO?

Uno, Sevilla.—Con otro como éste.... son cuatro tontos: porque éste vale por tres.

Digo, seis, porque es tres cuando menos.

Cursi, Sevilla.—Basta que usted lo diga.

Sr. D. H. V., Sevilla.—¿Se ha empeñado usted en no enviar nada á propósito para PERECITO?

Giraldillo, Sevilla.—Para que no se enfade usted, vaya como muestra uno de sus cantares:

«Eres una muchacha, una chica
Lo más mona que hay aquí,
Y yo te digo que sí,
Y basta que yo lo diga.»

Déjese usted de componer cantares y aprenda éste que le viene como de molde:

«Eres tonto de noche,
Tonto de día,
Tonto por la mañana
Y al medio día.
No me acordaba
Que también eres tonto
De madrugada.»

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscriciones empiezan los días 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 5 de Febrero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 14.

SUMARIO

CRÓNICA

¿Saben ustedes si ha hecho frío en la semana que acaba de transcurrir?

Lo pregunto porque hay cosas olvidadas de puro sabidas; y esto del frío no sólo lo sé por la parte que me toca, sino también por haberlo oído decir como medio millon de veces en los últimos seis días.

Es cosa singular: pasa como moneda corriente la especie de que cada cual tiene su alma en su almario, y que no hay dos personas que piensen del mismo modo. Y á las primeras de cambio, á poco que observemos, se ve que todo el mundo es Vicente, que la generalidad discurre—vamos al decir—de común acuerdo, y chicos y grandes expresan con las mismas palabras unas mismas ideas.

¿Quién dió la voz cuyo eco llega hasta el fin del mundo? Averígüelo Vargas.

¿Cómo nace la frase que todo el mundo repite, sin pararse á discutir, y que pasa por axiomática? Á esta pregunta sólo podía dar respuesta satisfactoria el dios de la vulgaridad, cuyo templo no sé dónde reside, pero sí que se le da culto en el ciclo de la boca de las muchas calaveras que han de verse en el día del Juicio, si no marra el dicho popular.

Ello es que cumple un hombre religiosamente con sus obligaciones, sin meterse con nadie, contentándose con sus dos pesetas, sin ambicionar más que la honrada pobreza en que con los suyos vive y sin envidiar á bicho viviente, y el mejor día del año se encuentra con que un quídam al verle pasar por la calle le mira con indiferencia, mueve los hombros y la cabeza en señal de desprecio y de lástima, y dice como si fuese una sentencia:

«¡Pobre hombre!»

¿Pobre le han dicho? Pues le cayó la lotería: ya lo saben hasta las ratas aquí y en Lima, y no llegará á ninguna parte, así ande más que el Judío Errante; y aunque dé gloriosa cima á trabajos mil veces más grandes que los de Hércules, nadie se los tomará en cuenta; y aunque se vuelva mico, no logrará salir de la miseria; y aunque brinde á todos con el maná, nadie le abrirá las puertas de su casa, ni le alentará en ninguna empresa, ni le dará una mano, ni le prestará oídos siquiera.... Todos le volverán la espalda, diciendo filosóficamente:

«¡Pobre hombre!»

Se trata, por el contrario, de un osado, ó de un soberbio, ó de un charlatán cualquiera, que no sabe nada de nada, pero que sabe muy bien á su casa y á la de junto....

Un día, por cualquier circunstancia, se presenta en público, y no falta quien diga:

«¡Qué talento tiene *Fulanito!*»

Y ya no necesita más: antes de veinticuatro horas se proclama en las cinco partes del mundo que *Fulanito* es un portento, un mónstruo—no aludo á Cánovas, conste—de sabiduría, y de inteligencia, y de ingenio, y de todo, en una palabra. Lo cual quiere decir que se le van viniendo á las manos á *Fulanito* todas las gangas; que se hace en tres días de una envidiable reputación; que escala, si quiere, los más altos puestos; que nada en la abundancia, y que, por arte de birlibirloque, llega á ser respetado, temido, reverenciado, indiscutible....

¡Qué talento tiene *Fulanito!*

¿Y el infeliz de quien se dice una vez que está loco?

Es infalible: pierde la chaveta por menos de un cuarto, se le van los gorriones sin poderlo remediar, hace números á la fuerza, tira piedras por la calle aunque Dios no quiera,—así lo dice la gente,—y, no hay remedio, se pone chiflado, se va del sentido, y, loco de atar, muere como un perro, aunque es mala comparación.

Que es lo mismo que le pasa á un perro (por algo me acordé de la raza canina) cuando dan los chiquillos en decir que va á rabiar.

Que rabia más pronto que Dios Pintó á Perico, si es verdad que se metió en esos dibujos, cosa que no tengo averiguada. Lo que sí es verdad, que en manos de chiquillos rabia hasta el mismísimo perro de San Roque.

Y en manos de hombres......

Pero vaya usted á evitarlo: irse contra la corriente, pensar por cuenta propia, decir lo que se siente sin tener en cuenta las orejas que escuchan, oponerse á las apreciaciones impuestas como el último figurin de la moda, vale tanto como pegar coces contra el aguijón. Lo que prueba que el aguijón de la vulgaridad es el ingenio del número infinito.

Decía yo todas estas sosas vulgaridades.... ¡Ah! sí; á propósito de que en la pasada semana ha hecho frío en Sevilla, y milagro ha sido que nos no quedásemos sordos oyendo variaciones sobre el mismo tema.

—¡Valiente frío, señores! (¡Noticia fresca!)

—Traigo el cuerpo cortado: tiénteme usted las manos. (¡Quite usted allá, no sea usted sinapismo!)

—En cincuenta años no ha hecho en Sevilla un día de frío como el de hoy. (¡Buena memoria!)

—Por mi calle entra un aire colado.... (¡No era mala la colada en que te metía yo!)

—¡Hola! ¿Hace frío por esta Redacción? (Nó, señor, la calle Tirso está en el Ecuador.)

—Hasta los animales sienten el frío; mire usted una gata que.... (No siga usted, basta que usted lo diga.)

—Pero, caballeros, ¿han visto ustedes qué frío está haciendo?

Y dale que le darás con el frío, y vuelta y torna con el aire colado.... Nada, que son pocas las pulmonías.

Y hay que sufrir la mecha y dejar que le achicharren á uno la sangre con tanto hablar sin substancia del maldito frío, y revestirse de prudencia para no echar por los cerros de Úbeda diciendo:

—¿Que hace frío? Pues, alma de cántaro, ¿qué ha de hacer en el invierno? ¿No sabe usted otra cosa? Pues cállese usted, fría mollera; déjenos trabajar en paz, y si es verdad que el frío es insufrible, váyase con cien mil de á caballo al mismísimo infierno, que es tierra caliente.

Pero, tente lengua; deja que se hable de aquello en que todos están conformes: el mundo está muy malo, el mundo marcha, nada hay nuevo en el mundo, este siglo es positivista, los dioses y los versos se van, ya no hay tontos, en el verano hace calor y frío en el invierno.

Oye, discreto lector, esas novedades y otras tales, y ríe y calla, que es lo mismo que abrigarse al calor de las ideas.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

ANTÍTESIS

Tú, rico, de mi ensueño haciendo escarnio,
Plata y oro á montones atesora;
Yo, ante el áureo montón despreciativo,
Duermo soñando una ilusión ignota;
Y siendo tú feliz, yo desgraciado,
Yo desprecio tu oro, tú mis glorias.
Es que la suerte, á veces justiciera,
Repartió bien las ambiciones todas
Entre el gusano inmundo del cadáver
Y el ruiseñor que canta entre las frondas.
Sé que el placer se postrará á tus plantas;
Sé que el dolor amargará mis horas;
Sé que cuando la mar crucemos ambos
Se borrará la estela presurosa,
Pero habrás hecho alegre tu viaje;
Yo, triste, entre huracanes, mi derrota.
Sé que en el más allá, ni vale el oro,
Ni mis ensueños de mentida gloria;
Sé que tú y yo tras de la helada tumba
No dejaremos rastro ni memoria;
Mas tú vives feliz, yo desgraciado;
Es tu tiempo placer, dolor mis horas,
Y, sin embargo, tu metal desprecio
Y el alma diera por mi amada gloria.
Y es que la suerte, á veces justiciera,
Reparte bien las ambiciones todas,
Entre la urraca que rapiña y guarda
Y el águila que al sol reta orgullosa.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

PARA UN ALBUM

Repasando ayer las hojas
De tu álbum de poesías,
Te diré, si no te enojas,
Que he visto mil tonterías.
Y pues he de figurar
Entre tales mentecatos,
Que, sin saber ni aun pensar,
Presumen de literatos,
Es fuerza que yo también
Ponga cualquier necedad,
Salga mal ó salga bien,
Sea mentira ó sea verdad.
Y aunque creo majadería
Que tantos vates ramplones
Hayan hecho anatomía
De tus diversas facciones,
Yo me ajustaré á la norma
Por ellos establecida,
Porque quede de esa forma
Tu vanidad complacida.
Pero como han ponderado
Más de cien veces tus ojos,
Y otras tantas comparado
Al coral tus labios rojos;
Y han dicho tantas sandeces
De tu correcto perfil,
Y han hablado tantas veces
De tus dientes de marfil,
Y de tu mano y tu cuello,
Y tu talle y tu cintura,
Que ya el insistir en ello
Fuera una insigne locura;
Y hasta no ha faltado un vate
Que tuvo la idea feliz
De decir un disparate
Acerca de tu naiz;
Y otro, que tomando pie
Del tuyo, habló irreverente
De cosas que nadie ve,
Pensando piadosamente;
Mi empeño disculparás
Si ves que busco en tí algo
Que no vieron los demás,
Y así de mi apuro salgo.
Mas no temas que cometa
Por ello una indiscreción,
Ni mi musa comprometa
Tu buena reputación.
Es que he visto con agrado
Que tus muchos trovadores,
Sin querer, han olvidado
Tus orejas en sus flores.
Pero yo tal omisión
Remediaré, si me dejas,
Entonando una canción
En loor de tus orejas.
Que ellas ¡ay! en mí producen
Mil y mil deseos amantes....
Sobre todo cuando lucen
Los pendientes de diamantes.

JOSÉ MANUEL DE VILLENA.

¡PLANCHA!

I

Juan es un tonto negado,
Por casi todos odiado,
Y además un holgazán;
Pero alardea el tal Juan
De estar bien relacionado.
Á las pocas reuniones
Que, por consideraciones,
No ha dejado de asistir,
Va únicamente á mentir
Y hablar de sus relaciones.
Él no ve que eso es muy feo,
Y por saciar su deseo,
Cuando se habla de cualquiera,
Sin conocerle siquiera
Dice siempre:—Le tuteo.

II

Hallándose en un salón,
En donde dió una reunión
La Baronesa del Muro,
Dijo:—El martes le dí un puro
Al Marqués del Mantecón.—
Pasó casi inadvertido
El embuste, siendo oido
Tan sólo por unos diez;
Y Juan se hizo el distraido,
Y lo repitió otra vez.
Entonces le oyó más gente,
Y uno que estaba presente
Le replicó:—Caballero....
Siento molestarle.... pero....
En eso que ha dicho miente.
Nunca le gustó fumar.
—Hombre, ¿quiere usted callar
Y no desmentirme así?
¡Irá á contármelo á mí
Cuando lo ví despechar!
—Tal descaro me encocora,
Y está usted equivocado,
Que ese señor no ha fumado
Nunca.
—Pero fuma ahora,
Aunque usted lo haya negado.
—Vuelvo á decirle que nó,
Y es mentira.
—Verdad es.
—Pero hombre....
—¿Qué?
—Que soy yo....
—¿Quién es usted?
—El Marqués
De quien habla.
—(¡Me partió!)

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

¡CON FRANQUEZA...!

PERECITO tiene contraída con sus suscriptores la obligación de suministrarles todas las semanas un articulejo tal como su imaginación se lo depare, y—¡con franqueza!—PERECITO no está hoy de buen humor.

Por mucho que se esfuerce no hará brotar de su pluma nada que á contento ó á humorismo trascienda, y no llegan, á la verdad, su inventiva y su fingimiento al extremo de falsear tanto su ánimo, tristemente predispuesto, que logre entonar los alegres cánticos que el diapasón de su periódico requiere.

Y bien; ¿no habéis de perdonar á un amigo, ya conocido, un momento tan sólo, una pausa que no se repetirá, yo os prometo, de lirismo más ó menos extremado?

¿Es fuerza que siempre nos tengamos que presentar con la risa en el semblante? ¿Es fuerza que cuando sintamos germinar en el fondo del alma algo sencillamente pesaroso, algo así como tristezas injustificadas, que al par que abruman halagan; es fuerza, repito, que hemos de ocultarlas, como guarda tembloroso el criminal su arma homicida...? ¿Hemos de ser tan necios y superficiales, que por seguir rutinariamente la corriente del día nos avergoncemos de no vivir siempre riendo, bien sea con la risa del idiota, bien con la falsa carcajada de las sacerdotisas del placer, que acaso las más de las veces *«su propia pena con su risa insultan,»* dando así una presa que devorar á la alegría ajena?

Ya en otra ocasión, aunque no recuerdo dónde, he narrado la anécdota de aquel viajero, herido por incurable melancolía, al que un compañero de fonda pretendió inútilmente distraer con cuantos medios le sugirió su imaginación y cuantos espectáculos alegres pudo encontrar en París. Es el hecho, que cuando creyó próximo á lograrse su empeño, y comunicó al melancólico viajero que conseguiría disipar su tristeza yendo á ver al clown X., tan notable por sus agudezas y chistes, que en pocos días había alcanzado gran celebridad en París, contestó aquél con triste sonrisa:

—Es inútil: ese clown soy yo.

Verdadero poema, encerrado siempre en el fondo de un alma, y más digno, sin duda, de estima que cuanta sal ática pudiera atesorar su fantasía de clown.

Á mí, afortunadamente, me concede más independencia la fortuna, y puedo reir ó nó, según me plazca; que no estribará en tan poco la amistad de mis suscriptores.

¡Vosotros, gentes del pueblo, los que cantáis en vuestras jácaras y diversiones coplas llenas de amarga tristeza, ¿cómo podéis reir respirando una atmósfera impregnada de las tristes notas de vuestras guitarras, que, como fantasías del dolor, visten con sombrío traje esas poéticas coplas, en cada una de las cuales se encierra siempre un ¡ay!, un gemido ó una lágrima?

Yo amo la serena alegría de la tierra rompiendo sus sombras ante los resplandores del sol que nace, pero no las tumultuosas carcajadas del mar, que destroza con sus titánicos juegos las naves que le surcan; y, creedme, éstas son

las más de las veces las que vibran en los labios del hombre, mientras naufragan en el fondo de su espíritu la fe ó la inocencia, las ilusiones ó el amor.

Cuando queráis en la vida gozar de una alegría verdadera, sencilla y pura, sin amarguras que la anublen y sin germen de dolor para el mañana; si sois niños, soñad que compartiréis vuestros juegos con los ángeles; si sois jóvenes, libad el primer beso en los labios de una esposa enamorada; si sois padres, sentad al primer hijo sobre vuestras rodillas; y si sois viejos.... decid á vuestros nietos que nunca duden de la existencia del bien en la tierra.

¿Habéis visto, mis queridos lectores, cómo vuestro amigo PERECITO se sumerge hoy de improviso en un mar de tristes nebulosidades, faltando á su contrato, negando su carácter y desentonando en la armonía general?

Pues bien; si os queréis vengar, llamadle *cursi*, no faltaréis á la verdad; y si no os he enojado, permitidme que habiéndoos creído siempre buenos, hoy os crea mejores.

No siempre hemos de ir al teatro para presenciar sainetes.

Y alguna vez habíamos de hablar *con franqueza*.

PERECITO.

¡FRÍO!

¡Cuidado con la semana
Que acaba de transcurrir!
¡Qué frío! Por la mañana
Era cosa de morir.
Pues ¿y de noche? ¡No hablemos!
¡Qué modo de tiritar!
Pero, señores, ¿qué hacemos?
Nos debemos sublevar.
Sé de muchos que, buscando
De abrigarse el mejor modo,
No salen sino llevando
Capa sobre el sobretodo.
Pero á mí se me figura
Que todo es inútilmente:
Para esta temperatura
No hay abrigo suficiente.
Ya de nada sirve el ruso,
El gabán ó lo que sea;
Y si este no es mucho abuso,
Que venga Dios y lo vea.
Quien tiene capa no escapa,
Y bien se puede probar,
Porque hay muchos que con capa
No se pueden menear.
Y estoy seguro, lector,
Que este año no hay un poeta
Que, del invierno en loor,
Improvise una cuarteta.
Ni uno pulsará la lira
Para cantar, fijamente;
Y si tal hace, es mentira
Y no escribe lo que siente.
Pero debo concluir,
Que puede, con la estación,
Mi composición salir
Una descomposición.
Conque, hasta más ver, señores;
Y si así continuamos,
¡Estamos *frescos*, lectores!
¡Ya lo creo que lo estamos!

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA (1)

«Memoria leída el día 15 de Diciembre de 1887 ante la Junta general de socios de *La Unión Industrial*, redactada por D. Prudencio Sánchez y Sánchez de Merodio.»

Tiene por objeto dicha Memoria dar cuenta de los trabajos realizados durante el año anterior por la Sociedad denominada *La Unión Industrial*, y encarecer la importancia de la asociación para todos los fines de la vida.

Demuestra la Memoria que esa Sociedad se encuentra en un estado floreciente, y que en el año próximo pasado ha llevado á cabo obras de importancia, encaminadas á lograr los patrióticos fines que persigue.

Hace el Sr. Sánchez de Merodio extensas y atinadas consideraciones acerca de la necesidad de asociarse, como único medio de obtener todas las ventajas del progreso, y para reforzar sus argumentos traza el siguiente cuadro de la España de nuestros días:

«Millones de obreros sin trabajo; cerradas la mayor parte de las fábricas de Cataluña; incautado el Fisco de casi todas las fincas de los pequeños labradores; arruinada la industria con excesivos tributos; recargadas en más del ciento por ciento, por el derecho de consumo, sustancias alimenticias de primera necesidad; perseguidos los ciudadanos con timbres de todas clases, cédulas personales, contribuciones y repartimientos de gabelas; Galicia, Asturias, Castilla la Vieja y las Vascongadas, atravesando aterradora crisis agrícola y pecuaria, que obliga á emigrar á sus habitantes, arrojados á naciones extrañas por las oleadas de la miseria, como el mar arroja los cadáveres á la playa; Andalucía, este bello jardín de las Hespérides, convertido en campo de desolación hasta el punto de morir de hambre los proletarios de la rica Granada y de la fértil y comercial Málaga....»

Siendo exacto el tristísimo cuadro, ante tantos y tan grandes males ¿quién duda que se necesita la decidida unión de todos los hombres de buena voluntad para arrancar la mala semilla, curar las llagas abiertas y procurar el bien común?

Tiene razón el Sr. Sánchez de Merodio: la unión constituye la fuerza, y el bien de la Patria demanda el decidido concurso de todos los hombres honrados.

—

Conciliación.—Poema por D. Ángel del Arco y Molinero.

Este poema, como le llama su autor, está versificado con soltura en variedad de metros.

El asunto está bien visto en la imaginación del poeta, pero parece no estar madurado en el invernáculo del entendimiento: así se ven cosas muy buenas, y muy bien contadas si se quiere, pero que no pueden suceder, ó no suceden.

Aparte de esto, hay en *Conciliación* felices rasgos descriptivos, riqueza de caudal poético y una facilidad que encanta.

Véanse, como muestra, algunas estrofas del epílogo:

«Cuando el sol mostró su disco
Vió la gente del lugar
Una barca de pescar
Rota á la falda del risco.
No lejos, en las orillas,
Yace el cuerpo de un anciano,
Que aun aferra con la mano
El timón roto en astillas.
La mansa ola, llegando
Hasta aquel cuerpo sin vida,
Parece que arrepentida
Va á besarlo suspirando.
. . . .
Bate el remo; el barco arranca
Dejando raudo la orilla;
Cruje al hincharse la quilla,
Y al viento la vela franca
Parte con velocidad
Cortando el mar que la azota,
Como una enorme gaviota
Que cruza la inmensidad.»

Es el poema testimonio de que el Sr. del Arco y Molinero, observando la Naturaleza y estudiando concienzudamente los buenos modelos, logrará hacer, no obras aceptables como la presente, sino otras de relevante mérito. Siga, pues, en la noble tarea, para la que muestra tan buenas disposiciones.

CARTA

Á SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Mi querido compañero:
Ardiendo en santa pasión
Voy á dar contestación
A tu carta, porque quiero
Desahogar mi indignación.
Desde há tiempo te tenía
Por un verdadero amigo,
Mas desde que el otro día
He leído tu poesía,
Estoy reñido contigo.
Y hay motivo suficiente
Para que me haya enfadado,
Pues tu carta, francamente,
Me prueba perfectamente
Que nunca me has apreciado.
¡Qué manera de reñir!
¡Qué modo de censurar!
¡Cómo no me he de enfadar,
Si sacas á relucir
Mis trapos de cristianar!
Y queriendo zaherirme,
¿Seriamente me propones,
Que en otras composiciones
No vuelva más á sumirme
En hondas cavilaciones?
Y no me hubiera ofendido
Esa tu carta *inocente*,
Si obrando sencillamente
No te hubieras divertido
Á mi costa inicuamente,
Diciéndome muy formal
Al final de tu poesía,
Que tu deseo sería
Hacer cualquier otra igual
Á la composición mía.
Eso, chico, es una chanza
Tan pesada y tan horrible,
Que pasarla es imposible
Y voy á tomar venganza,
Y ésta va á ser muy terrible.
Llamas buenos á mis versos
En menosprecio del arte;
Y como es para burlarte,
Llamo á los tuyos perversos

(1) Los autores y editores que deseen que se dé cuenta en PERECITO de la publicación de sus obras, con el juicio que las mismas nos merezcan, remitirán dos ejemplares á esta Administración y serán lealmente servidos.

Por el placer de imitarte.
Y, ó no perdono tus palos
Y he de cantar más dolores,
Ó dices á los lectores
Que mis versos son tan malos
Que no hay ningunos peores....

Mas pongo á Dios por testigo,
Dejando mi nombre en salvo,
De que, aun *reñido* contigo,
Siempre tu mejor amigo
Será

José Sainz Calvo.

MELANCOLÍA

Cuando, al morir la tarde, en la espesura
El tierno ruiseñor su pena canta,
Y el río se desliza por los campos,
Y se lamenta el cierzo entre las cañas;
Cuando el sol, cual monarca destronado,
Su amarillez refleja en la montaña
Cuya cima vistió Diciembre frío
Con el sudario de la muerte helada;
Cuando cada rumor es un lamento,
Que lleva melancólico hasta el alma
La tristeza inefable que el crepúsculo
Difunde con sus tintas funerarias;
Y el valle está sin flores, y en el huerto
De su fronda despójanse las ramas,
Y en la desnuda falda de la sierra
Llora la brisa, pobre de fragancia;
Yo, desde el sitio do me liga el hado,
De tí me acuerdo, niña de mi alma,
Comiéndome, al amor de un gran brasero,
Un pedazo de pan y unas castañas.

Manuel Mera.

MENUDENCIAS

Rogamos á nuestros suscriptores de provincias que no hayan satisfecho el importe de su suscripción al trimestre que venció en 31 del pasado mes, se sirvan hacerlo á la mayor brevedad, para que no sufran retraso en el envío de nuestro periódico.

En la calle de las Sierpes:
—¿Hacia dónde vas tan de prisa?
—Huyendo de ese pianillo que hay en la calle Gallegos.
—¿Y adónde marchas?
—Á la Campana.
—Es inútil, porque hay dos allí.
—Pues me iré á la plaza de San Francisco.
—Hay uno en cada esquina.
—Saldré por la calle Jovellanos.
—Te encontrarás un diluvio de ellos en la de Tetuán.
—Pues....
—En todas partes hay.

—Haciendo este cucurucho
Con la punta tan aguda
Me he llevado doce días.
—¿Sí? pues *no le veo la punta.*

En la anterior semana hemos sido visitados por *El Constitucional*, de Écija, á quien damos las gracias por su visita y le devolvemos gustosos el cambio.

XIII

Una onza de chocolate
Escribió una poesía,
Y el pellejo de un tomate
Se marchó corriendo á Hungría
Envuelto en un disparate.

XIV

El diario *La Democracia*
Estableció una farmacia,
Y Febo que lo veía,
Entonó al siguiente día
El *Caballero de Gracia.*

Pues, señor, bien; digo, mal; y *digo lo que digo porque sé lo que digo, y porque me sobran razones para saberlo, vaya....*

¡Como que en la semana anterior hemos recibido multitud de quejas de nuestros suscriptores de provincias!

Sr. Director general de Correos.... esto es un abuso.
¡Digo yo! (Y está bien dicho.)

Mi hortelano tiene un perro
Que es célebre por lo chato;
Y al narigudo don Gil
Siempre le dice don Carlos:
—Hombre, se parece usted
Al perro del hortelano.

¿Á que no saben ustedes de quién me estoy acordando en este momento?

De López. ¡Pobre López!

Las obras estrenadas últimamente en el teatro de Cervantes son *Las plagas de Madrid*, *El teniente cura*, *El teatro de las de Gómez*, *El crimen de anoche*, *Esgrima y amor* y *El tambor mayor.*

De ellas merecen especial mención las dos primeras, cada una por su estilo, que causan la hilaridad del numeroso público que acude á sus representaciones.

Contribuye poderosamente al mayor éxito de la empresa el Sr. Ruíz de Arana, que en la primera hace varios papeles muy bien caracterizados, y en la segunda el de un cura fingido, al que no le falta el menor detalle.

También la Sra. Mavillard es digna de elogio en el papel de ama, que está á su cargo, en la misma obrita.

Respecto á *El teatro de las de Gómez* y *El crimen de anoche* sólo hay que decir que gustaron, aunque no tanto como las anteriores.

De *Esgrima y amor* no nos toca hablar; pero, sin embargo, damos las más expresivas gracias al público y á la prensa por la favorable acogida que le han dispensado.

PASATIEMPOS

Charadas

I

No me *segunda tercera*
Tu *prima tres*, y he pensado
Que si la guardo en mi *todo*
Le voy á dar carpetazo.

II

Vistiéndome en *prima tercia*,
Para ir á *segunda tres*,
Te dije:—*Tres una* el *todo*,
Segunda prima de Argel.

M. T. Río.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:
Charadas.—I Anacleto.—II Vino.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscripción.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—Precios de venta: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 12 de Febrero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 15.

SUMARIO

CRÓNICA

El Ateneo y Sociedad de Excursiones tomó por fin la iniciativa de celebrar una velada literaria para honrar la memoria del insigne poeta y novelista sevillano Sr. D. Manuel Fernández y González.

Dicha velada se verificó el lunes en la sala de sesiones de la Academia de Bellas Artes y fué un acto brillantísimo por el número y calidad de los concurrentes, por la elocuencia de los oradores y la inspiración de que dieron gallardas pruebas los poetas.

El Ateneo ha cumplido como bueno y se ha hecho merecedor de recibir el desinteresado aplauso de los que aman nuestras legítimas glorias y se preocupan porque Sevilla aparezca á la altura que le corresponde por su hermosa historia y su real importancia.

* * *

Con destino á la velada hizo el profesor de este Museo provincial, Sr. D. Fernando Tirado, un retrato del Sr. Fernández y González.

Cuantas personas peritas han tenido ocasión de verlo hacen grandes elogios de la referida obra de arte, que quedará en el salón de sesiones del Ateneo como hermosísimo recuerdo de tan brillante velada.

* * *

Á todo esto no se decide el Ayuntamiento de Sevilla á hacer lo menos que puede para honrar la memoria de Fernández y González, á saber: que se ponga este nombre á la calle de Vizcaínos, donde vió la primera luz el autor de *Men Rodríguez* y de tantas y tantas otras obras inmortales.

Noticias de este género necesitan comentarios.

Pero no quiero tomarlo en serio, estando, como estamos, en pleno Carnaval.

* * *

Nada, nada; rindamos el debido culto á las divinidades de la locura.

Tomemos en serio eso de echarlo todo á broma.

Este mundo es un fandango, y el que no lo baila es un tonto, que dice el refrán.

En el teatro de la vida se representa siempre la tragicomedia del amoroso engaño.

Pero como autores, actores y público son unas mismas personas, cada uno de por sí hace su papel, sin cuidarse del artista que á su lado tiene.

Y así sale ella: unos y otros, todos y cada uno se figuran haber llenado á maravilla su cometido de engañar hasta al lucero del alba, como lo requiere el argumento de la humana farsa.

Por eso decía nuestro *Fígaro:*

«El mundo todo es máscaras; todo el año es Carnaval.»

* * *

Tal es la explicación de la infantil alegría con que dicen los *artistas:*

«¿Me conoces, me conoces?»

Y no hay quien los conozca con careta ni sin ella, ni quien se preocupe de sus travesuras, ni siquiera quien les ría las gracias.

Al higuí, al higuí....

Ese es el juego que traen todo el año los Gobiernos con las clases productoras.

¿Qué de extraño, pues, que guste á los muchachos lo que tan perfectamente ven en los grandes?

Lo dicho: no hay cosa más socorrida, ni que más placer proporcione, ni que más útil sea, que encontrar un buen disfraz y embromar al mundo entero diciéndole:

—¿Me conoces?

* * *

Y si alguna vez llega á descubrirse algo de lo que pretendemos sea maravillosa incógnita, fuera el antiguo disfraz y otro al canto.

Con este pequeño cuidado, y con el no menos importante de procurarse á tiempo la última careta recomendada por la moda, es seguro el triunfo.

De suerte que el que esté mal, busque, hoy por hoy, una careta fusionista.

Y no se descuide en encargar otra de la moda que viene de camino.

Ese es el Carnaval de la vida con sus bailes y embriagueces, con sus bromas y sus veras.

Bailemos, pues, al són que toquen.

Manuel Díaz Martín.

Á LA MEMORIA DE FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ (1)

Volvió á la tierra la materia impura,
Triste despojo del combate humano;
Pero hay algo, inmortal y soberano,
Que triunfa siempre de la nada oscura.
Vedlo: es el genio, cuya luz fulgura
Sobre la yerta frente del anciano,
Y al despedirlo en el vivir mundano
Los triunfos de otra vida le asegura.
El vate enmudeció: del alma esencia,
Savia del pensamiento más fecundo,
Sus bellos libros nos dejó en herencia.
¡Dícele ¡adiós! nuestro dolor profundo,
Y le admira la noble inteligencia
Esparciendo su gloria por el mundo!

Mercedes de Velilla.

EN LA MUERTE DE MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Héroes altivos, que un día
Fuísteis del árabe espanto;
Aguas—rojas todavía—
Las del golfo de Lepanto,
Sangre de la Patria mía;
Damas, reyes y galanes

(1) Esta composición y las siguientes fueron leídas en la velada que el Ateneo y Sociedad de Excursiones celebró el día 6 del actual en honor del eminente novelista y poeta D. Manuel Fernández y González.

De otra edad caballeresca,
Pródiga en luchas y afanes;
Germanía pintoresca
De dueñas y de rufianes;
Granada, ciudad gentil,
Abencerrajes, Zegríes,
Alhambra, claro Genil,
Sultanas, rudos monfíes,
Triste sombra de Boabdil;
Altas sierras granadinas,
—Que terremotos aleves
Sembraron de mil ruinas,—
Con penachos de neblinas
Y blanca alfombra de nieves;
Nieves que, del sol pulidas,
Parecen á las miradas
Lágrimas amontonadas,
Por los árabes vertidas
Y por los vientos cuajadas;
Si pudiérais el dolor
Que aflige á España sentir,
Se oyera vuestro clamor:
Viniérais aquí á gemir,
Pues murió vuestro cantor!
¡Murió el cantor sin igual!
—En pobre estancia medrosa,
Á la trémula y llorosa
Luz del cirio funeral,
Rígido el cuerpo reposa;
Con la faz mustia y helada,
Y el cabello que blanquea
Sobre la frente inspirada,
Como ceniza, arrojada
Por el volcán de la idea!
El alma voló á la altura,
De la muerte al golpe fiero:
Quedó la materia impura,
Abandonada armadura
De derribado guerrero!
Murió: en su libro la historia
Le inscribe: acabó su afán
Y comienza su victoria....
¡Vivo, no le dieron pan,
Y muerto le dan la gloria!
La gloria, la única fe
Que al genio á luchar provoca;
La gloria, que siempre fué
Rayo del sol, que se ve,
No se coge ni se toca!
Y es que el genio, por ley fiera,
Sobre la tierra cumplida,
Da á la humanidad entera
Su inspiración y su vida,
Y es como el tronco en la hoguera;
Que entrega el tierno verdor
Y el balsámico perfume
Al fuego devorador,
Para dar luz y calor,
Y él se abrasa y se consume!
Vano, espinoso laurel
Su recompensa es quizás....
¡Destino adverso y cruel!
¡Sol, que alumbra á los demás,
No tiene luz para él!
—Queda en la fosa dormido,
Y no temas que sucumba
Tu nombre en el hondo olvido,
Que del seno de la tumba
Siempre la fama ha salido.
Soles hoy del genio humano
Son los que, pobres y errantes
Como tú, murieron antes;
El Homero lusitano,
El gran Colón y Cervantes!
Cámoens, Cervantes, Colón,
Ya del mundo recibieron
Tributo de admiración....
¡Tú mueres.... como murieron...!
¡Tú serás lo que ellos son!

JOSÉ DE VELILLA.

RECUERDO
Á FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Más bien en el abandono
Que en el bienestar vivía,
El hombre que merecía
De los mortales el trono.
Él, con inspirado tono
Y en estilo propio y vario,
Sirviéndole de sagrario
Su grande imaginación,
Hizo adorar, con razón,
Su talento extraordinario.

—

Si no se dan recompensas
Al que las letras cultiva,
Es fuerza que el genio viva
De su misma vida á expensas.
Si sus cuitas son inmensas
Y el pensamiento es verdugo
Que asesina con el yugo
Poderoso de la mente,
¿Por qué á Dios, del amor fuente,
Crear á ese genio plugo?

—

Libros escribió á millares
Para á su Patria ilustrar,
Y ésta le vino á pagar
En desengaño y pesares.
Piloto en los vastos mares
Del conocimiento humano,
Atravesó ese Oceano,
Nuevos mundos descubriendo,
Y, cual Colón, recibiendo
Desdén y olvido inhumano.

—

Ayer aquella mirada,
Luz de clara inteligencia,
Penetraba en la conciencia
Dejándola iluminada;
Y, en su resplandor bañada,
El noble genio español,
Sin matices ni arrebol,
Pues que de ellos tiene sobras,
La fotografió en sus obras
Cual si el genio fuera sol.

—

Humanidad miserable,
No te conmueves jamás,
Y nunca consuelo das
Á ese mártir perdurable.
Miras siempre inexorable
Al que vale y al que brilla;
¿Tu soberbia no se humilla
Ante el cetro y quien va en pos?
Pues ante el genio, que es Dios,
Postra en tierra la rodilla.

FRANCISCO RUÍZ ESTÉVEZ.

Sevilla 4 Febrero 88.

UN NUEVO SISTEMA FILOSÓFICO

Creedme, mis queridos lectores; también PERECITO es capaz de crear su doctrina filosófica, hecha *ad hoc*, formada expresamente para su uso, y tan digna de consideración como el más empingorotado de todos los sistemas: desde el *vedanta* ó el *mimansa* indios, hasta los sistemas griegos de Platón y Aristóteles; desde éstos hasta Descartes, y desde Descartes hasta Kant ó hasta nuestros dias, que es igual; pues al fin y al cabo no he de ser yo menos (por mi propia cuenta) que Heine; y si éste dijo que el padre Kant *hizo primero la «Crítica de la razón pura» y consoló después á su criado Juan Sand con la «Crítica de la razón práctica,»* no ha de serme negado á mí, siquiera sea por la independencia que yo me confiero, el derecho de afirmar, en defensa de aquél, que desde él hasta nosotros nada nuevo se ha dicho.

Pues bien; PERECITO es quien á continuación ha de decir algo novísimo en materia de filosofía. La suya será, de seguro, desoída; pero ¿qué importa? Los sistemas se suceden y renuevan, caen y se levantan, perecen ó resucitan, no en razón á su valor real, que jamás el hombre averigua, sino en razón á las costumbres, á la civilización, á las tendencias y aun á la moda.

Los que se dan por rígidos estoicos como los que pertenecen al sensualismo. Los que creen ante todo en la fuerza interior con Epícteto, en la libertad libre con Duns Scot, en el instinto científico con Bacón, en la conciencia con Rouseau, en el sentido común con Tomás Neid, en la razón pura con Kant, en la libertad absoluta con Fichte ó en la voluntad sin límites con Schopenhawer, como los que ponen en duda el yo central y dominante y rehusan al hombre la dirección espontánea de sus actos como Montaigne, Bayle, Hume y Hegel. Los que exageran la supremacía de la virtud personal con detrimento del amor, ó no ven en la conciencia del bien, del derecho, del deber, más que ideas de placer estable como Epicuro, ó la ciencia de la verdadera utilidad como Spinoza, ó el atractivo de la simpatía como Adam Smith, ó la inclinación del altruismo como Augusto Comte: en la ley moral nada más que cierto calor mudable y propio de la naturaleza de cada sér como Diderot, Cabanis, Brousais: en la justicia nada más que un estado convencional adecuado á las necesidades sociales como Helvetius, y en la razón de todos nuestros actos nada más que el móvil del interés personal y el cálculo del mayor placer como Hobbes, La Rochefoucauld, Bentham, Stuard Mill. Los que reducen la metafísica á los objetos de la sensación ó refieren todos los problemas á los objetos de la concepción racional. Los que rechazan á un tiempo la materia y el espíritu, encontrando, como David Humes, que tan insensato es razonar como creer, ó los que, por el contrario, reemplazan la duda de la razón por una fe ciega como la de Maistre y la de Orígenes. Todos, por último, sean idealistas ó sensualistas, excépticos ó místicos, unos como otros no hacen otra cosa que aislarse en sus propios sistemas, pretendiendo imponer como miras de conjunto miras parciales é hipótesis individuales. Y si todos por estas causas caen forzosamente en la paradoja, por aquello de que todo puede decirse y probarse teniendo siempre todo apariencias de verdad, no ha de dejar PERECITO de dar su pensamiento á luz, sin pretensiones de admirar, pero igualmente sin temor de caer en lo imposible.

En último caso, ayúdeme la fantasía del lector, que es para ciertos casos buena consejera, sin más defectos que el de las alas de Icaro, derretirse ante la luz del sol.... ó de la razón.

Y allá va mi sistema filosófico.

¿Habéis leido el *Micromegas* de Voltaire? Pues hé ahí el *montoncito de lodo* llamado Tierra, orgullo y asombro de la especie humana.

¿Habéis sentido alguna vez ligeras excitaciones de la piel producidas por la aparición de animalillos microscópicos, cuya existencia no es menos real por lo invisible? Pues hé ahí el *acarus terrestre, homo sapiens* de Linneo.

¿Habéis observado á través de un microscopio la lucha de seres casi infinitesimales que en una gota de agua ó en la molécula de cualquier sustancia corrompida se despedazan por una partícula de alimento? Pues hé ahí la lucha por la existencia.

¿No habéis pensado en la imposibilidad *absoluta* de que la trichina, por ejemplo, aunque fuese poseedora de la más poderosa inteligencia, sospeche jamás la existencia de la estrella Sirio? Pues hé ahí la impotencia del hombre para resolver sus dudas acerca de su origen y su fin, del espacio y del tiempo.

Por último (y hé aquí el *succus* de mi teoría), ¿no os ha

chocado la semejanza de los orbes con una de las células que el campo del microscopio nos presenta, con su película exterior, su forma ovóidea, su consistencia relativa, etc.? Pues ya pareció el punto negro de la filosofía de PERECITO.

1.° El hambre y el amor, ejes del mundo, como dijo France.

2.° Origen y fin desconocidos por impotencia absoluta.

3.° Conservacion, gracias á la poco simpática lucha por la existencia. (Este punto se relaciona con el primero.)

4.° Posibilidad de que demos vueltas en la superficie del glóbulo rojo de algún caballero titán que camina por allá por los límites de lo desconocido, haciendo no sabemos qué, y al cual acaso estamos produciendo con nuestra existencia una triquinosis, un cólera ó una fiebre maligna.

5.° y último. Que si esta filosofía no tiene visos de sentido común otras hay peores, con la diferencia de que sus creadores las explanaron en serio y se quedaron tan satisfechos de haber parido algo.

Párrafo final para quitar el mal gusto de lo anterior.

Dice en un reciente artículo Flammarión:

«Cuatro brillantes soles, incomparablemente mayores y más ardientes que el nuestro, ocupaban el centro de *la nebulosa Orión*, hallándose asociados á ellos otros dos soles de menor tamaño, formados todos por la condensación de la materia cósmica.

Sean los que fueren los mundos que puedan servir allí de morada á humanidades desconocidas, esa poderosa aglomeración representa uno de esos sistemas formidables ante los cuales desaparecen, no sólo nuestro minúsculo hormiguero terrestre, sino también sus hermanos de nuestro pobre sistema solar.

El gran diámetro de aquel sistema, medido micrométricamente, es de veintiún segundos. Hay, pues, *al menos* 1.554,000,000 de leguas entre sus dos soles extremos.

La nebulosa tiene una longitud de cinco grados; esto es, «*un billón trescientos treinta y dos millones de leguas.*»

Cuando esta nebulosa llegue á condensarse por completo, la tierra en que habitamos hará ya mucho tiempo que habrá sido borrada del libro de la vida, nuestro sol se habrá apagado, y tanto la historia de la humanidad terrestre como las de las humanidades hermanas del sistema solar habrán desaparecido en la noche del pasado.

Entonces llegará el presente para los futuros ciudadanos de tan lejano universo.

Del mismo modo, en la época en que nuestro planeta se hallaba en estado de nebulosa, existían también en las profundidades de la inmensidad soles y mundos, humanidades y ensueños.

Los soles y las primaveras florecen siempre en lo futuro.....»

Esto dice Flammarión: ¡ojo, filósofos!

Fin de la nueva teoría filosófica de PERECITO:

—Según San Agustín, nada existe en las ideas del hombre que no tenga algo de verdad.

PERECITO.

CONTEMPLACIÓN

Cuando por la mañana tempranito
Me levanto del pobre y duro lecho
Y comienzo á vestirme de seguida,
Sin perder ningún tiempo,
No contemplo los rayos refulgentes
Del rubicundo Febo,
Que entran por los cristales de mi alcoba
Á iluminar los trastos que allí tengo.
No contemplo tampoco al pajarillo
Que, con rápido vuelo,
Cruza, entonando cantos de alegría,
El azul firmamento.
No contemplo el tejado,
Que casi enfrente tengo,
Lleno de jaramagos amarillos
Movidos por el viento.
. . . .
No contemplo ninguna de estas cosas,
Lector; lo que contemplo
Es que tengo los ojos como puños
Y estoy muerto de sueño.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

GALANTERÍA

Hablando cierta noche con María
De pseudo-astronomía,
Y mirando las bellas
Innúmeras estrellas,
Dije con petulancia:
—Tal es la enormidad de su distancia,
Que en llegar hasta aquí de muchas de ellas
La luz, ha de tardar siglos á miles;
Y la luz, no en hipótesis pueriles,
Que en cálculos me fundo
De un sabio muy profundo
Dedicado á estudiar mil pequeñeces,
Anda cincuenta veces
El radio de la tierra en un segundo.
—¡Oh, qué grande es el mundo,
Y qué lejos, mi bien, estará el cielo!—
Dijo con desconsuelo.
Mirando entonces yo su linda cara,
Le dije, ansioso de calmar su duelo:
—De tu cintura al cielo hay media vara.

MICRÓFILO.

¡¡VÉTE!!

Por hacer una cuarteta,
Pastor enloquece, pero
Tiene el chico de poeta
Lo que yo de zapatero.
Mas siendo esta su manía,
Escribiendo á troche y moche
Pasa casi todo el día
Y la mitad de la noche.
Nada bueno puede hacer,
Siendo el afán de Pastor
Venirme siempre á leer
Lo que hizo en el día anterior.
Esto, sin considerar
Que á ello no pongo cuidado,
Y aunque tanto recitar
Me tiene un poco amoscado,
No hace caso, y diariamente
Me lee una composición
Larga ó corta, y, francamente,
Eso es ya darme *el tostón*.
Antes de ayer me leía
Una oda, y al terminar,
Como siempre, me pedía
Mi opinión; y sin tardar
Le dije:—Es un disparate;
Dispénsame que te rete;
Pero ahora en lugar de *vate*
Tengo que decirte *¡¡véte!!*

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

EPIGRAMAS

I

Al pesarse Restituto
Exclamó el muy animal:
—No ponga usted peso bruto;
¡Es mi peso natural!

II

Del anciano don Vicente,
Cuya obesidad asombra,
Dice admirada la gente
Que tiene muy *buena sombra*,
¡Y es seguro que no miente!

JOSÉ SAINZ CALVO.

MENUDENCIAS

Ante todo repetimos que es un abuso lo que sucede en el ramo de Correos. Á *La Semana Cómica* le ha tocado esta vez el chinazo. Es decir, que no la hemos recibido.

Sin duda un empleado, literato de afición y *Caco* de afición también, le ha echado el guante.

Nada más por hoy.

Es decir, sí, porque además hemos recibido algunas quejas de los suscriptores de fuera.

Y punto final.

(Música de *La gran vía.*)

En el jueves que pasó
Compró un rewólver Vicente
Y dice que es una cosa
Venida del otro jueves.

XV

Un pantalón sin perniles
Se ha peinado á lo Amadeo;
Y porque les llamó viles,
Fusilaron á un fideo
Dos gatos guardias civiles.

XVI

La badana de un sombrero
Tropezó con un hortera,
Y un juanete de un tintero
Se cantó una petenera
Alrededor de un lucero.

Las obras estrenadas en la semana anterior en el teatro de Cervantes son: el juguete cómico titulado *En las ancas del caballo* y el sainete *Los domingueros.*

La primera, original del Sr. Juárez, agradó bastante al numeroso público que asistió en el estreno, y que hizo salir á escena repetidas veces á su autor entre merecidos aplausos.

El desempeño muy bien por parte de todos.

La segunda, de los autores de *Niña Pancha*, también gustó, y vivirá bastante tiempo en los carteles.

La interpretación fué esmerada, sobresaliendo el señor Arana, que hizo un hortera.... que ni de calle Francos.

Don Eustaquio Valdivieso
Pesa cerca de un quintal,
Y hay quien dice muy formal
Que es *hombre de poco peso.*
Y pesando Juan Delgado
Dos arrobas solamente,
Ha dado en decir la gente
Que es *un hombre muy pesado.*

J. G. Rufino.

Un artista tronado completamente regresaba de Cádiz de sacar algunas vistas de aquel puerto.

Un amigo suyo, despues de examinar todo lo que traia hecho, le dijo:

—Me parece bien; pero he observado que en ninguno de los cuadros se te ha ocurrido pintar cangrejos.

—Sí, los pinté,—contestó él;—lo que tiene que me los comí por el camino.

Para no sé qué asunto
Por la calle de Sierpes caminaba;
Encontréme un amigo, y estuvimos
Los dos charla que charla.
Y cuando estaba más entusiasmado,
Sin decirle siquiera ni palabra,
Echo á correr de pronto.... *¿Qué sucede?*
Es un inglés *que pasa.*

PASATIEMPOS

Charadas.

I

Aunque del Cid me ponga el *una cuatro*
Si *dos cuatro* á cualquiera,—¡tal de infausta
Es mi suerte, querido *prima prima!*—
Seguro estoy de que me rompe el alma.
Si *tercia cuatro* autores, los confundo
Y atribuyo á Cervantes lo de Aliaga,
Á San Juan de la Cruz lo de Quevedo,
Y á Roberto Robert lo de Zapata.
Silba *todo*, encarece las verduras
Si ante auditorio culto *dos tres cuarta,*
Y me sale sin pies y sin cabeza
Si á enjaretar me pongo una charada.

M. T. Rio.

II

Prima y *tercera* animal,
La *dos* consonante, y es,
Si la unimos con la *tres,*
Otra, tampoco vocal.

SALTO DE CABALLO

	les	es	'les	ci	
tar	(1) Ama-	to	res,	te	lec
de	pa	par	llo	sal	sen
ti	acer	que	ba	to	cor
mos,	ca	ci	to	es	(28) llo

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la del 28.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:
Charadas.—I. Carpeta.—II. Camisa.

CONSULTAS

Artagnan, Sevilla.—Es de mal gusto. Además, *encuentro* y *momento* no son ni serán consonantes.

Mande usted otras cosas, si gusta.

Sr. D. L. G. O., Sevilla.—Sus composiciones son de lo peor que se hace. Su artículo *Un chico listo* peor que las composiciones. Conque....

Pero, en fin, me da lástima de usted y le voy á publicar algo:

«Pues sabrás que el otro día
Le compré á mi suegra
Una arropía.»

¡Qué pensamiento! ¡Se le quedaría á usted la cabeza *bajeando!*

Sr. D. J. Z., Sevilla.—Ni fú ni fá.

Pequeño, Sevilla.—¡Picarín! Usted diría, *es inédito....*

Un fumador, Sevilla.—¡Qué cara pone usted fumando cigarros de la nueva Empresa! Si se viera, dejaba el vicio.

Pantalla, Quinqué, Velón y Tubo, Sevilla.—¡Qué *lata!* ¡¡Pero qué *lata!!*

Lo menos han venido quince consultas de ustedes en esta semana. Y luégo.... nada sirve.

¡Ah! se me olvidaba: ¿por qué no se firman ustedes *Fort y C.ª?* Sería mejor y más breve.

Sr. D. J. de V., Sevilla.—Muy bonito el soneto. Se le publicará. Y más que mande usted.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscripción.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—Precios de venta: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 19 de Febrero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 16.

SUMARIO

CRÓNICA

El Carnaval se va, se dice en todos los tonos.

Y tanto y tanto se dice, un año y otro, que parece como que nos lo vamos creyendo, ni más ni menos que si fuese una verdad inconcusa.

¿Se va? ¿Cómo? ¿Por dónde?

Nosotros, los jóvenes, siempre hemos visto esta fiesta en el mismo sér y estado, y siempre hemos oído protestar de ella á las personas serias, y decir á las gentes la sacramental frase de «esto se va.»

Yo creo que esto ni va ni viene ni llega á ninguna parte: así fué, lo mismo es y exactamente igual seguirá siendo hasta que esta nuestra tierra truene como arpa vieja y se rompa en mil pedazos como botella que se escapa de las manos de un beodo.

Desde que se usó el primer antifaz,—la bíblica hoja de parra, pongo por caso,—la humanidad quedó eternamente sometida al yugo teatral, haciendo dramas, comedias ó sainetes á beneficio de esta ó de la otra careta....

Pero por algo se dice que el Carnaval se va.... ¿Es que no hace falta? ¡Puede!

Si no, observemos:

Los que se divierten en estas llamadas fiestas de la locura ¿cómo se las componen?

Unos, la inmensa mayoría, se disfrazan de necios. ¡Inútil empeño! ¿Por ventura no son ellos, de por vida, tontos y tontos de capirote?

Éste se cree que da golpe vistiéndose de oso. Pero ¿no se pasa toda su vida haciendo el oso?

Ése goza embromando á más y mejor dándosela de chino. Y no ve—¡qué ha de ver el muy topo!—que lo engañan como un chino cien veces cada día, la mujer que le habla de amor y le saca los cuartos, el amigo que lo convida para que él pague, el político que lo inscribe en tal ó cual asociación, y lo compromete y le chupa el sudor de su trabajo, á la manera de sanguijuela social.... Y entre todos le tienen más pelado que á un chino; y él, erre que erre, creyéndose un tunante más listo que el famosísimo Cardona.

Aquél se figura un turco, y no es celoso, ni de su mujer, á quien deja abandonada; ni de su honra, que se tambalea al coger una *turca* en cualquier tasca.

De suerte, que todos esos infelices no se visten de máscaras, se presentan como son, perros con collares distintos á los que de ordinario usan.

Para ellos, pues, ¿qué importancia tiene el Carnaval? La única de cargar por broma durante tres días con la losa de plomo que todo el año pesa horriblemente sobre sus torpes hombros.

Vienen luégo las comparsas, representación fiel de nuestros partidos políticos. Blancos y negros, estirados y despreocupados, unos y otros, todos, van en cuadrilla, cantando á gritos, con destempladas voces, canciones aprendidas para embaucar á las masas. Éstos, ¡vive Dios! que lo entienden: entre copla y copla comen, beben, ríen y se divierten á costa del auditorio. Y reparten sus programas—lo mismo que los políticos—*á diez céntimos el papelito*, y el que sea tonto que vaya á Salamanca.

Hay otros que se las dan de tres y traza en los bailes de máscaras. ¡Qué conquistas hacen! ¡Qué palos reciben! (Pero allá ellos: dicen que se divierten....)

Y notad, pacientes lectores, que todos esos ciudadanos no hacen otra cosa que parodiar lo que es objeto de sus tareas habituales, como se prueba por las siguientes consideraciones:

¿De qué tratan todos los vividores? De engañar al prójimo sin comprometerse. Por eso preguntan entusiasmados:

«¿Me conoces?» «¿Me conoces?»

Temen ser conocidos—y no les falta razón.

Hay otra circunstancia digna de notarse: no se disfrazan de brutos ni de embusteros. Lo que prueba que no se atreven á tanto, porque eso sería descubrir demasiado el ordinario juego.

Pero esto, ya olvidado de puro sabido, maldita la gracia que tiene y *peor es meneallo.*

Resumen: que si el Carnaval se va es porque la mascarada humana está tal que no es susceptible de parodia. De ahí que no falte quien grite:

«¡Fuera caretas!»

Pero sería un mal: así nadie podría disfrazarse de ciertas cosas, que le caen como pedrada en ojo de boticario.

Nada; lo mejor es observar el juego desde lejos, como quien dice, desde el campanario y repicando, aunque no podamos estar en la procesión.

Así se evitan los pisotones.

Es probado.

Manuel Díaz Martín.

EL PUEBLO DEL PORVENIR

Yo quiero un pueblo que alegre
Con gracia y con perspicacia;
Que lo que derroche en gracia
Su trabajo lo reintegre.
Yo quiero un pueblo que crea
En Dios y que á Dios adore;
Mas que trabaje é implore,
Sin cesar en su tarea.
Yo quiero un pueblo que cante
Y que alegre sus talleres;
Yendo allí con sus mujeres
Y sus hijos por delante.
Quiero un pueblo noble y bravo
Que trabaje porque debe;
No que en el trabajo lleve
El yugo vil del esclavo.
Quiero un pueblo que enamore
Cantando, mas que se instruya;
Que fabrique, que construya,
Que maniobre y que labore.
Quiero un pueblo que trabaje
Y en su casa no se aburra;
Que investigue, que discurra,
Que lea y hasta que viaje.
Quiero un pueblo con labranza,
Con industria y con caminos
Por donde anden sus vecinos
Con holgura y con holganza.
Quiero un pueblo con ciudades,
Donde tengan por recreos
Institutos y Museos,
Sociedad y Sociedades.
Quiero un pueblo de aptitudes
Capaces de iniciativas
Cristianas, serias y activas,
Y de cívicas virtudes.
Pueblo, en fin, con las ventajas
De las prácticas modernas;
Con más granjas que tabernas,
Con más virtudes que alhajas;
Sin viles pasiones bajas,
Sin resabios ni secuelas;
Con más libros que barajas,
Más aperos que vihuelas;
Con muchísimas escuelas
Y poquísimas navajas.

José Zorrilla.

PALIQUE

(Al niño Manolito Cano y Wert.)

I

Abandona los brazos de tu madre;
Deja el cielo en que vives, alma pura,
Y no más de un momento,
Oye el débil acento
Del verdadero amigo de tu padre.
Mírame junto á tí.... ¿Ves? De mi frente
Se aleja la tristeza:
La ahuyenta la aureola refulgente
De la luz que circunda tu cabeza.
Convirtiendo á una edad, que ya es pasada,
El pensamiento loco,
Bendigo una y mil veces mi destino.
Aquel que encuentra un niño en su camino,
En la tierra del cielo encuentra un poco.

II

Á jugar tu impaciencia me convida.
Pero ¡válgame Dios, ángel del cielo,
Si aun tenerte no puedes en el suelo;
Si aun el ave en el nido, recogida
De su amorosa madre entre las alas,
No ha sentido el anhelo
De dar envidia al bosque con sus galas!
Quiero besarte y que en tu fresca boca
Mis secos labios beban
La miel primera de la amarga vida;
Porque es el dulce beso
De los labios del niño,
Manantial de embeleso,
Sello indeleble de eternal cariño.

III

¿Huyes de mí? ¿Te amparas
Del maternal regazo?
¡Ya sabes, alma pura,
Que son estrecho lazo
Y puerto salvador que nos augura
Tras la deshecha tempestad la calma,
Los amorosos brazos de una madre!
¿Huyes de mí porque te grita el alma
Que halla el hombre en la tierra
Su enemigo en el hombre?
En la sangrienta guerra,
En que es victoria la honradez de un nombre,
No lo olvides jamás, niño inocente,
El hombre es el que da la primer cana
Y la primera arruga á nuestra frente.

IV

¿No te asustas de mí? Vén: á caballo
Móntate en mi rodilla.
Así.... ¡Nunca corrió tan altanero
El Cid por las llanuras de Castilla!
Tú querrás ser guerrero,
Ir á la guerra, reventar corceles,
Alcanzar la victoria, y, fatigado,
Comer pan amasado
Con la sangre enemiga y tus laureles.
¿Dices que nó? ¡Por vida del destino!
¿Quién el honor alcanza
Del buitre sanguinario,
Que en busca de matanza
Posa su vuelo en el oscuro osario?
¿Artista quieres ser? ¿Tu fantasía
Asciende á la región de lo infinito,
A beber la belleza en lo increado,
Y la compendia luégo
En el libro, en el hierro, en el granito?
¿Quieres llegar á la soberbia altura
Del poder?... Ya te entiendo....
Esta cabalgadura
Va su paso inseguro deteniendo....
Sujétate, mi bien.... Corre.... ¡La vida
No es otra cosa que veloz corrida!
¡Jesús! ¡Por ir ligero
Han caído caballo y caballero!
Ten, niño, por sabido,
Como certero fallo,
Que si una vez tropieza el advertido,
Dos cae aquel que corre su caballo.

Vamos, hombre, ¡no llores!
Más sosiego otra vez; y cuida, cuida,
Cuando del mundo caigas en la escena,
De imitar á los diestros gladiadores
De la Roma venal y corrompida,
Que al salir á la arena
Llevaban estudiada la caída.
Siempre el fracaso en todo
Estriba, no en caer, sino en el modo.

V

Toma un juguete, toma
Y alégrate con él.... ¡Virtud más rara!
Ya vuelve la alegría
Á iluminar tu cara.
Así, tras de la noche de la pena,
Brilla la luz serena
Del sol de claro día,
Que nuevos goces y placer promete....
Para borrar humanas inquietudes
Siempre he creído yo que es un juguete
La mejor de las varas de virtudes.
Goza, goza con él. El niño, el mozo,
Aquel á cuya cara aun no se asoma
El finísimo bozo,
Como el que rizos de cabellos doma;
El hombre fuerte, como el viejo enteco,
Todos los que jugamos en la vida
Necesitamos, ¡niños!, de un muñeco
Que da de nuestra alteza la medida.

VI

¿Qué es eso? ¿Ya no quieres el regalo?
¿De tu lado lo arrojas?
Será un juguete malo
Cuando con él te enfadas y te enojas....
Pues es cual los demás, que son de palo.
Así el hombre también, cuando aburrido
De aquello mismo en que adoró, desea
Otro juguete, encanto del sentido,
Deja la antigua por la nueva idea
Después que de la antigua se ha servido.

VII

Te amparas de tu madre. En su regazo
Apoyas la cabeza,
Y, dándole un abrazo,
Realizas un poema de belleza.
¿Te rinde el sueño? ¿Sí?... Duerme, alma mía;
Duerme y sueña en el cielo que has dejado:
Pronto llegará el día
De envidiar, como todos, lo pasado.
La cuna, columpiándose, te espera:
Aquí, el puerto tranquilo y abrigado;
El turbulento mar ruge por fuera.

Luís Montoto y Rautenstrauch.

EN ESTOS TIEMPOS....

Dios me dotó de un corazón que siente,
Y, dócil á su impulso generoso,
Ni nunca abriga un pensamiento odioso,
Ni en vil venganza mi razón consiente.
Inútil es que la maldad intente
Ahuyentar de mi espíritu el reposo;
Yo reto á la calumnia valeroso,
Llevando erguida la serena frente.
Nunca en el mal hallé la complacencia,
Ni tributé homenaje al egoísmo,
Ni blasoné jamás de indiferencia,
Ni hice alardes de necio fanatismo,
Ni abusé del candor ó la inocencia,...
Mas no me creas, lector, que esto es.... lirismo.

José Manuel de Villena.

EL BARQUITO

Aquí no hay naita que ve,
Porque un barquito que había
Tendió la vela y se fué.
(*Copla popular.*)

Siempre que recuerdo esta sencilla soledad vienen tam-

bién á mi memoria los siguientes versos del inmortal Espronceda:

Allá va la nave:
¿Quién sabe dó va?
¡Ay, triste el que fía
Del viento y la mar!

Y acto seguido me pierdo en mil y mil imaginaciones, de todas las cuales saco siempre, como legítima consecuencia, que en ese cantar del pueblo todos los términos son metafóricos, y que á través de su aparente sencillez se oculta una interesante historia, si no es un horrible drama ó un poema de dolor.

¡Un barquito que había
Tendió la vela y se fué...!

¿Dónde?

¡Quién sabe!

Unas veces creo ver á la pequeña embarcación en medio de los mares, perdida, sin timón ni brújula, siendo juguete de los vientos y de las olas....

Otras veces me figuro que, envuelta por terrible tromba, ha ido á sepultarse para siempre en los profundos abismos del mar.

Otras creo verla sorprendida en su viaje sin norte por deshecha tempestad, y que un rayo la destroza en un millón de pedazos.

Cuándo me parece que un viento huracanado hace añicos su arboladura, que va de Scila á Caribdis, hasta que, horriblemente averiada, acaba por encallar en desierta playa.

Y siempre, siempre veo detrás de estas supuestas catástrofes la grave y triste figura de un honrado marino que, al perder la frágil navecilla, vió sepultarse para siempre la base de su subsistencia, el objeto de sus ilusiones, la nave de sus esperanzas.

* * *

¿Quién compuso tan extraña copla?

¡Quién sabe!

Suponed que un joven andaluz, como andaluz enamorado, y como enamorado poeta, pone sus ojos en una morena, bella sobre toda ponderación, tan graciosa como bella, y más que graciosa loca.

Imaginad que ella, por mero capricho, pone en juego todos los resortes de su hermosura y de su ingenio para prender en sus redes al incauto joven, cosa que consigue á las mil maravillas, á las primeras de cambio y sin grandes esfuerzos.

Pensad ahora que la morena, tan voluble y casquivana como caprichosa, después de sostener con el joven el más dulce de los coloquios, coge su mantón y se fuga de su casa en compañía de un aventurero del amor.

¡El barquito tendió la vela y se fué!

Por eso canta el joven, con profundísimo sentimiento, que en aquella playa encantadora

«Donde Dios quiso juntar
Á las bellezas del suelo
Las maravillas del cielo
Y las grandezas del mar,»

no hay cosa que le interese, ni que le llame la atención; no hay nada que ver.

Había soñado que entraba como dueño en el palacio de la felicidad, y al despertar, todo le parece pequeño, pobre, feo; no hay para él *naita* que ver.

¡Infeliz!

* * *

¿Pero qué ha sido de ella?

¡Quién sabe!

Acaso el infame seductor la habrá abandonado en noche obscura, en medio de las calles de ciudad desconocida para ella, y andará de acá para allá hecha un mar de tribulaciones.

Quizá, víctima de desenfrenada pasión, habrá fallecido de una tisis galopante.

Quizá, entre las locas risotadas de desenfrenada orgía, naciera una riña, y caería con el corazón atravesado por traidora bala.

Tal vez irá rodando de lupanar en lupanar, y se marchitará su belleza, y perderá para siempre su salud, y acabará sus tristes días en pobre lecho de un descuidado hospital.

Y el desventurado joven, pensando siempre en estos probables desastres, está desesperado, viendo cómo el viento de las pasiones de su amada disipó la columna del celeste humo de sus ilusiones, y echó á pique la audaz nave de sus más risueñas esperanzas.

Por eso ve con indiferencia sucederse las espléndidas auroras y los crepúsculos preñados de poéticas dulzuras. Para él ni sol, ni mar, ni pájaros, ni flores tienen encantos: sólo ve el cadáver de su amor.

Por eso canta sin consuelo la tristísima *soledad*:

Aquí no hay naita que ve,
Porque un barquito que había
Tendió la vela y se fué.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

¡CÓMO HE GOZADO!

Ayer en la calle Unión
Hablé un rato con Pascual,
Y escuchad con atención
Lo que en la conversación
Me dijo del Carnaval:
—Me disfracé el primer día
Con un dominó listado,
Y todo el que me veía
Á escape me conocía
Sin haberle ni aun hablado.
El segundo, ví que era
Indispensable vestirme
Con otra ropa cualquiera,
Para que embromar pudiera
Á muchos, sin descubrirme.
Así lo hice. Me marché
Á la tienda de seguida,
Y de Tenorio alquilé
Un traje, que no veré
Ninguno igual en mi vida.
Iba siempre tropezando,
Y por las calles danzando
Lo pasé bastante mal,
Hasta que me fuí sudando
De una manera bestial.
La gente me despreciaba,
De mi facha se reía,
Y yo, entretanto, pensaba
Que, en vez de Tenorio, estaba
Haciendo de Luís Mejía.
El tercer día juzgué
Bastante mejor salir
Sin el disfraz, y así fué;
Pero lo que yo pasé
No te lo quiero decir.
Sólo te digo que todo
Me salió mal, y un guindilla
Se me acercó con mal modo,
Me amarró codo con codo
Y me llevó á la casilla.—
Y cuando aquí hubo llegado,
Sin ver lo que había sufrido,
Exclamaba entusiasmado:
—¡Ah! ¡Cuánto me he divertido
En el Carnaval pasado!

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

RELACIÓN

—Luz de los cielos es mi inteligencia—
Un preclaro filósofo decía,—
—El mundo entero admirará á porfía
De mi mente la atlética potencia.—
Mas ¡oh mudanza! á su destino plugo
Que unos turcos piratas le apresaran,
Combinando el azar que cautivaran,
Á la vez que al filósofo, al verdugo.
Puesto el sabio á la venta en el mercado
Le miraban con rostro indiferente,
Por hallarle muy viejo, sin un diente,
Débil, flaco, y á más pati-estevado.
Pero al verdugo, fuerte como un toro,
De hercúlea complexión, jóven y recio,
Aunque era manifiestamente necio,
Lo quisieron comprar á precio de oro.
El vendedor, muy práctico y prudente,
Viendo que no era el viejo enajenable,
Puso por condición indispensable
Que á los dos le compraran juntamente.
Fueron vendidos, y el verdugo idiota
Fué escudero del amo (que era un jefe);
El sabio, como inútil mequetrefe,
En barrer empleó su ciencia ignota.
Y al verse condenado á tan vil yugo,
En desprecio de su alta inteligencia,
Y hasta supeditado en su impotencia
Al mandato del mísero verdugo;
—De mi mente el valor—dijo—¿en qué estriba?
¿Qué importa bruto ser ó inteligente?
No basta que haya luz en nuestra mente,
Es preciso que el mundo la perciba.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

LA LEY DEL TALIÓN

La ley del Talión regía
En una antigua nación
Muy discreta, y ocurría
Que todo el mundo tenía
Por justa ley el Talión.

—

Hasta que un pobre poeta,
Que era un loco singular,
De no poder castigar
Á una insensible coqueta
Se comenzó á lamentar.

—

Condenando, con razón,
Por deficiente el Talión,
Que castigo no previene
Á quien roba un corazón
Cuando el ladrón no le tiene.

MICRÓFILO.

SUCEDIDO

Yo no sé si era lunes ú otro día,
Si fué en Diciembre, en Junio ó en Enero;
Ello es que me tocó la lotería
Y que cogí el dinero;
Que le pagué los meses que debía
Á don Juan mi casero;
Que fui á casa del sastre diligente
Y que también con él quedé al corriente;
Que me gasté el dinero en un segundo,
Quedando al fin en paz con todo el mundo.
. . . .
Pero en esto sonó una campanilla,
Y me encontré sentado en una silla:
Todo había sido un sueño solamente.
Al portal me asomé por ver quién era,
Y hallé al sastre que estaba hecho una fiera,
Y al casero igualmente.
Entonces, al notar lo que ocurría,
Dije desesperado:
—Ahora sí que no es sueño, y me ha tocado,
Á decir la verdad, la lotería.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

En cualquier parte:

—Hombre, me acaban de robar tres duros, *sin sentirlo.*

—¡Caracoles! Pues á mí me han robado uno solamente y *lo he sentido.*

Riñó Jorge con Juan Rejas,
Y consiguió el muy travieso,
En un belicoso exceso,
Tirarle de las orejas.
Juan dice á su amigo Borge
Desde aquella fecha, que
Persigue la ocasión de
Tirar de la oreja á Jorge.

Nuestro querido compañero de redacción Díaz Martín ha sido nombrado socio corresponsal en Sevilla de la Academia Gaditana de Ciencias y Artes.

¡Con esto, y con ser cronista de PERECITO, cualquiera le tose! (Ején, ején.)

—Me cargan estos modos que tienen los periódicos de tratar á los políticos: siempre sale alguno disgustado.

—No haga usted caso; á mí me han comparado con Judas, y, sin embargo, no me enfado.

—Usted no se enfadará; pero ¿y Judas?

Al señor don Prudencio del Camueso
Nadie lo quiere porque está muy grueso;
Y nadie mira al pobre don Tadeo
Por ser casi un fideo.
Con esto creo, lector, que he probado
Que no debes ser grueso ni delgado.

J. G. RUFINO.

Debiéramos repetir lo que sucede en el Correo.

Pero como todos lo saben de memoria, y es inútil cuanto acerca de ello se diga....

PASATIEMPOS

Charadas

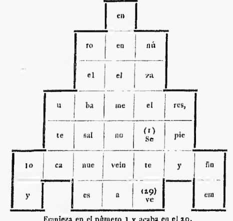
I

Primera con *segunda*
La habrá en tu casa;
Y la *dos* repetida
Mucho me agrada.
Tengo un amigo
Que se llama mi *todo*,
Según me ha dicho.

II

Vale *prima* lo que dos,
La *segunda* es gran bebida,
Y el todo, lector, no es *todo*,
Dígase lo que se diga.

SALTO DE CABALLO



			en			
		ro	en	nú		
		el	el	za		
	u	ba	me	el	res,	
	te	sal	no	(1) Se	pie	
lo	ca	nue	vein	te	y	fin
y		es	a	(29) ve		em

Empieza en el número 1 y acaba en el 29.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Charadas.—I PERECITO.—II GACETA.

Salto de caballo:

Amables lectores,
Les participamos
Que es sencillo acertar este corto
Salto de caballo.

CONSULTAS

Artagnan.—Sevilla.—Tendrá usted razón, pero no se puede publicar. Es muy directo.

Sr. D. J. I., Sevilla.—*Madre* y *abre* no son consonantes por ahora. Además, su composición está llena de asonancias, por cuyo motivo....

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.—*Toda la correspondencia al Administrador.*—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 26 de Febrero de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

Precio, 15 cts. Precio, 15 cts.

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 17.

SUMARIO

CRÓNICA

Dígase lo que se quiera, lo cierto es que expuesto á los fríos, vientos, lluvias y granizadas con que nos viene obsequiando *Febrerillo el loco*, no es posible hacer una *Crónica* sin que le caiga una granizada de improperios, un chaparrón de chanzonetas, una racha de bostezos ó una helada de indiferencia.

Porque todo está como el tiempo: inseguro, desapacible, y.... mandado á componer, por no decir otra cosa.

Y como no es bueno buscarle tres pies al gato, porque tiene cuatro y araña, me llamo á la banda, diciendo como dijo el otro:

Guarda, Pablo. (Manuel ó Pablo, lo mismo da Juan que Pedro; todos son nombres de santos....)

* * *

Huyendo del mal tiempo, nada tuviera de extraño que hiciese la *Crónica* al amor de la lumbre, contando lo que cuentan y dicen las costureras que tienen que velar, ó las cigarreras que encienden la hornilla cuando salen de la Fábrica, ó lo que sucede alrededor de la estufa mientras la mamá se duerme (cosas de la edad) y los demás juegan á la lotería, haciendo los novios *ambo*, un hermano de ella *terno*, una vecina *cuarta* (de boca abierta) y así sucesivamente.

Pero hablando de modistas pudiera sentarme las costuras más de un observador de las costumbres de ese honradísimo gremio.

Si hablo de cigarreras pudiera decirme cualquier punto filipino que mi estudio era de contrabando ó de la Fábrica de Sevilla, es decir, malo.

Y lo que es meterme en interioridades de noviazgos, etc., etc., no en mis días; á otro perro con ese hueso, que está ya más pelado que un chino.... del río, y ha rodado por libros, revistas y periódicos más que rueda un cántaro boquino.

* * *

Cerradas esas puertas para este servidor vuestro, benévolos lectores (y cuenta que no lleva segunda intención el calificativo), llamemos á otras: que dice el refrán que cuando una puerta se cierra, ciento se abren.

Si no es más verdad el adagio reformado que enseña que cuando una puerta se cierra, ciento se atrancan.

Sea de ello lo que fuere, probemos.

Podría sentarme en un café, y, volviéndome todo oídos, ser un ladrón de *idem* para contar luego ce por be y de pe á pa lo que se murmurase en esas reuniones íntimas, que pudieran llamarse los modernos mentideros (con perdón de las personas serias).

¿Pero qué adelantaría con referir cómo arregla uno en un periquete la cuestión de Oriente ó la cuestión de la Europa, armada hasta los dientes? ¿Qué valor tiene la cháchara del que dice que estamos perdidos porque al frente de los Gobiernos figuran *cuatro calampantras*? (Frase histórica, cuya traducción recomiendo á los aficionados á descifrar jeroglíficos.) ¿Quién soportaría los relatos de arreglo de la cuestión social, mediante la supresión de los ricos, ó de los curas, ó del dinero, ó de los vagos, ó de los burgueses, ó del trabajo? ¿Voy á gastar cuartillas ocupándome en referir las anécdotas taurinas, los lances venatorios, las peripecias de reñidero de gallos, los arrullos de los palomos ó las *hazañas* del perro perdiguero? ¿Apuntaré los chascarrillos—*salchichón picante que rabia*, por punto general—conque se le ve la última muela á los que hacen coro á un viejo verde?

Nada, nada; esto porque no tiene substancia, eso que no tiene sentido comun, aquello que sólo es propio de orates, estotro sobre lo que no cabe disputa por ser cuestión de gustos, y esotro porque son manjares de que no puede gustar un paladar delicado, todo ello será muy bueno para el café, pero no nos sirve para el caso.

Por tanto, á otra parte con la música, es decir, con la *Crónica* que hay que hacer (si el tiempo lo permite, como rezan los carteles de toros).

* * *

Salgo del café por los billares.

Allí un *garabito* le da *coba fina* á un estudiante listo.

Mas allá dos neófitos del noble juego del billar se divierten siendo el hazme reir de cuatro curiosos.

Enfrente cuatro amigos se devanan los sesos por ganar el *morito*.

Y alrededor de las mesas, estudiantes que aprenden Geometría práctica, cesantes que esperan ocasión de dar un *sablazo* por carambola, *puntos palmados*, viejos sentados en las banquetas (que el mejor día del año salen andando solas), dormitando ó refiriendo las heroicidades de sus buenos tiempos....

¿Pero todo esto y más que pudiera observarse no está olvidado de puro sabido?

Vamos, que tampoco sirve para la *Crónica*.

Y siendo así, como hay Dios que me luzco en este número extraordinario de Perecito.

* * *

Ya estoy en la calle de las Sierpes.

Si no hiciera un día tan crudo, procuraría tomar nota de las principales novedades que figuran en los escaparates de las tiendas; me fijaría en los paseantes evocando recuerdos de los conocidos, y observando á este desconocido ó al otro que llamase mi atencion; procuraría sacar por una frase el ovillo de una conversacion, inventando así más de una historieta; oiría los requiebros que echasen los mozos *barbis* á las mujeres *juncales*....

Pero, ¡que si quieres! Con el *gris* que corre cada uno va á su avío y ninguno al mío.

¡Pobre *Crónica*!

* * *

Si yo tuviese *ángel* para ello, aprovecharía las horas de sol para sorprender las conversaciones de los aburridos que se consuelan charlando en los asientos de la Plaza Nueva.

Oiría quizás á un *revolucionario* explicando cómo se com-

promete á tirar por tierra todo lo existente con los caballitos de la Alcaicería.

Tal vez oyese á más de un trabajador cesante de las obras municipales echando sapos y culebras de la *Casa*, sacando astillas con su *jachita de carne* de todo lo que se hace y se deja de hacer.

Acaso escucharía más de una queja sentidísima, más de una verdadera lástima, más de una desgracia no difícil de remediar.

Mas inútil es pensar en ello: por más vueltas que le doy no sé cómo sacar partido del asunto, con ser tan rico en pobrezas y ridiculeces.

¿Qué remedio? Muy sencillo: terminar como la *Menegilda*.

¡Y punto final...!

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

LA BRUJA

TRADICION SEVILLANA

(FRAGMENTO)

Enfrente del callejón
En que la bruja vivía
Tuvo Martín su mansión,
Y era tal, que parecía
Del infierno conclusión.
Humo negro, mil volcanes
De lava, densos vapores,
Golpes de férreos batanes
Y zumbidos que estertores
Asemejan de titanes.
El chirriante silbido
Del hierro que se caldea,
Y que hierve comprimido,
Y que azulando flamea
Con estridente rugido;
El martillo que, furioso,
En la ascua roja se hinca,
Y salta después rabioso
Y en el duro yunque brinca
Con golpeteo ruidoso;
La explosión de brilladoras
Chispas que se desvanecen
En el aire voladoras;
Las llamaradas que auroras
De roja sangre parecen;
El fuelle que ronco brama,
Y la cadena que cruje,
Y la leña que se inflama
Y que al retorcerse ruje
Y humo denso desparrama;
Y el siniestro resplandor,
Y el áspero rechinar,
Y el soplido bramador,
Y el furioso golpear,
Y el blanquecino vapor,
Todo allí se une y resuena.
Es la salvaje armonía
Que de ecos el barrio llena;
Es el trabajo que atruena
Con la voz de una herrería.
Y en medio la confusión,
Y el bárbaro movimiento,
Y la sulfúrea explosión,
Y el enronquecido acento,
Y la atroz palpitación,
Corren fantasmas oscuras
De fuego y humo vestidas,
De hercúleas musculaturas,
Con barras enrojecidas
Y mazas de hierro duras.
Son los cíclopes. Sus voces
Descompasadas, atroces,
Dominan todo el estruendo;
Entre sus manos feroces
Se tuerce el metal gimiendo.
Y sobre todos se alza
Maese Martín, el Vulcano
Que los hierros despedaza
Siempre de un golpe. La maza
Parece un rayo en su mano.
¡Gran hombre! Desgarró un día
El dolor su pecho fuerte;
Mas da el trabajo alegría,
Y él trabajando divierte
Su amarga melancolía.
Allí se le ve cantar
Al són de los martillazos,
Y en la fragua penetrar
Y rojas barras sacar
Entre sus nervudos brazos.
Él con ardor infinito
Da á los suyos buen ejemplo,
Clamando con ronco grito
Que el trabajo está bendito,
Que es todo taller un templo.
¡Su taller! En él concilia
Su dicha, su bien, su afan:
Para él dulce es la vigilia;
Que el trabajo es la familia,
Es la virtud y es el pan.
¡Cómo se alegra y se ufana
De sus obras...! Se recrea
Mirando aquella campana
Que él fundiera, y que mañana
Será la voz de una aldea.
¡Qué són tiene y qué metal!
¡Irá de su acento en pos
Toda la grey vecinal
Como á una fiesta nupcial
Al santo templo de Dios!
¿Y Coscojo?... Allí sudando
Trabaja incesantemente
El ancho fuelle empujando,
Y sin cesar recordando
Visión que turbó su mente.
Visión dulce, arrobadora,
Aparecida al reflejo
De la fragua brilladora,
Cual ángel en un espejo
Formado por una aurora.
Visión dulce y peregrina,
Que cruzó como una estrella
Entre impalpable neblina,
Sin dejar rastro ni huella
De su carrera divina.
Visión que llenó de enojos
El alma, y que con interno
Afán y horribles sonrojos
Quiso adorarla de hinojos
Desde el fondo de su infierno.
Era la hija de Martín,
Pura paloma enjaulada
En aquel negro confín,
¡Cuando debió de un jardín
Ser la flor privilegiada!
Mas ¡ay! ¿por qué de amargura
Se reviste su hermosura?
¿Por qué en el dolor se anega?
No ve el cielo en su tristura,
La desdichada ¡está ciega!
¡Ciega! ¡Infeliz! Quemó un día
Los cristales de sus ojos
La fragua, porque tendría
El fuego envidia y enojos
De los soles de María.

MANUEL CANO Y CUETO.

¡MI PASIÓN FAVORITA!

—Dadme un hombre que no sea esclavo de sus pasiones y yo le colocaré en el centro de mi corazón,—decía Shakespeare.

—El gran poeta inglés conocía á la humanidad,—digo yo, que ni soy inglés, ni poeta, ni grande.

En efecto, ó efectivamente,—que de cualquier modo es palabreja del vocabulario comercial de coloniales y ultramarinos,—¿qué hombre deja de tener una pasión que le domine?

Á Fulano le da por los palomos, y por quítame allá ese zurito se araña con Cristo Padre.

Á Zutano por los gallos ingleses, y por quítame allá esta cresta, y voy á catorce contra dos y á veinticuatro por siete, se pelea con Cristo Hijo.

Á Mengano, por Mazzantini ó Frascuelo, y por echa pa-

ra acá esta navarra, ó quítale allá ese cuerno, se riñe y da de bofetadas con Lagartijo espí.... digo, con Cristo Espíritu Santo.

Pues bien; sentado,—ó en pie,—ó escrito y consignado, que es lo que debe decirse, lo anteriormente dicho, ¿qué tiene de extraño que yo,—hijo de Adán y Eva, según los libros santos, que según mis libros—dicho sea con el debido respeto—lo soy de mi padre y de mi madre,—qué tiene de extraño, repito, ni de singular ni plural, reflauta, que también tenga mi pasión?

—¡Éste tiene pasión por las morenas!... Te veo venir,—dirá el lector, queriendo prematuramente adivinar el desenlace de estos sainetillos de á vuelapluma.

Pues te engañas si así piensas.

Á mí con las morenas—¡y mira qué cosa más particular! —me sucede (hay frases que no debieran ponerse en ciertos sitios) lo mismo que con las rubias, las blancas y las trigueñas: es decir, que todas me gustan, y no digo me *gastan*, porque sería mucho decir, y si se quiere extemporáneo, que aun estoy en buen uso.

Como comprenderás, lector, una cosa es el gusto y otra es la pasión: á menos que me hagas creer que la *Pasión y Muerte*, etc., etc., fué un gusto, en cuyo caso convendrás conmigo, y con muchos, en que fué un gusto raro.

Pues bien; dejándome de andróminas y parafraseos, que hacen interminable la plática, y, como los refranes,—que decía Cervantes,—deslucen y quitan fuerza á los términos de un discurso, te diré lisa y llanamente que mi pasión estriba en contemplar unos pies pequeños de mujer.... de cualquier tamaño.

Esta mi pasión extravagante me ha ocasionado más de un disgusto.... y el más funesto desengaño de mi vida. Sin embargo, ¡erre que erre, machaca que machaca! Estoy por los pies pequeños.

¿Y qué tiene de extraño; vamos á ver?

¿Quieren ustedes decirme si hay algo más incitante en una mujer que unos pies diminutos?

Se la mira el rostro, y á seguida se hace uno las siguientes consideraciones:

—Es bonita, pero.... ¡qué lástima que sea un poco chata!

—Es hermosa, pero.... ¡es un armatoste, un cuerpo sin curvas!

—Es divina, pero.... ¡tiene la boquita grande, los labios gruesos!

—Es angelical, pero.... ¡cómo le hiede el aliento!...

Y por este orden, lector querido, te llevarás echando *peros* hasta llenar el cesto de tus reparos ó las espuertas de tu pulcritud.

Si, por el contrario, en vez de mirar á lo alto miras á lo bajo.... puedes estar persuadido de que no te equivocas. Como veas unos pies chiquititos, sigue para arriba.... es decir, sigue detrás de ellos, no vayas á tomar mi consejo por donde *quema* y te vayas á encontrar una bofetada de padre ó marido suyo, que se dan casos.

Me dirás:—Los mejores edificios tienen grandes cimientos.

Y yo te contestaré:—No la compares con los edificios; porque éstos se arriendan por entero, y en el edificio de la mujer no se arrienda más que un piso.

De cién mujeres bonitas, noventa han de tener el pie pequeño: hé ahí un pensamiento filosófico-mundano, que me atrevo á regalarte para tu álbum.

Un pie pequeño es precioso: es el más bello motivo para formarse una ilusión encantadora. Y la prueba más patente de mi aseveración es que todas las mujeres, aun á trueque de andar cojeando, se compran las botitas chicas.

Luego es donde está el anzuelo; luego es donde está la sal.... Y aquí pegan los siguientes versillos de Juan Oven, si no me es infiel la memoria:

«Lo salado produce sed copiosa,
Más salado que el mar no hay otra cosa:
Luego no es maravilla rara ó nueva
Que tantas aguas dulces el mar beba.»

Luego no es maravilla, lector amigo, que siendo tan salerosos unos pies chiquititos, ellos únicamente sean los que beban las aguas dulces de mi pasión favorita.

¡Y cuidado que tengo motivos para odiarlos!

Días pasados, viendo á las muchachas salir del templo de oir misa, absorbieron toda mi atención unos pies pequeños. Embebecido en mi contemplación, no reparé el cuerpo que sustentaban ni á quién pudieran pertenecer....

Pero yo decía:—¡Guapa chica! ¡Guapa chica! ¡Lástima que vaya á la iglesia!

Acerquéme, y.... ¿á que no aciertan ustedes de quién eran y á quién pertenecían?

—¿Á tu suegra?—dirán ustedes, buscando el chiste de cajón.

¡Qué suegra, ni qué salamanquesa!

¡Al cura de la parroquia!

J. Rodriguez La Orden.

SU ESTATUA

En el más limpio y deslumbrante mármol
Has de esculpir su imagen, escultor;
¡Para perpetuo afán de mis sentidos
Guardo el modelo yo!
Tu genio ha de evocar á cada golpe
Las formas de la ingrata que adoré;
¡Voy á arrancar sus líneas de mi pecho,
Prepara tu cincel!
Alta la frente, las sedosas trenzas
Cayendo sobre el cuello seductor,
Como caen en la nieve de los Alpes
Las ráfagas del sol;
Griego el perfil, los ojos tentadores
Como los de las hijas de Israel;
Las cejas breves, como airados arcos
Que Amor ha de tender;
Los hombros curvos, levantado el pecho,
Como suaves alturas de cristal;
El talle, ¡como palma del desierto
Que azota el huracán!
Envuélvela en flotantes vestiduras,
Que apenas osen rodear sus pies,
Y cubre su cintura con la gasa
Ligera del placer.
En escorzo académico rendida
Sobre un lecho de rosas caerá!...
¡Digno de tal estatua, labra ahora
El ancho pedestal!

¡Bravo, escultor! Tu genio ha modelado
La imagen de la hermosa que adoré;
La semejanza es tal, que al contemplarla
Siento mi sangre arder.
No me replique, en vano, tu modestia,
Que falta á tan soberbia creación
La vida, la palabra, el sentimiento,
Que sólo infunde Dios.
No me digas que en esa piedra inerte,
Á la que ha reanimado tu cincel,
Sólo he de hallar en mi contínuo duelo
Un recuerdo de ayer.
Pues para que tan raro parecido
Llegue hasta lo increible entre las dos,
¡La pérfida que amé vive sin alma!
¡Ella tampoco tiene corazón!

B. Más y Prat.

Á UN ADULADOR

Rodando por salones y antesalas
Vas tejiendo tu dicha con trabajo,
Como arrastrando sus oscuras alas
Labra su bola el vil escarabajo.

ELOGIO DE LAS LÁGRIMAS

No te avergüences de llorar: el llanto
Es bálsamo divino para el alma.
Luzbel se alegraría en los infiernos
Si el hombre no vertiese dulces lágrimas.

No pretendas secar las que, piadosas,
Por tus mejillas pálidas resbalan,
Cual por las flores perlas de rocío...
Luzbel hizo el dolor y Dios las lágrimas.

FUEGO Y HUMO

La inteligencia, luz que al mundo inflama,
También engendra el pensamiento impuro.
Así el humo, surgiendo de la llama:
Engéndralo la luz y nace oscuro.

LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

EL MUERTO AL HOYO

Una noche que roncaba
En los brazos de Morfeo,
Ví mi entierro que pasaba.
Muerto y todo como estaba,
Aun parece que me veo.
La frente pálida, yerta;
La boca mal entreabierta;
Tanto, que llegué á dudar
Que por tan estrecha puerta
Pudiera un alma pasar.
Mi traje de despedida
Era nuevo y á medida;
Negra levita flamante....
¡Iba yo más elegante
Que vestí nunca en mi vida!
En la gente que miraba
Escuché el rumor incierto
De ¡«Qué bien versificaba!»
Aquel rumor me mataba,
Y me callé como un muerto.
Luégo un crítico impudente
Dijo: «¡El autor inconsciente
De una comedia silbada!»
¡Yo entonces no dije nada
Por no asustar á la gente!
Calló el vulgo furibundo,
Y en el carro me alejé....
¡Oh contraste sin segundo!
¡Fuíme *en coche* al otro mundo,
Yo que siempre anduve á pie!
Marchando á paso ligero,
Á su destino postrero
Llegó mi coche en un brinco.
Con él iban *cuatro* ó *cinco*,
Contando con el cochero.
No iba solo, es la verdad,
Hago á la amistad justicia;
Cuatro ya son cantidad....
¡Fuera en un muerto avaricia
El pedir más amistad!
Paró el cortejo, y paré;
La amistad con tierno alarde
Exclamó.... «¡Pobre José!»
Yo les dije: «¡Hasta la tarde!»
Y se fueron al café.
Bajáronme con apuros:
Nicho á mi suerte contraria
Dieron con brazos seguros....
¡Todo por cuarenta duros
Me lo hizo *La Funeraria!*
Tres ladrillos, en rigor,
Dieron fin á la tragedia,
Y yo sentí con dolor
Que al terminar *mi comedia*
No llamaron al autor.
Solo, á oscuras y derecho
En mi morada sencilla
Me quedé tan satisfecho.
¡Aunque el recinto era estrecho,
Era peor mi guardilla!
Apenas me hube quedado
Por primera vez tranquilo,
Sentí un rumor desusado,
Y entró á compartir mi asilo
Un difunto acaudalado.
En el nicho superior
Metieron á aquel señor
Que daba dinero á prima....
¡Hasta muerto, era rigor
Que yo los tuviese encima!
¡Era burla ó mala fe,
Eso cualquiera lo ve:
Yo maldije el tal capricho,
Dí un salto dentro del nicho
Y al golpe.... me desperté!

JOSE JACKSON VEYAN.

HISTORIA DE UN BASTÓN

CONTADA POR ÉL MISMO

Hecho de buena madera,
Puño de plata tenía,
Lo mismo que la contera,
Y estaba en la bastonera
De una gran bastonería.
Toda la gente que entraba
En el establecimiento
Me cogía.... me soltaba....
Y.... en suma, no me dejaba
Vivir en paz un momento.
Por fin, un *gomoso* entró;
Á no dudar le gusté,
Porque fué quien me compró:
Sacó dinero, pagó,
Y de su mano marché.
Pero, por desdicha, era
El joven un calavera,
Más Tenorio que don Juan;
Siendo su mayor afán
Quedarse de noche fuera.
De modo, que me tenía
En lucha continuamente;
Por el día me aburría,
Y de noche me caía
Rendido completamente.
Por lo cual, cambiar de dueño
Fué por entonces mi sueño,
Y este empeño se cumplió.
¡Es claro, si me *empeñó*,
No iba á cumplirse el *empeño!*
Allí me dejó olvidado;
No pareció por allí,
Y en un rincón apoyado
Cinco ó seis meses viví
Con un número colgado.
Con el tiempo llegué á odiar
Aquel maldito rincón,
Del que me logré escapar,
Porque me llegó á comprar
Un señor muy gordinflón.
Éste nunca me trataba
Como el anterior sujeto;
Pero mi sino marcaba,
Que yo era un bastón que estaba
Destinado á no estar quieto.
Pasé la vida agitado
En continua pelotera,
Y á veces hube pensado
Que mejor lo habría pasado
Metido en la bastonera.
. . . .
Un día, día dichoso,
Y al propio tiempo fatal,
Vió mi dueño que un *gomoso*
Á sus hijas *hacía el oso*,
Y esto le sentó tan mal,
Que, empuñándome en seguida,
Con él la emprendió á estacazos,
Produciéndole una herida,
Y á mí me hizo dos pedazos,
Acabando así mi vida.
—
¡Con qué gusto contempló
Mi cadáver, que el malvado
Á quien mi amo apaleó
Era aquel que me empeñó
Para dejarme empeñado!

Por el bastón,
SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MORAIMA

Sobre el calado alféizar
Del morisco ajimez abandonado,
Blanco rayo de luna,
Como un sudario, se quedó flotando.

Bajo el arco de alárabes encajes
La columna de mármol
Me pareció la sombra de una virgen
Que al beso de la muerte ha despertado.

Sentí rumor de guzlas
Vibrar en el espacio,
Y cánticos ardientes y sombríos,
Como una inmensa maldición de llanto.

Miré flamear morados estandartes
Entre una nube de alquiceles blancos,
Y ví al espectro de la raza mora
Cruzar sobre el arzón de su caballo.
. . . .
La luna huyó: todo quedó en silencio;
Y allá, en los miradores del Alcázar,
El viento halló suspiros,
Y los llevó á morir en la Giralda.

ROMÁN G. PEREIRA.

CARA Y CRUZ

¡Pobre señor!

Raído el modesto traje, muy largo el rubio ensortijado cabello, descuidada la barba, demacrado el rostro, eternamente inquieta la punzante mirada; el solo aspecto de aquel hombre inspiraba profunda compasión.

Pero lo que más pena daba era verle siempre callado, sin proferir una queja ni hacer apenas un gesto significativo de voluntad: parecía propiamente un muerto en pie.

Así como anonadan, por punto general, la grandeza y la fortuna, interesan vivamente de ordinario—á espíritus delicados, se entiende—la debilidad y la desgracia.—Así se explica que acerca de *D. Felipe el Médico*—así llamaban al héroe de nuestra historia—se hiciesen las más curiosas preguntas y las más peregrinas conjeturas, y que unas y otras acabasen por traducirse en compasivas frases, pues tenía cara de bueno, y, como era pública voz y fama que estaba loco, todo el que lo veía se retiraba diciendo *sotto voce*:

—¡Pobrecillo!

—

¿Por qué le calificaban de loco?

Todo lo que se sabía, desde muchos años atrás, era que D. Felipe no se ocupaba en nada ni por nada se preocupaba; que oía multitud de conversaciones, como el que oye llover, y que de tarde en tarde—cuando referían en su presencia proyectos risueños, negocios problemáticos, cuestiones peliagudas—solía decir sentenciosamente:

«Joven, no juegues nunca á cara ó cruz, que con cara y cruz y borde, no son tres dioses.

Y basta.»

Inútil era pedirle explicaciones: á las más insidiosas preguntas contestaba invariablemente:

«Basta.»

—

¿La historia del loco?

Para la generalidad era desconocida casi por completo: se sabía que, joven aún, se estableció como médico en un

pueblo de esta provincia, próximo á la capital, teniendo mucho acierto en sus primeras curas; que se corrieron las voces de que se casaba con una linda sevillana; que faltó del pueblo unos cuantos meses; que volvió loco, como está ahora, y que señá Dolores, la lavandera, agradecida al médico, porque le salvó á su hijo la vida en una peligrosísima enfermedad, al verlo en tan triste estado lo recogió por caridad y compartía con el infeliz el pan que ganaba restregando, colando y estirando ropa.

Y pare usted de contar.

—

Las circunstancias apuntadas llamaron tanto mi atención, y excitaron á tal punto mi curiosidad, que me propuse averiguar la historia que sospeché se ocultaba tras los deshilvanados datos que contaban las gentes del pueblo.

Así fué, que hice lo posible por captarme la voluntad de la señá Dolores—cosa facilísima en verdad, porque era franca y servicial como pocas—y acabé por preguntarle todo lo que supiera sobre el interesante particular.

Hé aquí la explicación de la buena mujer:

—Lo mismo sé yo que usted y que todo el mundo: yo le daría, si fuera preciso, hasta la sangre de mis venas, porque lo hizo muy bien con mi niño; pero como él está *así*, jamás ni nunca me ha dicho palabra de sus historias, ni yo me he metido en preguntarle ni jota.

¡Ah! se me olvidaba: un día, de los pocos en que no echa fuego por los ojos, cogió un papel, escribió lo que se le vino á la imaginación, y me lo dió diciendo:

«Guárdalo: es el evangelio.

Y basta.»

Luégo, cuando se acuerda, me pide el evangelio, como él dice; lo lee, y me lo devuelve exclamando:

«Basta.»

—

—Dolores, ¿sería usted tan buena que me enseñase ese papel?

—Con mil amores; ¿por qué nó? Aquí está,—dijo sacándolo de la alacena.

Decía así:

«En el paraíso del mundo, en las Delicias de Sevilla, le pasó á un hombre—á un hombre digo, y basta—el chasco más chusco que se puede imaginar.

Era en el mes de Abril. (No es nada de poesía, que yo sé que la poesía es á la verdad lo que la música al sentimiento, si acaso.)

En medio de los jardines, rodeada y casi cubierta por flores de azahar, ví que me miraba descaradamente la cara de una peseta, redondita, blanca, reluciente como ella sola.

Me incliné, le dí la mano y me la guardé bonitamente en el bolsillo.

No soy ambicioso y yo sé que cualquiera tiene una peseta (ya lo creo, como la mía); pero confieso mi verdad, que me alegré del hallazgo mucho, pero mucho. (Y basta.)

Volví á Sevilla y me dije:

—Felipe, ¿qué te falta para ser feliz?

—Casi nada; una bocanada de humo, como dijo el otro, —me respondí.

Y añadí mentalmente:

—Ya sé lo que tengo que hacer: fumarme tranquilamente la peseta que me ha deparado mi buena estrella.

Entro en el estanco rebosando satisfacción.

—Una breva de á peseta, buen amigo.

Admiro la vistosa etiqueta, que parece elegante cinturón que ajusta su *puro* cuerpo, le corto cuidadosamente la punta, dándole un amoroso bocadito....

El estanquero sonríe al verme entusiasmado.

Le contesto con la más plácida de las sonrisas y le doy las más expresivas gracias con los ojos.

Echo mi peseta encima del mostrador.

El estanquero la mira, me mira y me dice con sonrisa burlona:

—Caballero, de éstas hay muchas falsas; por la cara.... al pelo; por la cruz.... el diablo que cargue con ellas.

—¿Falsa?—grité.

—Falsa, refalsa; no tenga usted duda,—ratificó el ducho comerciante.

Entonces yo.... ¿qué había de hacer?

Tiré la breva con asco, tiré el sombrero con rabia, tiré frenético la caja de los fósforos (que ardió por más señas), y salí escapado.

Por eso no quiero jugar á cara ó cruz.

Y basta.»

—

—Basta,—grité yo también al terminar la lectura;—ya sé todo lo que deseaba saber: sustituyamos cantidades iguales y tendremos la historia completa de este desgraciado.

Lugar de la acción.—No puede ser mejor: con decir las Delicias está dicho todo.

Época.—Actual: año uno de la juventud; día, el más hermoso de la primavera.

Personajes:

El hombre.—D. Felipe el Médico.

Una peseta.—Una joven, blanca de cara, pero negra de corazón.

Argumento.—D. Felipe, juzgando por la linda cara, se enamora de *La Peseta* (apodo simbólico y significativo), carga con la cruz matrimonial y se va al Extranjero á disfrutar la luna de miel.

Se hospedan en un buen Hotel, y á los pocos días sospecha y averigua que ella le es infiel.

Entonces, hombre de honor, la abandona con asco, pierde la cabeza, y el fósforo de su cerebro arde y se consume rápidamente y sin provecho para nadie.

Tiene razón el pobre loco: si la cara engaña, la cruz pesa y mata.

—Pero, justicia, ¿dónde estás, que no esgrimes tu flamígera espada en defensa de la honradez burlada?

Al hacerme en voz alta esta desconsoladora pregunta entró en la habitación ese á quien llaman loco, y con gran aplomo me respondió con su constante tema:

«Esa es la mía: joven, no juegues á cara ó cruz. ¡Y basta!»

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

PANACEA

Luchando con un amor
Que me trae á mal traer
Y me inspira una mujer
De mérito superior;
Cansado ya del desvío
De mi adorado tormento,
Consulté mi sentimiento
Con un grande amigo mío,
Que en amorosas fatigas
Tiene fama de muy ducho,
Y que ha padecido mucho
Por mujeriles intrigas.
Á la venta de la Pava
Llevéle, y, sentados ya,
Le referí del pe al pa
Todo lo que me pasaba.
Enterado, dijo así
Mi amigo:—Vamos á ver;
¿Tú quieres que esa mujer
Se vuelva loca por tí?
¿Tú quieres que esa doncella
Te diga, de amor beoda:
«Mi persona es tuya toda,
Haz lo que quieras con ella?»
¿Que te busque, y de rodillas
Te suplique humildemente
Que arrojes sobre su frente
Mancillas sobre mancillas?
¿Quieres una esclava? ¿quieres
Volver paloma á la fiera?
Pues escucha la manera
De amansar á las mujeres:
En estos tiempos perversos
Que alcanzas, los corazones
No sienten esas pasiones
Dignas de ponerse en versos.
Rompió Cupido sus flechas;
Por qué las rompió, lo ignoro;
Mas hoy sus flechas son de oro
Y por Mercurio están hechas.
Prosaísmos por doquier;
Domina lo material:
El metal, sólo el metal
Ilusiona á la mujer.
¿Que en Lorenza no hay tal cosa
Replicas? ¿que tu adorada
Es muy desinteresada?
¿Que tan sólo es orgullosa?
Si ella orgullo, tú esquivez;
Si frialdad, tú indiferencia,
Y verás cómo, en conciencia,
Se resiente su altivez.
Tengo un remedio seguro
Para un carácter bravío;
Me lo dió un amigo mío
Á quien sacó de un apuro
Semejante: una mujer
Altiva sorbióle el seso;
Ella rica como un Creso,
Y él pobre á más no poder.
En un dulce procuró
Que llegaran á su mano
Ciertos polvos, que un anciano
Para este caso le dió.
Y ella comió el dulce, pues,
Delante de él, cierto día,
Y toda su altanería
Cayó rodando á sus pies.
Haz por seguir mi consejo;
Y si logras humillar,
En tu vida has de olvidar
La experiencia de este viejo.

—

Anoche, por fin, lectores
Queridos del PERECITO,
Probé el remedio maldito
Con la luz de mis amores.
Yo estaba allí: mi morena,
Sin saber quién se lo envía,
Come el dulce que tenía

El remedio de mi pena,
Y á poco se pone mala,
Se levanta presurosa,
Y antes de llegar la hermosa
Á la puerta de la sala,
En el silencio se escapa
Luengo, medroso murmullo,
Y cae vencido su orgullo
Por los polvos de jalapa.

Hoy tengo indicio vehemente
De que está seria conmigo;
Pero me dice mi amigo
Que me muestre indiferente.
Y por trama tan sencilla
Serán míos sus quereres,
Que es condición de mujeres
Amar á quien las humilla.

MANUEL MERA.

CARTA DE UN GATO SUICIDA

En un pretil inmediato
Á mi casa, hallé hará un mes
Esta carta, tal como es,
Junto al cadáver de un gato.

—

«Mizifuza: al recibir
Este escrito desgraciado,
Enfrente de tu tejado
Acabaré de morir.
Culpable eres solamente
De este lance, porque ayer
Me despediste, por ver
Al gato de don Vicente.
Y si es tan poco tu amor,
Que quieres á dos al par,
Me tengo que suicidar
Porque peligra mi honor.
Yo con pasión te quería,
Lo dije desde un principio;
Y esto no es verso ni *ripio*
Que traerá la poesía.
Apenas te conocí
En adorarte pensé,
Y aunque nunca lo esperé
Me distes el dulce sí.
Desde entonces, halagado
Con tan risueña esperanza,
De un rival en asechanza
Siempre estaba en el tejado.
Uno por fin se atrevió,
El de don Vicente fué:
Reñimos; no le maté,
Ni él tampoco me mató.
Por eso morir prefiero;
Pero antes debo advertir
Á la gente, que al morir
Quedo como un caballero.
Ya nunca podré admirarte,
Mizifuza, porque hoy,
Por tu conducta me voy
Con la música á otra parte.
Ya nunca más me verás
Sentado junto á la hornilla;
Ya.... no tomaré cordilla....
Que es lo que yo siento más.
Pero creo que es razón
De que acabe y de que calle.
¡Adiós por siempre! Hasta el valle
de Josafat.—*Zapirón.*»

Por la copia,
JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MI PRESENTACIÓN

Mi querido lector: tú sin duda no me conoces; esta es la primera vez que ves mi nombre en PERECITO, y te preguntarás por qué ocupo un espacio en esta publicación, que con más provecho para tí podía llenar otro de los muchos que con tanta maestría la adornan; pero tú dispensarás esta pincelada de brocha gorda, en medio del cuadro de hermosas figuras que ellos han sabido pintarte siempre, y yo te explicaré mi audacia en presentarme á tí entre ellos.

El Director de PERECITO me ha pedido un artículo por equivocación, pues no sabe sin duda que soy incapaz de hacerlo bueno, y yo he tenido el atrevimiento de complacerle.

Ahora bien; ¿qué he de decir que sea digno de tí y de este periódico? Nada. En estas columnas has leído los nombres de la mayor parte de los escritores con que se honra Sevilla, desde aquellos que con su genio admirable han sabido conquistarse un puesto en la literatura patria, hasta los jóvenes ingeniosos y llenos de gracia, que son la más fundada esperanza del arte literario.

Nada, todo cuanto yo pudiera decir lo han dicho ellos con brillantísimos conceptos.

Y no es que me falte asunto para un artículo, nó; acuden á mi imaginación pensamientos que me satisfacen y que ansían volar á mi pluma y amoldarse á ella y seguirla; pero les pasa como á esos pajarillos prisioneros, que al ver la luz y el cielo que desean, revolotean con fuerza pugnando por salir de su cárcel y extienden las alas y las tronchan ensangrentadas entre los hierros de su prisión. Y es que las ideas no basta concebirlas, es preciso saberlas desarrollar: no hay nada más etéreo y vago que la idea: si no se sabe detenerla, se escapa como el vapor que se levanta del agua; pero también, como el vapor, fecundiza donde se detiene un momento y hace brotar los gérmenes de la admiración: ella es la palanca que derriba las más arraigadas instituciones, es la luz que alumbra el universo, la voz que habla con la conciencia, la fuerza que ha hecho estrellarse como mansas olas la soberbia de los déspotas y opresores; los viejos muros del feudalismo rodaron para no levantarse más al impetuoso empuje de una nueva idea; todos lo recuerdan con placer, porque entónces nació el primer grito de libertad; aquella nueva idea abolió por completo las absurdas diferencias, y á su impulso poderoso bastó una sola noche en que, al hundirse el sol en el ocaso, dejaba un pueblo de siervos y señores, y al levantarse al día siguiente alumbraba ya un pueblo de hombres libres: de una idea nace la electricidad, y con una rapidez verdaderamente maravillosa, une por el pensamiento á todos los hombres, á todas las regiones, á todas las razas, y lleva la misma copa del saber á todos los labios, que saborean con delicia la ilustración y el progreso: la idea, en fin, es el todo en la humanidad; pero ¡si vieras, mi querido lector, qué difícil es encontrar quien tenga buenas ideas, y sobre todo quien sepa desarrollarlas!

Yo, te lo repito, me encuentro en este último caso: acuden á mí algunas ideas que me parecen buenas, y al querer trasladarlas de mi cerebro al papel, se evaporan como el humo, sin dejar al marcharse la más pequeña huella de su paso: por esto, convencido de que Dios no me llama por este camino, concluyo por donde debí haber empezado; por no decir nada y presentarme á tí ofreciéndome sólo tu más cariñoso amigo, que te quiere,

MANUEL AZNAR.

DESAHUCIO

Ves, querida Timotea,
Por tu nada *corta carta,*
Que no sabes que ya hoy
El hambre á tu *amigo amaga.*
Para pedirme dinero
Consumiste *tinta tanta,*
Porque ignoras que ya el *pájaro*
No abriga en su *nido nada.*
Con andar en mis bolsillos
En cosas tan *hondas andas,*
Que por más que profundices
No hallarás por *blanco blanca.*
Como de Jerez me escribes,
Tendrás con el *vino vana*
La cabeza, y no conoces
Que el dinero es *cosa escasa.*
Compadécete mi estado,
Si no tienes de *olmo alma,*
Que ayer monté bravo potro
Y hoy cabalgo en *mula mala.*
Si cuando es buena la suerte
Sin medida el *gusto gasta,*
Bien en breve ni siquiera
Queda para el *plato plata.*
Ya tu amante su miseria
Contra un pobre *risco rasca,*
Y no has de ser, porque soy
Desdichado, desdichada.
Conque ya tienes licencia
De ser de otro *santo santa;*
Yo, haciendo cruces, repito:
«No tendré, por *éstas, astas.*»
Mientras fuí rico, tu boca
Fué medida; *pero pára*
Ya de pedir, que el buen tiempo
Siempre á largo *paso pasa.*
Ya nada puedo ofrecerte:
Á otro con tu *encanto encanta,*
Y si tiene de oro un saco
Oro de su *saco saca.*
Y pues me has dejado *in albis,*
Y de tí me *alejo, alhaja,*
No vuelvas más á seguirme
Si otra vez mis *huellas hallas.*

JOSÉ MANUEL DE VILLENA.

MIS VOCACIONES

Las recuerdo muy bien: cuando pequeño,
Con verdadera fe, con fe cristiana,

Católica, apostólica, romana,
Tuve en ser cura decidido empeño:
Ser militar, más tarde, fué mi sueño,
Influido quizás por cierta Ana,
Joven bastante fea de La Campana,
De cuya mano ambicioné ser dueño;
Y después, olvidado por la impía,
Que juró serme fiel eternamente,
Con ardor emprendí la abogacía,
Que no me ha dado un cuarto *mayormente*.
Hoy ser quiero sereno *de por vía*,
Para *quedarme fuera* diariamente.

ROQUE NITJUÁN.

CONFESIÓN

Cuentan de cierto gitano
Que, un año en Pascua florida,
Por vez primera en su vida
Fué á cumplir como cristiano.
Y cuando la confesión
Al sacerdote le dijo,
Éste preguntóle:—¿Hijo,
Traes dolor de corazón?
—Nó, padre. Ni nunca quiero
Que me duela.
—¡Desdichado!
¡No puedes ser perdonado
Sin un dolor verdadero!...
Quedó el gitano confuso,
Viendo que era grave el caso,
Y para salir del paso
Después de poco, repuso:
—Aunque nada me fatiga,
Si acaso más adelante
Siento un dolor, ¿es bastante
Con un dolor de barriga?

JOSÉ SAINZ CALVO.

HISTÓRICO

Á una modesta reunión
Fué llevado Valentín,
Y en ella tocó el violín
Con notable afinación.
Y como su repertorio
Fuera vasto en demasía,
Que cuál pieza tocaría
Le preguntó al auditorio.
—¡Si quisiera usté imitar
Al asno!—le dijo un chico;—
Y al punto imitó al borrico
De un modo particular.
Escuchando á Valentín
Dijo una señora amable:
—Toca de un modo admirable;
Habla con el violín.—

ALBERTO LYNCH.

MENUDENCIAS

Con franqueza, queridos lectores: ¿qué tal les parece á ustedes este número?

Supongo que les gustará. ¡Digo yo!

¡Ah! Conste que se ha de repetir la misma suerte todos los meses que no tengan más que cuatro domingos.

¡Viva el rumbo!

Nunca se entera de nada
Hermenegildo el borracho,
Y aunque siempre *se halla á oscuras*,
Siempre *se encuentra alumbrado*.

—¿Y cuánto me lleva usted por la impresión de mi libro?
—Cuatro mil reales.
—¡Qué barbaridad!
—¿Qué, es caro?
—¡Carísimo!
—¡Pero, hombre, si le hago á usted dos *impresiones* por el mismo precio!
—¿Cómo?
—Sí, señor: una la de su libro, y otra, la que le causa á usted saber lo que le llevo.

Dice orgulloso Balbuena,
El hijo de don Fermín:
—¡Ah! yo soy de *Piedra Buena*.—
Y es porque es un *adoquín*.

Hasta después de haber bajado á la tumba le persigue la mala suerte.

Lo digo por López, que apesar de publicarse hoy un número extraordinario, también nos falta espacio....

Ya saben ustedes para lo que es.

¡Pobre vate!

Ayer en una reunión
Decía don Mariano
Con muchísima razón:
—Tengo *el progreso en la mano*.—
Y uno que no lo creía
Le replicó:—¿Cómo es eso?—
Y entonces vió que tenía
Un número de *El Progreso*.

En una zapatería:
—Vamos, le digo á usted que donde le lastima es en el talón.
—Pero, hombre de Dios, ¿sabré yo *dónde me aprieta el zapato*?

¡Con qué gusto pagaría
El gasto de dos entierros!
El uno para mi suegra
Y el otro para mi suegro.

J. G. RUFINO.

Leo en un periódico estos versitos, que no puedo meno de copiar:

«¿Qué es la vida? Pues un corto día
Que paso yo y los demás,
Y que el rico lo pasa bien
Y que el pobre lo pasa bastante mal.»

El que lo pasa mal del todo es el desgraciado que, como yo, tenga la desdicha de que caiga en sus manos un periódico que publique *versos* por ese estilo.

Pues todavía sigue:

«Y que al fin viene la muerte
Y se acabó el día ya.»

Sí, hombre, que se acabe, á ver si no escribe usted más.

XVII

Se puso á pescar con res
Un pimiento colorado,
Y al notarlo un pan francés
Marchó en globo á Leganés
De una pulga acompañado.

XVIII

Un cepillo de betún
Se comió medio tacón,
Y la llave de un arcón
Y el pellejo de un atún
Gritaron:—¡Viva Sansón!

XIX

Por casarse un langostino
Con un tarro de alquitrán,
Una botella de vino
Fué á visitar á San Juan
Con el traje de un pepino.

XX

La luz de la madrugada
Tuvo dolores de pecho;
Y una poca de ensalada
Puso un letrero en el techo,
Apesar de la nevada.

En una tienda.

—Pues con este impermeable está usted un día entero dentro de una tina llena de agua, y no se moja usted.

—Entonces no me conviene.

—¿Por qué razón?

—Porque ¿qué voy yo á hacer todo el día dentro de la tina?

Enseñando su reloj
Dijo don José Ramirez:
—Este reloj *da la hora*,
Y eso que no tiene timbre.

Está loco don Ventura,
Y el curandero Vicente
Afirma doctoralmente
Que *lo cura*.—¡Qué locura!

PASATIEMPOS

SALTO DE CABALLO

te	me	es	el	do	que	por
re	mo	es	es	que	an	ta
jor	nú	hu	ha	si	uno	por
co	ga	que	(1) Te	bie	gus	te
me	de	ses	te	lla	pues,	lo
la	uno	de	lec	y	(49) rior.	ber
be	ro,	do,	do	ha	tor;	des

Empieza en el número 1 y acaba en el 49.

Charadas

I

Prima, dos tres no existió
Porque así Dios no lo quiso;
El *prima dos tres* nos hizo
De Gayarre un buen cantor.

II

Que me leas al derecho,
Que me leas al revés,
Que me quites la del centro,
Que me leas *una* y *tres*,
Que me leas *tres* y *una*,
Siempre lo mismo diré.

MÁXIMO.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Charadas.—I PACO.—II PARTE.

Salto de caballo:

Señores, el salto este
Empieza en el número uno
Y acaba en el veinte y nueve.

CONSULTAS

Máximo, Sevilla.—En este número van. Si manda alguna otra cosa, remita usted su firma.

Gomia, Sevilla.—Tiene cuarenta versos.... *largos*. Con que *non*, como usted dice.

Artagnán, Sevilla.—Podría pasar, pero es demasiado larga. Tiene usted mala suerte. Paciencia.

Pildiriqui, Sevilla.—De tres, dos: ¿estamos? Venga la firma.

Sr. D. J. I., Sevilla.—Nó.

Que nó, hombre, que nó.

Sr. D. R. R., Sevilla.—Nada, no hay más que seguir en palotes. ¡Ánimo!

Carnaval, Sevilla.—Acuérdese usted del malogrado López.

¿He dicho *argo*?

Quinqué, Sevilla.—Pero, hombre, ¿usted sabe lo que es un salto de caballo? Lo dudo. Déjese usted de pinturas, y á limpiar tubos, señor dependiente primero.

Los *disparates* no sirven ni como eso.

¡Ah! otra vez que escriba usted *Fort*, no se coma usted la *t*.

Escolis, Sevilla.—Las verdades axiomáticas, por sabidas se callan.

Uno sin pretensiones, Sanlúcar.—Por eso no se le publica á usted nada, porque sabemos que no se incomoda; y aunque se pusiera hecho un toro, tampoco.

Ha quedado usted bien.

Juan Lanas, Sevilla.—«Efectivamente lo es así....» (Música del Caballero de Gracia.)

Sr. D. M. B., Barcelona.—¿Recibiste los periódicos? Un día de éstos te escribiré.

Sr. D. F. T., New-York.—Idem.

Pichichi, Sevilla.—Tontichi.

Un pariente de López, Sevilla.—La falta de espacio....

Sr. D. F. B., Sevilla.—No sirve. Y poner *ayer* con *h* es lo último. Mejor dicho: lo último es que usted escriba.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 3 de Marzo de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

Precio, 15 cts. Precio, 15 cts.

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 18.

SUMARIO

CRÓNICA

Repasando la prensa local en busca de asunto propio para esta *Crónica*, encuentro en *El Baluarte* el siguiente suelto:

«El sábado ingresaron en la Cárcel otros dos jóvenes, ratas prematuros como los que robaron el reloj en la puerta de la Audiencia.

Lo raro del caso es que estos angelitos, que empiezan á volar por los campos del crimen, tienen padres y domicilio conocido, lo que indica la educación que reciben y el abandono en que se hallan.»

He aquí un suelto que sintetiza lo que ocurre en esta ciudad del NO8DO.

—¡Pesimismo, pesimismo!—oigo que gritan unos cuantos que van á gusto en el machito que les ha deparado su buena suerte ó sus *buenas* mañas.

—¡Hechos, hechos!—replico yo, profundamente convencido de que me sobra la razón por la punta de los cabellos.

Hace muchos años viene clamando la prensa local contra el desconsolador é inhumano espectáculo que ofrecen los niños abandonados, esos que viven en la calle expuestos á las inclemencias del cielo y de los hombres, que piden limosna, venden papeles públicos, recogen puntas de cigarros, hacen mandados, afanan lo que pueden, crecen entre el vicio y el crimen, y acaban por ser azote de la sociedad, carne de presidio y víctimas de la *viuda*.

La prensa, denunciando lo que ve, relatando sencillamente los sucesos unas veces, trazando otras sentidos cuadros, ha hecho infinitos llamamientos á las autoridades, á las Corporaciones, á los potentados, á los influyentes en política, á las personas caritativas, diciendo:

«El abandono en que tenéis á esos niños es punible: responsables sois de sus futuros desaciertos.»

Y uno ha propuesto que se cree en Sevilla una Sociedad protectora al estilo de las que existen en Madrid, Cádiz y otras capitales de la Península.

Otro ha indicado la conveniencia de recoger á esos infelices en los establecimientos benéficos.

Otro ha creido oportuno que se les habilite un local que les sirva de casa, escuela y taller.

Otro ha indicado que se busque el mal en sus orígenes, investigando las causas del abandono para conocer á los responsables del mal, preguntando:

«¿Quiénes son los padres de esos desgraciados?

¿Son éstos realmente abandonados?

¿Hay quien comercia con la niñez desvalida?»

Todo ha sido inútil: las indicaciones, las quejas, las advertencias, las recriminaciones, todo se ha perdido en el vacío, sin que haya habido medio de remediar el mal, deplorado por todos los hombres de buena voluntad.

Y no ha faltado quien diga que es inútil cuanto se intente, porque.... esa es una llaga social propia de todos los grandes centros de población. (Ante argumento tal, no hay más que darse por vencido.)

Pero ello es que hay jóvenes que, en vez de estar en la escuela ó aprendiendo un oficio, se dedican á rateros. (Yo he oido decir—escandalizado por supuesto—á más de una persona seria, que hay hombres y mujeres que, á título de padres, padrinos, encargados ó tíos, dan á esos jóvenes lecciones prácticas de escamoteo, etc., etc.)

Y la cuestión es también que esos niños, cuando son cogidos *infraganti*, son llevados á la Cárcel, donde aprenden á habituarse con la degradación y á adiestrarse en todo lo malo.

Yo he visto en el Pópulo á un niño de once años de edad, próximamente, simpático, inteligente, servicial, humilde, que estaba allí ¿sabéis por qué? Oidlo, como me lo contaron.

Otros como él se dieron trazas para robar un revólver de un establecimiento de la calle de las Sierpes.

Corrieron, y en la calle de Tetuan lograron vender á un *caballero* en veinte reales el arma homicida.

Más alegres que unas pascuas, marcharon á calle de Tintores á darse un banquete de *soldados de Pavía*, con sus veinte reales.

En el camino se encontraron á *Miseria*,—que por este apodo conocen al muchacho de que tratamos,—y como buenos amigos le convidaron.

Pero las dichas son muy pasajeras: á mediados del banquete llegó la policía—¡exquisito olfato el de las autoridades!—y dió con los chicos en la Cárcel.

Lo que no ha parecido es el revólver ni el caballero que lo compró.

Esto no tiene nada de particular, es cosa corriente. Adelante.

Dice *El Baluarte* que lo raro del caso es que esos niños tienen padres y domicilio conocido.

Y policías que los prendan.

Y gente que los explote.

Y hasta quien los ahorque, si llega el caso.

Todo esto es muy natural....

Pero, francamente, no costaría mucho trabajo hacer de *Miseria* un hombre honrado.

Y dar su merecido á los miserables que, debiendo y pudiendo, no ponen manos á la obra.

Así quedarían satisfechas la justicia y la humanidad.

Valga por *Crónica*.

Manuel Díaz Martín.

TRISTE AMBICIÓN

No quiero de mi amada ver sus hermosos ojos,
Verdes como las ondas del turbulento mar;
Ni aspirar los perfumes que de sus labios rojos
Libaron la azucena, el lirio y azahar;
Ni contemplar en éxtasis la rubia cabellera,
Que circunda su frente, más blanca que el jazmín;
Ni admirar sus mejillas, rosas de primavera,
Que roban á las flores el nácar y el carmín.
No anhelo ver su cuello de nítida blancura,
Las perlas de su boca no ambiciono mirar;
Ni de su bello rostro la angélica figura;
Ni su turgente seno ansioso palpitar;
De sus ebúrneas manos el cutis transparente,
Los luminosos rayos, el vívido fulgor,
Que mágicos destellan en su mirada ardiente
El fuego que consume su pecho abrasador.

No quiero de las auras sentir el blando aliento,
El céfiro suave mi frente acariciar;
Ni ver correr las hojas llevadas por el viento,
Ya secas por los rayos de un sol canicular.
Me tienen sin cuidado la aroma de las flores,
De algún sabio la ciencia, de algún triste el dolor,
El trinar de las aves, del iris los colores,
De la duda el tormento, los goces del amor;
La imagen del artista, los lauros del poeta,
De los héroes la gloria, de mártires la fe....
Tan sólo quiero, Pepe, tener una peseta
Para pagar al mozo las tazas de café.

Por el *palmado*,
PEDRO RIAÑO DE LA IGLESIA.

DOS CARTAS

I

Yo no sé de qué manera
Han llegado á mi poder,
Ni cómo ha podido ser
Hallarme en la faltriquera
Los siguientes documentos
Que copio á continuación:
¡Alguna mala intención,
O cosa de encantamentos!

«Á ROSARIO

—

Der campamento aonde estoy
Ésta te escribo, gitana,
Con el fusi entre las piernas,
Con el morral á la espalda,
Y con más de mil cartuchos
Encerráos en la canana.
No te orvío, no te orvío
Ni de noche ni mañana,
Y en particular, de noche,
¡Me acuerdo con unas ganas!...
Por un no pases penillas,
Que me conocen las balas,
Y ya pasan junto á mí
Como Pedro por su casa.
No me asustan los ladrios
Que nos echa esta canalla;
Siempre se allegan diciendo:
—*¡Jámela, jámela, jámela!*
Aunque yo de la pulítica
No entiendo ni una palabra,
Me paece que esta gente
Lo que tiene es que no jama.
Si en vez de los cañonazos
Y los botes de metralla
Que á cá momento le envía
La artillería rodada,
Le largásemos nosotros
Unas pocas de patatas,
En menos de cuatro días
Esta guerra se acababa.
De salud estoy muy bien,
Aunque la gazofia es mala,
Y me como cá galleta
Que no hay Cristo que las parta.
Sabrás que me han jecho cabo
En la primera batalla,
Y asín sucesivamente
Recorreré tóa la escala,
Y en llegando á mariscal
Tú serás la mariscala,
Si á coronel, coronela,
Si á general, generala.
Con que ya pué di comprando
Los vestiítos con fardas,
Adornáos con pelitriquis
De raso ó de seda grana.
Comprarás un lava-manos,
O si se quié, lava-caras,
Un peinecillo de goma
De lo más fino que haya,
Una arfombra pa los pieses,
Y también una tohállada,
Que no está bien que me seque
En er pañá de la.... sábana.
También comprarás jabón
Der que güele á rosa ó marva,
Y sillones de caoba,
Y cuatro ó cinco butracas
De las en que uno se mece
Y quean corgando las patas.
Si no te arcanza el dinero,
Deja de comprar la cama,
Porque yo duermo contigo
Manque sea en una espindarga.
Arrestáo estuve dos días,
Y tóo ha sío por tu causa,
Porque en vez de dá er ¿Quién vive?
Como manda aquí er que manda,
Se me fué en un suspiríto:
—¡Ay, Rosarillo del arma!—
Conque ya ves, compañera,
Las fatigas que se pasan,
Que hasta acordarme de tí
Me prohibe la Ordenanza.
Sabrás que he visto una mora,
Regularmente muy guapa,
Porque aunque no la vi bien,
Pues la fila se tapaba,
Arreparé por lo bajo
Y tenía güenas trancas,
Asina como las tuyas,—
Perdona la comparanza.—
Po.... ¿y los moros, Rosarillo?...
¡Josú, qué gente más larga!
¡Y qué negros, y qué sucios,
y tóos descarzos ó en chanclas!
¡Lo que es en cuestión de carcos
No chanelan ni una papa!
. . . .
Ya er clarín está tocando....
Ya la bronca se prepara....
Como me den un balazo,
Rosarillo é mis entrañas,
Con er coraje que tengo,
Y la resura y las mañas,
Á tóa la morisma esta
La mato en una semana.
Adiós, cachito de gloria,
Estrellita de mi casa,
Floreeilla del jardín
Que sembré dentro é mi alma;
Merengue é confitería,
Almendra acaramelada,
Cielo, luna, sol, lucero....
¡Juy!... ¡toas las cosas que haya!
En este papel te envío
Mis penas, mis esperanzas....
Y no te extrañes, mujer,
De que lleve algunas manchas;
¡Serán gotitas de sangre,
Que de mis ojos se escapan!....
Lágrimas, nó, morenilla,
Que los sordáos en España,
Enfrente del enemigo,
Lo que lloramos son balas.
¡Adiós! recibe con ésta
mi pensamiento, mis ánsias....
(No te mando er corazón
Porque no cabe en la carta.)»

Aquí leyendo llegué:
Y, por creerlo necesario,
La respuesta de Rosario
Otro día transcribiré.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

EL CONSONANTE

Haciendo un drama Violante,
Que es un vate singular,
No encontraba consonante
Para en revólver rimar.
Y por más que se afanaba,
Y por más que discurría,
Y por más que meditaba....
Era inútil cuanto hacía.
Viendo imposible su afán
De acabar aquella escena,
Le dijo á su mozo Juan
Que preparase la cena.
Y después que concluyó,
Un tantico disgustado,
Consultar se le ocurrió
Su aprieto con el criado.
Éste, después de escuchar
Con atención é interés,
Terminó por preguntar:
—¿Y un consonante qué es?
—Pues una—dijo Violante—
Palabra, cuyo sonido
Tiene con otra bastante
Semejanza ó parecido.—
Y con esto solamente
Fué sobrado para que
Exclamara el asistente
Al punto:—Ya lo encontré.—
Y el poeta, sorprendido,
Dijo como una amapola:
—¿Tiene idéntico sonido?
—Sí, señor; porque es pistola.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

DESGRACIADOS

I

Sola está la niña, la de los ojos de cielo, la de sonrisa de ángel, la de los rubios cabellos, la alegría de la casa, la hija única que á los cinco años reina y domina y tiene locos.... de contento á todos los individuos de la familia.

¡Qué hermosísima está! En el patio, sentada en el suelo, cruzadas las piernas, desnudos los blanquísimos brazos, suelto el ensortijado cabello, juega con unas bolitas de cristal, arregla la comidita y cuida de su hija, de la muñeca.—A la una; á las dos; á las tres.... Ahora, se le maja á la comida. —Como llores (á la muñeca) te pego; tras, tras; ea, á dormir; nanita, nana.... Ahí, acostadita; hasta que yo vuelva.—Las bolitas, y las chinas, al bolsillo.—Este es pimiento molido, este azafrán, esta sal, esta pimienta....—¿Ya estás llorando? como yo vaya.... verás.—Pues, señor, voy por el almirez....

Se abre perezosamente la entornada puerta de la calle: avanza por el portal, dando golpes en el suelo con su cayado, un viejo alto, seco, la barba larga, andrajoso el traje....

La niña, al verle, salta como una ardilla, da un grito y corre á esconderse en las habitaciones.

—¿Hay una limosna, por Dios?—pregunta con voz cascada el mendigo.

Un perro le contesta con sus ladridos, y una criada, desde el corredor del piso principal, le despacha diciendo con destemplado tono:

—Dios le ampare.... Encaje usted para allá.

Y con voz más dulce llama la doméstica á la niña:

—Sal, Gloria, sal; no era nadie, era un pobre; sal ya, hija mía.

Y la niña, desde adentro, dice haciendo pucheros:

—No quiero, ea; me da miedo.

¡Infeliz aquel de quien huyen los niños!... ¡La muerte va con él!

II

La niña crece; ya se mira al espejo; ya la visten de largo; ya es mujer.

Su mirada, antes inquieta y viva, se muestra ahora vacilante é indagadora; se ríe sin motivo y se entristece sin causa conocida; se ha vuelto caprichosa....

Pero ¡qué rostro más angelical! Tiene la majestad y el encanto de la aurora. ¡Bendita sea!

Luégo.... ¿qué mano traidora trocó en rojas las celestiales tintas? ¿Quién rasgó el velo de la inocencia y cubrió la malicia con la máscara del pudor? ¿Quién hizo del ángel una mujer?...

El despreocupado que habla libremente delante de la doncella, el gracioso que cuenta en su presencia chistes de color subido, el autor que escribió páginas licenciosas, el que

compuso canciones obscenas, todos los que contribuís á la primera caída del ángel tendréis un gran castigo.

Tendréis hijas.

III

Devotamente reza la doncella: con la vista clavada en el suelo y mirando interiormente hacia el infinito, murmuraba una oración: tal vez cumple una promesa; acaso recuerda al sér querido cuya muerte llora.

Orate fratres, dice el celebrante.

Tosiendo, resonando los tacones de las chilladoras botas entra en la iglesia un descreído, indiferente al Sacrificio, y busca con insolente mirada los ojos de las bellas.

Nuestra devota alza casi involuntariamente la vista, fíjase un momento en el importuno, se estremece, y, presa de mortal congoja, vuelve á clavar sus ojos en el bendito pavimento y trata de reanudar su interrumpida plegaria.

—Fuera, profano, fuera; no impacientes al alma que suspira; deja en paz á la virtud en casa.

IV

En un cuarto de distinguidos del Hospital practican cruenta operación á un desgraciado.

Es fuerte, y rehusa los anestésicos; pero el dolor es agudo, y se queja y grita y se desespera.

En la habitación contigua, detrás del mal cerrado tabique, yace un tísico, que tose y arroja sangre, y también se queja y pierde por completo la paciencia.

Los enfermos se han oído.

El amputado no se queja ya sino muy rara vez.

El tísico hace todo lo posible por no toser.

¡Desgraciados! Mueren.... y tienen sus almas perfectamente sanas.

V

—Sr. Alcalde, trabajo, que no tengo qué llevar á mi familia.

—Sr. Excmo., una recomendación de V. E. bastará para hallar colocación.

—Político influyente, dadme un destino, dure lo que durare.

—Amigos, ayudadme, que mis hijos mueren de hambre.

—Ricos, dadme una limosna.

El Alcalde se encoge de hombros.

El potentado gasta palco para ver los toros y las cofradías, da espléndidas *soirées* y no se acuerda del infeliz.

El político influyente da á su jefe un banquete regio y no piensa en otra cosa.

Los amigos vuelven la espalda al que vino á menos.

Los ricos si dan se quedan pobres....

Y ese infeliz, para quien todas las puertas se cerraron, no es ladrón, ni asesino, ni suicida.

No hay semilla más fecunda que la de los mártires.

VI

¿Quién llama á la puerta cerrada?

¿Quién molesta al herido por la muerte en el sér que más quería?

¿Quién interrumpe al bueno en su obra?

¿Quién lleva las miserias de su vida á un hogar inmaculado?

¿Quién recuerda lo pasado sin temor al grito de la niña?

Muchos, muchos son los desgraciados; pero ¡ay triste del que necesita y no se atreve, del que muere callando, del que quiere y no puede!

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

CONFIDENCIA

Diálogo que el otro día
Al paso sorprendí yo,
Y tiene cierta poesía,
Aunque parezca que nó.

—

—¿Que tienes que hablarme?
—Sí,
Tengo mucho que contarte.
—Pues da principio, que aquí
Me tienes pronto á escucharte.
—¡Ya verás qué descripción
Tan poética y tan bella...!
¡Ah!, es una revelación,
Y espero no hables de ella
Á nadie.
—Por de contado;
Puedes hablar sin temor.
—Ya sé que eres reservado....
Mas aun pido otro favor.
—¿Cuál es?
—Que no has de reirte
De mí.
—Bien, haré un esfuerzo
Para estar serio al oirte.
¿Cuál es el caso?
—Un almuerzo.
—¿Un almuerzo? ¡Bravo asunto!
Te oiré sin echarlo á broma,
Que no quiero perder punto
Ni coma.... aunque no lo *coma*.
—Fué el caso, que en una casa
Antes de ayer me invitaron,
Y no sé lo que me pasa
Con las cosas que pasaron.
—¿Que pasaron? Que pusieron,
Habrás querido decir.
—Nó, que aunque muy buenas fueron
No las he de referir.
—Pues no entiendo ni una jota.
—Si no me dejas hablar,
Y lo echas á chirigota,
Renunciaré á principiar.
—Seré mudo y todo oídos;
Habla.
—Eran de la mañana
Las once, cuando reunidos,
Y ya de almorzar con gana,
A la sazón nos hallábamos
Un antiguo amigo y yo,
Que, con su día, celebrábamos
La amistad que nos unió.
Renunciaré á describirte
La mesa, limpia y sencilla,
Y que era, baste decirte,
Una modesta camilla.
Mi amigo y yo solamente
Éramos los comensales,
Pero teníamos enfrente
Tres niñas angelicales.
Más que el vino, trastornaban
Con sus ojos tentadores,
Y allí, unidas, semejaban
Gallardo ramo de flores.
Las lindas manos moviendo
Con un gracioso compás
(¡Ya ves, estaban haciendo
Toquillas de *chinagrás!*)
Á mi mente parecían,
Con su dulce movimiento,
Hojas que se estremecían
Á las caricias del viento.
Comí muy poco, abstraído
Por sus voces argentinas,
Que sonaban en mi oído
Como músicas divinas.
Bebí menos, pues sentía
Que del vino los excesos
El apetito me abría....
De comérmelas á besos.
En fin, desde que en tal casa
Para almorzar me invitaron,
Yo no sé lo que me pasa
Con las cosas que pasaron.
. . . .
—Resúmen muy oportuno
Tras esas explicaciones:
Que fué de tu desayuno
Todo el *menu* de ilusiones.
¡Linda.... y *cursi* descripción
Que siento haber oído en serio!
¿Y esa es la revelación
De que hacías tanto misterio?
—Óyela en secreto: es
Que estoy del todo chiflado
Por una de aquellas tres.
—¡Me lo había figurado!

—

Dijo, y riendo se fué,
Poniendo fin á esta escena,
De cuya verdad doy fé.

JOSÉ MANUEL DE VILLENA.

MORALEJAS

El bueno de Ventura
Tuvo gran afición á la lectura,
Y por satisfacer esta manía
Fué suscriptor de *El Liberal* y *El Día*.
Si quieres un periódico bonito
Debes de suscribirte á PERECITO.

—

Un sargento segundo
Se comió media arroba de pescado,
Y le sentó tan mal al desgraciado,
Que por poco se marcha al otro mundo.
Si eres sargento, por desgracia ó suerte,
Aborrece el pescado hasta la muerte.

—

Á Antero le tocó la lotería,
Y al punto estableció una sastrería;
Pero le fué tan mal al pobre Antero,
Que perdió casi todo su dinero.
Si te toca algún premio, por fortuna,
No establezcas jamás tienda ninguna.

—

Con una Juana se casó Vicente,
Y pasó la existencia alegremente;
Pero con otra se casó Edelmiro,
Y terminó por dispararse un tiro.
Si tu novia, lector, se llama Juana....
Puedes hacer lo que te dé la gana.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

BECQUERIANAS

Del brazo de su esposo en el paseo
La suelo distinguir,
Y siento enrojecerse mis mejillas,

De puro berrenchín;
Luégo, pensando en lo que el mundo dice
De su dueño y señor,
Digo á mi vez:—¡Más vale que ese sea
Lo que quise ser yo!

—

De la vida agitada de soltero
Diera con gusto tres ó cuatro años,
Por contemplar á Bécquer
Vivo á mi lado.
Y mucho más, por conseguir que atento
Escuchase sus versos *transformados*,
Sin que antes que acabara
Me diese un palo.

AURELIO YANGUAS FLEURY.

MENUDENCIAS

Ha fallecido en Osuna, víctima de una larga y penosa enfermedad, el que fué nuestro buen amigo y colaborador de PERECITO, D. Rafael Pérez Rechart.

Modelo de hijos y de compañeros, estudioso y aprovechado como pocos, el Sr. Pérez Rechart se granjeaba el afecto de cuantos tenían ocasión de cultivar su bello trato.

Segadas en flor las más risueñas esperanzas, ha sido muy sentida la temprana muerte de nuestro joven é inolvidable amigo.

Reciba su distinguida familia nuestro más sentido pésame.

En evitación de las dudas de nuestros suscriptores, hacemos saber que PERECITO seguirá publicándose en la forma que desde un principio adoptó, dando únicamente sus números extraordinarios, como ya indicamos, los meses que tengan cuatro domingos.

¿Me explico? Creo que sí.

El embustero Barola
Le decía á don Facundo:
—Desengáñese usté; el mundo
Es puramente una *bola*.

Se hablaba en cierta reunión de las letras que le sobran al alfabeto castellano, y decía un caballero:

—Yo opino que la H no hace falta.

—Pues ¿y la K?—interrumpió otro.

—¡Toma! á la K *llámale H*.

—¿Ha visto usted los duros
Del Rey pequeño?
—Nó, nó, no los he visto....
(Ni espero verlos.)

En un coche de primera:

Una señora, hasta cierto punto, saca una petaca y le pregunta á un joven, su único compañero de viaje:

—¿Fuma usted?

—Nó, señora.

—¿Le molesta á usted el humo?

—Sí, señora.

—Bueno; pues saque usted la cabeza por la ventanilla.

Un caballero vuelve de pescar, y grita sofocado:

—¡No se pescan más que anguilas y camarones!

—¡Cá, hombre,—dijo su señora;—tú *no sabes lo que se pesca!*

PASATIEMPOS

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Salto de caballo:

Te debe de haber gustado
Este número, lector;
Lo uno, porque es regalado,
Y después, porque es mejor
Que si te hubieses hallado
Uno como el anterior.

Charadas.—I SOLFEO.—II NOVENO.

Charada.

Primera y *segunda* es tribu,
Y mi *tercera* no es.
Lector, el *todo* es tribuno;
Conque ya lo sabe usted.

SALTO DE CABALLO

Den	men	sé			cer	tos	ba
Man	te	Y	Don	fa	los	ó	a
te.	Jo	cil	(1) Man	ca	te,	ta	sal
	te	con,	nin	Vi	Man	te	
	y	si	te	Man	a	cen	
ca	for	rás	clu	gu	ba.	se	cer
ba,	sion	se	tu	(56) con	con	no	Yo
es	se	za			no	ta	en

Empieza en el número 1 y acaba en el 56.

CONSULTAS

P. F. T., Sevilla.—No sirve el soneto.

¿Por qué no se firma usted con su verdadero nombre, Sr. D. A. Y. F.?

Letra Grande, Sevilla.—Es usted un *tabardillo*, y su hermano otro. La claridad debe reinar entre los amigos.

D.ª Coqueluche, Sevilla.—Lo mismo digo, *hidalga*.

Sr. D. R. R., Sevilla.—Si es capricho le llamaremos á usted desde ahora en las *Consultas*, *Huevo duro. Lo cual que* no quita nada para que siga usted en palotes. ¡Á trabajar!

Con el sudor de su frente llegará usted á curvas.

Venenillo, Madrid.—Hombre, está usted más callado que en misa.

Uno nuevo, Sevilla.—Me parece que llegará usted á viejo y no se habrá visto en *letras de imprenta*, apesar de ser su *hanelo*, como usted dice.

Sr. D. K. K. Ceno, Sevilla.—No hay caso.

Un amigote, Sevilla.—¡Bravo, bravo! Venga la firma.

Tío Jindama, Sevilla.—Es.... es.... es.... us.... us.... te.... te.... ted.... ton.... to.... y me.... me.... me.... dio.

Don Silvestre, Sevilla.—Lo.... lo.... mis.... mo.... di.... di.... di.... go.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.—*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 11 de Marzo de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. | NÚM. 19.

SUMARIO

CRÓNICA

En nuestro número 17 tuvimos el gusto y el honor de dar á conocer el primer trozo de la nueva leyenda que preparaba el inspirado poeta D. Manuel Cano y Cueto con el título de *La bruja*. (Tradición sevillana.).

Hoy tenemos un gran placer anunciando que el vate sevillano ha terminado su obra y que en breve la dará á conocer en el Ateneo y Sociedad de Excursiones.

Cuantos leyeron las hermosas quintillas publicadas en PERECITO, en que describe el Sr. Cano la herrería del tío Martín, tendrán sin duda vivos deseos de conocer *La bruja*. ¿Qué no será cuando les digamos que esa valiente descripción, esas felicísimas imágenes, esos admirables trozos de poesía imitativa, esos prodigios de facilidad y de dominio de la dicción poética, no dan sino muy pálida idea de las bellezas que atesora la obra?

La bruja es, ante todo y sobre todo, un cuadro dramático de primera fuerza, de gran originalidad, felizmente concebido, y desarrollado con tal fortuna, que la acción y el interés y el entusiasmo se desarrollan en progresión creciente, sin detenerse un punto desde que comienza hasta que termina la lectura de ese drama expuesto en forma de leyenda.

Hasta hace diez años había sido el Sr. Cano y Cueto el cantor de las leyendas y tradiciones de Sevilla, siendo uno de los más aventajados representantes de la escuela poética sevillana moderna, brillante, deslumbradora, prendada de las amplificaciones, desigual, atenta siempre á mantener la gloriosa reputación de los antiguos maestros.

Calló después el Sr. Cano, y apenas si dió muestras de su vida literaria hasta el pasado año, excepción hecha del drama *Bajo el Cristo del Perdón* y de los trabajos periodísticos.

¡Bien hayan los que le sacaron de su retraimiento! En pocos meses ha dado feliz término á obras tan buenas como lo son las leyendas denominadas *El hombre de piedra*, *Flor del circo* y *El toque de agonía*.

Y cuando todavía las prensas no habían tenido tiempo de dar á luz esas obras, hé aquí que nos sorprende el Sr. Cano con *La bruja*.

En las tres primeras leyendas hubo ocasión de observar que el Sr. Cano tenía deseos y alientos bastantes para entrar de lleno en el camino de la poesía moderna, poniéndose á la altura de los primeros, y en la última ha llevado sus progresos á tal extremo, que ha logrado, á nuestro humilde juicio, la perfección en ese difícil é importante género literario.

¿Á qué procedimiento pertenece *La bruja*? Al género bueno, al que cultivan los autores realmente originales cuando se deciden á echar á un lado todos los convencionalismos para atender sólo á lo que pide la profundidad del pensamiento, la sinceridad artística, la ecuación perfecta entre el asunto y la manera de expresarlo, y, en una palabra, las eternas leyes de lo bello.

Estudiado perfectamente ese difícil período histórico en que la bruja representa grandísimo papel, escogida una tradición sevillana, imagina el poeta un drama *realista* sobre toda ponderación, lo desarrolla de la forma más *natural*, utilizando la magia del *romanticismo* que fluctúa en todo lo bello, y consigue que su fondo idealista esté bañado por las aguas poéticas de todos los géneros, de suerte que todos exclamen:

¡Bravo, magnífico, sublime!

Así, así será calificado ese poema bautizado con el nombre de *La bruja*, que ó mucho nos equivocamos ó dará al Sr. Cano y Cueto el cetro de nuestros poetas legendarios.

Discutidas serán acaso algunas osadías de forma; pero sobre la más exigente crítica resplandecerán las innumerables bellezas que hacen de *La bruja* la primera de las obras del Sr. Cano.

¿El argumento? Ya lo oiréis en el Ateneo Ya lo leeréis, si no, cuando se publique la obra. Y en todo caso ya lo sabréis por mí otro día, cuando con más espacio me la dé de crítico (con perdón sea dicho).

Por hoy sólo quería decir que me ha entusiasmado *La bruja*.

Y que creo que su publicación es un día de regocijo y de gloria para las letras patrias.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

EL HAMBRE Y EL AMOR

Dijo hace tiempo un autor,
Sin duda un sabio profundo,
Que los dos ejes del mundo
Son el hambre y el amor.
Y juzga, con fe sincera,
Tan sabia su afirmación,
Que en esta composición
La cito por vez tercera.
¿Que es una debilidad?
No pelearemos por eso;
Pero, señores, confieso
Que me gusta de verdad.

—

Bajo insondable capuz
Da ser á un alma el Eterno,
Y se abre el seno materno
Para dar un niño á luz:
Pues es que con dulce arrullo,
Del hogar la llama santa,
Sembró una amorosa planta
De la que brotó un capullo.
Y ¿qué sigue? ¡qué ha de ser!
Apénas deja su encierro,
Llorando como un becerro
Pide el niño de comer.
Y si un manantial de amor
Fué semilla germinal,
De leche otro manantial
Le ha de dar savia y vigor.
De amor, es sagrado el nombre:
Es el hambre férreo yugo,
Que al capricho de Dios plugo
Dar por ley eterna al hombre.
(Y á nadie fácil parezca
Rechazarla aunque le plazca)
Que fruto del amor nazca
Y que por el hambre crezca.

—

¿Qué es morir? Hambre insaciable
De la nada, que convida
Á la muerte, con la vida
De lo finito y mutable.
Y es la maña más funesta
De las mañas del no ser,
Que no pára de comer;
Siempre está su mesa puesta.
Perdona, caro lector,
Si sigo firme en mis trece;
Mas, en verdad, me parece
La muerte un horrible amor.
Ella, *nada;* el alma, *todo;*
Ambiciosa aquélla dél,
Aspirando unirme á él
Y no hallando fácil modo
Sube hasta Dios, solicita
La unión, el Padre la niega,
Protesta aquélla, el juez llega
Y el alma se deposita.
Y pues precisa que cuide
De ella un depositario
Imparcial, es necesario
Que en la materia se anide.
Esta es un campo intermedio
Entre el cielo y el profundo,
Y hé aquí al alma en el mundo
Rabiando mientras de tedio.
Pues, señor, el tiempo pasa,
Y pasa pronto en verdad:
¿Que el alma es mayor de edad?
Pues ya está la muerte en casa.
Y tras la contienda triste,
Lucha que apena y asombra,

Entre la luz y la sombra
Y el barro que se resiste,
Y la materia que ve
Royendo al gusano ya,
Y el temor del qué será,
Y el despedir lo que fué,
Cúmplese el loco deseo
De la muerte alborozada,
Y el espíritu y la nada
Eternizan su himeneo.
Después, una fosa hambrienta,
Pasto al gusano roedor,
Germen que dará á una flor
La savia que le sustenta.
Una campana que llora,
Olvido y sombras detrás....
¿Qué es ello? una virgen más
Que el minotauro devora.
¿No encuentras claro, lector,
De mi hipótesis el fin?
Junto al tálamo, el festín;
El hambre junto al amor.
Y pues va en pie mi teoría
Del amor al hombre junto,
Pasaremos á otro punto:
Basta de filosofía.

—

Seré muy breve en verdad;
No recurriré á la ciencia,
Pues lo enseña la experiencia
Con la mayor claridad.
¿Ves al político ardiente
Buscar de la ley el faro?
Ó es *amor* patrio (que es raro),
Ó es *hambre* (que es más frecuente).
¿Ves á aquel pollo soltero
Que á una bella su fe jura?
Ó es *amor* de su hermosura,
Ó es *hambre* de su dinero.
¿Ves al sabio que fatiga
Y exprime su inteligencia?
Ó es el *amor* por la ciencia
Ó es el *hambre* quien le hostiga.
¿Aquel que en sus ratos de ocio
Reza, en la iglesia, ferviente?
Ó es *amor* que por Dios siente,
Ó es *hambre* de hacer negocio.

—

Desde el anhelo prolijo
Con que en noche solitaria
Enseña santa plegaria
La madre en su cuna al hijo,
Hasta el ignoto motor
Que del viento entre los giros
Conduce, como suspiros
Que van de una en otra flor,
Al polen que fecundante
Traspone abismos y lomas,
Llevando en su seno aromas
Como una oblación amante,
Todo en la tierra respira
Amores, con dulce calma,
Todo es amores del alma,
Todo es amor que suspira.

—

Desde el hombre que devora
Atmósfera, seres, plantas,
Creyendo justas y santas
Leyes que sigue, aunque ignora,
Hasta la flor cuyo estambre
Atrae con hermoso aspecto,
Y devora al leve insecto
Que á ella vuela, todo es hambre.

—

Por estas leyes regida,
Cruza la Tierra el espacio:
Los fulgores de topacio
De una luz desconocida,
Quizá con puro arrebol
La atraigan como á su amada....
Quizá muera devorada
Por el hambre de otro sol.

—

En fin, que sea ó no profundo
Este juicio.... á mí, ¿qué...?
Mas hambre y amor, sí sé
Que son los ejes del mundo.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

Á UN NATURALISTA

Sin duda te has pensado
Que vas á conseguir con tu carrera
Hacerte hombre de ciencia renombrado
Y ser una eminencia verdadera.
Pues mira, yo te digo
Que sólo tomarás insolaciones,
Y como soy tu amigo,
Muy formal te aconsejo que abandones
Esa afición que de locura pasa,
Y que á la vuelta de las excursiones
Te hace llegar á casa
Con todo el pantalón hecho jirones.
Tú me dirás á mí pobre poeta,
Y que la quiero dar de sainetero,
Y que no tendré nunca una peseta;
Mas todo lo tolero,
Contestando que pierdes la chaveta
Por un escarabajo *pelotero*.
Digno es de ver tu estante,
Que tienes, eso sí, muy arreglado
Con bicharracos á uno y otro lado
Y chinos por detrás y por delante,
Que hay para hacer, quizás, un empedrado.
Y tú mirando aquello embebecido
Clasificando cuidadosamente,
Y á lo mejor gritando enfurecido
Porque pierdes un bicho. Francamente,
Si sigues tu afición tan decidido
Irás á Leganés seguramente.
De noche, por supuesto,
En lugar de rezarle á cualquier santo
Te dirás: —Con insectos me levanto
Y con piedras me acuesto.—
Yo mientras tanto seguiré en mis trece
Diciendo que te vas á volver loco,
Aunque ya me parece
Que, por desgracia, te hace falta poco.
Deja, pues, tu carrera fastidiosa
Y métete á otra cosa.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

UNA VISITA

—¡Tilín, tilín!

—¿Quien llama?

—Una visita de confianza.

—Adelante. ¿Qué se ofrece?

—Señor, vengo á ofrecer á usted mis servicios; vengo á hacerlo á usted hombre....

—Muchas gracias; no hace falta.

—Usted dispense, señor; lo digo porque se asegura que el estilo es el hombre, y yo traigo aquí, con objeto de cederlos á poco precio, estilos de diferentes clases: los tengo elegantes, familiares, campanudos, á lo Zolá, á lo Larra, estilo elevado, estilo anticuado, con erudición....

—Sí, y con salsa, y salteados, y á la Pompadour.... Basta; no necesito de los servicios de usted: ya tengo uno liso y llano, y me va bien con él: no pienso cambiar por ahora.

—Usted perdone si me atrevo á aconsejarle, pero creo que no está usted á la altura de la época; me parece que le sería muy provechoso alguno de los muchos que traigo en mi colección: estilo pornográfico, por ejemplo; es la moda.

—Gracias, prefiero estar atrasado.

—Pero al menos no se negará usted á ver algunas muestras; ¿quién sabe si le enamorará alguno?

—¡Vaya! sea. De todos modos no he de verme libre de usted sin oirle.

—Pues el señor juzgará: voy á presentarle un estilo muy apreciado hoy por altas clases, principalmente por las damas; es una preciosidad en su género. Aquí tiene usted.

—¡A ver...! papel de periódico. Leamos:

«La más exquisita elegancia y el más refinado gusto, unidos á las fastuosidades de un lujo asiático, imperan en la casa de los duques: hasta el retrete manifiesta, con sobrada elocuencia, las grandezas de sus distinguidos dueños. Los mármoles que revisten este delicioso camarín, encanto de la duquesa, son los mismos que adornaron, como preciosos zócalos, la antigua y noble casa solariega de sus mayores.

»Inagotables surtidores de cristalinas aguas recorren con poético murmullo las paredes del vaso de alabastro destinado á prestar consolador desahogo á los amables cuerpos de los nobles duques. Las pinturas de paredes y techos incitan, como los fruteros de un comedor, á realizar el destino de aquella elegante pieza: bien supieron sus preclaros dueños hacer á las bellas artes cooperadoras de sus menores deseos, con el exquisito gusto que caracteriza á la bella duquesa y el boato con que siempre el magnánimo prócer, su esposo, supo adornar los caprichos de....»

—Basta, basta; me doy por muy satisfecho con lo ya leido.

—Como usted ve es una preciosidad; de un efecto seguro.

—Sin duda ninguna: yo me siento ya con ruido de tripas y con empacho de nobleza y elegancia; pero si á usted le parece dejaremos ese estilo para los revisteros de salones: me carga la adulación servil.

—¡Oh! pues aquí traigo otro estilo, que pudiéramos llamar novísimo: estilo ligero, zumbón. Vea usted, vea usted.

«Esta es una familia cursi
»Del cuarto cuarto.
»El papá es un empleado
»De á cuatro mil,
»Con descuento
»Y sin gajes.
»La mamá colecciona cortezas de tocino
»Y araña á su marido *nocturnamente*,
»Vamos al decir, todas las noches.
»La niña es alta
»Y seca,
»Y pálida
»Y ojerosa,
»Y tiene *mal de amores*, según dice la vecina del segundo
»Que es una señora muy gorda
»Con cara de pandereta.

»La suegra (del empleado) es modelo en su género.
»Y guarda el dinero en un calcetín.
»Es una señora como bigotuda....»

—¡Pero hombre, por Dios, basta de lectura; si eso es insufrible! ¿Háy quien lea eso?

—Pues ya le he dicho á usted que es el género novísimo; párrafos entrecortados, á renglones cortos: son estudios de tipos.

—¡No están malos tipos los cultivadores del género! ¡Ah! ¡Si resucitara Larra!

—¿Quién, Larra? Eso está ya antiguo: artículos interminables, monótonos.... no es el gusto del día....

—Bueno, bueno; veamos otro.

—Aquí tengo el estilo descriptivo, para articulo de costumbres.

—Bien; lea usted, yo estoy ya cansado.

—Pues atención:

«El cuarto de la taberna donde se reunían nuestros personajes era un vasto salón: de las paredes colgaban la clásica guitarra, algunos pares de castañuelas, dos chaquetillas de torero, varias navajas cruzadas como en una panoplia....»

—Pero eso que está usted leyendo ¿qué es?

—La descripción de una fiesta andaluza.

—¿Quién le ha dicho al autor que en esas fiestas hay tanto bártulo colgado de la pared? Eso es un disparate.

—Bien, hombre, no sea usted rígido: los lectores tampoco saben nada de eso.

—Pero eso es engañar al público con mentiras mal fraguadas.

—¿Y qué importa? La cuestión es decir algo original y nuevo.

—¡Adelante!

«De repente *el Bato*....»

—¿El *bato* de quién?

—¡Yo qué sé! Lo que interesa es usar á menudo alguna frasecilla gitana, pegue ó no pegue.

«De repente *el Bato* saltó sobre una mesa y comenzó á bailar el ole....»

—¡Pero hombre de Dios, ¿qué barbaridad es esa? si el ole es un baile exclusivamente femenino! Mire usted: por si lo demás sigue lo mismo, hágame usted el favor de no leer más, ni de ese ni de ningún otro estilo; y cónstele que no envidio á ninguno de esos caballeros autores, por más fama que tengan: antes de hablar de costumbres que las estudien bien; y si quieren acertar, que se tomen el trabajo, como Sanz Pérez, de vivir algunos años entre los tipos cuyas costumbres traten de describir. Basta, basta de estilos y de géneros; estoy muy satisfecho con el mío, que sin pretensiones ni supuesta originalidad es muy suficiente para mis usos: escribir cartas á mi familia, y de cuando en cuando algún que otro articulejo en mi semanario, á la buena de Dios, sin intención de asombrar, y sabiendo ya de antemano, que dado el buen juicio de mis suscritores no han de ser amantes ni de cursis lucubraciones aduladoras, ni de estudios de tipos vulgares en rengloncitos cortos, ni de racimos de embustes con la fatua pretensión de describir costumbres que no se conocen. Adiós, mi querido vendedor de estilos modernos; adiós, y no vuelvas más por aquí.

Gracias á Dios que me dejó tranquilo: Dios lo perdone.

PERECITO.

DOS CARTAS

II

Á mi compromiso fiel,
Conforme estaba ofrecido,
Ahí va lo que he leído
En el segundo papel:

«Á MI PEPE

¡Con cuánto afán esperaba
Carta tuya en er correo!...
¡Me parecía mentira
Que iba á llegar el cartero!
Y á la fin vino.... ¡Ay qué gracia,
Qué sandunga y qué salero
Has tenio para escribirme
Tu carta en er campamento!
Con er fusí entre las piernas
Dices que ha estao escribiendo....
¡Ten cudiaíto, mi arma,
Ten cudiaíto, moreno,
No se vaya á salí er tiro
Y te quées imperfeuto!
Por la salú de mi mare,
Mi Pepiyo zalamero,
Que estoy que no quepo en mí
Desde que tu carta veo.
La he besao letra por letra,
Me la he guardao en er pecho,
Para que á su calorcito
No se borren los letreros.
Y cuando voy á acostarme,
Por la noche cuando rezo,
En vez de sacá el rosario,
Saco la carta y la leo.
¡Jesú, qué orgullosa estoy
Porque ya cabo te han hecho!
De modo que ya soy caba
Sin comerlo ni beberlo....
Desde aquí, Pepiyo mio,
Parece que te contemplo,
Con los galones doraos,
Mandando tu regimiento:
—¡Firmes!—les dirás gritando.
—¡Carguen!—exclamarás luégo.
Y todos irán armaos
Tras de los moros corriendo....
¡Ay! Sólo un favor te pío,
Y has de hacer por concedérmelo:
—Que no maltrate á ninguno
De los sordaítos esos.
¡Probecitos! ¡probecitos!
Tóos, er que más y er que ménos,
En sus casas han dejao
Sus amores, sus recuerdos....
Unos tendrán á sus mares,
Otros tendrán á su agüelo,
Alguno á sus hermanitas,
Esperando.... como espero.
Y también habrá ahí argunos
Que llevarán en sus pechos
El retrato de una jembra
Que tendrá mi mismo cuerpo,
Aunque no mi misma cara,
Ni mi mismo pelo negro.
Conque, ya sabes, Pepiyo,
Que para tóos seas muy güeno.
Una cosa no me gusta
Entre tóas las que me has puesto:
Lo que dices que le viste
Á las moras del terreno.
Tú no tienes que guiparle
Ni los bajos, ni los medios,
Ni jacerme comparanzas
Con tóos esos estafermos.
Lugar tienes cuando vengas,
Y á solas los dos estemos,
De arrepará en esta gloria
Y no ver esos infiernos.
¡Igualitos, igualitos
Serán sus deos y mis deos,
Sus patazas con mis pieses,
Su jabla con mi careo!...
Desde que te hicieron cabo
Se te han perdío los sesos,
¡Y tengo una reeoncomia
Que estoy podria por dentro!...
No te quiero general
Si has de está en er campamento,
Que quieo tenerte á mi lao,
Manque sea de ranchero.
Conque ya pué dí sortando
Con er fusí tóos los tiestos,
Y deja á los moros vivos,
Que ningún daño te han jecho.
Y pedirás la arsoluta,
Y si no lo jaces presto,
Er día menos pensao,
Que me coja de mal viento,
Me voy á los andurriales
Aonde están to esos camellos,
Y auiguá de está esperándote
Me doy ar moro más feo.
. . . .
Tó esto es broma, mi Pepiyo;
No jagas caso de ello,
Es que estoy enfurecía
Porque me ajogan los celos.
¡Adiós, Pepe de mi alma,
Que se va acabando el pliego,
Y si pongo más papel
Luégo cuesta más dinero;
Que vengas pronto, que vengas,
Que si tardas mucho tiempo,
Yo me voy á poner fea
Y tú te pondrás muy viejo,
Y no va á haber descendencia
Manque muchito nos quiéramos.
¡Ay, quién fuera golondrina
Pa volá á esos hemisferios
Y tirarte un pellizquito
como *aquéllos*, como *aquéllos*!
¡Adiós, alma de mi alma,
Que te conserves muy bueno;
Aquí tu Rosario espera
Con firmeza y con deseo!
(Por temor de que se pierda
Esta carta en er correo,
No te mando dentro de ella
Un ricito de mi pelo.)»

Lo prometido cumplí;
Las dos cartas descifré,
Y en ello reincidiré
Si otras hallo por ahí.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

MISTERIO

El sábado por la noche,
Al retirarme á mi casa,
Marchando por cierta calle,
Tan estrecha como larga,
Vi que pasó junto á mí
Embozado en una capa,
Corriendo á todo correr,
Cierto chulo, que llevaba
Abierta completamente
Una colosal navaja.
Me sorprendió, de verdad,
Aparición tan extraña,
Y comprendí en el instante
Que la intención que le guiaba,
Á juzgar por la herramienta,
No debiera ser muy santa.
Primero pensé en *dar parte*,
Luego pensé en no *dar nada*,
Y determiné seguirle,
Mas desde cierta distancia,
Para ver el desenlace
De aquel que yo juzgué un drama.
Corre el chulo más de prisa,
Esto me produce escama,
Vuelve la esquina de pronto,
Y entónces que yo esperaba
La solución, veo que entr
En una tienda, y exclama
Con voz fuerte:—«¡Afilador!
¡Afile usté esta navája!»

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

EPIGRAMAS

I

«Buena mujer es Elena,»
Dicen, tu hermosura al ver,
Y eres muy buena mujer,
Pero no mujer muy buena.

II

Preguntó á un cojo un amigo:
—De salud ¿cómo anda usted?—
Y el cojo le contestó:
—Pues, hombre, *no ando* muy bien.

III

—¿Cómo el público no aclama
Al afamado Pascual?
—Hombre, porque tiene fama....
Pero es fama de animal.

José Sainz Calvo.

MENUDENCIAS

Los Lunares, de Almagro; *El Movimiento Escolar*, de Madrid; *El Orden*, de Sanlúcar de Barrameda, y *Religión y Literatura*, de Málaga, son los colegas que nos han honrado con su visita la semana pasada.

Damos á todos las gracias y queda establecido el cambio.

Ganaba á Teodoro Ballo,
Jugando al monte, Conrado,
Y éste dijo entusiasmado:
—¡Soy caballo, soy caballo!—
Y al escucharlo Teodoro,
Entre dientes se decía:
—¿Caballo? ¡Pues yo sería
En este momento ¡¡toro!!

Partes y coros y *Los dominós verdes* son las obras estrenadas últimamente en el teatro de Cervantes.

La primera de dichas obras es una de las muchas que se escriben con la sola idea de hacer reir al público, y lo ha conseguido su autor D. Ricardo Monasterio. En el desempeño sobresalieron la Sra. Vedia y Srta. Díaz, y los Sres. Ruíz de Arana y Royo.

Los dominós verdes no llamaron la atención, apesar de que la Srta. Díaz interpretó á maravilla su papel. También el Sr. Verdejo es digno de elogio.

Si alguno de ustedes quiere tomar buen café ó buenos licores, etc., etc., que se dé una vuelta por el café de «El Comercio,» situado en la calle de la Cuna.

De vinos hay un derroche,
Y me atrevo á asegurar
Que el que allí vaya una noche
Otra no vuelve á faltar.

PASATIEMPOS

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

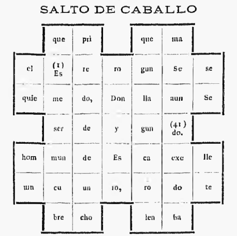
Charada.—Tribuno.
Salto de caballo:

Mantecón, don Vicente,
Acertaba los saltos fácilmente;
Y don José Manteca se esforzaba,
Y ninguno acertaba.
Yo no sé, en conclusión,
Si tú serás Manteca ó Mantecón.

Charada.

Segunda y *prima* es vocal,
Y *primera* y *dos*, lector,
Apellido de un actor
De renombre universal.

SALTO DE CABALLO



	que	pri		que	ma	
el	(1) Es	re	ro	gun	Se	se
quie	me	do,	Don	lla	aun	Se
	ser	de	y	gun	(41) do.	
hom	mun	de	Es	ca	exe	lle
un	cu	un	ro,	ro	do	te
	bre	cho		len	ba	

Empieza en el número 1 y acaba en el 41.

CONSULTAS

Sr. D. S. P. Q. R., Sevilla.—Venga la firma. Gracias por el *Silogismo*.

Paciencia, Sevilla.—El salto de caballo está bien, pero es demasiado grande para las columnas de Perecito.

Lo cual que no impide que remita usted más trabajos de esa índole. Pero más reducidos, ¿eh?

Sr. D. L. G. O., Sevilla.—Su composición consta de doce versos, y entre ellos los hay de seis, siete, ocho, nueve y diez sílabas. ¿En qué metro está escrita? Además, *mes* y *estremecer* no son ni serán consonantes, aunque usted quiera.

Ni *tuerto* y *esto*, tampoco.

Ni *fué* y *mes*.

Conste.

Vito, Sevilla.—No sirve el «Polvo rapé.» ¡A....chis...!

Lo siento.

Un cualquiera, Sevilla.—¿Y usted quiere que le digamos todos los defectos de sus composiciones? Entonces sería necesario publicar un número doble. Pero exclusivamente para eso.

Un amigote, Sevilla.—¿Que no remite usted la firma? ¿Que nó?

Pues no sabe usted el favor que nos ha hecho. ¡Ya habíamos decidido no publicar su composición!

Huevo Duro, Sevilla.—Con ese pseudónimo escribe usted peor todavía.

Nada, á seguir en palotes.

Plato, Sevilla.—Hermosilla es de Sanlúcar. Y los versos de usted no son seguidillas ni nada.

Siga usted en sus trece, si es un capricho.

Por lo demás pierde usted el tiempo y el papel.

Sr. D. M. L. D., Sevilla.—Á las madres se les debe tener mucho respeto, y no dispararles peladillas poéticas.

Sr. D. C. de V. A y S., Sevilla.—¿Conque la niña es coqueta?

¿Á mí qué me cuenta usted?

Venenillo, Madrid.—Cuando usted guste. Gracias por todo. Puede usted darse tono.

Uno, Sevilla.—Ya se lo he dicho á usted dos veces: es usted tonto de capirote.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscripción.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—Precios de venta: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo, debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 18 de Marzo de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 20.

SUMARIO

CRÓNICA

Así como en la semana anterior tuvimos la satisfacción de anunciar un día de regocijo y de gloria para las letras sevillanas, con motivo de la terminación de *La bruja* del Sr. Cano y Cueto, así también podemos hoy echar á vuelo las campanas del patriótico entusiasmo con ocasión de dar el Sr. D. Fernando Tirado los últimos toques al cuadro que va á presentar en la Exposición Universal de Barcelona.

Representa este lienzo del Sr. Tirado *La última comunión de los cristianos condenados á las fieras.*

El asunto no puede ser más grande: Roma ha vencido á todos los pueblos y ha traído muertos y atados á su carro triunfal todos los dioses del Paganismo; á la República ha seguido el Imperio, y la austera virtud romana y el inextinguible afán de conquistas son reemplazados por una depravación sin límites y por rabiosa sed de materiales placeres: tras la oscura noche del Paganismo aparece la aurora del nuevo día sellada en el Gólgota con la sangre del Redentor; los apóstoles llevan la buena nueva por todas partes, evangelizando con su ejemplo, con sus doctrinas y con sus milagros; la corrompida Roma declara guerra á muerte á la nueva Religión, que se funda en la paz y el amor, en espíritu y verdad, en el desprecio de los bienes y placeres mundanales, y que anuncia que no habrá en adelante señores ni esclavos, sino hermanos.

Entonces comienzan las persecuciones á los cristianos, y la sangre de los mártires es semilla de bendición, que da mil creyentes por cada una de las víctimas.

Los cristianos no pueden dar una prueba ostensible de su fe sin ser condenados á ser pasto de las fieras en el Circo, sirviendo así de diversión á sus sanguinarios verdugos y á un pueblo envilecido sobre toda ponderación. Pero nada intimida á los que siguen la Cruz: perseguidos, encarcelados, arrojados á las hambrientas fieras, no apostatan, antes se ratifican en su fe; y si no han tenido la dicha de recibir la comunión, la improvisan allí como pueden en la sangrienta arena, dándose mutuamente el Pan eucarístico, y mueren edificando con su inquebrantable constancia.

Por eso los cristianos se multiplican á medida que son más terribles las persecuciones y más feroces los martirios....

El Sr. Tirado ha estudiado el solemne momento en que uno de los ancianos entra en oscura mazmorra para dar la última comunión á tres cristianos, que al día siguiente han de ser destrozados por las fieras.

Á la puerta de la prisión se ve el carcelero,—quizá sobornado, acaso clandestinamente convertido á la nueva fe;—delante el venerable anciano, que va á ofrecer á los inocentes prisioneros el pan de consuelo y de esperanza.

Arrodillado ante el sacerdote, un joven, patricio sin duda, reconcentra su mirada y su pensamiento en la sagrada Hostia, siendo viva representación de la más pura y acendrada fe.

Detrás del joven, un hombre de edad madura, un liberto tal vez, eleva sus ojos al cielo, revelando dolor profundo y grandísima confianza á un tiempo mismo: es el símbolo de la esperanza.

Entre el hombre y el joven, sentado en el suelo, vuelto de espaldas, un viejo también atiende á la gran ceremonia que va á dar comienzo: representa la resignación cristiana.

El sacerdote, de venerable aspecto y mirada penetrante, va á ofrecer el Pan al joven, que anhelante se le acerca medio arrodillado.

Por esta desaliñada descripción se ve claramente que el artista ha acometido con valentía un asunto de primer orden, en un momento solemne: así lo revelan la gran expresión de los semblantes y la actitud en que están colocadas las figuras. Es un cuadro lleno de vida y de interés.

Á las dificultades que naturalmente se desprenden del asunto hay que agregar la que se ha propuesto el Sr. Tirado presentando á los presos casi desnudos; con lo que todo es dibujo, observación, un prodigio de habilidad y valentía. Los cuerpos se salen del lienzo; los músculos tienen la contracción propia de las varias actitudes; aquella carne es viva, perfecta; se necesita verla para comprender la habilidad con que el artista ha sabido trasladar al lienzo lo visto de una manera admirable.

Profanos en el arte, sólo diremos que *La última comunión* nos impresionó vivamente, nos encantó y asombró, por las grandezas de la concepción, por las maravillas del color y por los detalles, de los que hay un verdadero derroche de observación y de maestría.

Nosotros cumplimos hoy gustosísimos el deber de cronistas dando esta deslabazada noticia, felicitando de todo corazón al Sr. Tirado y diciendo realmente entusiasmados:

«Sevilla estará dignamente representada en la Exposición Universal de Barcelona.»

Manuel Díaz Martín.

LO QUE SALGA

Dadme un asunto y á escribir me apresto:
Me parece que hoy
Sopla la musa bien, y predispuesto
En gran manera á poetizar estoy.
¿Cuál es el tema? ¿Una protesta ardiente
De sempiterno amor á mi adorada?
No admito: eso se dice frente á frente,
Con el gesto, la voz y la mirada;
Y estando así, cercanos,
Y respirando de ella el fresco aliento,
Y cogidas las manos,
Expresa más poesía el pensamiento
Que cuantas hacer puedan los humanos.
¡Otro tema, otro tema! Ese no agrada
Y está ya muy gastado....
¿Cómo ha surgido el hombre de la nada
Y la tierra ha poblado?...
Francamente, me tiene sin cuidado.
Hoy conviene escribir cualquiera cosa
En estilo jocoso;
Poesía por mitad, por mitad prosa,

Rimada bien ó mal, pues hará el oso
Todo el que escriba serio y cuidadoso.
Un tema baladí.... ¡El rastro, entiendo,
Que es un tema excelente!
Escuchando la historia de un remiendo
Reiremos á mandíbula batiente;
Ó las ansias penosas de un sombrero
Que, abandonado un día en una esquina,
Con tierno amor lo recogió un trapero,
Que en su casa le dió con tinta china,
Y hasta el pelo creció, del que unas motas
Sólo quedaban, gracias al esmero
Con que le untó de aceite de bellotas;
Ú oyendo las desgracias de unas botas
Que en tiempos infelices,
Desde el dedo más gordo hasta el pequeño
Dejó escapar, á guisa de narices
De aquel rostro risueño
Que se burlaba de su triste dueño.
Una historieta así, bufa, ligera,
En un metro cualquiera,
Prestará á los lectores más contento
Que el más sesudo y grave pensamiento.
¿Cantaré una elegía?... ¡Bah! No gusta.
¿Una oda al vapor? Es cosa grave.
Y tanto tema, la verdad, me asusta.
¿Cantaré un himno al ave?...
¿Al sol.... á la borrasca?... Francamente,
Ya esos temas no gustan á la gente.
Pero, lector, el caso bien pensado,
Con lo que ya he charlado
Sospecho que cumplí lo que debía;
Conque, paciente amigo, hasta otro día,
Que si estoy como ahora, algo inspirado,
Procuraré ser breve y mesurado,
Y hallar un tema en la mollera mía.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

UN ORADOR AMBULANTE

(DEL NATURAL).

Decoración: Una mesa;
Y por lugar del suceso,
La plaza del Salvador
Ó alguna calle del centro.

—

De pronto se sube encima
De la mesa el *discursero;*
Da un fuerte campanillazo;
La gente se va reuniendo
Alrededor, poco á poco,
Y cuando ya tiene un cerco
De personas, esperando
Que empiece á charlar, de nuevo
Agita la campanilla,
Se echa hacia atrás el sombrero,
Abre presto una maleta
Que tiene al lado derecho,
Saca de ella un paquetito,
Y á su charla da comienzo:
—Señores: Al presentarme,
Té aromático vendiendo
Ante el ilustrado público
De esta capital, no puedo
Excusarme de advertir
Que yo no soy uno de esos
Que engañan á todo el mundo
Contando embustes y cuentos;
Sino que, al contrario, estoy
Viajando de pueblo en pueblo,
Representando á una casa
Que, después de mucho tiempo
De estudios y de viajes,
De afanes y de desvelos,
Ha logrado descubrir
Este gran medicamento.
De modo, que al ofrecerme
Al público, es porque tengo
Mi licencia aquí guardada.
(Enseña un papel muy viejo,
Que tiene puesto en un marco
Para darle buen aspecto.)
Mi té, como iba á decir,
Es bueno para los nervios,
Cura dolores de muelas,
Cura los padecimientos
Del estómago, la tisis,
Enfermedades del pecho,
Reumatismo, calenturas,
Le da la vista á los ciegos,
Hace que los mudos hablen,
Hace crecer el cabello....—
Uno le interrumpe: —¡Sí,
Y resucita á los muertos!—
—El olor es exquisito;
Solamente por olerlo
Se puede dar lo que vale,
Que es poquísimo dinero;
Pues aunque siempre ha costado
Una peseta, yo vendo
El paquete por la corta
Cantidad de veinte céntimos.
En la capital, se vende
En un despacho que tengo
Puesto desde que llegué,
Cerca de calle Gallegos.
Solamente un servidor
Lo expende pocos momentos
Al público sevillano,
Por tan reducido precio.—
(Un gallego pide uno,
Y él lo envuelve en su prospecto,
Y se lo da deseguida,
Muy amable y muy atento.)
—Para demostrar á ustedes
Que lo que yo he dicho es cierto,
Voy á citar varios casos
Que les servirán de ejemplo.
Un señor se presentó
En mi casa, ya hace tiempo,
Y me dijo:—Mire usted,
En el estómago siento
Una cosa tan extraña,
Que yo mismo no comprendo
Lo que será. Sólo he visto
La mucha gana que tengo
De comer, y la verdad,
Me alarma el padecimiento.
Le aconsejé que tomase
La medicina que vendo,
Y á los dos meses cabales
Se presentó el caballero
Bueno y sano á darme gracias
Por el bien que le había hecho.
¿Queréis ver lo que tenía?
Pues lo veréis al momento.—
(Saca un frasco que contiene
Un bicho de más de un metro.)
—Esto es una solitaria
Que se lo estaba comiendo.»
(Le compran varios paquetes,
Y sigue una hora lo menos
Con toda la cuerda hablando
Y poniendo siempre ejemplos.
Hace unos juegos de manos,
Pues nota el aburrimiento
Del público, que se va
De mentiras hasta el pelo.
Sólo se acercan chiquillos,
Y él, gritando á voz en cuello,
Viendo que todo es inútil,
De un salto se baja al suelo,
Carga con todos los trastos
Y marcha aprisa y corriendo,
Renegando de Sevilla
Y del universo entero.)

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

CALAMBOURGS

Regla está por los años corcovada.
—Pues esa *regla* está inutilizada.

Ascensión ha rodado la escalera.
—Tu *ascensión,* Ascensión, la hace cualquiera.

Dos mellizos cada año tiene Gracia.
—Pues es, Gracia, tu *gracia* una desgracia.

Ya los callos Pilar cuenta por cientos.
—Malos están, Pilar, ya tus cimientos.

Tres novios tiene Cándida á la vez.
—¡La de Cándida es mucha *candidez!*

Juan con Luz, vieja rica, se ha casado.
—Es que *la luz* de Luz le ha deslumbrado.

Consuelo no desaira á ningún hombre.
—¡Eso se llama respetar el nombre!

Casó Blas con Dolores y hoy le apura
El no encontrar á sus *dolores* cura.

Á bolera Reposo se dedica.
—Pues ya Reposo de su nombre abdica.

Con Estrella Benito se ha casado,
Y dice muy formal que se ha *estrellado.*

Quince hijos ha tenido Concepción.
—¡Eso es hacer del nombre profesión!

Alegróme Alegría y he enfermado.
¡Ay, mi *alegría* qué cara me ha costado!

De casa de Socorro Juan Chamorro
Salió para la Casa de socorro.

J. M. DE VILLENA.

CONTIGO PAN Y CEBOLLA

Hé aquí una antigua frase, que ha caído en desuso; más aún quizá; en ridículo.

Tuvo su época de apogeo, su período de entusiasta acogida, en que no había labio amante que no la pronunciase con emoción y tal vez con convencimiento; en que todo corazón enamorado la presentaba entre dorados sueños á la fantasía para que ésta labrase sobre ella todo un alcázar de pastoriles ilusiones; en que condimentaba siempre, como la más exquisita salsa, las amorosas pláticas de las Julietas y Romeos de antaño.

Hoy está en baja: ha subido tanto el valor del papel en las operaciones que realizan el corazón y la cabeza, que el alza de éste ha hecho ínfimo el precio de aquélla.

Para adquirir en el presente una marca indeleble de tontera recalcitrante ó de cursilería rematada, no habría que hacer más que pronunciarla un día al lado de la futura y en presencia de mamá-suegra.—*¡Contigo pan y cebolla!*—dirían

asustadas ámbas á dos.—¡Qué ridiculez! Eso es una barbaridad cursi ó una cursilería bárbara. ¿Y ese es el cariño que tiene usted á mi hija?—añadiría la buena señora con muy práctico razonamiento.—¿Quiere usted alimentarla como á un mozo de cordel?

Y, en efecto, ese aditamento de la cebolla me parece del peor gusto, y lo hallo muy en contradicción con el prurito poético de aquella época: prefiero el pan solo. El suspiro de una bella, embalsamado con aromas de cebolla, más se me antojaría el erupto de una Maritornes, que el suave hálito de una niña encantadora, comparable, por amante exceso, á una vagarosa sílfide ó á una transparente ondina amasada á expensas de perlas, flores y corales.

Creo que los estómagos de las bellas fueron hechos por Dios para más altos fines, y no hay quien me quite de la cabeza que la clase de alimentación influye poderosamente en la hermosura: tanto, que en tiempos pensé con entera formalidad escribir un folleto demostrativo de la influencia que ejerce la sopa boba en la fealdad de las hospicianas. Señores, bajo palabra de honor, no he logrado ver una siquiera que sea digna de un segundo de contemplación. Hé aquí por qué aspiro á regalar á la que el destino me señale por compañera con los más suculentos manjares. Me declaro enemigo de la cebolla.... y de la frase antedicha.

Embutidos, carnes poco asadas y ricas de condimento, jamones extremeños, pavos concienzudamente rellenos, macizos lomos de cerdo, cabritos y otras fruslerías de este jaez, regadas con buen vino, deben ser incluidas en el *menu* diario de toda hermosa que quiera dislocar el magín del prójimo con su cuerpo sano y adorable. ¡Nada de cebollas! Y no se olvide que los pepinillos, la mostaza y las especias aromáticas son un aperitivo del amor, digno de la más alta consideración, y el último baluarte donde, á mi entender, se ha refugiado Cupido al ver que ya de todos lados le expulsan para colocar en su puesto al dios Mercurio. Nada tan poético como que el aliento de nuestra prometida trascienda á la flor de la canela, y hasta resulta con sus puntas y ribetes de andaluz de pura sangre, que equivale á decir meridional, ardiente, dado á las locuras amorosas; y no insisto en este tema, porque nadie ignora que un estómago bien provisto es el que da á los labios ese carmín que tanto incita, y á los ojos esa brillante humedad que hace tan cariñosa la mirada, y al andar ese aire grave y voluptuoso á la vez que parece decirnos *¡¡sígueme!!*, y á la carne esa transparente nitidez que está diciendo *¡¡comedme!!* Lo dicho: ¡guerra á la cebolla!

—Sin embargo,—dirá algún lector,—la verdad reconocida de toda esa apoteosis del comer bien no quita valor á la frase que se comenta, pues implica, por el contrario, mayor sacrificio en aras del amor —Sobre eso habría mucho que hablar, mi querido refutador. La época de esa frase es aquella en que privaba el uso del vinagre en pro de la palidez; del ayuno para tener interesantes ojeras; del desprecio á los buenos bocados por huir de la grosería y por amor á vaporosa delgadez: aquella era la época en que las almas femeninas, y muchas masculinas, suplían el alimento con la lectura de *Matilde ó las Cruzadas*, *Corina ó la Italia*, y aquella otra colección de novelas epistolares amatorias, capaces de hacer en los cerebros juveniles estragos semejantes á los que hicieran en el Hidalgo manchego los malhadados libros de caballería: aquella era la época de *Don Álvaro ó la fuerza del sino* y *Don Félix de Montemar*, y más de una casada pospondría á su marido *in mente* ante la posible chifladura de algún temerario *Don Álvaro*, y también alguna bella soltera soñó con el desamor de un estudiante calavera tan parecido á *Don Félix* como una gota de agua á otra.

Pero afortunadamente aquellos tiempos pasaron, y hoy, todos á una, nos encaminamos á más positivos fines: pasaron los ensueños de platónico amor, sobre un pedestal de nubes, que cada cual sabía confeccionar para su uso; pasó el desprecio de todo lo material y prosaico, en aras de lo que por ser menos real aparecía más poético; pasó el desinterés en los amores, hasta el punto de verse el estómago anulado por el corazón; y aquella *Corina*, aquella dulce y poética *Matilde*, aquel valiente y soñador *Don Álvaro* han sido expulsados, por una enérgica reacción, de muchas bibliotecas, y con ellos el valiente corcel que esperara piafando en la vecina enramada el momento supremo del temerario rapto, y el pomo de activo veneno con que *Adriana* y el *Príncipe Djalma* hicieron del tálamo nupcial un lecho fúnebre, y la poética visión de una olvidada *Elvira*, que con amante locura vaga por su jardín como angélica sombra, tejiendo para su frente de desposada coronas de azahar, que se marchitan y deshojan al contacto de sus manos.

Verdad que en el relevo han sustituido á aquellas fantásticas apologías de un amor imposible muchos tomos de la biblioteca *Demi-monde;* pero ¡qué caramba! diré yo lo que un paisano mío:—Dadme inocencia, pero no ignorancia;—y ¿quién sabe? quizá tenga razón.

De todos modos, si bien cayó definitivamente el *Contigo pan y cebolla*, aun queda como último reducto de aquellos dulces sentimientos de magnánima generosidad amorosa, y para recreo de los amantes del género, un ejemplar de esta clase, que el pueblo entona á veces al compás de la guitarra y á impulsos de apasionada fiebre:

Vente comigo y haremos
Una chocita en el campo
Y en ella nos meteremos.

PERECITO.

CARTAS

I

Señorita: En la ventana
La he mirado esta mañana
Al pasar, y.... francamente,
He quedado
De su faz enamorado
Locamente.
Y tanto, tanto fué así,
Que á su portero pedí,
Con yo no sé qué pretesto,
Pluma y papel, y escribí
Todo esto.
Mucho me ha gustado usté,
Y seré,
Si no me da el sí, un suicida,
Porque, sin saber por qué,
La quiero más que á mi vida.
Ya está de todo enterada:
Contésteme en el instante.
Siempre su rendido amante,
Julio Prada.

II

Si es que me vió en la ventana
De mañana,
Y en el momento chiflado
Se quedó,
Está usted equivocado,
Y en su carta lo probó.
Porque si por mí está loco
Y me ama como á *su vida*,
Y dice que se suicida,
Debe quererme muy poco.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

CASTILLOS DE NAIPES

Voy á comprarme un terno y una capa
De paño superior;
Un pardesús, un ruso y unas botas
De satín y charol;
Un sombrero, un paraguas, dos corbatas,
Y un bonito bastón,
Calzoncillos, camisas, calcetines,
Cepillos y un reloj.
Labraré un gran palacio allá en la plaza
De la Constitución,
Con cocheras y cuadras ventiladas,
Que alojen un landó,
Un cupé, cuatro potros alazanes,
Dos tordos y un faetón.
Luégo que esté equipado mi palacio
Cual el de un gran señor,

Contraeré matrimonio en plazo breve
Con la bella Asunción....
Lectores, ¡cuántos sueños ambiciosos
Voy á realizar yo
Con el gran premio, que sacar espero
En esta *irradiación!*
AURELIO YANGUAS FLEURY.

¡ . . . . . !

Perdidos en las sombras de la tarde,
Palpitando de amor nuestras dos almas,
Aun bebían mis ojos avarientos
La magnética luz de su mirada.
Con vuelo perezoso y triste canto
Á sus nidos las aves regresaban,
Y en el redil gemían las ovejas,
Y en el prado la brisa sollozaba....
Ella lo dijo: con aquellos labios
Que yo cien veces con ardor besara,
Temblando de emoción, de placer loca,
Pronunció las fatídicas palabras.
Puñales me elavó dentro del pecho:
Después de oirla se acabó mi calma.
¡Ay de mí! me pidió por su cariño
¡Dos pesetas diarias!
MANUEL MERA.

MENUDENCIAS

IMPORTANTE

Hacemos presente á nuestros suscriptores de provincias, que desde hoy en adelante no admitimos para el pago de suscripciones las libranzas especiales creadas por el Gobierno.

Por eso.... porque son muy *especiales*.... para su cobro.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, con objeto de conmemorar el CCLXXII aniversario de la muerte del Príncipe de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, abre un Certamen poético, en el cual aspiren á premio las composiciones que se le presenten sobre alguno de los temas siguientes:

Primero.—Poesía en loor de Miguel de Cervantes Saavedra.

Segundo.—Romance descriptivo de un episodio de la vida del inmortal autor del *Quijote*.

Los premios consistirán en una flor de lís, de oro y brillantes, regalo del Sermo. Sr. Infante Duque de Montpensier, y en un reloj de sobremesa, de mármol y bronce, obsequio del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad.

¿Á que no sabéis de qué me estoy acordando en este momento?

—¡De López, de López! —dirán ustedes.

Pues, nó señor, me acuerdo del servicio de Correos, que anda que no cabe más.

Pero, que no cabe más. ¡Como que en esta semana hemos recibido multitud de quejas de nuestros suscriptores de provincias!

Un almacén de maderas
Tiene el cómico Torralba.
¡Por algo dice la gente
Que *tiene muy buenas tablas!*

Á la puerta del teatro de Cervantes.

Un revendedor se acerca á un caballero y le dice:

—¿Qué quiere usted para *Cádiz?*

—Yo, para Cádiz, nada. Feliz viaje y escribe en llegando.

Dice el cartero Juan Barta
Que nunca *entrega la carta.*

XXI

Una castora raída
Dejó á una mosca sin vida,
Al saber que una peseta
Estaba comprometida
Bailando con un trompeta.

XXII

La contera de un bastón
Riñó con Valverde y Chueca,
Y por esto un camarón
Puso en papel de manteca:
«¡Viva la revolución!»

Con un atento B. L. M. hemos recibido la estadística de los periódicos que se publicaban en España en Diciembre del 87, y la de los delitos y faltas cometidos durante el mismo año.

Muchas gracias.

También hemos recibido una consulta que tiene dos docenas, ó más, de bemoles. Es el caso, que un individuo, que se oculta bajo el pseudónimo de *Un suscriptor*, nos pregunta que en qué se parece PERECITO al cuadro de *San Antonio*, de Murillo. ¿Ustedes lo saben? Porque nosotros.... nó.

Si á alguno se le ocurre algo, que lo diga. (Si quiere.)

Nuestro querido compañero Sainz Calvo está hecho un holgazán en toda la extensión de la palabra.

Los lectores de PERECITO lo sentirán. Pero.... como nuestro amigo está *creciendo*.... no se le puede exigir nada.

PASATIEMPOS

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Charada.—CALVO.
Salto de caballo:

Es don Segundo Escudero
Excelente caballero
Y un hombre de mucho mundo,
Que quiere ser el primero
Aunque se llama Segundo.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo, debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 25 de Marzo de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

Precio: 15 cénts. Precio: 15 cénts.

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 21.

SUMARIO

CRÓNICA

Leo en *El Porvenir:*

«El domingo, á la una de la tarde, vimos conducir amarrados hacia la Cárcel unos cinco ó seis muchachos, el menor de ellos como de unos ocho á nueve años.

Ignoramos el motivo, aunque en el grupo de gentes que los seguía se dijo que eran *tomadores* de pañuelos y relojes.

Pena daba ver aquellos niños ya en la senda del delito, camino seguro del presidio, y quién sabe si del patíbulo.»

Este suelto me recuerda un articulejo que publiqué hace ya un puñado de años en ese mismo periódico, y que me atrevo á reproducir aquí como recuerdo doloroso de una campaña tan generosa como mal aprovechada. ¡Toda la prensa abogó entonces por los niños abandonados: nadie la oyó!

Hé aquí el artículo:

«UN SUEÑO

Anoche soñé con Paroli.

¿Quién es ese tipo?—Casi nadie.... usted debe conocerlo.... Un muchacho de diez años de edad, moreno, ojos grandes, fisonomía simpática, ademanes resueltos, traje harapiento, zapato de la piel *propia*.... y por escapulario una lata donde echa las puntas de cigarro que encuentra. Ese es Paroli.

¿No recordáis haberle visto? Lo siento, porque es lo que se llama todo un personaje.... ¡Si escribiera su historia!... Vayan unos datos:

Entra en un café *á cojé unas coliyiyas;* lo despacha un camarero á cajas destempladas; se indigna; llega á la puerta, cuenta su dinero, y con más orgullo que Napoleón, siéntase en una de las mesas del camarero que le ultrajara, toca las palmas y dice:—Tráeme café.—Se lo toma como *cualquier señorito*, y al pagar da diez céntimos de propina, acompañados de esta coleta:—*Te la doy porque as sío mi moso.*

Una noche le preguntaron en el Café de París:—¿Cómo te llamas?—Una peseta vale la fe *é bautismo*,—contestó haciendo una expresiva mueca y retirándose.

Otra noche le dijeron:—Paroli, ¿qué oficio vas á seguir? —*Er mesmito de ustedes*,—respondió sin vacilar.

¿Lo conoceis ya? Pues vamos al cuento.

Soñé que me había encontrado al tiempo en forma de libro, cada una de cuyas hojas representaba un año. Este hallazgo me alegró mucho, suponiendo que leería muy curiosos lances. Me equivoqué; cada hoja tenía escrita una sola palabra, y el lacónico historiador relataba una sola vida.

Letras de sangre decían en la portada:

«Paroli.»

Abro precipitadamente el libro y leo en las demás páginas:

«Abandono.—Hambre.—Raterías.—Cárcel.--Juego.—Vino.—Robos.—Mujeres.—Riña.—Presidio.—Bandido.—Crímenes.»

. . . .

Al llegar aquí, lágrimas y sangre habían borrado las palabras que seguían.

Quise volver á leer, pero el libro se perdió como una luz que de un soplo se apaga.

Alcé entonces la vista y ví un patíbulo y un hombre que subía.

Y era Paroli: su misma cara, sus mismos ojos, su misma audacia.

Al sentarse, mira al concurso y se despide diciendo con sarcástica sonrisa: «¡Adios.... hombre de bien!»

¡Qué miedo!.... Pensé morirme de pena; y con la cabeza loca, el corazón oprimido y fatigosa la respiración, me levanté, encendí luz, busqué en mi mesa qué leer y ví números del *Toreo*, de *La Iberia*, de *El Progreso.*

El mundo sigue ocupándose de Sagasta y Martínez Campos, de Frascuelo y Lagartijo, de Calvo y Vico, de toros y de teatros.

Y todo está tranquilo.

Como siempre.»

Todo está tranquilo, sí: las hermandades tiran la Casa de Cristo por la ventana del lujo y la vanidad; hay quien se gasta 250 pesetas en un palco para ver pasar las cofradías por la plaza de la Constitución; todos sacan del fondo del arca sus mejores trapitos; y como no se puede estar á un tiempo mismo repicando y en la procesión, muchas mujeres abandonan sus obligaciones á cambio de ver y ser vistas, de desafiar con los ojos y saborear el triunfo oyendo requiebros.

Y cuando creyentes y curiosos, calaveras y enamorados, viejas y jóvenes se entusiasman á más no poder, ¿quién se acuerda de los infelices niños que pagan en la Cárcel culpas ajenas?

Y es natural que nadie se ocupe en pequeñeces. Es más bonito presenciar un desfile suntuosísimo de oro y luces, terciopelo y piedras preciosas, cruces y fraques, rostros risueños y estómagos repletos.

Lo demás, es nada.

Y si ahorcan el día de mañana á uno de esos muchachos, no haya pena. Se dice sentenciosamente:

—*Uno menos.*

Y en paz.

Manuel Díaz Martín.

EL AQUELARRE (1)

(Fragmento de *La bruja*.—Tradición sevillana.)

IX

Maléficos lemures (19),
Que en los techos vivís; inquietos trasgos (20),
Causa de todo asombro; odiosas larvas (21),
Que atormentáis los sueños del malvado;
Voladoras, fatídicas estrigas (22),
Que lleváis por doquier males y espantos;
Tremebundas fantasmas, que al reflejo
De errantes fuegos fatuos (23)
Cruzáis en ágil ronda los sepulcros
La macabra infernal siempre bailando;

(1) Las notas indicadas irán en la obra, cuando se imprima completa.

Sombras de sangre, abominables sombras,
Centinelas horribles del cadalso (24);
Ejércitos de muertos, que en corceles (25)
En esqueleto y de galope rápido
Vagásteis por los campos de batalla
Nuncios de males, de infortunio heraldos,
¡Llegad todos á mí! ¡Llegad los mónstruos,
Los íncubos, los duendes, los endriagos (26),
Las quimeras y espectros, que de sustos
Pobláis encrucijadas, torres, claustros,
Ruinas, horcas, abismos, cementerios,
Castillos solitarios!
¡Llegad todos á mí!—La media noche
Sonó ya en el reloj del campanario,
Y el murciélago, el buho y la corneja
Aguardan vuestro paso.
Os aguardan. ¡Llegad!—¡Es media noche!
Ya se percibe el resonar lejano
De mareas de espíritus que avanzan
En el azul espacio;
Ya en el viento que gime en las veletas
Escucho el rechillar de vuestros cánticos;
Ya aullan los perros, y cual talco brilla
El oblicuo mirar del negro gato.
Ya en los techos rebullen las culebras,
Caen las arañas, y con golpe extraño
Se han cerrado las puertas, y han crujido
Las viejas tablas del antiguo armario.
Corre un viento de nieve, y de mil gritos
Se escucha el eco bárbaro.
¡Espantable bandada, te conjuro!
¡Reprime el vuelo raudo!
¡Llévame entre tu horror á la escondida
Caverna de la bruja!—Y tú, su esclavo,
Su compañero fiel, sapo viscoso,
Panzudo martinito (27), no con saltos
Pretendas despertar á tu señora,
No entorpezcas la puerta de su antro;
Quiero ir con ella al aquelarre, quiero
Volar con ella á presenciar el sábado.
¡Cuerno de Lucifer! ¡Nadie me escucha!
¡Y ya cesó el rumor extraordinario!
¡Y ya está lejos la bandada horrible!
¡Y solo me han dejado!
De las palabras mágicas, tremendas,
Agoté el infernal vocabulario,
Y se han hecho los sordos
Los espectros, las larvas, los endriagos.
¡Ensalmos y conjuros! ¡Disparate!
¡Volar por los espacios
Convertido en vencejo! ¡Tontería!
No hace falta volar al que ha estudiado
Neurosis, hipnotismos, catalepsias (28).
Hoy la ciencia descifra todo arcano.
La esfinge hundió sus garras en la arena
Y sus fauces el hombre ha desgarrado.
Pero yo de la ciencia de Galeno
Todo lo ignoro, y pues salieron vanos
Mis atroces conjuros, ¿quién podría
Acompañarme al saturnal sabático?
¿Quién podría?... Aquí estáis en torno mío
Jesuitas, dominicos, franciscanos.
Llamé á los duendes, y aparecen frailes
É inquisidores.... ¡Me complace el cambio!
Aquí estáis, sí, del Río (29), Sprénger (30), Níder (31),
Y Llorente (32) y Jacquier (33), Guilland (34) y Castro (35),
Llegáis con exorcismos y procesos,
Con hisopos y antorchas en las manos....
¡Vamos todos á casa de la bruja!
¡Pero nó! ¡Quietos! ¡Detened el paso!
¡Iré yo solo, que el verdugo os sigue,
Y esa es la sombra que me causa pasmo.

—

Ya en su aposento estoy. La vieja momia
Toda desnuda está. ¡Sin un harapo!
¡Cuál su piel de caimán se ve arrugada
Por el fuego del vicio y por los años!
¡Y qué punzante hedor!—El candilejo
Que está junto á sus pies agonizando,
Presta trémula luz al asqueroso
Vil montón de pellejo inanimado.
Inanimado, sí, rígido, inerte.
Un unto misterioso, extraordinario (36),
Que en manos, pies, rodillas, frente, pecho,
Aun reluce siniestro, ha congelado
El cuerpo de la bruja. ¿Ya no existe?
¡Vive! y la bruja explicará este arcano (37).

Con el alma muy despierta
Comenzó el ungüento á darse,
Y abrió al éxtasis la puerta
Cuando sintió congelarse,
Y quedar en carne muerta.
Quedó inmóvil, sin latidos,
Pero tuvieron aliento
Grande todos sus sentidos
Para no quedar dormidos
Dentro de su pensamiento (38).
Con el cuerpo cree volar (39),
Que al aquelarre ha de ir
Con labios para besar,
Con manos para estrechar,
Con voz para maldecir.
¡Sin sentidos! ¡Bueno fuera!
¡Sin el cuerpo! ¡Empresa vana!
¡Gran acogida la hiciera
El demonio, que la espera
Toda una larga semana!
¡El alma!... ¡Váyase al cielo
Á escuchar mil letanías!
La bruja tiene otro anhelo:
Le gusta la carne, el suelo,
El diablo, que da alegrías.
El diablo, que no murmura
Estás ya vieja, achacosa,
Se abre ya tu sepultura;
Sino ríe y afanosa
Goza, que el placer no dura.
¿No te hace halagos el hombre?
Pues te mimaré yo mismo;
Goza de mí y no te asombre,
Que por gran cornudo, el nombre
Ignoro del egoísmo.
Como tú, yo soy odiado.
Cuando tu materia ruja
Con afán de enamorado,
Placeres dará á la bruja
El eterno desterrado.
En la semana á llorar,
Á enmudecer, á sufrir;
En el sábado á gozar,
Y del cielo á blasfemar
Y con el diablo á reir.

—

Cual la nieve dura y fría
Cubre al traidor Mongibelo,
Yerta la bruja sentía
Que su mente con desvelo
En vivas llamas se ardía.
Tiene afán de traspasar
Cuanto se pueda oponer
Á su horrendo desear.
¡El suelo es para correr,
Los aires para volar!
Volar, sí, volar pretende
Como el altivo condor....
Y ya los espacios hiende,
Como bala que desprende
El arcabuz matador.

—

En larga escoba
Se cree montada (40),
Su martinito
Fiel la acompaña (41).
¡Marcha á su edén!
¡Ay de los pobres niños si la ven! (42)
Ya saltó fuera
De la ventana,
Ya los tejados
Veloz traspasa.
¡Marcha á su edén!
¡Ay de los pobres niños si la ven!
La ciudad duerme.
Calles y plazas
Semejan hondos
Surcos de plata.
¡Marcha á su edén!
¡Ay de los pobres niños si la ven!
Sube, y parecen
Á sus miradas
Cipreses blancos
Las torres altas.
¡Marcha á su edén!
¡Ay de los pobres niños si la ven!

—

Sube más, sube más, siempre volando
Con impalpables, invisibles alas.
Ya es sólo negro punto, que un instante
Sobre la luna fúlgida destaca.
Grita al palo de escoba y le espolea,
Y al sapo besa y con dulzuras habla,
Y le ruega que rápido la lleve
Á los incultos campos de Tablada.
Allí es el aquelarre aquella noche.
Cinco frailes ahorcados allí aguardan
La misa negra y la tremenda orgía
Por demonios y brujas preparadas.

—

Quedó un punto en reposo y columpiándose
Como esas aves que aletean y cantan
En los aires, y encima de las mieses
Al ocultarse el sol tras las montañas,
Y ella cantó también.
Cientos de brujas
En escuadrón cerrado se acercaban.
¿Vísteis espeso bandó de estorninos
Perseguido sin tregua por el águila?
¿Vísteis las caprichosas espirales,
Los remolinos, las revueltas raudas
Que forman en su vuelo fugitivo?
Tal se muestra la lúgubre bandada.
Negra cinta azotada por el viento,
Nube entre el vendaval, sierpe con alas
El execrable bando parecía,
Y con horribles vértigos giraba.
El éter lleno de rumor crispante
Latía con ecos de armonías extrañas,
Cual las que forma sobre terso vidrio
Espesa y botadora granizada,
Cual las que tiene el huracán que ruge,
El mugidor torrente, las heladas
Brisas de otoño, que del bosque umbrío
Las hojas secas con furor arrastran.
Carmen se unió al ejército del báratro.
¡Todos van á los campos de Tablada!
Y el resonante estrépito, que llena
La vacía región de notas bárbaras,
Lo produce el chillido de las brujas,
Que estos horribles diálogos entablan:
—Yo traigo una hostia (43).
—Mi empresa fué vana,
Me vió un sacerdote
Y me hizo tragarla;
Mas antes.... ¡mordila!
—No estoy bien untada;
Yo voy á caerme (44).
—Tu sapo te engaña (45).
—¿Me dejas te agarre?
—Mi escoba es bien larga.
¡Agárrala!
—El dueño (46)
Te premie, Camacha.
—El martes ví á un niño,
Volvíle la espalda,
No dijo su madre
«Que el cielo te valga,» (47)
Y ya está muriendo.
—¡Tendrá buena grasa! (48)
—Iré al cementerio
De noche á sacársela.
—Yo tengo dos orzas
De sesos colmadas.
—Del último ahorcado
Yo tengo una sarta
De dientes y muelas (49).
Su soga es mi almohada (50).
—Aquí llevo un brazo
De un niño que el agua
Bendita no obtuvo.
—Dará buena llama (51).
—Gran cosa es mi sello (52).
—Mejor mi mandrágora (53).
—Si el amo esta noche
La cola no alza
Se queda sin beso (54).
—Verás cuál se enfada (55).

—

Y Carmen, en tanto,
Con torvas miradas
Registra las huestes
Que van á Tablada.
¿A dó está la ciega?
¿La ciega á que untara,
Porque ella, la virgen,
La virgen sin mancha
Servir pueda al diablo
De ofrenda y de ara? (56).

—

¡Ya la descubre!—¡Horror! Un asqueroso
Mónstruo la oprime el pecho y lo desgarra,
Y en espuma viscosa los granates
De sus labios purísimos empapa.
Y ella pugna ¡infeliz! por desasirse
De los hercúleos brazos que la agarran
Y hacen crugir sus huesos, destrozando
Las desprendidas, celestiales alas.
Grita y gime, y en llanto se deshace,
Y sollozos y gritos, voces, lágrimas,
Del mónstruo reavivan los furores
Dando el dolor estímulo á la rabia.
¡Infeliz! ¡infeliz!—Todas las brujas
Lanzan al verla horribles carcajadas.
—¡Una más! ¡una más!—gritan alegres,—
Será del aquelarre honor y gala.
¡Ella será la que en la misa negra
La hostia levante al diablo consagrada!
¡Ella será la reina de esta noche!
¡Novia de Lucifer!—¡Víctima santa!

—

Como lluvia de saetas
Raudas por el aire van.
Ya del campo de Tablada
Cerca están.

—

En convulsiones
Se agitan, crecen,
Ondulaciones
De humo parecen.
Niebla que sube,
Lluvia que baja,
Y errante nube,
Y alada faja.
Ya los fulgores
De las estrellas
Les dan colores
De las estrellas;
Ya por el suelo
Se van rozando;
Ya el torpe vuelo
Van levantando;
Ya despedidas
Con fuerza suma
Van impelidas
Como la pluma,
Como el sonido,
Cual la tormenta,
Cuando salta feroz dando un rugido
Sobre las olas de la mar violenta.

—

Y de pronto, cual lluvia de langosta
Que cae sobre un sembrado de cebada,
En hervidero aterrador, las brujas
Cayeron sobre el campo de Tablada.

—

La tibia luz de la luna
Bañaba el extenso prado;
En él se ven cinco horcas
Y en las horcas cinco ahorcados.
El aire mueve los cuerpos
Como péndulos fantásticos;
Crujen las cuerdas y chillan
Las escarpias y los clavos.
Encima de los maderos
Espantosos del cadalso
Se ven buitres que no pueden
Moverse de puro hartos.
Sus buches de carne humana,
De carne humana llenaron,
Por eso se ve en el suelo
De sangre espantable rastro.
Aun posado en la cabeza
De uno de los desdichados,
Se mira un ave, que tarde
Llegó al festín del cadalso.
Con rabia atroz picotea
Mejillas, ojos y labios,
Y bate las pardas alas
Roncos graznidos lanzando.
Aquellos cinco infelices

Fueron á Dios consagrados,
Fueron ministros de Cristo,
Hijos austeros del claustro;
Pero eran hombres, y un día,
Por Caín aconsejados,
Vertieron sangre inocente;
Clamó la sangre al Dios Santo,
Y ya el verdugo y los buitres
Aquel clamor apagaron (57).
Allí, delante las horcas,
Bajo de los cinco ahorcados,
Será la fiesta nocturna
De las brujas y los diablos.
Por todo el campo tendidas
Se ven las huestes del báratro....
Cada bruja con su escoba,
Hipógrifo del espacio.
Todas con su martinito,
Que alegre brinca en mil saltos,
Y que se esconde en la hierba,
Y que retoza en los charcos.
Unas encienden sulfúreas
Hogueras, y otras pedazos
Hacen de carne robada
En sepulcros profanados (58).
Algunas buscan serpientes
Para sazonar los caldos,
Y las más besan y abrazan
Á sus revoltosos sapos.
Pero.... ¿adónde está el demonio,
El gran señor de los sábados,
Espíritu de la tierra (59),
Padre y rey, amante y amo?
¿Dónde está? ¡Qué enorme bicho!
¡Qué robusto y bien plantado!
¡Qué cuernos, qué barbas tiene!
¡Y qué hirsuto y qué bizarro! (60).
No me extraña que las viejas
Verdes demanden su trato,
¡Pues debe tener un brío!...
¡Gran compra para un rebaño!
Con mucha prosopopeya
Se ha puesto el bicho debajo
Del fraile á quien come el buitre
Sesos que nunca pensaron.
Detrás de él está su guardia,
Ministros y cortesanos.
Unos visten de esqueleto,
Otros de plumas de grajo,
De lobos los prestamistas,
De urracas los escribanos.
Y allí el bicho, cual monarca
Augusto, con mucho agrado
Va recibiendo á las brujas
Por orden de edad y rango.
Perdonadme que no cuente
Lo que los inmundos labios
Besan al macho cabrío,
Que á gran nariz gran olfato.
Mas de repente, en tumulto
Se oyen sollozos ahogados,
Súplicas, gritos, lamentos....
—¿Qué pasa?— pregunta el diablo.—
¿Qué pasa?—En un remolino
Que á él se acerca, se ven brazos
Que se agitan y retuercen;
Se ven en crispadas manos
Guedejas, trenzas de oro
Que hirviente sangre ha bañado.
Ya el remolino delante
Está del señor del báratro....
Se deshace y se descubre
Mónstruo horrible, y de él debajo
Una mujer, una niña
Presa de mortal desmayo.
El mónstruo, con su pezuña,
La arroja á las de su amo,
Gritando entre carcajadas.
—¡Gran esfuerzo me ha costado!
¡No quería! ¡Te la entrego,
Satanás, como regalo!
¡Mi madre te la sedujo!
¡Goza tú de sus encantos!
Y entonces aquella niña,
Á quien Luzbel ha tocado,
Se levanta, y con delirios
Toma una hostia en sus manos,
Y al demonio se la ofrece,
Y á él se ofrece en holocausto.
Todo el concurso prorrumpe
En gritos, silbos y cánticos,
Y empieza la misa negra,
Que causa tal miedo y pasmo,
Que la luna, en densas nubes,
Rápida oculta sus rayos.
Pero espantada la niebla
Huye rasgada en pedazos,
Y otra vez besa á la hostia
El tibio fulgor del astro (61).
¡La misa negra!—La horrible
Misa que no imaginaron
Los réprobos, y que el hombre,
Redimido en el Calvario,
Supo llenar de blasfemias,
De delirios y de escarnios.
Y al ver aquella irrisoria
Parodia de lo más sacro,
Mónstruos, demonios y brujas
Corren por el verde llano,
Sus puños mostrando al cielo
Y horribles gritos lanzando.
Cuando la sacerdotisa
Cayó en el sucio regazo
De Lucifer, y la hostia
Fué desgarrada en pedazos,
Entonces otros delirios
Terriblemente empezaron.
¿Qué fué aquello?—Una tormenta
De deseos regolfados,
Un huracán de epilépticos
Y asquerosos arrebatos.
¡Nó, no se atreve mi pluma
Á decirlos ni á contarlos,
Que se enrojece la tinta
Y hay vergüenzas que dan ascos!
Callemos la inmunda ronda
De los furores sabáticos,
Cubramos el hervidero
De aquel pudridero humano.
Aquello es la despedida.
Va pronto á cantar el gallo,
Y ¡ay de la bruja que escuche
Del madrugador el cántico! (62).
Todas toman sus escobas,
Todas recogen sus sapos,
Y todas al bicho hirsuto
Estrechan entre los brazos.
Va otra vez la caravana
Hendiendo el azul espacio,
Volando cual negra cinta
Sobre el río undoso y claro.

—

Y cual se mira al declinar la tarde
Cruzar ligeras el ambiente diáfano,
Y en direcciones mil desparramadas,
Las aves que sus nidos van buscando,
Tal sobre la corriente del sereno
Guadalquivir el infernal nublado
Se va rompiendo. En el lejano Oriente
Palpitaba la luz. En giros varios,
Como las cuentas de rosario roto
Que caen al suelo, el escuadrón alado
Voló por todas partes. ¡Después, nada!
Al sol naciente saludaba el gallo.

MANUEL CANO Y CUETO.

PARODIAS

—Voto á Dios, que me espanta esta tristeza,
Y que diera un soneto por decilla,
Porque, ¿á quién, ¡vive Dios!, no hace cosquilla
Este atroz boquerismo, esta pobreza?
¡Por Jesucristo vivo! Ni una pieza
De á dos cuartos se encuentra; ¿y no es mancilla
Que para hallar dineros en Sevilla
Hay que buscar la firma de su Alteza?
Apostaré que el prestamista experto,
Por hacerme sufrir hoy ha dejado
El oficio que ejerce eternamente.—
Esto oyó un utrerano, y dijo:—Es cierto
Cuanto dice voacé, seor tronado,
Y el que tenga dinero que reviente.—

Y luego incontinente
Abrió la boca, dió una cabezada,
Miró al bolsillo, inútil, no había nada.

II

Del tejado en el ángulo oscuro,
Por Rocqueso, tal vez, olvidada,
Inocente, tenaz y sin tregua
Maullaba una gata.
¡Cuántas noches yo, Juan, no dormía
Como duerme cualquiera en su cama,
Esperando que el gato llegase
Y al fin se callara!
¡Ay! pensé: ¡cuántas veces un hombre
No se duerme, pensando en las ganas
Con que diera un trancazo en el lomo
Á una gata, diciéndole ¡calla!

Leoncio Lasso de la Vega.

¡NO ME BATO!

Señor don Carlos Carranza
Y Conradi de Carrasco:
He recibido su escrito,
En el que dice tan ancho
Que en el campo del honor
Nos hemos de ver el sábado,
Porque ayer en el casino,
Cuando al ajedrez jugamos,
Me decía usted riendo,
Con muchísimo descaro,
Que yo jugaba muy mal,
Y al fin le gané, don Carlos.
Si usted no entiende palabra,
Y anda presumiendo tanto,
Y dándosela de listo,
Y echándosela de sabio,
¿Qué culpa tengo de que
Conmigo haya tropezado,
Y porque le gané un juego
Quiera ya que nos batamos
El sábado sin faltar,
Á sable, y á medio paso,
Señor don Carlos Carranza
Y Conradi de Carrasco?
¿No comprende usted, señor,
Que es un lance muy pesado,
Y que por una pamplina
No debemos realizarlo?
Calcúlese que transijo
Y que nos vamos al campo,
Y allí me revienta usted
De un corte, pongo por caso.
¿Qué va usted á conseguir
Con haberme atravesado,
Señor don Carlos Carranza
Y Conradi de Carrasco?
Y sobre todo, que yo
No dejo darme un sablazo
Porque le ganase á usted
En el casino jugando.
Yo, que en el *juego* de sable
No soy ducho, ni pensarlo,
No quiero que por un *juego*,
Y así.... *jugando*.... *jugando*,
Vaya usté á *jugar* conmigo
Y de ese modo tan bárbaro.
Nada, no *juego* la vida,
Que es un *juego* muy pesado.
Pídame satisfacciones,
Que aunque tampoco las hallo,
Podré darle *la razón*,
Y si alguna vez jugamos
Dejaré que gane usted,
Y así salimos del paso.
¿Pero batirse? ¡Batirse!
Sólo á un loco desatado
Se le ocurre. Amigo mío,
No estoy porque nos batamos.
Si usted perdió *la razón*,
Y, loco, se le ha antojado
Que ha de encontrar *las razones*
En muriendo ó en matando,
Yo *la razón* le daré
Y estamos del otro lado,
Señor don Carlos Carranza
Y Conradi de Carrasco.
De modo, que aunque usted quiera
No me bato, no me bato;
Que como llevé las blancas
En el partido que echamos,
Y le gané á usted, no quiero
Que por mano del diablo
Vaya yo á ser el rey negro
Y usted vaya á ser el blanco.
Su seguro servidor
Pedro Portes Pérez Pardo.

Por la copia,
Serafín Álvarez Quintero.

UN MOMENTO

—¡Uno más, uno más!—ruego anhelante
Cuando de mí te alejas, vida mía,
Y—No entiendo—digiste el otro día—
Por qué das tal valor á un solo instante.—
Un instante, mi bien, para el que amante
Gozara de tu dulce compañía,
Compendia muchos siglos de alegría,
É ignoro si te digo lo bastante.
En uno se termina la existencia
Del sér amado, y dobla de uno el peso
La robusta cerviz de una conciencia;
Más vale para mí,—te lo confieso,
Porque acaso lo ignore tu inocencia;—
Basta uno solo para darte un beso.

Micrófilo.

CHÁCHARA

Tan preciosos y tan útiles
Son los estudios científicos
Para inspirar buenas máximas
Y ennoblecer el espíritu,
Que hasta el padre más estúpido
Y de ingenio más raquítico
Quiere que estudien sus párvulos
Y con los flojos es rígido.
Y á no ser la vida rápida
Como relámpago alígero,
Y si hacerse sabio célebre
Fuera asunto facilísimo;
Si llegar á ser un Sócrates
Pudiese el hombre más mísero,
Cualquiera rapaz impúbero
Y cualquier animal bípedo
Fuera un sabio diplomático
Retórico y metafísico,
Y geómetra y arqueólogo
Y numismático y químico,
Siendo un pozo enciclopédico
En todo ramo científico.
Y en las materias más áridas,
Y en lo profano y lo místico,
Diera acertados dictámenes,
Sintético y analítico.
Fuera un completo teólogo
Digno de hablar en un Sínodo;
Y fuera algo más que un rábula
En los negocios jurídicos.
Hallara, gran matemático,
La cuadratura del círculo,
Y así despejara incógnitas
Como trazara polígonos.
Y gran práctico y teórico
En los análisis químicos,
Sacara del agua hidrógeno
Y de la atmósfera oxígeno.
Y combinando los sólidos
Con los gases y los líquidos,
Formara sulfatos, álcalis,
Narcóticos y específicos,
Y haciendo en la esfera cálculos
Con los geográficos círculos,
Así usara de los máximos
Como usara de los mínimos:
Conociendo á los indígenas
De remotos climas frígidos,
Como á los pueblos del trópico
Y del ecuador flamígero.
Y hablara de metempsícosis,
Y cálculos cabalísticos,
Usando términos técnicos,
Profundo, lógico y crítico.
Y ya en estilo alegórico,
Ya en claro lenguaje explícito,
Los asuntos más difíciles
Tratara en sabios artículos.
Supiera la ciencia mágica
Y en conjuros terroríficos
Pudiera evocar del Tártaro
Los diabólicos espíritus.
Y buscara el genealógico
Tronco de exóticos títulos,
Hallando del mismo Tántalo
Los ascendientes legítimos.
Y fuera gran insectólogo,
Y de un minúsculo ovíparo
En estado de crisálida
Buscara el germen vivífico.
Tuviera en materia médica
Conocimientos vastísimos,
Y fuera tan buen fisiólogo
Como patólogo y clínico.
Seguir pudiera en sus órbitas
Á los cometas alígeros,
Y contara los satélites
De planetas remotísimos.
Yo confieso categórico
Que si á mí me fuera lícito
Me hiciera un Newton en Física,
Y en cantar odas un Píndaro,
Un Condillac en la Lógica,
En Latinidad un Tíbulo,
Todo un Terencio en lo cómico
Y un Quevedo en lo satírico.
En elocuencia un Demóstenes,
San Agustín en lo místico,
Como astrónomo un Copérnico
Y un Guizot como político;
Y en fin, el mayor filósofo
De cuantos llevan tal título.
Pero por desgracia máxima
Mi talento es pobre y mínimo,
Y así, Dios á mis esdrújulos
Libre del furor de un crítico.

José Manuel de Villena.

PROBLEMA

I

Si yo fuera escultor, conquistaría la ambicionada gloria del artista esculpiendo su imagen: si pudiera comunicar á mis pinceles la mágica inspiración de Taligno, ella hubiera sido mi *Fornarina*: si el genio de Miguel Ángel reviviera en mi cerebro, elevaría un monumento tal á su belleza, que admirado durante mil generaciones vieran brotar de cada una de sus piedras la admiración que lo creó y palpitar en su seno la inspiración que lo produjo.

¿Quién es ella? Quizá no sepa decíroslo, aunque jamás olvido la vez primera que la vi: La diosa del amor, brotando de entre las espumas del Egeo, no produjo tan indescriptible emoción en la fantasía griega: Vhisnú, el seductor dios de la India, coronando como azulado vapor á la poética flor del loto, mecida por las olas, no pudo realizar tan religiosa admiración en el espíritu. Todo cuanto los sentidos perciben, el corazón ambiciona y el alma sueña, reunido y expresado por la palabra ó por la pluma, es insuficiente y descolorido ante la verdad de aquella impresión profunda que experimenté cuando la ví aparecer ante mis ojos, más como una visión ante el espíritu, que como una realidad ante la vista.

Figuráos las vírgenes soñadas por Ossián, las Concepciones adivinadas por Murillo ó las Madonnas que nos legó Fra Angélico en sus lienzos; aquello más poético y más casto, más virginal y más bello, más inocente y más puro que sobre

la tierra exista: mezclad en vuestra imaginación gratos perfumes con dulces armonías, suaves colores con diáfanas oleadas de transparente luz, y dibujad en su centro con vagarosas líneas la Venus griega, animada por el fuego de aquellas fascinadoras huríes que atormentaran la potente fantasía de los poetas árabes: unid en vago consorcio la melancólica tristeza que las baladas alemanas dejan en el corazón con la voluptuosa languidez en que se sumerge el alma al cadencioso compás de la danza en brazos de una virgen americana: mezclad las tristes y vaporosas nieblas del Rhin con los ardientes rayos del sol ecuatorial; la nítida blancura de las nieves del polo con los irisados colores de las rosas de Jericó; la cimbradora esbeltez de las palmeras africanas con la soberana majestad de los pinos del Norte; la belleza que arrebata al alma con la que fascina á los sentidos, y acaso consigáis con un conjunto tal, unido y compacto ante la vista, vagaroso y movible ante la imaginación, comprender aproximadamente algo de lo que al contemplarla por vez primera percibió mi vista, experimentó mi alma é idealizó mi fantasía.

Después transcurrieron años sin que volviera á hallarla en mi camino; pero aquel rostro, símbolo de la más inmaculada pureza, no se apartó jamás de mi memoria: en mis horas de hastío, en mis luchas con las mezquinas impurezas del mundo la recordaba como un faro enclavado en el puerto ideal de otra vida más pura. Como sueña el marino en la lejana patria, inmóvil sobre la cubierta de su buque; perdido en la inmensa extensión de apartados mares; vagando la errante mirada sobre el azulado piélago; dibujando con la mente en la inquieta superficie de las aguas el cariñoso rostro de la anciana madre ó de la joven esposa; oyendo á su alrededor, no el alegre susurro de la brisa entre los árboles de la natal campiña, sino el triste gemido de los vientos al romperse en las cuerdas de su solitaria nave; previendo, quizá, la furiosa borrasca que puede privarle para toda una eternidad del inefable beso que la cariñosa madre imprimiría en su frente al recibirle gozosa tras prolongada ausencia, y dejando correr, acaso, por sus tostadas mejillas una silenciosa lágrima de infinita melancolía; así yo en mis horas de amarga soledad ó de horrible desaliento soñaba con el recuerdo ideal de aquella virgen, traslado fiel de una naturaleza angélica, molde en que vaciara Dios la belleza celeste para darla después á la adoración de los hombres.

II

En medio de la desenfrenada bacanal, entre el chocar de las copas, los estallidos de ebrias carcajadas y las notas de descocados cantares pretendía yo, enloqueciéndome, imponer silencio á mi corazón. Abrióse la puerta con estrépito, alcé la vista, y como reina de la impura fiesta, medio desnudas sus carnes de alabastro, y suelto al aire el rubio cabello, *ella*, la angélica visión de otros tiempos, el emblema de la más santa pureza, avanzó hasta la mesa, levantó en alto una copa, y entonando un báquico cantar, vació el vino entre sus labios. Mis párpados se cerraron, mi mano arrojó el vaso contra el suelo, mis nervios crispados me lanzaron de mi asiento, y como perseguido por hambrienta fiera huí de aquel recinto.

III

Cuando aquéllos se iban borrando de mi mente y un nuevo amor había brotado puro en mi corazón, *ella*, que vivía en el fausto y la opulencia que dan las subastas del amor, sintiendo próxima la muerte por fatal enfermedad, me llamó á su lado.

Cuando le hablé de mis puros y recientes amores, me dijo: «Sé que moriré pronto; pero lejos de apenarme este pen»samiento, me consuela. Estoy acostumbrada á la idea de la »muerte. ¿Qué será de mí en ese más allá desconocido y »misterioso? No lo sé, pero no experimento temor alguno al »separarme de la tierra; algo de mí quedará entre vosotros: »ojalá pudiera contemplar desde esa otra vida la suerte feliz »ó adversa de los que amo. Cuando mi inerte cuerpo cami»ne sobre el fúnebre coche, encerrado en estrecha caja, en»tre el monótono canto de los clérigos y la lúgubre vibra»ción del fagot, en busca de un lugar de reposo y quietud »donde acaso servirá de abono al fecundo germen de la ama»pola campestre, y caigan sobre la losa de mi tumba las lá»grimas de alguno de los que tanto amo, y resuenen bajo la »bóveda del templo los místicos acordes del órgano, los ecos »del *De profundis* y el vago murmullo de funeral plegaria, »¿conservará mi espíritu el recuerdo de lo que fué? ¿Llegarán »á su seno los ecos de la oración y los gemidos del llanto? »¿Gozará con egoísta placer las inefables dichas de una glo»ria eterna, sin que turben su felicidad las lágrimas derrama»das en memoria mía? ¿Me veré, acaso, sumida en una nada »absoluta, emblema del absoluto silencio, del absoluto aisla»miento y del no ser absoluto? ¿Penetraré en una nueva vida, »como la oruga que se transforma en mariposa, ó me perde»ré como invisible átomo en el seno de lo infinito...? Ante »ese impenetrable abismo en que nos precipita la muerte, »siento que se engrandece mi espíritu tanto como se debili»ta mi cuerpo, consumido por el fuego de la fiebre. Si en esa »nueva vida, insondable y misteriosa, existe un mundo para »los espíritus y les es permitido á éstos velar sobre los que »amen, yo conduciré la brisa cuando llores para que disipe »tus lágrimas y ventee en tu cerebro ideas consoladoras; yo »animaré tus ensueños de alegría y prolongaré esos momen»tos de halagüeñas visiones; yo vagaré impalpable á tu lado »como guardián de tu dicha, y acaso disfrute entonces, ve»lando por tí, de inefables goces, en justa retribución de las »amarguras de la vida.»

Dejó escapar de su pecho un profundo suspiro, é inclinando la cabeza, dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

IV

Murió....

Á su muerte quedó un gran vacío en mi corazón.

Pero otro más profundo queda aún en mi inteligencia.

¿Es la materia más poderosa que el espíritu?

¿Miente el barro pureza, estando lleno el espíritu de inmundicias?

¿Tuercen al alma en su camino las manchas de la carne, ó cabe un alma pura en una arcilla corrompida?

Sea como quiera, si halláis alguna *ella* en vuestro camino.... compadecedla.

PERECITO.

LA PRIMERA CANA

Mucho ha de haber nevado en la montaña
Cuando, en toda la fuerza de los años,
Me ha contado el espejo esta mañana
Que tengo ¡cielos! un cabello blanco.

Fruto de mi dolor, yo te saludo;
No tengo que saber quién te ha sembrado;
Lluvias de soledad te dieron jugo,
Y lágrimas de hiel te maduraron.

Pronto la nieve bajará á los valles
Y tu desierto poblará de hermanos;
También mis sueños vestirán tu traje,
También en copos morirán mis cantos.

¿Á qué segarte, pues? Vive tranquilo,
Y dí en el mundo al que te encuentre raro,
Que no eres viejo por haber nacido,
Y no es un crimen el haber llorado.

ROMÁN G. PEREIRA.

POESIAS CORTAS

I

Tengo una rama en el pecho,
En la rama un nido habita,
Y en el nido un ruiseñor
Que canta cuando me miras.

II

Creyendo en mis sueños
Poder estrecharte,
¡Qué de veces, mi bien, he oprimido
Las ondas del aire!

III

No soy dueño de mí mismo,
Ni voy donde á mí me agrada;
Atado llevo el deseo
Al hilo de tu mirada.

IV

Parecía la amapola
Que ayer ví en el cementerio
Tus rojos labios, que ansiaban
Darme los últimos besos.

V
Jugara la vida
Gozando en perderla,
Si á las cartas les dieran su sombra
Tus pestañas negras.

VI
Tiré un cristal contra el suelo
Y se rompió en mil cristales;
Quiero borrarte del pecho
Y te miro en todas partes.

VII
Al golpe dado en la rama
Salta la lluvia allí presa,
Como saltan al recuerdo
Los sueños de la cabeza.

VIII
El acento dulce
De tu voz amada
Me parece una ola de llanto
Que besa las playas.

IX
Sobre su negro ataud
Daban las gotas del agua;
¡Qué léjos el cementerio,
Y qué noche tan amarga!

X
Remolinos de hojas secas,
Nieve en las altas montañas,
En los espacios la luna,
Y lejos, lejos mi patria.

SALVADOR RUEDA.

Á UN ESPEJO

¡Cuántas veces los ojos de mi amada
En tí los míos con afán buscaron!
¡Y cuántas ¡ay! mis ojos te robaron
La ardiente reflexión de su mirada!
Tu luna, espejo fiel, fué iluminada
Por miradas de amor, que te quemaron;
Dulcísimos suspiros te empañaron,
Expresiones del alma enamorada.
Hoy te miro también; mas en la vida
Todo es fugaz: la imagen de mi bella
Busco, y la lloro, por mi mal, perdida.
No deja el rostro en el espejo huella;
Pero al mirarme en tí, prenda querida,
Pienso encontrar á la mujer aquella.

LUÍS DE SOTOMAYOR.

FÁBULA

Contemplando un cesante
La vida de holgazán y de tunante
Que se pasaba un gato calavera,
Le habló de esta manera:
—Mientras tú en el tejado
Pasas la vida entera,
Gozando como nunca yo he gozado;
Mientras almuerzas tú por la mañana,
Como tampoco nunca he almorzado,
Y haces, por fin, lo que te da la gana,
Yo paso todo el día dando sablazos
Al que se me presenta,
Con todo el pantalón hecho pedazos,
Y la levita, como ves, mugrienta.—
El gato, que le oía,
Exclamó enternecido
Y algo abroncado al par:—¿Tú te has creído
Que la vida que paso es deliciosa,
Que en mí es todo alegría?
Pues, chico, no hay tal cosa;
¡Si tú supieras lo que yo he sufrido
Y lo que estoy sufriendo todavía!—

Continuaron hablando largo rato,
Y terminaron por hacer el trato
De que desde aquel día en adelante,
Se convirtiese el gato en el cesante,
Y que el cesante se volviese gato.

. . . .
. . . .

Dos meses transcurrieron de este modo,
Y al llegar el tercero,
El que había sido gato, hecho una fiera,
Dijo al cesante antiguo:—Ó me incomodo,
Ó hay que romper el trato en el instante;
Yo no puedo seguir de esta manera.—
Y contestó el cesante:
—Conforme, ya no sirve ese contrato;
Mas, la verdad, quisiera
Que me dejes siquiera
Una semana más siendo yo el gato.—

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MORALEJAS

Por beber agua fría,
Tuberculoso se murió Mejía,
Y de enteritis crónica Tejada,
Por beberla templada.
Carísimo lector, si eres prudente,
Debes sólo beber el agua-ardiente.

Un mulo de tranvía,
Doctor en Letras y en Filosofía,
Así exclamaba, con dolor profundo,
Al hacer el viaje al otro mundo:
—Eterna ley de la criatura humana:
Nacer, vivir, morir; todo jonjana.

Don Justo Camprodón
Usaba camisetas de algodón,
Y don Lino Cepeda
Toda su vida las usó de seda.
No me parece propio de hombres serios
Esta disparidad en los criterios.

Mahoma, si no miente mi recuerdo,
No permite comer carne de cerdo,
Animal, por lo visto,
Al que no dió importancia Jesucristo.
¡Un paquidermo de tan corta talla
Entre dos religiones de muralla!

ROQUE NITJUAN.

CANTARES

I
Suspiros, deseos, afanes,
Lágrimas, luto y dolor.
Ilusiones que pasaron....
Es la historia del amor.

II
La mujer y la moneda
Tienen mucho que aprender;
La moneda por si es falsa,
Y lo mismo la mujer.

III
Cuando ví que eran tan negros
Tus cabellos y tus ojos,
Negras ví mis esperanzas
Y negro lo he visto todo.

IV
Cada mujer es un mundo,
Cada hombre un vendaval,
Cada pecho un escondite,
Cada rostro un Carnaval.

V
En el jardín del deseo
Sembré yo un árbol de amores;
El viento del devaneo
Lo secó y no dió más flores.

VI
Nudos que forma el amor
No se pueden desatar;
Si se rompen, se componen
Y se vuelven á formar.

VII
¿Dónde van mis ilusiones
Corriendo de aquella suerte?
Van huyendo de la vida
Para acercarse á la muerte.

VIII
El bullicio de este mundo
Me parece á mí un desierto,
Y es porque llevo en el alma
La soledad de los muertos.

IX
Tengo el pecho atravesado
Por el puñal de la duda;
El amor me lo ha clavado,
Y la amistad que le escuda
Al asesino ha ocultado.

RICARDO PARODY.

MENUDENCIAS

Queridos suscriptores: causas completamente ajenas á la voluntad de esta Redacción, han impedido que este número (extraordinario por más señas) haya salido á su debido tiempo.

Perdón. No volveremos á incurrir en semejante falta.

En este número, apesar de ser extraordinario, se ven nuestros lectores privados de la composición de Sainz Calvo; porque, según confesión propia, todo lo que tiene hecho es muy cursi.

Basta que usted lo diga, amigo Sainz.

Tenemos que volver á repetirlo: el ramo de Correos está pervertido.

Seguimos recibiendo constantes quejas de nuestros sus-

criptores de fuera de la capital y no sabemos cómo remediarlas.

Y lo peor es que mientras más lo decimos más se falta.

Cúmplanse nuestros deseos
Y ponga fin á este mal
El Director general
De Correos.

Hemos recibido los colegas *El Principiante*, *El Coco* y *Gaceta de la Banca*, los tres de Madrid, á quienes damos las gracias y devolvemos el cambio.

XXIII

Un jugador de ajedrez
Marchó cerca de Morón,
Y el nombrado camarón
Puso por segunda vez
«¡Viva la revolución!»

XXIV

La trencilla de un sombrero
Se puso á comer bellotas,
Y el lápiz de un carpintero
Riñó con su zapatero
Pues no le acabó las botas.

XXV

Una gran yema de coco
Fué á recoger un retrato,
Y entre un poco de citrato
Y el rabo de un cerdo loco
Martirizaron á un gato.

XXVI

El pecado venial
Sentó plaza de asistente,
Y en la Corte Celestial
Dijo á gritos San Vicente:
—¿Ha venido don Pascual?

XXVII

La mantilla de una vieja
Salió una tarde á paseo,
Y por eso Juan Calleja
Al buen Simón Cirineo
Le dió un tirón de la oreja.

En una librería:

—¿Tiene usted el tomo de poesías de Fulano?

—No, señor; pero tengo una ametralladora, que es lo mismo.

En la Habana nací yo
Debajo de una palmera.
Lo que á mí me sucedió
Puede pasarle á cualquiera.

Habita en el principal
De mi casa un don Joaquín,
Que es profesor de violín
Y que lo toca muy mal.
Un loro es su acompañante
(Á quien pone en el balcón),
El cual me da un sofocón
Con su charla disonante.
Y está claro, pierdo el tino
Y así no podré seguir,
Pues no me deja vivir
El animal del vecino.

PASATIEMPOS

Charadas.

I

En el *todo*, que es el nombre
De un funcionario formal,
Entran las cinco vocales
Y dos consonantes más.

II

De siete sílabas consta
Mi acertijo, Violante;
Tiene seis *i* y una *a*,
Y las demás consonantes.

MÁXIMO.

CONSULTAS

Máximo, Sevilla.—En este número van.

Paciencia, Sevilla.—El salto de caballo tiene mal separadas las sílabas de una palabra, y esto es causa de que quede una casilla vacía, si se separan como deben.

Le agradeceremos, sin embargo, que nos envíe otros nuevos, aunque por ahora no se pueden insertar, porque tenemos un alfabeto concluido, que empezarémos á publicar desde el número próximo.

Si nos remite otros trabajos mande su firma.

Sr. D. A. C., Sevilla.—Al Sr. D. G. C. M., autor de la composición que nos manda, le puede usted decir que ésta no sirve para nada.

Huevo duro, Sevilla.—Tire usted la pluma y coja usted un garrote, á ver si consigue escribir mejor.—Por ahora no hay más remedio que continuar en palotes.

Mala suerte ha tenido el pseudónimo.

Menegilda, Sevilla.—Usted dispense, pero no sirve.—No señora, no sirve.

Y eso que á la Menegilda,
Sabe usted, nadie le falta.

Don Juan, Sevilla.—¡Pum!

Sr. D. F. C. M., Valladolid.—Remita usted trabajos inéditos y tendremos mucho gusto en publicarlos.

Vito, Sevilla.—Eso lo ha dicho ya todo el mundo.

Sr. D. I. L., Sevilla.—Mande la contestación y hablaremos.

Sr. D. A. Y. F., Sevilla.—Haga usted el favor de terminarla de otro modo, y con eso se evita lo verde del último verso y los agudos del final. Las dos primeras partes muy bonitas. No se vende nuestro periódico en Cádiz.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 1.º de Abril de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 22.

SUMARIO

CRÓNICA

Ya pasó la Semana Santa con sus procesiones y sus borracheras, con sus lluvias y sus riñas.

Las Hermandades que acordaron hacer estación á la Catedral han logrado su propósito, gracias á la benevolencia de las nubes, que han dado paz á la mano en la tarea de llover, precisamente á la hora marcada para que salieran las cofradías.

De suerte, que entre nubarrones y aguaceros ha habido espacio para que las Hermandades luzcan las admirables esculturas de sus *pásos* y la verdadera riqueza y gusto con que saben adornarlos.

No es posible describir lo que valen y lo que suponen los tesoros de piedras preciosas, oro, plata, terciopelo, seda y bordados que llevan encima las imágenes que son sacadas procesionalmente en estos días de Semana Santa: baste saber que es un verdadero derroche de lujo, y que no se sabe cuál se lleva la palma en riqueza ni en elegancia.

La noche del Juéves Santo de este año será memorable, pues desde las últimas horas de la tarde comenzaron las nubes á hacer el despejo, dejando completamente libre de su importuna visita á nuestro horizonte.

El cielo estrellado, la luna llena, la temperatura agradabilísima, todo convidaba á echarse á la calle con objeto de presenciar el clásico desfile de las cofradías de madrugada.

Así es que las calles de la carrera estuvieron concurridísimas durante toda la noche, reinando la animación consiguiente á la presencia de las más hermosas de nuestras incomparables mujeres.

Por todas partes se oían requiebros, ora hermosos y delicados, ora atrevidos y picantes, dando el pueblo testimonio de su ingenio poderoso y á las veces de defectos de educación por extremo deplorables.

«¡Hole tus ojos, las puertas de la gloria!»—le dicen á una morena más salada que las mismísimas pesetas.

«¿Comare, cuándo nos casamos?,—le dice otro;—ya estoy aprendiendo á verdugo pa ajorcá á mi suegra.»

Á una mujer que lleva en brazos un niño rubio como las candelas, le dice un guasón: «Dígale usted á su marido que me está haciendo mucha farta que se muera, pero ya, á la carrera.»

«Ave María Purísima: las tres han dado y.... preciosas.»

Así saludaron en la Campana á tres hermanas, más bonitas

«que los clavelitos blancos
que abren por la mañanita.»

«Señora, en un *paso* está usted haciendo falta. ¡Hole, los cuerpos buenos!»

«¡Hole, la Custodia grande de la irlesia mía!»

«¡Quisiá Dios que riñéramos nosotros dos solitos!»

«Mira, tápate esa cara, que cuanto te vean las nubes lloran de sentimiento.»

Y así siguen *piropeando*, cada cual según su carácter y sus costumbres, según la alegría que dan el vino y las circunstancias.

Cuadro animado sobre toda ponderación es ese que forman millares de personas que ocupan calles y balcones, formando un conjunto alegre, abigarrado, que da fe de lo democrático de nuestras clásicas costumbres.

¡Lástima que el vino y las pasiones vengan siempre á alterar la seriedad y la belleza de la fiesta! Nada más triste para los sinceros creyentes que ver á un nazareno arrastrando descomunal *túnica* ó á un *armado* armando escándalo.

El Viernes por la mañana, y por motivo insignificante, le dieron en la Feria una tremenda puñalada á un montañés, á presencia de centenares de personas que no pudieron evitar la desgracia.

Ya tocaron á *Gloria*.

Ya acabó el Carnaval religioso.

Hoy comienza la temporada taurina.

Siga la fiesta.

Manuel Díaz Martín.

EL AMOR Y LA MUERTE

I

Luégo que Dios hubo creado el mundo,
Viendo sufrir al hombre entre las redes
De su dolor, á compasión movido,
Creó la Muerte y el Amor. «Consuelo
Sed para el triste; remediad sus males:
Hermanos sois—les dijo bondadoso—
El Amor y la Muerte son gemelos.»
Y en santa libertad juntos volaron
Á cumplir su misión, como el apóstol
Á quien espera humanidad ansiosa.
Eterno peregrino entre los hombres,
Cada cual, el carcax apercibido,
Disparaba sus flechas y, certeros,
Daban, la Muerte en la vejez cansada,
Y el Amor en la alegre y generosa
Juventud.

II

Una tarde del Estío,
Cálida tarde, á su pesar sintiendo
Cansancio; por las brisas halagados
Y por la fresca hierba que crecía
Verde y lozana; en la celeste bóveda
Puesta la ansiosa vista, sonrientes,
El Amor y la Muerte se durmieron.
Fugaz volaba el tiempo. Blanca luna
Iluminaba las radiantes flechas,
Y sobre los dormidos peregrinos
Un álamo inclinaba su ramaje.—
Súbito, en el silencio de la noche
Cargada de perfumes, su rugido
Lanzó hambriento león en la llanura,
De los jóvenes dioses no lejano.
Rápidos se despiertan y recoge
Sus flechas cada cual: despavoridos
Huyen en alas del terror; y á poco
Llegan del bosque á la enramada espesa.

El hielo de la noche los detiene:
Tiemblan sus manos y á la tierra caen
Las aguzadas flechas, confundidas
Las unas con las otras. ¿Cómo pueden
Reconocerlas? Se parecen tanto,
Que, viéndolas, su dueño no distingue
Las que busca con ansias, y no sabe
Cuáles las suyas son. Un medio queda:
Repartirlas entrambos.—Tal lo hicieron.
¡Fatal ley era que jamás el hombre
Fuese feliz!

III

De entonces nuestra vida
Juguete es de la suerte caprichosa;
Porque llevan la muerte para el hombre
Algunas flechas que el amor dispara.

(*De Delpit.*) LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

SONETOS

I

¡Mamarracho!

Pues, señor, me cayó la lotería;
Un vate *tabardillo* se ha mudado
Á la casa en que vivo, y ha arrendado
Una alcoba que está junto á la mía.
El maldito se pasa todo el día
Diciendo, sin cesar, entusiasmado:
—Yo soy el bosque, soy el verde prado,
Yo soy el mar y la enramada umbría;
Yo soy el arroyuelo transparente,
Soy de la poesía la flor y nata
Y soy la cristalina y pura fuente.—
Y ayer, cansado ya, *metí la pata*
Y le dije gritando de repente:
—¡Calla, bribón! ¡Tú no eres más que *un lata!*

II

¿Qué hará?

¿Qué hará la dama que en la noche oscura
Se asoma de su casa á los balcones,
Y aunque caigan tremendos chaparrones
Á quitarse de allí no se apresura?
Y si el recio huracán lejos murmura,
Y rasgan á los densos nubarrones
Relámpagos brillantes, á millones,
¿Por qué queda tranquila en su postura?
¿Por qué toda la noche está asomada,
Y con el corazón de angustia lleno,
Repasa el callejón con la mirada?
¿Será que no le asusta ningún trueno,
Ni el agua, ni el relámpago, ni nada?
. . . .
¡¡Es que se ha enamorado del sereno!!

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

LAS FIESTAS DE SEMANA SANTA

Todo pasa: los toques de Gloria anunciaron con alegres repiques que la solemne fiesta religiosa llegó á su fin con la Resurrección del Salvador, y que murieron ya los días del sagrado luto con que los hombres se cubrieron á la muerte de su Redentor.

En aras de la fe religiosa; al eco de los cánticos, que vibraron bajo las bóvedas de los templos; en medio de la inmensa muchedumbre, que abandona en esos días sus moradas para asistir á los divinos oficios en la casa de Dios, ¡cuán grandiosa es, Sevilla, tu magnificencia, en lucir galas de tu fe, excesos de tu entusiasmo, derroches de tu opulencia, prodigios de tus artes, elocuentes pruebas de tu genio oriental, vivificado por los fulgores de un sol espléndido é impulsado por un instintivo amor á la belleza que palpita en tu seno, y circula con tu sangre, y bulle incansable en tu cerebro!

Vosotros, extranjeros, á quienes la suerte negó el bien de nacer en esta ciudad predilecta de la Madre de Dios, arrullada por las ondinas del Gualdalquivir, guardada por los gnomos de sus vetustos palacios, y besada por las brisas que los silfos mueven y el azahar perfuma; vosotros, extranjeros, venid en estos días á nuestro recinto y extasiad vuestro ánimo ante nuestros pródigos derroches de poder, de riqueza, de vida fecunda y exuberante, de realidades que parecen ensueños. Venid entre nosotros, y cuando veáis desfilar graves y solemnes las esculturas de nuestros templos, cinceladas por los genios, sobre alfombras de flores, bajo palios de maciza plata, entre aromas de áureos incensarios, cubiertas por tejidos de oro, sembradas de los mágicos destellos de deslumbrante pedrería, al són de fúnebres marchas, precedidas por centenares de encubiertos y silenciosos penitentes, que conducen entre sus manos luces y estandartes, banderas y canastillas de flores, cruces y pendones; cuando veáis á nuestro sol multiplicar sus destellos sobre este prodigioso conjunto, y á los luceros de nuestras tibias noches asomarse en pleno día á los balcones del camino para aumentar la gala de la fiesta; cuando escuchéis en medio del general silencio que la admiración impone, la fresca voz de un niño que entona un triste cantar, impregnado de melancólico misticismo; cuando hayáis saturado bien vuestra retina de todos estos destellos, de todos estos colores, vuestros oídos de tanta armonía, vuestro cerebro de tantas impresiones y vuestro corazón de tan variados sentimientos, levantad la frente para mirar á nuestro cielo; cerrad los ojos para no perecer rendidos por el encanto de una bella, y dejad escapar con pena un suspiro de vuestro seno: ¡desgraciados de vosotros! ¡no habéis nacido en este fecundo foco de bellezas! ¡no sois sevillanos!

Venid y recordaréis aquellas panateneas que en procesión solemne, allá en la artística Grecia, entre caballeros é infantes que ostentaban ramas de olivo, entre lujosos carros guiados por guerreros y colmados de cestas, en que lucían las ofrendas, entre hermosas canéforas, portadoras de canastillos de flores, caminaban los sacerdotes en torno de La Victoria, llevando hacia el Acrópolis sobre el tope de gigantesco mástil el purpúreo *peplum* de la diosa Patria, que bordaran de oro y pedrerías las vírgenes de Atenas. Venid y recordaréis aquellos misterios de Eleusis, en que la estatua de Yacchos, rodeada de magnífica pompa, coronada de mirtos y con fulgurante antorcha en la mano, era transportada de Cerámica á Eleusis con suntuoso esplendor y entre cantos de alegría. Venid entre nosotros estos días de pomposos alardes, y no os apenará no haber visto en las fiestas de Isis la estatua de la diosa egipcia sobre soberbio carro y conducida por sus sacerdotes, ni el ibis de macizo oro, ni la estatua de Júpiter Ammón sobre palanquín de plata: no sentiréis ya no haber sido testigos de aquellas procesiones cívicas de Alejandría, en que se reunían por millares, con los más lujosos trajes de guerra de sus países, los más bellos jóvenes romanos, misios, tracios, gálatas y macedonios, con escudos de plata, collares de perlas y coronas de oro sobre las frentes, precedidos de quinientas parejas de gladiadores y ginetes, y seguidos de las hermosas jóvenes del Asia, que vestidas con lujosas túnicas llevaban en sus manos urnas de oro donde se guardaban los perfumes con que embalsamaban el ambiente.

Aquí se reunen aquellas grandiosas solemnidades con el fausto religioso; y al par que la mente se regocija, el corazón experimenta dulces y melancólicas emociones ante las magnificencias de la Naturaleza, la suntuosidad de las artes y la opulenta prodigalidad de un pueblo vehemente y entusiasta.

Ya lo sabéis, extranjeros; ya lo sabéis, vosotros, los que no habéis visto el primer rayo de luz en una cuna andaluza, arrullada por cantos árabes y acariciada por ambrosas brisas; las fiestas de este año murieron: el templo rasgó ya entre estampidos de alegría el negro velo con que cubrió el altar en los días de sacro luto; las pompas procesionales han pasado; pero si queréis grabar en vuestro corazón una imagen brillante de grandiosos espectáculos, y en la mente un recuerdo indeleble de profundas y placenteras impresiones, venid algún año entre nosotros, venid á visitarnos cuando os digan que los naranjos han empezado á cubrir sus copas con las blancas flores que la poesía reserva para ceñir con puras guirnaldas las frentes de las vírgenes.

PERECITO.

MI RELOJ

Me lo regaló un inglés
Legítimo de Londón,
Porque estuve más de un mes
Cuidando con interés
De su españolización.
Por el baile de remango
Me mostraba afición mucha;
Y, aunque impropio de su rango,
Logré enseñarle el *fandango*
Y parte de la *cachucha*.
Aficionado el *milor*
Al *toreo de primor*,
Quiso aprenderlo también;
Se lo *preparé* á *Pastor*,
Y *lo recibió* muy bien.
Ángel le enseñó el *capeo*,
Y en un día de *trasteo*,
Como es un diestro que vale,
Quedó que no hay quien iguale
Al inglés en el *toreo*.
Mató en un pueblo cercano,
Y *hubo palmas* y.... *el diluvio*,
Y hoy puede mi buen *britano*
Diñarle á cualquier *paisano*
Una *estocada en lo rubio*.
Le acompañé por la villa
De la diana á la retreta;
Y en fe de amistad sencilla,
Le convidé á una chuleta
en la calle de Sevilla.
De allí salimos después,
Y, dando suelta á los pies,
Me lo llevé al hipódromo;
Al verse allí, no sé cómo,
Casi relinchó el inglés.
Yo supongo, sin recelo,
Que el buen milord se asustó.
¡Comprendo su desconsuelo!
Le dije lo que costó
Y puso el grito en el cielo.
Por mi afán grande y profundo,
Con gracia conmovedora
Me dió el reloj sin segundo:
¡Que también hay en el mundo
Ingleses que dan la hora!

¡Qué milord!... Bien claro digo
Que era de lo que no hay.
De su marcha al ser testigo
Me dijo el pobre: «*¡Gud bay!*» (1)
Y yo dije ... «¡Adiós, amigo!»
Con el tren mi inglés partió,
¡Ay de mí!, y entonces yo,
En mi afecto tierno y puro,
Me fuí á empeñar el reló
Por tenerlo más seguro.
Pero por mi suerte huraña
Quedó en su cárcel extraña.
De salvarle no hubo modo....
¡Qué nación!... *Inglés* y *todo*
Prenderlo.... ¡Cosas de España!
De tal valor lo apreciaron,
Que en un cajón lo encerraron
Á él solo.... ¡Funesto empeño!
¡Pobre, lo incomunicaron!...
¡Sobre todo con su dueño!
En todo un año cabal
No atrasaba el buen inglés
Un segundo.... ¡Hado fatal!
¡Yo tengo un muelle real
Que atrasa un año en un mes!
Y el caso es que, bien mirado,
No es muy raro que tal haga,
Porque al fin, como empleado,
Hasta en el cobrar la paga
Ando siempre retrasado.
Si ya no vuelvo por él,
Como será de cajón,
Tras la papeleta cruel
Pondré esta sentida y fiel
Esquela de defunción:
«Por el estómago impío
Don Ancora Línea Recta
Se hundió en el sepulcro frío....
Gozó una vida perfecta
Tres horas al lado mío.
¡Caminando á recto fin
Murió el pobre, y no de *esplín!*
Las honras en San Ginés.
¡Se dirá misa en inglés
Porque no entiende el latín!»

JOSÉ JACKSÓN VEYÁN.

EL CORREO

Estando cesante Andrés,
Y necesitando un terno
Con que pasar bien los tres
Ó cuatro meses de invierno,
Acordó pedir á Hilario,
Que era su mejor amigo,
El dinero necesario
Para la ropa de abrigo.
Como se hallaba en Sagunto,
Le escribió inmediatamente,
Remitiendo Hilario al punto
El dinero suficiente.
Pero en vano éste esperó
La contestación de Andrés;
Y pasó un mes, y pasó
Otro más, y al que hizo tres,
Le mandó Hilario indignado

Una carta en que decía:
«Yo nunca así te creía.
Andrés, hemos terminado.»
. . . .
Cinco ó seis meses después
De haber esto sucedido,
Llegó una carta de Andrés,
Donde leyó sorprendido:
«Ayer tarde recibí
Tu carta, con el dinero,
Y en ella reconocí
Tu cariño verdadero.»
. . . .
Y el pobre Andrés recibió,
Cuando todo hubo acabado,
Un papel donde leyó:
«Andrés, hemos terminado.»

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

Á "PERECITO"

Quisiera, querido PERECITO, que mi mano empuñara en este momento la fecunda pluma de Cervantes ó Quevedo, de Calderón ó de Ayala, para dedicarte un soneto ó un artículo literario, que á tí te agradara y que mereciera la aprobación de tus lectores; pero héme aquí que no poseo ninguna de aquellas plumas de oro, sino sólo la mía de modesto acero, virgen aún, y que, por más que me afano y mojo más y más en el tintero, jamás consigo que escriba cosa que pueda leerse; siendo á más cuidadoso, la limpio y retelimpio, por si es la tinta acaso la causa de ello; pero nó, no es la tinta: ésta es transparente; la pluma tampoco, pues es nueva: es la musa que, ingrata conmigo, no quiere romper la virginidad de mi pluma.

Apesar de todas estas desventajas, y muchas cosas más, querido PERECITO, porque no digas, me siento, tomo papel y pluma y prepárome á escribir. ¿Has visto mayor atrevimiento?

Pero no te asombres, nó; no es un artículo literario, no es un soneto, no es una poesía en estilo romántico lo que voy á escribir: me limito sencillamente á referirte un sueño que, efecto de mis grandes deseos en complacerte, y como consecuencia de mis aspiraciones, he tenido.

Has de saber, PERECITO, que—dejando á un lado la modestia—desde que tuve uso de razón mi mayor ambición ha sido el ser un buen literato; pero á esta ambición han ido siempre unidas, para mayor desgracia mía, dos cosas: la una un miedo cerval; la otra la falta de inspiración. Como una á otra las creo tan enteramente ligadas, he luchado una y mil veces por perder el miedo y escribir cualquier cosa, único afán que podría llegar á conseguir con gran esfuerzo, pues la inspiración no depende de mí sino de otra fuerza superior, y procuraba sustituirla con plagiar, coordinándolo de la mejor manera, algún que otro asunto, para pasar así por algún tiempo, como otros pasan, inscribiendo mi nombre en algún periódico, ya que no podía llegar á realizar mi sueño, mi ilusión.

Esto que he pensado muchas veces cuando lejos de mis amigos he estado, y cuando he buscado y procurado estar solo, para ver si podía dar alguna tranquilidad á mi corazón, me ha sumergido en un mar de reflexiones, creyendo mejor que con la asiduidad y la constancia llegaría tal vez á conseguir llenar de alguna manera, en parte, mis aspiraciones.

Pero sorprendido por un sueño, que, como sueño, en tal quedó, me he visto satisfecho en todas mi ambiciones, habiendo llegado á realizar todas cuantas ilusiones ha podido mi mente retener, pero tan pasajero que no duró más tiempo que el necesario para llegar á creerlo.

Veían mis ojos mis obras impresas, y en mis oídos sonaban las gratas palabras de sinceros amigos dándome la enhorabuena; y veía más: veía un sér querido que, mudo, pero con los ojos preñados de lágrimas, estrechaba débilmente mi mano, demostrándome así la alegría que llenaba de gozo su corazón; pero repuesto de mi sueño, y entrando en la realidad, quedé convencido de que no servía para nada mi buen deseo, y que mi pluma no estaba llamada á hacerme sentir esas grandes emociones que me había forjado.

Esto te lo refiero, PERECITO, para que si hasta aquí me pedías con tanto afán y anhelo escribiera algo para tu periódico y nunca llegué á mandártelo, comprendas que no ha sido por falta de voluntad, nó, sino muy al contrario, por el convencimiento que he llegado á adquirir de que mis ilusiones quedarán reducidas ni más ni ménos que á un sueño.

C. MANSILLA.

RECUERDOS

CON ACOMPAÑAMIENTO DE VIOLÍN

Hoy, en mi cuarto, pensando,
Y unas *coplas* componiendo,
He ido, *Lola*, recordando
Lo que tú dijiste *hablando*
Y lo que has dicho escribiendo.
Expresivo podrá ser
Y realista á no dudar
Tu escrito y modo de hablar;
Pero más me gusta ver
La expresión de tú mirar.
Para mi sér tan amante,
No hay nada más elocuente
Como tu mirar radiante;

Porque fundes el *andante*
En un *allegro* valiente.
¿Recuerdas, cuando sentada
Junto al piano, la mirada
Tú dirigiste al espejo
Y encontróse tu reflejo
Mi mirada reflejada?
Se borraron en seguida
De mis ojos los enojos;
Tú te pusiste encendida,
Y al verte así sorprendida
Volviste al piano tus ojos.
Mas tus ojos *repitieron*

(1) Como debe pronunciarse.

Su mirar de talismán,
¡Y cuán mi alma encendieron!
Dos *compases* se te fueron....
Igual que á mí *se me van....*

. . . .
. . . .

Ya no puedo proseguir;
Te dejaré de escribir,
Porque tengo un convecino
Y se ha propuesto ¡asesino!
Con mi numen concluir.
¡Los días pasa *rascando*
Su violín, destrozando
La música y poesía!
Y con tan agria armonía
Mis musas se van *fugando.*
Yo así ni escribo, ni duermo.
Y me voy poniendo enfermo
De tanto escuchar su *trino:*
¿Por qué no le entrará... el muermo,
Á ver si rasca el *endino?*
Aun con tanta algarabía
Atiendo más, alma mía,
Á tus recuerdos y afines,
Porque en tí hay mas armonía
Que en todos los violines.

LUÍS ZAPATERO.

MENUDENCIAS

El picador José Pandes
Dicen que en Flandes picó;
Por algo le digo yo
Que puso *una pica en Flandes.*

Cambios recibidos: *El Vigilante*, de Osuna; *Juan Palomo*, de Cádiz; *La Tempestad*, de Segovia; *El Batallador*, de Vinaroz, y *El Mensajero*, de Gracia.

Á todos damos las gracias y devolvemos la visita.

Dió un batacazo tremendo,
El jueves, Francisco Robles,
Y al levantarse exclamó:
—Acabo de *dar el golpe.*

En uno de los días de Semana Santa, al pasar una cofradía por la calle de la Cuna, un sujeto comenzó á cantar una *saeta.*

Uno de los penitentes, al oirlo, se le acercó diciendo:

—Usted no es católico.

—¿Cómo que nó?

—Pues, hombre, la razón es muy sencilla: está usted cantando cuando todos estamos temiendo que llueva.

(¡¡!!)

ÚLTIMA HORA.—Acabamos de recibir el siguiente telegrama de nuestro corresponsal en China:

«Emperador vigilia Semana Santa sentóle mal: tomó espinacas.»

El Corresponsal,

PIEDRA PELADA.

PASATIEMPOS

Charadas

Don *todo* va de visita,
Y por ser *tres* y *tercera*
Lleva puesta una levita
De *segunda* con *primera.*

II

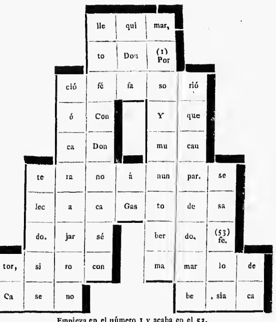
—Diga usted, *prima primera:*
¿Es mi todo el instrumento
Que da *segunda tercera*
Para mayor lucimiento?

III

Cuando se *prima tercera*
Ese *dos* que está en el lodo,
Tengo que darle mi *todo*
No se tire al *dos primera.*

MANUEL ÁLAMO.

SALTO DE CABALLO



			lle	qui	mar,			
			to	Don	(1) Por			
		ció	fé	fa	so	rió		
		ó	Con		Y	que		
		ca	Don		mu	cau		
	te	ra	no	á	nun	par.	se	
	lec	a	ca	Gas	to	de	sa	
	do.	jar	sé		ber	do.	(53) fe.	
tor,	si	ro	con		ma	mar	lo	de
Ca	se	no				be	. sia	ca

Empieza en el número 1 y acaba en el 53.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

Charadas.—I. AURELIO.—II. INDIVISIBILIDAD.

CONSULTAS

Máximo, Sevilla.—Se publicará la segunda.

Sr. D. M. A., Sevilla.—Las de usted son muy bonitas y van en este número. La de *D. A. R.* no sirve, porque uno de los que toma por imperativo no lo es. Y *D. A. S.* corre parejas con *D. A. R.* No por el imperativo, ¿eh?

Por lo demás, pueden remitir lo que quieran, que no es abuso de ninguna clase.

He dicho.

Paciencia, Sevilla.—Aunque se ha dicho mucho, no es fea, pero no sabemos si está en redondillas, en cuartetas, en romance, ó en lo que está. Aparte de que se iba á llegar aquí su *mamá postiza* y nos iba á armar un escándalo.

Huevo Duro, Sevilla.—La canción de siempre.

Sr. D. L. G. O., Sevilla.—Buena heregía, digo, elejía, como usted dice. Dispense la equivocación. En fin, se la publicaremos, aunque sea en las *Consultas*. Allá va íntegra:

«¡O! tio de mi alma
¡O! tio de consuelo
Porque? porque? has dejado
el mundo y subido tan pronto al cielo
Dejandonos sumidos
En el mayor desconsuelo.»

Hombre, ¿por qué había de ser? Porque temía que le leyese usted alguna composición.

Y con esa, dedicada á su muerte, se le habrán movido las cenizas. No le quepa á usted duda.

¡Y tener familia para eso!

Sr. D. I. I., Sevilla.—La contestación no nos gusta. De modo que estamos á media correspondencia.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 8 de Abril de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 23.

SUMARIO

CRÓNICA

Después de mil y mil tentativas infructuosas, hechas en distintas ocasiones y en las más varias formas, ha logrado ahora la prensa sevillana no diaria constituirse en Sociedad, á fin de ayudarse mutuamente en sus respectivas tareas y aunar los individuales esfuerzos de modo que todos vayan encaminados á un mismo propósito, dentro siempre, por supuesto, de los ideales que todos y cada uno persiguen con sostenido empeño.

Esta generosa iniciativa está llamada á ser fructífera, á producir saludables efectos en plazo no lejano, si se consigue evitar con especial cuidado un escollo en que con lamentable frecuencia suelen tropezar las más grandes Asociaciones de esta índole: hay que cerrar con doble llave las puertas á la vanidad y á la envidia; hay que recibir sin discusión todo aquello que redunde en bien general; es preciso aceptar todo lo que se ofrezca y se vaya presentando á la consideración de la colectividad, de manera que no se pierda ni un átomo de fuerza, ni sea estéril ningun trabajo, ni sea relegada al olvido ninguna idea útil, vengan de donde vinieren; que contra las sombras toda luz es buena, y contra el frío de la indiferencia es bueno el calor de todo pensamiento sano, desprovisto de preocupaciones y de apasionamientos.

Ya se sabe que han de presentarse muchas y graves dificultades para la consecución de los fines que se persiguen, y á remover todos los obstáculos habrá que dedicar no poco tiempo y no escaso trabajo. Y para ello justo y necesario será tener fe correspondiente á la bondad del pensamiento, y constancia para no desmayar ni un momento siquiera en la generosa demanda.

Apoyar todo buen pensamiento será el primer cuidado de la naciente Asociación, manteniendo largas, inacabables campañas, al fin de cada una de las cuales se ha de ver un señalado triunfo, y enseñará el camino que habrá de seguirse en lo futuro para la realización de los humanos destinos: que tal es la fuerza de la razón y tan grande el prestigio de una aspiración noble, que no hay poder ni atractivo que puedan superarles, ni acaso que logren ponerse á su altura.

Un grito generoso ha sido el primer paso de la nueva Asociación; grito que nace del fondo del alma, y que llega hasta el cielo demandando justicia para los niños huérfanos y abandonados, para esos infelices seres, que al nacer á la vida se encontraron sumidos en el lodo de la calle, y que al nacer á la vida del pensamiento llevan ya acaso atrofiadas las fibras de la delicadeza y de la virtud, marchitas y secas gracias al lodo social que las envuelve en forma de vicios, de preocupaciones, de desprecios, de ignorancia.

Mucho se ha hablado para fundar en Sevilla una Sociedad Protectora de los Niños abandonados; la semilla estaba echada, faltaba sólo la potente mano que la recogiera é hiciese la siembra en tierra buena, á fin de que fructificase y diese ciento por uno, como verdadero fruto de bendición y de amor para los chicos, para los pobres, para los eternos desheredados.

Por fin, parece que la mano de la juventud que ensaya sus fuerzas intelectuales en las lides periodísticas es la encargada de sembrar la semilla de protección y amparo de la niñez desvalida.

¡Hermosísimo pensamiento, digno de que el éxito más cumplido corone las doradas ilusiones y celestes esperanzas de sus iniciadores!

Nuestra voz y nuestra pluma, nuestra energía y nuestra constancia estarán siempre al lado de los que acometan la redentora obra, seguros de que haciendo algo, por poco que sea, en el sentido expresado se habrá hecho lo necesario para que la excelencia de la obra dé el orgullo de haber cumplido con un deber y la inmensa satisfacción de haber contribuido á la mejor de las obras.

Que si se logra arrebatar á la ignorancia y al crimen una siquiera de las víctimas que el satánico dedo de la fatalidad les tiene destinadas, se habrá logrado una victoria cuyos laureles no se secarán mientras haya en el mundo un recuerdo para el desinterés y para el bien.

Adelante, pues, con la idea de mantener, educar é instruir á los niños de la calle: grandes son los cimientos de vuestra obra, y majestuoso debe ser el edificio que sobre ellos se construya por el amor hacia los pequeños.

¿Fundáis luégo una tienda-asilo?—Mejor que mejor.

¿Lográis después organizar en los barrios extremos escuelas de adultos de ambos sexos?—Muchísimo mejor.

¿Dedicáis más tarde vuestra actividad á evitar en lo posible el criminal comercio que suele hacerse á costa de la salud y de la virtud de los niños?—Mil y mil veces mejor.

Que quien sabe hacer bien por los niños contribuye á la obra de crear una generación de hombres grandes.

Manuel Díaz Martín.

SONETOS

I

Un cómico viejo.

La corona real ciñó mi frente;
Yo arrastré por el suelo el regio manto;
Yo fuí duque y pastor, verdugo y santo,
Cardenal y ladrón y penitente.
Yo fuí don Juan Tenorio y fuí Juan Diente;
Yo luché en Guadalete y en Lepanto;
Yo he quitado cien vidas sin espanto
Y me he muerto cien veces de repente.
De ganar honra y prez encontré modo,
Mientras vieron mi frente levantada;
Hoy, que ya sin querer se inclina al lodo,
La miseria me cerca despiadada....
¡Por el arte he servido *para todo*,
Y hoy el arte me deja *para nada!*

II

Un quidam.

Chapurra italiano, masca inglés,
Oye perfectamente el alemán;
Fué con una embajada á Tetuán

Y ha ejercido otros cargos de interés.
Vertió cuatro comedias del francés,
Y di-vertidas que por cierto están;
Á los bufos vendióse el ganapán,
Y su pan se ganó poco después.
De lo ajeno insolente tomador;
Del arte despreciable maniquí;
Satírico, mordaz y decidor,
Imbécil, orgulloso y baladí:
¿No le habéis conocido...? ¡Es un autor
De los muchos que abundan por ahí!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

AL GUADALQUIVIR

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata,
Por ser pesado y cabezón tan sólo
Estás metiendo sin cesar la pata.
¿Por qué razón te muestras enfadado,
Asustando á los pobres infelices
De Sevilla, que nunca te han faltado?
¿Por qué vienes hinchado de narices
Á infundir miedo, di, desvergonzado?
¿Por qué alteras tu límpida corriente,
Si sabes demasiado que á la gente
Le horroriza pensar en la riada?
¿Y por qué vienes con la frente alzada,
Hecho completamente un mamarracho,
Á asustar con un agua colorada,
Que se asemeja al caldo del gazpacho?
¿Por qué, Guadalquivir, si tienes visto
Que de esta capital eres el dueño,
Te la quieres echar ahora de listo,
Inundándolo todo, que es tu empeño?
¿Por qué razón cuando te da la gana
Haces que en tí no más se esté pensando
Por la tarde, la noche y la mañana?
¿Ignoras, por ventura, que estás dando
Á todos una *lata* soberana?
¿Pues qué, quizás no sabes, imprudente,
Que si das en crecer de esa manera
No te sales de madre solamente,
Sino de toda tu familia entera?
Claro Guadalquivir, eres un tonto
Si por satisfacer esa manía
No recobras tu estado cuan más pronto.
Comprende, pues, que es una tontería,
Y no sigas, no sigas en tus trece,
Pues si la pluma de segunda atrapo
Porque sigues creciendo, me parece
Que tendré que ponerte como un trapo.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

EL ARTE DE HACER ARTÍCULOS

¿Queréis saber, apreciables lectores, el método fácil y sencillo de convertiros en un *santi-amén* en notables escritores de artículos literarios de oportunidad, mostrando en ellos —aparte de las bellezas de estilo que á cada cual hayan la suerte y su trabajo concedido—una erudición pasmosa y una suma formidable de conocimientos enciclopédicos, unidas al raro privilegio de instruir deleitando y á la difícil habilidad de dar siempre en la yema de la curiosidad pública?

—¡Ahí es nada—diréis—con lo que se nos brinda!

Reconozco, en efecto, que no es grano de anís; pero al mismo tiempo aseguro por mi fe, y de confiado me precio, que es la cosa más sencillamente hacedera que darse puede, sin otro requisito que un tantico de buena voluntad, con el aditamento de algunos alfonsinos invertidos en una colección de libros *ad hoc*.

¿Que no tenéis imaginación? No importa. ¿Que carecéis de inventiva? Para nada hace falta. ¿Que no poseéis la sesudez requerida para *sacar punta* á vuestros escritos? No hay para qué ocuparse de semejantes fruslerías; el problema está resuelto sin que se exijan para ello las dichas condiciones. Eso se quedó estacionado en literaturas trasnochadas, ó al menos convengamos en que con tales disposiciones para nada harían falta mis enseñanzas, encaminadas á sacar un articulista de un necio, ó de un bobo, ó de cualquier otro ente humano de esta calaña, cuanto más de mis inteligentes lectores.

Porque con razón os puedo decir, que poseyendo inventiva, imaginación, fantasía, sesudez y conocimientos bien cimentados, ya estaría la masa hecha y no habría más que darle la forma.

El mérito de mi enseñanza estriba en que equivale á sacar agua de un pozo seco, y hé aquí mi método:

Pues, señor; que el teatro Español, por ejemplo, da su primera función de temporada, ó se abre, ó se cierra, ó se denuncia por ruinoso, como no há mucho ocurrió; artículo al canto: la atención pública se preocupa en aquellos momentos con el tal acontecimiento, y es, por consiguiente, asunto perfectamente elegible. Pues lo más sencillo del mundo es hacer una historia sucinta del teatro y decir al público, para que se instruya, que el día en que se representó su primera función fué nada menos que el 5 de Mayo de 1568, bajo los auspicios de la cofradía de la Soledad, fundadora de él, establecida desde el 21 de Mayo del año anterior, y que le bautizó con el nombre de corral del Príncipe, aunque el público no le llamaba así, sino de la Pacheca, por ser su dueña Isabel Pacheco. Que en este corral se comenzó á edificar un teatro, con apariencias de tal, en Mayo de 1582, comprando para ello en 800 ducados al doctor Álava de Ibarra, médico de Felipe II, dos casas y corrales contiguos, representando en él, aun sin concluir, en Septiembre del siguiente año, las Compañías de Vázquez y Juan de Ávila: Que en tiempos de Felipe IV, ó sea en la época de su apogeo, costaba un real la entrada en el patio, donde se confundían revueltos plebeyos, nobles, clérigos y frailes, y los aposentos se disfrutaban por privilegios, y en la cazuela se arremolinaban las mujeres, y el alojero vendía en ella la aloja, refresco compuesto de aguamiel y especias, y la autoridad se colocaba en pleno escenario, y que á lo mejor se armaban sendos tumultos y barahundas ocasionados por la acalorada petición del *Polvillo* y la *Zarabanda* y otros bailes que dejaban atrás al can-can francés de nuestros días: Que en tiempos de Carlos II se formaron los dos bandos de Chorizos y Polacos, defensores respectivamente de los teatros de la Cruz y del Príncipe; llamándose así unos y otros, aquellos por los chorizos que, demostrando más apetito que limpieza, comía en un entremés, hacia 1742, el actor Francisco Rubert (a) Francho, y éstos porque los acaudillaba un padre trinitario llamado el padre Polaco, llegando hasta usar como distintivos, los primeros una cinta dorada y los segundos una azul: Que un incendio destruyó en 1804 el teatro del Príncipe, abriéndose de nuevo á mediados de 1806: Que entonces vino el renacimiento del teatro con Quintana, el Duque de Rivas, Bretón, Gil y Zárate, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Zorrilla y Ventura de la Vega: Que en 1849 fué restaurado y declarado definitivamente teatro Español bajo los auspicios del Conde de San Luís, y que.... y nada más; que hasta hubo quien propuso llamarle teatro Francés por las muchas traducciones que se hacían, y que no ha habido ninguna otra fecha ó circunstancia memorable hasta el pasado año de 1887, en que, por acuerdo del Alcalde, se dió orden, firmada por el primer teniente del Ayuntamiento D. Eduardo Romero Paz, á la Empresa, de cerrar y proceder á su demolición (aún en proyecto), á consecuencia de haber sido declarado ruinoso por los arquitectos D. Carlos Colubi y D. Carlos Velasco.

—Y bien,—me diréis;—¿cómo se adquieren todos esos datos para la confección del artículo?

—Pues es lo más fácil,—os contesto yo:—el Sr. Fernández de los Ríos se tomó el trabajo de recopilarlos, y nosotros no tenemos otra cosa que hacer que copiar y surcir, dándole forma más ó menos agradable: ¡por supuesto, que no ha de cometerse jamás la imperdonable torpeza de decir francamente «de tal autor he tomado los datos,» porque entonces, adiós méritos, y adiós fama de articulista!

Pero sigamos los ejemplos, y puesto que va de teatros, pongamos otro semejante: Que en el Real se ha dado una horrible silva al artista *Fulanini;* artículo hecho: primero se da la noticia, y después se hace saber al lector que en la representación de la *Aspar*, de Mr. de Fontenelles, fué donde por

vez primera se oyeron los silbidos, según asegura Mr. de Trelage hablando en sus notas manuscritas de *El barón de las Fondrieres*, de Thomás Corneille, aunque la *Aspar* data de 1680, y un verso de Boileau del *Arte poético*, publicado en 1669, dice «que el derecho de *silbar* lo compramos en la puerta:» Que en el siglo XVIII se silbó á Voltaire: Que en el XIX el mismo Talma fué silbado muchas veces, como en el «Germánicus» de Arnault en 1817, por atreverse á representar un papel de romano, vestido de tal, sin calzón corto: Que en el estreno de «Le roi s'amusse» se dividió el público en dos bandos: Que según el general Tcheng-Ki-Tong, en China no se silba: Que representando María Antonieta en Trianón, y muy mal, «El rey y el colono», de Monsigny, la silbó Luis XVI: Que el teniente de policía La Raynie prohibió silbar bajo pena de muerte, y por ordenanza de 9 de Enero de 1673: Que instigado Carlos X por algunos clásicos impertinentes para que silbara al «Hernani» contestó:—En cuestiones de este género, yo, como todo el mundo, no tengo más que mi asiento en la sala.—Y nada más, pues con lo dicho ya está el artículo hecho, animándolo con alguna observación de cuando en cuando, con algún comentario, con cualquier aplicación á las costumbres modernas, etc.

Pues bien; todos estos datos no significan más trabajo que leer y mal copiar el discurso pronunciado por Mr. Desjardins en la reunión celebrada en París por las cinco Academias en 1887.

Y así, mis queridos lectores, si queréis dar curiosos datos de la materia menos utilizable, formar un artículo sin otro asunto que el café, por ejemplo, dando preciosas noticias de sus siete pies de altura; de su forma de arbusto; de su corteza roja; de las dos cosechas que por la primavera y por otoño rinde en la Arabia, su país originario en el mundo antiguo; de su hoja, parecida á la del naranjo; de su flor blanca y semejante en tamaño y forma al jazmín; de la cáscara, quebradiza al secarse, en que se anida el grano; de la forma de éste constituido por dos mitades gemelas y acanaladas, que fácilmente se separan; de la frondosidad con que siempre se ve cubierto de flores; de su preferencia por los parajes húmedos y cálidos; del lienzo blanco que los árabes tienden al pie del arbusto para recoger el fruto y secarlo al sol y desgranarlo con rodillos, almacenándolo luégo y dándolo después al comercio para que, humeante un día su infusión en nuestras tazas, nos embalsame con su aroma y excite nuestro cerebro activando nuestra fuerza intelectual.... Si queréis, en suma, amenizar lo más árido, y ayudar á vuestra inteligencia, que por cansada ó por inhábil no os da elementos, y hacer agradable un artículo que trate de lo menos literario, de matemáticas aunque sea, diciendo, como noticias dignas de ser leídas con gusto, que los árabes fueron los que con su invasión introdujeron en Europa en el siglo VIII las cifras y los procedimientos de cálculos de que se servían: Que Gerbert, de una familia de siervos de Aurillac (Auvergne), obispo después de Reims, y Papa por último (Silvestre II), muerto en 1003, aprendió de los moros en España el sistema de numeración: Que hasta principios del siglo XIII no se extendió la aritmética india, llamada árabe, en Europa: Que en esta época un comerciante italiano, Fibonacci, llamado Leonardo de Pisa, trajo de Bougie, en África, esta manera superior de contar: Que Fibonacci llamó también á los signos *cifras indias*, como le llamaban los mismos árabes: Que los caracteres que hoy usamos son aquellos mismos, salvo el cero, que era un punto: Que los sabios árabes son los que investigaron y aceptaron el origen indio de la ciencia aritmética, siendo su nombre árabe *hendesseh* «ciencia india;» Y que los signos + y — fueron inventados por Rodolphí en 1522, y el signo = por Recort, geómetra inglés, en 1552, y los signos > y < por Harriot, matemático inglés, muerto en 1621, y el exponente por Descartes en 1650, y los logaritmos por Napier y Briggs en el siglo XVI,... etc., etc. Si queréis hacer todo esto y mucho más, no tenéis que realizar otra maravilla que poseer el «Dictionnaire Universel» de Pierre Larousse y conocer el idioma francés para leerlo.

Ved, pues, mis queridos lectores, cómo os he procurado con mi enseñanza un método fácil y sencillísimo de hacer sin tropiezo alguno artículos y más artículos, sentando, sin otro precedente ni mayores disposiciones, plaza de articulistas notables y literatos distinguidos.

Tiene, sobre todo esto, una ventaja aún: y es, que hoy está muy en boga este método, quizá por su misma sencillez, á la que, como veis, no puede pedirse más.

Conque, en resúmen: el que quiera improvisarse literato, compre su pequeña biblioteca; busque, copie, zurza y comente, sin otro cuidado importante que no declarar nunca el autor verdadero del articulillo, por amor al prestigio de la clase, y verá logrado su afán, gracias á la cariñosa enseñanza de

PERECITO.

DESENGAÑO

Habitan frente á mi casa,
Desde hace un año lo más,
La señora doña Angustias
Con su marido don Juan.
Hijos de este matrimonio
Son Francisco, Nicolás
Y Enrique, que es el menor;
Cifrando los tres su afán
En escribir poesías,
Por cierto bastante mal.
Pero aunque lo hacen los tres
Perramente, sus papás
Creen tener en cada hijo
Una notabilidad,
Y han dado en llamarle ahora
Cervantes á Nicolás,
Tirso á Francisco, y al otro
No sé cómo le dirán.
Nada de eso, de seguro,
Al lector le importará,
Y lo cuento solamente
Porque aunque en la vecindad
No hay vecino que se libre
De la *lata* del papá,
Yo he de ser el elegido,
Y siempre me ha de llevar,
Con este motivo, versos
Para que vea cómo están.

Antes de ayer me llevó
Una oda á la Tempestad,
Otra al Tiempo, otra á la Vida,
Dos ó tres al Huracán,
Otras tantas á la Muerte
Y una al Río, que es la mar.
Después de llevarme un susto
Al ver que entraba don Juan;
Después de *aguantar la mecha*,
Cuando se iba á retirar
Dijo de pronto riendo:
—Hombre, á usted que es imparcial
Voy á hacerle una pregunta
Ahora mismo.
—Usted dirá.
—¿Á quién juzga de mis hijos
El mejor?
—Á Nicolás,—
Repuse sin darme cuenta,
Para ver si se iba ya.
—¿Conque, según su opinión
(Siguió diciendo don Juan),
Es el que mejor lo hace?
Y yo, para terminar,
Dije al punto:
—Nó, ese es
El que escribe menos mal.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

CANTARES

I

Con los muertos te comparas
Si se te acaba el dinero,
Que es el peor de los males
Y un refrán muy verdadero:
«Tanto tienes, tanto vales.»

II

Cuando vayas á morir
Apunta en tu testamento
Una misa para mí,
Que frío estará mi cuerpo
Cuando te entierren á tí.

III

Cuando hagas testamento
Págame la sepultura,
Que cuando tú te hayas muerto
La mía no tiene cura,
Me matará el sentimiento.

IV

Por no publicar mi pena
Loquito me volveré,
Y como Dios no me ampare,
Con el tiempo tiraré
Piedrecitas por la calle.

V

Anoche soñé contigo,
Soñé que no me querías;
¡Desperté llorando á gritos!...
¡No me olvides, alma mía,
Porque me vuelvo loquito!

VI

Socórreme en este apuro,
Te pagaré con mi sangre,
Que está mi madre en la cama
Y yo no tengo que darle.
¡Pobrecita de mi alma!

VII

Cuando pases mira,
¡Me verás llorando!
Por causa tuya, de toítos los libros
Yo me voy borrando.

VIII

Pena de la vía
Y algo más mereces,
Que me he portao como esclava tuya
Y tú me aborreces.

FAENA.

MENUDENCIAS

Han visitado nuestra Redacción, en la anterior semana, los colegas siguientes:

El Fígaro y *El Previsor*, de la localidad; *El Eco*, de Écija, y *Galicia Humorística*, interesante revista que se publica en Santiago, y que recomendamos á nuestros suscritores.

Gracias.

Entre aficionados:

—¿Piensas mandar algo al Certamen que va á celebrar el Ateneo?

—Sí.

—¿Sobre qué tema?

—Regularmente me decidiré por la poesía lírica, si encuentro alguno que le ponga la música.

XXVIII

La cáscara de un melón
Se subió en una palmera,
Y entonces el camarón
Escribió por vez tercera:
«¡Viva la revolución!»

XXIX

Un mancebo de botica,
Al no saber qué decir
Le dió magnesia á una mica,
Y ésta dijo:—Pobre chica
La que tiene que servir.

Ante «La Primera Contienda», de Susillo:

—Oye tú, ¿ezta ez Eva?

—¡Eva! ¿En qué lo haz conocío?

—En que ze parece. ¡Mía qué!

Marcesita mía,
Yo no sé por dónde,
Cuando de noche me miro al espejo
Me encuentro con López.

Hemos recibido el programa del Certamen Literario y Artístico que el Ateneo y Sociedad de Excursiones celebrará en 30 de Mayo próximo.

No podemos insertarlo, porque no disponemos de espacio suficiente.

Mucho lo sentimos.

La Sociedad cómica *La Afición* dió el lunes en el teatro de Rioja su última función en esta temporada.

Las obras que se representaron fueron *El ventanillo*, *Robo en despoblado* y *Parada y fonda*. La interpretación, bien por parte de todos.

Nuestra enhorabuena.

PASATIEMPOS

Soluciones á los publicados en el número anterior:

Charadas.—I. ALONSO.—II. PALUSTRE.—III. ALCANCE.

Salto de caballo:

Porque nunca café quiso tomar,
Falleció don Gaspar;
Y á causa de beberlo demasiado,
Se murió Don Conrado.

Caro lector, no sé
Si aconsejarte ó nó tomar café.

Charadas

I

Prima dos tres que me has dado,
Prima un *tres* desafinado.
Tres dos tres que traigo, Antonio,
Prima dos tres del demonio.

MÁXIMO.

II

Prima dos una dos tercia
Por ser *todo*, en tal estado,
Que ni su *tercera* doble
Quiere ponerse á su lado.

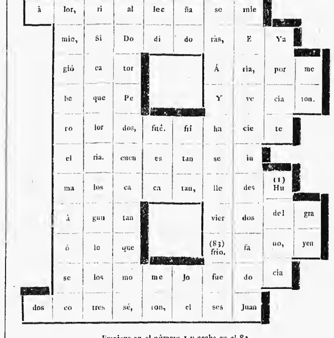
M. ÁLAMO.

III

Por entrar en el *tercera*
Cayó *todo* en *dos primera*.

A. RODRÍGUEZ.

SALTO DE CABALLO



à	lor,	ri	al	lec	ña	se	mie		
	mie,	Si	Do	di	do	rás,	E	Ya	
	gió	ca	tor			Á	ria,	por	me
	be	que	Pe			Y	ve	cia	ion.
	ro	lor	dos,	fué.	fi	ha	cie	te	
	el	ria.	cuen	es	tan	se	in		
	ma	los	ca	ca	tan,	lle	des	(1) Hu	
	à	gun	tan			vier	dos	del	gra
	ó	lo	que			(83) frío.	fa	no,	yen
	se	los	mo	me	Jo	fue	do	cia	
dos	co	tres	sé,	ion,	el	ses	Juan		

Empieza en el número 1 y acaba en el 83.

CONSULTAS

Sr. D. I. I., Sevilla.—Tampoco nos gusta. Déjese usted de cartas ya. Venga otra cosa.

Pichichi, Sevilla.—Eso es muy malo. Pero muy malo.

Sr. D. V. del R., Sevilla.—Atrasados quince céntimos. Van dos *papas* seguidas.

Sr. D. L. M., Sevilla.—Idem. No por lo de las *papás*, ¿eh?

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 15 de Abril de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 24.

SUMARIO

CRÓNICA

Noticia fresca, y muy digna de ocupar la *Crónica* de Perecito: «Ha llovido en Sevilla.»

Gracias á Dios no llovía desde el mes de Octubre más que un día sí y otro nó, y el de en medio también, para variar; ni más ni menos que si las nubes hubiesen tomado la contrata de un nuevo diluvio *universal* á beneficio de las tierras que riega é inunda el claro Guadalquivir.

Por supuesto que eso de *claro* es cosa de los poetas, que tienen fama de *andaluces;* porque las aguas del abuelo Betis —siempre no ha de decirse padre ni padrastro—se parecen al jabón hirviente en la caldera, cuando no vienen casi rojas, como avergonzadas de los infinitos daños que ocasionan á su paso y de las muchas vidas que arrastran consigo cada vez que el río se sale de la casa materna: mala maña de la que no han sabido corregirle los corregidores y demás autoridades, aunque ha costado ya un ojo de la cara, cuando menos, tan sólo el intentarlo.

Como iba diciendo, hemos tenido un otoño *húmedo* en demasía, un invierno *mojado* con exceso y lo que va de primavera *remojado* á más y mejor. Hay quien atribuye á milagro que no nos hayamos convertido todos en patos y ranas (con perdón sea dicho de los *patosos* y *pejes*).

¡Pero qué manera de llover! Desde que cogieron las canales el *pin pin* anunciador del llanto de nube, se pusieron pesadas como el borracho que canta *seguirillas gitanas*, y todavía no han soltado su monótona canción.

Que es lo más divertido del mundo, sobre todo para los sevillanos, que queremos—y casi estábamos acostumbrados á ello—comenzar á disfrutar de la primavera por Pascua de Reyes, ó por la Candelaria á más tardar.

Por fin, pareció que las nubes habían hecho un cuarto de conversión, y, tomando las de Villadiego, se habían ido con la música á otra parte.

Y tuvimos tres ó cuatro días de primera—quiero decir, de primavera sevillana legítima—en la pasada semana.

Y nos parecía mentira la verdad de un sol espléndido que nos mostraba un cielo de incomparable belleza: el famoso capote de paseo azul y oro, que dicen los revisteros taurinos.

Y el primer día en que el firmamento se presentó sin una mancha de nube disfrutamos con ansia las caricias del sol, con satisfacción semejante á la que experimenta el general que tras larga y penosísima campaña obtiene un triunfo inmarcesible.

¡Y cualquiera nos tosía tomando el sol!

Por cierto que el simpático Febo nos dió el jueves una tarde deliciosa, y asistió á un espectáculo magnífico, encantador. Calculen ustedes que una sociedad—la de velocipedistas—lleva á sus familias y convida á sus amigos á que honren las carreras que han de darse en la Plaza de Toros.

Acuden todas á la galante cita, radiantes de hermosura y de alegría, y ocupan los palcos, delanteros de barreras y tendidos de sombra del espacioso circo.

¡Vayan con Dios todas las Exposiciones comparadas con esa Exposición de caras bonitas, de cuerpos airosos, de pies diminutos!

Belleza, elegancia, alegría, distinción, gracia, riqueza, un derroche de cuanto bueno Dios cría «para martirio de los hombres» era el conjunto que ofrecía en dicha tarde la Plaza de la Maestranza.

En aquel rincón de la gloria no se sabía qué admirar. Un amigo mío, que estaba en medio de ese coro de ángeles con *polissón* y sombrero de plumas, con flores y mantillas, me decía:

—Manolo, si miro más me quedo ciego.

Cerró los ojos y á los diez minutos los abrió como espantado, exclamando:

—¿Es verdad que ha pasado por aquí un millón de golondrinas revoloteando y trinando sin cesar?

Yo me sonreí con satisfacción, y añadió mi entusiasta amigo:

—Nó, ¡de veras! ¿No has visto tú eso? ¿No has oído como el repique lejano de las campanas de la Giralda el día de la Pureza por la mañana? ¿No has escuchado cosa parecida á una serenata de bandurrias y guitarras entre sueños?

—Vaya, Pepe,—le repliqué,—tú deliras: yo no veo más que esto que tenemos presente, ni oigo otra cosa que el confuso rumor de conversaciones, risas, etc., etc.

—¿Y te parece poco?

—¿Poco? ¡Si con una mantilla blanca basta y sobra!

—Verdad,—terminó Pepe;—todo está muy bueno; pero el triunfo es, hoy por hoy, para la mantilla.

Total: que fué una fiesta brillante, gracias á las mujeres y al sol.

Así pasamos el jueves y amaneció el viernes brindándonos con otro día superior.

Pero.... á la diez de la mañana decía una vieja: «El tiempo va á cambiar, porque me duelen los callos.» (Todos se rieron al oirla.)

Al medio día ya decía la mujer: «Va á llover, porque se me ha fijado el dolor de la cintura, que la tengo resentida hace diez años.» (Nuevas risas y miradas de burla y compasión.)

Á las tres de la tarde: «Esta misma noche llueve, porque me han dado dos punzadas en las sienes, y luégo en una rodilla, y después en el dedo pulgar de la mano izquierda... No tomarlo á broma, que llueve.... y pronto.»

Al poco rato se vió una nubecilla, que se fué extendiendo y tomando color plomizo hasta enseñorearse de nuestro horizonte.

Á las siete llovía y llovió fuerte durante toda la noche.

Y llovió ayer á más y mejor.

En vista de lo cual no faltó quien le dijese á la vieja de marras:

«Señora, ¿su cuerpo de usted es un almanaque?»

Y la vieja suspirando:

«Y tanto, hijo, y tanto: ¿qué más almanaque que los años?»

Manuel Díaz Martín.

CURSILERÍA

Vierte en la tierra su fecundo fuego
El resplandor del sol,
Y á cuanto alienta en la agitada esfera
Presta vida y calor;
Y tanto el hombre como el leve insecto
Y el impaciente mar,
Reciben en su luz de la existencia
El rico manantial;
Y cuanto esparce vida ó movimiento
Halla su fuente en él,
Que hasta el aire suspende entre las brumas
Átomos de su sér.
. . . .
Del mismo modo la existencia mia,
Aspirando tu amor,
Se nutre sólo de tu azul pupila
Al templado calor:
Así, desde el aliento que en el pecho
Alimenta al vivir,
Hasta la amarga pena que en el alma
Se desliza sutil;
Desde el leve latido cadencioso,
Ritmo del corazón,
Hasta el austero, grave pensamiento
Que engendra la razón,
Tienen su único germen de existencia,
Su sólo manantial,
En el celeste fuego que tus ojos
Destellan al mirar.
. . . .
¡Ay de la tierra si el ardiente globo
Perdiera su calor!
¡Ay de mí si tus ojos me negaran
Su dulce resplandor!

Leoncio Lasso de la Vega.

FANTASÍA AMOROSA

Ojos con cuyos destellos
Se eclipsan todos los ojos,
Que á todos los vencen ellos,
Ó dejad de ser tan bellos,
Ó miradme sin enojos.
Boca cuyo dulce acento
Tiene el poder del dios-niño,
Ó deja de ser portento
Ó calma mi sentimiento
Con palabras de cariño.
Rosa lozana y fragante,
Que entre flores peregrinas
Siempre descuellas triunfante,
Guardando para tu amante
Las punzadoras espinas;
Nunca tu aroma exhalaras,
Nunca nacieras tan pura,
Ni á las demás eclipsaras,
Ni á mis ojos desplegaras
Las galas de tu hermosura.
Prendárame de otra flor
De trato menos esquivo,
Y no me hiciera su amor
Víctima de su rigor
Y de su crueldad cautivo.
Mas ¡ay! en vano es decir
Mi pena y mi desconsuelo;
Tú quieres verme morir,
Pues no me dejas oir
Ni una frase de consuelo.
Adiós, y cuando la muerte,
Que ya siento apercibida,
Termine mi triste suerte,
Dirás.... que perdí la vida
Del mal que me hiciste al verte.

Así cantaba un poeta
Con voz trémula y llorosa
Á la reja de Enriqueta,
Una joven muy.... coqueta,
Por no llamarle otra cosa.
Ella tras la celosía,
Con desdeñosa ironía
Escuchaba al trovador,
Y, escuchando, sonreía
Muy segura de su amor.
Cuando enmudeció el amante
La niña abrió la ventana
Y vió.... que en aquel instante
Se alejaba su roudante
Dando el brazo á una *barbiana*.

José Manuel de Villena.

UN CONSEJO

—Hola, Juan.
—Hola, Mateo.
—¿Tú por aquí?
—Sí, he venido
Porque estoy comprometido
Y que me dieras, deseo,
Un consejo.
—Tú dirás.
Á ver lo que se te ofrece,
Aunque nunca me parece
Que he servido....
—Ya verás.
Muy sencilla es la cuestión:
Como ya debes saber,
Siempre cumplir mi deber
Ha sido mi condición.
Verdad que también gozaba
En tiempo, y me divertía,
Pero á nadie le debía....
Porque á todos le pagaba.
Cobrando á final de mes
El sueldo de mi destino,
Aunque era ruin y mezquino,
Nunca conocí un inglés.
—Chico, tu elocuencia es mucha,
No lo dudo, nó señor,
Pero explícate mejor....
—¿Mejor quieres? Pues escucha:
Yo inocente en paz vivía,
Cuando en la anterior semana,
El jueves por la mañana
Recibí la cesantía.
Hoy que no tengo un pitillo
Porque no he cobrado el mes....
—Bien; pero ¿sobre qué es
El consejo?
—Muy sencillo.
Ayer me fué á visitar
Con el recibo el casero;
Como no tenía dinero
Me fué imposible pagar.
Y es claro.... yo.... mis apuros....
Con quince duros.... veré....
—¿Y eso es querer que te dé
Un consejo ó quince duros?
—¡Mateo!
—Al menos, á mí
Me parece....
—Piensas mal.
—¿Por qué?
—Porque en general
Los consejos son así.

Joaquín Álvarez Quintero.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

He leído y releído, mi querido Mansilla, tu carta-artículo inserto el domingo antepasado, y ¡cuánta admiración me producen el candor y la ingenuidad que sus renglones demuestran!

¡Que sientes un miedo cerval ante la decisión de escribir un articulejo! ¿Quién dijo miedo en esta época de procacidad literaria; de producciones creadas por ingenios de *doublé*, acompañadas del más resonante estrépito de bombos y platillos; de predilección decidida por todo lo supérfluo; de preferencias por lo chavacano, á fuerza de buscar lo natural y sencillo; de éxitos, en fin, más debidos á la liviandad de un público bastardamente afrancesado, que á los méritos reales de una pluma bien cortada, de una inteligencia rectamente dirigida ó de un corazón espontáneamente artista y entusiasta por lo permanentemente bello? ¿Quién dijo miedo, cuando sólo la vanidosa ostentación de un falso *amateur* cita, por alarde y sin sentirse impelido por noble imitación, á Calderón ó á Cervantes, y se asienta la crítica sobre el grosero insulto, proclamando como agudo al bufón, llamando genio al dramaturgo ampuloso, recibiendo como sagradas aspersiones de un sano naturalismo las salpicaduras del cieno, y prefiriendo, como el simbólico *Pierrot*, el ruido de los cascabeles á las melodías de la Naturaleza, la carcajada del borracho al mesurado divertimiento del ingenio, el abigarrado traje del arlequín á la severa túnica?

¿Quién busca ingenuidad en los tiempos del anuncio telegráfico, del ensoberbecimiento descarado, de las apoteosis de sí mismo y de la huera audacia domeñadora del éxito?

Modera tus temores, mi querido amigo; desecha el ingenuo lenguaje; lánzate á la palestra armado de punta en blanco y golpeando con estruendoso ruido tus armas, y no temas que sesudos campeones enemigos analicen el temple de tus guerreros arreos ó denuncien el filo de tu acero: la pompa marcial con que contonces tu fanfarrona apostura será bastante á levantar clamores de admiración en torno tuyo, y si por acaso se te junta otro juglar en tu camino, guíñale con sobreentendida intención, calla con prudente egoísmo y avanza sin temor, diciendo, cuando más, lo que el bizarro andaluz del cuento al hallar un adversario capaz de oponérsele: «Véngase voacé á mi lado y veamos quién se atreve con ambos.»

¿Tú en Madrid y con miedo? ¿En el foco obligado de la presciente sabiduría, en el gabinete del complaciente canciller que sella y otorga los pergaminos de la nobleza literaria, sin más mira que abogar por los de casa, sin otro fin que encumbrar la propia familia, no viendo que el adorado hogar es fonda á todos abierta y la familia unión pasajera y débil de elementos provincianos? ¿Tú en la alcoba del juez y temeroso de la justicia? Me admira, amigo, tu inocente candor.

Escucha mis consejos y desecha pueriles miedos.

Si hallas en tu corazón nobles ambiciones y sincera adoración á una belleza soñada, persigue tu ideal y anímalo con noble esfuerzo; pero no vistas á la virgen de tus sueños con el modesto traje hebreo, tejido en la propia casa al lado del hogar, y prendido con natural abandono en descuidados pliegues; vístela al uso moderno, con planchadas enaguas de vistosos encajes; llama á Meneses en tu ayuda para adornar sus orejas y su cuello; borda con vidrios y lentejuelas su tra-

je, y dala después al pueblo; él se encargará de subirla á los altares de su entusiasmo, más facil de arrastrar por lo que á mirar alcanzan sus ojos, que por lo que ver pudiere su inteligencia.

Cuando el amor á la gloria se llama Cervantes, se extingue en la miseria; sólo á distancia se ve el nimbo luminoso del sol. Cuando se llama Góngora, vive y sucumbe en la opulencia, aunque su luz se disipa al apartarse. Ruda es la lucha: el caballero novel emula sus bríos en el fuego del corazón; su corcel es el relámpago, sus iras el tormentoso trueno, el golpe de su acero el rayo; orgulloso de su empuje, apoyado el valor en su fe, lucha y vence; si, recordando al Cid, se contempla con modesto desmayo; si ante el humo del eterno campo de Agramante se entrega á la sesuda mesura y permanece en humilde inactividad ante el fragor de la titánica lucha, la verdad estará, sí, en su corazón, es héroe en el santuario escondido de su espíritu; pero la lid pierde un campeón, la ajena soberbia le escarnece, y una fuerza viril y joven se pierde en el vacío.

¡Adelante! ¡á la lucha! Los juegos olímpicos brillan en todo su esplendor; la virgen gloria aguarda en la meta para estrechar al vencedor contra su seno; el aplauso de millones de espectadores, que llenan el campo, aguarda impaciente al ídolo que ha de recibir sus tributos; las flores perfumarán el trono en que repose de la fatiga; las brisas orearán su frente sudorosa con soplo de arrulladores ensueños realizados.... Á la pista, pues; quien dijo miedo no conoció el triunfo. Sea al menos la vida camino sembrado de esperanzas, y así la irisarán lucientes resplandores de animadora alegría.

Hostiga, pues, mi querido Mansilla, los nuevos impulsos que de tu esfuerzo espera

PERECITO.

P. S.—Pero no olvides el encargo de las lentejuelas y los vidrios.

Á ELLA

Versos me pides, y, por cierto, niña,
Poco puedo decir,
Aunque me haya inspirado tu belleza
Pensamientos sin fin.

¿Qué podré yo cantar que no dijeran
Otros antes que yo,
Si no sé traducir ese lenguaje
Hijo del corazón?

Te diré que tu rubia cabellera,
Tu rostro al circundar,
Franja de oro semeja, revestida
De fulgor celestial.

Te diré que en tu frente de alabastro
Contempla mi ilusión
La nieve de los Alpes, confundida
En un rayo de sol.

Que el fuego que en tus ojos se adivina
Es lava de un volcán,
Un Vesubio de amor, que una mirada
Pudiera condensar.

De tu cuerpo incitante los hechizos
Me dan á comprender
Envidias y venturas, que al Averno
Llevaron á Luzbel.

En tu boca las perlas se escondieron
En senos de coral,
Y es tu sonrisa dulce, como rayo
De luz crepuscular.

Así eres tú, contraste poderoso
De sombras y de luz;
Que huyeron las bellezas de la tierra
Para reunirlas tú.

Fuego y nieve, ilusiones y deseos
Has logrado reunir,
La idealidad con el realismo impío
Se confunden en tí.

Tal vez la suerte, con rigor extraño,
De tí me alejará;
Mas siempre tu recuerdo, hermosa mía,
En el fondo del alma ha de brillar.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

LA ENMIENDA

MONÓLOGO

¡Á ver el programa, á ver!
¡Ciento cincuenta lecciones
Que me faltan de aprender!
Este año, voy á tener
Muchísimas desazones.
Y todo por no estudiar,
Por haber sido un bigardo.
Yo me tengo que enmendar,
Pues si no, me van á dar
Un suspenso como un fardo.
Ya me arrepiento contrito.
Ahora aborrezco el maldito
Tiempo que novias gasté.
Nada, nada, lo repito,
Hoy mismo me enmendaré.
Filis hermosa y divina,
De belleza peregrina,
No esperes vuelva tu amante,
Que estaba de vigilante
Constantemente en la esquina.
Y á la verdad que es muy soso,
Y sumamente engorroso,
Encontrarse todo el día
En la acera haciendo el oso,
Expuesto á una pulmonía;
Para en cambio recibir
Unas docenas de besos,
Cartas á medio escribir,
Ó un molimiento de huesos
Que nos deje sin sentir.
. . . .
Á estudiar con ilusión.
Aprenderé una lección
Por cada medio minuto,
Aunque, hablando sin pasión,
Afirmen que soy un bruto.
Venga el libro y á estudiar.
Tiene de folios ¡la mar!
Sólo el mirarle me agobia.
. . . .
Pues me voy á visitar,
Antes de nada, á mi novia.

BENITO ZURITA NIETO.

Valladolid.

SERENATA

Sultana de mis ensueños,
Encantadora sultana,
La de los ojos azules,
La de la tez nacarada,
La de labios purpurinos
Y cabellera dorada,
La que con sus mil encantos
Roba la paz á mi alma;
Sal y escúchame un instante,
Sal un rato á tu ventana,
Que tengo que hablar contigo
Cosas de mucha importancia.
Sal, por favor te lo pido,
Sal un momento, sultana,
Sal, estrella de mi vida,
Sal, Leonor adorada,
Sal, mujer, no seas cobarde,
Que á estas horas nadie pasa,
Sal, que me muero de frío,
Sal, que ya despunta el alba.

Esto decía un mancebo
Al pie de una antigua casa,
Cuando en silencio se siente
Asomar á una ventana
Una mujer como un cielo,
Con un mantón abrigada.
El mancebo se dirige
Con cariño á saludarla;
Pero cuando fué á mirar
Á la dueña de su alma,
Le cayeron dos puñados
De sal molida en la cara.

FRANCISCO CONTRERAS MARTÍN.

MORALEJAS

Por llevar la cabeza siempre alta
Una espinilla se rompió Peralta;
Y por mirar eternamente al suelo
Quedóse jorobado Pepe Melo.
Si no quieres, lector, ser desgraciado,
Procura siempre andar de medio lado.

Por no haber luz de gas en Almería,
El alma se rompió Pedro Mejía;
Y por sobra de luz, en Santander,
Conocí yo á mi suegra y mi mujer.
Esto prueba que el gas
Estar puede de menos y de más.

RAFAEL SOLÍS Y VICARÍA.

MENUDENCIAS

El *Anunciador Universal*, *El Aviso* y la *Revista de Tribunales*, de la localidad, con el *Toreo Cómico*, de Madrid, son

los colegas recibidos nuevamente, á quienes, después de darles las gracias, devolvemos la visita.

Á un cojo le dijo Juan:
—Sé del pie que usted cojea.—
Y el cojo le respondió:
—¡Eso lo sabe cualquiera!

En el teatro de San Fernando se ha puesto en escena *La viuda de López*.

No sabíamos que el desdichado vate era casado.

XXX

La cáscara de un melón
Se tiró por un balcón,
Y unos zapatos de lona
Se fueron á Barcelona
Para ver la Exposición.

XXXI

Compró un dedal de metal
Un boquerón *afligío*,
Y á ver si vaciaba el río
Empezó con el dedal,
Por eso está ya *vacío*.

El profesor le dice al discípulo:

—Vamos á ver. Calcúlate que tu padre me debe cuatro duros, que otro señor me debe otros cuatro y que Fulano me debe doce. Recogiendo ese dinero ¿cuánto tendré?

—Diez y seis,—contesta el muchacho.

—¿Cómo diez y seis?

—Sí, señor; porque mi padre tiene la costumbre de no pagar á nadie.

PASATIEMPOS

Charadas

I

Tercia-primera segunda
Tiene al *todo* del gabán
La preciosa Bereunda,
Que lo hace con afán.

M. ÁLAMO.

II

¿*Prima-dos-dos-el tercera*?
(El *todo* flor hechicera.)

A. RODRÍGUEZ.

III

En las *primas-segundas*
De un *prima-tres*
Ví yo un *todo* de rosas
Con un clavel.

MÁXIMO.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:

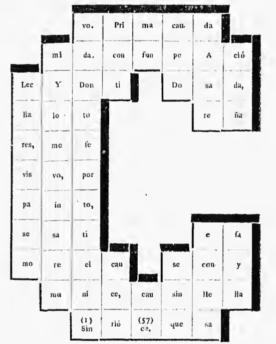
Charadas.—I. ESTELA.—II. SERENO.—III. MACARIO.

Salto de caballo:

Huyendo del invierno Juan José,
Según cuentan, al África se fué;
Y por miedo al calor, doña Emeteria
Se dirigió á Siberia;
Pero los dos tan desgraciados fueron,
Que á los dos ó tres meses fallecieron.
Ya verás, lector mío,
Que el calor es tan malo como el frío.



SALTO DE CABALLO



		vo.	Pri	ma	cau	da	
	mi	da.	con	fun	pe	A	ció
Lec	Y	Don	ti		Do	sa	da,
liz	lo	to				re	ña
res,	me	fe					
vis	vo,	por					
pa	in	to,					
se	sa	ti				e	fa
mo	re	el	cau		se	con	y
	mu	ni	ce,	cau	sin	lle	lla
		(1) Sin	rió	(57) ce.	que	sa	

Empieza en el número 1 y acaba en el 57.

CONSULTAS

A. P. L., Sevilla.—De contradicciones se ha dicho mucho, pero mucho. ¿No le parece á usted así, señora?

Y sus *contradicciones* son muchas; es decir, que su composición es larga.... larga.

Máximo, Sevilla.—Se publicarán las demás charadas. Y repetimos las gracias.

A. I. F., Sevilla.—Bueno; se publicará en el número próximo.

F. C. M., Valladolid.—«Era de noche ya y yo sudaba» leyendo el *Idilio*, no el de D. Gaspar.

Y sudé la gota gorda.

De modo que no estoy porque las prensas *suden* tinta con *el sudor que todo el cuerpo me embargaba*, como dice usted.

¿Más claro?

La otra es otra, como verá usted.

R. R., Sevilla.—¡Cuidado si eres pesado! ¡Pero no aprendes palotes! Tu serás aguador.... si acaso.

P. R. de la Z., Sevilla.—En el número próximo.... se publicará.

¡Sangá, sangá!

R. S. V., Sevilla.—Mitad por mitad. Gracias, amigo.

E. N., Sevilla.—¿Y esa charadita? Que no se diga, hombre, que no se diga.

Grilla, Sevilla.—Esa es *idem*. Ni para copiar tiene usted gracia. ¿Será usted sosa?

B. Z. N., Valladolid.—Se publicarán las dos. Puede usted seguir mandando.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 22 de Abril de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 25.

SUMARIO

CRÓNICA

En ninguna época del año se presenta Sevilla ante propios y extraños más impregnada de verdadero carácter, más adornada con peculiares galas, más espontánea ante la investigación del curioso observador de costumbres, que durante los días de Feria.

La savia fecunda de la primavera embellece nuestro suelo feraz con más galas de flores, con más pureza de ambiente, con más diafanidad en la templada atmósfera que á ninguna otra ciudad; y al par que la hermosa estación otorga nueva vida á la Naturaleza y al espíritu, la población se estremece movida por vivificador impulso; los patios se atavían con plantas, luces y adornos; un alegre susurro de trabajadora colmena se esparce por la ciudad, y el prado de San Sebastián ve salpicado su verde suelo por la lona de las *casillas*, como cubren los naranjos sus ramas con las blancas flores de azahar.

Desde el amanecer empieza la animación y el movimiento: todas las *casillas* quedaron definitivamente instaladas desde el día anterior ó durante aquella noche, si hubo retraso. El *real de la Feria* aparece con la primera luz del sol, flanqueadas sus anchas calles de árboles, las unas por las casillas particulares, las otras por tiendas de buñuelos ó sucursales de tabernas ó restaurants; aquéllas por casetas de juguetes, frutas, dulces y chucherías; éstas por barracas de saltimbanquis, polichinelas, vistas y figuras de cera, y todas salpicadas de banderas, flámulas y gallardetes en pintoresca confusión. Las calles de la ciudad que desembocan en el Prado se ven plagadas de expendedurías improvisadas en los zaguanes, donde vende dátiles de Berbería el marroquí, sabrosos turrones y mazapanes el valenciano, y almendras, pastas y confites vendedores de todos los pueblos de la comarca. Pero si deseamos bullicio y algazara, en el centro mismo de la población, en la plaza de San Francisco, no oiremos sino chasquidos de látigos, rodar de breaks y los gritos de los cocheros que, repitiendo «¡á la Ferial,» ofrecen con tenaz porfía un asiento al transeunte, no faltándoles en toda ocasión más que uno para emprender el camino.

De los diversos aspectos que ofrece la Feria durante el día, no es el menos brillante el de por la mañana.

Es la hora de las transacciones mercantiles: el ganadero, con su chaqueta corta de mangas de estezado, sombrero ancho, pantalón ajustado, bota alta, espuelas y fusta, jinete en hermoso caballo andaluz, recorre los arrecifes, bien probando el potro que pretende comprar ó vender, y cuyo trato cerrará por la noche en los cafés de la población, bien como tranquilo paseante, como *amateur* inteligente que gusta de caracolear entre las yeguadas, apreciando con ojo práctico el ganado y oyendo los alegres relinchos que se repiten acá y acullá, como en un campo de batalla.

Desde esta hora en adelante crece el ruido, aumenta la animación, multiplícase el movimiento, y cuando al medio día esparce el sol su luz esplendorosa, los variados colores que lucen las vestiduras de las casillas, la diversidad de trajes, las tocatas de tambores, flautas y cornetines, los gritos de los vendedores, el pitar de las gangosas trompetillas de caña de los muchachos, el chirriar de las carrañacas, el relinchar de los caballos, la alegre carcajada aquí, el piano allá, la guitarra y las castañuelas acullá, en armónico conjunto de creciente animación y de exuberante vida, forman un cuadro tal de alegre movimiento y de admirable colorido, una tan brillante sinfonía de bulliciosa algazara, que sólo puede concebirse su indescriptible belleza bañando las pupilas en su luz, llenando el oído de su ruidoso aturdimiento, sintiendo aquellas frescas brisas en la frente y aquel ambiente embalsamado en los pulmones.

Cuando la noche releva á la luz alegre de la mañana, y los carruajes desfilan, y las luminarias no logran alumbrar el extenso Prado—exceptuando el público que admira los fuegos artificiales, el que llena las tiendas donde la manzanilla abunda y el público ambulante que recorre las vistas, las rifas y los paseos—la vida se reconcentra en las casillas donde alternan las seguidillas y el *baile fino*, las castañuelas y el piano, prefiriendo, quizá exclusivamente en los casinos, los rigodones, y oyéndose á menudo en las demás casillas, ya las peteneras, ya unas sentidas *jaberas*, ya las melancólicas modulaciones de unas seguidillas gitanas, que reunen en la puerta compacta multitud de curiosos.

Quien quiera formar en poco tiempo un juicio verdadero del modo de ser de la capital de Andalucía, visítela durante esta su fiesta predilecta; no sólo logrará conocerla á poca costa, sino que se sentirá poseído de una verdadera embriaguez de luz, de aromas, de armonía: y cuando al abandonar su recinto pretenda coordinar en la mente los recuerdos confundidos entre sí, brillantes y vigorosos, colmados de exuberante animación, dejando todos tras de sí un extraño eco de alegre y bullicioso zumbido, de aturdimiento original y semifantástico; al atravesar de nuevo las rudas vertientes de Despeñaperros y los áridos llanos de la Mancha, arrullado por el acompasado ruido del tren, sentirá en su cerebro, ante la triste monotonía del paisaje, algo así como la persistente huella que deja en la fantasía la lectura de un cuento árabe rico de extrañas aventuras y maravillosos encantamentos, cuando al cerrar el libro nos vemos en fría noche, al lado del fuego, en profundo silencio, ó escuchando el ruido de la lluvia en los cristales y el quejido del viento que zumba en el exterior con monótona tristeza, y sintiendo aun, con vigoroso contraste, alborotada la imaginación con los prodigios de la leyenda. Tras de aquel derroche de vida, de bullicio, de alegre movimiento, todo es árido, monótono, sombrío.

Leoncio Lasso de la Vega.

EL PELADO

Estar siempre por las tiendas
Haciendo algunos encargos;
Tener que ir á todo escape,
Calle arriba, calle abajo;
Hacer *el oso* en la esquina,
Y, en fin, pasar un mal rato,
Es preferible sin duda
Á verse, de cuando en cuando,
Precisado á visitar
Al peluquero malvado.
Crecen mucho los cabellos;
Pues ya es menester cortarlos,
Voy á la peluquería,
Y lo primero que hago
Es saludar cortésmente
Al maestro y á los muchachos.

Después tengo que esperar
Leyendo cualquier diario
(Si están por casualidad
Los sillones ocupados),
Y si no, me siento en uno
Y comienza el espectáculo.
Si el oficial es amable,
Y al mismo tiempo callado,
No hace más que colocar,
Atado al pescuezo, un paño,
Y preguntar de seguida:
—¿Cómo va á ser el peinado?—
Después que uno se lo explica,
Abre la raya despacio,
Coge sus largas tijeras
Y el cabello va cortando,
Con breves interrupciones
De: «Cabeza arriba, abajo,
Un poco hacia la derecha,
Inclínese al otro lado.»
Es decir, que me convierte,
Antes que pueda pensarlo,
En un muñequito de esos
Que hoy se encuentran tan baratos,
Y que mueven la cabeza
Cuando se le antoja al amo.
Pero si por carambola,
Aunque no es nada de raro,
El oficial tiene cuerda
Constante, nos aviamos.
—Siéntese usté en el sillón,
Don Aurelio. ¿Cómo vamos?
Ya hace tiempo que no viene;
Yo dije, ¿si estará malo?
¿Cómo le corto el cabello?
¿Se lo dejo á usted muy largo,
Ó se lo pongo cortito,
Porque se acerca el verano,
Y mucho pelo molesta,
Y se suda demasiado?—
—Déjelo usted regular.—
—Corriente, vamos andando.
¿Ha leído usted *El Motín*?
¿Que nó? Pues viene á anunciarnos
Que el Gobierno va á caer,
Porque don Cristino Martos
Pronunció ayer un discurso
De esos *de barba de pavo*,
Y parece que hizo efecto.
Después dice más abajo
que Cánovas del Castillo
Con no sé quién se ha casado.
(Porque cuentan las noticias
Con diez meses de retraso.)
Vaya, vaya.... don Aurelio.
Dígame usted, ¿sabe algo
Del crimen que ha habido ahora
En Bollulios del Condado?
Es una cosa terrible,
No puede usted figurárselo;
Mataron á cuatro niños
Y á sus padres los quemaron.—
—Y tú me *quemas* á mí
Si permaneces charlando.—
(Murmura el pobre paciente
Que está sordo de escucharlo.)
Así sigue el oficial
Veinte minutos, y al cabo
Dice:—Servidor de usted,—
Sacudiendo un poco el paño.
—Tome usted una peseta.
—Voy á ver si tengo cambio.
—Nó señor, déjelo usted.
—Gracias.
—Pues hasta otro rato.
—Vaya con Dios, don Aurelio,—
Exclaman todos;—y es claro,
El pobre sale de allí
Con los oídos tapados
Y dispuesto á no volver
Por el local, hasta tanto
Que llegue el infausto día
En que tenga el pelo largo.

Serafín Álvarez Quintero.

LUZ Y SOMBRA

Soneto.

Dicen que su cariño verdadero
Ha puesto Julia en mí, muchacha hermosa,
Pura y amable, alegre y bondadosa;
Pero el amor de Julia no lo quiero.
Es Rosa de carácter altanero,
Insensible, coqueta y caprichosa;
No se distingue por lo bello Rosa
Y su amor al de Julia lo prefiero.
En vano es que la mente considere
Lo que es error ó luz, sombras ó idea,
Pues lo dudoso el corazón prefiere.
Y así viviendo, en desigual pelea,
Siempre lo que se logra no se quiere,
Siempre lo que es difícil se desea.

Narciso Díaz de Escovar.

¡OH.... EL AMOR!

(Carta que debe entregar
Un ex-galán á una actriz,
Por la que el público diz
Que se halla loco de atar.)

Señorita, la *chipén*,
Como dicen por aquí;
Ó me larga usted el sí,
Ó voy á armar un belén.
Pues no es cosa, ¡vive Cristo!,
De estar más tiempo esperando
Á que usted, Dios sabe cuándo,
Me coloque el *bueno visto* (1).
Yo no sé si en el afán
De ser de usted un esclavo
Daré esta vez en el clavo,
Como me exige el refrán.
Pues ya llevo, ¡oh desventura!,
Dados cien golpes, y todos,
Por no sé qué extraños modos,
No han dado.... ni en la herradura.
Y no tuviera perdón
Que, después de tanto dar,
Viniera al fin á sacar
Lo que el negro del sermón.
Si este esfuerzo sobrehumano
No consigue lo que anhelo,
Es señal de que hasta el cielo
Me ha dejado de su mano.
Oiga usted, y usted verá
Lo que puede una pasión,
Si se halla en un corazón
Tan tierno como el mío está.
Por alcanzar de su amor
La más pequeña conquista,
Iré siguiendo la pista
De la escena al director.
Le rogaré suplicante,
Pintando mi deseo fiel,
Que me reserve un papel
En el coro, aunque no cante.
Y si acaso no pudiera
Complacerme, que lo dudo,
Haré un personaje mudo,
Cosa que no hace cualquiera.
Pues bien debe usted saber
Que, para el que sabe hablar,
No es el papel de callar
Cosa tan f cil de hacer.
Yo me brindo muy gustoso
Á servir de cualquier cosa;
Por ver de cerca á mi hermosa
Soy capaz de hacer *el oso*.
En ello no he de cejar
Aunque escuche repetir:
«Contra el vicio de pedir
Hay la virtud de no dar.»
¿Duda V.? ¿Cree V. que es farsa?
Ahora voy al escenario
Y le pido al empresario
Un lugar en la comparsa.
Lo pido, hasta que me deje,
Que no tendrá otro remedio;
Y seré *parte por medio*....
Si me parten por el eje.
Ya me imagino en la escena,
De galán joven haciendo,
Ante el público sufriendo
Una no fingida pena;
Y me veo á tus pies rendido
Diciéndote poco á poco:
¿Me...quie...res...? Me vuelvo loco.
¿No... me... quie...res..? Me suicido.
Ya me creo de apuntador
En la concha acurrucado
Llevar la voz, y extasiado
Medio chiflarme de amor.
En esto mucho me va,
Pues dijo no sé qué junta:
«Suele ser quien más apunta
El que menos veces da.»
Pienso triste á todas horas
Que aquí me llevaré mico;
¡Yo quiero ser tu abanico
En el *Coro de señoras!*
No te me muestres esquiva,
Que así no puedo pasar;
¡Quién fuera tu Baltasar
Aun no siendo tú *La diva!*
Hazme un pequeño favor
Aunque me creas un chiquillo,
Déjame en *El ventanillo*
Ser siquiera el aguador.
Y si no te da cuidado,
Que bien puede suceder,
Déjame también hacer
Algún *Robo en despoblado*.
Así, te juro por Dios
Que, si no me niegas nada,
Tendremos *Fonda y parada*
Tan sólo para los dos.
Un detalle, vida mía,
Es idea en que no yerro,
Que he de hacer muy bien el perro
Si trabajo en *La gran vía*.

Por la copia,
Pedro Riaño de la Iglesia.

(1) Si en esta transposición
Hallan ustedes violencia,
Con un poco de paciencia
Se salva la *situación*.

LAS FERIAS

Dando vueltas en la imaginación, en busca, mi querido lector, de asunto para mi artículo, se me antoja suponer que sería muy oportuno decirte algo de la Feria.

Y quizá tenga razón; pero no es cosa de mostrarte con otro traje (más deslucido á no dudar) lo ya dicho por mi muy querido cronista, flor y nata de los de su oficio, orgullo de nuestra primera página, valioso adorno de esta publicación.

(No hay de qué.)

De ocuparme en tal asunto hay que decir algo nuevo, y á la verdad.... pero ¿qué digo? recordemos lo que no hace muchos días te dije, y ya estamos en salvo. Ciertamente, hoy me encuentro en tal estado intelectual, que mi cabeza se me antoja la más genuina imagen del vacío. Ni una idea. Si fuera crítico madrileño diría que parezco un académico de la lengua; pero como soy Perecito, digo que tan parecido me veo á un académico como á un crítico.

Lo dicho, la dificultad está resuelta; acompáñame, lector, á buscar en mi mesa y saldremos del apuro.... ¡Ferias, ferias...! ¿dónde hallaré un libro que hable de ferias?... ¡Si yo tuviera un Pierre Larousse.... pero ¡qué demonio! si cuesta más que una estatua á Daóiz.... cualquiera desembolsa.... ¡Ferias!... aquí hay una historia de Roma.... ¡Bah! nada que merezca la pena; estas historias que no hablan sino de reyes, batallas y concilios me revientan; lo que yo necesito es usos, costumbres, fiestas religiosas y civiles.... ideas, en fin, ideas; pero este libro está como mi cabeza, y la del crítico, y la del académico, fallo á ese palo.

¡Si yo tuviera buena memoria!... porque mis libros no me sacan del apuro. ¡Á ver! *Gritos del combate*, por Núñez de Arce. *Gnomos y mujeres*, de Zorrilla. *Retórica*, de Blair. *Piropos andaluces*, de Díaz Martín. *Imitación de Jesucristo*, Kempis.... *Algo*, ¡gracias á Dios que encontré algo!... ¡Á ver! ¡bah, no es nada! es el *Algo* de Bactrina.

¡Si yo lograra recordar lo que he leído en algunas ocasiones!... pero busquemos todavía; aquí hay unos apuntes: *Del Calendario*.... Magnífico, nos hemos salvado, y afortunada-

mente son míos; mejor, de ese modo todo queda en casa, sin que quitemos nada al vecino.

Ferias, ¡soberbio! no hay más que coser y cantar, como suele decirse; hé aquí *ad pedem literæ* lo que dicen mis apuntes.

—

Entre las ferias públicas que en Roma se celebraban se distinguían cuatro diversas clases: *estativas*, comunes á todo el pueblo y colocadas en días y meses determinados: *conceptivas*, promulgadas anualmente por los sacerdotes ó los magistrados: *imperativas*, promulgadas por los pretores; y *Nundinas*, consagradas á los habitantes de las villas y del campo, que se reunían durante estas ferias para tratar de sus negocios particulares. Entre las de estas diversas clases eran las más importantes Agonales, Lupercales, Sementivas, Paganales, Latinas, etc.

Se instituyeron entre los romanos las ferias *Nundinas*—ora fuese por iniciativa de Numa, ora de Rómulo cuando se asoció al rabino Tatius, y fundó el colegio de sacerdotes *sodales* y los sacrificios—á fin de que los habitantes de la campiña se reuniesen en días fijos para la celebración de sus mercados, y con objeto, además, de promulgar durante estos tres días las leyes, para que los actos de los magistrados y del Senado fuesen conocidos por todos y cada uno en numerosa y solemne asamblea.

La ley Hortensia dió á las Nundinas el nombre de ferias.

Eran, sin duda, las más importantes entre los romanos las ferias latinas. Así como las Nundinas se celebraban con el doble objeto del mercado—nota fundamental—y la promulgación de leyes, éstas conmemoraban la alianza realizada en los tiempos de Tarquino el Soberbio entre Roma y las ciudades del *Latium*.

Era su tiempo la primavera, su duración tres días; las altas representaciones de las cuarenta y siete ciudades del *Latium*, en virtud de poderes sacerdotales ó civiles, y seguidas de negociantes, mercaderes y curiosos, cubrían rápidamente la cumbre del monte Albano, á veinte kilómetros de Roma, con tiendas de campaña que se extendían en pintoresca confusión por el vértice y las laderas, invadiendo el bosque sagrado, desde el circo construido al pie del monte, hasta el arco de triunfo, que en la parte meridional daba entrada al templo de Júpiter Latiar.

La vía *Numinis*, que comunicaba con la ciudad, veíase cubierta durante estos días, de romanos y latinos, que iban ó venían de Roma al campamento.

En éste se acumulaban las ofrendas de cada pueblo, las reses consagradas á los sacrificios, los ganados objeto de su comercio, las provisiones, y entretanto, se aguardaba al tercer día, el de la solemne celebración de la alianza, en que se verificaban los sacrificios.

Por la vía *Numinis* llegaba inmensa procesión con el emperador á la cabeza, seguido del colegio de pontífices, del Senado romano, de los magistrados urbanos, de los funcionarios civiles y de los dignatarios religiosos de la capital del Imperio, saliendo á recibirla ante el templo de Júpiter las Comisiones de las cuarenta y siete ciudades, entre la inmensa muchedumbre que durante esos días se trasladaba de Roma al monte Albano.

La procesión daba vueltas alrededor del templo, mientras el emperador y los representantes del *Latium* hacían ante Júpiter libaciones sagradas, pronunciando la fórmula sacramental al brindar «por la alianza de su ciudad y el pueblo romano de los Quirites.» Hacía después el clero de cada una los sacrificios parciales, repartiendo entre los circunstantes las carnes de las víctimas, y terminaba la ceremonia el jefe del pontificado romano, conduciendo al sacrificio de la alianza la gran víctima, que era un toro blanco con los cuernos dorados.

La merienda general sobre la yerba, los juegos y regocijos y las carreras de cuádrigas en el circo, terminaban la feria, que quedaba disuelta.

El premio adjudicado al vencedor en las carreras era una balsámica poción de absinto, especie de elíxir de larga vida, segun creencias de la época.

—

Esto es, lector, lo que en mis apuntes he hallado; piensa tú en las analogías de aquellas fiestas originarias de nuestras ferias de hoy: si he logrado distraerte un momento, por ello me felicito, y de todos modos te deseo los efectos de esa maravillosa virtud que, al decir de los romanos, tenía la poción de absinto adjudicada al vencedor de sus carreras.

PERECITO.

MONÓLOGO DE UN VALIENTE

—¡Demonios! Ó es ilusión,
Que lo dudo, ó he oído
Pasos en la habitación
De junto: ¿quién habrá sido?
¿Si será mi criado Antero
Que viene...? Pudiera ser....
Nó; pues si es algún ratero
Ahora mismo lo he de ver.
Venga la escopeta al punto;
Me dispongo á la pelea;
Si encuentro alguno le apunto,
Y disparo, sea quien sea.
Pero ahora estoy observando
que puede venir más gente....
¡Diantre! ¿Pues no estoy temblando?
¡Y eso que soy tan *valiente!*
Si estuviese cerca Eloy....
Mi sereno.... pero ¡eá!
No me rebajo, allá voy,
Lo que fuere tronará.

—

En aquella alcoba creo
Que debe encontrarse el *rata*,
Es verdad.... allí lo veo:
Nada, ó le mato.... ó me mata.
Pero observo que está armado
Con una escopeta igual
Á la mía.... y se ha escamado;
¡Pues, señor, estamos.... mal!
Éste me va á dar un tiro
Como yo no me adelante
En ello; pero ¡qué miro!
Me está imitando el tunante.
Le sirvo de diversión....
¿Sí? Pues ya no aguanto más,
Suene la detonación
En este momento: ¡zas!
Se oye un ruído prolongado;
¿Sabes, lector, lo que era?
Que el valiente había *matado!...*
¡Un espejo de primera!

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

HISTORIETA

I

Aunque ha cumplido ya los veinte abriles
Es Juana tan sencilla,
Que ocupada en sus juegos infantiles
Parece una chiquilla.
Y en vez de dedicar, como otras tantas,
Su tiempo á los amores,
Lo dedica al cultivo de unas plantas,
Que en gratitud sin duda á tal cuidado
Le dan hermosas flores,
Con que adorna su talle y su peinado.
Como está en esa etapa de la vida
Que todo á amor convida,
Á falta de otro amante
Tiene un canario que entre alegres trinos
Pasa la primavera y el invierno,
Y con su canto eterno
Divierte á los vecinos.
Es tal la adoración que siente Juana
Por su tierna avecilla,
Que absorta en la ventana,
Donde cuelga, pendiente de una anilla,
La preciosa casita
En que el canario habita,
Luégo que la ha limpiado con esmero
Y echado alpiste al amplio comedero,
Con una candidez que maravilla
Se pasa contemplándolo el día entero.

II

Envidioso el Diablo
Tanta dicha al mirar, tanta inocencia,
Hizo que Juana conociese á Pablo
Y lo amase más tarde con demencia.
Es Pablo un hombre, que aunque á Juana no ama,
Como en todo el contorno tiene fama
De rendir más doncellas que un Tenorio,
Puso sus ojos en la pobre niña
Para hacerle olvidar su bellas flores
Y el canario que alegra la campiña,
Por la pérfida flor de sus amores.

III

Ya todo el pueblo sabe
Que Juana adora á Pablo con exceso
Y que no es ya el canario su embeleso.
Celoso el pajarillo
Enmudeció al mirar tanta injusticia,
Ocultó su cabeza bajo el ala,
Y haciéndose un ovillo,
Sin obtener de Juana una caricia,
Murióse de un ataque de ictericia.

Agostadas las plantas de su huerto
Dejaron de dar flores,
Y Pablo, al contemplar tales horrores,
En su corazón yerto
Sintió brotar de amor el santo fuego,
Y apasionado y ciego,
Para premiar de Juana el sacrificio
Y por dar paliativo á sus dolores,
Cual leve mariposa,
Que vuela sin cesar de rosa en rosa,
Se fué á libar la miel en otras flores.

AURELIO YANGUAS FLEURY.

CUESTIÓN DE GUSTO

A. J.

No creas que es mi amor de esos que pasan
Cual las ondas de un río,
Ni como el blando céfiro que mece
Las rosas y los lirios.
Es pasión sin igual, pura, vehemente,
Que da consuelo á mi abatido espíritu.

Si no me amas quizá, si es que desdeñas
Este inmenso cariño,
Engáñame siquiera con amores
Que por mí no has sentido.
Pues quiero alimentar una esperanza
Antes que ver mi corazón marchito.

BENITO ZURITA NIETO.

Valladolid.

MENUDENCIAS

Periódicos recibidos últimamente:
El Kiosco Universal, de la localidad.
La Crítica, de Barcelona.
El Moscón, de Grado.

También nos ha visitado el prospecto de *La Avalancha*, diario republicano progresista que empezará á ver la luz pública en 1.° del próximo Mayo.

Á todos les damos las gracias, y queda desde luégo establecido el cambio.

—Ha muerto el alférez Pérez.
—¿De veras? ¡Quién lo diria!
¿Y de qué ha muerto el *alférez?*
—Pues, hombre, de *alferecía.*

En la puerta del teatro de San Fernando:
—¿Vienes de ver *El sombrero de copa?*
—Sí, chico.
—¿Y qué te ha parecido?
—Que ni Sartou.

En la sección de *Pasatiempos* del número anterior se escaparon varias erratas:

En la solución del salto de caballo, donde dice

Segun cuentan, al África se fué;

lean ustedes:

Segun cuentan, hacia África se fué.

Además, la solución de la segunda charada es *Severo* y no *Sereno*, como por equivocación va.

Esto de fijo no volverá á suceder.

Palabra.

PASATIEMPOS

Charadas

I

Diga usted *prima dos ¿tercia primera?*
Prima dos prima un *prima dos tercera.*

MÁXIMO.

II

¡Dos tercera, dos tercera!
Porque queremos coger
Con una *tercia primera*
Á la *todo*, que es gran pez.

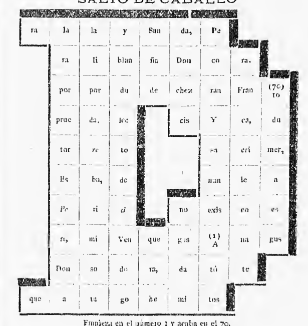
M. ÁLAMO.

Soluciones á los Pasatiempos del número anterior:
Charadas.—I. TAFETÁN.—II. GIRASOL.—III. MANOJO.

Salto de caballo:

Sin causa ni motivo
Se murió el infeliz don Primitivo.
Y con causa fundada
Pereció doña Amada.
Lectores, por lo visto, me parece
Que con causa y sin ella se fallece.

SALTO DE CABALLO



ra	la	la	y	San	da,	Pe		
	ra	li	blan	ña	Don	co	ra.	
	por	por	du	de	chez	ran	Fran	(70) to
	prue	da.	lee		cis	Y	ca,	du
	tor	re	to			sa	cri	mer,
	Es	ba,	de			nan	le	a
	Pe	ri	a		no	exis	co	es
	ra,	mi	Ven	que	gus	(1) A	na	gus
	Don	so	do	ra,	da	tú	te	
que	a	tu	go	he	mi	tos		

Empieza en el número 1 y acaba en el 70.

CONSULTAS

Sr. D. J. M. de O., Sevilla.—Se publicará.
Sr. D. V. T. Q., Madrid.—No sirve. Á su amigo F. C. póngalo como un trapo de parte nuestra.
Sr. D. O. F y A., New-York.—No tienes vergüenza ninguna. He dicho.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los dias 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 29 de Abril de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 26.

SUMARIO

CRÓNICA

Ya pasaron las fiestas oficiales organizadas con motivo de la Feria de Sevilla, y los extranjeros que nós visitaron en dichos días regresan á sus hogares.

¿Qué impresión llevarán de nuestro carácter y de nuestras costumbres?

Las que fueron orgullo y delicia de nuestros abuelos han desaparecido casi por completo, sin que se pueda decir á ciencia cierta que hayan sido sustituidas por otras.

Restos de antiguas prácticas, cuyo sentido es tal vez bastardeado, si no es ya que se ignora por la generalidad; imitación servil de los extranjeros en los trajes, en las maneras y hasta en las frases, un espíritu de frivolidad que todo lo invade; hé aquí el abigarrado conjunto que ofrecemos á la contemplación de los extraños.

Que hemos progresado es indudable: díganlo, si no, con su incontrastable elocuencia los millares de forasteros que en unión de los hijos de esta tierra han presenciado las fiestas de Semana Santa y Feria, siendo contados los lances desagradables que ha habido que lamentar; mientras que en otros tiempos las fiestas populares eran siempre días nefastos por la mucha sangre que se vertía en medio de las diversiones entonces en boga.

Pero á cambio de ese progreso tenemos que lamentar la pérdida de lo típico, de lo genial, de lo característico, de lo propio, de lo que constituía nuestro modo de ser social.

Triste es esta confesión, porque los pueblos que pierden sus usos y costumbres van perdiendo al mismo tiempo sus ideales, y, por consiguiente, van más que de prisa á su perdición y á su ruina.

En buen hora desaparezca todo aquello que pugna con el progreso; pero en lo demás, los pueblos deben aferrarse á la tradición y mantener viva la fe en los principios fundamentales que fueron norte y guía de nuestros antepasados.

Y sucede precisamente lo contrario: lo que se conserva de ordinario es lo que debiera desaparecer, así en las prácticas como en los pensamientos.

Perdido, por ejemplo, el antiguo encanto del cante flamenco, nos queda como diversión pública, en forma de *Café Cantante*, un remedo de algo que constituía el modo de sentir de la desgraciada raza gitana, y ese algo mezclado con canciones de todo género, que escucha, ó mejor dicho que oye, una gran masa que charla y bebe hasta el aturdimiento y la embriaguez.

Los antiguos odios de pueblo á pueblo, que han ido desapareciendo gracias á los progresos materiales que han puesto en íntimo contacto, á unos con otros y han creado lazos de afecto entre los antes irreconciliables, parece resucitar alguna que otra vez, gracias al espectáculo *nacional*, á las corridas de toros. Díganlo, si no, los apasionados de *Lagartijo* y *Frascuelo* antes, y ahora del *Espartero* y *Guerrita*; apasionamiento tal, que pone á Córdoba enfrente de Sevilla, es semillero de odios, da motivo á multitud de serios disgustos, y crea prevenciones que traen aparejados muchos males.

La pasión y la barbarie han hecho que aparezcamos ante el mundo—gracias á las exageraciones de los periódicos—poco menos que como un pueblo de cafres ó como una población en que se respirasen aires de perversos instintos.

¿Han de ser enemigos jurados cordobeses y sevillanos, por si *Guerrita* torea más ó menos que su compañero el *niño* de la Alfalfa? Eso sería ridículo y estúpido.

Bien es verdad que no cabe cosa mas ridícula que ver cómo en la semana de Feria no se oía en las calles, en los cafés, en los teatros y aun en las casas particulares más que conversaciones de asuntos tauromáquicos.

* * *

Esa diversión, que tantas censuras y desprecios echa sobre nosotros, era digna de hacer renacer exclusivismos, estrechos criterios, bajas pasiones, que si algún día pudieron abrigarse, pasaron para no volver más por ser incompatibles con la civilización.

Y es que de una diversión bárbara no se puede esperar más que barbarismos y contrasentidos.

Si nos contemplan los extranjeros bajo el prisma de los pitones, tendrán razón en cuanto se les ocurra contra nosotros; pero si buscan lo que tanto les encantaba hace años de nuestras originalidades, así en las diversiones como en las costumbres, se llevan chasco.

Apenas si queda rastro de lo que fué proverbial en nuestro pueblo: hemos sabido derribar, pero nadie ha sabido reconstruir ni edificar nada nuevo en sustitución de lo antiguo.

Asunto digno de llamar la atención de filósofos y legisladores, porque el mal es grave y requiere remedios heróicos y esfuerzos aunados de todos los amantes de la Patria.

Manuel Díaz Martín.

LA MONJA MUERTA

Bajo la bóveda umbría
Del medroso y triste coro,
Donde el órgano sonoro
Rompe en célica armonía,
Tras la reja dura y fría—
Insuperable barrera
En que espira, lastimera,
La gárrula voz del mundo—
La monja duerme el profundo
Sueño, que nunca se altera.

¡Qué apacible soledad!
¡Qué quietud! ¡Qué dulce calma!
¡De par en par abre á un alma
Sus puertas la Eternidad!
Santas mujeres: cantad
Al ángel, que, en raudo vuelo,
Tiende sus alas al Cielo,
Rota la humana clausura,
En tanto que con usura
Guarda su túnica el suelo.

Vuestra hermana cariñosa,
La que alegraba el convento—
Como presta su contento
Al campo la mariposa—
De la eterna vida ansiosa,
Dejó la cárcel humana.
No lloréis, nó, la liviana
Sombra que el mundo ha perdido:
Tal vez en su casto nido
Con ella estaréis mañana.

¡Mañana! Terrible instante
Para el que duda y vacila,
No para el alma tranquila
Que, por la fe, va adelante:
No para aquel que, constante,
En Dios y por Dios espera;
Y para vosotras fuera
El hoy, aterido invierno,
Si en ese mañana eterno
No viéseis la primavera.

¡Hoy! la vida resbalando
Por entre las naves frías
Del claustro: los tristes días,
Que van pasando, pasando:
El eco sentido y blando
De la ferviente oración:
No la aprendida canción
Del órgano que suspira:

La tibia tarde, que espira
Envuelta en negro crespón:

El silicio y el ayuno:
La severa penitencia:
La generosa abstinencia
Que no acepta bien alguno
Mundanal: el importuno
Clamor de la vida loca,
Que, como el mar en la roca,
Contra el muro va á chocar:
Por rico trono el altar,
Y por corona la toca:

Vivir muriendo: saber
Que hay un mundo que convida
Con placeres sin medida
Al afán de la mujer,
Y alma y sentidos poner
En un mundo superior,
Cuya vida es el Amor
Que mundos y cielos crea:
Abrigar sólo una idea:
Sufrir un solo dolor.

Ver cómo los soles bellos
Que su semblante iluminan,
Hacia su ocaso caminan
Sin mirarse nadie en ellos:
Doblar los dóciles cuellos
Ante la cruz y el Altar:
De noche y día velar
De su fe el rico tesoro,
Y, con benéfico lloro,
Con los que lloran, llorar:

No escuchar otro concierto
De músicas regaladas
Que el de las auras templadas
Entre las flores del huerto:
Ver siempre el abismo abierto
Ante sus pies, y, gozosa,
Contemplar la oscura fosa
De la blanca celda enfrente,
Como tálamo impaciente
Que aguarda á la amante esposa....

Los que en el mundo apuramos
De la dicha los extremos,
Ni su vida comprendemos,
Ni por su muerte lloramos.

Tras locos placeres vamos
Con afán que nos devora,
Y la mente soñadora
Sólo encuentra luto y frío
En el recinto sombrío
En donde la virgen ora.

Vosotros, los descreídos,
No acertáis á comprender
La vida de una mujer
Que no halaga sus sentidos,
Y cómo en sus castos nidos—
Pues nidos las celdas son—
Viven para la oración
Seres que el mundo reclama:
No comprendéis cómo ama
De la monja el corazón.

No es extraño que al pasar
Junto al muro del convento
Profanéis con torpe acento,
Su dulce calma sin par.
¡Cómo el ciego retratar
Podría, aun cuando quisiera,
La flor con que primavera
El verde campo tapiza!
¿Cuándo supo la ceniza
Los secretos de la hoguera?

Mañana, el coro doliente
De las tristes compañeras:
Las despedidas postreras
Y la oración más ferviente:
La sepultura impaciente,
De su rica presa avara;
Y la piedra que separa
Á la muerte de la vida;
Y el mundo loco, que olvida;
Y el Cielo, que al justo ampara.

¡Calle la torpe impiedad
En el recinto tranquilo,
Puerto, refugio y asilo
Contra la humana maldad!
¡De la muerta respetad
El hondo sueño!.... Medrosa
Brilla la luz temblorosa:
Cristo, en la cruz enclavado,
Está de la monja al lado....
¡Vela el esposo á la esposa!

Luis Montoto y Rautenstrauch.

¡¡VATE!!

Porque para Perecito
Me distes una poesía,
De lo peor que se ha escrito,
Y dije que no valía
Tu composición un pito,
Y por broma solamente
He dado en llamarte *vate*,
Del modo más inocente,
¿Te figuras, botarate,
Que te insulto seriamente?
No te pude imaginar
Tan escaso de razón,
Que te fueras á enfadar.
Para tí, *vate* es.... la mar....
Algo así.... como.... melón.
Pues, chico, bien has quedado:
Uno que empieza á escribir
Debe de estar enterado
De que le pueden decir
Vate, sin ser insultado.

Ayer, —y esto te lo digo
Por la gracia que me hiciste,—
Delante de cierto amigo,
Te llamé vate, y dijiste:
—No gastes bromas conmigo.—
De modo que tu papel
Fué ridículo ante aquél
Como delante de mí.
¡Y sabe Dios después él
Lo que diría de tí!
Dispensa, amigo, este palo;
Pero eso te ha sucedido,
Queridísimo Gonzalo,
Sólo por no haber sabido
Que vate no es nada malo.
Pero, en fin, si lo anterior
Te parece un disparate,
Contéstame por favor:
¿Qué es lo quieres mejor,
Que te llamen bruto ó vate?

Serafín Álvarez Quintero.

¡PROTESTO!

Dicen que es una viña ser poeta;
Mas esto es un solemne disparate,
Que no puede ser viña para el vate
El no tener jamás una peseta.
Ni es viña devanarse la chaveta
Y sufrir al más mínimo dislate
La crítica mordaz de un botarate
Además del ayuno y de la dieta.
Si la musa le finge en un aprieto
Oro un cabello, nácar un cogote,
Cuando en el mundo de sus sueños flota,
Bien pronto el infeliz muda de objeto
Y se aleja su musa á todo trote
Al hallarse sin blanca y en pelota.
Si tamaña derrota
Es una viña.... aunque me llamen bruto
Reniego de las viñas y su fruto.

José Manuel de Villena.

REFLEXIONES

—Desengáñate, chico,—me decía no hace mucho un mi amigo,—la nota constante de alegría que, envuelta en estilo jocoso, es preferida por el gusto moderno, constituye, sin duda, una prueba palpable en pro del juicio que de nuestra generación formen las venideras; las tristezas y las melancolías acusan un espíritu enfermo; la franca alegria demuestra un espíritu sano, que tomando las cosas como son, sabe, aun en la adversidad, divertir el ánimo con la observación de los hombres y las cosas, á despecho de las propias incomodidades.

Y como, según os tengo dicho, mis queridos lectores, á Perecito se le ha entrado en el cuerpo, desde hace algún tiempo á esta parte, el demonio de la filosofía ramplona, se me ha quedado metida en la mollera la observación de mi amigo, haciendo escarceos en el magín, y dejando como en vilo las conclusiones que del teorema pudiera deducir mi caletre.

Porque en verdad, en verdad, si he de raciocinar sobre esta tesis con la sinceridad debida, y suponiendo que yo tenga el espíritu sano, como decía mi amigo, acaso termine por concederle razón; pero preveo algunas soluciones que, si miradas por un aspecto no me disgustan, por otro me parecen un tantico revolucionarias.

Mens sana in corpore sano, podría decirse repitiendo la célebre frase, como fundamento del raciocinio: hé aquí la felicidad, la alegría. «¿Qué más puede pedirse á los dioses que la salud del alma y la del cuerpo?» ha dicho Juvenal. Pues bien; añadiendo la observación, que nos da siempre un resultado de franca alegría cuando aquella condición se cumple, obtendremos por una lógica inducción que las tristezas acusan *mens non sana*.

Perfectamente; pero aquí salta una de las conclusiones revolucionarias á que me refería.

«No hay inteligencia más sana que la de un borracho alegre.»

Y en efecto, Rabelais lo ha dicho: «No puede haber *mens sana* en un cuerpo falto de vino.»

Pues aun se desprende otra conclusión de más graves consecuencias. ¿Has observado, lector, por poco espíritu de observación que poseas, cómo se apena y languidece el ánimo víctima de pesarosa melancolía, cuando al levantarte una mañana y registrar los rinconcillos de la bolsa, te sorprende no hallar un solo céntimo, ó no te sorprende, como me sucede á mí, porque ya me lo sé de antemano? ¡Qué tristes consideraciones! ¡Qué dolorosos pensamientos! Hasta lo más alegre aparece triste á nuestros ojos; se oyen unas sevillanas y se nos antojan un salmo del *Miserere*.

Pero, en cambio, lector, amaneces un día con la cartera bien repleta, y lo primero que pensarás ha de ser, sin duda, *¡vengan penas!*, como quien dice, *tristecitas á mí;* y, en efecto, ese día el calor sofocante parece templanza, y el frío se llama *fresquito*, y no hay nadie más transigente, ni más amable, ni que más fácilmente perdone las flaquezas del prójimo.

Consecuencia: *mens sana* en bolsa repleta. Rosthchild es la meta de la salud intelectual; y uniendo esta conclusión á la anterior, resulta el colmo: «Vanderwill borracho.»

Ya ves, querido lector, que el resultado no es muy moral, y héte aquí la causa de mis confusiones.

Proudhón ha dicho:—La virtud es la salud del alma, y la salud la virtud del cuerpo.—Y, francamente, yo, que reconoz-

co la buena intención de Proudhón al hacer esta frase, y que me tengo por hombre de buen sentido moral, no puedo menos de apenarme al ver que las anteriores conclusiones me ponen frente á él y en guerra con la moral, porque la frase lógicamente desprendida de lo dicho sería más bien: «El vino es la salud del alma, y el dinero la salud del cuerpo.» Y si matemáticamente unimos en una sola fórmula este binomio, en atención á que con el dinero se compra el vino, resulta que éste es la única fuente de salud.

Nada, lo dicho; casi me convenzo de la verdad que encierra la tesis de mi amigo, pero me asustan las conclusiones.

Dadme un misántropo; es decir, no me lo déis, sino figuráoslo: víctima de su tristeza, aborrece á la humanidad; su carácter no puede ser más tétrico; ¿es que á los misántropos les falta el *mens sana*, que tiñe á todo de color de rosa?

Este será acaso un ejemplar de *mens non sana in corpore sano*, que según Raspail acaba por maniático ó por loco. Más claro: un hombre sin dinero que bebe vino, verdaderamente es una chifladura. Sólo le veo un lado bueno. Que es señal de que lo han convidado.

En resúmen: que si la alegría, como mi amigo dice, es prueba de inteligencia sana, yo doy como conclusión, en vista de lo que me enseña la propia experiencia, que el Banco de España es la farmácia del espíritu.

PERECITO.

EL PROCESO DE EZPELETA

(Episodio de la vida de Cervantes.)

I

El favorito del Rey
Que entre los Felipes reza,
El frívolo favorito,
Llamado Duque de Lerma,
Hace que por sus consejos
La corte traslado tenga
Á la ciudad en que el débil
Enrique Cuarto naciera.
Valladolid se prepara,
Y arde pronto en tales fiestas,
Que el aspecto se varía
De la población aquella.
Motivos muy poderosos
Pábulo dan á la empresa:
La paz de Vervins su jura
En la catedral celebra,
Y de Túnez los tapices
De los altos muros cuelgan;
La llegada de Alí-Bey,
Embajador de la Persia,
Es festejada asimismo
De magnífica manera:
Y otro festejo sucede
Cuando uno principia apenas,
Pues ha nacido la infanta
Ana Mauricia, y es fuerza
Que el fausto acontecimiento
De placer objeto sea.
Suntüosas procesiones
Y luminarias espléndidas
Anuncian que San Raimundo
Canonízase en la tierra;
Y certámenes latinos
Y en portugués y otras lenguas,
Y mascaradas y toros,
Y cañas que cien poetas
Cantaron, y cuyo lujo
Avergonzó á la miseria,
Forman el tropel inmenso
De aquellas célebres fiestas,
Que hacen horrible contraste
Del pueblo con la pobreza.

II

Entretanto un hombre honrado,
Sumergido en la indigencia,
Un hombre cuyo cerebro
Guarda tesoros de ideas,
Y no tiene quien las compre,
Por no ser papel moneda;
El soldado de Lepanto,
Que el brazo perdió en la brega;
De Argel el noble cautivo
Que poetizó las cadenas;
El ingenio sin segundo,
Miguel Cervantes Saavedra,
El autor de *Don Quijote*,
Esa sin rival novela,
Que es pasmo del ignorante
Y del sabio providencia;
En situación muy precaria,
Lleno de angustias y penas,
Y de innúmera familia
Rodeado, el vate llega
De Valladolid altivo
Á las sonrientes puertas,
Anchas para el opulento
Y para el mendigo estrechas.
Al mísero de Cervantes,
Como á Camöens se sujeta
De una comisión de cobro
De alcoholes á dar cuenta,
Y por esta causa viene
De la ciudad hechicera,
Que le retuvo en su cárcel
Para darle honor, no mengua,
Y por expreso mandato
Á la corte se presenta.
El que todo lo valía,
De España para vergüenza,
Ve su virtud y su fama
Á los azares expuestas;
Y aquél á quien toda Europa
Juzgar no puede á conciencia,
Es á la sazón llamado
Ante justicia severa.
De la capital, el brillo
Y el lujo se enseñorean;
Valladolid todo, luce
En galas de la riqueza;
Mientras el comisionado,
Al que á su ver ahora apremian,
Arrastra la dura suerte
Que á los genios se reserva.
La corte cubre sus hombros,
Que despiden pestilencia,
Con perfumes y oropeles
Que su podredumbre aumentan:
Mientras el hijo del numen,
Á quien las musas festejan,
No tiene do reclinar
La venerable cabeza.
Mas no importa: no es más rico
El que nada en la opulencia,
Teniendo el alma raquítica
Y muy pobres las ideas.
No tiene precio el talento,
Y más, mucho más la ciencia
Vale, que el metal dorado
Que la avaricia refleja.
Más vale el alma que el cuerpo;
Más vale la inteligencia,
Y su riqueza es más grande
Que las que al avaro ciegan.

III

Una noche; noche triste
Y para Miguel siniestra,
Raro suceso ocurrido
Junto á su casa modesta,
Viene á turbar el sosiego
Del genio por excelencia,
Cuando apenas terminara
La referida condena.
El caballero navarro,
Apellidado Ezpeleta,
Muy diestro en lides galantes
Y de los Tenorios crema,
Avanza con planta firme,
Que no denuncia cautela,
Y el pomo de la su espada
Acariciando la diestra,
Hacia el rincón mas recóndito
De inaccesible calleja,
En que el imán de su vida,
Su dama ansiosa le espera.
Mas cuando de su adorada
Á pocos pasos se encuentra,
Otro caballero, acaso
Rival de la dulce prenda,
También con espada al cinto,
Y embozado hasta las cejas,
Con voz del miedo enemiga
Le manda que retroceda.
El navarro en ira monta,
El otro fiero vocea,
Y ambos con la espada en mano
Á acuchillarse se aprestan.
El silencio de la noche
Pavor infunde á la escena,
Y sólo rompe la calma
De aquellas horas acerbas
El zig-zag de los aceros
Que giran y culebrean,
Y se cruzan y se abrazan
Cual dos serpientes horrendas.
La oscuridad acentúa
De aquella noche funesta
El manto, con que las nubes
Envuelven nuestro planeta,
Que durante algunas horas
Al grato sueño se entrega,
Y sólo el crespón deshace
De las tupidas tinieblas
El fulgor de las espadas
Que en el aire centellean,
Y lucen de vez en cuando,
Si el Averno las incendia,
Y débiles unas veces,
Y fuertes á intermitencias,
Cuando lucen apagados,
Fuegos fatuos asemejan,
Y cuando crece la lucha
Esplenden como luciérnagas.
Por fin el doncel navarro
Al suelo cae sin fuerzas,
Y del horrible combate
Es la víctima cruenta.
Muy mal herido y mal trecho
El caballero Espeleta,
De la casa de Cervantes
Va á refugiarse en la puerta,
Pidiendo auxilio y socorro
Con voz desmayada y trémula.
Al eco de sus quejidos,
Que sonó con insistencia
Y repercutió ominoso
En el hueco de las peñas,
Acude un tal Garibay,
Que en la casa se aposenta
De Cervantes, el cual presto
Al vago rumor despierta.
Éste con el alma grande,
De la cual siempre dió muestras,
Salta rápido del lecho,
Y con sin igual presteza
Hacia la calle los pasos
Sin vacilar acelera;
Que alguien sufre amargamente
Cuando tan triste se queja,
Y nunca fué de almas nobles
Desatender las dolencias,
Ó desoir al que implora
La cooperación ajena.
Con un valor denodado,
Que el turco miró muy cerca,
Entre sus brazos levanta
Al mártir de la refriega
Y lo traslada á su lecho
Con inaudita entereza.
Cristianamente asistido
Es allí el bravo Ezpeleta,
Que á poco tiempo fallece
En Dios con el alma puesta.

IV

Al valeroso Cervantes,
Como justa recompensa,
Se le envuelve en un proceso
Del hecho por consecuencia.
Al ladrón no maniata
La justicia de la tierra
Á veces, y el delincuente
Con aire triunfal pasea;
Al que infringe los derechos
Y la virtud vilipendia,
En ocasiones la ley
Favorece y no condena;
Y al hombre caritativo,
Que á cabo una hazaña lleva,
Y un acto heróico realiza,
De la Patria para afrenta,
Se le escarnece y aherroja,
Se le injuria y encadena.
Mas nó; que como á través
De las pardas nubes densas
Reluce el sol en la altura,
Dando vida á la pradera,
Á través del negro crimen
Brilla el sol de la inocencia,
Que es el que salvó á Cervantes
Del proceso de Ezpeleta.

FRANCISCO RUÍZ ESTÉVEZ.

DISPUTA

Ayer por la tarde,
Dos chulos de esos
Que empeñan la capa
Y empeñan el terno,
Por ver á *Guerrita*
Matar, ó á *Espartero*,
Disputaban sobre
Cuál de estos dos diestros
Lidiaba las fieras
Con más lucimiento.
—Tú no entiendes jota,—
Decía uno de ellos.—
¡*Mia* que compararme
Guerra y *Espartero!*
—¡No he de compararlos,
Si es mucho más *güeno*
Rafael que Manolo!
—¡Hombre, qué ha de serlo!
Parece mentira
Que tú digas eso.—
Siguió la disputa
Y á lucir salieron
Por fin las navajas;
Pero comprendiendo

Que tan ruin motivo
No es de un fin sangriento
Razón suficiente,
Ni diez kilos menos,
Guardaron las armas
Y hablando siguieron.
—Á mí, francamente,
Me gusta *Espartero*
Mayormente.... porque,
Como ningún diestro,
Se duerme en la cama.
—Juzgando por eso—
Repuso el contrario—
Yo tengo más mérito
Que ese mata-moscas.
—¿Tú?
—Pues ya lo creo.
¿Te acuerdas la tarde
Que maté en mi pueblo...?
—Sí....
—Pues como sabes,
De más, me prendieron.
—Ya lo sé; mas dime:
¿Por qué dices eso,
De que vales tanto
Como el *Espartero*?
—Pues porque de noche
Me dormí.... en el suelo.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

La Academia de Bellas Artes de Primera Clase, de Sevilla, celebrará hoy domingo, á la una de la tarde, sesión pública y solemne, en el edificio en que se halla establecida, para la distribución de premios á los alumnos de la Escuela y á los autores de los cuadros presentados al Certamen pictórico, cuyos trabajos estarán expuestos.

En este acto leerá un discurso el académico D. José Gestoso y Pérez.

Estando con una *pítima*
El borracho Baldomero,
Le pidió á Francisco un duro,
Y éste le dijo:—¡Estás *fresco!*

En un gimnasio:

—Yo ahora salto poco, pero en mis buenos tiempos daba unos saltos como no te puedes imaginar. Calcúlate; llegué á darlos hasta de tres metros de altura, sin carrera.

—Toma, pues eso es nada para el que yo di viviendo en la Corte.

—¿Tan grande fué?

—Desde el almuerzo de un lunes á la cena de un sábado sin tropezar siquiera con un garbanzo.

(¡!)

Mi amigo Conrado Gil
Puso á su primo Juan Perde
Como hoja de perejil;
Es decir, lo puso verde.

¿No han entrado ustedes ni por casualidad en el café que se ha establecido en los bajos del antiguo teatro Principal? Pues es digno de verse.

Además dan un café, unos licores, etc., etc., de lo mejor que se ha visto.

No dejen ustedes de ir.

XXXII

El pico de una cotorra
Se casó con una abeja,
Y el jueves, una bandeja,
Con el rabo de una zorra,
Se fué en amante pareja.

XXXIII

Ayer sábado, un melón
Se escapó en una berlina
Dando vivas á Colón.
Razón por qué mi vecina
Tocaba el acordeón.

XXXIV

Un palomo el otro día
Escribió una poesía,
Y una cucaracha seria
Puso, al ver lo que ocurría,
Una casilla en la Feria.

XXXV

El jueves, una cartera
Vió al ministro de Marina,
Y por esto una gatera
Observó que en su cocina
Salió el sol por Antequera.

En una reunión de confianza, en la que se *hace música*, un sietemesino, después que la señorita de la casa acaba de destrozar una *romanza*, empieza á preguntar á los contertulios, con el objeto de dar gusto á todos:

—Usted, Paquita, ¿qué quiere que se cante?

—Yo el tango de *La gran vía.*

—¿Y D.ª Ramona?

—Los *Igorrotes*, digo, los *Hugonotes.*

—¿Y usted qué quiere, D. Torcuato?

—¡Yo.... quedarme sordo hasta que la niña acabe de cantar todo eso!

PASATIEMPOS

Soluciones á los publicados en el número anterior:

Charadas

I ESTOQUE.—II SABOGA..

Salto de caballo:

A mi querido amigo don Ventura
No le gustó comer, nunca, asadura.
Y don Francisco Sánchez Peñaranda
Delira por la dura y por la blanda.
Esto prueba, lector de PERECITO,
Que sobre gustos nada existe escrito.

CONSULTAS

Sr. D. A. R., Sevilla.—¡Y que un hombre que escribe (según confesión propia) mejor que Echegaray y que Zorrilla ponga de consonante *demonio* y *novio*!..

Sr. D. M. N.—*Quedamos enterados, no se olvidará.*

¡Quiá!

Uno que escribe muy mal, Sevilla.—Pues todavía debe usted ser más modesto.

Sr. D. R. R., Sevilla.—¿De modo que lo último que usted mandó está bien escrito todos los días que sale el sol? (como usted dice).

No lo dudamos; pero recuerde que el día que le contestamos está nublado.

Sr. D. L. L. de la V., Madrid.—Tu amigo J. R. espera noticias tuyas.

Conque, ya lo sabes.

Sr. D. A. Y. F., Sevilla.—No parece de usted por lo malo.

Lo siento, como hay Dios.

Sr. D. F. C., Valladolid.—Se publicará lo mejor.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 6 de Mayo de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 27.

SUMARIO

CRÓNICA

«Sevilla para el regalo»—dice la copla—y á fe que hay que darle crédito, siquiera no sea más que por ser más fácil creerlo que irlo á averiguar.

El que tiene *guita* en abundancia, bien puede remontar el pandero de sus gustos sin temor á rey ni á Roque, seguro de que no le faltarán ocasiones para salir airoso en la demanda de sus más extraños caprichos. Teatros y toros, círculos y cafés, paseos y ventas, bibliotecas y monumentos, estudios y exposiciones de bellas artes, establecimientos de todo género y gente siempre dispuesta á echar una cana al aire, ofrecen elementos poderosísimos para que cada cual goce y triunfe, se luzca y se divierta á placer, con tal de tener bien herrada la bolsa y pecho ancho para no dolerse nunca del dinero que se evapora como por ensalmo.

Pero ¡ay! que en este pícaro mundo—como canta también el pueblo—el dinero es lo que vale, y al que se queda sin blanca más le valiera no haber nacido, si no tiene un tesoro de resignación, digno de héroes y de mártires.

¿Que toda esta palabrería es digna de Pero Grullo y está ya olvidada de puro sabida? Ya lo sé; pero á falta de mejor asunto para llenar esta página de Perecito, sirva una hoja arrancada entre suspiros y lágrimas del libro de la desgracia; que si hay la fortuna de que caiga en manos piadosas, tal vez pueda ser beneficiosa la oración fúnebre de una desconocida, tal y como la acabo de oir de labios de una buena mujer. (Si falta algo del triste relato, serálo más doloroso, que se omite para no recargar las tintas del sombrío cuadro.)

—¡Pobrecita! era más buena que el pan de Rosas, y trabajadora como ella sola.

Desde niña la pusieron á servir: ella de cuerpo de casa, de costura, de lavado, de plancha, de todo lo que le salía trabajaba, porque tenía muy buenos aceros y todo le parecía poco para llevárselo á su familia.

Ella no sabía lo que era el lujo, ni pensaba en otra cosa que en su trabajo, y sólo le pedía á Dios salud y fuerzas para soportar la carga que había echado sobre sus hombros la pobreza.

Como había nacido con mala estrella, le faltó el único caudal que tenía: la salud. No se sabe si fué la sobra de trabajo y la falta de alimentos, ó á qué debió su enfermedad: la cuestión fué que le dió como un resfriado, y le entraron calenturas.

Su señorita le decía al principio que aquello no era nada y se le pasaría pronto; pero cuando notó que la cosa iba de veras, le aconsejó que se marchara á su casa y se cuidase hasta ponerse buena; que la salud es lo primero del mundo, y tan fácil es perderla como difícil recuperarla luégo.

En su casa, aunque trabajando con mil fatigas en lo que le encargaban, fué de mal en peor, hasta que se puso tísica.

Entonces la casera le mandó buscar habitación, sin tener el miramiento de que había vivido allí muchos años y había pagado religiosamente su alquiler, quitándoselo no pocas veces del comer.

Buscando casa tuvo que recorrer interminable calle de la Amargura: en unas partes, cuando la veían flaca, descolorida y ronca, le decían redondamente que no se arrendaba á cierta clase de enfermos; en otras casas le daban precios subidísimos para que comprendiese que no la querían admitir: unos le pedían varios meses adelantados de alquiler; otros le exigían un fiador de garantía.... Todo eran inconvenientes; todas las puertas se le cerraban.

Como no encontraba dónde, no se se mudaba, y en vista de ello la casera tomó la determinación de decirle al amo lo que pasaba, y éste, usando de los fueros que da el ser rico, y contar, por tanto, con la protección de la ley, se plantó en la casa y le dijo á la muchacha:

—Ó te mudas antes de tres días ó te pongo en medio de la plazuela los cuatro chismes que tienes en la sala: yo no consiento que en casa mía se muera un hético, que luégo es muy difícil volver á arrendar las habitaciones *pringadas*.

La mujer lloró é imploró á más no poder, pero todo fué inútil: no hubo forma de ablandar aquel corazón de piedra berroqueña.

Entonces la infeliz, sacando fuerzas de flaqueza, pintóse el rostro para ocultar en lo posible las huellas de su enfermedad, y gracias á este engaño logró que le arrendasen una sala en un corral de vecinos.

Pero tantos fueron sus sufrimientos en aquellos días, tan superiores á su delicado estado los esfuerzos que tuvo que hacer, y tan grande la escasez de sus recursos al encontrar nueva casa, que entró en ella para dejarse caer sobre miserable jergón y no salir de allí sino para *la tertulia*, que es nombre que ha merecido la fosa común.

Tal es, en resumen, el relato que hizo la desconsolada amiga de la tísica, sobre los últimos días de una existencia consagrada al trabajo.

Mientras tanto, ese amo de casa goza de todas las consideraciones sociales, sin haber trabajado acaso ni un día de su vida, y sin llegar á enterarse de lo que es un sentimiento generoso.

¿Y el sér que pasa toda su vida en lucha con la miseria, no tiene derecho á tener un rincón donde descansar al fin de la jornada?

¿No mereció esa mujer, en premio de su laboriosa vida, ni el consuelo de que la dejasen morir tranquila?

¿No debe tener casa todo el que contribuye, en su esfera, á mantener el edificio social? ¿Dónde está la equidad de esa ley, que da armas á un propietario para que tire á la calle como á un perro al inquilino que tiene la desgracia de ser herido de muerte por traidora enfermedad?

Creo que el caso merece ser estudiado.

Manuel Díaz Martín.

HISTÓRICO

La acción pasa en la ciudad
Pintoresca de Toledo,
Y en un callejón muy largo,
Muy tortuoso y estrecho,
Que está de la capital
En uno de los extremos.
Son las doce de una noche
Á principios de Febrero,
En que unas veces relucen
Las estrellas en el cielo,

Y otras las espesas nubes,
Empujadas por el viento,
Que al atravesar se quiebra
Por las calles de Toledo,
Cubren con espeso manto
El azul del firmamento.
Casi todos los vecinos
Entregados á Morfeo
Descansan tranquilamente
Recostados sobre el lecho.
En el callejón se siente
Un vientecillo algo fresco,
Y no se oye más ruido
Que, al cabo de cierto tiempo,
La voz vibrante y sonora
Del *valiente* del sereno.
Vienen de pronto á turbar
Aquel poético silencio
Unos misteriosos pasos
Que se escuchan á lo lejos.
En el hueco de una puerta,
Bostezando y soñoliento,
Con el farol en la mano
Está sentado el sereno.
Al escuchar las pisadas
Se figura que á lo menos
Van á matarse unos cuantos,
Y sin dar tregua á más tiempo
Se pone en pie de seguida
Y sale al punto corriendo.
Un hombre cruza la calle
En una capa encubierto,
Y ocultando bajo de ella
Un bulto no muy pequeño.
Se dirige presuroso
Hacia otro bulto, que en medio
Del obscuro callejón
Hay colocado en el suelo.
¿Qué tapará con la capa
El embozado hasta el cuello?
¿Por qué camina de prisa,
Con precaución y misterio,
Volviendo la cara atrás
Como aquel que tiene miedo?
¿Qué es lo que oculta ese hombre,
Que marcha tan en silencio?
¿Quién puede ser á estas horas,
Nada más que algún ratero?
. . . .
Es un modesto vecino,
Que antes de entregarse al sueño
Saca un latón con basura,
Lo vacia.... y se marcha luégo,
Tan tranquilo como vino,
Á dormir como un becerro.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

RIMA

¿Por qué lo he de negar? Si todos saben
Que en la lucha fatal
Me arrastras hacia tí, como al acero
La fuerza del imán.

Yo sé que eres voluble, que en tu alma
El fuego del amor,
Naciendo de un recuerdo, entre cenizas
Sus llamas apagó.

Yo sé que para tí fué mi cariño
Una ilusión fugaz,
Que se deshizo como blanca espuma
De las olas del mar.

Yo sé que no te importa la amargura
Que engendra mi dolor;
¡Debo olvidarte, sí, mas para ello
Necesito arrancarme el corazón!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

Á MI QUERIDA HERMANA AURORA

De la savia feliz de un solo tronco
Brotan al aire diferentes ramas;
Se rompen unas y se yerguen otras,
Y otras desmayan.

Ésta, de dulces frutos bajo el peso,
Se inclina hacia la tierra tristemente;
La que á su lado está le da los brazos
Y amante la sostiene.

El sol nace y á todas las anima;
Brilla la luna y las argenta á todas;
Ruge el cierzo, y el hálito de muerte
Por igual las deshoja:

El pobre tronco, en tanto, con su jugo
Les da en la suya el alma con que existen,
Y todas tienen vida solamente
Porque él no vive.

Pero todas las ramas enlazadas,
Y altas para beber la luz *de arriba*,
Descansar pueden al amado tronco
Y alegrarle la vida.

† CARLOS COELLO.

LA QUIMERA

Nada hay más delicioso para el hombre que la quimera. Quizá algún severo moralista la tache de grave pecado, creyéndola incluida en el octavo mandamiento del Decálogo, por cuanto es el mentís de la fantasía á la razón; pero yo estoy con Voltaire, creyendo, como él, que *la mentira es un vicio cuando ocasiona el mal; cuando produce un bien es una gran virtud.*

Y no hay un bien más económico ni más asequible al hombre, que lanzarse en brazos de la fantasía, y dejando al cuerpo entregado á un muelle descanso, en perezosa sedación tendido sobre el lecho, hacer cabalgar á la imaginación por esos mundos misteriosos de la quimera, saboreando todo lo maravilloso, realizando todo lo imposible, saltando por cima de todos los obstáculos que la verdad interpone en el camino de nuestros deseos y poseyendo la varita mágica que descubre todos los misterios y abre todas las puertas, obediente á nuestro mandato.

El poderoso encanto de la quimera en labios de la célebre favorita del Sultán de Bagdad conjuró el peligro de una muerte inminente, y mil y una noches de sueños imposibles evitaron las consecuencias del vengativo juramento de un autócrata.

Gracias á la quimera, el infeliz que arrastra una vida de pesadumbres en miserable vivienda, pasea de vez en cuando por maravillosas galerías de encantados palacios, más misteriosos que los más soberbios alcázares de los reyes árabes, y tras una jornada de tristes penalidades, en que tuvo que resolver con algunas monedas de cobre el problema del día, recuesta el cansado cuerpo sobre el lecho, convoca á su buena amiga, que acude cariñosa en su ayuda surgiendo de entre las movedizas sombras del aposento, y el miserable de una hora antes se despoja de sus haraposas ropas, se engalana con ricas vestiduras, y abandonando el enteco y macilento cuerpo sobre el lecho, reposada la cabeza sobre la dura almohada, toma otra figura gallarda y robusta, asiste á opíparo banquete en regio salón y con aristocrática compañía, ostentando con elegante naturalidad sus riquezas; recorre con la señora de sus pensamientos jardines más bellos que los que sembró Teofrasto en las márgenes del Ilisso, más poéticos que los jardines flotantes de los Aztecas; concurre á alegres monterías, jinete sobre brioso potro, al lado siempre de la hermosa amazona, galopando por interminables avenidas cubiertas por la bóveda de gigantescos árboles que entrelazan sus ramas; descansa en misterioso pabellón, unidas sus manos y las manos de nácar de la bella, sobre un suelo cubierto de césped, en un templado ambiente saturado de aromas, bajo un cielo limpio y luminoso, y rodeado de misteriosos rumores; acude al fastuoso baile en magníficos salones deslumbrantes de riquezas, de luces, de alegría, y después de disfrutar estos goces, no con el ruido molesto y discordante de la realidad, sino con la apacible calma de un ensueño y al compás de una callada y vagarosa melodía, se retira, dando el brazo á la hermosa, al misterioso camarín, nido oculto de sus amores, donde en lecho de plumas, alumbrado por la transparente luz de fantástica lámpara, y reclinada la sien sobre el pecho de la amada, concluye de conciliar el sueño, para volver al día siguiente al duro trabajo y á las penosas privaciones.

La quimera es la salvaguardia de la vida; sin ella aborreceríamos la existencia: hé aquí por qué es el mayor de los bienes: hé aquí por qué es una mentira de las que constituyen, según Voltaire, una gran virtud.

Merced á ella vemos junto á la hoguera del cortijo al bueno de *Perico*, que saltó de guardián de puercos á yerno del rey, gracias á la hierba medicinal con que curó á la hermosa princesa el mal de amores que le aquejaba; y vemos á Mariquilla, que todos los días riega sus flores en el huertecillo de la última vivienda de la aldea, que fué nada menos que robada por un negro gigantesco, el cual la llevó á un palacio encantado donde la servían manos invisibles, y la acompañaba por las noches un príncipe que ella no pudo ver entre las sombras, hasta que queriendo sorprenderle una noche encendió una luz á hurtadillas, y al contemplarle, como Psiquis al Amor, tras de quedar enamorada de su misterioso y encantado amante, desapareció el palacio con espantoso ruido, se

vió en medio del campo sola y en su modesto traje, y gracias á las mil extrañas vicisitudes y al poder misterioso que genios y seres sobrenaturales le dieron, logró romper el encanto en que permanecía encerrado su príncipe, pasando á ser su legítima esposa y reina después de poderosos Estados.

«Dichosos los hombres—debe decir el pueblo—que pueden olvidar sus dolores echándose en brazos de la quimera.»

La fantasía proporciona placeres; la razón los anula. Mentira por mentira, la quimera inventándolas produce dichas; la razón destruyéndolas al analizarlas crea dolores. El desengaño es desdicha por cuanto fué dicha el engaño: por eso al hablar de la mentira, dice la razón por boca de Quevedo: «Amistad llama el hombre al amancebamiento, trato á la usu»ra, burla á la estafa, gracia la mentira, donaire la malicia, »descuido la bellaquería, valiente al desvergonzado, cortesa»no al vagamundo, al negro moreno, señor maestro al albar»dero, y señor doctor al platicante.... De suerte que todo el »hombre es mentira por cualquier parte que lo examines, si »no es que ignorante como tú, crea las experiencias.» Y presentado así, la verdad acongoja al ánimo. Esta es la empresa del sabio. El pueblo y el ignorante, más sabios acaso, hacen de la quimera su ciencia, huyen de manosear esas mariposas de la fantasía, que pierden al contacto los bellos colores de sus alas, y gustan de ver ondinas bajo las fuentes, y silfos en el aire; alcázares encantados entre la nieve de las altas montañas, y maravillosas grutas bajo la tierra, guardadas por los gnomos; las tres Marías en los luceros de la noche, y la virgen Willis entre las brumas del invierno: y acaso, acaso valga más que salir de entre ricas sábanas con el hastío que deja en el alma el sedimento de las riquezas, y en espera de nuevos desengaños al ver «el mundo por de dentro» de que Quevedo habla.... acaso valga más salir de la aldea al apuntar el alba, con el cántaro á la cabeza como Mariquilla camino de la fuente, ó en busca de su rebaño como Perico, creyendo que al pie de un árbol ó entre las aguas puede estar aguardándoles un geniecillo cariñoso, dispuesto á darles la felicidad por medio de un encanto, y conduciéndolos á mundos desconocidos y maravillosos....

Si algo lamenta PERECITO, después de escritas estas cuartillas, es no tener seis ó siete años para acercarse al hogar en la cocina, y pedirle á la vieja cocinera, con tono cariñoso y suplicante, que cuente un cuento de encantamentos.

PERECITO.

DE MÍ PARA TÍ

Á los dos nos cobija igual fortuna;
No te entienden á tí,
Y por decreto de mi suerte aciaga
No me entienden á mí.

Te tachan de veleta y casquivana,
Y añaden sin razón,
Que del amor al cariñoso alhago
Cerraste el corazón;

Que si finges cariño es pura farsa,
Que mientes la amistad,
Y que nunca se oyeron en tus labios
Palabras de verdad.

Dicen de mí que, impresionable y loco,
Lo que adoraba ayer
Hoy me hastía y me cansa, y hasta puedo
Llegarlo á aborrecer.

Que es locura fiar en mi cariño,
Que cual humo se va,
Y que la que en mí crea, el desengaño
Al cabo sufrirá.

¡Necios! no te comprenden y te injurian.
Yo sí te comprendí.
Me pintaron cual suelen, y, no obstante,
Me comprendes tú á mí.

Quieren alzar entre los dos la valla
De un mutuo recelar,
Sin ver lo vano de su loco intento:
No lo podrán lograr.

Me hablaste con el alma entre tus labios
Y no lo olvidaré:
Lo que tú me dijiste *aquella tarde*
Siempre recordaré.

Te hablé con la franqueza del que deja
Su pecho sondear,
Y cuanto yo te he dicho no es posible
Lo llegues á olvidar.

Si injusto el mundo, por torpeza ó saña,
Nos calumnia á los dos,
El uno al otro bien nos comprendemos
Y nos comprende Dios.

IL VECHIO.

¡CALOR!

Ha sentado sus reales el verano
(Al menos en Sevilla);
Ya aparecen los trajes de lanilla,
Ya desde el más robusto al menos sano
Empiezan á tomar zarzaparrilla (1).
El invierno se fué, *tomó soleta*,
Como dice la gente,
Y lo siento, señores, francamente,
Porque ¿quién al verano se sujeta?
¿No es preferible dar diente con diente?
Confesemos que sí, que es preferible;
La vida del verano es insufrible.
Yo deseara, señores,
Ya que tanto me cargan los calores,
Protestar y gruñir, decirle á Febo
Que no nos dé *el tostón*, mas no me atrevo,
Porque cuando el invierno esté presente,
Al clima que ahora le decimos sano,
Entonces lo pondremos como nuevo,
Y la estación mejor será el verano,
Y el que dijere lo contrario miente.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

XX

Hablando no recuerdo de qué asunto
Hubistes de decir una palabra,
Que por algo que sé, pero que callo,
Fué acogida con una carcajada.

La oistes, me mirastes, y la nieve
De tus mejillas ví tornarse en grana
Y asomar á tus ojos, como perla,
Temblorosa una lágrima.

No pasó nada más; y sin embargo
Grabadas en mi alma
Están, no sé por qué, desde aquel día
La lágrima, el rubor y la palabra.

XXI

¿Que deseas saber lo que ha pasado
Entre nosotros para tal mudanza?
Pues yo te lo diré mientras afino
Las cuerdas de mi arpa.

Una tarde de estío, ya en la hora
En que el sol trasponía las montañas,
Tú y yo, cual otras veces, conversábamos
En amistosa plática.

De repente rozó por mis mejillas
Una brisa cargada de fragancia,
Y el lejano horizonte iluminóse
Con vivas llamaradas.

Mira, te iba á decir, lo que sucede;
Pero no pude articular palabra,

(1) Y no aludo á mi hermano.

Porque un ángel de luz entre nosotros
Batió sus tenues alas.

Un dedo colocó sobre mis labios,
Diciéndome muy quedo: espera y calla;
Y yo permanecí mudo y absorto
Por la visión extraña.

Le ví acercarse á tí; posó sus labios
Sobre tu boca de coral y nácar....
Estremecióse, y se arrancó la venda
Que sus ojos cegaba.

Te miró, me miró, tornó á mirarte;
Asió una flecha ígnea de su aljaba,
Requirió el arco con certera diestra
Y le asestó á mi alma.

Después, al alejarse presuroso,
El són de una estridente carcajada
Mezclábase en el aire vagamente
Al batir de sus alas.
. . . .
Ya puedes comprender lo que ha pasado
Entre nosotros para tal mudanza;
Aun brota sangre de la herida aquella
¡Y tú no la restañas!

José Manuel de Villena y Robles.

(Del libro *Rimas y Cantares.*)

MORALEJAS

I

Cuando estaba contento don Mariano
Se comía las uñas de la mano.
Y de gusto don Bruno
Se arrancaba los pelos uno á uno.
¡Ningún hombre feliz
Se muerde de alegría la nariz!

II

Por tener ojos grandes don Matías
Se cegaba al salir todos los días,
Y por tenerlos chicos doña Pía
No veía á tres pasos por el día.
Lector, lo mejor es....
Tener ojos de.... gallos en los pies.

Francisco Contreras.

Valladolid.

MENUDENCIAS

Una.... dos.... tres.... cuatro.... seis.... ocho.... ¡qué barbaridad! ¡Apenas si hemos recibido quejas de nuestros suscriptores de provincias!

Esto es un escándalo, y si no, que venga Dios y lo vea. (Si quiere.)

Me parece que me porto.

¡Digo yo!

Y creo que está bien dicho.

Ustedes dirán:—¿Eh?

—¡Es que soy Pedro Jiménez!—
Dijo un sablista á don Carlos.—
Y éste le respondió al punto:
—Usté es Valdepeñas.... malo.

—¡Yo no quiero nada que sea católico!—gritaba un caballero.

Otro se le acerca y le dice:

—Hombre, pues haga usted el favor de cambiarme este duro por otro, porque no tiene nada de *católico*.

(¡¡¡¡¡¡¡!!!!!!!)

XXXVI

Una botella de vino
Sudó con estos calores,
Y el pellejo de un pepino,
Vendiendo ramos de flores,
Compró un traje azul marino.

XXXVII

Una parte del verano
Manteca blanca comió,
Y la barba de un anciano,
Sabiéndolo de antemano,
De cotufas se atracó.

—Doctor, con este grano que tengo entre las cejas estoy disgustadísimo, porque me molesta mucho. ¿Qué me aconseja usted para que se me quite?

—Que no lo tenga usted entre ceja y ceja.

Si te llamas sevillano
Porque has nacido en Sevilla,
Yo me llamaré *tocino*,
Porque he nacido en Tocina.

CONSULTAS

Un telegrafista, Sevilla.—Poesía mala, usted melón. Gracias suscripciones.

Enmiende plana. Tapón zurrapa.

Juan Lanas, Sevilla.—Á usted le deben sudar las manos, á la fuerza. Viene muy sucio el pliego. Ó es que había usted liado una onza de queso de Castilla en él.

Tapón zurrapa.

El mismo de antes, Sevilla.—Tan melón como antes.

Tapón zurrapa.

Sr. D. P. P. T., Sevilla.—Nó.

Que nó.

¿Cómo voy á decir las cosas?

He dicho que nó.

Tapón zurrapa.

Un señor que se va, Sevilla.—Ya podía usted haberse ido; pero lejos.

Tapón zurrapa.

Jalapa, Morón.—

¿Jalapa?

¿Morón?

¡Tapón!

¡¡¡Zurrapa!!!

Imp. de GIRONES Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscripción.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—Precios de venta: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 13 de Mayo de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. | NÚM. 28.

SUMARIO

CRÓNICA

¿Se han enterado ustedes de á cuántos estamos del mes?

Pues yo digo á fe de cronista, y el que no me crea él se lo pierde, que estamos en pleno verano.

Y á las pruebas me remito:

Las pupileras fríen los huevos, sin aceite, teniéndolos dos minutos al sol.

El agua hierve en las tinajas, y los barberos tienen que echarle hielo para poder remojar las barbas de sus parroquianos sin levantarles ampollas.

Los vendedores de helados y refrescos están haciendo su Agosto.

No hay quien se atreva á hablar en *caló* por temor á quemarse.

Todo el mundo teme arrimarse á los *Candelas* de oficio y hasta de apellido.

Nadie quiere casarse en estos días, porque las mujeres echan fuego por los ojos.

Un amigo tengo yo que riñó el sábado con su novia porque se llamaba Luz, y el nombre solo le achicharraba ya la sangre.

De hoy en adelante los hombres no se arrimarán al sol que más calienta.

Hace algunas noches se salieron muchos del teatro por no aguantar la mecha de una obra soporífera.

Todo el mundo esquiva el hablar del calor de las ideas.

Y hace tanto calor, que no hay quien busque quien le dé calor,—aunque no tenga á quién volver los ojos,—sino que el que más se contenta con una sombra protectora, si la encuentra.

Un sargento licenciado quiere pedir la cruz laureada de San Fernando porque ayer hizo la heroicidad de atravesar á la una de la tarde por en medio de la Plaza Nueva.

Finalmente, nadie toma nada con calor, porque es imposible. Cuando va uno á ponerse serio oye á un chiquillo que grita:

«Cinco céntimos un quitatabardillos.»

Total: que estamos frescos.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

EL PRESTAR

Al dar, desde que era niño,
Profeso un odio mortal;
Pero el prestar me horripila
Mucho, muchísimo más.
De lo dado, una vez dado,
El más tacaño dirá:
—Lo dí, no tiene remedio;
¡Hice una barbaridad!—
Mas no andará por ahí
Hecho el pobre un azacán,
Por recoger las *palomas*
Que soltó del *palomar*.
Ni esos plazos sempiternos
Por do quiera escuchará
De—¡Bueno, pues por Santiago...!
Y de—¡Está bien; por San Juan...!
Ni esas fútiles excusas
De—Pronto me van á dar....
—En cuanto venda el aceite....
—Aguardo á mi primo Blas....—
¡Oh! si algún dichoso día
Llego yo á tener caudal;
Si me toca (aunque no juego)
Un premio de Navidad,
Juro á Dios que ni un ochavo
Á nadie le he de prestar,
Y juramentos como éste
Siempre se hacen de verdad.
Pues qué, ¿andaría yo, necio,
Aguanta que aguantarás,
Viendo que al pedir lo mío
Me ponían mala faz?
Y ¿oiría, sin que el coraje
Pronto me hiciera estallar,
—¡Es usted muy exigente!
—¡Jesús, y qué hombre tan...!
—¡Descuide usted, no me muero!
—¡Hombre, déjeme usté en paz!—
Y de tanto zascandil
Tanta y tanta vaciedad?
¡Nada! Hoy por desgracia mía
Es una utopia mi plan,
Que entre todos los bolsillos
Llevaré, si acaso un real;
Mas si la suerte me llega
Alguna vez á soplar,
¡Ya está fresco el que me pida
Dos *perros!* ¡Fresquito está!
En fe del odio invencible
Que le profeso al prestar,
Voy á contaros un caso
Copiado del natural:
Érase en cierto villorrio,
Cuyo nombre he de callar,
Cierta señora.... de *pega;*
Pero de *paga*, jamás.
Amiga de darse tono
Era en tal modo la tál,
Que á cuatro incautos y memos
Consiguió al fin deslumbrar,
Pues era, según decía
Orgullosa y lenguaraz,
Biznieta.... del botón décimo
De la chupa de Caifás.
Que era rica aseguraba,
Y tenía en realidad
Por capital la lujuria,
Que es pecado capital.
La señora recibía
(Que era recibir su afán)
Á la flor y nata de
La *villana* sociedad.
Para comprar unos trajes,
Ó bien para celebrar
Sus días, que en esto á una
Las opiniones no van,
Pidió prestada á una amiga
Una buena cantidad,
Y la amiga, también buena,
Diósela sin vacilar.
Mas viendo pasar el tiempo,
Espera que esperarás,
Sin que la amiga deudora
Le devolviese ni un real,
Una noche, ya cansada
De tanta informalidad,
Le escribió de esta manera,
Punto ménos, punto más:
«Amiga, tengo un apuro
Y espero me has de mandar
Unos cuartos. Tu afectísima,
Fulana de Tál y Cuál.»
La otra señora, que, miéntras,
En su alegre sociedad,
Charlaba de sus blasones
Y de su pingüe caudal,
Al recibir la misiva,
Púsose un punto á pensar,
Y, como ella concebía
Con rara facilidad,
Concibió una estratagema,
Inicua, si original,
Para probar ante todos
De sus frases la verdad.
—¡Ay, si *una* no quisiera
Las lágrimas enjugar...!—
Dijo en voz alta la hipócrita,
Cariacontecida asaz.—
Es un secreto y yo espero
Que de ustedes no saldrá.
Leed: ¡parece mentira
Que haya tal necesidad!—
Y la esquelita corriendo
Fué de aquí para acullá,
Y de la señora ausente
Comenzóse á murmurar.
Una niña:—¡Qué descaro!
Un pollo:—¡Qué atrocidad!
Una señora.... de peso:
—¡Oh! tiene un hambre.... bestial.
¡Ya se ve! con estas cosas,
No hay manera de medrar.
El autor de este romance:
—¡Hase visto infamia tal...?
. . . .
. . . .
Queridos lectores míos,
Con franqueza, ¿no es verdad
Que el verídico episodio
Os parece sustancial?
¿No es verdad que prestaréis?...
De mí, os puedo asegurar
Que nunca eché en saco roto
La leccioncita fatal.
Tanto, que leyendo un libro
Que decía al empezar
«Présteme el lector paciencia,»
No leí una letra más.

F. RODRÍGUEZ MARÍN.

CARICATURAS

I

Agobiado, vacilante,
Sumido en cavilaciones,
Todo el traje hecho jirones,
De mirada penetrante.
Es admirador constante
Del *Pasaje* y del *Colmado*,
Siempre por pies se ha escapado

Del sastre ó del zapatero,
Y da un sablazo al primero
Que se encuentra en buen estado.

II

En todas partes está;
Es un poco jorobada,
Y su nariz encorvada
Casi con la barba da.
Á la iglesia viene y va,
Escupe bajo la estera,
Es chismosa y embustera,
Arma por nada un belén,
Y en menos que dice amén
Desacredita á cualquiera.

III

Se la da de distraído,
Pone cuidado en sacar
El calzado sin limpiar
Y el pantalón descosido.
Finge que se halla aburrido,
Y sólo piensa en decir
Que está hastiado de vivir,
Porque hace una redondilla
Inspirándose á la orilla
Del río Guadalquivir.

IV

Por las calles va ligero
Con su gran corbata fuera,
Abierta la marinera
Y echado atrás el sombrero.
Acude siempre el primero
Á entrar en la Exposición (1),
Recorre todo el salón,
La vista encoge al mirar,
Y á todo le ha de tocar
Para llamar la atención.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

PIROPOS ANDALUCES

Los ojos, corona imperial de la belleza andaluza, son fuente inagotable de requiebros.

Azules, porque simbolizan la pureza, retratan la vaguedad de la ilusión, reflejan la inmensidad del firmamento y hacen soñar con un cielo de tranquilas dichas.

Negros, porque tienen hechizo, queman como el abismo é incitan á esas volcánicas pasiones soñadas por los jóvenes, cantadas por los poetas y lloradas por la estéril vejez.

Y como en un término medio consiste la virtud, se enamoran perdidamente también los andaluces de los ojos pardos, porque leen en ellos la tranquilidad del hogar, la dulzura de la posesión y en realidad el deleite inefable de amar y ser amados.

¡El amor! Ese es el verdadero secreto, el imán que atrae con más fuerza á los hijos de esta tierra, la estrella norte de sus ideales, la aspiración que les domina desde los primeros días de la pubertad hasta los últimos de la vida; es decir, de la cuna al sepulcro.

Y ¿cómo hacer el viaje de peregrinación por este valle de lágrimas y manzanilla sin tener el alma puesta en los ojos de una mujer?

El verdadero andaluz no lo concibe, porque para él es la compañera el planeta á cuyo alrededor gira eternamente, encadenado, sin importarle un bledo su particular destino.

¡Los ojos! Ahora sean el faro que nos guíe á la playa de la felicidad ó el que nos señale los escollos donde voluntaria y fatalmente nos hayamos de estrellar; ya dirijan nuestros pasos con luz redentora ó sean el rayo vengador que nos consuma; ora sean soles que alumbren, calienten y vivifiquen; ora fuego abrasador que convierta la vida en un infierno; bien sean estrellas que, en alas de la esperanza, nos lleven al portal de la redención ó nos ofrezcan solamente tibia lejana luz que marque un punto en la noche de la existencia, pero que infunde el desaliento, la duda y la desesperación, de todos modos son siempre para el andaluz unos buenos ojos el libro donde más lee, el idioma que tiene interés en aprender, el problema que le preocupa, el misterio humano que le hace pensar y le obliga á sufrir, en una palabra, el único tesoro cuya posesión ansía.

¿Qué extraño es, por consiguiente, que una mirada equivalga á un idilio, engendre un drama é inspire una epopeya?

* * *

Aquí llegaba en mis mentales divagaciones, cuando recibí la visita de mi amigo de la infancia, Fernando, hoy obrero inteligente, el cual me preguntó con su franqueza habitual:

—¿Qué estabas pensando, Manuel?

—Pensaba—le contesté—en el dominio que ejerce sobre los andaluces la mujer, especialmente si está favorecida por la Naturaleza con unos ojos encantadores. Yo creo que mientras haya andaluces en el mundo no faltará quien rinda culto á todo lo bueno que Dios cría. ¿No es verdad, amigo Fernando?

—Tan verdá es—dijo—como luz es esa que nos alumbra. Primero se caia una puerta der sielo que dejásemos de bendesí hasta la fundación de una persona é gracia. Imagínate por un momento que sale de paseo aquella retrechera *gachí* de quien se cantó:

Favor, favor, que me matan,
Yo no me puedo valé;
Son dos negros asesinos
Los ojos de esta mujé.

Echárzela uno á la cara y largarle una carretá é piropos es tóo una misma cosa.

—Bien: ¿y qué cosas le ibas á decir?

—¡Tiene gracia! Pues, hombre, lo primero que se me viniera á la boca. ¿Pa eso se necesita estudiá en Salamanca?

—Por lo menos habrá que pensar....

—¡Qué pensá ni qué ocho cuartos! Llega una mujé de güen trapío proclamando guerra, con dos ojos como dos centellas. Güeno; pues se arrima uno á eya, jasiéndose er disimulao, y le dice, esto es un poné:

Mala sangre; mirando jase usté más daño que una raspa en un ojo.

Eya, como es naturá, está jamando partías, y por lo mismo que se entera se queda tan distraía como si no fuera con eya la conversación, y entonces se le dice si á mal no viene:

Niña, no me mire usté, por la salú é su mare.

Con esto se pone que salta en la mano, pero sigue en su tema de no mirá pa que la mire mejor á eya. Entonces no hay más remedio que volvé á la carga, y desirle á bocajarro y en tono de desesperao:

Premita Dios que me muera esta noche.

Esta mardisión es, como tú supondrás, más farsa que el alma de Júas; pero la mujé, que siempre es argo afisioná ar toreo, se deja engañá y güerve la cara, que es lo que estábamos camelando, porque al ver sus lindos ojos le digo:

Ya no me muero, graciosa.

Y con esta pamplina ú otra por el estilo se va eya más contenta que unas Pascuas, y habemos tenío er gusto de desahogarnos por un rato.

—Pero oye, Fernando, eso se dice una vez. ¿Y cuándo viene otra buena moza con unos ojos superiores también?

—Entonse no he hablao ná yo ó no me has entendío tú. Digo que cá vez que le echo la vista encima á una persona que me hace tilín ya estoy sortando la sin hueso, y le cuelgo de las orejas lo primero que se me ocurre. Eso no se piensa, porque no da tiempo ni pué sé. Se ven unos ojos que vienen echando chispas, y en el mismo momento.... ¡pin!... se le tira este confite:

Hole, biban esos sacais.

Si en aquel inter pasa otra se le dice cualquier cosa, por ejemplo:

Ojitos bonitos ahí, mare é mi arma.

Y si pasaran doscientas, oirían doscientas cosas. En estando de veta ninguna se escapa sin su ración. Esos son días; muchas veces salimos á la calle dándonos é cara con mujeres de mistó, y no se le mueve á uno el espíritu pa desirle á nadie «por ahí te pudras». Y otras veces paese que he comío lengua, y largo los requiebros hasta por los deos.

—Eso no se comprende tan fácilmente como lo vas explicando, querido Fernando. Yo supongo que la mujer guapa siempre inspirará requiebros magníficos....

—Pues ahí verás: lo que yo he dicho es la pura. Es según el humó: hay días que ties er cristá que toas te paresen pinturas é Morillo y otros días pasas por delante de la diosa Venus y mardito si le haces ningún caso. Ayer, sin ir más lejos, me encontré de manos á boca con una muchacha que no tiene ná de particulá; pero se queó mirándome.... y sin poderlo remediá le dije con fatigas:

Hole, los luseros con niñas.

Como la chiquiya me ve casi toos los días y jamás ni nunca ha visto que yo le dirija la grasia é Dios, le extrañó y gorbió á mirarme de una manera.... que.... vamos, me jiso sortá esta prenda:

¡Ay, qué ojos! ¿Te los ha prestao la Vigen de la Salú, hija mía?

De modo que ya te digo: los piropos, como toas las cosas,

(1) De pinturas, ¿eh?

dependen de sircustancias. Lo principá es que la mujé barga la pena; pero en fartando el humó, créelo, paese que tiene uno un candao en la boca, según lo callao que se quea, así sea más bonita que er só.

Y cuidao que en cuestión de las cristaleras der sabé lo mismo da que sean azules como los de los gatos, negros como el azabache, pardos ó de cualquier coló: en siendo grandes y hermosos, y sobre tóo, en teniendo que tengan simpatía, es desí, que sean alegres, que hablen solos, gustan toítas las mujeres que tú veas, y á la que más y á la que menos hay que desirle de tó corazón:

Míreme usté á la cara, aunque me quée siego.

A mí, la verdá, me gustan unos ojos como dice la copla:

Grandes como mis fatigas,
Negros como mis pesares;

pero cuando veo á una rubia con boquita de piñón, cabellos de oro y ojos de sielo, me revengo hasta el punto de confesá de esta manera:

Hole, tus ojos, las puertas é la gloria.

Y si tengo proporsión me arrimo á bordo, y le agrego casi tan erretío como la manteca:

Arma é mi arma, por esos clisos me muero solo.

—Advierto, amigo Fernando, que solamente hablas de las chicas apetitosas y de ojos encantadores. ¿Y si son bizcas ó de ojos malos y feos?

—Haz er fabó de no hablarme de calamidades. Cuando tiene uno la desgracia de topar por la calle con una arma mía de ojos ribeteaos por la enfermedá hay que despacharla con esta fresca:

Anda, hija, que tiés los ojos que paesen dos griyos comiendo tomate.

Ó hay que quedarse muy plantao y sortá este zambombazo:

Hole, tus ojos; que paesen dos puñalás enconás.

Y si no se larga esta andaná:

Hija, ¿tú sales á la calle pa lusí esas dos puñalás en un peaso é masa?

Porque, amigo mío, no hay cosa más triste ni que dé más coraje que ve unos ojos sucios, chicos y deformes: dan fatiga y subleban la sangre.... ¡Ah, hombre! el otro día tuvo grasia: ví á una sigarrera que tiene los zapatos cambiaos, es desí, que es bizca, y se me ocurrió desirle:

Niña, te van á prendé por revolucionaria.

Eya no cayó en er gorpe y me preguntó con mucho descaro:

—¡Ay! ¿Por qué?

—*¡A ver!*—le contesté.—*Porque siempre vas mirando contra er Gobierno.*

Los que venían conmigo sortaron el trapo á reirse, y.... no te quiero desí ná: eya comenzó á bomitá sapos y culebras, y si no corgó la caye fué por un milagro.

En fin, lo dicho, amigo mío: no me mientes á las mujeres feas.

—Pues habla de las bonitas.

—Esa ya es jarina de otro costal; cuando se ve á una gachí que tiene los ojos como pantallas de grandes, negros y rajaos, tiene mala sangre er que no se quite er sombrero pa echá este saludo:

Hole, vivan los ojos é la Vigen.

Y exclamar por lo menos:

¡Jesús! ¡Qué sojos!

Porque mira que hay ojos que no son ojos, sino una bendisión der sielo por er tamaño, por la simpatía y por er caló que tienen.

Hace pocas noches me refirió un amigo que se encontró en la velada de Santa Ana, á la bajá der Puente, una chiquilla más bonita que er desirlo y con unos candiles tan retrecheros, que le tuvo que desí:

¡Hija de mis entrañas, es usté ciega!

Y como ella se empeñara en demostrar que no lo era, mirándolo con atenta curiosidad, le tuvo que preguntá él:

¿Me quiere usted de lazariyo, arma de mi arma?

Ignoro la contestación que diera la mosita, pero me dijo el tercio que á las dos noches siguientes hablaba ya con ella por la ventana y le preguntó:

—*¿Qué edad tiene usted?*

—Quince años,—respondió la muchacha.

Y le replicó el novio:

—*Hija, no puede ser, en ojos tiene usted más de treinta....*

Ea; esa es una criatura que si me la encuentro en la calle tiendo mi capa á sus pies pa que pase y le digo:

¡Ay! Tiés unos ojitos que hasta caros son bonitos.

Y si repara en mí por una casualidá me atrevía á desafiarla de esta manera:

¿A que no me miras con malos ojos, entrañas mías?

—¿Sabes, Fernando, que puedes dar lecciones de requiebros á los ojos?

—Pues mira, no sé muchos: ¡si uno se acordara de toos los que dise ar cabo der día!... Er Domingo é Piñata oí yo en er café Suizo que le desía uno á una:

¡Parece mentira que ajorcaran á Sisí y á usté le perdonen la bía con las muertes que lleva jechas con esos ojos, maresita mía!

Y otro muchacho se dirigió á la misma, que era una güena jembra, sin ofendé á nadie, en estas palabras:

Bendiendo esos ojos se pagaban toas las trampas de España.

En fin, cuando te digo que hay más requiebros que hojas menea un bendabál... Ahora se me viene á la memoria éste, que tiene mucho que entendé:

¡Jesús! ¡Qué ojeras!

¿No recuerdas la copla aquella que dise

Amarilla y con ojeras;
No le preguntes qué tiene,
Que está queriendo de veras?

Pues aplica el cuento. ¿He dicho argo?

—Di, Fernando, ¿por qué se le dice *ciega* á la mujer que tiene su vista buena y sana?

—Toma, porque las cosas dichas al revés tienen más gracia y se entienden mejó. Cuando oye una joven que le dicen

¡Hija é mi arma! ¡Pobresita ciega!

créelo: si tiene los ojos como moneas é cinco duros, se cree ella misma que los tiene como onzas de oro.

Á las mujeres lo mejó es hablarles al revés, y que no lo entiendan, si es posible, pa que entren más pronto en fatigas. Por eso á mí los piropos que más me gustan son los que no dicen ná, pero que son muy jondos porque dan en qué cavilá. Como éste:

¡Ojos que te vieron dí!

* * *

Aquí dió fin el sabroso relato de mi buen amigo en materia de requiebros. Yo quedaría altamente satisfecho si resultase probado que son los ojos para el andaluz el más poderoso atractivo de la mujer. La que esté favorecida por el cielo con ese precioso dón, tenga por seguro en Sevilla que escuchará piropos desde que ponga los pies en la calle hasta que vuelva á entrar en su casa; que le echarán más *flores* que se han vendido en la plaza de la Encarnación. ¡Y qué flores! ¡Cuánta frescura! ¡Qué colores de ilusión! ¡Qué olor á sentimiento!

¡Benditos sean los ojos de las andaluzas!

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

¡FUERA!

Pues, señor, los organillos
Se van poniendo pesados,
Porque se pasan el día
Calle arriba, calle abajo,
Ya tocando peteneras,
Ya sevillanas tocando,
Ó ya *Los lobos marinos;*
Lo que toquen no hace al caso.
De esto no me quejaría
Si un organillo malvado
No estuviese por la noche,
Por la mañana temprano,
Por la tarde.... á todas horas,
Frente á mi puerta parado,
Dale que dale al manubrio,
Erre que erre tocando.
Yo, para ver si no vuelve,
Nunca le doy un ochavo;
Pero, nada, al otro día
Llega el maldito piano
Con un nuevo repertorio,
Más cargante y más pesado,
Y sin reparar en nada
Lo *larga* de punta á cabo.
Con *La gran vía* me acuesto,
Con *La diva* me levanto,
Almuerzo con *Niña Pancha*,
Con *Cádiz* de casa salgo,
Vuelvo con las malagueñas,
Como con dos ó tres tangos
Y con *Coro de señoras*,
Y ceno.... con el piano.
Ayer tarde, que salía
De mi casa á la una y cuarto,
Me dijo el *nene* que toca,
Y á quien tengo atravesado:

—¿Qué quiere usted que toquemos?
Y yo, por no reventarlo,
Le dije:—*Tocad soleta.*—
¡Pero eso no lo tocaron!

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

CANTARES [1]

Dí que el corazón me arranque,
Y lo arranco, madre mía;
Pero un amor como el suyo
Ni se acaba ni se olvida.

Me preguntas por qué siempre
Tengo en ti mis ojos fijos,
Y es que van á ti mis ojos
Como á los mares los ríos.

Ambición, detén mis pasos
Y no me vendes los ojos,
Que el camino es muy estrecho
Y el precipicio muy hondo.

La admiración que te rindo
Tus faltas no disminuye,
Que el sol no pierde su brillo
Porque un celaje lo oculte.

Son los rayos de tus ojos
Como los rayos del sol,
Al mismo tiempo que alumbran
Abrasan el corazón.

Á tu ventana asomada
Te contemplaba de lejos,
Y un ángel me parecías
Á la puerta de los cielos.

Cantares del alma mía,
En vuestras letras escondo
Los secretos de mi alma
Con el llanto de mis ojos.

Al nacer nuestros amores
Éramos los dos muy niños,
Aun nos seguimos queriendo
Y nada nos hemos dicho.

No esperes, corazón mío,
De nuevo su amor gozar:
¡No vuelven las golondrinas
Cuando se les trata mal!

¿Qué es un cantar me preguntas?
¿Cómo dar respuesta clara?
Es un suspiro, una nota,
Y hasta un gemido del alma.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

¿POR QUÉ...?

Mirad á la bella Flora,
Cómo, cariacontecida,
No repara en la comida
Ni en el canario que adora.
La mesa, que está cubierta
De suculentos manjares,
No la quita los pesares;
Pálida como una muerta,
Respirando con fatiga,
Suelto el dorado cabello
Y en su rostro impreso el sello
De alguna amorosa intriga.
¿Tendrá quizá un amor loco?
¿Se habrá muerto aquel que adora?
Nó, señor; no come Flora....
Porque ha comido hace poco.

MANUEL LÓPEZ DOMÍNGUEZ.

MENUDENCIAS

Tres que la daban de *sabios*, hablaban de este modo:
—Pues, sí señor, lo *sabió* al momento.
—¡*Sabió!*—dijo el segundo.—¡Mira que *sabió!* ¡Qué *erudipto!*
—¿Pues cómo se dice?—respondió el primero amoscado.
—Se cae de su peso, hombre,—repuso el segundo.—¿No dices en vez de *andó* anduvo y de *estó* estuvo? Pues en lugar de *sabió*, *sabiubo*.
Á lo que añadió el tercero:
—¡Cá, hombre, cá! Ni *sabió* ni *sabiubo.*
—¿Pues cómo?—dijeron los dos primeros indignados.
—*Sepó.*
(Y puso *el mingo.)*

[1] Del libro *Más notas perdidas.*

Epitafio.

Del cólera, en Panticosa,
Murió el escritor don Blas,
Y yace bajo esta losa.
(No hay muerte más asquerosa;
Pero ni que apeste más.)

El distinguido actor D. Vicente Royo, perteneciente á la Compañía del teatro Cervantes, ha dedicado su beneficio, que lo dará el día 14 de este mes, á la prensa periódica.

Le agradecemos, por la parte que nos toca, los elogios que de ella hace, y le deseamos, además de un feliz éxito, que haya gente hasta en los pasillos.

Esto sucederá, seguramente,
Y el que dijere lo contrario miente.

XXXVIII

El pellejo de un ratón
Llegó al cielo vomitando,
Y al saberlo un mostachón
Puso fin á esta sección,
Porque le estaba cargando.

FIN

Acertijo.

¡Pobre!
¡Pobrecillo!
¡Murió «sin verse en letras de imprenta,» como él decía!
¿Quién es?
Se espera la contestación de los lectores precoces.

Yo he visto un escarabajo
Montado en una cebolla,
Comiéndose á toda prisa
Los tacones de unas botas.

CONSULTAS

Uno, Sevilla.—Sí.

Otro, Sevilla.—Nó.

Un caballero particular que vive de su renta, Sevilla.—Tampoco.

Cacaceno, Sevilla.—¿Que es usted amigo de todos nosotros? Pues bien; reine la claridad entre los amigos: es usted un melón.

K. T. K., Sevilla.—Bueno.

Yo, Sevilla.—¿Mide usted los versos con un elástico? ¡Porque no parece otra cosa!

Sr. D. F. V. G., Sevilla.—Se ha suspendido esa sección, como habrá podido ver.

¡Ah! Se me olvidaba: todavía no hay ningún miope en la Redacción.

Sombrero gris, Sevilla.—¡Qué mala es la quintilla de disparates que nos manda! Ni para escribir desatinos sirve usted.

Me consta.

Sr. D. A. D. y T., Sevilla.—Compadezco á la señorita G.

Sr. D. A. V. J., Sevilla.—Tampoco sirve ésta.

Lo siento tanto como sentí la anterior.

Sr. D. M. S., Cádiz.—Es usted muy malo.

Palabra.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.° y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 20 de Mayo de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 29.

SUMARIO

CRÓNICA

—Pues, señor, á mí me parece—decía ayer un sevilla-ıo neto—que los periódicos cuentan muchos *infundios* en eso 'e la Exposición Universal de Barcelona.

—¡Cómo! ¿Cree usted que son falsas las noticias del en-usiasmo con que ha sido recibida la Reina Regente?

—Yo no me meto en esas cosas: lo que digo es que me ›arece que no hay nada de eso que dicen de que todo el nundo se ha ido á aprender á hablar en catalán.

—Explíquese usted.

—Pues está muy claro: Sevilla está como si tal cosa; por odas partes se ven las mismas caras, y cada cual, con sus fal-as y con sus sobras, hace lo mismo que siempre, como si se uidaran de la Exposición lo mismo que del zancarrón de Mahoma.

—Eso consiste en que usted no conoce á las personas que tienen *guita* para ir á la fin del mundo, si se les pone en a cabeza.

—Creo que no sabe usted de la misa la media; yo conozco en Sevilla hasta á *las ratas*, y digo y sostengo que de Sevilla no se ha ido ni una mosca.

—Consistirá en que estamos sin *luz* y sin *moscas*.

—En eso no me meto yo, que sería meterme en camisa le once varas, ó en bolsas ajenas, que es peor. La cuestión es que por esta tierra de *María Santísima* pasan los mismos *arros y carretas* que si no hubiese en el mundo cosa que suela á Exposición.

—Pruebas, pruebas.

—Va usted á la orilla del río y ve paseándose las mismas aras bonitas, diciendo *comedme*, ó pedidme en casamiento, que para el caso tanto monta; los mismos señoritos, quebrán-lose de puro finos y diciéndoles á las niñas cosillas por este orden:

«¡Quién se quemara en la lumbre de tus ojos!»

«Por usted tengo el corazoncito como un *flan*.»

«Las rosas se marchitan de envidia que le tienen á usted, ermosísima.»

«Usted es el imán de mi vista, el....»

—¡So bruto! Me ha reventado usté el cayo número uno.

—Usted dispense.

—El dispense lo será usted y toa su casta, so *cursi*.

Y luego....

—Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que usted decía es?

—Tiene usted razón: pues digo que se ven sentados en asientos del paseo á los vagos de profesión, que parece e se alimentan de *cachitos de clima;* á los cesantes, fuman-o si hay de qué, porque á mal venir echar tabaco y escupir; los comerciantes é industriales modestos, con sus señoras sus niños y sus niñeras; á los maestros de escuela, hacien-› reflexiones sobre el pan nuestro de cada día; á los....

—Bueno; pero todos esos son los peleles que no tienen para mandarle cantar una copla á un ciego.

—También se ven á los caballeros, á los que apalean millones. ¿No ve usted la doble fila de carruajes particulares sacando agua de la noria toda la tarde y corriendo luégo por esas calles como alma que lleva el diablo, porque los señores van en busca de la *gandaya?*

—¿Pero usted los contó á ver si estaban todos?

—Yo no me meto en esos dibujos; pero no tiene usted más que ver los casinos atestados de caballeros arrellanados en sus sillones, como si el mundo se hubiese parado; los cafés, las cervecerías y los establecimientos tan animados ó tan aburridos como siempre; la calle de las Sierpes demostrando el movimiento continuo; los teatros con la misma gente que el año pasado; en fin, todo lo mismo que antes.

—No me convence usted.

—Es muy sencillo. ¿Tiene usted más que dar un paseo por la plaza de la Encarnación? Allí verá que los criados hacen las mismas compras que toda la vida y que parece aquello un hormiguero.

—Nada, nada; que no me convenzo.

—¿Vió usted el otro día la gran parada? ¿Vió usted luégo las personas que fueron á la recepción? Eso le probará á usted que es verdad lo que le digo.

—Sin embargo....

—Créame usted; mucha gente habrá en Barcelona, pero en sacando los que van á la *trágala*, porque van á su negocio, no hay más que gentes que en todas partes están de más.

—¿Porque son los que más tienen?

—Y los que no dan más que trabajo á los demás para satisfacer sus caprichos.

—¡Hombre, hombre! Veo que es usted de los rojos....

—¡Qué rojos ni qué berenjenas! ¿No le parece á usted que es un *contra-Dios* que disfruten lo mejor del mundo los que en su vida han hecho nada de provecho?

—Bien, ¿y qué? ¿Va usted á poner lo de arriba abajo, para que resulte lo mismo?

—Yo lo que digo es que debía ser verdad el refrán de que del cielo abajo todo el mundo comiera de su trabajo.

—Pues eso ni aunque se lo cuente usted al Nuncio.

—¿Sabe usted lo que estoy pensando?

—¿Qué?

—Que quizá tengan razón los que se pasan la *vida birlonga* sin tener dos pesetas, diciendo que el trabajo es para los mulos.

—¿Dónde vamos á parar? Eso sería el acabóse.

—Entonces, ¿cómo se va á arreglar el cotarro?

—Como siempre; es decir, de ninguna manera.

—De modo que al que le toca la china....

—No hay otra solución.

—¿Nó? Pues variemos de conversación. ¿Quiere usted *media caña?*

—Con mil amores.

Y se fueron á ahogar en vino las amarguras de tan abigarrada conversación.

(Por la copia)

Manuel Díaz Martín.

Á MARÍA

¿De qué color son tus ojos?
Te juro que no recuerdo...
Tanto, que no jmaria
Si son azules ó negros.
Sólo sé que sus miradas
Atravesaron mi pecho;
Que hay de tu casa á la mia
Leguas y leguas sin término;
Que mil horas, que mil siglos
Hace que estamos tan lejos;
Pero que tus lindos ojos,
Mi vida, apesar del tiempo
Y de la distancia—padres
Del olvido—doquier veo;
Pues no hay tiempo ni distancia
Que no salve el pensamiento.

—

Ojos, adorados ojos,
Ojos azules ó negros:
Ya que fueron vuestros rayos
Sondas de mis sentimientos;
Que sabéis cuánto la adoro,
Decídselo, y os prometo
Quererla más, aunque sea
Un imposible ofreceros.

—

Pero nó, no digáis nada;
Más elocuente el silencio
Que mis toscas expresiones,
Dirá.... dirá que no puedo
Expresar lo inexpresable;
Que es divino lo que siento,
Pero que ignoro el idioma
De los ángeles.... del cielo.

—

Mas ¿por qué puedo sentirlo
Y explicárselo no puedo?
¡Oh condición infelice!
Á quien sobra el sentimiento,
La expresión ¿por qué le falta?
Si no dais, injustos cielos,
Con las ideas las formas,
Con la inspiración el verbo,
Arrancar los corazones
Fuera piedad. Como el cielo
De los cristianos, que sólo
Al egoismo está abierto
(Pues ningún bueno es dichoso
Si ve dolores eternos
Sufrir á seres queridos),
De igual modo el pensamiento
Más sublime, no ocasiona
Dichas, si entre cuatro huesos
Halla su cuna y sepulcro;
Si, luz del entendimiento....

—

Perdón, hermosa María,
Perdon; de tus ojos negros
Ó azules me iba olvidando,
Tan descortés como ciego;
Que, aunque hablar del cielo sea
Hablar de tus ojos, creo
Que al pensar en él saldría
En esta ocasión perdiendo:
¿Quién piensa en uno, si puede,
Mi bien, pensar en dos cielos?

—

María, hermosa María,
Imán de mis pensamientos,
Faro de mis esperanzas
Y norte de mis deseos;
Si supieras, ángel mio,
Ángel por quien vivo y muero,
Adivinar lo que callo
Por comprender lo que siento;
Lo que no *puedo* explicarte,
Lo que decirte no *debo*,
Fuera yo el ser más dichoso
De cuantos cobija el cielo.

—

Ni el de María es tu nombre,
Aunque es tu nombre.... genérico,
Ni tal vez en tu memoria
Existirá mi recuerdo.
Juntarse tiempo y distancia
Y no sin razón les temo:
¿Qué hay de extraño en que me olvide,
Cuando ya no sé de aquellos
Ojos que me enamoraron
Si son azules ó negros?

RODAVLÁS ERROT.

MONOLOGO DE UN AUTOR

I

Pues, señor, voy á vestirme,
Que esta noche es el estreno
De mi obrita, y es preciso
Examinar bien aquello
Antes que se alce el telón,
Por si tengo *alabarderos*
Que me ayuden á salir
Del apuro, como debo.
El éxito del sainete
Es seguro, lo estoy viendo.
Dirán, «¡que salga el autor!
¡bravo! ¡superior! ¡muy bueno!»
Al oir esto, los actores
Me agarrarán al momento
Y harán que salude al público
con muchísimo respeto.
Y aquí entra lo grave: yo
Esta es la vez que me veo
Primeramente en mi vida
Metido en un trance de éstos.
¿Cómo saludo? Veamos
Delante de aquel espejo.
Me doblaré de cintura,
Pondré una mano en el pecho....
Por más que así se creerán
Que á algun santo me encomiendo.
Agacharé la cabeza....
Tampoco, tampoco es eso.
Lo mejor es irme allí
Á pasar pronto el aprieto,
Y si me llaman, entonces
Ya veré cómo me arreglo.
Conque, me voy al teatro;
El triunfo será completo.

II

La primera campanada;
Me da el corazón un vuelco
Y no consigo explicarme
Por qué tengo tanto miedo,
Cuando sé que han de aplaudirme
Mis muchos *alabarderos*,
Y el público en general
Al ver que el sainete es bueno.
Me aproximaré al telón
A ver por el agujero:
Entra muchísima gente,
¡Qué atrocidad! hay un lleno,
Y tiemblo no sé por qué,
Pero la cosa es que tiemblo.
La campanada segunda;
No hago más que dar paseos
Apretando las quijadas
Y mordiéndome los dedos.
Estoy nervioso, con frío,
Y, la verdad, yo no debo
Inquietarme por tan poco,
Pues no hay razón para ello.
Entre dimes y diretes
Se me va pasando el tiempo,
Y por más que los actores
Me dicen que «no haya miedo,»
Yo no sé por qué será,
La cuestión es que lo tengo.
Tan, tan, tan, va á comenzarse:
Ahora es cuando me divierto.
Me están dando escalofrios,
Se me pone malo el cuerpo,
El corazón late fuerte,
Se quiere salir del pecho.
Vamos entre bastidores
Y á ver en qué pára esto.
Ya se levanta el telón;
Reina un profundo silencio.

. . . .

Nada, nada, no se ríen
Y va la obrita por medio.
Á ver.... ¿ruido de bastones?
¿Murmullos? ¿qué será eso?
¿Qué será? Ya me lo explico:
Ha comenzado el *pateo*.
¡¡Pitos!! esto ya es atroz,
Esto es insufrible, esto
No se puede soportar;
Tendré que salir huyendo.

III

La silba fué estrepitosa;
Y no me llevaron preso
Porque tuve precaución
Y me marché en el momento
Corriendo á todo correr
Hacia mi casa derecho,
Á acostarme y descansar
Porque estaba medio muerto,
Diciendo por el camino:
—¡Buen estreno, bueno, bueno!

Por el silbado,
SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO

¡BUENAS NOCHES!

Pues, señor.... nada conozco que martirice con más temible tormento á la inteligencia que sentarse ante una hoja de papel, con la obligación de escribir un artículo, y devanarse infructuosamente los sesos para dar en el *quid* y cumplir como bueno.

Nada más fácil que escribir el principio del artículo, «*Pues, señor*....;» pero ¿y después? ¿qué debe seguir....? ¡El demonio que lo averigüe!

¡Y pensar que son las tres de la mañana, la hora del recogimiento y del descanso; la hora en que el silencio, el sosiego y el cansancio del cuerpo y del espíritu convidan á rebujarse entre las sábanas saboreando con sibarítica fruición su tibio calor! ¡Considerar el inmenso, el inefable placer con que ahora mismo me zamparía yo en la cama....!

¡Oh, la cama....! Desde el sillón en que escribo la contemplo ante mí, tan incitante que parece llamarme con los brazos abiertos brindándome alegres ensueños, perezoso descanso, campo ancho en que desarrollar mil fantásticas imaginaciones: el seno virgen de la más pura y hermosa doncella no atrae con tan irresistible poder, con tan voluptuoso encanto.

Al verla tan blanca, tan limpia, replegada en un rincón de la estancia como esquivando la tenue claridad que ilumina con indecible resplandor el aposento, se me antoja, en mi amante contemplación, una blanca paloma acurrucada en su nido.

¡Qué lástima que ninguno de nuestros primeros poetas haya empleado su poderoso estro en cantar una inspirada oda á la cama!

Pienso con deleite en aquel magnífico mueble de nueve codos en que, según la Biblia, reposaba el gigantesco enemigo de los hijos de Israel.

La cama es el verdadero y más fiel amigo del hombre: e su paño de lágrimas en las desdichas, el consuelo de sus dolores, la verdadera panacea: es la madre cariñosa que cobij en su seno al pequeñuelo, arrullando con amor sus infantile ensueños.

¡Qué artística belleza la de los ondulados pliegues de su ropas! Las clásicas vestiduras que admiramos en las estatua de Praxiteles y de Fidias no lucen tan airosa gallardía.

¡Qué fecundo manantial de dulces goces nos ofrece seno!

Ya sea durante la cruda noche de invierno en que oimos como un arrullo á nuestra vaga somnolencia, el chocar de lluvia en los cristales, fantástica melodía de argentina y m nótona cadencia, dando sabroso pasto á la imaginación supuesto medroso rumor con que se reunen las brujas allá los aires, jinetes en escobas y sapos, ó el fantástico cru al través de la compacta sombra, de inquietos trasgos y leantes duendecillos que se encaraman audaces por la cha, ó el chispeante brillar de dos ojos de fuego que nos ran en las tinieblas, ó el nervioso brincar de un negro g que, erizado el pelo, enarcado el lomo y empinada la cola, agiganta y empequeñece por momentos, ó el fatídico rui de cadenas que son arrastradas á lo lejos, distrayendo sueño que avanza con silencioso paso y desvanece pardo

namente sombras, rumores y fantasmas. Ya sea durante las tibias noches del estío, en que abandonado el cuerpo á una voluptuosa languidez, al lado del abierto balcón, sumergiendo la vista en el azul espacio plateado por la luna y bordado por el titilar de mil estrellas, respiramos con delicia un ambiente embalsamado, escuchando el chirriar de los grillos, recibiendo en la sudorosa frente las frescas caricias de suaves ráfagas y percibiendo en nuestro espíritu, á fuerza de contemplar las oleadas indecisas de luz estelar que flotan en la atmósfera, algo así como muelles mecidas en un aéreo columpio suspendido del cielo. Bien en los momentos de pereza, precursores del sueño, en que cerrados los párpados ante la más completa oscuridad, y activo sin embargo el espíritu, se levantan confusas entre las sombras de la estancia las formas movedizas de nuestros anhelos y nuestras ambiciones, vívidos en las tinieblas, con vagas apariencias de realidad, con sosegado movimiento de sucesión, en que aparecen confundidas ilusiones del pasado, esperanzas del presente y aspiraciones de lo porvenir, y se relevan cuadros y más cuadros de placentera perspectiva, que van huyendo hacia el último rincón del aposento replegándose en las tinieblas, empequeñeciéndose á la huída y desvaneciéndose como brumas. Bien en las hermosas mañanas en que penetra en la estancia una alegre cascada de rayos del sol, que rodean el lecho con un luminoso nimbo y alegran al espíritu, que se pasea libre y juguetón por el perezoso cuerpo aun semidormido, mostrándole como puntos de oro el polvillo brillante que flota en la atmósfera á su paso: las transparentes alas de las moscas que, en recortados giros y con sordos zumbidos, atraviesan los dorados haces, y como latidos de una vida misteriosa entre nunca advertidos detalles, las oscuras grietas de la puerta en que el alguacil acecha agachapado, advirtiendo á la inteligencia retozona en el seno de una materia inerte con qué incansable actividad se mueve y resucita la Naturaleza dormida, desde el planeta que no cesa en su eterno giro hasta el insecto que se rebulle en su estrecho círculo, como el hombre en el reducido límite que cerca su existencia: tanto en las unas como en las otras horas, con bellos colores ó entre negras sombras; acompañadas de rítmicas armonías de la Naturaleza ó sumidas en temeroso silencio; entre variadas vistas de una linterna mágica, veladas por apacible sosiego, ó arrebatadas por rápido y atolondrador movimiento; envueltas por infantil temor que encierra inocentes encantos, ó expuestas en la alegre desnudez con que se ostentan á la luz del espíritu el candor y la inocencia, se nos presentan en el lecho todas las fases de la vida, desplegadas ante el alma excitada y despierta, que se contempla libre un momento del cuerpo, preso en la lánguida somnolencia que le encadena.

La cama nos da idea del reposo lleno de majestad en que permanecen los dioses egipcios; su seno es el seno del Nirvana indio, donde después de la vida halla el hombre en una dichosa negación del sér la apacible realización de invariable felicidad: la cama es la vanguardia de la otra vida, el presagio de la inmortalidad en eterno reposo; es la flor de loto sobre que descansaba el espíritu de Brahma antes de crear los mundos, meciéndose sobre las blancas olas del Narayana.

«Una cama nos vió nacer y otra nos verá morir,» ha dicho no sé quién.

Y no hablemos de la cama como tálamo nupcial; porque, dada mi condición de célibe, no sé una palabra de las dulzuras de Himeneo.... Pero de todos modos, ¡qué deleitosos cuadros de variadísimos aspectos engendra, alimenta y desarrolla el dulcísimo descanso en una incitante cama tan provocadora como la que contemplo en este instante ante mí llamándome con irresistible poder....!

Pero.... á propósito: ¿cuántas cuartillas llevo escritas?

¡Siete!

¡Artículo hecho! Punto final y.... ¡á la cama!

¡¡¡Buenas noches!!!

PERECITO.

EL PASEO DE SAN TELMO

I

Ya el sol sus rayos postreros
Desde el Occidente lanza,
Bañando en tintas de oro
Las torres más elevadas;
Ya bulliciosas las aves
Revoloteando cantan,
Dirigiéndose á sus nidos
En numerosas bandadas;
Y ya sobre el horizonte
La blanca luna se alza,
Pronta á iluminar la tierra
Con resplandores de plata.
Todo, en fin, está indicando
Que está la noche cercana,
Que está reinando la tarde
Con sus brisas perfumadas.
Por eso todos, ansiando
Aspirar sus frescas auras,
Se dirigen al paseo
Abandonando sus casas;
Y en las orillas del Betis,
En cuyas límpidas aguas
Baña sus pies como ninfa
La ciudad de la Giralda,
Discurren embebecidos,
Solazándose á sus anchas,
Los que libres de esas penas,
Que roban la vida al alma,
Saben disfrutar los goces
Con que, en paraíso trocada,
Sevilla á sus habitantes
En primavera regala.

II

Sobre un extenso arrecife,
Que cien árboles coronan,
Meciéndose acariciadas
Del viento sus altas copas,
Al par que alegres susurran
Al agitarse sus hojas;
Teniendo á un lado, del Betis
La corriente caudalosa,
Y los jardines al otro
Que de San Telmo se nombran;
Dándole aquél su frescura
Y éstos dándole su aroma,
Su renombrado Paseo
Muestra Sevilla orgullosa.
Y de sus frondosos árboles
Bajo la elevada bóveda,
Multitud de carruajes
Inmensa cadena forman;
Muellemente reclinadas
En ellos, damas hermosas
Que, al par que de su hermosura,
De su elegancia blasonan:
Uniendo á sus ricos trajes,
Que la caprichosa moda
Con mil y mil atavíos
Artísticamente adorna,
Las flores más delicadas
Que en nuestros jardines brotan,
Retando á que comparemos
Una hermosura con otra.
Bien saben las andaluzas
Que la elección no es dudosa,
Que ante su belleza, pálidas
Las gayas flores se tornan.
Mas no carece este cuadro
De medias tintas y sombras
Y variados matices
Que su mérito avaloran.
Ved; en esa carretela,
Que arrastran yeguas airosas,
Y cuyo escudo de armas
Rancia nobleza pregona,
Va un pergamino viviente,
Ambulante ejecutoria
De cuya fecha antiquísima
Son cifras nada dudosas
Las bien marcadas arrugas
De aquella su faz de *momia*.
Mas, como antigua moneda
Correr no pudiera ahora,
De su cuño conservando
Sólo señales borrosas,
Para adquirir su valor
Y circular cual las otras,
Por el anverso y reverso
Se restaura y se charola,
Y con cuidado exquisito
Jalbega, aliña y adoba
El *añado pergamino*
Que cutis la proporciona,
Con mil costosos perfumes
Y regaladas aromas.
Y su vetusta figura,
De la humana leve sombra,
Atavía y engalana
Con ricas sedas y blondas,
Joyas, alhajas y dijes
Y cuanto exige la moda,
Esa deidad del *gran mundo*,
Ante cuyo altar se postra,
Pensando que así del tiempo
La huella indeleble borra.
En esotro carruaje
Va haciendo de conductora
Una joven *comme il faut*
Que de varonil blasona;
Inglesa por sus costumbres,
Si por su cuna *española*.
Á su lado va su esposo,
Orgulloso de su esposa,
Y detrás viene sentado
El que lacayo se nombra
Por un *quid pro quo* tan sólo
De los que el siglo sanciona.
En un *landau* descubierto
Chistoso contraste forman
Tres damiselas escuálidas
Con una obesa señora,
Que á Buffón dudar haría
Si era mujer ó marmota.
Altanera é indolente,
Reclinada en su *vitoria*,
Por desprecio ó por despecho,
Una rica solterona
Á diestro y siniestro lanza
Sus miradas desdeñosas.
Aquí un viejo rechuzado
Es quien persigue y acosa
Á la banda femenina
Con su lente exploradora.
Astrónomo infatigable,
De su examen no perdona
Á niñas, viejas, casadas,
Viudas ni solteronas.
Su coche es su observatorio;
Desde él, al correr sus órbitas,
Los *planetas* examina
Y sus *fases* inspecciona....
Mas con afán su mirada
En este instante redobla
Para observar un *cometa*
Que ve aparecer ahora....
Es una bella andaluza
Que, con traje de amazona,
Montando una yegua inglesa
Por entre los coches trota.
Sobre corceles fogosos,
Que ora piafan ó galopan,
Van cien imberbes ginetes,
Que se disputan la honra
De merecer la atención
De las niñas á que adoran.
En el afán insaciable
Que les consume y devora,
Ya corren, ó ya se paran,
Ó ya cruzan, ó ya tornan,
Remedando el giro incierto
De inconstantes mariposas,
Que en torno revolotean
De flores de grato aroma:
Que en el vergel de la vida

Que ellos recorren ahora,
Las hermosas son las flores
Y ellos son las mariposas.
De este gigantesco cuadro
El primer término forma
La muchedumbre que á pie
También acude afanosa
De tomar parte en los goces
Que la estación proporciona.
Aquí es donde se agrupan
En miscelánea graciosa
Las bellas hijas del pueblo,
Que sal por doquier rebosan,
Con las de la clase media,
Modestas, encantadoras,
Sin orgullo aristocráticas
Y sin bajeza demócratas.
Ellas son las que el alma
De los poetas arroban,
Y hasta el idealismo llevan
Su inspiración creadora.
Brilla en ellas la belleza,
Que idealiza cuanto toca,
Sin el oropel del oro,
Sin la falaz aureola
Del lujo, que se rodea
De relumbrones y joyas.
Verdad es que en el *gran mundo*
También existen hermosas;
Y entre las hijas del pueblo
Hay beldades seductoras:
De aquéllas fascina el brillo,
De éstas el garbo enamora...
Y entre tres de estas bellezas...
¡No seré yo quien escoja!
Si, pues, las clases sociales
Se confunden y se agolpan,
Y se mezclan y se agrupan
En el paseo, no importa:
Que no pierden su belleza
Junto á la fragante rosa,
Ni las violetas humildes
Ni la silvestre amapola.

III

Del dilatado arrecife,
Cuya vasta perspectiva
Desde la Torre del Oro
Casi se pierde de vista,
La muchedumbre afanosa,
Que alegre allí se esparcía,
Ávida al edén concurre
Que nuevos goces le brinda;
Y los senderos recorre
De las llamadas *Delicias*,
Porque allí todo enamora
Y todo encanta y fascina.

Allí crecen los naranjos
Embalsamando las brisas
Con los ramos de azahar
Que en abundancia salpican,
Cual copos de blanca nieve,
Sus verdes copas crecidas:
Allí las flores derraman
Sus cálices de ambrosía,
Y sus corolas ostentan
Que espléndido iris matiza;
Allí las aves canoras
Alegres gorjean y trinan,
Doquier llenando los aires
De mágicas armonías;
Allí las fuentes se quejan,
Allí las auras suspiran,
Allí el crepúsculo luce
Sus más incopiables tintas;
Allí el pensamiento crece,
Allí la mente delira,
Allí el corazón se ensancha
Y allí las penas se olvidan.
Allí se siente poeta
Todo el que piensa y medita;
Que allí la cárcel del cuerpo
Traspasa la fantasía,
Al éxtasis arrobada
De la belleza infinita;
Y al contemplar las grandezas
Que la Natura prodiga,
Mejor á su autor comprende
Y más su grandeza admira.
Sus ojos eleva al cielo
La mente enardecida;
Mas no es cielo lo que encuentra...
Es.... el manto de María.
¿Qué extraño, pues, que á su sombra
Broten tantas maravillas?
¡Bien haya el que en tí naciera,
Perla de la Andalucía,
La mejor ciudad que el Betis
Con sus aguas acaricia!
¡Bien haya el que te contempla
En esos alegres días
En que orgullosa sonríes
De gala y pompa vestida!
¡Bien haya el que en tus jardines
Las frescas auras respira,
Y el que dichoso y tranquilo
Disfruta de tus *Delicias!*
Y pues mecieron mi cuna
Tus embriagadoras brisas,
Que siempre viva en tu seno
Concédeme, alma Sevilla,
Y las flores de tus campos
Coronen mi tumba fría.

JOSÉ MANUEL DE VILLENA.

MENUDENCIAS

Hé aquí el programa de la función que la Asociación de la Prensa sevillana y su provincia celebrará el miércoles 23 del corriente en el teatro de San Fernando, á beneficio de la fundación de una *Tienda-Asilo:*

1.º Sinfonía.

2.º Estreno del drama en tres actos y en prosa, escrito por D. Juan Fernández-Ballesteros, que se titula *La mujer que sale mala....*, cuyo desempeño está á cargo de las Srtas. Escalera, Gil y Ramírez de Arellano, y de los Sres. Vallejo, *Sátiro*, Sedano, Feria, Rosales, Salinas, Romero y Rodríguez.

Intermedio de conciertos.

3.º Estreno del juguete en un acto y en prosa, or. de D. Vicente Llorens y D. Rufino Cortés, titulado *¡E. creto!*

De la interpretación de esta obra se han encargado la. Srtas. L. C. y Gil, y los Sres. Cortés, Rosales, Sedano, Madrid, Olmedo y Rodríguez.

La función comenzará á las ocho y media de la noche.

Epitafios.

El que está aquí sepultado
Á Cristo se parecía;
Pues cual Él *sí* ó *nó* decía.
¡Como que era diputado
Siempre de la mayoría!

—

Pocos en el mundo entero
Más rüido habrán armado
Que el que yace aquí enterrado;
Pues el tal de campanero
Siempre estaba colocado.

AURELIO RIPOLL.

Dos beatos salían de la iglesia de oir predicar á un sacerdote muy célebre, y decían entusiasmados:

—¡Ha sido un sermón magnífico, superior, admirable!

—¡Sí, un sermón digno de él!

El sacristán, que oía la conversación, interrumpió muy ufano:

—¡Yo lo he repicado!

Dijo Juan á su criada:
—Dos fanegas de cebada
Necesito; pero di
Que la llevas para mí
Y te la darán fiada.

CONSULTAS

Sr. D. J. Smith, New-York.—Se publicará el soneto.

Sr. D. A. Y. F., Sevilla.—Lo mismo digo, hidalgo.

Un vecino, Sevilla.—No se publicará.

Sr. D. M. L. D., Sevilla.—Lo mismo digo, hidalgo.

Sr. D. L. M. y F., Sevilla.—Pero, hombre, ya que copia usted, que sea con buena ortografía. ¡Pillín!

Timoteo, Sevilla.—¿Qué nos cuenta usted con todo eso, *herudito*? (Ortografía de usted.)

Anónimo, Sevilla.—Me alegro. ¡Ya lo creo que me alegro!

Lechuga, Sevilla.—¡Está usted fresco!

Nono, Sanlúcar.—Nó, no tiene usted razón, hasta en el pseudónimo.

Huevo Duro, ó antiguo *D. R. R.*, Sevilla.—Una vez visto que no es posible hacer carrera de usted, por lo melón que es, váyase usted á darle vueltas á una noria ó á tirar de una carreta.

¡¡Jaqueca!!! ¡¡Tarugo!!

¡Parece mentira que no sirva usted ni para palotes!

Nada; siga nuestros consejos, y á pasar la vida como se pueda.

La falta de espacio nos impide contestar algunas cartas; pero podemos decirles á los interesados que no esperen nada bueno.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO

Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

SEVILLA.—Domingo 27 de Mayo de 1888.

PERECITO

PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

Precio: 15 cénts. Precio: 15 cénts.

AÑO II. | Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. | NÚM. 30.

SUMARIO

CRÓNICA

¡Crónica! En vano será que yo pretenda hacer la del número presente, á menos que se traduzca en frases el dolor del corazón y sean palabras las lágrimas que pugnan por asomar á los ojos.

Perecito está de luto: uno de sus fundadores y redactores, víctima de penosísima enfermedad, acaba de bajar á la tumba.

¡Pobre Sainz Calvo! Cuando aún no contaba diez y ocho años de edad, cuando su poderoso espíritu ardía en amor al estudio, cuando su pecho alimentaba todas las generosas esperanzas, y su corazón se abría á todas las doradas ilusiones, la inexorable Parca extendió la segur sobre su cuello y segó en flor la preciosa vida de nuestro entrañable é inolvidable amigo.

¿Cómo expresar la pena que nos causa tan dolorosa pérdida? ¿Cómo pintar el desconsuelo que produce el desaparecer para siempre el amigo leal y cariñoso, el inseparable compañero de estudios, el hermano en aficiones y afectos?

No hay palabras que expliquen la amargura de nuestro duelo, ni medios de expresar el vacío que entre nosotros deja el que ayer bajó á la tumba.

Porque José Sainz Calvo era una esperanza, no sólo para su familia, sino también para la Patria y la literatura. Aun recuerdan los lectores de Perecito las poesías en las que campean la sal ática, los pensamientos profundos, las ideas elevadas; poesías siempre inspiradas y de fácil y correcta versificación, poesías que revelaban un espíritu superior y un gusto exquisito.

Y á tan excelsas dotes unía Pepe la sincera modestia que acompaña siempre al verdadero mérito, como baño de gracia de la inteligencia y resplandor purísimo del corazón del poeta.

¡Pobre Sainz Calvo! ¡Con qué entusiasmo pensaba en la terminación de su carrera! ¡Cómo gozaba en el seno de la amistad!

Hijo obediente y cariñosísimo, modelo de amigos, aprovechado estudiante, se conquistaba el afecto de todos. Por eso su temprana muerte es tan sentida, por eso es tan honda nuestra pena, por eso está Perecito de luto, por eso el cronista no halla forma de coordinar las ideas.

¡Adiós, Pepe! Tu memoria vivirá eternamente en nuestro corazón.

La muerte ¡cruel! se ha cebado en tí; pero nada podrá contra nuestro cariño mientras el cuerpo nos haga sombra.

¡Descansa en paz!

Manuel Díaz Martín.

¡¡LOCO!!

De las costas españolas
Se alejan sus carabelas,
El viento empuja las velas
Y el freno rompe las olas;
Colón, meditando á solas,
Ve de su gloria el exceso;
El mar, á sus plantas preso,
Se retuerce, brama y gime;
Del gigante que le oprime
No puede sufrir el peso.

—Pues que por loco me dejan,—
Dice doblando el timón,—
Yo quitaré la razón
Á los que así me motejan;
En mi mente se reflejan
Sus infinitos agravios,
Mas no mancharán mis labios
Los dicterios infecundos;
¡Con argumentos de mundos
Convenceré yo á esos sabios!—

Aunque roncos aquilones
Alzando montañas mugen,
Y los tripulantes rugen
Como reclusos leones,
Él sus altas inducciones
Sigue, de esperanza lleno;
En su corazón sereno
Jamás asoma el desmayo,
Que es su inteligencia el rayo
Y su palabra es el trueno.

Lucha y vence. El Océano,
Como corcel generoso,
Se rinde al fin orgulloso
Bajo su potente mano;
Con arrojo sobrehumano
Ignotos límites toca;
Á Dios en su auxilio invoca
Con el horizonte en guerra,
Y el grito ansiado de—¡Tierra!...—
Se escapa al fin de su boca.

La pléyade aventurera,
Próxima ya á desbordarse,
Siente á esta voz reanimarse
Su esperanza lisonjera;
Escala el puente ligera
Y halla de su dicha el foco,
Notando que, poco á poco,
Con la tibia luz del día,
¡El Nuevo Mundo salía
De la cabeza del loco!

B. Más y Prat.

IDEALES DE LA VIDA

I

Sobre el bastión solitario
De la arruinada muralla,
Que ayer se alzaba á las nubes
Y hoy en el polvo se arrastra;
Contra la hiedra librando
Su postrimera batalla,
Está un jirón de bandera
Sin colores y sin galas.
Es el pendón victorioso

De la primera Cruzada,
El que reflejó en sus paños
El sol de la Ciudad Santa,
El que enrojeció sus pliegues
En la sangre mahometana
Y vió romperse á su sombra
Crecientes y cimitarras.

—

Hoy vive entre las rüinas
Convertido en una mancha;
Juguete vil del olvido,
De los vientos y las aguas.

II

Sobre la cumbre más alta
De la andina cordillera,
Donde anidan los condores
Y se encienden las estrellas;
Bajo un sudario de nieve,
Que tejieron las tormentas,
Está un arma victoriosa
En las luchas de la Ciencia.
Es el anteojo de Humboldt,
El astrónomo profeta,
El que humilló las montañas
Y dominó las esferas,
Al que contó sus secretos
La madre Naturaleza
Y le reveló del Cosmos
La tradición verdadera.

—

Hoy el anteojo del sabio
Bajo el témpano se hiela;
¿Quién irá hasta allí á buscarlo?
¡Que las águilas se atrevan!

III

Sobre el polvo miserable
Del obscuro cementerio,
Donde eleva sus plegarias
El ciprés del Paracleto;
Como un roto desprendido
Del solitario convento,
Entre tristes jaramagos
Alza una cruz su esqueleto.
Es la cruz de los que sufren
Amarguras y tormentos,
Ocultando como un crimen
Su amor místico y eterno;
Es la cruz que nos revela
Que bajo ese pobre suelo,
De Abelardo y Eloísa
Durmieron juntos los restos.

—

Hoy se inclina el caminante
Ante ese sepulcro eterno,
¡Sin sospechar que en la tierra
Pisa el amor de los cielos!

IV

¡Gloria, saber, amor puro,
Ideales que se buscan
Con la sangre de las venas
Y la hiel de la amargura!
En la concha de la vida
Brotáis cual lágrima ruda
Y os torna en perla un instante
La inspiración que os alumbra;
Pero volvéis á ser luégo
La lágrima sin ventura,
Que se condensa en las nieblas
Y se deshace en las brumas,
Y la nieve de los Andes
Vuestro cadáver sepulta,
Ó vegetáis en las ruinas
Ó morís entre las tumbas.

R. G. Pereira.

CARICATURAS

V

Casi siempre es elegante
En su modo de vestir;
Usa para discutir
Un lenguaje altisonante.
Tiene mucho de pedante,
No hace más que pasear,
Y en los teatros ha de entrar
En medio de la función,
Para llamar la atención
Y para taconear.

VI

Vivaracha, corralera,
Su sombrero es un harapo,
Y el traje es un puro trapo,
Puesto de cualquier manera.
Se hace amiga de cualquiera,
Charla de prisa y corriendo,
Con su marido riñendo
Se lleva toda la vida,
Y sin cuidar la comida
Sale por ahí presumiendo.

VII

Cara de bobalicón:
Frente al balcón de su amada,
Que lo contempla embobada,
Está siempre de plantón.
Sólo mira hacia el balcón:
Por medio de su pañuelo
Habla con *ella*, en un vuelo;
Así es que todos los días
Diciéndole tonterías
Se le marcha el santo al cielo.

VIII

Por darla de abandonado
Se viste de cualquier modo,
Dice que lo sabe todo
Y de nada está enterado.
Siempre la contra ha llevado
En todas las discusiones;
Grandes exageraciones
Suele hacer en lo que cuenta,
Y, de ser mudo, revienta
En algunas ocasiones.

Serafín Álvarez Quintero.

PÉRDIDA

(Artículo por casualidad.)

—¿Qué escribo?

—Cualquier cosa; lo que usted quiera,—me contestó Perecito *minor*.

—Pues bautice usted la criatura,—le repliqué.

Fijóse el exiguo y eximio escritor en la esquina de la calle de las Navas, y leyó:—*Pérdida*.

Mal título, en verdad, me deparó la suerte; porque de pérdida á perdida sólo hay un acento, y pudiera olvidarme de él, con tanta más razón cuanto más convencido estoy, y lo estoy mucho, de que lo que escribo es cosa perdida.

Mas sea de ello lo que quiera, algo será que demuestre mi buen deseo: vano fuera, y nadie exigirá de mí otra cosa.

—

Vamos al asunto.

Y es el asunto, que allá por los mundos de mis imaginaciones, escarabajeando en las celdillas de la sustancia gris, como diría el insigne Echegaray, y á la manera que por los ciclos del arte pasean, en íntimo consorcio, las románticas sombras de Isabel de Segura y Diego Marsilla, con la idea de pérdida asociada va la idea de muerte, sin que se atreva á separarlas mi constante buen humor, ni la razón consiga traerlas á juicio aisladamente.

Viéndome condenado por tan rebelde asociación á escribir un artículo de Cuaresma, que nada hay tan triste como la inspiración de los potajes, tentado estuve á desistir de mi empeño; pero considerando que no siempre está la masa para picos, el alcacer para zampoñas, ni el lector para cuchufletas, y que debía cumplir como bueno mi palabra, cogí la pluma y comencé á enjaretar oraciones, como beata murmuradora (perdonad la tantología) que reza y discurre á un tiempo mismo acerca del procedimiento más breve para despellejar á sus vecinas; formando graciosísimo contraste el «así como nosotros perdonamos,» que dice, con el «así como nosotros desollamos,» en que piensa.

Mas creo que me he salido de la cuestión.

«Quedábamos.... es cierto en el momento,»

como diría *Urbano Cortés*, de feliz memoria, en que vendría como pedrada en ojo de boticario el lamentarse de las involuntarias asociaciones—que por ley no sabida se producen bajo la cavidad craneana—de seres y cosas que en el mundo exterior apenas si tienen relaciones ó semejanzas conocidas.

Quedábamos, y si no quedaremos ahora, que es lo mismo, en que por las callejuelas de mi cerebro, cogidas del brazo, caminaban la pérdida y la muerte, en gárrula charlatanería, piropeándose como himénicos en Diana hiblea (esposos en su luna de miel, dicho en cristiano), y yo aplicando el oído interno á su palique, por si algo de provecho podía escuchar, que del apurado trance en que me hallo me sacara.

Y héteme aquí, por no sé qué arte mágica, fiel sabedor de lo que la pérdida y la muerte se dijeran, y sin haber oído mi mal, como el refran dice que á todos los que escuchan les sucede.

—Hermosa eres, hermana mía,—decía la muerte con acariciador acento;—hermosa y triste para el hombre, que no ha podido aún comprender los bienes de que nos es deudor, y nos odia por malas, de lutos nos viste y nos recibe con lágrimas, como si yo no fuera el premio digno de todos sus afanes, y tú el obstáculo vencido para llegar hasta mí.

—Razón tienes, hermana; hermosa eres más que todos los mundos sometidos á tu imperio. Yo, humilde cortesana

de tu poder y hermosura, estoy orgullosa de mi destino.

—No quieras añadir á tus infinitos merecimientos el de la modestia, que te basta la conciencia del propio valer para ser coronada por reina en el certamen de la hermosura.

—Jamás acudiria á él si tú concurrieses.

—¡Cuán bien me suena el elogio en tus labios! Pero no me ciega la vanidad hasta el extremo de no ver la esplendidez de tu hermosura. Tú, como yo, separas á los seres queridos; mas no te contentas con eso: sus recuerdos, los objetos de su amor, lo que nunca tuvo otra vida que la que le concedió el afecto humano; cuanto ama el hombre puedes quitarle: seres, como yo, y cosas, que son muchas veces parte integrante de su vida.

—Convengo en ello; seres y cosas están á merced mia; pero lo que yo separo pueden juntarlo la ciencia, la casualidad.... todo contra mis obras se levanta y prevalece en muchos casos; mas lo que tú separas, lo que en tus manos cae, truécase en línea paralela, y no deja otra esperanza de aproximación que la absurda esperanza del infinito.

Aquí llegaban la pérdida y la muerte, cuando yo, volviendo á la realidad de la vida merced á un pueril incidente, que no hay para qué referir, porque no merece la pena de pasar á la historia, como no la merece el latigazo que recibe el perro para que no olvide el baile á que le obliga el payaso, me acordé de los lectores de PERECITO, y convine conmigo mismo en que ya habia disparatado bastante para acabar con su paciencia, y en que por hoy debiera hacer punto final.

Y dispénseme el buen Lope de Vega, *en efecto.*

MICRÓFILO.

EPÍSTOLA

Carta que envía un amigo,
Que es natural de Sevilla,
Á otro amigo, que en Castilla
Hace poca tiempo está:
Con él tengo confianza,
Porque el pobre es un bendito;
Le recogí el manuscrito,
Y, malo ó bueno, allá va:

«Desde esta tierra andaluza,
Que tiene cielo sin manchas;
Donde ostentan las auroras
Nubes de ópalo y de grana;
Donde los campos parecen
Una lluvia de esmeraldas
Despedida por los ángeles
Desde su excelsa morada;
Donde Dios puso su vista
Y echó la Virgen sus lágrimas
Para que tuvieran fuego
Y sentimiento las almas;
Donde las mujeres llevan
Rayos de sol en la cara,
Y en el corazón hogueras,
En donde el amor se halla
Como ciego aprisionado
Entre cadenas y llamas;
Donde alumbran las estrellas
Con luz tan vívida y clara,
Que el día parece noche
Y la noche una mañana;
Donde las brisas suspiran
Como vírgenes cuitadas,
Que sus amores y dichas
Entrevén en lontananza;
Donde las flores despiden
Sus aromas regaladas,
Á cambio de mil caricias
De los silfos y las auras:
Desde este mi paraíso,
Desde esta mi tierra amada,
Esta epístola te envío,
Y con ella aprisionadas
Mi cariño verdadero
Y amistad leal y franca.
Me he enterado que en la Corte
Hace tiempo que te hallas,
Y quiero hacerte un encargo.
Deseo.... que á Palacio vayas,
Para que cuando aquí llegues
Ciertas dudas satisfagas,
Porque me han dicho que allí
Se ven personas tan raras,
Que son personas divinas
Y no personas humanas.
Si son divinas, te ruego
Te arrodilles á sus plantas,
Y reces la letanía,
Ó digas una parábola
De esas que en el Evangelio
Los Santos Padres ensartan.
Si, por el contrario, son
De hueso y carne tan mala,
Que también son asequibles
Al olvido y la mudanza,
Y lloran como nosotros,
Y como nosotros hablan,
Entonces.... les das memorias
Y les vuelves las espaldas;
Porque si son cual nosotros,
Y no de oro ni de plata,
No hacen falta reverencias
Inútiles y menguadas....
¡Para humillarse.... ante Dios,
Que con Ése sobra y basta!
Visitarás al Ministro
Que de gobernar se encarga,
Y le dirás que en Sevilla
Están las cosas muy malas;
Que los pobres piden mucho
Y los ricos no dan nada;
Que haga todo lo posible
Por arreglar bien á España;
Que las blusas son muy pocas
Y son muchas las sotanas,
Y muchos los que vaguean
Y pocos los que trabajan;
Que la agricultura muere,
Y la industria se amilana,
Y el comercio se arruina,
Y las artes se retrasan....
Que estas cosas no las ven
Esas personas tan altas,
¡Porque viven en el cielo
Y la tierra está muy baja!
Si con tu discurso logras
Alguna promesa exacta,
Como testimonio firme
De próximas bienandanzas,
De tu parte y de la mia
Le das un voto de gracias
Y le compras un cigarro,
¡Pero que sea de la Habana!
Porque si es de algún estanco
Lo envenenas y lo matas,
Y puede un juez incoarte
Por homicidio una causa.
Cuando te vengas me traes
Una madrileña guapa,
De esas que dicen—*¡Rediós!*—
Y se beben y se bailan;
Y cuando vienen franceses
Á aprisionar á su Patria,
Hacen fuego y echan tacos
Detrás de una barricada.
No me las traigas de aquellas
Que al terciopelo maltratan,
Y lucen blondas de seda,
Y al pecho se ponen bandas;
Sino de esas que se adornan
Con sus grandes arracadas,
Su pañuelo colorado
Y modesta y limpia saya....
Y le dan un sopla-mocos
Hasta al lucero del alba.
(¡No te se olvide este encargo,
Porque me hace mucha falta!)
Pásate por la Moneloa,
Donde los héroes descansan,
Y besa la losa fria,
Y reza allí una plegaria,
Y maldice á los tiranos
Con coraje y en voz alta.»

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

EL SOLDADO ESPAÑOL

Curtido por la pólvora que humea,
Noble con el amigo y el contrario,
Audaz hasta emprender lo temerario
Y más valiente cuanto más pelea;
En rústica mochila que blanquea
Lleva su pan, su equipo y su salario,
¡Y al cuello, en el bendito escapulario,
El culto de la Virgen de su aldea!
Semejante al pedazo de metralla
Que el cañón á los aires abandona,
Queda desconocido en la batalla;
Mas cuando el triunfo su valor pregona,
Para el que lucha y sufre y vence y calla
¿No ha de tener la Patria una corona?

J. Smith.

New-York.

PIROPOS ANDALUCES

—Hole, hole; ¡viva la alegría! Allí enfrente se están bailando, tocando y cantando por *seguirillas*. Compare, venga usté acá; vamos á echá aquí un rato.

—No tengo ganas é música, porque luégo se enrea la cosa.... En fin, vamos allá; quiere desí que si nos aburrimos tomamos er dos y aquí no ha pasao ná.

Y los dos compadres, sin conocer á nadie de la casa en donde había fiesta, y sin encomendarse á Dios ni al Diablo, llegaron al portal, dieron las buenas noches y se pusieron á echar un cigarro.

—Que no tengo yo las manos de hierro, niñas; si no se baila, ya está la guitarra más callada que los devotos en misa,—dijo el tocador.

—Parmas, parmas,—gritó una mujer de edad, acompañando con el ejemplo su mandato, y añadió:

—Miguel, cante usté una coplita, que está esperando la pareja.

El aludido sonrió con satisfacción, dirigió una intensa mirada á cierta morena que, acompañada de su madre, estaba como escondida en uno de los ángulos del patio, y salió cantando:

Tienen veneno. ..

Y se oían muchas exclamaciones por este estilo:

—¡Holé, los cantaores!

—¡Venga de ahí, venga de ahí!

—¡Vivan los güenos bailaores!

Y la guitarra y los palillos, y las manos y los abanicos y hasta los tacones de algunos concurrentes tocaban las alegres seguidillas, y los novios que bailaban hacían prodigios de habilidad y garbo, mientras Miguel cantó esta copla:

Sin duda que tus ojos
Tienen veneno:
Desde que me miraste
Me estoy muriendo.
Vuelve á mirarme,
Á ver si con tu vista
Puedo aliviarme.

Al decir *aliviarme* clavó nuevamente Miguel su mirada en la morena de marras, á la cual se dirigió en el acto la dueña de la casa en estos términos:

—Carmelita, acércate, hija; ¡pues no parece sino que estás como gallina en corral ajeno! Vente aquí....ya sabes que hay quien te quiera en esta casa.

No tengo para qué decir á los inteligentes lectores la *intencioncilla* con que fueron expresadas las últimas palabras; lo cierto es que la muchacha se hizo la desentendida y contestó con aparente sencillez:

—Muchas gracias, Mariquita; sabe usted que tanto mamá como yo correspondemos á la amistad que usted nos profesa.

—Pues por eso mismo.... Vamos, canta esa copla.

Y la joven se resistió sin ganas, miró á Miguel (¿sería casualidad?) y no cantó más que esto:

Tus ojos no son ojos,
Que son saetas:
Cada vez que me miras
Me dejas muerta.
Mírame mucho;
Que ya que muera, quiero
Morir á gusto.

El entusiasmo rayó en delirio: los hombres prodigaban los elogios y las mujeres sonreían con inocente malicia, pues más que en la voz de argentino timbre y en la afinación y sentimiento del canto, se habían fijado en las coplas á los ojos, en las miradas de ambos y en ese no sé qué que dió origen á este hermoso cantar:

Piensan los enamorados,
Piensan y no piensan bien,
Piensan que nadie los mira
Y todo el mundo los ve.

Y de tal manera lo vieron, que deslizaban estas indirectas entre risas, señas, etc., etc.

—Pepa, ¿los ciegos ven?

—Nó; pero tienen algunas veces unos ojos.... que yo entiendo.

—Anita, ¡qué listos están los correos!

—¿Has visto, hija?

—Oye, ¿tendrá, *quien tú sabes*, pavo para Navidad?

—Pavo nó, pero pava creo que sí.

—Entonces la pelarán fresquita.

—¡Puede!

Y este tiroteo de frases, gestos, miradas y sonrisas daba una animación tal á la fiesta, que se pasaban las horas sin sentir, y todos los semblantes rebosaban satisfacción y alegría.

El tocador, sevillano neto, hombre templado al fuego de las pasiones andaluzas, pero ducho en achaques de fiestas caseras, interrumpía de cuando en cuando su tarea para hacer una observación, siempre oportuna, y aprovechar así los momentos de descanso, sin hacer que decayera nunca el enloquecedor ruido que nace del buen humor. Una de estas oportunidades fué la de ofrecer puesto y asiento en la reunión á los dos curiosos compadres que se pusieron á fumar en el portal.

Bien supo el tocador lo que se hacía; porque uno de ellos es de lo más chirigotero que Dios cría, y es capaz en un minuto de revolver a medio mundo de mujeres; y el otro no se queda atrás, pues tiene el dón de *oler á canela y clavo* y se canta muy *regularitamente* entre los aficionados castizos.

Á éste fué á quien le dijo el tocador:

—Vamos allá, tocayo; eche usté su cuarto á espadas, que donde lo hay se luce.

—¿Pero qué quiere usté que cante?

—Á gusto de los muchachos. ¿He dicho algo?

—Pues, vaya,—replicó el joven, y cantó de esta manera:

Al volver una esquina
Me asesinaron,
Y el corazón del pecho
Me lo arrancaron.
Los asesinos
Fueron los negros ojos
De mi cariño.

Más de cien miradas quedaron fijas en el mozo que acababa de cantar con tanto arreglo, con voz tan preciosa y siguiendo el comenzado tema de los ojos. Acaso una sola persona estaba contrariada escuchando al simpático y aplaudido cantador: era Miguel, que hubiera deseado no tener competidor en cante para seguir su conversación en coplas con la hermosísima Carmen.

Esto fué notado por el guitarrista, que sabe más que Briján y que ve más que Candelita, y trató de parar el golpe pidiendo vino, para lo cual dijo sonriendo al ama de la casa que estaban muy secas las cuerdas y era preciso remojarlas á fin de que no fueran á saltar y diesen á lo mejor el disgusto hache.

—Con mil amores,—contestó Mariquita.—Y á los pocos instantes salieron de la casa cuatro hombres capaces de conquistar ellos solos una plaza fuerte en el término de veinticuatro horas. Llevaba el primero armada la diestra con una *ametralladora* de aguardiente de Cazalla, y ostentaba, á ma-

nera de escudo, en la siniestra mano una batea con varias copas de cristal; empuñaba el segundo un fusil de vino de Sanlúcar y unos cuantos vasos que pudieran llamarse cartuchos; amenazaba el tercero á las mujeres con un precioso retaco de licor, y parecía el último dispuesto á apedrear á la concurrencia con pasteles y dulces de confitería.

Mientras se repartían los comestibles y *bebestibles* hablaban todos hasta por los codos, se daban bromas, reían como locos y se rehacían para dejar sitio á los muchos que, más ó menos descaradamente, lo iban solicitando. (Es de advertir que estas fiestas caseras, casi siempre improvisadas, comienzan por seis ú ocho personas y luégo van entrando insensiblemente tantas, que no caben materialmente en el patio ó sala donde se celebre la popular función; siendo lo más curioso—y no exageramos—que llegan á colocarse doscientos individuos en el patio, donde sólo cabrían, sentados cómodamente, unos veinticinco ó treinta.)

Entre sorbos de vino y bocanadas de humo trabaron conversación el tocador, Miguel y los dos compadres. Uno de éstos, el *chirigotero*, se dirigió á Miguel diciéndole:

—Compañero, tiene usté un gustito de los que merecen el premio gordo é la lotería y unas bendiciones.

—Muchas gracias,—contestó el interpelado:—pero no sé por dónde la lleva usted.

—Entonces me he equivocado; me pareció que estaba usté en disposición de cantá la copliya que dise:

¡Valientemente te quiero!
Me paresen tus ojiyos,
De bonitos, dos luceros.

—No lo niegue usté,—dijo el otro compadre,—que se le está conociendo que er *gaslochí* le da sartos y que está usté deseando podé confesá con aquella retrechera, diciéndole un *yo pecador* por este estilo:

Ojos negros y risueños,
Boquita de serafín,
Estoy soñando contigo
Desde el día que te ví.

—Pues es verdad, señores, como me llamo Miguel, que estoy haciendo números por esa muchacha; pero yo no le he indicado ni tanto así (señalando con el dedo pulgar la yema del índice).

—Pues entonces aquí se cumple er refran de que *ar güen entendeó con pocas palabras basta*, y aquer que dise que *lo que está de Dios á la mano se viene*, porque las señas son mortales; ella se ha tragao ya la píldora y le parese mentira que le ha de desí usté aquí estoy yo.

—Hombre, no me lo diga usted; si eso fuera verdad, creo que me volvía loco de la alegría.

—¿Lo quiere usté ve? Cántele usté ahora la copla aquella de la rayuela y á ver si le responde.

—Maestro, maestro, toque usted seguidillas,—dijo entusiasmado Miguel.

Á los pocos momentos tocaba la guitarra, se oían las palmadas, sonaban los palillos, salía á bailar una pareja, y Miguel cantaba visiblemente emocionado:

¡Qué ojos tan atractivos
Tienes, morena!
¿Quieres que los juguemos
Á la rayuela?
Y si los pierdes,
Aunque malos los míos
Aquí los tienes.

—Vivan las personas que saben queré.

—Choque usté ahí, tocayo.

—Así se canta: viva quien sabe.

Estas y otras halagüeñas frases escuchó el enamorado, mientras se oían voces de este género:

—Vamos con la otra.

—Venga de ahí.

—Bien por la bailaora.

—Vamos á ver la gracia de esa pareja tan igualita....

Y de acuerdo las palmas, los palillos y la guitarra, abrieron los brazos los bailadores, y, roja como una amapola, cantó Carmelita la siguiente hermosa copla:

De tus hermosos ojos
No tengo queja:
Ellos quieren mirarme,
Tú no los dejas.
Déjalo, ingrato;
Déjalos que me miren
Siquiera un rato.

Miguel dió un suspiro como si le hubiesen quitado de encima un peso enorme; se quitó y se puso dos ó tres veces el sombrero maquinalmente, y se levantó con ánimos de marcharse, al parecer.

Entonces le detuvieron los compadres para darle la enhorabuena, y le animaron á proseguir la obra; porque

Aquer que empieza un camino
Fuerza será que lo acabe,
Pa que no diga la gente
Que lo dejó por cobarde.

El simpático tocador, práctico siempre, dijo:

—Eso es, Miguel: ahora va usté y le pide que se baile con usté unas copliyas, y.... ya sabe usté lo demás. Aquí er compae Joselito, que es una güena persona y se canta como er mismo Dios, echará unas coplitas de las que á usté le gustan, y.... vamos andando.... no ha perdío usté la noche.

Así sucedió, y Joselito hizo este intencionado disparo:

Con ese mirar tuyo
Matas las almas,
Y al reirte haces hoyos
Para enterrarlas.
Fiera homicida,
Solamente al que quieres
Dejas la vida.

Miguel indicó á medias palabras á la hermosa muchacha que le perdonase la vida; se lo dijo, y callando ella—en estos casos el que calla otorga—le pidió hora, etc., etc.

Total: que Pepe sonrió picarescamente y se dispuso á cantar:

Cuando vide á tus ojos
Dije á los míos:
—Ya tenemos enfrente
Los enemigos.—
Respondió el alma:
—Ya están haciendo fuego
Las avanzadas.—

Y reparando en ella el avisado Pepe entonó, con la mayor oportunidad del mundo, este poema en siete versos:

No hay ojos más hermosos
Que son los tuyos,
Y más cuando me miras
Con disimulo.
Y si los pones
Un poco adormilados,
¡Caramba! entonces....

Con tal intención y con gracia tan inimitable terminó la copla, que varios muchachos, verdaderamente entusiasmados, aplaudieron. Palmas que, sin pensarlo nadie, vinieron á ser el himno destinado á saludar á un amor que acababa de nacer.

¿No os parece, amables lectores, suficientemente demostrado que los ojos, especialmente entre andaluces, ejercen una influencia marcada, tienen un poder grandísimo, y son, en materia de amores, de una eficacia innegable?

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

¡AQUELLO!

Amables lectores,
Escuchadme atentos,
Porque hoy quiero á solas
Hablaros de.... aquello.
En todos los males
Del alma y del cuerpo
Yo encuentro el alivio
Con cierto remedio,
Que voy á fiaros
Si guardáis secreto.
Si cualquier disgusto,
Cualquier contratiempo
Mi vida acibara,
Y lloro y pateo,
Por templar mi enojo,
Por hallar consuelo

Me retiro á casa
Pensando en.... aquello.
Si adversa la suerte
Me muestra su ceño,
Y cuanto imagino
Se me vuelve tuerto;
Si salgo reñido
Por dar un consejo,
Lleno de coraje
Medito al momento,
Y cual dulce bálsamo
Y eficaz remedio
Me curo en el acto
Pensando en.... aquello.
Si salgo á la calle
O voy al paseo,
Y observo en las niñas
Mininis y *flecos*
Que cubren sus frentes;
O llevan sombreros
Con mil arrumacos
Y mil embelecos,
Tan altos y grandes
Que da miedo verlos;
Y usan polisones
Que hacen que sus cuerpos
Hoy de las sirenas
Evoquen recuerdos,
Me pongo nervioso,
Me pongo colérico,
Y por olvidarme
De tanto adefesio
Me vuelvo á mi casa
Pensando en.... aquello.
Si malos ministros
Y malos Gobiernos
Conviertan á España
En vasto desierto;
Si los empleados
De más pingüe sueldo
Irregularizan
Millones sin cuento;
Si hallo en todas partes
Cacos y rateros,
Para consolarme
De tantos tropiezos
Me voy á mi estancia
Pensando en.... aquello.
Si en el café escucho
Broncas y jaleos
Por si dió más *pases*
Luis ó *el Espartero*,
Ó por si es *Guerrita*
Mejor que *Frascuelo;*
Yo, que en *puyas, quites*,
Quiebros y *trasteo*
Soy tan ignorante
Que estoy bajo cero,
Escurriendo el bulto
Me quito de en medio
Y corro á mi casa
Pensando en.... aquello.
Si adoro á una niña
De rubios cabellos,
Y ella desdeñosa
Me otorga por premio
Unas calabazas
De *primo cartello;*
Ó si es muy.... coqueta,
Que hay más de un ejemplo,
Y en tanto que alienta
Mi erótico anhelo
Con otros *se tima*,
Y rabio de celos,
Por buscar la calma
Y hallar el sosiego
Me encierro en mi cuarto
Pensando en.... aquello.
Si escribo un romance
Y sale perverso,
Con mala cadencia
Y malos conceptos,
Despechado arrojo
Papel y tintero
Y olvido las musas
Pensando en.... aquello.
Tú, lector curioso,
Estarás diciendo:
«¿Pudiera saberse
Qué cosa es aquello?»
Y yo, que decírtelo
Es lo que pretendo,
Sin otros preámbulos,
Sin otros rodeos
Voy á declararte
Que aquello es.... ¡AQUELLO!

JOSÉ MANUEL DE VILLENA.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO
EL SR. D. HERBERTO BRADLEY

SUEÑO

Pensando en el matrimonio
Una noche me acosté,
Y dormido me quedé
Y soñé con el demonio.
Era éste un caballero
De extraño porte y figura,
Y me habló con tal lisura
Que me pareció sincero.
—Á mí viene aquel que sufre
Y le curo de repente,—
Dijo,—y aunque huelo á azufre,
Soy caballero y decente.—
Yo, que estaba algo escamado
Con los cuentos de mi abuela,
Le contesté:—Esa no cuela;
Sé que eres malo y taimado.
Yo soy un hombre que sueña
Y tú eres un truhán;
Eres el mismo Satán
Que en condenarme se empeña.
—¿Quién te ha contado esa historia
Y por qué así me maltratas?
Si no sabes con quién tratas
¿Por qué hablas de memoria?
Satán me llamas á mí
Porque así te lo enseñaron,
Y porque nunca te hablaron
Del *demonio* que está en tí.
El demonio de la duda
Te ha traído á estos lugares....
Es tu vida y sus azares
Que entablan batalla ruda.
¿Qué culpa tiene Luzbel
De que el mundo ande revuelto,
Para que pueda yo en él
Correr á mis anchas suelto?
Plugo al cielo que yo fuese
Ora hermoso, luégo horrible,
¡Con cuernos!... y hasta invisible
Para que nadie me viese...
Como soy imaginario,
Cada cual pinta á su antojo
Mi figura, y hasta rojo
Me ha pintado algún falsario.
Y quiso mi suerte negra
Que algún «yerno arrepentido»
Me pintase el fementido
Con la cara de su suegra.
De mí se han hecho figuras
De mil clases y tamaños,
Y no encuentran ya pinturas
Con que pintar mis *amaños*.
Los casados me maldicen,
Siendo el cura quien los casa....
Sin saber lo que les pasa
Ni tampoco lo que dicen.
Si una mujer sale *huera*
El demonio paga el pato,
Y hasta si se rompe un plato
Al demonio sacan fuera.
Tú, que estás hecho un ovillo
Y que piensas en casarte,
Has venido á aconsejarte
De tu incesante *diablillo*.
Tu duda un diablillo es
Que te está mortificando,
Y si así sigues pensando
Vas á dar algún traspiés.
Las mujeres son muy duchas
Y saben más que los hombres;
Y algunas hay, no te asombres,
Muy ladinas y muy truchas.
Estás suelto, y bien estás,
Que el buey suelto bien se lame;
Y cuando á tu puerta llame
La muerte, tranquilo irás.
Que la vida es sólo un sueño,
Como ha dicho Calderón,
Y el mortal ni tiene el dón
De ser de su vida dueño.
Mas ten en la muerte fe....—
Con sonrisita burlona
El diablo dijo, y se fué
Haciendo una *cucamona*.—
Yo, que en tal trance me ví,
Y creyéndome ya muerto,
Desperté; mas comprendí
Que había *soñado despierto*.

RICARDO PARODY.

RIMAS Y CANTARES
POR JOSÉ MANUEL DE VILLENA Y ROBLES

La modestia realza el verdadero mérito; mejor dicho, le constituye. Esa virtud encantadora, que en estos tiempos de oropel muy pocos ejercitan, ha ocultado á la mirada pública una perla que puede muy bien engarzarse á la corona de la Musa sevillana.

José Manuel de Villena es el nombre de esa perla literaria, que con sus primeros destellos, titulados *Rimas y Cantares*, se exhibe en la república de las letras sin pretensiones, como la violeta de la fábula, y reclamando de derecho un puesto de honor entre las joyas con que se enriquece el noble Parnaso bético.

En *Rimas y Cantares* se manifiesta el poeta pulsando un plectro, que en la época positivista por excelencia debiera estar colgado del árbol del olvido: la poesía idealista ya ha caído en desuso, y el espíritu del bardo abreva en las sucias fuentes de la materia y de la impudicia, reprimiendo tal vez el vuelo pindárico dentro de la estrecha y oscura cárcel de los sentidos.

Sale á plaza el vate novel, y para la contienda de la crítica no esgrime más armas que la inspiración y el sentimiento.

Bien venido sea al palenque de las letras el que en Dios y en su dama fija la esperanza, á la manera de los antiguos caballeros.

Muchos, al leer estas palabras, me argüirán de poco conocedor de las tendencias vertidas por el Sr. Villena en muchas otras composiciones impresas aparte del libro de que me ocupo; algunos me objetarán acaso diciendo que el autor de *Rimas y Cantares* presenta como poeta dos fases distintas: jocosa la una, y la otra seria y sentimentalista por extremo.

No faltará quien deje de explicarse fácilmente la antítesis que surge á la consideración de géneros tan opuestos; contradicción que se deshace al punto, con sólo pensar en la monomanía reinante de aparecer satírico y con agudeza de ingenio, cuando éste, con referencia al autor objeto de estas líneas, es más bien fruto del cerebro torturado y del rebuscamiento, que de la espontaneidad y de la innata predisposición.

El Sr. Villena, á quien conozco desde la niñez, y con quien me unen los santos recuerdos de los primeros años, ha hecho ciertamente composiciones cuya vis cómica ha despertado la hilaridad de sus lectores, celebrándose en ellas, más que el chiste y la oportunidad, la discreción y talento de su autor.

En mi humilde concepto no es ese el camino que debe seguir cruzando mi querido compañero de la infancia: el dios Éxito le llama á campo más santo, á tareas más loables, á manifestaciones más dignas.

Hoy, cuando todo parece respirar burla y sarcasmo; cuando amenazan ruina los poderes más respetables; cuando se bambolean los pedestales en que descansan las más sagradas instituciones; cuando en carro de triunfo se pasea el vicio, con el enfadoso alarde del cínico; cuando el precio de la virtud y de la honradez está en menguada baja; cuando los intereses más caros y el amor y la probidad se cotizan en mercado infamante, debe levantarse en són de protesta y en sentido elegiaco la voz del vate, como se levantara en otro tiempo la de los profetas llorando la ruina de la hermosa Jerusalén.

Hijos de Apolo, no sigáis la corriente del moderno realismo, que todo lo degrada y corrompe; no dad la supremacía á la fuerza sobre el derecho, á la materia sobre la idea, al cuerpo sobre el espíritu, á lo contingente sobre lo necesario, á lo humano sobre lo divino.

El que con tanta riqueza de inspiración ha sabido producir *Rimas y Cantares*, bien puede ser llamado á sacudir por su parte la fatal coyunda que nos impone la decantada escuela moderna, que con el nombre de naturalista se enseñorea de las letras y de las artes.

Dos palabras para concluir: hágase justicia al autor de *Rimas y Cantares;* apláudale la crítica imparcial y justa, porque así no morirán en flor los primeros esfuerzos, y éstos serán heraldos de empresas más importantes y elevadas.

Recorra el lector página por página el nuevo libro, y quedará plenamente convencido de mis aseveraciones.

Dichoso el escritor, repito, que para luchar en el campo de las letras dispone de las preciosas armas de la inspiración y del sentimiento.

Francisco Ruiz Estévez.

PENSAMIENTO

De un rico va un pobre en pos
Una limosna implorando
En nombre del Justo Dios;
Y los dos siguen andando,
Y al cabo callan los dos.

Laureano R. Conchas.

ANTE TU RETRATO

En el reloj de la vecina iglesia
Sonaba acompasada la campana,
Señalando esa hora en que medrosa
Tiende la obscuridad sus negras alas,
Y del silencio turban solamente
La augusta soledad notas extrañas.
Á la dudosa claridad que trémula
Una luz junto á mí débil lanzara,
Absorto como siempre y extasiado
Tu imagen contemplaba.
Mil pensamientos en tropel confuso,
De mi imposible amor vanos fantasmas,
Pasaban por mi frente, en que la huella
El dolor dejó impresa de su marcha.
La divina tristeza de tus ojos,
La brillante expresión de tu mirada,
Un no sé qué de vago, de indeciso,
Que en tus negras pupilas fulguraba,
Al través de los hilos de azabache
De tus largas pestañas,
Sin hablar me contaron un poema
Con elocuencia que subyuga y mata.
¿Pero qué me dijeron? Aun lo ignoro.
¿Cuánto duró la confidencia extraña?
Aun lo ignoro también. Sé que mirando
Tu imagen siempre con amantes ansias,
Me sorprendió en mi cuarto el sonrosado
Primer albor del alba.
Sé que la luz que me alumbró al principio
Á mi lado oscilando agonizaba,
Y en el reloj de la vecina iglesia
Sonaba acompasada la campana,
Señalando esa hora en que las aves
Dejan sus nidos y en bandadas cantan.

G. White.

CARTA Y CONTESTACIÓN

I

Apreciable Director:
Hoy, que me hallo decidido,
Con el respeto debido
Voy á pedirle un favor,
Que espero sea concedido.
Le remito una poesía
Que, á fuerza de trabajar
Día y noche y noche y día,
He sacado regular,
Sin ser inmodestia mía.
Y si, como es lo probable,
Le agrada á usté el trabajito
Porque lo juzga bonito,
Quiero, de ser publicable,
Verlo impreso en Perecito.
Espero contestación,
En la que dé su opinión;
Y siempre queda de usté
Atento servidor, que
Besa su mano,

Limón.

II

. . . .

Repasemos el correo
Á ver qué me han contestado.
¡Ay! ¡Caracoles! ¿Qué leo?
«*Limón*.—Es bastante feo,
Y al mismo tiempo copiado.»

Joaquín Álvarez Quintero.

PRIMAVERA

La hermosa primavera
Lozana brilla
En los lindos verjeles
De mi Sevilla.
Del copudo naranjo
El blanco azahar
Ya comienzan las brisas
Á perfumar.
Ya las dulces endechas
De mil amores
Entonan las calandrias
Y ruiseñores.
Ya volvieron alegres
Las golondrinas
Á ocupar sus viviendas
Tan peregrinas.
Ya invaden las *Delicias*
Por las mañanas
Encantadores grupos
De sevillanas.
¡Qué espectáculo ¡cielos!
Tan sonriente!
Hadas, pájaros, flores,
El tibio ambiente,
Los dias apacibles
Sin nube alguna
Y las noches serenas
De blanca luna.
¡No hay dicha comparable
Con el vivir
En la ciudad que baña
Guadalquivir!
Pues si ausente carezco
De ella, yo os juro
Que todo lo que he dicho
Me lo figuro.

Aurelio Vanguas Fleury.

MI PERSPECTIVA

SONETO

Todos los horizontes los domina
Mi vista, por hallarme levantado
Sobre el montón inmenso que han formado

Mis grandes ilusiones en ruina.
Veo las asechanzas que maquina
La envidia contra el bueno, confiado;
Veo la astucia con que el sér amado
Al sér amante, pérfido, asesina;
Veo el templo, do inmola la Conciencia
Víctimas á la diosa Conveniencia.
Pero no alcanzo á ver dichas estables;
Pues los bienes terrenos que más duran,
Son cual exhalaciones que fulguran
Para hundirse en las sombras insondables.

ANTONIO GUERRA OJEDA.

MENUDENCIAS

IMPORTANTÍSIMO

Yo, PERECITO, deseando corresponder de algún modo al inmerecido favor que hasta hoy me ha dispensado el público en general, he decidido, mis queridos lectores, darles á ustedes una agradable sorpresa en el número próximo.

Es el caso, que.... que. .. ¿á que lo digo? que.... pienso salir ilustrado. (1)

Grafito, un distinguido dibujante por más señas, se encargará de llevar á cabo mi idea. ¡Ya verán ustedes lo que es bueno!

Conque hasta el número próximo. Y.... no hay por qué darlas.

—Vamos á ver,—decía cierto sujeto á un amigo suyo;—¿en qué se parecen los *mosquitos* á los holgazanes?

—En todo y en nada,—repuso el otro.

—¿Cómo en todo y en nada? Explícate.

—Muy sencillo: si te refieres á los insectos que tanto nos fastidian, en nada; pero si lo dices por los municipales ... en todo.

Á continuación copiamos una composición, hecha por uno que siente la verdadera poesía: un genio, una gloria patria.

La composición es la siguiente:

«La verdad, es la mentira
Mayor, que, en el mundo existe;
Y, quien tal no crea.... delira,
Ó, ignora que aquí subsiste.
Envuelta en un blanco velo,
Viene la mentira, innata,
Y, la verdad, por el suelo
La atropella, y la maltrata.
Y, entre cánticos suaves,
Sublimes, y seductores,
Y, el arrullo de las flores,
Y, el aroma de las aves,
Susurra la blanca orilla,
De un rio, que angustioso gime,
Para orgullo de Sevilla,
Y, de aquel que la redime.»

(1) Si soy mudo, reviento.

¿Qué les ha parecido á ustedes? Pues todavía continúa el poeta soltando *imágenes* tan bellísimas y abundantes como se ha visto.

¡Ah! el vate oculta su nombre modestamente.

(Á estas horas va para la casilla.)

—Oye, Pedro,—decía un baturro á otro,—¿por qué er gaz, que m'han dicho á mí que ez viento, no apaga laz lucez de loz farolez?

Á tí t'han engañao, Curriyo. Er gaz no ez viento; ezo de gaz ez er nombre der fabricante. Lo que arde ez er palito, que ez de tea.

—Mia, poz tienez razón. Hasta ahora no había yo caío en ezo.

CONSULTAS

Srta. D.ª C. G. C., Sevilla.—No ha sido por falta de originales, ni mucho menos, porque casualmente teníamos terminada la serie que empezamos. Comprenda usted que la han engañado como á un chino, es decir, como á una *china*. No podemos, por tanto, complacer á su familia ni amigas.

¡Ah! Según el principio de su carta, que dice «Enterado que la.... etc., etc.,» me parece que es usted un macho bravío. O solamente un macho; como usted quiera.

Uno que escribe muy mal, Sevilla.—¡Melón! Ya le dijimos en el número pasado que no esperase nada bueno.

Grilla, Sevilla.—¿Que por qué no contestamos á todas sus cartas? Pues, hombre, porque es usted tonto de capirote.

Un caballero particular que vive de su renta, Sevilla.—Sirve. (Porque el pliego es grande.)

Cataclismo, Sevilla.—Nó
Que nó.
He dicho que nó.

Bruto y César, Sevilla.—Con lo de *bruto* basta.

China, Morón.—¡No es mal chinazo su poesía!

Don Juan, Sevilla.—¡¡Puaf!!

Picarín, Sevilla.—Tontín y mamarrachín
Es mejor que *Picarín*.

Sr. D. Q. Q. Vate, Sevilla.— . . . .

Á la altura de *Penane*.

Pin, pin, Sevilla.—(Música de *Jugar con fuego*.) La venganza, la venganza es muy sabrosa.

¡Bravo! ¡bravo!

Sr. D. E. P. de L., Sevilla.—Todo es muy malo, pero muy malo, como usted no se puede figurar. Sin embargo, le publicaremos los dos últimos versos del soneto, porque son *magníficos*. Ahí van:

«¡Todo amal lo sé, pero no te asombres,
¡¡Yo no creo que amen los hombres!!»

Y hace usted bien en no creerlo.

¿Verdad?

Sr. D. M. N., Sevilla.—No le llamamos á usted melón por no insultar á los melones.

Plácido, Sevilla.—¿Está en prosa ó en verso? Se ignora.

Otro, Sevilla.—Malo, malo, otro.

D. Luís Mejía, Sevilla.

Y como en Nápoles vos
Puse un cartel en París
Diciendo:—Aquí hay un don Luis
Que es un solemne tarugo.—

(No es verso, pero es una verdad como un templo.)

Canario, Sevilla.—Usted es otro de los que quedaron por contestar en el número pasado. ¡Adoquín! Como usted sabrá, no le esperaba nada bueno.

Eso es, Sevilla.—Nó, señor; ¡qué ha de ser!

Un telegrafista, Sevilla.— . . — — — . . . . — . — .
. . . — . .

Agamenón, Sevilla.—Mande la firma.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

PERECITO. Periódico satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—Trimestre, 1,50 id.—Semestre, 3 id.—Año, 6 id.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas.—Semestre, 3,50 id.—Año, 6,50 id.—*Extranjero y Ultramar:* Trimestre, 3 ptas.—Semestre, 6 id.—Año, 12 id.—PRECIOS DE VENTA: **Número suelto, 10 céntimos.—Número atrasado, 15 id.**—*Mano de 25 ejemplares, 1,75 ptas.*—Las suscripciones empiezan los días 1.º y 15 de cada mes, y no se servirán las de fuera de Sevilla si al pedido no se acompaña su importe. Éste pueden enviarlo los señores suscriptores en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo; debiendo, en este último caso, certificar las cartas.—Los señores corresponsales recibirán sus liquidaciones á fin de mes, y se suspenderá el envío de los paquetes á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente. —*Toda la correspondencia al Administrador.—Redacción y Administración, Tirso 4.*—Despacho: Todos los días no feriados, de once y media de la mañana á una y media de la tarde.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 3 de Junio de 1888. NÚM. 31.



PERIÓDICO SATÍRICO LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. Precio: 10 cénts.

SUMARIO

CRÓNICA

El llevar Perecito cabeza nueva, no quiere decir, ni mucho menos, que haya perdido la cabeza.

Lo que hay es que ha soltado los andadores y se ha puesto un gorro nuevo y un traje tan mono, como pueden ustedes ver. (Y no es *fantesía*, que aunque Perecito no tiene abuela, se contenta con el juicio que forme el ilustrado público.... y no digo más.)

Lo que sí digo y sostengo, es que está Perecito más contento que unas sonajas y que se perece por presentarse ante sus abonados en la forma más agradable que lo consientan sus infantiles fuerzas.

Y le sobra razon por encima de la chichonera. Porque desde que salió haciendo pinicos, pero ya alegre, retozón é inofensivo, ha recibido tantas y tales pruebas de afecto, que se ha puesto tan ancho que no cabe en el pellejo, como quien dice, y siente comezón de buscar campos más anchos para sus semanales correrías.

Este muchacho, que ya tiene pretensiones de hombrecito, —y me alegro como hay Varea,—ha tenido el honor de ver que han ido visitando su casa los más eximios literatos de esta con razón llamada en otros tiempos Atenas española, y que le han enviado flores de su ingenio los más inspirados poetas, y que los periodistas, dando de mano á sus habituales tareas, le han consagrado trabajos, y que la juventud estudiosa ha acudido á hacer sus primeras armas en este palenque de los buenos deseos, abierto á todas las inteligencias por obra y gracia del gran agente de las buenas empresas.

Á cada nueva visita que iba recibiendo Perecito recibía también tal contento, que saltaba de gozo y recorría calles y plazas pregonando su alegría y bendiciendo su buena fortuna, que le ofrecía pródiga los más preciados dones: la general simpatía y la espontánea ayuda de todas las personas de buena voluntad.

Hé aquí por qué todo le parece poco para complacer á sus constantes y desprendidos favorecedores, y no se cansa de dar las gracias, y se dispone á dar más novedad á sus trabajos, y busca el valioso concurso de dibujante tan experto como *Grafito*,—que ha sido admirado aquí y en Lima,—y que se encuentra dispuesto á ilustrar artículos, inventar historias chispeantes como ellas solas, á dar en caricaturas un tratado completo de historia natural: en fin, á hacer la mar de cosas, todas con la gracia y la intención sana y las *circunstancias* que le son características.

Y así como ha recibido siempre con los brazos abiertos á cuantos han tenido la dignación de remitirle artículos y poesías, así también agradecerá con todas las veras de su alma cándida, pero entusiasta, que los artistas sevillanos se tomen la molestia de avalorar con sus firmas esta publicación, cuyo más ferviente deseo es agradar á sus abonados, y cuyo único pensamiento es crear lazos de unión entre artistas y literatos.

Como en la parte literaria, en la artística preferiremos también la compañía de los buenos y de los jóvenes: de los buenos, para aprender; de los jóvenes, para que se conviertan en sazonado fruto las flores de las ilusiones, para que no se pierda la semilla de las esperanzas.

Y tanto en una como en otra, hemos de procurar que estén cerradas las puertas á la envidia, y que inspirándose todos en el amor de lo bello, sea la noble emulación la que presida los trabajos de los redactores y de cuantos nos honren con su colaboración artística y literaria.

Si estas aspiraciones se ven cumplidas, si nos siguen favoreciendo con su concurso los que son honra y prez de las letras, si no nos abandona la juventud, si los artistas ayudan en su tarea al simpático *Grafito*, *mangue*, el cronista que abajo firma, os ofrece solemnemente, á nombre de Perecito, que todos y cada uno de sus redactores se desvelarán porque sea nuestro periódico digno de Sevilla, que es todo lo que hay que decir.

(Porque, señores, no lo podemos remediar: en cuanto nos nombran á esta tierra de María Santísima, ya sólo pensamos en la gracia y en la belleza, en la generosidad y el amor, en el sol espléndido y la exuberante fantasía, en todo lo bueno que la Naturaleza nos brinda.

Y no digo más.)

Es decir, sí: digo que en prueba de verdad, Perecito, sombrero en mano, saluda con el mayor respeto á los lectores, y confía en que corresponderán á los deseos manifestados por vuestro rendido servidor

Manuel Díaz Martín.



LA APUESTA FUÉ....

Se cuenta de Zapirón
Y de Micifuz, que un día,
Por yo no sé qué razón,
Trabaron una cuestión
Como Tenorio y Mejía.
Éstos se comprometieron
Á ver quien peor obraba
Con más suerte, y lo cumplieron.
Los dos gatos decidieron
Probar el que más robaba.
Quedó la cuestión pendiente,
Cada cual fué por su lado,
Y al llegar el mes siguiente
Se vieron en un tejado
Los rivales frente á frente.
Era á principio de Enero.
Zapirón en el alero
Á su rival contemplaba,
Y Micifuz, altanero,
De hito en hito le miraba.
Como son gatos de brío
Se acercaron al instante,
Y uno del otro delante,
Aunque temblando de frío,
Muestran altivo semblante.
El valiente Zapirón
Dijo con gran *sans façon:*
—Conque ya estamos aquí.
¿Cumplísteis lo dicho?
—Sí.
—Pues decid su relación.
Micifuz iba á empezar
Á describir una hazaña,
Cuando tuvo que callar
Por un motivo ejemplar
Y que en ellos no se extraña.
Ello fué que en el tejado
Apareció Mirza bella,
Á la que ambos han amado,
Y por la que han suscitado
Mil veces una querella.
La vieron los contrincantes,
Se miraron á la par,
Empezaron á maullar
Y salieron los amantes
Por su dama á pelear.
Mirza juzgó más prudente,
Al notar que la quimera
Fué por ella solamente,
Marcharse más que ligera
Hacia el tejado de enfrente.
Fiero Micifuz maulló;
Iba á comenzar la lucha.
Zapirón le contestó,
Y con perspicacia mucha
A su rival se acercó.
Estaban de furia llenos,
Y los dos olfateando,
Con la barriga arrastrando,
Diez minutos por lo ménos
Se estuvieron contemplando.
Por fin otros que luchaban
Por una causa remota,
Que con furia se arañaban
Y que el tejado rodaban
Lo mismo que una pelota,
Tropezaron con los dos
Que armaban tal tremolina,
Y el uno del otro en pos
Se estrellaron, como hay Dios,
En una casa vecina.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

REALISMO

Me olvidaste y te olvidé.
Reñimos.... ¿sabes por qué?
¿Quién tuvo razón? Lo ignoro.
¿Quién perdió más? No lo sé:
Ni te pesa, ni lo lloro.

—

Desde entonces, bella hurí,
Como tú engordé, quedando
Los dos en paz por aquí;
Mas después enflaquecí
Y tú.... seguiste engordando.

MICRÓFILO.

LOS OJOS

Un hijo del pueblo, un coplero anónimo de esos que envuelven en tosca vestidura poética un pensamiento delicado, un sentimiento exquisito, un vivaz destello del amor, de los celos, del escepticismo ó la desdicha; un obscuro cantor de las propias emociones, sintiendo un día calcinarse su alma bajo el fuego abrasador que fulminaban las negras pupilas de su amada, gritó en un momento de amorosa angustia, víctima de irresistible fascinación:

«¡Favor, favor, que me matan,
Yo no me puedo valer;
Son dos negros asesinos
Los ojos de esta mujer!»

Hé aquí el gemido involuntario de un alma que se siente desfallecer; hé aquí el grito espontáneo que surge rápido del espíritu del hombre, cuando se ve arrastrado por misteriosa fascinación; cuando, pescador humilde, se dejó atraer por la engañosa sirena y siente, al recibir su pérfido abrazo, el beso que le hiela el alma y las olas que cubren su cabeza sumergiéndole en fríos y húmedos alcázares, bellos y temibles á la vez; cuando el abismo, cuando lo infinito, lo desconocido, lo insondable se muestra de repente ante la mirada, como arcano que atrae y devora, como esfinge que absorbe y anula el espíritu.

El poeta del pueblo lo ha dicho: los ojos de su amada deleitan asesinando; sus vivaces ráfagas producen torturas horribles y goces inefables; fulminando ardientes apasionamientos, celos que punzan, apetitos que desgarran, amor que extasía, odios que fascinan, sus negras pupilas destellan al par llamaradas rojizas del infierno y luz increada de la gloria; el alma se siente anonadada; el *más allá* de aquel instante en que las miradas chocan es el vértigo que enloquece, el abismo que atrae, algo satánicamente hermoso que espanta. *El infinito disfrazado de negro; hé ahí la noche* insondable, majestuosa y temible que ve el poeta del pueblo al través de las negras pupilas de la mujer que ama. Por eso, sobrecogido de supersticioso pavor, demanda auxilio.

«—Dame tu amor ó te mato,—
Dicen unos ojos negros...
Y dicen unos azules:
—Dame tu amor ó me muero.»

Y es cierto.

Los ojos azules emanan efluvios de melancólica languidez, de amoroso desmayo, que narcotizan al espíritu y le sumergen en eterno ensueño de inefables ternuras: como serenas y transparentes aguas, reflejan las celestes tintas del firmamento; su apacible calma es perfumado bálsamo vertido sobre el corazón.

Los que ansiéis el amor tumultuoso; los que queráis sentir vuestro espíritu arrebatado por un torbellino de opuestas é incesantes emociones, de sucesivos y encantadores sobresaltos, haced espejo de vuestras miradas unas pupilas negras, aunque tengáis que cantar algún día como el poeta popular:

«Los ojos de mi morena
Se parecen á mis males;
Negros como mis fatigas,
Grandes como mis pesares.»

Los que gustéis del amor tranquilo y apacible; los que queráis saborear misteriosas vaguedades en dulce calma, en invariable y perpetua delicia, sintiendo el ritmo del corazón latir al unísono, como voluptuosa melodía, con el de vuestra amada

. . . . y en sus brazos en lánguido abandono
. . . .
en un tiempo sin horas ni medida
ver como un sueño resbalar la vida,

no os miréis en unos ojos negros: buscad

. . . . aquellos ojos que robaron
á los cielos su azul . . . . . .

Pero huid siempre de los ojos verdes: tras ellos se esconde siempre el pérfido encanto con que la virgen Willis adormece á sus amantes entre las nieblas del Rhin.

Bañados los ojos de azul reflejan el cielo, centro al que tienden las aspiraciones del espíritu: se tiñen de amarillo por la bilis cuando remueven á ésta las míseras revoluciones de la materia: el verde es hijo del matrimonio de amarillo y azul; de aquí su doblez y su perfidia, su mezcla de celestial y terreno: huid, pues, de los ojos verdes, aunque os diga Bécquer lo contrario; Bécquer estaba fascinado.

Lectoras de ojos verdes, si me leéis alguna; sabed que lo que experimento al recordar los halagos con que acarician miradas como las vuestras, es temor de llegar á quemarme de una vez para siempre en los destellos de esmeralda de vuestras pupilas: es el resto del terror supersticioso que me inspiró en un tiempo la leyenda, hacia el encanto con que arrastraban al fondo del lago los verdes ojos de las vírgenes ondinas. *No me miréis, pues, con malos ojos.*

* * *

¿Habéis contemplado alguna vez con estudiosa atención las diversas expresiones que ostentan en su mirada el niño, el joven, el adulto y el anciano?

¿No habéis experimentado un curioso deseo de leer en el fondo de aquellos ojos, de penetrar con el pensamiento al través de aquellas ventanas por donde se asoma al mundo el espíritu del hombre en las distintas épocas de su vida...?

¡Acaso valga más que sea un misterio inescrutable cómo los ojos son maravilloso prisma que transforman á la Naturaleza á medida que los va empañando el aliento del mundo!

¡Acaso valga más que sea un misterio cómo el niño sonríe ante lo que el hombre lamenta; cómo el joven ambiciona lo que el adulto desprecia; cómo las edades primeras de la vida aman lo que la última aborrece!

Únense á veces, confundiéndose, en los ojos del niño lágrimas y destellos de alegría, vertidas aquéllas y sentida ésta por haber visto, al través de inexpertas miradas, surgir del cadáver de una ilusión otra ilusión más bella.

Únense y se confunden en los ojos del hombre lágrimas y sonrisas ante una chispa de esperanza que brota en las cenizas de otras esperanzas ya apagadas.

Brillan juntas en las pupilas del anciano la lágrima y la alegría, cuando brotan al par del alma un recuerdo de amor y otro de duelo.

¿Visteis el mundo cuando niños? Aun el alma recuerda aquella pompa, aquella hermosura, aquellos galanes ropajes, aquellos celestes esplendores. Cuando jóvenes trasladásteis á él con la mirada, desde vuestro seno, todo el fuego de vuestro espíritu, la sinceridad de vuestros afectos, las virtudes de vuestras nobles pasiones, la fe de vuestro corazón. Cuando adultos ven los ojos marchitas las ilusiones sembradas; devuelve el mundo ajadas las flores que sobre la Naturaleza esparció la

fantasía; las formas puras de las estatuas que cinceló el joven espíritu aparecen gibosas ó tullidas; los inocentes pastores de la Arcadia se trocaron en precoces comediantes que, en vez de las guirnaldas de azucenas, ostentan sobre sus sienes los pámpanos que simbolizan la bacanal; la virgen bizantina rasgó sus blancas vestiduras y abandonó su pudorosa modestia para mostrar ante la mirada la desnudez de la cortesana en provocativa actitud; los ojos de Psiquis han visto á la luz de la edad desnudo al Amor; Adán, expulsado del Paraíso, no ve ya ante sus ojos los verjeles del Edén, sino áridos desiertos cubiertos de infecunda arena; y cuando la vejez doblega el cuerpo y empaña el cristal de los ojos, ve la humanidad ante sí el eterno caminar de Ahasverus y á sus espaldas las floridas sendas que jamás volverá á pisar.

¿Qué mágica transformación es ésta que los ojos mienten entre el espíritu que medita en lo interior y la Naturaleza que, indiferente á todo, palpita en el exterior rica de savia y de exuberante vida?

* * *

Los ojos del hombre son el punto de conjunción del espíritu y la materia, de la vida subjetiva y la naturaleza exterior. Acerca de ellos se podría escribir un libro.

Ya los egipcios simbolizaron en ellos las divinidades solares y los eligieron para emblema de la luz, de la sabiduría.

Para dar al firmamento una mirada humana que escudriñara la tierra hicieron del ojo derecho el símbolo del sol, del izquierdo el de la luna.

Osiris y Horo; hé ahí la pupila de la Divinidad, para la que nada queda oculto, simbolizada en un ojo que esparce con sus rayos de luz la verdad, la sabiduría, la virtud, el amor.

El *outa*, indicando el equilibrio y el cumplimiento de las fases de la luna y del sol, es un emblema astronómico que, asimilándose con los dioses, pone en misteriosa comunicación lo divino y lo humano, al través del firmamento por donde asoma lo desconocido sus dos ardientes pupilas; el sol y la luna.

Egipcios, griegos, romanos y cristianos, cuando vieron animarse bajo el cincel sus esculturas, escogieron piedras preciosas y prestaron con ellas luz á las huecas órbitas de aquellas estatuas, asemejando destellos de la inteligencia. Ya sólo faltaba imbuir en la inerte piedra el fuego que Prometeo robara al cielo, para lograr la procreación sin mancha y volver á cruzar triunfante los umbrales del Paraíso.

Todavía destella miradas de paternal protección, enclavado en lo más alto del ábside y cobijando los altares cristianos, *el ojo de la Providencia*.

* * *

Dadme la languidez de la fiebre y mis ojos transformarán ante mi espíritu los hechos y las cosas.

Dadme la inocencia del aldeano y mis ojos me mentirán bondades inexpugnables aun á la misma malicia campesina.

Dadme una noche de amor de esas que, según Musset, *hacen á las mujeres, como á las flores, más bellas*, y el sol del siguiente día será á mis ojos la alborada de un mundo desconocido y misterioso.

Dadme fortuna y prosperidad y veré ante mis ojos la bondad de los hombres.

Dadme miseria y desdichas y mis miradas sólo hallarán en la tierra maldad, desamor, vicios, defectos.

Dadme, en fin, la sabiduría, y entonces... entonces no sé si al presentarse á mis ojos el mundo lloraré como Heráclito ó reiré como Demócrito.

«*Ojos que no ven corazón que no siente.*» Hé aquí cómo afirma el pueblo que la ignorancia es camino de la felicidad.

* * *

Pero *paso los ojos* por lo que llevo escrito, y, calculando *á ojo* su ya excesiva extensión, me temo que *salte á los ojos* del lector la pesadez en que incurro y me *tome entre ojos*.

—«*Abre el ojo, que asan carne,*»—me digo para mi sayo al pensar en esto;—que si llegan los lectores á no verte *con buenos ojos*, esa pequeña reputación, que es *tu ojito derecho* y que *cuesta un ojo de la cara* conseguirla á fuerza de trabajos y de *no pegar ojo* en mucho tiempo, se podría ver con *la muerte al ojo*, y hasta perdida *en un abrir y cerrar de ojos*, en cuyo caso, *ojos que te vieron ir*.... Porque esa es de las que una vez perdidas no se les vuelve *á echarlos ojos encima*. *¡Ojo al Cristo*, pues! que no es cosa de descuidar aquello sobre que *se tienen los ojos puestos*, sólo por *estar metido hasta los ojos* en un tema y no poner el punto final que *á ojos vistas* necesita ya.—

Á la verdad, lector, que hay que *andar con cien ojos* en esto de *entrar por el ojo* á lectores de tan diversos gustos, pues hay *ojos que de legañas se enamoran*, no faltando quien *se le van los ojos* tras cualquier memada, y cosas buenas, de las que *no hay más que abrir ojos y mirar*, no las quiere; y siendo tan difícil esto de dar gusto á todos los gustos, es preciso estar *ojo avizor* y no caer en una falta, la de la pesadez, que *á los ojos de todo el mundo* es grave defecto.

Por eso, y como yo *duermo con los ojos abiertos* respecto á esta materia, y miro con *un ojo á la sartén y otro al gato*, porque sé que la reputación no es cosa que mantenga cualquiera *sus ojos bellidos*, *abro cada ojo como una taza* ante el temor de verme *pasar por ojo*.... y termino, que ya también, por tan continuado escribir, *siento telarañas en los ojos*.

* * *

Pero,—permíteme, lector,—una palabra antes de concluir: confieso con sincera lealtad que maldito si me he acordado hasta ahora de que hay en el mundo *ciegos*, *tuertos* y *bizcos*.

PERECITO.

¡MALDITO RECUERDO!

Si voy á alguna reunión
Con el fin de divertirme,
Y empiezo, sin ton ni son,
De cualquier cosa á reirme,
Cuando comienzo á gozar
Á la fuerza he de marcharme,
Tan sólo de recordar
¡Que tengo que examinarme!
Si lo que es extraño en mí,
Salgo á dar algún paseo,
Encontrando por ahí
Á Nicanor, á Mateo,
Á Francisco ó á Gaspar,
Ya dejo de pasearme,
Tan sólo de recordar
¡Que tengo que examinarme.
Si algo trato de escribir
Y sale regularcito (1),
Nunca lo puedo seguir
Por el recuerdo maldito.
Por tanto, voy á acabar,
que mejor será callarme,
Pues he vuelto á recordar
¡Que tengo que examinarme!

(1) Lo cual es imposible.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

¡FÍESE USTED!

«Yo inocente en paz vivía»
En mi querida ciudad
Adorando una beldad
Que era toda mi alegría.
La guerra, que siempre aterra
El espíritu más fuerte,
Arrastrándome á la muerte
Arrancóme de mi tierra.
Aun recuerdo aquel instante
De tremenda despedida.
—Adiós,—me dijo,—mi vida!...
¡Siempre te seré constante!
Siempre tu recuerdo santo
Será altar de mis amores,
Y mis acerbos dolores
Sólo calmarán mi llanto.
Y cuando con noble orgullo
Vuelvas triunfador glorioso,
Tú serás mi amado esposo,
Porque mi amor sólo es tuyo.
Cuelga á tu cuello con fe
Estas benditas medallas,
Que yo al Dios de las batallas
Por tu vida rogaré.—
Dijo, y en copioso llanto
Huyó de mí dolorida,
Dejando mi alma sumida
En el más fuerte quebranto.
¡Cuánto amor! La fe jurada
Fué mi norte, fué mi guía
Desde aquel tremendo día
Que me alejé de mi amada.
Y cuanto ya, en el fragor
Estruendoso del combate
Luchaba, como se bate
El que lidia por amor,
Sólo pensando en mi bella
La gloria ansioso buscaba,
Porque mi triunfo estaba
En hacerme digno de ella.
. . . .
. . . .
¡Cuán poco la dicha dura;
Al mes cumplido y cabal
Una carta, por mi mal,
Vino á matar mi ventura
Cuando casi era completa,
Pues por la carta he sabido
Que mi amada se había ido
Con un dichoso corneta.

FÉLIX VÁZQUEZ.

MENUDENCIAS

Hemos tenido el gusto de recibir el apropósito en un acto, en prosa y verso, titulado *Déme usted una cédula*, original del conocido escritor malagueño, colaborador nuestro, don Narciso Díaz de Escovar.

Damos las más expresivas gracias al distinguido poeta por su atención.

Oyó un inglés pregonar:
—*¡Sal! ¡salero!*,—y sin tardar
Le dijo á su compañero:
—Mister, yo voy á comprar
Tres arrobas de *salero*.

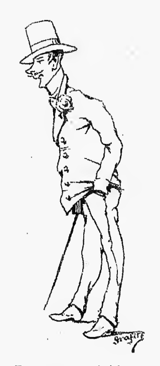
El día 7 de este mes se verificará en la Plaza de Toros de Sevilla la corrida de novillos que la Asociación de la Prensa de esta capital y su provincia había proyectado á beneficio de una Tienda-Asilo.

Los matadores son tres:
Don Francisco *de* Serrano,
R. Conchas don Laureano,
Y don Rufino Cortés.

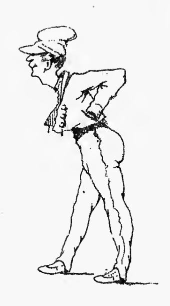
HISTORIA NATURAL



Este pedazo de *atún*
Con la cara de bodoque
Y sin sentido común,
En todas partes es un
ALCORNOQUE.



Este otro que en el ojal
Lleva una flor colosal,
Y á su adorada vigila,
Y en vestir no tiene igual....
LILA.



Y este, que deja á cualquiera
Sin capa, sin marinera,
Sin camisa, sin corbata,
Sin reloj ó sin chistera....
RATA.

Los restantes lidiadores
Todos periodistas son,
Igual que los anteriores.
(En las nubes dan razón.)

También la Asociación de la Prensa ha acordado celebrar dentro de breve plazo, y con el mismo propósito que la corrida, una función en el teatro de Cervantes, poniéndose en escena las obras *¡Sereno!*, *¡En secreto!*, *¡Valiente primo!* (estreno) y *Esgrima y amor.*

Ni contigo ni sin ti
Mis penas *tienen remedio,*
Porque no tienes un cuarto
Ni yo tampoco lo tengo.

Entre artistas.
—Aquí lo tiene usted: este es mi cuadro.
—Y diga usted, ¿por qué está quemado?
—Pues hombre, porque representa un *efecto de luz.*

De once varas, se compró
Seis camisas Juan Carranza,
Y se le rompieron todas
En menos de una semana.
Entonces, el infeliz,
Decía con mucha rabia:
—¡Hombre!, ¿quién me habrá metido
En camisa de once varas?

Entre prestamistas.
—Si me da usted dos duros, dentro de un mes le doy yo cinco.
—Para eso mejor será que ahora me dé usted cuatro y ya no me debe más que uno.

Diez ó doce días hará
Que á Sala se fué Marciala,
Novia de Juan Sila y Plá;
Y todas las tardes ya
Sale Sila solo á Sala.

Anteayer, cierto pintor
Le decía á José Pando:
—Ahora *al fresco* estoy pintando.
—¡Hombre!... ¿Con este calor?

CONSULTAS

D. Juan, Sevilla.—¡¡¡Pum!!!
Cataclismo, Sevilla.—Nó.
Nó.
Nó.
Nó.
Nó.
Nó.
Nó.
Nó.
Nó.
¿Está usted enterado?
D. Luís Mejía, Sevilla.—*Este es mármol de Carrara.*
Sr. D. J. J., Sevilla.—Convenido.
Sr. D. P. P. P., Sevilla.—Compre usted el *Pasatiempo Ortográfico* del Sr. Adrián Nevado, que falta le hace.
¡Marmolillo!
Sr. D. F. S. F., Sevilla.—Ojo con las tripas, compañero.

PERECITO. Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 10 de Junio de 1888. Núm. 32.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. **Precio: 10 cénts.**

SUMARIO

CRÓNICA

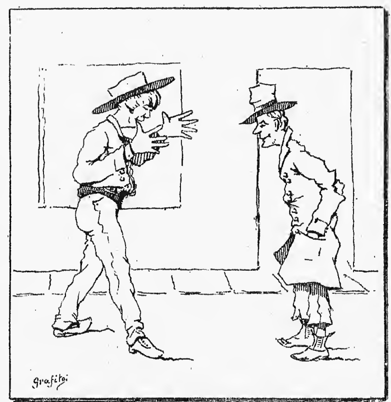
«Amiga del alma mía:—le escribo porque la quiero,—pero me abraso y me muero—con esta calor bravía.»

Con estos versos del inolvidable Fernández y González me veo obligado en conciencia á comenzar esta *Crónica*, que no me hace sudar sangre, pero sí la gota gorda, pues no parece sino que llueve fuego del cielo.

Cosa es ésta que no tendría nada de extraño, porque el que más y el que menos está más quemado que la luz y pone el grito en el cielo demandando pan y justicia, que es para los desheredados lo mismo que para el fumador el cigarro y la candela.

Pero dejémonos de tiquis miquis sociales y no confundamos el sudor de la frente del trabajador con el de la calva del magnate podrido de rico.

Lo cierto es que hace un calor de todos los pobres, es decir, de todos los diablos, y que no hay más remedio que decir «al agua patos,» ó, cuando menos, buscar á los cuatro vientos una racha de aire fresco ó algo que se le parezca.



—Yo me como un hombre.... ¡digo yo!
—Pues yo digo que me comería un panecillo.

En tan calurosas circunstancias, ¿hay cosa que se recomiende más que la bien acondicionada y repuesta nevería instalada en el café Central por el simpático Brieva? Allí podréis tomar la rica fresa, la exquisita vainilla, la selecta crema, el sabroso mantecado, la refrigerante granizada, en una palabra, todos los refrescos y sorbetes que la acalorada imaginación de las más conspicuas inteligencias ha inventado para alivio de la achicharrada humanidad en estos meses de purgatorio, por no decir de infierno; que el verano en Andalucía supera en ardores á todas las fraguas de Vulcano, y en molestias á todos los suplicios inventados por el fanatismo. No creáis que digo á humo de pajas eso de la nevería de Brieva, porque es una verdad más grande que un templo; y el que quiera convencerse por sus propios ojos no tiene que tomarse más trabajo que pasar por la calle de las Sierpes, ó por la de O'Donnell, ó por la de San Acasio, y verá cómo sale por las amplias puertas del café Central un fresco que trasciende á gloria. Con probarlo basta, como dicen los anunciantes. (Y cuenta que en esto no tengo más interés que el de los suscriptores de Perecito, para quienes quisiera todos los bienes que yo para mí deseo.)

Al llegar á este punto repaso las cuartillas y veo que me ha resultado un *bombo*, que para sí lo quisiera la banda de Palatín, que suele hacer las delicias de las niñeras en la Plaza Nueva. Y yo, que soy más torpe que un guardia valón, puesto que no sé ni cobrar—léase ni tocar—el bombo, lo que quiere decir que sólo me doy trazas para estar siempre tocando el violón, ni me arrepiento ni me enmiendo; antes bien, después de echar, como habéis visto, un buen párrafo en el café Central, me gasto en el tranvía dos *perras chicas*—¡pobre león castellano, cómo te han puesto; ya no eres ni perro, sino perra! ¿cabe mayor perrería?—y me voy á Eslava á echar otro rato de palique.

Desde que entro en los preciosos Jardines no hago más que encontrarme amigos; como que por las noches *todo* Sevilla se traslada á las afueras de la Puerta de Jerez.

—Adiós, Manolo; ¿qué hay?

—Nada, hijo; ni agua: para no haber, no hay ni una mota para un remedio.

—¿Qué es eso, ha caído el Ministerio?

—Nó, pero está en fengucrengue.

—¡Ah, creí!

—Hola, Díaz; ¿quiere usted alguna cosa?

—Mándeme usted á casa el dinero que ha entrado esta noche por la ventanilla.

—No sea usted guasón; digo que si quiere algo de *bebía;* se le puede servir lo que quiera.

—Mil gracias; lo agradezco lo mismo que si lo tomara: me lo tiene prohibido el médico.

—Vaya con Dios, Díaz Martín; memorias á su hermano Manuel.

—Gracias, gracioso.

—*Maolito*, no mires tanto, que te vas á quedar bizco.

—Aunque me quede ciego, por nada del mundo dejo de bendecir hasta la fundación de esa morena.

—Pues, ¿y aquellas rubias?

—Lo mismo digo, y me quedo corto.

Y sigo mirando, mirando, y me parece el amplio salón del teatro un sembrado de granadas hermosuras, invadido por intrépidos segadores....

(¡Vaya un símil que se ha salido sin querer del tintero de la observación!)

Pero ¿no es verdad que los caprichosos sombrerillos parecen las raspas que coronan las más doradas espigas?

¿No es verdad también que alrededor de las cimbradoras cañas del trigo del amor viven cigarras y sabandijas, tizón y zizaña?

¿No tienen parecido los jóvenes enamorados con las amapolas, tan ricas de color como pobres de hojas?

¿No remedan algunos á las mariposas?

¿No son grillos los que sólo hablan con las alas que presta el dinero?

Mas basta de comparaciones: la verdad es que el atractivo de los Jardines del teatro con su Compañía de zarzuela, del café con sus variadas clases de bebidas y refrescos, todo convida á pasar en Eslava las primeras horas de la noche.

Por eso va todo el mundo, y por eso se ven tantas mujeres guapas, elegantes y distinguidas.

Por eso precisamente concurro yo con asiduidad á tan lindo teatro de verano.

Y por eso también os convido á que paséis buenos ratos en tan agradable sitio de recreo.

¿Que va de bombos? Pues basta.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

EN LA AUSENCIA

Hoy vuela á tí con invisibles alas
El pensamiento mío,
Imagen fiel de un alma que, si vive,
Vive por tu cariño.

Podrá la suerte, de los dos celosa,
Separar nuestros cuerpos;
Nó desligar los amorosos lazos
Con que nos liga el cielo.

Enjuga el llanto que tus ojos quema,
Dulce bien de mi alma;
Luzca al través de tus amargos duelos
Un rayo de esperanza.

Llore quien á las sombras de la noche
Sus penas comunica;
No quien siente el amor que no se oculta
Del resplandor del día.

Llore quien, triste, sin hogar viviendo,
Siente en el alma frío,
Como en el crudo invierno llora el ave
Que no labró su nido.

¿Qué ventura mayor, qué bien más grande
Que amar y ser amado?
Llore el que vive de egoísmo: flores
No brotan á su paso.

Amor, encanto de los mismos cielos,
Reflejo de otra vida;
Amor, como este amor que nos alienta,
Es fuente de alegría.

Amor es bendición que, de los cielos,
Cayó sobre la tierra;
El lazo misterioso que nos une
Con la infinita esencia.

Amor es luz que al Universo alumbra,
Sirviéndole de guía:
Amor es la nación; amor, el pueblo,
El hogar.... ¡la familia!

No llores, nó, porque en tu casto pecho
Prendió el amor su llama:
Amor es redención,—luz de mis ojos,—
El bien y la verdad ¡vida del alma!

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

CARTA OCCIDENTAL

Zoraida: por el correo
Interior te mando ésta,
Aunque en ella te hago un feo,
Pues respondo á tu deseo
En sentido de protesta.
Me dices, Zoraida hermosa,
Que eres muy poco dichosa,
Que tus desgracias son muchas;
Que te compre unas babuchas
Que valgan muy poca cosa;
Que te mande tafiletes
Y tapices orientales,
Y cojines y pebetes,
Y alfombras y brazaletes ...
¡Si no tengo dos reales!
¿Cómo quieres, mi sultana,
Que haga de lujo un derroche,
Porque á tí te da la gana,
Si desde ayer de mañana
No he comido hasta esta noche?
¿Cómo quieres, bella hurí,
Que compre esas tonterías?
¿Por quién me has tomado, dí?
No me pidas gollerías,
Porque me partes así.
¡Con pena y con sentimiento
Tengo que decir que no!
¡Zoraida, mucho lo siento,
Pero primero estoy yo!
¡Deja de darme el tormento!
Si de tu suerte maldices
Y si esas cosas me dices,
Que para mí son tan graves,
Es, sultana, que no sabes
Dónde tienes las narices.
Tengo *ingleses* tan *corteses*
Que no me dejan vivir,
Y ando tan mal de *intereses*
Que al fin tendré que salir
Huyendo de los *ingleses*.
Fugándome á otro lugar
Que esté bastante lejano,
Mi suerte ha de variar.
¿Te decides á marchar
Por la mañana temprano?
Yo me escurro sin temor
De que me puedan coger.
¡Vén conmigo por favor!
Estarás mucho mejor
Que te puedes suponer.
Conque arregla tu equipaje:
Mañana hemos de partir;
Allí.... te compraré un traje.
Si no vienes.... de coraje....
Solo me tendré que ir.
¡Adiós, sultana hechicera:
Al amanecer te espero,
Y á tu amor agradeciera
Que te trajeses dinero
Para un coche.... de tercera!

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MIS ANSIAS

SONETO

Las montañas distantes y azuladas,
Siendo niño busqué con insistencia,
Juzgando sus alturas mi inocencia
Graderías al cielo levantadas.
Ya mayor, sentí angustias redobladas
Al querer sondear mi inexperiencia
Las oscuras verdades de la Ciencia,
Por nuestro mal á la razón veladas.
Y hoy, á la edad viril avecindado,
Pugna por descubrir mi devaneo
Los secretos de un pecho inmaculado;
Así, uniendo un deseo á otro deseo,
Me siento por las ansias devorado,
Cual se ve por el buitre Prometeo.

ANTONIO GUERRA Y OJEDA.

ÉL

Un día que el Padre Eterno estaba de buen humor, contempló el mundo y se frotó después las manos lleno de satisfacción porque había visto que el mundo era bueno.

Si es cierto, como aseguran algunos metafísicos, que todos los seres, ideas y sucesos están *ab æterno* en la mente divina, porque siendo el Creador infinito nada nuevo y transitorio puede haber en el tiempo ni el espacio que no esté comprendido en la eternidad y en la inmensidad absoluta; si es cierto, repito, lo que afirman esos filósofos, también lo es que el doctor Pangloss existía en la mente divina cuando el Sér Supremo vió que el mundo salido de sus manos no tenía desperdicios.

Como el buen Dios es incapaz de hacer cosa alguna que no lleve marcado su destino después de sacar el óptimo mundo de la nada, formó el centro de la creación, entidad á la que se refieren los hechos mundanales, la cual es reconocida como superior á cuantos entes dotados de racionalidad pueblan la superficie de la tierra.

—¿Y quién es *él*?—me diréis.—¿Quién es el centro de la creación?—Á lo que os responderé que yo le conozco, que vosotros le conocéis, que muchos le conocen, que algunos le toleran y que la generalidad no tiene bastante paciencia para sufrirle.

Se llama López, Sánchez, García, Pérez, Rodríguez, Gómez, Fernández, Martínez ó cosa parecida; pero aunque su apellido se confunda en la obscuridad patronímica, *él* se figura que cada letra componente despide haces de vívidos rayos de luz. Los López, Sánchez ó cosa por el estilo son una ilustre dinastía que la historia injusta olvida. Según *él*, cuantos López ó cosa semejante hacen un poco de viso son parientes suyos; y si le preguntáis qué grado de parentesco tiene con los pelagatos del mismo apellido os contestará muy picado:—¡Esos son otros Lópezl etc., etc.—

Si su familia es rica, dice que es la primer familia del país; si goza de un mediano pasar, cree que con el tiempo será la primer familia del país, y si está tronada cuenta que en otros tiempos fué la primer familia del país.

Su tipo físico es vulgar: se parece á la mayoría de las gentes, sin embargo de que las sugestiones de la vanidad le inducen á creer que es una persona de singular distinción. Sea en el pelo, sea en la barba, sea en el traje ó en la apostura, *él* ha de llevar el rasgo supremo, la marca de fábrica del divino origen que le aparta y diferencia de los demás mortales.

Si alguna vez se retrata estará su imagen con la mano puesta sobre un montón de libros, para indicar que *él* es poeta, literato ó sabio; ó bien apoyará la cabeza en actitud meditabunda, como si rodaran dentro de aquella mollera ristras de pensamientos, si es que no aparece hinchado y altanero para demostrar que es más que nadie.

En el trato social resplandece su indisputable soberanía. ¡Cómo saluda! ¡Con qué aire de protección dirige la palabra! ¡Qué bien y qué pronto resuelve las cuestiones, por intrincadas que sean! Lo que *él* aprende lo sabía ya por intuición, las ideas nuevas que lee en los libros se le habían ocurrido á *él* antes que á ningún pensador, sólo que tuvo la inadvertencia de callarlas.

No acostumbra á hablar sino de sí mismo ó de cosas que directamente le atañen; mas si alguna vez desciende por distracción á los demás y á los asuntos ajenos, se amaña durante breves momentos á escuchar las flaquezas humanas, con tal de volver, por medio de una brusca transición, al tema de su personalidad.

Cuando *él* se dedica á los negocios es el Fénix de los negociantes. Rara será la industria floreciente que no pensara *él* plantear con antelación á los que la explotan ya. En sus manos crecería un capital como la espuma. Su crédito es universal, inagotable. La lástima es que produce poco y mal; que en la colmena humana es zángano por excelencia, y que, después de aprovecharse del afán ajeno, se considera robado por cuantos le rodean.

Porque *él* no ha nacido para trabajar y dedicarse á una de esas infinitas ocupaciones que constituyen la vida del vulgo. El genio no entra en detalles; las águilas no cazan moscas.

El Universo vive de las migajas que caen de su mesa. Cuando compra una cajetilla de cigarros cree que ha librado á la Hacienda de apuros; cuando da dos cuartos de limosna á un mendigo es como si le sacara de pobre. Aunque tenga dos reales sueltos para pagar el café arroja sobre el mármol del velador un duro, arrullándose con las vibraciones metálicas de la moneda, las cuales, en su imaginación, llegan potentes y claras hasta las últimas ondas atmosféricas. Y es que su duro no tiene cinco pesetas ó cien perros chicos como los demás duros, nó; su duro vale una talega, y sólo Constantinopla tiene tantos perros como *él*

A veces este ente original, para quien la Naturaleza produce y los hombres enamoran exclusivamente, se ve, por altos y misteriosos designios, dejado de la mano de Dios, mirándose como un desgraciado. Si llueve á cántaros, dice:—Á nadie le pasa esto más que á mí.—Si se decreta un llamamiento general á las armas, murmura:—El Gobierno se ha propuesto fastidiarme.—Si aumenta el precio del pan, exclama:—¡Cómo saben que en casa se hace gran consumo!—El caso es que todo pasa por *él* y para *él*, que es la unidad única, y que el resto de los vivientes somos una colección de ceros puestos á su derecha para darle valor.

Apesar de sus estrepitosos éxitos como científico, como industrial, como militar, como músico ó como bailarín, sufre espantosas derrotas en el campo del amor. Siendo preeminente entre los hombres, á quienes supera y domina en todos terrenos, ¡fuerza es confesarlo!, con las mujeres tiene muy mala sombra. *Él* lo oculta cuanto puede; pero la humanidad lo sabe de muy buena tinta.

Y es natural que así suceda. No hay ninguna mujer, por poco que suponga en el universal concierto, que ame á un vanidoso. Ir con vanidades á las mujeres es como llevar hierro á Vizcaya.

El sexo débil, así llamado sin duda por su afición á sucumbir en las lides amorosas, cae porque lucha con armas disímiles y aun contrarias á las de su eterno rival, el sexo fuerte; mas cuando se le pone enfrente un adversario que esgrime armas iguales á las suyas; cuando se quiere triunfar de él por la vanidad, por la hermosura, por algo que el enemigo maneja á la perfección, entonces no hay más remedio que morder el polvo y apelar á una honrosa retirada.

Si no fuera por esta circunstancia, si le acompañara el amor de las mujeres como le acompaña el ridículo de los hombres, *él* no sería *él*, no tendría naturaleza mortal. Habría que sacarle de entre los humanos; sería un Dios con altares en la tierra y un puesto en la *Guía teogónica*.

Desgraciadamente aun en este mundo, del cual es centro, dueño y mayor cabeza visible, recibe tremendos desengaños, aunque no le afectan gran cosa, y, por supuesto, ni le corrigen ni le enmiendan. La vanidad es como el yunque, que tanto se endurece cuanto más golpes lleva.

Después de verse derrotado, escarnecido, castigado, roto y maltrecho, *él* se crece, se agiganta, sigue creyendo de buena fe que procede directamente de Dios, como Viradj procede de Zyaus, según la teología brahmánica.

Es tal su presuntuosa arrogancia, que, á poderlo hacer, introduciría esta reforma en el Catecismo:

P.—¿Quién hizo el mundo?
R.—Dios.
P.—¿Para quién le hizo?
R.—Para el señor de López, Sánchez, García, Pérez, Rodríguez, Gómez, Fernández, Martínez ó cosa parecida.

F. Moja y Bolívar.

FRACASO

I

Mateo Ramírez y González Fito,
Según antes de ayer me han informado,
Es un joven que ha escrito,
Sin exageración, más que el Tostado.
Hace tiempo hizo un drama
Que él lo juzgó su producción más buena,
No sólo por lo fácil de la trama,
Sino por una escena
Que en silva estaba escrita,
Y con la que el autor se entusiasmaba,
Porque aparte de ser la más bonita,
Mucho más que ninguna interesaba.
En cuanto estuvo el drama concluido
Fué á Madrid á estrenarlo decidido.

II

Por fin llegó la noche del estreno
Y al teatro marchó de gozo lleno.
Otro, al dar ese paso,
Por temor á un fracaso
Casi toda la noche pasaría
Con el alma en un hilo;
Pero él, por el contrario, iba tranquilo
Y á nada le temía.

III

Pasó el acto primero;
Con algunos tropiezos el segundo,
Y ya se iba cansando todo el mundo
Cuando empezó el tercero;
Donde estaba la escena consabida,
Que sin duda iba á ser muy aplaudida.
. . . .
¿Sabéis lo que pasó?—Que lo pitaron.
Y el infeliz Mateo
Exclamaba al pensar en el *pateo:*
—La escena de la *silva* la *silbaron*.

Joaquín Álvarez Quintero.

YO, CENSOR

Lola, anoche en la reunión
Que dió doña Salomé,
Cantó usted, y (con perdón)
Voy á emitir mi opinión
Sobre su canto de usté.

—

Alegre juventud llena,
En una noche serena,
El gran patio de la casa,
Que alumbran con luz escasa
Tres velones de Lucena.
Música, aromas y flores
Y bellas á centenares....
Todo respirando amores;
Y á trechos, como lunares,
Mamás de ojos avizores.
Como Venus de una ola,
Surge la figura esbelta
De un arcángel: usted, Lola,
Di bianco vestita, y suelta
En pliegues cien la amplia cola.
Recoge usted al desgaire
La guitarra; y con donaire
Sus dedos de nieve y rosas
Hacen sollozar al aire
Por las cuerdas temblorosas.
—¡Que cante!—grita la dueña;
Y como el corro se empeña,
Usted, complaciente y fina,
Modula una malagueña
Con su garganta divina.
¿Malagueña? Dije mal:
Yo mejor la llamaría
Cosa que supiera á sal
Con azúcar *derretía*
Y llanto de hombre formal,
Que muriendo de querer
Algún desengaño toca;
Y esto revuelto, á saber,
Con palabras de mujer
Que de amor se vuelve loca.
Canta usted muy bien, Lolita;
Tiene usted la voz bonita
Y el estilo es un portento;
Para eso del *sentimiento*,
Usted se pinta solita.
Dígalo aquel señorón
De mi lado; con el *cante*
Se le oprimió el corazón
Y se le rompió un tirante

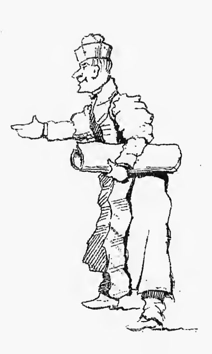
HISTORIA NATURAL *(por Grafito.)*



Luz de donde el sol la toma,
Flor de inapreciable aroma
Que me quitas el sentido,
¿En dónde tienes el nido,
PALOMA?



Este incansable cantor,
Haga frío, haga calor,
Emula, con voz de trueno,
Las glorias del más ameno
RUISEÑOR.



—Al que pille le machuco,
Le empapelo, le desnuco
Si no me larga el *parné:*
¿Qué seré? ¿Qué no seré?
—CUCO.

De pura sofocación.
¡Cuánto aplauso, Virgen Santa!
¡Si aquel patio era un infierno!
Todos:—¡Bravo! ¡tu garganta!
¡Ni el angelito que canta
A la vera del Eterno!—
Pero usted, con la ovación,
Se creció (perdone usté
Lo burdo de la expresión),
Y nos dió usted, por mi fe,
Con su canto, el gran tostón.
¡Otra, y van diez! ¡Los guasones!
Qué modo de alborotar
Con ¡olés! y bendiciones.
Y usted (vuelvo á los perdones),
¡Qué manera de abusar!
Yo sentiré que usted pierda
Por mi censura egoísta
En su gran fama de artista;
Pero en tomando usted cuerda,
No hay Cristo que la resista.

MANUEL MERA.

Á UN OCIOSO

SONETO

Con necio alarde de modestia vana,
Que orgullo encubre, cual tupido velo,
Pretendes disculpar tu poco celo
Del progreso en la empresa soberana.
La justa pena sufrirás mañana,
Que cuando sientas de la edad el hielo,
Envidiarás el bendecido anhelo
Del que en las obras del saber se afana.
Grata alegría en los postreros años,
Edad de los amargos desengaños
Es de la propia utilidad la idea;
Trueca en activo tu vivir ocioso,
Y, abandonando el criminal reposo,
Tu esfuerzo todo en el progreso emplea.

J. M. DE SILVA.

MENUDENCIAS

¿Qué tal les pareció á ustedes el número anterior? ¿Qué les parece éste? Fuera de guasa. Suponemos que ambos habrán sido del agrado de todos, porque no sólo les damos las chispeantes caricaturas del ingenioso *Grafito*,—que ha sido admirado aquí y en Lima, según nuestro cronista,—sino la misma lectura ó más; pues ya habrán visto que el tipo de letra de la prosa es bastante más pequeño que de costumbre.

Conque....

No os podréis quejar de mí,
Pues no hay razón para qué;
Si dos reales os cobré
Buenos números os dí.

Un *bombín*, cierto día,
Se compró Casimiro de Mejía.
Y le salió tan malo el tal sombrero,
Que le dió una paliza al sombrerero.
Hay sucesos fatales,
Que ocurrir pueden por cincuenta reales.

En este momento acabamos de recibir el siguiente telegrama de nuestro corresponsal en Barcelona:

«25 Mayo 88. Urgentísimo. Exposición bien. Salvas ¡pum!! ¡¡pum!!! constantemente. Como chinos. Duermo en medio calle. Detalles correo. El corresponsal,

Butifarra.

CONSULTAS

Don Juan, Sevilla.—¡¡¡Pum!!!!

Feito, Sevilla.—Malito.

Banderilla, Cádiz.—¿Y qué tenemos que ver con eso? Si usted está conforme, bueno; si no, cuénteselo usted á su tía. Las cosas claras, y el chocolate.... espeso.

¡Ah! se nos olvidaba: otra vez que vaya usted á decir una tontería por ese estilo sea usted más breve; porque, la verdad, antes de echarse á pecho su cartita es preciso haberse bebido un vaso de agua con unas gotas de ron. ¡Y luégo para una majadería como esa!

¡Necio! ¡Estúpido! ¡Pamplinoso!

Don Luis Mejía, Sevilla.—*¡Buen busto es el de Mejía!*

Quiquiriquí, Sevilla.—Ha dado usted una coz, digo, un *gallo*.

Sr. D. N. N. P., Sevilla.—N. N. P.
¿qué me cuenta usté?

Sr. D. H. R., Sevilla.—Usted dirá. Á mí me parece que sí.

Sr. D. J. J., Sevilla.—Convenido.

Un cualquiera, Sevilla.—No he visto en toda mi vida una sandez mayor. ¡Valiente *nene* está usted!

Mil hombres, Sevilla.—Pues apesar de sus *mil hombres* le llamo á usted.... mamarracho.

Qué tal me porto con *Mil hombres?*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—DOMINGO 17 DE JUNIO DE 1888. NÚM. 33.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. **Precio: 10 cénts.**

DE ACTUALIDAD

—¿Te examinaste de Agricultura?
—Sí, y me han dado calabazas.
—Pues, chico, no has podido sacar mayor fruto de la asignatura.

SUMARIO

CRÓNICA

«Nuestra fe de bautismo
La tiene el cura....»

Bien; ¿quiere usted recibo? ¿Nó? Pues haga el favor de irse con la música á otra parte.

Comprendo que así se gana usted la vida; pero tenga en cuenta que hay también quien se la gana escribiendo, y es punto menos que imposible escribir con ese ruido infernal.

Ya suspendió su tarea.

«¡Qué fino! ¡qué atento!
¡Qué buena educación!»

¡Cielos! Mi gozo en un pozo: ¡es que paró la música para cambiar los palitroques!

«¡Viva España!»

Ahora comienza con Javier de Burgos.

¡Ah, la popularidad! ¡Mal haya la popularidad! Si en aquellos bienaventurados días en que empuñábamos la alabarda, terror de malandrines, hubieras podido calcular, Felipe amigo, que aquí en la propia Redacción en que escribías tus célebres relaciones del Doctor Fuschina, había de darse al diablo un antiguo compañero porque no le dejaban escribir, estropeando contra sus orejas tu *Gran Vía*, más grande para otros que para tí, acaso, y sin acaso, no la escribieras.

* * *

Y ahora que caigo en la cuenta, me parece que he olvidado mi papel de Maese Langostino.

Sin embargo, *croniquear* debe ser—perdónenme los manes hebdomadarios de todos los Fernández Bremón si desatino—algo así como hablar de lo que sucede; bueno ó malo, agradable ó aburrido, importante para los más y para los mejores ó sólo de interés particularísimo....

¿Es esto *croniquear*?

Quizá nó; pero es sencillo.

Corra la pluma sobre el papel; trácense garabatos que entiendan los cajistas, aunque después no sea muy fácil entender sú significación, y *Crónica* hecha.

Pedir más es pedir gollerías.

Discreción, acribología, elección de asunto....

«Ya te contentarás con dos pesetas.»

¿Las dan acaso por trabajos como éste?

Puede que se las den al cronista oficial de PERECITO: á ese, á ese podréis exigirle lo que ni os puede conceder ni debéis pedir á este cronista meritorio, obligado por las circunstancias á entretener el ocio involuntario de los cajistas.

* * *

Además, yo no estoy enterado de lo que pasa por estos andurriales; supongo que andarán sueltos los poetas, porque la policía urbana (?) no está por aquí muy en consonancia con lo que exigen los adelantos de la época, ó de *El Imparcial*, y no me atrevo á salir á la puerta de la calle.

* * *

Frente á mí, *Grafito*, el *Noherlesoom* de la muñequería, se entretiene en copiar mi *vera efigies*.

Interrumpe sus tareas.

Interrumpiré yo también la mía, porque hay muy poco espacio para la *Crónica*.

* * *

Vuelven los pianillos callejeros.

¡Cádiz! ¡Otra vez Cádiz!

Crean ustedes que es cosa de renegar del baluarte de nuestra independencia.

MICRÓFILO.

DESGRACIADO EN EL JUEGO

AFORTUNADO EN AMORES

Se cala el sombrero, se marcha á la calle,
Entra en una *timba* con un capital,
Gana doce duros, pierde veinticinco,
En suma, se queda sin medio real.
Después de este lance va á ver á su amada,
Penetra en la casa con gran *sans façón*,
Y en vez de la novia lo recibe el padre,
Que le da una zurra con fuerte bastón.

Lector, si es que juegas, que es fácil que juegues,
Y si al mismo tiempo la das de don Juan,
Te doy un consejo. ¿Cuál es? Muy sencillo:
Que nunca hagas caso de dicho refrán.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

APÓLOGO

Durante una noche del invierno triste
Llovió en abundancia,
Y en las quebraduras de inculto terreno
Quedó mucha agua

Caudaloso río de clara corriente
Por allí pasaba,
Y junto á su orilla, cien pozas había
Aquella mañana.

Travieso muchacho en aquellos sitios
Alegre jugaba,
Y en una fijóse, su atención llamando
El agua estancada;

Al punto comienza, camino del río,
Un cauce á formarla,
Y al cabo de un rato, por suaves pendientes
En él desaguaba.

Versátil el niño, cansóse bien pronto
De andar en las charcas,
Y dejó las otras que al rayo ardoroso
Del sol se secaran.

Así muchas veces, ideas valiosas
Quedan ignoradas
Por no tener cauce que al río las lleve
De la vida práctica.

J. M. DE SILVA.

EL CUENTO DE LA LECHERA

Arturito es un tipo digno de estudio.

Alto, delgado, rubio, pálido; de mirada melancólica y distraída; de apariencia sonámbula: tan sobrado de fantasía como falto de carnes, parece una sombra de otros mundos errante en nuestro planeta por una equivocación de las oficinas celestes; él, sin duda, fué *destinado* á otro planeta, y víctima quizá de la mala voluntad de algún empleadillo de allá arriba, sufre hoy las consecuencias de una maligna permuta. Figuráos en dos adarmes de materia un espíritu con presión de veinticinco atmósferas. Hé ahí á Arturito.

Viste muy mal, por pobreza y por desidia. No tiene, como vulgarmente se dice, carrera, oficio ni beneficio; habita una modestísima casa de huéspedes, y ni el más perspicaz le sorprende jamás cinco céntimos en el bolsillo ni fuera del bolsillo. En fin, un desgraciado.

Pues bien; ¿qué me dirán ustedes si, tras estos verídicos antecedentes, les aseguro que Arturo ha sido millonario en muchas ocasiones; que ha recorrido, capital por capital, las cinco partes del mundo; que ha guerreado, como caudillo salvador, por la independencia de varios países; que es autor de poesías y novelas maravillosas, y ha sido fundador de populosas ciudades; creador de un nuevo Código civil con destino á regir toda la raza caucásica; legislador religioso y bienhechor incansable de la humanidad?

Sí, señor; todo esto ha sido y ha hecho nuestro héroe, y mucho más que no cabría en mil volúmenes si á contarlo fuéramos.

Sepan ustedes que Arturo se acuesta, á las doce por ejemplo; se fuma un cigarro delgado y suave, porque está delicado de los pulmones; apaga la vela, se rebulle, cierra los ojos.... y adiós, fantasía.

¿Crecrán ustedes quizá que está á punto de dormirse? ¡Que si quieres! En este momento se encuentra ante el tapete verde de una casa de juego. Pone á una carta el único duro que posee; si lo pierde se dará un tiro: pero, nó; afortunadamente gana, no sólo aquella puesta, sino catorce más doblando. (Arturo ajusta la cuenta por los dedos debajo de la sábana del capital que representa.)

Aun no hace más que dos minutos que se metió en la cama y ya es casi rico: posee ocho mil duros en billetes del Banco. El origen de una millonada; con una poca de fantasía y dos minutos más queda el asunto terminado.

¿Pero adónde demonios va Arturo metido en un barco, hecho un señorón, atravesando el Mediterráneo? ¡Cosas más raras que las que hace este demonio de chico! Ahí donde ustedes lo ven, va camino de Alejandría, llevando consigo su pequeño capital invertido en curiosas mercancías de Europa, que venderá en cuanto llegue á África. ¡Con qué delicia aspira el suave vientecillo del mar, y contempla aquel magnífico panorama, y sonríe ante el risueño porvenir que le ofrecen las costas de África, que ya aparecen como una nubecilla en el horizonte! Y, en efecto, no es infecunda el África para él: sus mercancías se venden con ganancias fabulosas; compra otras nuevas, que vende con mayor ventaja en Europa, y en este *teje-maneje* á los cuatro ó cinco viajes ha centuplicado su capital: y todo esto á los seis minutos, cuando más, de haberse acostado. ¡Qué risueña se le presenta la vida! Si no fuera por las pícaras chinches, que no lo dejan pensar tranquilo.... Pero ¡bah! ¿quién se ocupa de semejante nimiedad, teniendo ante la vista el prodigioso palacio que se está alzando con rapidez nunca vista en una capital de Andalucía? (Porque Arturito es andaluz.) ¿Que quién es el dueño? Un tal D. Arturo, que ha hecho en África una fortuna mayor que la de Monte-Cristo, y que mientras le construyen esta suntuosa morada está viajando por el mundo para instruirse y para embellecerla con cuanto de rico, artístico ó curioso encuentre en su camino.

¡Pero es mucho el tal señor! Viaja en buque propio; y como prueba de que es un hombre de verdadero mérito, amante del saber y del progreso, lleva en su compañía una brillante Comisión de los hombres de ciencia, los artistas y los literatos más ilustres, espléndidamente retribuidos, para estudiar las regiones que visite, trasladar á numerosos lienzos sus más bellos paisajes, recoger los mejores restos de antiguas civilizaciones, reunir y clasificar ejemplares de la fauna y la flora de los más apartados climas, y robustecer, en fin, la inteligencia y el espíritu al lado de aquellos sabios y enfrente de la Naturaleza, que, humilde, va descubriendo ante sus ojos los más bellos rincones de la tierra.

He aquí la causa de esa brillante transformación que todos notan en él á su vuelta de aquel largo viaje de algunos años, en que disfrutó todos los placeres de la inteligencia, haciéndose no sólo conocedor de cuanto encierra el mundo de notable, sino también de los hombres y de los hechos por esa benéfica experiencia que en los viajes se adquiere. ¿Qué ignorará él ya de las cosas de la vida? Si fuera hace ocho ó diez minutos, cuando apagó la luz y se tapó con la sábana.... acaso, acaso se hiciera ilusiones; ¿pero ahora, que lleva sobre sí lo que le han enseñado tantos años de recorrer el mundo...?

Por eso, desengañado ya de las falsas apariencias, busca un retiro en su suntuoso palacio de Andalucía y se dedica á practicar el bien para provecho de todos y muy especialmente de sus paisanos.

Pero, nada, está visto que no lo han de dejar vivir; aun no lleva siquiera dos minutos de gozar los placeres de una vida muelle y tranquila en su palacio, entre sus magníficos jardines, alentando y protegiendo las artes regionales, la industria, el comercio de aquellas costas, creando instituciones benéficas de enseñanza ó de caridad, y realizando, en fin, cuanto pueden costear su incalculable fortuna y su buen deseo, cuando vienen las injusticias políticas á amargar los días tranquilos de aquellos buenos habitantes sus paisanos, y acuden á él para pedirle su ayuda.

No hay más remedio que concederla: la política española es infame con las provincias; Madrid es el estómago, las provincias los miembros que trabajan sin provecho propio; la centralización ahoga la vida del País.... ¡Hay que poner un remedio á esto! ¡Sí, señor!

—¿Quién es Madrid? ¿Qué títulos ostentan la villa ni sus habitantes para comerse á dos carrillos lo que las demás provincias le regalan? ¿Dónde está la historia brillante de esa villa, que justifique... &c.? ¿Dónde están la verdad de las instituciones, las conquistas de la igualdad y del derecho moderno, la propiedad sobre los productos del trabajo, el predominio, en fin, que merece la abeja sobre el zángano.... &c., &c., &c.?—

Nada; Arturo se decide en menos de dos segundos: enciende otro cigarro para hacer frente con ánimo sereno á los graves acontecimientos que amenazan á la Península, vuelve á rebullirse entre las sábanas, buscando más cómoda posición, y se apercibe á proclamar la independencia de las provincias andaluzas. Sí, señor; ¡la independencia!

—Andalucía es rica; puede vivir de por sí: cuéntese con una mano fuerte y poderosa como la suya; una cabeza bien organizada como la suya, una ilustración como la que él ha adquirido y una fortuna como la que él posee para afrontar los gastos, y la empresa se llevará á cabo.—

Imprime numerosas proclamas; trabaja sordamente en todos los círculos; derrama el dinero á manos llenas; compra y reparte armas; decide el momento del levantamiento general, sin que sospechen nada los enemigos, y al llegar el instante supremo.... Andalucía en masa se levanta á una sola voz, proclamando su independencia.

Arturo pasará á la Historia. Las Cortes Constituyentes le nombran Presidente de la República andaluza; mas él, reconociendo que el absolutismo es muy perjudicial en manos ajenas, que no saben buscar el bien de los pueblos, pero muy conveniente cuando es uno mismo el rey y se despepita por la prosperidad de sus Estados, se prepara á un acto de enérgica resolución: da la última chupada á la punta de su cigarro, que brilla un momento en la obscuridad de la habitación, lo arroja con fuerza al suelo, sin mirar dónde cae.... y da el golpe de Estado.... Penetra en la Cámara popular al frente de quinientas bayonetas y se hace proclamar rey absoluto.

Ni un solo grito de protesta; ni el más ligero ataque por parte del pueblo; las chinches son las únicas que no le permiten estar quieto un instante.

Andalucía entra en una nueva era de prosperidad. Reconocida su independencia por todas las naciones, resucita el pasado esplendor y vuelve á gozar de aquellos tiempos en que la raza árabe la convirtió en foco del saber humano, y dueña, mediante sus numerosas escuadras, de todo el Mediterráneo; en que los canales de riego multiplicaban la fertilidad del suelo; en que los productos de sus industrias asombraban á sus émulos de Damasco y de Bagdad (el protagonista se va quedando dormido); en que la biblioteca Merwana reunía seiscientos mil volúmenes de todos los ramos del saber, y en que los embajadores de las más poderosas naciones venían á rendir tributos de admiración y respeto ante la corte de los Omniadas.

Arturo se verá inscripto en la Historia al lado de Abderrahmán III y Al-Hakén II. (El sueño avanza: ya confunde las figuras de la Historia y no recuerda si Yussuf ganó ó perdió la batalla de Zalaca.)

La Hacienda, poderosa; la Administración, sabia; las leyes, democráticas; el pueblo, rico; el comercio... (&c., &c., porque las ideas se pierden en las sombras del sueño; ya no hay más que destellos pasajeros.)

El resplandor que fulgura su esplendente reinado.... iluminará.... (Se quedó dormido.)

. . . .

¿Pero qué otro resplandor es ese que ilumina de repente la estancia donde Arturito descansa sobre sus laureles?

Es la estera que arde.

Quizá la punta aquella del cigarro que tiró con tanta energía cuando se decidió á dar el golpe de Estado.

El fuego se comunica al colchón, que arde.... como paja.

Y Arturo sin despertar.

¡Eh! soñador de los demonios, que te achicharras.

¡Pobre chico! ya le llegó á lo vivo.

Hélo ahí despavorido; se levanta de un salto, y, sin acordarse ya del cetro y la corona, vacía la palangana en la cama.... inútil: el jarro... inútil.

Grita, corre atolondrado, se desespera, patea furioso, pide socorro.... y el fuego aumenta. (Á todo esto no aparece en la real cámara ni un solo guardia de Corps.)

El humo invade la habitación.

La asfixia es inminente....

¡¡El monarca cae desmayado!!

—

—Dime, Juan, ¿qué le ha ocurrido á Arturo?

—Que se le quemó antes de anoche la cama con el cigarro y han ardido todos los trastos de la habitación; cómodas, sillas, cama, baul, ropas, &c., y él mismo está gravemente enfermo á consecuencia de las quemaduras.

—Pero, hombre, ¿ese chico está en Belén?

—Sí, hombre; si parece que no vive en este mundo.

—¡Achicharrarse así en la cama!

—No hay duda; está bobo.

—Lo dicho; está bobo.

—¿Y adónde lo han llevado?

—Al hospital.

—¡Al hospital...!

. . . .

¡Quantum mutatus ab illo!

PERECITO.

EPIGRAMAS

El ciudadano Barrunta,
Que es ciego de nacimiento,
Dice con gran sentimiento
Que á nada le *ve* la punta.

—

De un carro tiraba Juan,
Que es un mozo de cordel,
Cuando se encontró á Manuel,
Que le dijo con afán:
—Chico, ¿cómo vas pasando
Con ese oficio la vida?—
Y Juan respondió en seguida:
—Pues, hombre, vamos.... tirando.

—

Un tal Ignacio Corzuelo,
Que es borracho permanente,
Asegura formalmente
Que está de vino hasta el pelo,
Y es calvo completamente.

—

El gorrón Francisco Mote
Tiene muy largo el cogote,
Y de su suerte maldice,
Pues todo el mundo le dice

HISTORIA NATURAL *(por Grafito.)*



Almuerza y come por tres,
Engorda sin ton ni son,
Y no cabe discusión
De que por su tipo es
MELÓN.



Brincando constantemente,
Al juego no encuentra fin;
Es su nombre Valentín,
Pero le dice la gente
CALABACÍN.



De cobarde es afamado;
Siempre por su ausencia brilla
En cualquier caso apurado,
Y por todos es llamado
GUINDILLA.

Que tiene mucho *gañote.*

—

Siempre en el agua metido

Está Luís, joven enteco,
Y antes de ayer he sabido
Que el tal se apellida *Seco.*

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

Aquellos de nuestros suscriptores que durante el verano se ausenten de Sevilla pueden recibir este periódico en su residencia veraniega sin aumento alguno en el precio de suscripción.

Basta para ello que se sirvan enviar oportunamente á esta Administración nota de la dirección que hemos de poner en la correspondiente faja.

Galantería.
—¿Esta cuenta del sastre, es de usted?
—Sí, señor; y de usted.
—Nó, yo no la quiero para nada.

Dió una tarde un batacazo
Paco Pico, que es un chico
Picador, de fuerte brazo;
Y ya, desde aquel porrazo,
Pica poco Paco Pico.

Diálogo:
—¿Y es usted aficionado al teatro?
—Sí, señor; formo parte de una Compañía.
—¿Qué es usted?
—Acomodador del *gallinero.*

Ni Gayarre, ni Massini,
Ni Tamagno, ni otro de esos,
Pueden igualar en voz
Á la voz de mi sereno.

Si te asomas al balcón
Por lucir tus ojos negros,
Todo el mundo se reirá,
Porque los tienes muy feos.

Hemos recibido el nuevo periódico literario con caricaturas titulado *Sevilla Cómica.* Su director es nuestro querido amigo D. Fernando Romero.

Deseamos al ilustrado colega tanta vida ó una *miajita* menos que á PERECITO. ¡Que ya es desear!

CONSULTAS

Don Juan, Sevilla.—¡¡¡¡Pum!!!!

Juncosa, Morón.—Mande usted la firma.

Sr. D. E C., Sevilla.—¿Dónde tiene usted los ojos, alma mía? ¿No ha visto usted que ya no se publican *Pasatiempos?*

Sr. D. J. J., Sevilla.—Convenido.

Don Luís Mejía, Sevilla.—*Los* tontos *se han de filtrar por la pared: adelante.*

Sr. D. V. Ll. A., Sevilla.—Se publicará.

Sr. D. M. N., Sevilla.—¿Que piensa usted publicar un librito con sus poesías? Bien, publíquelo; pero debo advertirle que tendrá usted que vender la edición al peso.

Corruco, Sevilla.—El soneto es divino. Sobre todo aquello de

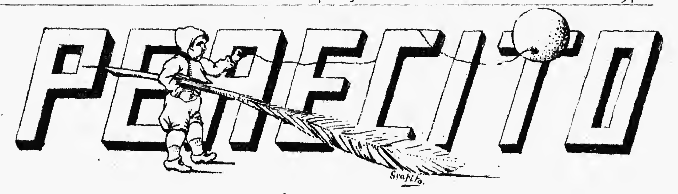
«Una bandera gualda y amarilla....»

¡Meloncito!

PERECITO. Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—DOMINGO 24 DE JUNIO DE 1888. NÚM. 34.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 15 cénts. Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. Precio: 15 cénts.

ESCRITORES SEVILLANOS

JUAN ANTONIO TORRE (Micrófilo).



Poeta, buen escritor,
Clerófobo impenitente;
Federal intransigente
De los de marca mayor.

SUMARIO

CRÓNICA

Para no perder puntada y poner los puntos sobre las íes, preciso será hacer una crónica puntiaguda, ó en puntas, por no decir en cuernos, que son, hoy por hoy, los que están en gran predicamento.

Gracias á Dios, no sabemos los españoles hacer cosa que valga dos cuartos sin recurrir á los descendientes de Apis, vulgo toros, que son los únicos que tienen virtud para abrir las pocas bolsas que quedan, para sacar dinero de la misma miseria y para patentizar el milagro de pan y peces, que no otra cosa significa eso de contribuir los que no tienen pan á que coman á dos carrillos los *peces* gordos.

Pero, vamos á mi cuento, que es historia.

Una de las puertas de la Catedral, la de San Cristóbal, no había habido tiempo de terminarla en los tiempos en que la Iglesia era poderosísima.

Vinieron los tiempos malos, y, naturalmente, no había forma de concluir la obra si la caridad y el ingenio no tomaban cartas en el asunto.

Y los tomaron, ¡vive Dios! Las más distinguidas señoritas regalan riquísimas moñas y lujosas banderillas; los ganaderos regalan toros á porfía; el Capitán general regala un concierto de las tres bandas militares; el Empresario regala la Plaza; los diestros se ofrecen, de buena voluntad, á exponer su vida,...

Las cigarreras dejan sus labores de la Fábrica para lucir las labores ó bordados de los mantones de Manila; los comerciantes cierran sus tiendas; los obreros dejan sus talleres, y.... ¡á la Plaza, á la Plaza!

Y el espacioso circo se llena de espectadores paganos, es decir, cristianos que pagan, y se celebra la corrida con gran contentamiento de todos, y se hacen cinco mil duros de utilidades para la referida obra de la Basílica. (Que es lo que queríamos demostrar.)

No faltará quien diga que hay cosas más importantes y precisas á que atender; pero esa no es la cuestión, y los que tal hablen serán *sordos al llamamiento de la piedad y del patriotismo*, como decía ayer un caballero que entiende de estas cosas, por lo que dicen los periódicos.

Yo no me meto en tales honduras: consigno el hecho, y allá se las hayan los piadosos y los impíos con sus puertas y sus toros, con sus anatemas y sus blasfemias, así religiosas como sociales.

¡Ah, se me olvidaba! Dicha *juerga* se corrió el jueves, día de trabajo, de pobreza y de fusionismo.

Pero, no le hace: el fin justifica los medios y las ocasiones.

Mejor es ver los toros que trabajar.

Más vale gastar el dinero en billetes de toros que en medicinas.

Nada, nada; penas al río y dineros para la Catedral.

Ya nos lo dirán de misas.

Y, cuando menos, en indulgencias.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

DESDE EL PURGATORIO

El desdichado López, Veremundo,
El vate malogrado,
Me ha remitido desde el otro mundo
Una carta en que dice acongojado
Que él es un desdichado,
Que mal rayo lo parta,
Y miles cosas más que no he citado.
Para más claridad ahí va su carta.

«Purgatorio, catorce del corriente.
Señor don S. Álvarez Quintero:
Esta se la dirijo solamente
Para pedirle un gran favor que espero
de usted, que es un bendito;
Pues aunque en PERECITO
Me dice usted infamias, ó el que sea,
Tal vez, cuando usted lea
Lo triste de mi escrito,
Se convenza y me mande lo que quiero,
Señor don S. Álvarez Quintero.
Es el caso, que desde que he venido,
Por la causa que todo el mundo sabe,
Me encuentro aquí metido
Como el ave en el nido;
Pero lo paso mucho peor que el ave.
Nadie quiere escuchar mis poesías,
¡Ya puede comprender si estoy sufriendo!
Y aunque paso los días escribiendo,
Amanezco tan mal algunos días,
Que casi nada de lo que hago entiendo,
Y si lo entiendo pongo tonterías.
Maldigo de mi suerte
É intento muchas veces suicidarme,
Pero tras la primera no hay más muerte,
Y con las ganas tengo que quedarme.
Así es que yo quisiera
Salir de esta morada lo más pronto
Que posible me fuera;
Pues ó paso las horas como un tonto
Ó estoy hecho una fiera.
Usted tiene influencia la bastante
Para hacer que en un vuelo
Me saquen de este sitio tan chocante
Y me lleven al cielo,
Donde sé que hay un santo que es poeta,
Que aburrido cual yo se pasa el día,
Y cifraré mi dicha más completa
En gozar de su amable compañía,
Y él perderá de gusto la chaveta:
¡Ya ve usted el favor que nos haría!
Por tanto, buen amigo,
En atención á todo lo que digo,
Espero que se porte,
En contra á su costumbre, bien conmigo,
Y me mande al momento el pasaporte.
Sin otra cosa, sabe que le quiero
Lo mismo en este que en el otro mundo.
Su amigo,
VEREMUNDO.
Postdata. ¡Compasión, señor Quintero!»

Á cualquiera enternece el tal poeta
Con esa relación que ha enjaretado:
¡El corazón me tiene traspasado!
Voy á hacer que le pongan la boleta,
Y asunto terminado.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

CONSULTA

(A LESBIA)

Tengo una duda terrible,
Que sin cesar me atormenta,
Pues ya sabes lo curioso
Que soy por naturaleza.
Por eso estoy decidido
Á que mi duda resuelvas,
Diciéndome francamente,
Sin rodeos ni reticencias,
Qué capricho te ha llevado
Á prendarte de mis prendas.
Muérense todas de risa
Con sendas bocas abiertas....
Y ¡oh! ¡si como tienen bocas
También contaran con lenguas!
Si es que me tienes por sabio,
Chica, la pasión te ciega,
Pues ni de vista conozco
Á ninguna de las ciencias.
Cuando de Química trato,
Que yo *retorta* me vuelva
Si de ningún cuerpo *simple*
Sé decir más que *simplezas*.
Qué potaje es la *potasa*
No puedo decirte, Lesbia,
Ni si por dicha es la *sosa*
Substancia que sal no tenga.
En Física es mi ignorancia
Tan supina, tan completa,
Que, á tener que examinarme,
Me reprobaran por fuerza.
Pues del *calor* sólo sé
Que me incomoda, si aprieta;
De la *luz*, que me hace falta
Para no estar en tinieblas;
De la *atracción*.... que la ejerces
Tú sobre mí con tal fuerza,
Que, en seguirte á todas partes,
Soy una *aguja magnética*.
Tan solamente en Zoología
Tengo alguna inteligencia,
Porque nunca he confundido
Á los machos con las hembras.
Matemáticas, ni puras
Ni aguadas puedo beberlas,

Porque con éstas me opilo
Y me emborrachan aquéllas.
Me irritan las *ecuaciones*,
Me hacen daño los *problemas*,
É indigestiones me causan
Las *líneas curvas* y *rectas*.
Con respecto á Astronomía,
Como yo nací en la tierra,
Nada puede interesarme
De los astros la monserga.
Judíos del Firmamento
Pienso serán los *cometas*,
Pues dicen que tienen *rabo*
Y son *errantes estrellas*.
No seré quien los persiga
Por sus órbitas inmensas,
Ni quien se empeñe en contarlos
Como si fuesen monedas.
En cuanto á Geografía
Siempre iré sin poseerla
Donde me lleven los piés
Hasta cansarse las piernas.
Tan sólo saber me basta
Que eres tú, mi dulce Lesbia,
Apogeo de mi dicha
Y *zenit* de la belleza;
Y que luégo que tus ojos
Su clara lumbre me niegan,
El *horizonte* se nubla
De mi dichosa existencia.
De Medicina no entiendo....
Lo cual no me causa pena,
Porque sé que en este mundo
Mil que ignoran esta ciencia
Sus títulos de doctores
Sin escrúpulo presentan,
Y así en lugar de curarnos
Nos matan con sus recetas:
Cosa que no importa nada,
Pues si ellos las curas yerran,
Los *curas* y sacristanes
Agradecen la fineza.
De Leyes no sé una jota,
Por lo cual es cosa cierta
Que no te harán mis lecciones
Rábula ni *leguleya*.
La *táctica*, la *balística*
Y otras artes de la guerra,
Para mí, chica, son siempre
Desconocidas materias;
Porque en eso de *sitiar*,
Yo no sé de qué manera
Ningún *sitio* se *levanta*,
Ni ningún *sitio* se *sienta*.
La Música, la Pintura,
Y las demás artes bellas,
Para mí sólo son.... música
Que me aturde la cabeza.
Más lego que Tirabeque
Soy en todas las materias:
Ya ves cuánto se equivocan
Los que por sabio me tengan;
Pues ni sé de bellas artes,
Ni tampoco de artes feas,
Ni de ciencias naturales,
Ni de artificiales ciencias.

Ni puede ser mi fortuna
Por lo que de mí te prendas,
Que en no tener una *blanca*
Consiste el ser ella negra.
Y si el amor de estos tiempos
Es amor de conveniencias,
No puedes, mi bien, amarme
Por mi oficio de poeta.
Que aun dado que de mi numen
Salgan versos á centenas,
Con poemas no se come,
Ni con estrofas se almuerza.

Tampoco son mis bondades
La causa de que me quieras;
Pues aunque dice la gente
Que yo tengo cosas buenas,
Porque me han visto de lejos
Y solamente por fuera,
Tú no puedes engañarte,
Pues sabes, hermosa Lesbia,
Que yo tengo cosas malas,
Porque me has visto de cerca.
Así es que á la eterna duda,
Que sin cesar me atormenta,
No hallo solución posible
Como tú no la resuelvas.
Contéstame, pues, al punto,
Sin rodeos ni reticencias,
Y dime por qué me quieres,
Si es que quieres que te crea.

José Manuel de Villena.

FUENTE DEL PENSAMIENTO

Si fuese rico, todo mi tesoro
Lo gastaría en engarzarte en oro.

Si fuese rey, mi cetro y mi corona
Los pondría á los pies de tu persona.

Si fuese emperador, luz de mis ojos,
Ley fueran de mi imperio tus antojos.

Y cumpliera, á ser Dios, mi amante anhelo,
Haciéndote adorar del mismo cielo.

¡De cuán distinto modo pensaría,
Alma del alma mía,
Si la última peseta
No la hubiese perdido á la ruleta!
Y es que es una verdad irrefutable
La que expresó un filósofo notable,
En este adagio, tesis ó estribillo:
Así se piensa, cual está el bolsillo.

Pedro Sánchez.

RUTH

Bajo el toldo de nubes rojo y gualda de las tardes caniculares, el aspecto que presentan las eras es de lo más virgiliano y delicioso. Las carretas, con sus pesadas ruedas, que rechinan apesar del sebo que se derrite en sus ejes, se adelantan en larga fila y verifican la última operación de la barcina, dejando en tierra un dique de haces. Admira la manera de cargar estas carretas: las gavillas, colocadas unas sobre otras, tocan al cielo, y cuando los barcinadores se encaraman por los varales, hasta lo más alto, parecen guerreros de África, que tratan de derribar piedra á piedra una fantástica albarrana de metal dorado.

Los grupos de braceros que se forman acá y acullá, ora aventando, ora apilando, ora llenando las trojes, son en verdad dignos de estudio. Unos se recatan del sol, sirviéndose de un gran sombrero que parece poseer la extraordinaria virtud de la Tarnkappa de Sigfrido, el de los Nibelungos; otros muestran su velludo pecho, por cuyas sinuosidades cae el sudor formando silenciosa cascada; éstos fuman, buscando la sombra que proyecta algún chopo solitario; aquéllos agitan sus bieldos, que recuerdan el histórico tridente, soportando la lluvia de rayos solares que cae sobre el apero, sobre el trillo y sobre los bueyes, y los de más allá, en fin, hacen que corra el cántaro, puesto al abrigo del sombrajo, para empezar de nuevo la faena.

Cuando el rojo disco se ensancha y toca al ocaso, asemejándose á un gran espejo redondo cubierto de gasa de escarlata; cuando el viento de la tarde seca el sudor sobre la frente de los trabajadores y se lleva las aristas menudas, la era adquiere más delicado color. El oro amarillea, vense los tonos oscuros de las raspas en los montones de gavillas, y la sombra de los almiares se aguza y alarga sobre los rastrojos. La luna, que asoma por el lado opuesto su cara de monja, se dispone á dar un baño de plata á todo aquel conjunto dorado á fuego, y en la choza de esteras, donde se custodian las alcuzas y los dornajos, se arrebujan las tinieblas brindando al trillador el beso de la esposa diligente, que acudió á preparar el clásico y saludable ajo. Es la hora en que los pequeñuelos juegan sobre la revuelta parva, en que las gallinas se preparan á dejar en paz á los cigarrones y á las hormigas, y en que las yeguas, que se amarraron al trillo, pacen sueltas las espigas destrozadas; la hora de los cuentos y de las murmuraciones; la hora de rezar la oración que evoca el volteo de la esquililla lejana.

¿Conocéis la leyenda de Ruth? Es el idilio de las eras. Ruth, la hermosa nuera de Noemi, la joven viuda moabita, llega con la madre de su muerto Mahalón á Bethlehem, cuando comienzan á segarse las cebadas.

Para atender á la subsistencia de aquella Noemi, cuyas desgracias la habían infundido el deseo de cambiar su gracioso nombre por el de Mara,—amargura,—se atreve á espigar en los campos del rico Booz, y va humildemente recogiendo las espigas que dejan entre los rastrojos los segadores.

La ley previsora de los hebreos autoriza á las viudas, á los pobres y á los extranjeros á que se aprovechen de estos despojos de la campiña, y Ruth es acogida con agasajo por el rico cosechero, que, al verla afanosa y bañada de copioso sudor tras sus braceros, le dice:

—*Oye, hija mía: no vayas á otra heredad á espigar, ni te apartes de este sitio, sino júntate con mis muchachas y síguelas donde estuviese la siega; y si tuvieses sed, vete al hato y bebe agua de la misma que ellas hayan bebido.*

Tan grata acogida hace profunda impresión en el ánimo de la tierna moabita, que inclina su hermoso rostro hasta la tierra y exclama:

—*¡De dónde á mí tanta dicha, que hallé tu gracia siendo una pobre extranjera...!*

Á lo que responde Booz:

—*Me han contado tus virtudes y tus sacrificios, y quiero premiarlos largamente.*

La joven espigadora moabita oye estas cariñosas palabras con regocijo y marcha al lugar donde la espera su suegra, llevando en su manto los modios de cebada que ha espigado; y al saber Noemi las solicitudes de Booz, dice á la que quiere como á hija:

—Oye, Ruth, voy á darte un consejo, que podrá labrar la felicidad de toda tu vida. Ese Booz en cuyos campos espigas es nuestro pariente cercano, y si te tomara por mujer se perpetuaría nuestro linaje. Esta noche avienta la cebada en su era. Lávate, úngete con perfumes, ponte tus mejores galas y vé allá recatadamente, de modo que no te vea hasta que ha-

LOS PÉREZ





Los de PERECITO.



El señor de Pérez.



El cabo Pérez.

LOS PÉREZ

Los de PERECITO.



La familia de Pérez.



El ratoncito Pérez.

ya comido y bebido. Después accecharás el sitio en que duerma, y levantando la capa por la parte con que se cubre los pies, te echarás allí: *Él mismo, como pariente más cercano, te dirá lo que has de hacer.*

Ruth se muestra pronta á complacer á Noemi, que anhela que no se extinga su linaje. Cuando el sol cae y comienzan á tenderse las sombras por los llanos dorados de Bethlehem, ungida, lavada, envuelta en perfumadas vestiduras, semejante á una escultura de sándalo color de carne, se encamina á la era de Booz, en la que pronto reinará la paz y el silencio.

Concluyen de cenar los aventadores; los camelleros se alejan lentamente, entonando sus cánticos orientales, y el señor apura el último vaso de vino antes de entregarse en brazos del sueño.

Ruth, que le acecha para cumplir el mandato de Noemi, le ve acostarse junto á un montón de gavillas, y llegándose á él calladamente y alzando la pesada capa, por la parte que le cubre los pies, échase allí y permanece inmóvil y recogida en sí misma.

Al mediar la noche despierta Booz, y ve, acaso á la luz de la luna, aquella hermosa mujer, cuyo seno descansa sobre sus pies, prestándoles calor desusado.

—¿Quién eres?—dice creyéndose presa de un dulce ensueño.

—Soy Ruth, esclava tuya,—responde la joven con la timidez del cervatillo;—extiende tu manto sobre tu sierva, porque eres el pariente más cercano de mi marido.

Booz bendijo á Ruth, y durmieron hasta el fin de la noche, levantándose *antes que los hombres se pudieran conocer unos á otros.*

Cuenta además la Biblia, que las bodas de Ruth y de Booz se hicieron muy luégo, y que el Señor concedió al anciano esposo un hijo para regocijo de Noemi y de su linaje.

Éste fué Obed, padre de Isai, padre de David.

Los braceros andaluces mojan aún la sopa en el vinagre de los compañeros de Ruth, y duermen como Booz entre las gavillas: acaso hallan también de vez en cuando alguna morena espigadora, que al mediar la noche levanta la punta de su manta para echarse allí calladamente; pero no con tan santos propósitos como la mujer del Antiguo Testamento.

BENITO MAS Y PRAT.

Á UN CHARLATÁN

Queridísimo Vicente:
Hoy, que estoy desocupado,
Voy á hablarte claramente
De tu charla permanente,
Que ya me tiene amoscado.
No te trato de insultar,
Caro amigo,
Y solamente te digo
Que cuando empiezas á hablar
Te pones inaguantable,
Á ninguno
Permitiéndole que hable,
Y si alguno
Está cansado de oir
Tu *amena* conversación
Y te quiere interrumpir,
Dices:—Voy á concluir,—
Y sigues la relación.
Es más; cuando estás callado
Tomando respiración,
Si alguien á hablar ha empezado,
Tú, mandándole callar,
Dices con tono grosero:
—Permita usted, caballero,
Voy á hablar.—
Calla el otro, é imprudente,
Lo que has dicho anteriormente
Lo repites otra vez,
Y otra.... y otra, y hasta diez,
Y así sucesivamente.
Me parece que me explico:
Dispensa si soy muy duro
Al tratarte; pero, chico,
Ya tu charla insustancial
Pasa de castaño obscuro,
Y te juro
Que he decidido escribirte
Por decirte
Que te debes corregir
De ese defecto fatal,
Que es muy grave;
Si no, lo puedes decir,
Y te compraré un bozal
En *La Llave*,

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

SONETO

Relegó el hombre, de cultura lleno,
La tienda patriarcal á las campañas,
Y no alza ya, de juncos y espadañas,
Su alegre choza en el verjel ameno.
Aunque habitó en tres palmos de terreno,
Más feliz que la corza en las montañas,
Prefiere á la quietud de las cabañas
Del fausto y la ambición el desenfreno.
Y desea ostentar rico atavío,
Y sueña con palacio artesonado,
Sin ver el infeliz, en su extravío,
Que el que traspasa su portal dorado,
Respirando el ambiente del hastío,
Vive á tanta grandeza esclavizado.

ANTONIO GUERRA Y OJEDA.

UN CAPÍTULO OPORTUNO

Acababa de añadir á la chimenea un tronco, que produjo al caer sobre las ascuas un multiplicado chisporroteo de polvos de oro; por el exterior de los cristales de mi despacho se cuajaban los copos de nieve; la noche era cruel; dí orden á mi criado que no recibiría ninguna visita, y arrellanándome ante mi bufete empecé á dar la ultima mano á un asunto muy importante, mi proyectada boda con Virtudes. De vez en cuando el vientecillo norte, entrando por el ventilador de la chimenea, volvía hacia dentro la llama, produciendo un sordo rumor, ahuecado y misterioso; el acompasado tic-tac de un reloj de pared, y el precipitado rebote de algún carruaje que pasaba, eran los únicos ruidos de aquella noche: abismado en mi delicioso trabajo había abandonado el despacho de una demanda de divorcio sobre la que había de informar al día siguiente. ¡Veleidades de la humanidad; con qué facilidad se rompían los lazos de la familia, con cuán exiguo motivo se destrozaba el hogar en pedazos...!

Supersticioso por naturaleza, no dejaba de ver en aquel expediente cierto contraste con mi situación; escribí varias cartas, y después voló mi imaginación por los espacios ilusorios de mi felicidad venidera. ¡En qué efímera base suele estribar la ventura! pensaba yo: cogí un libro maquinalmente, que á la mano había, y abriéndole al acaso leí en un capítulo que decía así:

«Un golpecito dado en la puerta me hizo levantar la cabeza, y una voz con cauteloso timbre preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Adelante,—exclamé.

Separado el pesado portier, y sobre el fondo obscuro del hueco de la puerta, apareció una mujer, que, sin detenerse, llegó hasta mí. Quedé sorprendido.

—Perdóname, Eduardo,—me dijo;—he violado este recinto vedado para mí, pero debía verte y aquí estoy.

—Desdichada,—le contesté;—¿sabes á lo que me expones con semejante atrevimiento? ¿Ignoras que estoy casado y que no me pertenezco?

—Lo sé, pero perteneces á los desgraciados que te necesitan.

—Explícate, Elvira; pero dime antes cómo estás en Madrid, en mi propia casa y en este momento.

—No temas: supe que tu mujer ha ido á Barcelona, que estabas solo, y no titubeé en arrojarme en tus brazos, segura de que siendo esta la última vez, habré de llevar, al separarme de tí, la paz en mi corazón.

—Habla: ¿qué deseas?

—Deseo que me aconsejes y me ampares: tres años hace que de común acuerdo nos separamos, jurando olvidar nuestra vida pasada, que para mí fué de encantos y dulzuras: tú rendiste tu corazón á otra mujer, y desde entonces eres feliz; yo desde entonces no tengo sosiego ni ventura; tú tienes en el hogar la santidad de la familia, encuentras reposo al cuerpo y tranquilidad al alma; yo vivo errante, sin descanso y sin sosiego, y mi soledad me espanta: tu recuerdo, tu amor de otro tiempo, tu bondad y tu hermoso corazón, fantasmas son que me persiguen á la brillante luz de la mañana y en las tenebrosas obscuridades del sueño; por donde tú vas te sigo, atraída por el imán de tu recuerdo, como la mariposa á la luz: óyeme, por piedad.

Aunque ya estaba acostumbrado á aquellas frases, porque había tratado á Elvira algunos años seguidos, no dejaron de impresionarme sus palabras, que fueron dichas con sinceridad no comun; comprendí de lo que se trataba y me decidí á salir victorioso.

—Es tan grato, querida Elvira, cuanto me dices, que te lo agradezco sinceramente; pero ¿qué he de aconsejarte como me pides? Sólo tu ventura deseo.

—La ventura no existe en la tierra.

—Eso es negar la Providencia, y ten en cuenta, querida mía, que sin ella, ni el dolor tendría fin, ni la felicidad principio. Ángela, mi esposa, á quien arranqué también de la desgracia, vió nacer á mi lado el primer día de bonanza, y ni uno solo ha pasado sin que haya caído sobre nuestras cabezas la bendición del cielo. No turbes tú este lugar de santidad, ve que con ello honras á Dios y engrandeces tu vida.

—Me moriré de pesar, porque sin tí nada quiero: un hombre hay que me asedia, me persigue; es joven, poderoso, y me ofrece su mano; tanta fortuna es pequeña junto á tí.

—No sabes lo que dices; si tú huyes de las desdichas que sólo te ofrece una vida errante y sin abrigo, ¿dónde han de estar el amor y la ventura que tú buscas, sino en la familia? Escucha mi consejo: une tu mano con la de ese hombre que te ofrece apoyo y cariño, y no dudes que el tiempo y la virtud engendrarán en tí el amor á tu esposo. Tres años há que Ángela y yo vivimos el uno para el otro; tres años há que su corazón y el mio alientan bajo los mismos latidos; me adora tanto, que sólo la muerte mitigaría su dolor, si yo pudiera engañarla. Vuelve, Elvira, tus pasos; vé adonde te brinda la fortuna; aprovecha el momento de ser feliz, y guarda, si acaso, en lo más profundo de tu alma mi consejo de hoy, y el recuerdo de mi inextinguible afecto.

Resbalaron de aquellos hermosos ojos dos lágrimas, que ella no trató de secar: confieso que un impulso secreto me incitaba á secarlas yo; pero al recuerdo de mi querida Ángela, bajé la vista y permanecí silencioso.

—Adiós, Eduardo,—dijo de pronto;—seguiré la senda que me señalas; cumpliré tu deseo y estrecharé contra mi pecho al hombre que, según tú, puede traerme la dicha; pero si esos lazos de color de oro, y ese hogar santificado, y ese amor sin fin que me auguras, no llegan á la realidad, negaré la Providencia y maldeciré tu recuerdo.

—Tranquilízate; pon fe en Dios y Él te proteja todo cuanto yo deseo. Te suplico que á tu llegada á Barcelona me dediques dos letras, en las que me anuncies el día de tu boda.

Un sincero abrazo puso fin á aquella escena: quedé preocupado con la visita de Elvira y no me atreví por entonces á culpar su conducta. Me acosté pensando en mi Ángela, de la que no tenía noticias desde su partida.

Pasó una semana: la ausencia prolongada de mi mujer empezaba á inquietarme; por fin, mi criado me entregó una carta diciendo:

—¡De Barcelona, señorito!

No sé por qué dejó de latir mi corazón; rompí, febril, el sóbre: era de Elvira y decía así:

«La ventura no existe en la tierra; te conceptúas feliz, porque crees que el hogar lo encierra todo. ¡Desgraciado de tí y de tu fiel guardadora de venturas! Mi pérfido pretendiente ha huido con otra mujer, y, aunque desgarre tu corazón, sabe que esa mujer se llama Ángela.»

—¡Caracoles! Verdaderamente no existe en la tierra la ventura,—exclamé yo;—feliz casualidad; quizá te deba mi porvenir.

Cerré el libro, y en aquel instante escribí rompiendo mi boda con Virtudes.

J. Moreno S.

Á LA SRTA. GLORIA JIMÉNEZ

EN SU ABANICO

Como en la vida es probado
Que es paradójico todo,
Voy á ver si encuentro modo
De dejarte demostrado
Que aunque eres Gloria, á tu lado,
Gloria, se está en el infierno;
Porque de tus labios rojos
El desdén, produce enojos,
Y causas pesar eterno
Con el fuego de tus ojos.
Por eso yo te suplico
Que, miéntras me estés mirando,
Como me estás abrasando
Me dejes el abanico.

Félix Vázquez.

CONTESTACIÓN [1]

Amigo don Manuel Mera:
Aunque ya le conocía,
Jamás pensé que así fuera,
Y el obrar de esa manera
En usted no lo creía.
Pues usted, que de galante
Por doquiera tiene fama,
No debía, ni un instante,
Con acento petulante
Hacer burla de una dama.
Que no es cosa regular,
Ni de hombres finos es propio,
El ponerse á murmurar,
Gozando con criticar
Á una dama que *da el opio.*
Pase la *coba* ligera
Que usted, como buen tronera,
Allí al principio me da;
Pero lo otro, la *verdá*,
No es procedente siquiera.
Y puesto que su intención
Mala, aviesa y decidida
Fué jugar una partida
Contra mi reputación
De artista, siempre aplaudida,
He de decirle una cosa
Que, aunque la tome usté á guasa,
Ha de ser la más chistosa
Que pase en esta su casa,
Y la cual me hará dichosa.
Sin atender sus amaños,
Y sí sólo al corazón
(Lo digo con emoción),
Un hombre (metido en años)
Me declaró su pasión.
¡Y qué cariño retratan
Sus mil frases amorosas!
¡Cómo, además de mil cosas,
Por sus hechos se delatan
Tempestades borrascosas,
Que en el fondo de su alma,
Y por ganarse la palma
De mi amor, alzan airadas
Las retrecheras miradas
Que al pobre quitan la calma!
Y todo por su versito;
Puesto que ese buen señor
Es un asiduo lector
Del chistoso Perecito,
Por gozar de buen humor.
Y al leer su poesía
Y ver ese modo fiero
Con que usted, ¡mal caballero!,
De mis coplas se reía,
Me dijo en tono severo:
—Lola, está usted calumniada,
Sea usted buena conmigo,
Y, sin atender á nada,
Á ese poeta le digo
Lo que á ninguno le agrada.—
Pues el hombre me ablandó,
Y muy pronto, á lo que veo,
En los brazos de Himeneo,
De la que usted se burló
Descansará, según creo.
Y si es que quiere enterarse,
Oiga, y pronto lo sabrá,
Por más que en desesperarse
Sé yo que terminará,
Ya que empezó por burlarse,
Y si me atiende un instante
Bien pronto saldré del paso
Dando envidias á un tunante.
Sépalo usted bien: me caso
¡Con el señor del tirante!

Por encargo de la agraviada,
Vicente Llorens.

MENUDENCIAS

ADVERTENCIA

El corresponsal que únicamente está encargado de la venta de Perecito en Madrid es el Sr. D. Julián Rodríguez, que vive Corredera baja de San Pablo, café de la Concepción.

Compró un ciento, cierto día,
De bocas, Pedro Mejía;
Una le dió el dependiente
De menos, y él, muy prudente,
No dijo *esta boca es mía.*

Aquellos de nuestros suscriptores que durante el verano se ausenten de Sevilla pueden recibir este periódico en su residencia veraniega, sin aumento alguno en el precio de suscripción.

Basta para ello que se sirvan enviar oportunamente á esta Administración nota de la dirección que hemos de poner en la correspondiente faja.

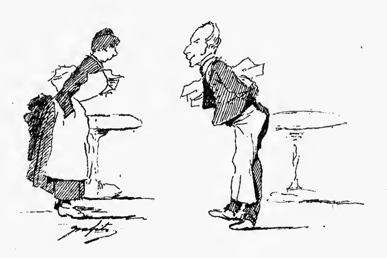
Mi amigo Natalio Guerra,
Que anda muy mal de *intereses*,
Se marchó para Inglaterra
Huyendo de los *ingleses.*

Entre toreros de invierno:

·Oye, tú. ¡Pus no dice un periódico de toros, que *Lagartijo* es mu fresco?

[1] Véase, en el número 32, la composición que se titula *Yo, censor.*

VIÑETAS *(por Grafito.)*



—Conforme, don Atanasio,
Cuando acabe acudiré.
Es usted un tunantillo,
Un tunantillo es usted.

—Habrá un poco de jamón
Y un poquito de aguardiente;
Y al final, ya sabes tú,
Un rico café con leche.

—Ese papé podrá decí lo que quiera; pero, á la fuerza, nosotros los toreros de *invierno* tenemos que ser más *frescos* que los demás.

Miau, de Galdós, leía
El escritor D. Gabriel,
Y al terminarle decía:
—¡Quién maullara como él!

En el reconocimiento de quintos:
—¿Y tú, qué es lo que has hecho?
—Pos ná; que me llamaron.... y zalí.
—Bueno; yo lo que quiero saber es lo que alegaste.
—Yo, der corazón.
—Oye, ¿y te tomaron el pulso?
—¡Qué zé yo! Eso ya lo dirá er papé.

Para su coche compró
Mulo y mula don Gonzalo;
Pero tan mal escapó,
Que su compra resultó
Mala mula y mulo malo.

Y, vamos á ver: ¿qué opinan ustedes del ramo de Correos? Todos creerán que es pesadez esta constancia con que repetimos la misma canción. Pues no hay nada de eso. Cada vez tenemos más razones para quejarnos. ¡Dichosos empleados!

CONSULTAS

Sr. D. F. T. y L., Sevilla.—No le contestamos por un descuido. Pero ahora le decimos que el soneto *A Itálica* no sirve, y el otro.... tampoco. Cuide usted, si nos manda otra cosa, de no *comerse* las comas, puntos ni acentos, pues necesitamos hacer un detenido estudio para enterarnos de lo que dicen sus composiciones.

¡Ah! conste que nosotros no le publicamos nada á los suscriptores por ser tales; porque entonces.... ¡á morir!

He concluido. *(Rumores.)*

Sr. D. N. N., Sevilla.—Me hace muchísima gracia su carta: «Inserte usted en el número extraordinario la adjunta composicion.»

Eso es, porque á usted se le antoje.

¡Vaya usted de ahí, mamarracho!

Sr. D. T. C., Cádiz.—Eso lo ha dicho hasta usted.

Orejón, Sevilla.—El mejor día pone usted de consonante tomate y pepino.

Archiparrigorrigurrigurrea, Sevilla.—Sí.

Ya que el pseudónimo es tan largo, haremos la contestación breve.

Un caballero particular que vive de su renta, Sevilla.—La firma.

Ya le dimos el alegrón. Pues no la mande usted, porque no es más que para saber de quién nos reímos con tanta frecuencia.

Otro, Sevilla.—Recoja usted la última *píldora* que le dirigimos al primero.

Calabacín, Sevilla.—¡Chistoso!

Uno que sabe leer, Sevilla.—Pero que no sabe escribir.

Sra. D.ª L. L. de A., Sevilla.—Dispense usted; pero el versito de su niño no se puede insertar.

Si sigue así.... promete....

Rebuznar, Sevilla.—Bueno.

Don Crispín, Sevilla.—¿Se da usted de baja? ¿Qué
Nos cuenta usted, don Crispín?
No podemos pasar sin
Los dos reales de usté.

Sres. D. M. A., D. F. H., D. I. M., D. P. Q. y D. C. R. R., Sevilla.—No les contestamos detenidamente por falta de espacio; pero no pasan de regulares. Una de ellas muerde. (No hay alusión, D. P. Q. La de usted sólo ladra.)

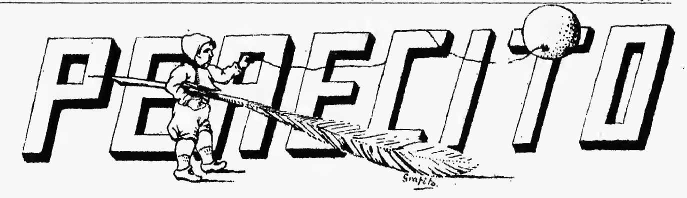
Pin Pin, Sevilla.—Quedamos enterados.

Un amigo, Sevilla.—Pues es muy malita, amigo. De lo otro, sí. De lo primero, nó.

PERECITO, Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, 10 céntimos.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—DOMINGO 1.º DE JULIO DE 1888. NÚM. 35.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. **Precio: 10 cénts.**

ESCRITORES SEVILLANOS

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

Montoto tiene mi voto
Como vate y literato;
Al que vale yo lo acato,
Y vale mucho Montoto.

L. C.

SUMARIO

CRÓNICA

Venid conmigo á la Alameda; quiero que gocéis—¡cuidado con quemarse!—del tibio calor, del vapor suave, del picante olor que despide un gran horno de pasiones, un gran laboratorio de *historias*. Si respiráis con fuerza, si sentís el estremecimiento de repentino escalofrío, si olfateáis sin saber qué, si la vista os falta á fuerza de mirar, no os alarméis, no es nada: es que hemos llegado á la mitad del paseo, es que hemos alcanzado la temperatura media de ese horno simbólico, es que nos hemos hecho cargo de la situación, es que estamos sometidos á la acción de las infinitas pilas del humano laboratorio.

Llegamos al amplísimo paseo, cuyo *salón* principal se encuentra de bote en bote: aun no hemos andado cuatro pasos....

—¿Qué es eso, amigo? ¿Se queda usted atrás?

—No es eso; es que me cortaron el paso cuatro muñecas—niñas de siete á diez años de edad—que van cogidas del brazo dándoselas de mujeres.

—Pues como siga usted así llegaremos cerca del Blanquillo.... por Noche-Buena.

—Es que un hombre, con más barbas que Sansón, requebró á las chicas diciendo:

«Ole, las rosas tempranas! ¡Quién cortara un ramo de ese jardín!»

—Tiene gracia, hombre, tiene gracia; pero, lo dicho, á ese paso las noches son soplos.

—Sigamos.

No se puede dar un paso: esto es un río alborotado de carne humana, que corre y gime y se atropella y se arrastra y se extiende y busca su nivel y acaba por perderse en un mar de conversaciones, bajo un sol de miradas y ante las sombras de aborregadas nubes de tonterías é imprudencias. Pero ¿qué hacer? Nos hemos embarcado y hay que soportar los mareos, los choques y hasta el naufragio, si preciso fuera. Adelante, pues, que el que no se aventura no pasa la mar, y de ningún cobarde se ha escrito nada.

Dos hermanas; dos requiebros.

Atención: ¿Cómo ha sido?

—Niña, ¿quiere usted ser mi cuñada?—(Ambas vuelven la cara.)

—¡Válgame Dios! Me casaba.... con las dos.—(Ahora sonríen, pero no miran. ¡Picaroaas!)

. . . .

Y así, charlando y riendo, entre broncas y pisotones, se pasan horas y horas millares de personas en la Alameda de Hércules, durante las noches en que se celebran las veladas de San Juan y San Pedro....

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

CONCHA PULIN

(Á SU MEMORIA.)

Acudid á mi voz, genios sombríos,
Que donde el reino de la muerte empieza
Guardáis la paz de los sepulcros fríos;
Musas, las del dolor y la tristeza,
Que en las arpas ceñidas de crespones
Sabéis llorar el fin de la belleza;
Dadme, de vuestras fúnebres canciones
Doliente y melancólico un acento
Que conmueva, al vibrar, los corazones,
Y cantaré, con hondo sentimiento,
De aquella dulce vida la memoria,
De aquel morir el lúgubre momento.
Se encierra en breve página su historia,
Porque ella apenas empezó en el mundo
Y acaba en las regiones de la gloria.
Y aquí la llaman, con afán profundo,
Los que el último beso recibieron
De su marchito labio moribundo.
¡Míseros, ay, los que su bien perdieron
Con su inocente y adorada vida,
Y de una tumba al pie la despidieron!
Quedó allí, solitaria y escondida,
Con tanta juventud, belleza tanta,
Y madre amante de quien ser querida.
¡Madre infeliz! La realidad, que espanta,
Hallará siempre de su sér en torno,
Adonde lleve la insegura planta.
En todas partes hallará el contorno
De aquel cuerpo adorado, que aun la muerte
Embelleció con virginal adorno.
¿En dónde, en dónde que á mirar acierte
No habrá dejado su imborrable huella
La que robó á sus brazos triste suerte?
¿Por qué pasó como fugaz estrella
Que corre y se confunde allá en la altura,
La que era amada, y cariñosa y bella?
¿Es que ya la virtud y la hermosura
Abandonan la tierra miserable
Por no manchar su blanca vestidura?
¡Misterio del destino, indescifrable!
Le impone acaso la maldad respeto,
Y es verdugo del bien; ¡y qué implacable!
Mas no juzgo el altísimo decreto
Que ha condenado á juventud preciosa
De la tumba al fatídico secreto.
Meció el amor su cuna venturosa;
Fué siempre, de caricias rodeada,
Luz de su hogar, cuanto adorada, hermosa.
De su vida en la página empezada
Aun no pudo escribir palabra alguna
Que haga nublar con llanto la mirada.
...¿Quién sabe lo futuro? La fortuna
Suele inconstante ser; las ilusiones
Huyen del corazón una por una.
Hierven, dentro del alma, las pasiones,
Dejándola, al morir, hecha pedazos,
Y en triste herencia amargas decepciones.
Dichosa tú, que los terrenos lazos
Sentiste desatar de tu existencia
En santa paz y entre amorosos brazos.
Moriste con tu fe, con tu inocencia,
Sin llevar en el alma ni una herida,
Sin llevar una mancha en la conciencia.
¡Ah, quién pudiera, en la final partida,
Llegar á Dios con el candor primero
Y la primera fe de nuestra vida!
Cuando rendiste el hálito postrero
Y la inerte materia descansaba
Segada en flor por el destino fiero,
Yo sentí que á mis ojos se agolpaba
Llanto que no escondí; mas no sé ahora
¡Ay! si de envidia ó de dolor lloraba.
Con tu blanco ropaje seductora,
Coronada de rosas virginales,
Y en las manos la insignia redentora
Para abrirte las puertas eternales,
Parecías la dulce desposada
Que esperaban los coros celestiales.
Y al mirarte del mundo desligada
Envolviéndote en castos resplandores
Lejana luz de la inmortal morada,
¡Qué mucho que, volviendo á mis dolores,
Quisiera dar mi vida por tu muerte,
Y por mundos de paz éste de horrores!
¿Fué lastimoso cambio de la suerte?
Nó; fué sentencia que sin duda emana
De ley más alta y voluntad más fuerte.
Goza tú de tu gloria soberana,
En divinas regiones misteriosas
Donde su luz recoge la mañana;
Donde perfuman, sin morir, las rosas,
Y brilla un vivo sol, puro y ardiente
Que no alumbra estas simas tenebrosas;
Donde brota purísima la fuente
Del santo amor que rescató sublime
La sangre criminal con la inocente;
Del amor que perdona y que redime:
Si allí guarda el espíritu memoria
Del que en la tierra sin ventura gime;
Del que al tornar á la perdida gloria
Los ojos, que las lágrimas cegaron,
Halla sólo una losa mortuoria,
Los ojos vuelve á los que aquí te amaron,
Y de su luz destello peregrino
Llegue á sus almas, que sin luz quedaron.
Y así como una estrella su camino
Enseñó á los monarcas orientales,
Esa luz tuya, del Edén divino
Les guiará á las regiones inmortales.

MERCEDES DE VELILLA.

Sevilla 28 de Junio de 1888.

EPÍSTOLA [1]

«Ciudad venal: ¡cuán pronto perecerías si existiese un hombre bastante rico para comprarte!»
Palabras de *Yugurta á Roma.*

Desde esta tierra infecunda
Á toda labor ingrata,
Para las flores estéril,
Fértil para la zizaña,
Madre de sombras y engaños,
De luz y verdad madrastra;
Donde el arado se embota
Chocando en la piedra árida;
Donde no vacían las naves
Riquezas de luengas playas,
Ni borda airosos penachos
El humear de las fábricas;
Donde sólo medra el arte
De las políticas farsas;
Donde amor, como amistad,
Se cotiza en alza ó baja,
Por influjos de la bolsa,
No por impulsos del alma;
Donde la mujer no es ángel,
Como en mi tierra adorada,
Que eleva al hombre á los cielos
Con sus transparentes alas,
Sino sexual incentivo,
Pan que el apetito calma,
Carne que erótica incita,
Hembra que provoca y harta.
Desde esta bursátil tierra,
Desde esta tierra nefasta,
Sin recuerdos, sin historia
Ni tradición legendaria,
Donde no se eleva el templo
Que otros siglos levantaran
Cubierto de eximias joyas,
Rico de artísticas galas,
Noble ambición de altos fines
Mostrando á la fe cristiana;
Ni el vetusto monumento
Que añejas historias canta;
Ni el orgulloso blasón,
Heraldo de antigua fama;
Ni más escudo que un oso,
Que necia historia relata;
Ni más prez que la que ayer
Ante el francés le otorgaran
De un bravo santanderino
Y un sevillano la hazaña.
Desde esta tierra, que es corte
Y el estómago de España,
De lo ideal enemiga,
De lo carnal entusiasta,
Que lo elevado aborrece
Y lo mezquino idolatra,
Que al espíritu desdeña
Y á la materia engalana,
Que á la pureza mancilla
Y á la obscenidad acata;
Cuyos usos y costumbres,
Cuyos trajes, cuya charla,
Diversiones, regocijos,
Bailes, músicas y zambras
Servilmente nos copió,
De chispa y de ingenio falta,
Consiguiendo remedar
Lo grotesco, no la gracia;
Donde el hálito del cierzo
En Junio las flores mata;
Donde la atmósfera es fría,
Como la tierra es ingrata,
Como su pueblo es prosaico,
Como su mujer es vana;
Donde nubes y aquilones,
Brumas, tinieblas y escarchas,
Del entristecido cielo
Las puras luces empañan,
Como aliento de pantano
Que el ingrato suelo exhala,
Y no ostentan las auroras
Nubes de ópalo y de grana,
Ni hay perfumes en la brisa,
Ni en la campiña esmeraldas,
Ni en el corazón hogueras,
Ni puro amor en las almas,
Ni vela el gnomo en las grutas,
Ni vuela el silfo en las auras,
Ni mora el hada en los bosques,
Ni la ondina entre las aguas,
Sino la lucha cruenta,
Lucha del *yo* encarnizada
En el hogar y en la calle;
El juglar siempre en campaña,
La usura buscando víctimas,
La miseria depravada,
El medro en su innoble juego,
La riqueza en ruines tramas,
La pereza en los burdeles,
La diligencia en su farsa,
La fe bajo eterna losa,
La traición vendiendo almas,
La falsía en el ambiente,
Y de la torre más alta
Hasta el profundo cimiento
En que la ciudad descansa,
Avaricia, descreimiento,
Crueldad, egoísmo y saña.
Desde esta tierra maldita,
Que da veneno por savia,
Esta epístola te envío,
Mostrándote mis palabras
Que su emponzoñado ambiente
Ha penetrado en mi alma.

—

Perdona, chico, que extrañe
El candor con que me hablas,
De que visite al Ministro
Y de que á Palacio vaya,
Y de que logre promesas
De futuras bienandanzas,
Y de si son los que habitan
Allá en la regia morada,
Seres de orígen divino
Ó seres de carne humana.
Desde fecha no remota,
En que se instaló en España
No sé qué joven que dicen
Que se llama Democracia,
Dióse en la loca manía
De igualar la especie humana,
Suponiendo suprimidas
Las diferencias de castas,
Y propagando doctrinas
Y teorías tan extrañas,
Como la de que es la plebe
Madre de la aristocracia;
Que ésta del seno de aquélla
Se suspendió como rama;
Que negó y vendió á su madre,
Siendo infame, á más de ingrata;
Que el más antiguo blasón,
Como las más nobles armas,
Son en campo.... natural
Un arado y una azada.
Y todo por este estilo....
Todo de esta calaña....
La verdad; no vi en mi vida
Cosa más disparatada.
Es fuerza desengañarse;
Hay diferencias y hay castas,
Y es locura cuanto inventa
Esa virgen Democracia.
Sólo abrigo una sospecha,
Y es que él Génesis se engaña,
Pues según el resultado,
Y lo de «Rey por la gracia
De Dios,» y lo de que gocen
Privilegios ciertas castas,
Resulta que Dios no hizo,
Y esto, chico, es cosa clara,
Sólo un Adán y una Eva
Que nuestro globo poblaran,
Sino hizo un Adán súbdito
De tierra inferior y mala,
Y para tronco de reyes
Un rey Adan de otra fábrica,
Con su Eva correspondiente,
Para eternizar la casta.
Hablas de ver al Ministro;
Hablas en tu extensa carta
De que el sombrero en la mano
Hasta la Moncloa vaya
Á visitar las cenizas
De héroes que allí descansan,
Y bajo tan triste influjo
Dé un grito de ¡viva España!
Hablas de que aquí te escoja
Una *jembra barbiana*,
De éstas de *¡miste qué Dios!*
Bello cuerpo y grande alma;
Hablas, en fin, caro amigo,
De casos y cosas tantas,
Que requiere tal respuesta
Observaciones tan amplias,
Que yo, no queriendo hacer
Interminable esta carta,
Y no queriendo dejar
Sin contestación tu grata,
Hago aquí punto y prometo
En la próxima semana
Replicar cumplidamente
Á tu epístola estimada.
Entretanto te reitero
Mi amistad, siempre acendrada,
Tanto aquí como en Sevilla,
Ó en cualquier punto de España.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

(1) Véase el número 30.

Á FULANITO

(QUE SE LA DA DE CALAVERÓN.)

Por don le quiera que fui
La razón atropellé,
Mil conquistas emprendí
Y mil palos me llevé.
ZORRILLA y YO.

Querido compañero Fulanito,
Alias don Juan Tenorio,
Que está siempre detrás de alguna esquina
Haciendo lo que aquí se llama *el oso*:
Atiende á estos renglones, que aunque estén
Hechos de cualquier modo,
Te dirán tres verdades....
Ó cuatro.... ó seis.... ú ocho....
Si estuviese de moda
Usar capa y espada, estarías loco
Yendo por los obscuros callejones
Cubierto hasta los ojos;
Parándote delante de una casa,
En larga calle, solo,
Y prendiendo una escala de un balcón
Ir subiendo por ella poco á poco;
Y después de pasar con tu adorada
Un rato de tertulia delicioso,
Bajar con gran cautela y embozarte....
Y ahí va don Juan Tenorio.
Pero ahora usas *bombín*:
En vez de capa larga, abrigo corto,
Y en lugar de la espada un bastoncito
Para echarla de *pollo*.
Mas, aun así, tu genio calavera,
Y de galán antiguo, sobre todo,
Te hace estar de conquistas diariamente
Y haciendo de Mejía el papel propio.
En fin, que tú debiste de existir
En tiempos más remotos.
Adiós, galán, matón y enamorado
Del siglo diez y ocho.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

HASTA NUNCA

Te mando el rizo de tu blondo pelo,
Tus cartas, un listón y tu retrato,
Y el monograma de tu nombre ingrato
Que marcaste con seda en tu pañuelo.
Lo quiere así tu corazón de hielo
Y yo tu helada voluntad acato:
Ya estoy libre del cura y del curato;
¡Dios te lo pague por allá en el cielo!
Me alegro, y nada en mi favor arguyo;
Alégrate también sin ironía.
¡Qué dicha! me libraste de ser tuyo.
¡Qué placer! te libraste de ser mía.
¡Qué dicha y qué placer! cada uno el suyo.
¡Hasta nunca, sobrina de tu tía!

J. CORONADO DE LA SIERRA.

HISTORIA MUDA *(por Grafito).*











EPIGRAMA

Nicanor Pérez Romero,
Que es actor de gran valía,
Interpretó cierto día,
Por falta de un compañero,
De Jesucristo el papel;
Y lo hizo el pobre tan mal,
Que el público en general
Le dió una silba *cruel.*
Y al marcharse Nicanor
Á su casa, compungido
Dijo:—Esto me ha sucedido
Por meterme á Redentor.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

RIMA

Sobre el rudo peñasco,
Donde la onda
Se quiebra y forma encajes
De fina blonda,
Me juró que me amaba,
Y me ponía
Por testigo las olas.
¡Cuánta alegría!

Pero ¡ay! como el encage
Que forma blonda,
Y que huye del peñasco
Que hirió la onda,
Huyó aquel juramento
Con su belleza;
Y á su recuerdo, ¡ingrata!,
¡Cuánta tristeza!

R. CORTÉS.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid:— D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, café de la Concepción.

Aquellos de nuestros suscriptores que durante el verano se ausenten de Sevilla pueden recibir este periódico en su residencia veraniega sin aumento alguno en el precio de suscripción.

Basta para ello que se sirvan enviar oportunamente á esta Administración nota de la dirección que hemos de poner en la correspondiente faja.

Hemos tenido el gusto de recibir la visita del nuevo periódico que ha comenzado á publicarse en Madrid con el título de *El Curioso Parlante*, y que dirige el conocido escritor D. Antonio Sánchez Perez.

Reciba el ilustrado colega nuestras más expresivas gracias por su atención.

También nos ha visitado *La Universidad*, de Barcelona, órgano defensor de los intereses de los estudiantes españoles.

Nos adherimos de todas veras á las fiestas escolares que proyecta y le devolvemos gustosos el cambio.

Ha fallecido, víctima de penosa enfermedad, el jóven periodista republicano Rafael Galán.

Era honrado, valiente é ilustrado.

¡Descanse en paz!

* * *

CONSULTAS

Mateo, Sevilla.—Pregunta usted, *Mateo*, muy formal,
«¿Por qué á la *sosa* se le llama *sal*;»
Fácil contestación tiene la cosa:
«Porque no es *sosa sal*, sino *salsosa*.»

El que asó la manteca, Sevilla.—¡Vaya un artículo! Si le he de hablar con franqueza.... no le veo la punta ni al trabajito ni al idem que se tomó *el que asó la manteca.*

Don Económico, Granada.—Le digo á usted en buen tono
Que su epigrama es *malico.*
Dispense usted, señor *Mico*
Don Econo.

Cascabeles, Sevilla.—Hombre, eso de
«La luna de nube en nube
Hacia el horizonte sube....»
no lo entiendo yo. Ni nadie.

Uno muy malo, Sevilla.—No es tan malo, ¡cá!, es peor.

Un chato, Sevilla.—Usted no sabe dónde tiene las narices.

Tres pies para un banco, Sevilla.—Estamos de acuerdo.

Sr. D. L. L. de Q., Sevilla.
¡Fuerza del consonante á lo que oblogas!
¡Á decir que son blancas las hormogas!

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 8 de Julio de 1888. Núm. 36.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO
Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. Precio: 10 cénts.

ESCRITORES SEVILLANOS
JOSÉ RODRIGUEZ LA ORDEN (Carrasquilla).

LA REINA ENFERMA
EL BALUARTE
LA UNIÓN MERCANTIL
REVISTA DE TOROS

Como escritor, por su firma
Media España lo conoce.
No le gustan los elogios:
¡Ese es Rodriguez La Orden!

SUMARIO

CRÓNICA

Y punto final....

Los tocadores de pianos de manubrio han cerrado sus pedigüeños picos y han dado paz á la mano en su antipatriótica tarea de ensordecer á la humanidad y de hacer que aborreciéramos la música, ese lenguaje de dioses que calma los agudos dolores y amansa á las fieras, según es pública voz y fama.

Hay quien cree que los tales pianillos tenían participación no escasa en los escándalos y riñas que con frecuencia lamentable se repetían, pues el constante cencerreo de los malhadados instrumentos ponía de mal humor á los hombres, sacaba de sus casillas á las mujeres y predisponía á los unos y á las otras á tirarse los trastos á la cabeza ó á mesarse los cabellos por quítame allá esas pajas ó por quítame allá esos calzones.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que desde que se retiraron á la vida privada los pianillos estamos sin saber lo que nos pasa, aturdidos como el hombre de negocios que de una ciudad populosa se traslada á pacífica aldea, ó como maestro de escuela en día de vacaciones, ó como aficionado á toros el domingo que no hay corrida....

Y nada más natural: es que ya nos parecía mentira que habíamos de tener la dicha de dejar de oir el infernal concierto de esa música sin alma, de ese tocar de esqueletos—que crujidos de huesos parecían las notas—coreado por criadas, chiquillos y cadetes de Vigo—vulgo gallegos—que hacían gala de sus conocimientos filarmónicos acompañando dignamente á los graznidos que salían de las cajas del manubrio, que siempre me parecieron juguetes de condenados.

En fin, gracias á Dios, á la prensa y á Varea, que se nos ha quitado de encima esa plaga casi tan dañina como la de los malos versificadores.

Pero—¡siempre la maldita fruta de Ronda ha de venir, como manzana de la discordia, á acibarar nuestros momentos felices!—pero, repito, aun quedan un sin fin de tocadores de manubrios, que dan mucho ruido y pocas nueces, es decir, muchas castañas, como son los políticos que pregonan vino y venden vinagre; los salvadores de la humanidad, que ofrecen el oro y el moro, y hasta la luna, á cambio de la *guita* que los demás ganan con el sudor de la frente, los embaucadores de todas....

—Mas ¿qué oigo?

—Un pianillo tocando *Niña Pancha.*

—¿Uno solo? Porque me parecen lo menos diez.

—Es verdad: es que poco mas allá toca otro el *Caballero de Gracia.*

—Esto sí que ha tenido gracia, caballeros; nuestro gozo en un pozo: ahora que á los dos días de no oir música.... infernal me iba creyendo que Varea había hecho un milagro, salimos con que tocan por partida doble.

De suerte que no hay nada de lo dicho: los pianillos siguen erre que erre y nosotros dados á todos los tocadores, que es lo mismo que darse á todos los demonios.

El Sr. Varea, por otra parte, será muy alcalde de Sevilla, y muy celoso, y muy.... todo lo que ustedes quieran; pero yo digo y sostengo que es más sordo que una tapia, puesto que no oye las quejas de la prensa, ni siquiera el infame ruido de los pianillos.

Por todo lo cual propongo que cuando se le erija una estatua á D. Fernando le representen de pie sobre un pianillo y tocando el violón.

Para que se pueda decir de él con verdad:

—*Sicut vita, finis ita.*

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

LACRIMÆ RERUM

Nos sorprendió aguacero repentino,
Y tú te dirigiste presurosa
Hacia la verde bóveda frondosa
Que desplegaba cerca ingente pino.
Vago temblor en raudo torbellino
Cruzó del árbol por la copa hojosa,
Que hasta tus plantas se abatió gozosa
Y dulcemente á cobijarte vino.
Mientras allí tuvistes hospedaje
No penetró la lluvia en la tupida
Red que formaba el áspero ramaje;
Pero, al seguir la marcha interrumpida,
Deshacerse ví en perlas el follaje
Llorando amargamente tu partida.

LUIS ROMERO Y ESPINOSA.

GATO ESCALDADO....

Un joven poetastro que tiene el alma rota
Y el corazón partido, según suele decir,
Y que al pulsar la lira arranca cada nota
Que el tímpano á cualquiera le rompe sin sentir;

Que bullen en su mente cincuenta tonterías,
Juzgándose poeta de gran inspiración,
Y escribe diariamente millares de poesías
Tan malas que al demonio le dan la desazón;

Y cuenta que la vida del hombre es tan amarga,
Tan triste y desastrosa que ya no cabe más,
Y con sus producciones á Dios le da la carga,
Sin ver que de esas cosas se ríen los demás;

Por dársela de listo, por darla de ingenioso,
Ó echársela de raro, sin duda, Valentín,
Tan sólo en la Barqueta se inspira *haciendo el oso*,
É ignora en su extravío que es un *calabacín.*

Pues una tarde estaba sentado en el pedrusco
Donde, siempre que iba, solíase sentar,
Inmóvil, pensativo, con el semblante brusco,
Gozando del ambiente propio de aquel lugar,

Cuando llegó un novillo que habíase escapado
Y se plantó allí en medio, dudando lo que hacer,
Y el triste poetilla, bastante amedrentado,
Quedóse donde estaba, fingiendo no temer.

El toro lo divisa, con furia le acomete,
Y el joven, al momento, la huida proyectó;
Mas como fin de fiesta lo entrecogió el torete,
Y de una gran cornada al agua lo zampó.

Desaparece el bicho; y el vate, que sabía
Nadar, aunque muy poco, logró salvarse al fin,
Y le salió la gracia por una pulmonía
Que á poco más le cuesta la piel á Valentín.

. . . .

Desde entonces el chico dejó de ser poeta,
Al ver que aquella tarde tan desgraciado fué;
¡Y no volvió en su vida jamás por la Barqueta!...
Pero, dirán ustedes:—¿Y qué nos cuenta usté?

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

ENTRE DOS NIÑOS

CUENTECILLO

Al caer de una tarde de hermoso día de primavera; en esa hora en que las luces del sol se van perdiendo en el horizonte, dorando los picos de las sierras é iluminando los abismos del mar; cuando los pajarillos revoltosos cesan de entonar sus gorjeos indefinidos, y el ruiseñor amante se prepara entre las frondas del bosque umbrío á cantar sus endechas lastimeras; en esa hora en que las flores recogen sus aromas y cierran sus corolas purpurinas, temerosas de exponer su belleza ante los ojos de los nocturnos fantasmas que vagan en los espacios poblados de sombras; cuando la noche aparece en el mundo y el día se esconde en los cie-

los.... caminito de la gloria se encontraron las almas de dos niños.

Obedeciendo á la atracción misteriosa que forma la relación de igualdad, sin pensar se juntaron, y después de besarse cariñosa y amorosamente, se dieron las manos, y á manera de dos nubecitas pequeñas y diáfanas, decidieron seguir su ruta en amistosa compañía.

—¿Adónde vamos?—preguntó uno.

—No lo sé, amiguito,—contestó el otro.—He dejado la tierra porque yo no soy de allí.... Voy buscando mi familia.

—¿Y vas contento?

—¡Ya se ve!... Donde quiera que llegue á pedir asilo, me han de recoger con más amor. Soñé anoche con la gloria: en ella vi á muchos hermanitos míos, que me hacían señas, diciéndome á la vez:—¡Vente, vente con nosotros, no permanezcas ahí por más tiempo! ¡Verás qué bueno y qué bonito es Dios!

—¿Y abandonas á tu madre, y estás alegre?... Tú no eres bueno.

—Nó, amiguito, ¡si yo no tuve madre!... Es decir, sí, tuve muchas madres, pero ninguna era la mía.... La mía me tiró á la calle, y me recogió una vieja seca y fría, que se llamaba *La Inclusa*. Pero aun cuando hizo conmigo esa obra de caridad, jamás la pude ver. ¡Era tan seria!

—¡Por eso vas contento á la gloria!

—¿Y tú nó?... ¡Y vas á ver á los angelitos, que están cantando junto al trono del Señor!

—Veré, como tú dices, á los ángeles; pero.... ¡si vieras qué pena tengo! He dejado allá abajo á mi madre, que, desde que me vió venir, no cesa de hacerme señas. Mi madre no fué como la tuya: me quería mucho. ¡Mira tú si me querría, que con su sangre me alimentaba! Siempre estaba junto á mí. Cuando iba á dormir en mi cunita, ella me cantaba con un arrullo tan armonioso, que no lo habrá igual, yo te lo aseguro, en la gloria adonde vamos. Jamás cerré mis párpados sin que ella me los besara antes una, dos, tres.... muchas veces.

—¿Y qué es un beso, amiguito?

—¡Ah! ¿tú no lo sabes? Por eso vas contento. Si tu madre te hubiera besado, no irías sonriéndote á la gloria. ¡Ya se ve que nó! Mira: un beso es un cariño nada más, pero tan distinto, á veces, que no hay palabras que lo puedan explicar. Un beso, por regla general, es una manifestación más ó menos ruidosa, que da cualquiera; pero un beso de madre no es una manifestación, sino todas las manifestaciones; no es un cariño, sino todos los cariños; no es un beso, sino todos los besos en uno: en él viene algo del alma, algo del corazón, algo que no es de allí, de aquella tierra mísera que acabamos de abandonar, sino que será de estos sitios en donde está Dios, porque Dios mismo debe ser divino Espíritu formado con los besos de las madres.

—¡Ay, amiguito! ¡Qué tristeza es vivir sin madre! Tú vienes de la tierra, y de ella traes un consuelo.... Yo la he abandonado, y de mi paso no queda la huella más leve. Tú has dejado un corazón vacío, el corazón de tu madre; yo.... he dejado solitario un hueco en el almacén de la caridad. Por eso vengo contento, porque no me amaban....

—Pues por eso, mi buen compañero, vengo yo triste.... ¡porque me amaban!

—Compañerito mío, ya llegamos.... Esta debe ser la gloria, porque no hay más que niños como nosotros.... Entremos.

—Espera.... espera.

—¿Qué miras?

—¿No ves allá abajo dos luceros que parece que lloran y miran hacia aquí?... Pues esos deben ser aquellos ojos hermosos y radiantes, que me anunciaban el día al despertar.... Parece que me hablan: sí, sí, me dicen que vaya. ¡Voy, madre mía, voy! Quédate tú ahí, amiguito; esta gloria será para los niños que no tienen madre. Esta no es mi gloria: ¡mi gloria está allí!...

J. Rodríguez La Orden.

¿CUÁL?

I

Muy pocos habrá en el mundo
Que aventajen en riquezas
Á don Juan Ramírez Verde,
Marqués de la Berengena,
Duque de.... yo no sé cuántos,
Varón de.... etcétera etcétera,
Porque tiene más millones
Que pelos en la cabeza.
Como le sobra el dinero,
Cosa que tanto escasea,
Le *tiran* cada sablazo
Que ¡es natural! lo revientan.
Uno:—Don Juan, que mis hijos...
Que mi mujer.... que mi suegra....
Otro:—Que debo un dinero
Á un prestamista.... y quisiera....
Y así sucesivamente
Todos le explican sus penas.
Es más; estando en su casa,
Van á darle la jaqueca
Infinidad de cesantes
Que descansar no le dejan.
¿Está el dueño?
—Sí, señor;
Está, pero no da audiencia.
—Haga el favor de decirle
Que es Martínez, que desea
Hablar con él.
—No se puede.
—Pues, hombre, aunque no se pueda,
Pásele usted el recado.—
. . . .
Avisa el portero.... y entra.
—¿Qué hay de lo nuestro?-pregunta
Á don Juan.
—Nada,—contesta.
—No me eche usted en olvido....
—Nó, señor.
—Pues yo quisiera
Una recomendación
Para Moret ó Albareda.
—Bueno, vuelva usted mañana.
—¿No será mejor que vuelva
Esta tarde ó esta noche?
—Conforme, como usted quiera,—
Dice, sin saber qué dice,
Para ver si así lo deja.
Después de éste viene López,
Después Gil, después Ledesma,
Y después.... miles, y todos
Traen idéntica monserga.

II

Manuel González y López
Nunca conoció un ochavo,
Que unos nacen con estrella
Y otros nacen estrellados.
Sólo por esta *manía*
De no tener nunca un cuarto,
Nadie le mira á la cara
Ni nadie va á marearlo,
Y así, se pasa la vida
Viviendo de su trabajo.

—

Pues bien; de estos dos sujetos,
Rico uno y otro al contrario,
Lector, te hago una pregunta:
—¿Cuál es el más desgraciado?

Joaquín Álvarez Quintero.

Á UNA ROSA SECA

SONETO

¡Pobre flor! En tu efímera jornada
De seductora niña encanto fuiste,
Y tu aroma purísima vertiste
Sobre su esbelto pecho reclinada.
Pero, transcurrió el tiempo; te vió ajada,
Y de aquel talle ideal en que viviste
Te lanzó con desdén. Mas no moriste
De todos, por tu mal, abandonada.
Yo con afán te recogí del suelo,
Y guardé, cuidadoso, entre otras flores.
Pasar el tiempo he visto con anhelo,
Y observo, comparando sus rigores,
Que quiso conservar tu aroma el cielo,
Y á la niña.... ¡tan sólo sus colores!

Aurelio Yanguas Fleury.

BELLO IDEAL DE UN BOQUERA

Que haya gente por ahí
Que trabaje sin descanso,
Podrá suceder así,
Pero pruebo que es un ganso
El que en trabajar se afana,
Porque en el mundo es probado
Que el que piensa en el mañana
Es un tonto rematado.
Hoy á la moderna táctica
Se disfruta mucho más,
Viviendo la vida práctica....
Á costa de los demás.
Y puesto que este es el modo
De vivir mucho mejor,
Al sistema me acomodo:
Lo declaro sin rubor.
Viviré sin trabajar,
Sablazos dando á destajo,
Sin llegar nunca á pensar
Dónde encontraré trabajo.
Y así seré, por lo visto,
Tan feliz como un rentista;
Y todos dirán:—¡Qué listo!
¡Y qué muchacho, y qué vista!

Por la copia,
F. Vázquez.

Á LA SRTA. D.ª L. C.

Lola, en hermosura sola,
De gracia y virtud modelo,
Envidia de la amapola,
Cachito esencial del cielo,
Flor de divina corola,
Luz, esperanza, consuelo,
Sueño, nieve, sol, anhelo....
Retemonísima Lola,
Nada esperes del que escribe
Tras de verte, que, si vive,
Vive, Lola, lila y lelo.

Rodavlas Errot.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de Perecito en Madrid:— D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, café de la Concepción.

Aquellos de nuestros suscriptores que durante el verano se ausenten de Sevilla pueden recibir este periódico en su residencia veraniega sin aumento alguno en el precio de suscripción.



En día de fiesta.



En día de trabajo.

Basta para ello que se sirvan enviar oportunamente á esta Administración nota de la dirección que hemos de poner en la correspondiente faja.

El pintor Juan Barra Carro
Hace dos días pintaba
Un burro estancado en barro;
Y yo, que lo contemplaba,
Dije:—Carece de vida.
—Del mismo modo discurro,—
Me contestó. Y en seguida
Borró Barra, barro y burro.

En breve verá la luz pública un nuevo libro de nuestro amigo y colaborador D. Vicente Llorens y Asensio. Se titulará *Retazos*, y contendrá poesías inspiradas y artículos chispeantes, é irá ilustrado con caricaturas del eximio dibujante que oculta su nombre con el pseudónimo de *Alambrito*. Sólo valdrá—¡oh poder de la moderna industria!—una peseta. *Lo cual que*, dado lo bueno de los dibujos, lo mejor de la lectura y lo sublime de los fotograbados (que, dicho entre paréntesis, serán de Laporta), constituye un precio tan sumamente barato, que más no cabe.

Conque ya avisaré cuando salga.... y vayan ustedes preparando los treinta y cuatro cuartos.

Maresita mía,
Tú no digas *ná;*
Pero desde *er* jueves estoy *mu* malito:
¡Tengo *don Tomás!*

Leemos en un periódico de la Corte: «El cadáver del pobre marinero fué extraído del agua y conducido á la Casa de Socorro con algunas esperanzas de vida.»

Hombre, ¡qué rareza!
No había llegado á nuestras noticias semejante fenómeno.

Si el colega dice así,
De no ser eso una errata,
Hoy ha metido la pata.
Oui.

Francisco Nada y Estrada
Tiene fama conquistada
De ser un gran nadador,
Y me ha dicho Nicanor
Que Nada no nada nada.

Apesar de que en este mes no corresponde, ni mucho menos, dar número extraordinario, nosotros, siempre generosos y derrochadores como nadie, lo vamos á publicar, y muy pronto. ¡Como que el número próximo será el agraciado!

¿Qué tal, eh?

CONSULTAS

Le Savón de Pastaflore, Valverde del Camino.—Tiene incorrecciones y está muy dicho. Lo siento, como hay Dios.

Genófanes de Colofón, Sevilla.—Accediendo á sus súplicas, le damos á su composición, por ser la primera que escribe, un lugar en el periódico. Allá va íntegra:

«Á A........ a.

(Décima.)

Vaya, bonita tú no eres,
Ni vistes con elegancia,
Ni á la moda de la Francia,
Y tienes la vista al *revés;*
Tu pechito casi nulo es,
Una cuba tu cintura,
Es regular tu estatura,
Concédeme á mí tu perdón;
Pero es tu gran polisón
El barril de la basura.»

Está usted servido. Ahora nosotros no respondemos de las consecuencias.

Mateo, Sevilla.—

¿Que á la contestación no ve la punta,
Pues no hemos contestado á su pregunta
Como usted deseara?
Pues, hijo, está bien clara:
Ponga gran atención, señor *Mateo*,
Y le ha de ver la punta, ¡ya lo creo!

Un genio, Sevilla.—Piedra no es consonante de lleva. Adoquín ya varía.

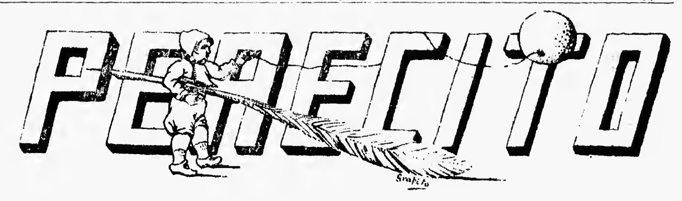
Sr. D. A. de T., Sevilla.—Queda usted snbbbsscripppto, como usted dice.

Sr. D. A. C. y G., Sevilla.—No se publica por su culpa: ¡si hubiera llegado al sexto mandamiento ya sería otra cosa!

PERECITO. Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—DOMINGO 15 DE JULIO DE 1888. NÚM. 37.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. **Precio: 10 cénts.**

POETISAS SEVILLANAS

MERCEDES DE VELILLA

Sus méritos no se esconden
Y es de inspiración abismo:
Sus **Ráfagas** nos responden
Y **El vencedor de sí mismo.**

SUMARIO

LA NOVELA DE LA AMISTAD

I

Ignoro cómo llegó á mi poder. La ví un día, entre otras, y por ser más bonita, por estar más limpia, por lo que fuera, en suma, le cobré particular estima y formé el propósito de que no nos separásemos una de otro sino en caso extremo.

Con ella soy dichoso,—yo decía;—porque mientras esté conmigo no ha de faltarme nunca una peseta del bolsillo; y si el dinero trae dinero, ella me sacará á la larga de la humilde condición de pobre.

Á lo menos ya estoy á salvo de cualquier apuro.

II

Murió mi madre.

Necesidades fueron apartando de mi lado á todas sus compañeras, y para comprarle una humilde mortaja con que cubrir su cuerpo me fué absolutamente indispensable desprenderme de ella.... nó, esto nó; apartarme de ella solamente, porque yo la hice promesa, yo me juré á mí mismo recuperarla cuanto antes, y seguirle dispensando mi predilección y mi cariño.

Era un servicio, era un favor inestimable el que iba á hacerme; era un compromiso, una necesidad la de que iba á aliviarme. ¿Y quién más indicada que mi mejor amiga, que me debía tanto interés y tanto afecto?

Si no, ¿qué es ni de qué sirve la amistad?

III

Despachóme el tendero su manufactura, díjome su importe y ella salió para satisfacer mi deuda.

¡Adiós, amiga mía; hasta luégo! Mi amor á tí se ha duplicado por esta merced señaladísima, que nunca olvidará mi corazón.

Y en este soliloquio me hallaba embebido, cuando, entre irritado y sarcástico, exclamó el tendero:

—¡Es falsa!

Yo creí que el mundo se conmovía en sus cimientos; pero, nada, todo quedó como antes, menos yo, que salí de la tienda corrido, avergonzado, y sin llevar mortaja para mi pobre madre.

IV

Y cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, que lo que yo tuve por aventura ó desventura extraordinaria es cosa que se ve todos los días é inconcusa doctrina que tiene acreditada la experiencia y un poeta ha sintetizado en estos versos:

«La amistad, ¡buen bocado!
Un amigo es un *perro* plateado.»

PEDRO SÁNCHEZ.

JURAMENTOS DE AMOR

I

Juana y Juan de tal modo se adoraban,
Que envidia á todos con su amor causaban
Y eran de los amantes vivo ejemplo.
Por probarle hasta dónde lo quería,
Ella le dijo un día:
—Llévame, Juan, al templo,
Que allí, al pie del altar, quiero ofrecerte
Ser tuya, solo tuya, hasta la muerte,
Y además, invocar con todas veras
Á Dios, para que sirva de testigo,
De que anhelo, en el caso que tú mueras,
En prueba de mi amor, morir contigo.—

II

Cuando al templo llegaron,
Ante el ara sagrada se postraron,
Y Juana, con profundo sentimiento,
Puesta ante Dios de hinojos,
Y arrasados de lágrimas los ojos,
Pronunció su solemne juramento.

III

Mientras él se encontraba bueno y sano,
Ella, fiel, su plegaria repetía,
Y, sobre el corazón puesta la mano,
Morir con Juan, como favor, pedía.
Pero llegó el instante
En que Juan cayó enfermo, de tal suerte,
Que vió llorando la mujer amante
Ya inevitable y próxima su muerte.
Entonces, á los pies de un Crucifijo,
Cual triste y desolada Magdalena,
De lágrimas bañada hincóse y dijo:
—¡Señor: si es fuerza que mi Juan sucumba,
Dejadme acá para sentir mi pena
Y ornar de flores su preciosa tumba!—

J. M. GUTIÉRREZ DE ALBA.

Colombia: Septiembre de 1883.

SR. D. MANUEL MATOSES

Ó bien don Andrés Corzuelo,
Que para el caso es lo mismo.
Distinguido compañero:
Ya recibí el ejemplar
Que en prueba de buen afecto
Se ha servido dedicarme
De *Loza ordinaria*, el nuevo
Libro que usté ha publicado;
Y lo que ante todo debo
De hacer es darle las gracias,
Bien dadas, correspondiendo
Así, ya que de otro modo
Corresponderle no puedo,
Á su favor y á la alta
Honra de que he sido objeto.
Y aunque yo no valgo nada,
Ni nada tampoco entiendo,
Ni voy á ninguna parte,
Ni aun siquiera me merezco
El honor de hablar de usted
Ó de una obra suya, y menos
En un periódico, hoy
En gran precisión me veo,
Por una galantería
De usted, que me obliga á ello.
Por tanto, he de limitarme
Á decir en malos versos
Lo que sabe todo el mundo,
Señor don Andrés Corzuelo;
Pues aunque, sin duda alguna,
Merece usted algo nuevo,
Yo no podré poner nada
De mi cosecha, cumpliendo
Mi deber de esa manera,
Que es como cumplirlo puedo.
Loza ordinaria es un libro
De los que dejan recuerdos
Agradables, pues contiene
De observación un portento.
En él hallará el lector,
Descritos con gran acierto,
Al empleado holgazán
Que pasa el día leyendo,
Que va tarde á la oficina,
Que habla con sus compañeros
Y que no hace nunca nada;
Al cuadro tan verdadero,
Lleno de luz y armonía,
De *inquisidores modernos*,
Ó vecinos, según dice
Usted, amigo Corzuelo;
Al infeliz autor cómico,
Que en la noche del estreno
Se encuentra junto al despacho
De los billetes, oyendo
Las palabras del que llega
Y dice al ventanillero:
—¿Qué sabe usted de la obra?
¡Tal vez será un esperpento!—
Y así sucesivamente
Lo escucha todo, sufriendo
La opinión de las personas
Que van á juzgarle luégo.
Y.... en fin, multitud de cosas
Que por ser breve no miento.
¡Todo esto con mucha sal
Y muchísimo salero!
Así es que con ese libro
Demuestra usted desde luego,
Una vez más, que es usted
De observadores modelo,
Que á las escenas que pinta
Les da luz y movimiento,
Que sabe apuntar detalles,
Notando hasta el más ligero,
Que maneja usté el idioma
De igual modo que un maestro,
Que su estilo es envidiable
Y.... en suma, señor Corzuelo,
Que encontramos en usted
Uno de nuestros primeros
Escritores de costumbres,
Buenos, buenos, buenos, buenos.

Esta ocasión aprovecha
Y le repite su afecto,
Su seguro servidor

S. ÁLVAREZ QUINTERO.

NUMA

(CUENTO DE MI ABUELA)

I

Aquella noche, mi amigo Claudio se empeñó en que fuera yo el cronista de algún asunto real ó ficticio, supuesto que hasta entonces todos los contertulios habían contado algo, menos él y yo.

—No te excuses hoy y danos con ello una prueba de tu numen literario.

No me hice de rogar y dije á mi auditorio:

—La petición de ustedes trae á mi memoria lo que yo hacía allá por el tiempo en que apenas se distinguen las sombras de la luz, y en que empieza á latir el corazón á impulsos de caricias y dulzuras; en aquella época solía encaramarme por las rodillas de mi abuelita, y la decía, ávido de dormirme en su regazo: «Cuéntame un *cuento*.»

Entonces aquella venerable anciana, de la que todavía resuena en mi oído el eco entrecortado de su voz, seca por el tiempo y apagada por las postreras vibraciones de la vida, apretaba sus pálidos labios so-

bre la tibia redondez de mi mejilla, y, casi siempre complaciente, comenzaba en estos términos: «Pues, señor; este era ver....»

Una noche en que el vendaval azotaba los muros del jardín con las ramas de los limoneros, y en que sonaban como quejidos por lo alto de la chimenea, corrí amedrentado á esconderme entre los brazos de mi abuelita, que me apretó entre los suyos, y para desvanecer mi sobresalto comenzó muy quedito á mi oído á narrarme esta historia:

II

—«Había en una ciudad muy grande y muy hermosa un soberbio palacio, en el que habitaba un magnate rico y poderoso á quien Dios había colmado de beneficios en premio de sus virtudes. Tenía un hijo pequeño, de cabellos rubios como la seda de las espigas, y era blanco como la pálida tez de la aurora; se llamaba Rodolfo. El príncipe, su padre, adoraba en él, porque era el solo descendiente que vivía de su familia.

El único compañero de Rodolfo, con quien compartía sus infantiles horas, era un hermoso perro de San Bernardo, llamado *Numa*, que devolvía la solicitud y el cariño durmiendo á los pies de su pequeño amo y lamiendo sus delicadas manos cuando le daba el pan.

Una tarde, acompañado de su aya, jugueteaba Rodolfo con su perro por la orilla del mar; más allá, obedeciendo á misterioso impulso, se alzaban las olas unas contra otras, crecían más y más empenachándose de hirviente espuma y con estruendo impetuoso se precipitaban sobre la playa, para morir deshechas y humilladas contra la arena, del mismo modo que concluyen y se deshacen todas las grandezas de la vida.

Por aquel encrespado mar surcaba, ansiosa de ganar la orilla, la débil barca de un pescador; no podría resistir, seguramente, el empuje de la resaca é iba á zozobrar, si Dios no había de impedirlo. Rodolfo y su aya, presos de congoja, quedaron quietos y mudos ante aquel espectáculo; de repente desapareció aquel barquichuelo bajo una ola arrasadora.

—Habrán perecido,—dijo el aya á Rodolfo.—Vámonos, hijo mío, á rezar por esos desgraciados.

Pero entonces notaron la ausencia del perro; por las mejillas de aquel niño rodaron dos lágrimas de pesar, y entre aquellos sollozos no dejaba de repetir:

—*Numa*, *Numa*, ¿dónde estás?

Aquel animal, dotado de un poderoso instito, nadaba mar adentro en socorro de los náufragos, consiguiendo, tras lucha vigorosa, arrastrar hasta los pies de su atribulado amo el cuerpo, vivo aún, de una niña, rubia como él.

Su desgraciado padre quedó en el fondo de aquel abismo.

III

Andando el tiempo, se celebraron en el palacio del Príncipe las bodas de Rodolfo con aquella niña salvada de las aguas. El amor unió aquellos dos corazones, y el hado quiso que de las mismas garras de la muerte naciera el sol de ventura de aquella huérfana; pero el infortunio, que anda siempre alrededor de los mortales, logró cobijar bajo sus negras alas á aquellos dos seres, y sucedió que un día Laura, la esposa de Rodolfo, mandó arrojar al mar á *Numa*, porque el viejo y achacoso perro había manchado la falda de su traje de brocado con las úlceras de su descarnado lomo.

Aquella ingratitud no pudo por menos de herir á Rodolfo, que increpó duramente á su esposa por semejante villanía. Desde entonces comenzó á nacer, y más tarde á echar raíces en el corazón de aquel hombre, la desconfianza; concluyendo por aborrecer á la que había sido el sabroso encanto de su existencia.

Un día, por fin, los dorados resplandores de aquel palacio se trocaron de improviso en negros crespones de muerte. Laura había amanecido en su lecho con el corazón atravesado por una daga; en el pomo de aquel puñal había sujeto un papel que ostentaba esta terrible sentencia: «La que arrebató la vida á quien debía la suya, y el honor á quien la colmó de grandezas, debe morir aplastada como las víboras.»

—Ya ves, hijo mío,—añadió mi abuelita,—cómo castiga el cielo la ingratitud.

IV

—Interesante es el episodio,—dijeron mis amigos.

—Pues no olvidéis la moraleja,—añadí yo.

—Tú, querido Claudio, eres el único que faltas.

Y Claudio contestó:

—Mañana me toca á mí.

. . . .

Al día siguiente cundió la noticia de que la mujer de nuestro amigo había amanecido asesinada, sin que después se haya podido averiguar si aquel hecho fué un crimen ó una justicia de Dios.

J. Moreno Suarez.

5 Marzo de 1888.

LAS CUENTAS DE ROSARIO

Don Cándido, con sesenta
Abriles y millonario,
Se ha casado con Rosario,
Que apenas diez y ocho cuenta.
Ella es bella y él muy feo;
Él la mima, ella se aburre....
¡Como que al diablo le ocurre
Tan desigual himeneo!
Y de esta desigualdad
Viene en pos, y es consiguiente,
Que el viejo toca su frente
Con cierta intranquilidad,
Y exclama de cuando en cuando
Sumido en sus reflexiones:
—¡Cuernos! ¿Serán ilusiones,
Ó me la estará pegando?—
Y con tan negros temores
Pasa la noche y el día
Convertido en un espía
De las acciones menores
Que su Rosario ejecuta,
Por ver si de ellas alcanza
Ó entera desconfianza,
Ó confianza absoluta.
¡Como si un marido viejo
(Que es ser dos veces marido)
Nunca hubiera sorprendido
De su mujer el manejo!
Pero don Cándido observa,
Pensando con candidez,
Que apesar de su vejez
Aun siente crecer la hierba.
Y debe de haber notado
Al fin algo que le inquiete,
Pues cada vez el vejete
Parece más escamado.
Y es que encuentra de diario
Escribiendo á su mujer,
Y aun no ha podido saber
Á quién escribe Rosario.
Cuando averiguarlo intenta,
Ella, sin turbarse, esconde
El papelito y responde:
—Es que ajustaba una cuenta.
Y el mozo, la lavandera,
La modista ó planchadora
Le sirven á cada hora
De disculpa ó tapadera.
Pero al ver que un día tras otro
Á *ella* las cuentas la ocupan,
Á *él* las cuentas le preocupan
Y le tienen en un potro.
Y el pobre sexagenario
Á todos entender deja,
Que tiene entre ceja y ceja
Las cuentas de su Rosario.

José Manuel de Villena.

¡¡HORROR!!

Querida Marta: recibí anhelante
Tu perfumada y sin igual misiva,
Y no te extrañes que en el mismo instante
Para reñir te escriba.

No es porque de tu amor esté cansado,
Ni te dejo por otra, bella Marta.
En tu carta está el quid de haber tronado;
Repasa bien la carta.

Tú me dirás (y yo no me incomodo)
Pérfido, zascandil, mal caballero;
¡Pero pintar tu *¡hamor!* con hache y todo....
¡Eso no lo tolero!

Joaquín Álvarez Quintero.

PLANCHA NOCTURNA

I

«Mi querido amigo Juan.
Te escribo, porque deshecho
Siento aquí dentro del pecho
Un enormísimo afán;
Y como tú eres mi amigo
Sincero, leal y honrado,
Francamente, á tí tan sólo
Te lo digo,
Porque estoy muy apurado,
Porque me encuentro hecho un bolo.

Paseaba la otra noche,
Ya cansado y aburrido,
Por la calle de Sevilla,
Cuando un coche
Tomó una hembra, ¡querido!
¡Qué chiquilla!
Caro Juan, vaya un palmito
Y vaya un andar bonito.
«¡Olé, cuerpo sandunguero!
(Le dije, aunque muy quedito):
¡Señora, vaya un salero
Que le ha dado Dios bendito!»
Tú, que sabes mi manía
Y que soy enamorado,
Sin trabajo habrás pensado
Cómo yo me quedaría.
Al verla partir, ligero
Alquilé un simón también,
Y dije: «En un santiamén
Sigue ese coche, cochero.»
Un palo al caballo dió,
Lo arreó,
Y así un gran rato marchamos:
Cuando el primero corría,
Mi automedonte seguía,
Hasta que por fin paramos
Delante de una gran casa,
Muy antigua,
Según su aspecto atestigua
Y dice á todo el que pasa.
El coche junto á la acera
Al momento se paró,
Y al mío le dije yo:
«Hasta que te avise, espera.»

II

Los casos en que me he visto,
Y en los que hubo misterio,
Recuerdo yo uno por uno;
Pero te juro, por Cristo,
Y te lo hablo muy serio,
Que ninguno
Lo que éste me hizo pensar.

VIÑETAS *(por Grafito).*




—¿Me prestas un duro, Andrés?
—No lo tengo, chico.
—Pues dámelo de tamaño natural.

III
Al fin transcurrió una hora,
Y cansado de esperar
Á la incógnita señora,
Comenzaron mis temores
Paseándome afanoso,
Pero, chico, ¡haciendo el oso
Como en mis tiempos mejores!
Pasó un gran rato, mas nada,
No salió la muy ladina,
Y yo.... parado en la esquina;
¡Qué bobada!
Á veces pensé marcharme,
Mas me detuvo su coche,
Que quieto toda la noche
Lograba al fin serenarme,
Pues creyéndolo argumento,
Pensaba de esta manera:
«Cuando el cochero la espera,
y al momento
No se marchó el muy gatera,
Después de haberla dejado,
No cabe duda ninguna
Que su gusto
Es que la haya esperado,
Pues la orden oportuna
Le daría, como es justo.»
Pero me engañó mi ciencia,
Pasando de mala gana,
Aunque con mucha paciencia,
Una noche *toledana*
Á la luna de *Valencia.*
. . . .
Cuando al fin fué ya de día,
Y ví que apesar de eso
Muy sereno, grave y tieso
El cochero allí seguía,
De una vez me decidí,
Me acerqué hacia donde estaba,
Y pregunté si esperaba
Quieto allí
Á la señora antedicha,
Aguardando muy atento
Que me diese aquel *jumento*
Una esperanza de dicha.
Mas así no sucedió,
Y con tono de aburrido,
Entre despierto y dormido
Lo siguiente contestó:
«Hombre, yo no espero nada,
Ni sé quién es la señora,
Sino que aquí tengo ahora
La parada;
Y como algún calavera
De noche suele alquilarme,
He decidido quedarme
En espera.»
Amigo, me volvió loco
La contestación aquella,
Y por poco,
Recordando que la bella
Con descoco
Me miraba y se reía
Cuando á la casa subía,
Cometo algún disparate,
Pues que loco me tenía
De remate.
Pero el partido prudente
De marchar tomé ligero,
Y pagando á mi cochero,
Que me esperaba paciente,
Terminó aquella aventura
Y aquella noche tan buena,
Como creí que sería,
Con la siguiente tontura:
¡Marchando á ocultar mi pena
En cualquier buñolería!
. . . .
Total de lo que he pescado
En seis horas no cabales:
Un solemne resfriado,
Y el coche.... ¡¡noventa reales!»

VICENTE LLORENS ASENSIO.

MENUDENCIAS

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Habiéndose inutilizado por completo una bonita alegoría del mes de Julio, que nos había remitido un reputado dibujante de Madrid para la plana del centro de PERECITO, y como el número doble lo íbamos á publicar únicamente por darle cabida á dicho dibujo, nos es imposible cumplir lo prometido.

Rogamos, pues, á nuestros suscriptores, que nos dispensen esta falta, que ya trataremos de resarcir más adelante.

Nada, paciencia, y.... otra vez será. ¡Qué hemos de hacerle!

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid:— D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, café de la Concepción.

Aquellos de nuestros suscriptores que durante el verano se ausenten de Sevilla pueden recibir este periódico en su residencia veraniega sin aumento alguno en el precio de suscripción.

Basta para ello que se sirvan enviar oportunamente á esta Administración nota de la dirección que hemos de poner en la correspondiente faja.

Barrica llaman á un chico
Que tiene mi amigo Paco;
Y, lector, te certifico
Que *Barrica* es un berraco
Y un borrico.

CONSULTAS

Sr. D. J. G. R., Sevilla.—Se publicará «*¡Eso es claro!*» porque.... *¡eso es claro!*

Sr. D. J. R., Sevilla.—Dispense usted: no sirve.

Mateo, Sevilla.—¿Le vió usted la punta por fin, sangre de horchata? ¡Si saltaba á la vista!

Sr. D. K. Beza D. Buey, Cabeza de Buey.—¡Cabeza de buey!

Dinamita, Sevilla.—Se podría publicar si *vamos* se escribiera con *b* larga, como usted lo pone, y si se supiera en qué metro está escrita.... y si tuviera gracia.... y tal.

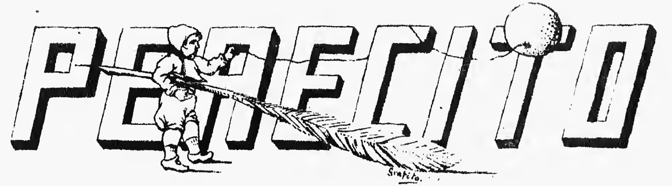
(¡....!)

Un jugador de ajedrez, Morón.—¿Se te ha ido el santo al cielo? ¿Qué haces?

PERECITO. Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—DOMINGO 22 DE JULIO DE 1888. NÚM. 38.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. **Precio: 10 cénts.**

PINTORES SEVILLANOS

TOMÁS POVEDANO

Grafito.

Dibujante superior
Y artista mucho mejor
Que otros de más nombradía;
Povedano es un pintor

SUMARIO

UN BAUTIZO

I

—Por aquí pasó la Vigen y aquí llegó y de aquí no pasó: buenas noches.

—Curro, parese mentira....

—Más vale botella tersiá, que hombre con tersianas.

—Oigasté, compare: se l'ha fartao á usté en argo?

—Señores: ¿sá menesté desirlo tó? Mi mujé está de un momento á otro y yo aquí entre cuatro amigos. ¿Me queo ó me voy?

—Vete, home, vete.

—Sí; que se vaya, que se vaya.

—Vayusté con Dios, amigo.

—*Compare*, vayusté con Dios.

—Eso.... jágamelo usté güeno cuando llegue er caso, que no tardará.

—Oigasté, lo que yo digo en broma, es sagrao.... y basta.

—Lo veremos.

(Todos ríen á carcajadas.)

—Hasta la vista.

—Adiós.... Adiós.... Adiós....

II

—Güenos días, maestro Pepe: la otra noche, tomando cuatro cañas de blanquete de Villanueva, se dejó usté desí *compare*, y dale con er compare; por sierto que yo lo agraesí á fe de Curro que me llamo, porque las bromas se jisieron pa los amigos, y miéntras más amigos más claridá, que dise er refrán. Totá: ¿usté está en eso de sé compadre mío? Porque Pepa, mi mujé, ha echao ar mundo un *carpintero*.... que yo entiendo.... Y no digo más.... Conque ¿sirve ó no sirve?

—Amigo Curro, yo no nasí pa rey, pero por la palabra no me ganan ni los tres Reyes Magos: lo que dije delante de una boteya de vino blanco es el Evangelio.... ¿Cuándo le echamos el agua?

—En eso, usté es er cuchiyo y yo la carne.... Corte usté, Pepe.

—Güeno; estamos á miércoles: ¿vaya que sea er domingo que viene?

—Vaya que sea.

—Hasta er domingo, si Dios quiere.

—Vayusté con Dios.... hasta la vista.

III

—Oye tú, Celipe; ¿cómo quearé yo mejó?

—Psch.... eso.... tú allá.

—Porque, mira; capa y órgano no sienta mal; pero dose velas en lugar de dos, y el intríngulis de la capa nueva en vez de la otra, y dos sacristanes y cuatro monaciyos.... ¿No es mejó abreviá?

—Hijo, eso.... tú allá.

—Porque yo.... es lo que digo: se le echa el agua.... como Dios manda.... y luégo, er dinero que quea, pues.... eso es: venga tela de verano.... Durse, á jartá.... Vino, sin tasa.... ¿No te paese?

—Jablas como un libro, Pepe: yo, en tu lugar.... le echaba el agua, armaba la fiesta, y.... cachirulo jecho.

—Choca ahí, Celipe.

—Venga de ahí, Pepe: viva la grasia....

—¿Grasia? Er domingo se verá.

—La veremos.... Y er que no la vea.... que se quée siego.

—¿Por qué, hombre? Viva Dios y tóo er mundo y er pan á ocho cuartos.

—Tamién es berdá.

—Pues, eso es.

IV

Fueron á la iglesia *cuatro* amigos; se le echó el agua al chiquillo de prisa y corriendo, no se lució la capa nueva, ni ardieron docenas de luces, ni alzó el gallo el órgano,... ni se pagó un dineral.... y.... ¡cosas de la vida!... Los monaguillos y los muchachos del barrio no atolondraron pidiendo *el pelón*.—¿Por qué?—Porque Pepe el padrino les dió *coba*, echó una *pimporrá*, los mandó callar luégo, y.... al llegar á la casa.... les echó otro puñado de calderilla bueno, pero bueno.

—Este sí que es un padrino,—decían los chiquillos.

—

Mientras el simpático padrino sorteaba á la pedigüeña chavalería, los mocitos del barrio miraban, remiraban y requebraban á la madrina, diciéndole.... vamos al decir:

—Comare, ¿quiere usté er morde de un angelito como ese?

—No lo tape usté tanto, que no es contrabando.

—Me gorbía *rorro* pa que me tomase usté en brazos.

—¡Ay, quién fuera er *parino* de esa madrina tan bonita!

—Madrina, ¿qué usté con un niño como yo?

(Los oyentes.)—¡Já! ¡já! ¡já!

—¡Silencio, deslenguados!

V

Bulla fuera, sordo rumor en los pasillos, y, al llegar á la puerta de la sala.... ¡Silencio¡

La madrina, con el carpintero en brazos (cosas de papá, ya quiere que el niño siga su oficio), llega hasta la cama, puesta de veinticinco alfileres, y le dice solemnemente á la parida:

—Comadre, aquí tiene usté á su hijo: me lo entregó moro y se lo devuelvo cristiano.

La madre besa á su hijo y á la comadre, y sonríe á todos mientras llueven las felicitaciones.

VI

—Mira Adorfo,—le dice el padrino á un sobrino suyo;—si quieres ganarte el título de *tabernero desente*, que no farte bebía hasta que los ladrillos digan «basta.»

Y añadió el mismo padrino:

—Oye tú, y lo primero es lo primero; que no me descuides las faldas, porque.... ya sabes.... si no fuera por la *má* los *ríos* se morirían de pena.

—*Ya'sta'cá*, tío.

—Pos muncho ojo: vino, er que convino; licó, nunca se acabó; ¿durse?.... duro, maresita mía, que de gusto no se ha muerto naide.

VII

—Ole, ole, venga de ahí; mositos é gusto, jembras de caliá, tocaores güenos y parmas é la tierra.... ¡Cuarquiá mos tose!

Esto decía la *Curriya*, mujer de cierta edad, pero de un humor que nunca se acaba, como la esencia de los jazmines, y le cortó el terreno un mozo *crúo* (que presume por la persona) diciéndole:

—No te estiendas, berdolaga; ¿con más años que un parmá y otabía quiés armá ruío?

Y la Curriya, que no tiene pelos en la lengua, y si fuera muda reventaba, le replicó:

—Ascucha, Juan de las Viñas; camisas de holan he visto yo jechas trapos, y chaquetas de alamares que no las querían en er Rastro.... ¿Oyes? Y por sé bonito el azafrán se reborcó en é er pimiento molío.... ¿T'has enterao, niño?.... Pues toma, y güerve por otra.

El padrino cortó esta *conversación* diciendo:

—Parmas, parmas; venga de ahí, tocaó; muchachas ar corro y mositos ar reor.... Esas, esas son las *sevillanas*.

Y con voz de querubín—supuesto que sean las más dulces y armoniosas las de esas potestades—sale una chiquilla cantando como quien no quiere la cosa:

«Boy á cantar las coplas
que m'han mandao,
que no quiero que digan:
—Malo y rogao.»

—Asuqulta, mare é mis entrañas,—grita un mozo entusiasmado.

Y otro, que no le va en zaga, dice para meterla en fatigas:

—Lo güeno no es malo cuando ues aprendío, mare é mis ojos.

Y ella, picada,—como es natural,—canta y recanta, diciendo:

«Si estuviera cantando
una semana,
una copla dos veces
no la cantara.»

—Olé, su vergüensa; duro ahí.—

«No la cantara (Sigue cantando como si nada oyera.)
si un rayito der sielo
no te matara.»

—Ver saleritos ahí, las mujeres con reaños.... ¡Premita Dios que me mate un rayo.... de *Manzanilla*.

Y apurando el vaso que le ofrece Adolfo, que es pintiparado para estas fiestas, remacha el clavo el mocito, diciendo con retintín:

—¡Hasta verte, Jesús mío!

Entre bromas y risas, y guiños y miradas, siguen bebiendo á destajo, mientras que los *chavales*—ellas y ellos—bailan que se las pelan, sin esperar la guitarra, ni las palmas, ni al Dios que los crió, como dice un viejo que no transige jamás ni nunca con esas precipitaciones inconsideradas de la juventud.

El cual viejo hace resonar su voz de caña cascada en estos términos:

—Cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento....

Y le interrumpe una rapaza coloradota y gordinflona, risueña y traviesa como ella sola:

—Señó, que no estamos en arviento, sino en un bautiso. Y venimos pa divertirnos.... ¿Está usté?

—Er demonio son estas chiquillas,—exclama el viejo;—es preciso dejarlas correr.... Ellas caerán.

Esas últimas fatídicas palabras son ahogadas por una voz nerviosa que grita:

—Á bailar.... á bailar..... que se acaba er mundo....

Ya está en pie una pareja: suenan los palillos, redoblan las palmadas, y, cuando nadie lo esperaba, sale del último rincón una voz gruesa,

pero acaramelada,—Dios, él y yo sabemos por qué,—cantando lo que reza esta copla:

«Á la que está bailando
que le echen rosas,
porque se lo merece
por buena mosa.»

—Venga la otra.... Que no se diga....
—Á lusirlo, ya que lo hay.
—Duro, poyo, que es de armiba.
Tras, tras....

La pareja abre los brazos, y, contestando por tabla al requiebro del rezagado, canta un mozo en primera fila:

«Señó bailadorsito
mire usté ar joyo,
que la niña que baila
ya tiene novio.
Mire usté ar suelo,
que la niña que baila
ya tiene dueño.»

Como entre copla y *chirigota* se han tomado sendos vasos de vino, —y de aguardiente, si no lo llevan ustedes á mal,—esta última copla cayó *tan bien*, que fué como una *granada* cuyos ardientes cascos fueran todos á dar sobre el delicado galanteador del rincón, pues se oyeron frases de este género:

—Guárdate ese confite.
—Anda, pa que te embobes.
—Has quedao bien.... ¡Jé, jé!
—Baila, niña, que va á cantar quien tú sabes.

Entonces aquel tímido mancebo, que no probara el vino ni había dicho en toda la noche esta boca es mía,—si no es para cantar aquella sentida é inofensiva copla,—dió un salto, plántose en medio del corro, y, mirando á todos y á ninguno, lanzó este apóstrofe:

—El sinvergüenza que sea capaz de hablar.... que salga á la calle.

Aquí fué de ver el infernal revuelo de mujeres,—y de hombres, con perdón sea dicho;—el instantáneo cambio de colores de los rostros, antes encendidos y ahora pajizos ó verdosos, de los atrevidos que dirigieran las inoportunas pullas; la gritería de los pacíficos, alborotando á más y mejor á las voces de «¡fuera, fuera!,» y, por último, la intervención de la autoridad nocturna, que, dando pruebas de su proverbial acierto, prendió.... ¿Sabéis á quién? Á un hermano del cantador del rincón, que gritaba y pedía por Dios y por todos los santos que se sentasen, que aquello había sido una broma de su hermano y que demandaba con lágrimas en los ojos que volviesen á sonar sin tardanza las palmas y los palillos, los oles y las coplas...

¡Oh mancebo generoso; tú, tú sólo fuiste á la casilla, siendo el que menos lo merecía de aquella reunión! ¡Séate tu sencillez leve!

Ello fué, que por causa tan fútil unas se fueron, se retiraron otras, se escabulleron muchos, no se conocían—para el caso—los pocos que quedaban, y... con éstas y con las otras ya habían sonado las del alba.

Cuando van á tocar en los cuarteles la diana, obedecen los alegres trasnochadores al toque de retreta; quiero decir, que se disolvió la reunión momentos antes de que el abuelo Febo se asomase á las barandas de la casa del Sr. Oriente.

¿Qué quedó de tanta animación?

Un *curda* en el patio, tirado como una aljofifa; una vieja arrimando sillas á la pared; Adolfo, *alumbrado*, buscando á quién convidar; el padrino dándose á Belcebú, porque el *Mengue* había venido á meter la pata....

Y la criatura, y su paciente madre y su prudentísimo padre.

¿Qué resta, pues?

La despedida.

Allá va.

VIII

La madrina:

—Buenas noches, comadre (á las cinco de la mañana); yo no le tengo ná que desí á usté, que me parese que esta noche bastante hemos jablao. Ea, con Dios, compadre; *hasta otra*.

El padrino:

—Comare, que haiga salú, y no le riña usté ar chiquillo, que ya es un hombre.

—Ay, ¡ojalá!,—dice la madre.

—Compare é mi arma, que Dios le dé á usté muchos años é salú pa ve ar niño jecho maestro é molino.

—*Amén*,—dice el padre por lo bajo.

Adolfo, con la botella de *peñascaró* empalmada:

—Cu...cu...urro, que.... que.... Dios le dé á usté salú.... pa.... pa.... pa ve ar niño.... jecho arcarde.... Eso es.

—Gracias, señores, gracias por todo; vayan ustedes con Dios. (Niña, apaga er quinqué, que ya ha salido el sol.)

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

UNA DEFINICIÓN

CUENTO

Viajaba yo una vez por el Tolima (1)
Con un joven arriero calentano (2),
Y, al coronar de un cerro la alta cima,
De parar me hizo seña con la mano.
—¿Se cansa usted?—pregunto al arriero;—
¡La cuesta es una cuesta del demonio!
—¡Nunca ella me cansó, cuando soltero,—
Dijo,—pero hoy ya cargo el matrimonio!
—¿Acaso el matrimonio pesa mucho?
—¡Ay, patrón! explicárselo quisiera
Como yo lo comprendo.—Ya lo escucho.—
Y el joven se expresó de esta manera:
—Es.... cual carga de miel, pesada y dura,
Que mata el lomo al que la va cargando;
Pero, en cambio, le ofrece la ventura
De dar un lametón de cuando en cuando.

J. M. GUTIÉRREZ DE ALBA.

Colombia, Octubre de 1883.

PARODIA

*¡Dios mío, qué vida
se pasa el sereno!*

—

Al punto sentóse,
Rendido de sueño,
En un buen poyete
Del largo paseo;
Y ora bostezando,
Ora sin bostezos,
Quedóse dormido
Lo mismo que un leño.
La luz del farol,
Que ardía en el suelo
Al lado del chuzo,
Alumbraba al cuerpo;
Y entre luz y sombra
Veíase, quieto,
Un hombre roncando
Igual que un becerro.
Se oyeron las doce:
Despertólo el eco
De las campanadas,
Y cantó entre sueños.
Ante aquel contraste
De ruidos diversos,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
*¡Dios mío, qué vida
Se pasa el sereno!*

—

Anduvo un poquito
Con un paso lento,
Y en otro poyete
Sentóse de nuevo.
Allí, de seguida,
Sin más miramientos,
Gozoso y tranquilo
Se entregó á Morfeo.
Al són de la una
Despertó al momento,
Y tras de cantarla
Prosiguió su sueño.
El lugar cruzaron
Las auras gimiendo,
Y el largo recinto
Quedóse en silencio.
Sólo se escuchaban,
Después de algún tiempo,
Los pasos de alguno
Que iba de bureo.
Ronquidos tan fuertes
Dió durante el sueño,
Tan á gusto estaba,
Que pensé un momento:
*¡Dios mío, qué vida
Se pasa el sereno!*

De la alta campana
La lengua de hierro
Señaló que era
De marcharse tiempo:
Sonaron las cuatro.
Varios basureros,
Con la sucia escoba,
Ya iban recogiendo
Toda la basura
Que estaba al encuentro,
Tocando sus pitos
Con ruidoso estruendo.
Al oir la algazara
Despertó el sereno,
Y con un saludo
Despidióse de ellos.
Con el chuzo al hombro,
Llevando al extremo
El farol colgado,
Marchóse ligero.
El día se entraba;
Y al ver todo aquello
Detrás de una esquina
Medité un momento:
*¡Dios mío, qué vida
Se pasa el sereno!*

—

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento,
Y están tiritando
Todos los serenos,
Del gandul *de marras*
Al punto me acuerdo.
Allí sólo piensa
En darse á Morfeo;
Allí está lanzando
Ronquidos sin cuento.
En otro poyete
Del largo paseo
Quizás haya alguno
Que se halle durmiendo.
. . . .
¿Va el sereno siempre?
¿Vuelve el sueño al sueño?
¿Todo se reduce
Á vivir durmiendo?
No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Amor á Morfeo,
Al dejar á alguno
Tranquilo en su sueño.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

(1) *Tolima*, uno de los Estados federales de la Unión Colombiana.
(2) *Calentano*, natural ó habitante de las tierras calientes.

Junta Directiva del CLUB DE LOS FEOS



Secretario.



Presidente.

Tesorero.



VOCALES

MI IDEAL

No quiero amor que brinde á los placeres,
No quiero dicha que resulte llanto;
Yo quiero amor sin duda ni quebranto,
Un alma, un pensamiento entre dos seres.
Yo no busco tan sólo en las mujeres
Esa belleza que produce encanto;
Las quiero con virtud, y me da espanto
Belleza sin virtud: cual si dijeres
Sol sin luz, una casa sin cimientos,
Mujer sin corazón ni sentimientos.

ANDRÉS DE LOS SANTOS.

EL DESENGAÑO

I

Aunque cien años viva,
Ten entendido
Que no volveré á hablarte
De aquel cariño.
Ya esculpí, cauto,
Sobre una dura piedra
Los desengaños
Con que, alevosamente,
Fué tu perfidia
Anublando en mi alma
Toda la dicha;
Pues las traiciones
Son los densos nublados
De los amores.
Y si en lo venidero,
Con frases vanas,
Quisieras prepararme
Nueva emboscada,
Mi pecho altivo,
Antes que en tí, en la piedra
Buscará abrigo,
Que en ella los renglones
Permaneciendo,
Mi pecho irán llenando
De desaliento,
Para que huya
Del fuego de tu engaño,
No lo consuma.

II

Huiré de tu presencia;
No quiero verte,
Aun siendo como el alba
Pura tu frente,
Do siempre brillan,
Cual si fueran dos soles,
Tus dos pupilas.
No quiero ver tu boca,
Con ser bermeja,
Más que los terebintos
De la Judea;
Que entre tus labios,
Dulce licor escondes
Emponzoñado.
Ni quiero ver los bucles
De tu cabello,
Que, aunque brillando encubran
Tu talle esbelto,
Suelen atarnos
Crueles, cual las cuerdas
De los tiranos.
Y aun más; pues aunque humillan
Lazos inicuos,
Impuestos por las manos
Del despotismo,
Mucho peores
Son los lazos que oprimen
Los corazones.

III

Los propósitos firmes
Que hace el despecho,
Como á las fortalezas
Suelen vencerlos,
Cuando les ponen
Un cerco, en que dos ojos
Son los cañones;
Por eso del engaño
La fiera saña,
No hay medio más seguro
Para evitarla,
Que huir, veloces,
Del lazo que nos tienden
Las ocasiones.
Mas si algún hado adverso
Vuelve á juntarnos
En esta senda estrecha
Por donde vamos,
Pasaré altivo,
Apartando la vista
De sus hechizos.
Y si acaso me ofrece
Total enmienda,
Le argüiré, conforme
Con la experiencia,
Y con Cervantes,
Que nunca fueron buenas
Segundas partes.

ANTONIO GUERRA Y OJEDA.

EPIGRAMA

Daba el público su fallo
Silbando al tenor Zapata,
Que al cantar *La Traviata*
Había dado más de un *gallo*.
Un valenciano precoz,
Que oyó la reyerta aquella,
Exclamó:— Qué gran paella
Si diera un poco de arroz!

R. PARODY.

PERECITO, Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**. —*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 29 de Julio de 1888. Núm. 39.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. Precio: 10 cénts.

ESCULTORES SEVILLANOS

ANTONIO SUSILLO

Su valiente cincel no tiene igual;
Es Susillo un portento en la escultura;
LA PRIMERA CONTIENDA le asegura
Renombre universal.

SUMARIO

SIN MONDADIENTES [1]

—Agur, amigo.

—¡Hola! ¿Adónde se va?

—Pues á dar una vueltecita por ahí para hacer tiempo, y después á comer.

—¿Á casa?

—Nó, señor, á la fonda de la Alcachofa, donde estoy hospedado. ¡Si no tengo la familia aquí!

—¡Hombre! ¡No sabía nada! ¿Conque á la fonda de la Alcachofa? ¿Sabe usted que he oído hablar muy bien de las comidas que dan en esa fonda?

—¡Psth! ¡No sirven mal!

—Yo he oído hacer mil elogios.... Tengo verdaderamente ganas de comer un día ahí.

—Pues véngase usted, y me acompaña de paso.

—¡Hombre! No me parece mal.... Por supuesto.... con su cuenta y razón. ¡Cada uno paga lo suyo!.... ¡Cuanto más amigos, más claros!....

—¿Quiere usted callar? ¿Cree usted que yendo conmigo le cobrarían?

—¿Nó?

—Nó, señor. ¡Yo pago cada mes!....

—Eso es una ventaja.

—¡Pues vamos!

—Ya que usted se empeña....

* * *

—Hombre, ¿usted por acá?

—Sí, señor; á dar mi paseíto.... y luégo....

—¡Voy á acompañarle á usted!

—Como usted guste.

—Y.... ¿qué hay de cosas?

—Pues....

—Hombre, usted me dispense; ahora que me acuerdo, ¿sabe usted que todavía no se ha borrado de mi memoria la comida que el otro día nos dieron en la fonda de la Alcachofa?

—¿Sí?

—¡Como usted lo oye! ¡Oh! Esa casa es digna de la reputación que disfruta.

—¡Psth! Sí....

—¡Qué limpieza! ¡qué exactitud! ¡qué buen gusto! ¡qué excelente cocina! ¿Se acuerda usted de la sopa que nos dieron? ¡Qué excelente puré!

—Sí, algunos días....

—¡Ah! ¡ya! ¿Conque eso es algunos días nada más?

—Es decir....

—¿Y recuerda usted aquel biftek que nos sirvieron? ¡Qué suculento! ¡qué jugoso! ¡qué carne tan tierna! ¡Oh! Cada vez que lo recuerdo se me hace agua en la boca.

—Pues cuando usted quiera volver á acompañarme....

—Hombre.... hoy estoy convidado; pero.... ¡vamos! para que vea usted que le prefiero, me voy á comer con usted esta tarde.

—¡Como usted guste!

—Sí, señor; y luégo, como usted tiene la ventaja de pagar por meses, ¡que es una ventaja! créame usted, porque eso de echar mano al bolsillo apenas acaba uno de comer....

* * *

—¡Hola, amigo mío!

—¡Hola!

—¡Si viera usted cuánto me alegro de haberle encontrado!

—¿Sí?

—Sí, señor. No sabía dónde ir á comer, y estaba dando vueltas en la imaginación y dudando por qué fonda decidirme, cuando le he visto á usted, y he visto el cielo abierto.

—¡Vaya!

—Sí, señor; lo que es hoy me convido; que usted quiera ó que no quiera, como con usted. Da gusto comer juntos dos amigos, verbigracia, usted y yo. Por supuesto, que me va usted á hacer un favor, un gran favor....

—Usted dirá.

—Pues un día tiene usted que comer conmigo, ¡sin remedio!

—¡Hombre!....

—Nada, nada, no hay excusa; el día en que se resuelva mi expediente y me repongan.... ¡gran día! Porque usted no me ha de dejar pagar en su fonda; y luégo, como tiene usted la ventaja de pagar por meses....

* * *

—Hombre, ¡tanto tiempo sin verle! ¿Qué ha sido de usted?

—Pues.... ¡nada! Por ahí he andado.... (¡huyendo de tí, tragón!)

—Yo decía: ¿Si estará malo? ¿Si se habrá marchado á Madrid? ¿Si le habrá ocurrido algo? Porque yo le he cobrado á usted mucho cariño.

—Gracias. (¡Así revientes!)

—La verdad es que en la mesa es donde se hacen amistades sinceras, y....

—Tiene usted razón. (¡Te voy á soltar un día una andanada!)

—¡Hombre, una cosa se me ocurre! ¿Le parece á usted que solemnicemos el día de hoy, en que nos hemos vuelto á ver al cabo de tantos días?

—¿Cómo?

—Comiendo juntos.

—¿Dónde?

—En la fonda donde usted vive.

—Me he ido ya de allí.

—No importa: irémos donde viva usted ahora.

—¡Sirven muy mal!

—¿Qué más da? Lo que usted coma, comeré yo. Para mí, lo principal es que comamos juntos.

—Además, yo como ahora más tarde.

—Me es igual. Para mí cualquier hora es buena.

—Entonces.... (¡Nada! ¡No hay quien pueda con él; le voy á echar un día una libra de jalapa, á ver si revienta!)

—Y diga usted, en esa nueva fonda ¿sigue usted teniendo la ventaja de pagar por meses?..

* * *

—¡Caramba! Le andaba á usted buscando....

—Pues ahora no puedo detenerme, porque voy á un asunto urgentísimo.

—Bueno; luégo nos veremos en la fonda.

—Nó; no estoy ya en la fonda.

—¿Pues dónde está usted?

—En ninguna parte.

—Entonces, ¿dónde come usted?

—Ya no como en Madrid ni en España.

—¿Cómo es eso?

—Porque ahora tomo el tren y me voy á Cádiz; allí pienso embarcarme para América, y hasta que llegue á un punto donde la gente coma sola, ó pague lo que come y no busque á los amigos para comerles un costado, hasta que llegue á ese punto pienso pasarme *sin comer*, ¿lo ha oído usted bien? SIN COMER. ¡Agur!

. . . .

—Creo que eso ha sido una indirecta grosera á los dos días que le he acompañado á la mesa. ¡Estoy por exigirle una explicación en el terreno de los caballeros! Lo pensaré detenidamente; ahora voy á ver si encuentro con quién comer hoy. Allí va Fulano: ¡corro á alcanzarle!

MANUEL MATOSES.

[1] Del libro *Loza Ordinaria*.

EL CASTILLO

Allá en la cima—que las nubes toca—
Del monte, coronado por la bruma,
Sobre cimientos de tajada roca,
Que salpica el torrente con su espuma,
El señorial castillo
Á la vista asombrada se presenta,
Contrastando la piedra cenicienta
Con el rojo reflejo del ladrillo.
Quizá empezó su fábrica el romano,
Que vió á sus pies vencido el orbe todo,
Levantó el fuerte muro el wisigodo
Y la almenada torre el mahometano.
¡Por él pasaron tan diversas gentes!
Fué defensa y abrigo
De razas y naciones diferentes:
De una sola opresión mudo testigo.

En honda quebradura de la sierra
Se esconde un valle, que se fué formando
Lentamente, robando
Arena al río, á la montaña tierra:
En soledad tranquila,
Á la sombra de abetos y castaños,
Pacen en la vertiente los rebaños
Al resonar alegre de la esquila:
De espigas mil cubiertas
Con el sol resplandecen las llanuras:
Fingen selvas oscuras
Los árboles frondosos de las huertas,
Que embalsaman el viento con su aroma;
Y allí la triste aldea se ha escondido
Cual indefensa y tímida paloma
Que del neblí sangriento oculta el nido.
Allá en la altura sin cesar se advierte

Són de cadenas y clamor de muerte,
Y el estandarte ondea
Del ceñudo señor de horca y cuchillo:
Abajo el tronco en el hogar humea....
¡Arriba está el castillo!
¡Abajo está la aldea!

Con igual pesadumbre
Que el granítico monte oprime el llano,
Á la mísera grey el castellano
Oprime con extraña servidumbre.
Para el señor el grano,
Los inquietos rebaños que pacían
En la verde ladera,
Los frutos que los árboles tenían;
Señor de haciendas y de vidas era
Y de otorgar á joven desposada
El vergonzoso honor de la pernada.

Mas ya, entre esas infamias seculares,
La santa libertad brota y germina,
Como entre amargas olas de los mares
La fuente de agua dulce y cristalina:
Su espada vengadora centellea,
Libre es el siervo al fin, ciudad la aldea,
Y lo que fué castillo es ya rúina.
—¡Sólo quedan, cortando el horizonte,
En la cima del monte,
Roto adarve; revueltos pasadizos
Que la piedra obstruyó; mochas almenas;
Mohosos eslabones de cadenas,
Férreos nervios de puentes levadizos;
Rajado torreón del homenaje,
Como guerrero, hendida la armadura,
Apoderado ya de la hendidura
De ortigas viles matorral salvaje,
Y desnudas de vidrios de colores
Las góticas ventanas
Á cuyo pie cantaron trovadores
La hermosura de altivas castellanas!

En torres y murallas largo empleo
Tuvo del vendaval la furia loca:
La lluvia con su pérfido goteo
Hundió techumbres y cavó la roca.
En la tenaz porfía
De luchas tan extrañas,
El gigante de piedra sintió un día
Penetrar el acero en sus entrañas,
Golpear la piqueta y el martillo,
El tronar de la pólvora, y acaso
Miró al siervo de ayer abrirse paso
Bajo el hondo cimiento del castillo.

Súbito un mónstruo por el llano extenso
Apareció; con fauces bramadoras
Lanzando torbellino de humo denso,
Salpicado de chispas voladoras,
Cual negro y rojo y colosal penacho
Sobre dorado yelmo reluciente
Ó vapor de un volcán sobre el picacho;
Y al escalar el áspera pendiente
La aguda resonancia
Extremó del silbido penetrante
Y oyóse, á gran distancia,
El hervor de su aliento jadeante.
—Sobre carril seguro,
Por el cóncavo túnel tenebroso
Aventuróse luégo,
Con ecos de la bóveda y del muro
El metálico estruendo fragoroso
De su rápida marcha redoblando,
Con ojos enormísimos de fuego
La obscuridad profunda iluminando.
Al fin salió de la montaña herida,
Y ante ciudad, despierta con la aurora,
Llevando luz y movimiento y vida
Paróse la veloz locomotora.

Cada vez que á la altura
Las trepidantes máquinas ascienden,
Los gastados sillares se desprenden
Del castillo, rodando á la llanura.
Y cuando el sol oculta sus reflejos
Y gime el buho en la yerbosa almena,
Brillan ojos enormes á lo lejos
Y el fragor de las máquinas resuena.

JOSÉ DE VELILLA.

PLEGARIA

Pajarillo que vuelas por los aires,
Con atención escucha la plegaria
De éste que ya no tiene ni una mota
Para ir á visitar á su adorada,
Que se ha marchado fuera
Hace próximamente una semana,
Pero anhela tener noticias suyas
Sin *molestarse* en escribirle cartas.
Si tú eres tan amable, pajarillo,
Que cumples, servicial, lo que te manda
Este pobre infeliz, que está pasando
Lo que muy pocos en el mundo pasan,
En una de tus muchas correrías
Te llegas y le dices á mi amada
Que no me olvido de ella ni por pienso,
Como viene diciéndome en sus cartas,
Sino, por el contrario, que la adoro
Con la vida y el alma;
Que la tengo presente en la memoria
Por la tarde, la noche y la mañana,
Y con profundo gozo y alegría
Espero su llegada,
Pues sin ella la vida es imposible;
Que recuerdo con ansia
Nuestras conversaciones amorosas
Por el cierro, el balcón ó la ventana,
Diciéndonos mil frases expresivas
Al par que delicadas,
Y lanzando á la atmósfera suspiros
Que salían del alma.
Dile también que cómo está mi suegra,
Es decir, la que tengo en lontananza,
Porque la quiero mucho, pero mucho,
Y afirmo que no hay suegra tan simpática
En toda la península española
Ni en ninguna nación civilizada.
Ve presuroso y dile.... pero, atiende,
Mejor será que no le digas nada;
Porque ahora que recuerdo
Es la infeliz.... ¡¡más sorda que una tapia!!

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MELODÍA

I

¡Qué triste es en largas
Horas de fatiga
Tras la noche negra
Ver llegar el día,
Y entre mil dolores
Y mil agonías
Pasar siempre enfermo
La azarosa vida!

II

¡Qué triste es ser joven
Y ver que otros gozan
Y pasan alegres
Su vida dichosa,
Mientras el enfermo
Sólo gime y llora!
¡Dios mío, qué vida
Más triste y penosa!

III

Cuando enfermo y pobre
Con ansias suspiro,
Y el corazón triste
Se halla dolorido;
Cuando entre tinieblas
Padeciendo gimo,
Exclamo: «¡Qué vida
Más triste, Dios mío!»

IV

El día en que muera
Será el feliz día
En que sea dichoso
Sin gozar de vida.

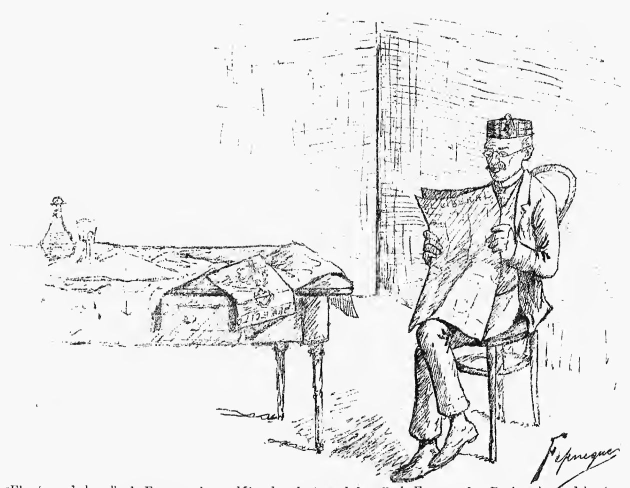
† JOSÉ SAINZ CALVO.

EPIGRAMAS

Anteayer hubo un duelo por la tarde
Entre José Valiente y don Clemente:
Valiente se portó como un cobárde;
Pero el otro quedó..., como *Valiente*.

—¿Su gracia?—le pregunté
Á una de la aristocracia.
—¿Mi gracia? Gracia.
—¿Sí, eh?

Á la orden del día.



«El crímen de la calle de Fuencarral....» «*Más sobre el crímen de la calle de Fuencarral.*» «Declaraciones del crímen de la calle de Fuencarral....» «*Más informes del crímen de la calle de Fuencarral....*»

Bien; veamos el folletín: «El crímen de la calle....» ¡Pues, señor, leeré los anuncios!!

¿Y dónde ha nacido usté?
—En Gracia.
—¡Pues tiene gracia!

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid:— D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, café de la Concepción.

Accediendo á los deseos de esta Redacción nos ha remitido la distinguida familia de nuestro inolvidable compañero José Sainz Calvo varias de sus composiciones inéditas, que comenzamos á publicar en el presente número.

Nuestros lectores verán sin duda con agrado las inspiradas poesías de nuestro malogrado amigo.

Se ha puesto á la venta el jugnete cómico en un acto y en prosa, original de nuestros compañeros de redacción los hermanos Álvarez Quintero, que se titula *Esgrima y amor*. Vale una peseta, y se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en casa de los comisionados de la *Administracion Lírico-Dramática* de don Eduardo Hidalgo. En Sevilla, en la librería de los Sres. Hijos de Fé y en esta Redacción, con veinticinco por ciento de rebaja á los suscriptores de PERECITO.

Libros recibidos.—CRISTO EN EL VATICANO: texto frances atribuido á Victor Hugo y traducción castellana de nuestro apreciable compañero é ilustrado colaborador *Micrófilo*.

Dejando á un lado las ideas religiosas que defiende la obra, y acerca de las cuales no diremos nada por impedirlo la índole de este semanario, no dudaremos en afirmar que la traducción está muy bien hecha, y es digna, por lo tanto, de un escritor tan notable como *Micrófilo*.

Precio del libro, dos reales.

POLÍTICOS SEVILLANOS (primera hornada), de D. Laureano R. Conchas, cuesta lo mismo que el anterior y contiene una buena porción de semblanzas.

También hemos recibido el brillante DISCURSO PRONUNCIADO POR D. JOSÉ DE VELILLA EN LA FIESTA-CERTAMEN DEL ATENEO Y SOCIEDAD DE EXCURSIONES DE ESTA CAPITAL.

Un millón de gracias á todos.

CONSULTAS

Sr. D. Y. Q. K., Pretil de la Cuesta.—¡Cómo se conoce que está usted á oscuras en esas cosas! ¡Si usted viera una por una las cartitas que nos remiten!

Sr. D. C. T., Valladolid.—Sentimos decirle que no se puede insertar, porque tiene incorrecciones de alguna consideración.

Uno que si no es un adoquín poco le falta, Sevilla.—Se conoce usted, amigo; como lo siento lo digo.

Sr. D. A. Y. F., Cádiz.—Se publicará.

Srta. D.ª A. M. de V., Sevilla.—Lo mismo digo.

Sr. D. J. M. de V., Sevilla.—Tres cuartos de lo propio.

Sr. D. B. L. P., Sevilla.—No sirve.

Sr. D. J. G. R., Sevilla.—No se publica *¡Eso es claro!* Porque.... hombre.... *¡eso es claro!*

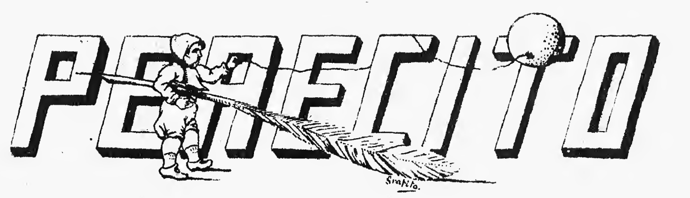
Cataclismo, Sevilla.—Ni fú ni fá.

¡Infeliz!, Sevilla.—Recuerdos de nuestra parte á *D. V. Ll. A.* Su composición es malita.

PERECITO, Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—DOMINGO 5 DE AGOSTO DE 1888. NÚM. 40



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. Precio: 10 cénts.

PINTORES SEVILLANOS

FERNANDO TIRADO



Dibujante distinguido
Y excelente colorista
Que conquistarse ha sabido
Justa fama como artista.

SUMARIO

CRÓNICA

«Las torres, que desprecio al aire fueron,
Á su gran pesadumbre se rindieron.»
RODRIGO CARO.

Tal es la obra del tiempo: palanca de la transformación universal, apoya la base de lo deleznable en los cimientos de cuanto parece fuerte, hasta que logra volcarlo con ruidoso estrépito.

Nada se escapa á la tenacidad incontrastable de ese agente demoledor: cuanto alienta en la creación le sirve de obligado juguete, siendo las vidas cual «heno á la mañana verde, seco á la tarde;» los más grandes monumentos del poder y de la soberbia humana son arrastrados cual leve pluma á impulsos de recio viento; las más perfectas instituciones caen en el abismo del no ser, sin dejar apenas somero indicio del papel que representaron; hasta los mundos son esclavos del inexorable tiempo, perdiéndose en el infinito espacio cual saliva arrojada en medio del mar.

Bien dijo Donoso Cortés:

«Nada está firme sino Dios: todo lo demás pasa y muere como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.»

* * *

La Iglesia Metropolitana de Sevilla, la Catedral, que, según el pensamiento del Cabildo que la proyectó, había de ser tal y tan buena, que sucesivas generaciones tendrían por locos á sus fundadores,—verdad confirmada por el tiempo;—ese colosal monumento, que daba testimonio de lá grandeza del catolicismo, de la fe de nuestros antepasados, de las maravillas del arte; esa gran fábrica, que parecía desafiar al tiempo, ha caído bajo su acción destructora: el miércoles de la pasada semana, á las tres de la tarde, flaqueó el pilar suroeste del crucero, y, cual castillo de naipes tocado por la mano de niño juguetón, vino al suelo, arrastrando en su caída el gran cimborrio y dos de las bóvedas laterales.

¿Cuáles sean las causas de la catástrofe?

Defectos de construcción, descuido en lo antiguo, negligencia en las obras de reparación por falta de medios, todo lo imaginable se aduce, sin reparar que lo ocurrido es lo más natural del mundo: fué; dejó de ser. Esa es la historia.

No hay para qué decir que los católicos y los amantes del arte, los sevillanos todos han deplorado hondamente el desplome de no pequeña parte del primero de nuestros monumentos artístico-religiosos.

Causado el daño, no queda otro recurso que pensar en el pronto remedio. Con gran satisfacción se ha visto que el Gobierno, la Diputación Provincial, el Ayuntamiento de Sevilla, la Cámara de Comercio y todas las Corporaciones se han brindado, desde el primer momento, á contribuir á la inmediata reconstrucción del suntuoso Templo.

Creemos que todos los ofrecimientos son sinceros: sólo falta que se traduzcan en elocuentes hechos; esto es, en importantes donativos, con los que pueda hacerse frente con holgura á las necesidades de tan importante obra, como es la que se trata de emprender á la mayor brevedad.

Creemos asimismo que el Cabildo Catedral, el Clero de esta diócesis y los católicos fervientes, especialmente los ricos, se apresurarán á abrir una suscripción con destino al objeto perseguido por todos.

Así, con el concurso de todos y bajo la base de los católicos, se logrará dar cima á la empresa, y se enorgullecerá nuevamente Sevilla con su gran Catedral.

¡Ojalá y se echen pronto á vuelo las campanas de la Giralda, en celebración de tan fausto acontecimiento!

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

PERRO QUE NO ANDA....

Señora doña Reposo:
Me gusta usted, sin tener
En su cara nada hermoso;
Pero *más vale caer*
En gracia, que ser gracioso.
La vi en el balcón sentada,
Y (sin ser estrafalario)
Dije:—Esta mujer me agrada;
Me viene como pedrada
En ojo de boticario.
Su rostro no es un portento,
Y diré, si me dispensa,
Que por ese estilo hay ciento;
Mas *donde menos se piensa*
Salta una liebre al momento.
Las guapas me han engañado,
Y les tengo antipatía
Á las feas, de contado:
Así es que *el gato escaldado*
Se aparta del agua fría.
De modo, que ya ve usté;
Sin ser su rostro bonito
Me enamora, ¡ya se ve!
Todo el mundo sabe que
De gustos no hay nada escrito.
Soy un muchacho soltero,
Dispongo de algún dinero,
Y aunque atrevido me llame
Le he de decir que la quiero;
Pues *buey suelto* mal *se lame.*
De formal y de cumplido
En mil partes tengo fama;
Por lo tanto, me decido:
—Yo quiero ser su marido,—
Que *el que no llora no mama.*
Mas.... si tiene usted mamá,
Puede que no me convenga,
Si confieso la *verdá;*
Porque, como usted sabrá,
No hay mal que por bien no venga.
Y si riñe con descoco,
Diciendo que antes estaba
Mejor, y que soy un loco,
No me conviene tampoco:
Quien mal anda, mal acaba.
Pues si logra al fin y al cabo
Matarme á riñas, discurro,
Que aunque su conducta *alabo,*
Bien dice el refrán, que *á burro*
Muerto, la cebada al rabo.
No accedo, pues, si es gruñona,
Y menos si usted me abona
Que á mi vista calmar pueda;
Pues *aunque vista la mona*
De seda, mona se queda.
Conque dígame (si quiere)
Si existe ó nó su mamá,
Que de fijo vivirá,
Pues *bicho malo no muere.*
Besa sus pies,

JULIO PLÁ.

Por la copia,
SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

QUIERO SABER

qué dice con su canto
El tierno pajarillo en la enramada;
Qué dicen los arroyos susurrantes
Por medio de la lengua de las aguas;
Qué dicen los murmullos de las fuentes,
Y qué dicen los ojos de mi amada.
Quiero saber del medio que se vale
Quien vive protegido por la Fama,
Escuchando las cosas que le dicen
Las fuentes y los ojos de las damas,
Siendo así que por más que las escucho
No entiendo una palabra.

Quiero saber las cosas más ocultas
Que pasan en el mundo; los canallas
Que viven disfrazados de señores,
Sin verse perseguidos de los guardias;
El peso de los años de mi abuela;
Las niñas que por feas no se casan;
Quiero saber de todo lo que ignoro,
Menos si tengo trampas.

MANUEL ÁLAMO.

LO DE LA CATEDRAL

Fatídico rumor hiere mi oído,
Y rápido se extiende por Sevilla;
Diz que su más preciada maravilla,
El Templo Catedral, se ha derruido.
Por el pronto el siniestro no es creído,
Pues parece una horrenda pesadilla;
Van telegramas á la regia villa,
Y por la prensa al punto es difundido.
Y apréstanse los Centros, Sociedades,
Cabildos y demás Corporaciones,
El Ministro del ramo, autoridades,
Y todos los que en tales ocasiones
Disponen de poder y facultades,
Á comenzar las nuevas construcciones.

VICENTE ADRIÁN NEVADO.

2 Agosto, 1888.

¡HUMORADITAS!

La boda—según afirma
Cierta niña—es un contrato
Que empieza por un retrato
Y acaba por una firma.

—¿Pero ha reñido usted con Sotero?
—Sí, señor. Es el hombre más insufrible que he conocido; ¡el día que le eche la vista encima, le rompo una costilla!..
—Eso es lo que él quisiera; no puede ver á su mujer.

Roca pegó un palizón
Á su bella esposa Paca.
—¿Y la pegó con razón?
—Nó, señor; con una estaca.

—¡Ya no hay clases!—exclamaba
Con tono de autoridad
Un orador elocuente.
Y un jóven, al escuchar
Esto, repuso en seguida:
—Tiene usted razón, pues ya,
Por no haberlas, se cerraron
Hasta en la Universidad.

—¿Conque te alegras de la muerte de tu mujer?
—Hombre, si he de hablarte con franqueza, sí. Hasta después de haberse muerto no he podido conseguir que entrara en caja.
—Lo comprendo.

—Ya he sabido la noticia
Y te doy mi parabién;
Con la muerte de Perico
Lograste ser de una vez
Lo rico que tú querías.
—Nó, chico.
—¿Me equivoqué?
—Desgraciadamente, sí,
Pues el difunto Soler
No me tocaba á mí nada;
Quien me toca es su mujer.

En una escuela:
El maestro.—¿Qué es lo que hizo Dalila á Sansón?
El niño.—Tomarle el pelo.

T. Bravo y Lecea.

RIMA

¿Veis cuál asoma al tallo, fresca y lozana,
La hermosa flor,
Mientras las golondrinas tejen, cantando,
Nido de amor?
Pronto las golondrinas, dejando el nido,
Se alejarán,
Mientras la flor, marchita, rueda en las alas
Del huracán.
Así, cual flor temprana, brotó en mi alma
Tierna ilusión;
Mas, cual ave su nido, solo ha dejado
Mi corazón.
Vuelven las golondrinas, y una flor nueva
Vuelve á nacer;
Pero las ilusiones que se ausentaron
No han de volver.

Amparo Manuel de Villena.

CUALQUIER COSA

Cierto vate decía entristecido:
—El mundo está perdido;
No hay cosa, Andrés, como nacer poeta
Para nacer seguro
De que no verá nunca medio duro.
¿Qué digo? ¿medio duro? ¡una peseta!—
Llegó poco después un zapatero,
Y dijo lastimero:
—Tú te quejas de vicio;
Tú tienes que decir, porque es tu oficio,
Que el mundo es un farsante,
Que es muy mala tu suerte,
Y que serás feliz sólo un instante,
¡El día de tu muerte!
Es más: dando por ciertas tus mil quejas,
No eres tan desgraciado,
Porque ¿dónde me dejas?
Yo, pobre zapatero,
Que vivo solamente del calzado,
Si se encuentra tronado el mundo entero,
¿No voy á estar tronado?—
Presentóse después un carbonero,
Un boticario, un médico, un torero,
Un albañil... y sucesivamente
Siguió llegando gente,
Probando uno por uno compungido
Que él era el más perdido.
Pero al fin un oyente,
Después de hacer estudio detenido,
Dijo:—Puede que diga un disparate,
Pero sólo he hallado
Uno que está tronado, ¡muy tronado!
Y no quedó un presente
Que no gritara con furor:—¡El vate!!

Joaquín Álvarez Quintero.

Á MI DISTINGUIDA AMIGA É INSPIRADA ARTISTA GADITANA

LA SRTA. PEPITA BRAOJOS

SONETO

Escuchando el cantar de ruiseñores
Entre las ramas del mimbral umbroso,
Á la orilla del Betis caudaloso,
En la estación risueña de las flores,
Sorprendióme el ciclón de mis dolores,
Y el impulso terrible del coloso
Llevóme junto al mar, que, portentoso,
Se agitaba terrible en sus furores.
Allí escuché tu voz, y en el momento
Exclamé de entusiasmo delirante,
«¡Un panorama igual con doble aumento!»
Y bendije dichoso aquel instante
Que hirió mi aletargado sentimiento
Tu hermosa voz de ruiseñor gigante.

Aurelio Yanguas Fleury.

¡APELARÉ Á LOS OJOS!

Ya que á mi tierno acento
Sigues rebelde,
Veré si con los ojos
Puedo vencerte;
Que las miradas,
Cuando bien se dirigen
Llegan al alma.

Suelen ser los suspiros
Leves correos,
Que fugaces transportan
Dulces afectos;
Los ojos dardos,
Que al corazón van prontos
Á subyugarlo.

Y es, que de los idiomas
Universales,
Ninguno al de los ojos
Puede igualarse;
¡Pero es tan breve,
Que el corazón y el alma
Sólo lo entienden!

Antonio Guerra y Ojeda.

LA VIDA

Como cruza fugaz el cielo inmenso
La blanca estrella que en la noche alumbra,
Y parece caer sobre la tierra
En cuanto el sol fulgura;
Así el hombre, al vivir en este mundo,
Por una inmensidad veloz circula,
Y es su vida una luz que incierta y vaga
Sólo un instante dura.

José Sainz Calvo.

BALADA

De este modo á mi presencia
Un mancebo se explicó:
—Ni ante el peso de la ley,
Ni ante el ángel de mi amor,

ESCENA DE FAMILIA



—Papá; yo quisiera que el viernes **partiéramos** á San Sebastián.

—Nó, hija, nó; porque **partiendo** á San Sebastián me **partes** á mí también, y resulta un viaje por **partida** doble.

Ni ante el trono, ni el poder,
Mi cabeza se inclinó.—
En esto, oyóse á lo lejos
El eco de dulce voz:
¡Era la voz de su madre....
Y humilde se arrodilló!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid:— D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, café de la Concepción.

Vende café Roque Reca,
É igualmente Roque Rico,
Y viajan de Ceca en Meca
Dando con el *Moka* el mico.

Ha entrado á formar parte de nuestra Redacción, nuestro apreciable amigo el distinguido escritor D. Eladio Pérez y Aguado.

Damos la enhorabuena á PERECITO y sus lectores.

Juan Chisca un drama estrenó,
Pero resultó fiasco,
Y le decía Miró:
—Chisca, ¡qué chusco es el chasco!

Ha visitado nuestra Redacción el nuevo periódico que ha comenzado á publicarse en esta capital con el título de *El Padre Adán*.

Dios guarde á usted muchos años.

Bestia llamó Apolinar
Á su tía Pura un día,
Y más tarde le decía,
Queriéndose disculpar:
—Nó; yo te dije:—*Ves, tía.*

Muestra de una freiduría de pescado:

«LA HONRADEZ PESCADO FRITO.»

Ea, pues ya lo saben ustedes. Cuando les pregunten qué es la honradez, no tienen más que contestar:—*¡Pescado frito!*

Y el que sea honrado, ya lo sabe para los días de vigilia.

Á un joven le preguntaron en una reunión, cuál era su país natal, y contestó:

—Á ver si lo aciertan ustedes porque casualmente hoy me lo han preguntado más de ocho mil personas, y no ha habido una que lo acierte.

Y todos los oyentes dijeron á una voz:

—¡No siga usted!: ¡andaluz!!

Última hora.—Hemos echado de nuestra Redacción á nuestro apreciable amigo el distinguido escritor D. Eladio Perez y Aguado.

Damos la enhoramala á PERECITO y sus lectores.

CONSULTAS

Vespasiano, Sevilla.—Ya no se estila escribir con los pies.

Sr. D. F. T. y L., Sevilla.—¿Es guasa?

Sr. D. J. T. de A., Sevilla.—No pueden ser puestos en el número próximo, como usted dice.

¡Ah! ní en ninguno. Lo siento.

Sr. D. N. N. y N., Sevilla.—No hay caso.

Sr. D. P. P. P. Rales, Sevilla.—Es malita. Queda usted servido.

Un Capitán de Fragata, Sevilla.—Está tan dicho, que más no cabe. Lo siento.

Sr. D. T. B. y L., Valladolid.—Se publicarán algunas. Puede seguir mandando.

Srta. D.ª M. D., Sevilla.—No nos gustan las seguidillas. Mande otra composición y procuraremos complacerla.

Srta. D.ª C. de S. y C., Morón.—¿Cómo se llama usted?

Mamarracho, Sevilla.—¡Pamplinoso!

Pichichi, Sevilla.—¡Olé! ¡tu mare!

PERECITO, Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 12 de Agosto de 1888. Núm. 41.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. Precio: 10 cénts.

PERIODISTAS SEVILLANOS

JUAN P. Y PÉREZ GIRONÉS

Es concejal zorrillista,
Y aunque tiene buena vista
Bien no está en aquella parte....
Pero como periodista
¡Bien lucha en su BALUARTE!

SUMARIO

INFLUENCIAS ACCIDENTALES

No pretendo entrar en el árido campo de las arduas lucubraciones psicológicas; pero respecto al genio, y á las circunstancias accidentales que le ayudan ó contrarían en su camino, tengo mi teoría propia.

Profundicen cuanto quieran los psicólogos mediante graves especulaciones científicas, que yo á mi gramática parda me atengo y á lo que me enseñan, merced á mis no muy perspicaces sentidos, los acontecimientos diarios y los hechos tangibles.

Dígase lo que se quiera de la incontrastable fuerza del genio, yo sostengo á piés juntillas que el más leve accidente material de la vida física puede ser obstáculo invencible, que tuerza ó bastardee el camino ó los impulsos del más sublime de los genios.

Cread (si fuera posible) uno á vuestro gusto: adornadlo con todas las perfecciones morales é intelectuales; otorgadle tan poderosa intuición, que nada se oculte á su perspicuidad; haced, en suma, un genio tal, que sea capaz de sobrepujar á Newton en astronomía, á Franklin en física, á Shakespeare en dramaturgia, á Byron en inspiración y á Lope en facundia: dadle después por nombre en la pila bautismal *José Gómez*,... y ¡adiós genio, inspiración, perspicuidad y perfecciones!, no habrá modo de hacerle salir de la oscuridad; sus más asombrosos inventos no lograrán dar relieve á su vulgar apellido; el mundo recordará el invento y olvidará el nombre del autor, y José Gómez el genio se verá confundido vitaliciamente con José Gómez el zapatero del portal, con José Gómez el albardero, José Gómez el que regentea la taberna de la esquina, y todos los José Gómez, en fin, que, como innumerable turba umbría y grisácea, llenan los campos, aldeas, villas y capitales de España.

Pero un día, de repente, jugad una inocente farsa: añadid al primero su segundo nombre de pila; reforzadlo con un patronímico retumbante; dadle, mediante una bien estudiada reforma, cadencia, armonía, sonoridad; llamadle, en fin, por ejemplo, *D. José Alejandro Gómez de Villa-Cantueso*, y le veréis al poco tiempo subir como la espuma, y oiréis su nombre cadenciosamente repetido por todos los labios, y la ilustre personalidad del sabio José Gómez, así anunciada, salvará al más leve impulso las fronteras de lo vulgar, penetrando en el templo de la Fama por las puertas de la Gloria.

Un nombre finchado y con sello de originalidad que le distinga es, en el problema de la celebridad, un dato más potente que toda la fuerza expansiva del genio.

Moraleja:—Un legislador-psicólogo, en atención á las influencias que en la masa general de los pueblos ejerce la sonoridad campanuda de los apellidos, considerando que el valor intelectual de un pueblo está en razón directa del número de hombres famosos que contiene, y tendiendo á facilitar, en cuanto sea posible, el más rápido encumbramiento de sus compatriotas, en beneficio particular de cada uno, y para el bien general del país, dictaría la siguiente ley:

Art. 1.° Todos los padres, desde la fecha de promulgación de esta ley, están obligados á dar á sus reciennacidos los nombres más raros, originales y estrambóticos que hallen en el calendario cristiano, con objeto de que quede perfectamente clara, precisa y bien definida la personalidad de sus hijos.

Art. 2.° Cuando el apellido del padre fuere un apellido de poca monta, como Pérez, López, Gómez, González, Díaz, Fernández, etc., está obligado aquél á reforzarlo con una armoniosa coletilla que, para mayor variedad, él mismo *sacará de su cabeza*.

Art. 3.° y último. Queda terminantemente prohibido usar los nombres Juan, José, Antonio, Manuel, etc., para todos aquellos casos en que tuvieren que combinarse con apellidos vulgares.

Dado en Palacio, etc.

El legislador que esto hiciera obtendría el aplauso de los espíritus pensadores por haber facilitado el camino de la celebridad á todos los sabios nonnatos de España, y en su tiempo se le erigiría una estatua, costeada por los bolsillos agradecidos de cuantos Porfirios y Lutfoldes, Clímacos y Quiricos, Mencios y Letos debieran su provechosa celebridad á las influencias de tan sabia ley.

Hé aquí mi teoría propia acerca de uno de los accidentes fortuitos que pueden desvirtuar la acción del genio: y por si acaso dudare alguno de la verdad de mi tesis, repase cuidadosamente su memoria y dígame después si recuerda haber visto en alguna bibliografía ó en algún catálogo de autores célebres españoles á Pérez el dramaturgo, López el filósofo ó Díaz el naturalista.

Por eso yo, queriendo contrarrestar el maleficio de mi vulgar apelativo, y para darle nueva forma que me diferencie de mis tocayos, no he querido llamarme Pérez á secas, sino

PERECITO.

MONT-SERRAT

I

El Mont-Serrat orgulloso
Alza sus crestas al cielo,
Orlan su frente las nubes
Que engendran el ronco trueno,
Y el Llobregat apacible
Lame sus pies en silencio.
Allí tímidas violetas
Dan su perfume á los vientos,
El boj retuerce sus ramas,
Sus hojas extiende el trébol,
Verdea la recia encina,
Perfuma el débil espliego,
Y la hiedra trepadora
Ciñe al árbol corpulento.
Margaritas y mosquetas,
En cariñoso concierto,
Parece como que copian
Los rutilantes luceros.
Brotan de las duras peñas
Los fugaces arroyuelos
Y las fuentes, cuyas aguas,
Líquidos cristales siendo,
Hilos de plata semejan,
Ó blancos y leves flecos
Que las ninfas y las náyades
En la laguna tejieron.
En lo más alto, las nubes,
El espacio azul, lo inmenso....
Del valle en lo más profundo
Duerme sosegado un pueblo.

II

Mont-Serrat, monte gigante,
Al que no se atreve el tiempo,
De la ciudad de los Condes
Enciendes el vivo fuego.
De su ardiente fe testigo,
Guardas en tus hondos senos
La imagen más peregrina
Que mortales ojos vieron.
Eres trono de la Virgen
En quien se complace el cielo....
¡Qué mejor trono en la tierra
Pudiera prestarle asiento!
Mil años, mil años hace
Que, por divino decreto,—
¡Oh Virgen!—tu augusta planta
Fijaste en el monte espeso.
¡Mil años! Cual las espumas
De los ríos, cual los sueños
De la infancia candorosa,
Fugaces desparecieron
Pueblos, ciudades, naciones
Y colosales imperios.
¡Cuántos ídolos de barro
De sus altares cayeron!
¡Cuánto polvo de ruinas
Es hoy juguete del viento!
Y tú, Mont-Serrat gigante,
Tú permaneces inhiesto,
Porque en tí vive la Virgen
Á quien ama todo un pueblo.
Eres templo levantado
Sobre profundos cimientos;
Tienes por bóvedas altas
La bóveda azul del cielo;
Por música melodiosa
El no imitado concierto
De los cantos de las aves
Con los murmullos del céfiro.
El aroma delicado
De las flores es tu incienso,
Y el mismo Dios en tí oficia,
Sus tesoros repartiendo....
¡En tí todo es grande, todo;
Tan sólo el hombre es pequeño!

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

EPICUREÍSMO

La vida es la vida; cuando ella se acaba,
Acaba con ella también el placer.
ESPRONCEDA.

Si es un juego la vida, jugad y fuerte;
Si es un fardo que abruma, soltadlo pronto;
Si es orgiaco banquete, bebed aprisa,
Y el que así no lo entienda.... ¡valiente tonto!
Que es la vida, señores, de cada hombre
Un cuento del que somos protagonistas,
Y los hay de mil clases, cómicos, serios,
Dramáticos, jocosos.... y clases mixtas.
Á cada cual su suerte le va enviando
Una hoja diaria para que lea
Y el folletín espere del día siguiente,
Que nunca viene escrito como él desea.
Se suceden los días, pasan las hojas,
La novela interesa, y al fin la trama
Resulta divertida como un sainete,
Ó con fieras escenas de melodrama.
Y cuando numerosos los folletines
Rellenan los archivos de la memoria
Llega una pulmonía y ¡adiós novela!
Murió el protagonista, ¡fin de la historia!
¿Más allá?... no lo niego, sin duda existen
Conciertos de querubes, eterno día,
Raudal inagotable de castos goces
Y, en fuente inextinguible, luz y ambrosía;
Mas yo no aspiro á tanto, yo soy humilde,
No pido ese infinito de los placeres
Ni cantos ni ambrosías; yo me contento
Con una vida corta, vino y mujeres.
Y si fuese mi suerte tan desdichada,
Que viviera sin vino y á más viudo,
Juzgara aquí la vida más horrorosa
Que en los negros abismos del rey cornudo.
Si al que le toca alegre goza y disfruta
Y al que le toca triste gime y soporta,
Y por eso éstos dicen «la vida es larga,»
Mientras dicen aquéllos «la vida es corta,»

Yo que río gimiendo y lloro gozando
Y no encuentro la vida corta ni larga
Sólo digo—sea leve ó abrumadora,
Gananciosa ó exhausta, dulce ó amarga—
Que si es juego la vida, jugad y fuerte;
Si es un fardo que abruma, soltadlo pronto;
Si es orgiaco banquete, bebed aprisa,
Y el que así no lo entienda.... ¡valiente tonto!

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

MI OPINIÓN

Señor don Diego María:
Me dispongo á contestar
Su carta del otro día,
Hoy que tengo algún lugar.
Dice usted que está cansado
De vida tan agitada
Como la que aquí ha llevado;
¡Y eso que nunca ha hecho nada!
Que le cansa, que le aburre,
Que no está bien ni un momento.
¡Hombre, á nadie se le ocurre!
Pero.... vengamos á cuento.
Quiere usted que formalmente
Le diga dónde ha de irse,
Para que modestamente
Goce y pueda divertirse;
Mas hallo la trabazón
De que un pueblo debe ser,
Y es difícil la cuestión.
Con todo, vamos á ver.

—

De SEGURA yo le juro
Que el trato le gustará,
Y en SEGURA, muy *seguro*,
Seguramente estará.
También puede irse, don Diego,
Si le parece mejor,
Á TORO; pues desde luego
Habrá *carne* superior.
Á GRACIA muy bien pudiera
Marchar, y al pelo estaría;
Y en GRACIA, como quisiera,
De fijo *gracia* tendría.
Si se *baña*, ¡ya se ve
Que á BAÑOS debe marcharse!
Y en BAÑOS.... ¡calcule usté
Si en BAÑOS podrá *bañarse*!
Y si le choca la gente
Que por embrollar delira,
En VERA seguramente
No hay tres que digan mentira.

—

Pues bien; ya que están nombrados
Varios que pueden servirle,
Quiero dejar apuntados
Los que no han de convenirle.

—

MULA es un pueblo al que creo
Que usté á marcharse se niega,
Pues es usted, según veo,
Un *mulo* en cuanto que llega.
De VILLAVICIOSA digo
Tan solamente una cosa,
Y es que es *vicioso*, mi amigo,
Pues dice VILLA....VICIOSA.

—

Pero voy á terminar,
Porque esto va siendo largo,
Y acabaré de indicar
Lo que usted puso á mi cargo.
Si piensa usted divertirse
Cada semana de un modo,
Á MARTOS puede usted irse,
Pues en MARTOS hay de todo.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

VOZ DEL ALMA

Enmudece el amante ante su amada,
Si amor ardiente y puro la profesa;
Mas lo que el labio tímido no expresa
Dícelo insinuante la mirada.
El eco dulce de esta voz callada
Resonando en el alma la embelesa,
Y en las redes de Amor cautiva y presa
Suele quedar la hermosa enamorada.
Del corazón la mágica elocuencia
Á través de los ojos centellea
Y nos conquista victoriosas palmas.
¡Dichoso el que conozca su influencia,
Y, cual sublime dón, feliz posea
Ese hermoso lenguaje de las almas!

JOSÉ MANUEL DE VILLENA.

UN LANCE DE HONOR

Si mal no estoy enterado,
Vicente insultó á Conrado,
Conrado insultó á Vicente;
Resumen del altercado:
Un lance quedó pendiente.
(Debo, lector, anunciar,
Antes de continuar,
Que Conrado siempre ha sido
Un *sablista* y un perdido
Que vive sin trabajar.)
Pues bien; sólo sucedió
Que al otro desafió,
Y que, al fin, según recelo,
Lo que empezó por un duelo
Por un almuerzo acabó,
Puesto que al día siguiente,
De un escaparate enfrente,
Ví á Conrado que decía:
—¡Hoy sí que me batiría
De segunda con Vicente!

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

RIMA

Esas perlas de rocío
Que brotan de tus pupilas,
Son aguas, gotas de agua
Que al formarse se disipan.

Esa flor fresca y lozana
Cuyo perfume cautiva,
La besará el nuevo sol
Ya deshojada y marchita.

Esta trenza de cabellos
Que me ofreciste rendida,
Si al fuego la arrojo, pronto
Se convertirá en cenizas.

Ese papel perfumado
En donde tu amor me pintas,
Si al aire lo diera, presto
El aire lo arrastraría.

Esas miradas de fuego
Que sobre mi rostro fijas,
Son fulgores de relámpago
Que mueren apenas brillan.

Tus palabras de cariño
Y tus promesas de dicha,
Ecos son que lleva el viento
En su marcha fugitiva.

Pero el recuerdo amoroso
Que te alcé en el alma mía,
Crecerá con tus desdenes,
Viviendo mientras yo viva.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid: —D. Julián Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, café de la Concepción.

Pintó un perro don Clemente
Y dijo al verlo Conrado:
—Este perro está pintado
Perramente.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que desde el número próximo contamos con la buena colaboración del distinguido pintor D. Tomás Povedano.

Supongo que les agradará á ustedes la noticia, ¿eh?

Ha visitado nuestra Redacción.... el Sr. López. (¡¡¡!!!)

—¿Usted plancha?
—Sí, señora.
—¿Y guisa usted?
—¡Ya lo creo!
—¿Cuánto quiere usted ganar?
—Por eso no reñiremos.
—¿Y cómo se llama?
—Higinia.
—¡Pues entonces no la quiero!

Hemos recibido el programa del Certámen científico y literario que el Ateneo de Córdoba celebrará el día 7 de Septiembre próximo.

Sentimos mucho no poder insertarlo por las cortas dimensiones de PERECITO.

Ya hacía tiempo que estábamos aguantados, sin decir nada; pero son tantas las quejas de nuestros suscriptores de provincias, que no podemos menos de poner como un trapo á los señores empleados de Correos y al Director general de *idem*.

¡Nada, que no se enmiendan!

Al entrá en er cimenterio
Pisé un güeso y dió un quejío:
¡Hombre! ¡qué cosa más rara!
¡Hasta ahora no lo he sabío!

El Sr. Varea ha tenido la amabilidad de mandarnos la *Memoria relativa á la Administración municipal de Sevilla, en el año económico de 1887-88.*

Damos las gracias.

De *La Razón*, Simeón,
Un número perdió un día,
Y Francisco le decía:
—Has perdido *la razón.*

A LAS SIETE DE LA TARDE



¿Dónde creen ustedes que va con tantos bastones? Pues al teatro Eslava, á ocupar con cada uno de ellos una silla para guardar el asiento á toda su familia, amigos y deudos.

Pensamiento de un sablista.—«Para estar *en fondos* hay que tirarse *á fondo.*» Lo que quiere decir, como habrán notado ustedes, que para tener dinero hay que dar sablazos.

S. Q. D.

Maresita, al lao
De mi redarción,
Se preparan peyejos de ascite
Y hay mu mal oló.

De un periódico:

«Ayer un sujeto hirió á otro en la calle Guadalquivir. La herida, que fué en el muslo.....»

¡Ah! ¿pero fué en el muslo? Yo creía que había sido en la calle Guadalquivir.

¡Ya decíamos nosotros!

Hizo de *barba* cierto peluquero
En una Compañía,
Y al fin de la función, un compañero,
—¡No sabes hacer *barbas!*—le decía.
Pero él contestó muy altanero:
—¡Ve á mi peluquería!

ÚLTIMA HORA.—Crimen Fuencarral calle misterioso.—Desafío Boulanger Floquet.—Romero Robledo picado diente.—Bismarck lastimaban callos. Curó escofina Losada. Recomiéndola.—Castelar comprado sombrero paja. Le cae bien.

El Corresponsal.

CONSULTAS

Una señorita, Sevilla.—Dispense usted, señorita; pero eso está escrito con los pies.

¡Y más que con los pies!

Sr. D. K. L., Sevilla.—No sirve.

Sr. D. H. H., Sevilla.—Tampoco sirve. No por nada, sino porque no sirve.

Lima—Silches, Sevilla.—Allá va íntegra. ¡Valor, señores lectores!

«Á ESPAÑA
(DECIMA.)

Invicta España gloriosa
Nadie te pudo humillar
Pues ejemplos supistes dar (Corto)
De hacer defensas hermosas (¡Caramba!)
Bien manejaste estas cosas
Cuando el aguila Francesa
Llevaba dura firmeza (¡Olé!)
Trató bien de dominarte
Y tu bien la despreciaste (¡Pum!)
Levantando la cabeza.»

Los que no levantan cabeza desde hoy son los desgraciados que, como yo, hayan leído esa decimita. ¡Por Dios, piedad!

Pim, pum, pam, Sevilla.—Son muy bonitos el cantar y el epigrama. Con harto sentimiento nuestro no pueden publicarse más que en esta sección, por estar hecho el ajuste de las otras planas. Pero, en fin, el sitio no hace al caso.

«De los niños y los viejos
Todo con calma lo sufro,
Porque he sido lo primero
Y espero ser lo segundo.»

MANUEL DEL PALACIO.

(¡¡¡¡!!!!)

«De Aduana principal
Quiso ser vista don Diego,
Y al hacer el memorial
Puso: «Fulano de Tal,»
Y, entre paréntesis, *ciego*.

J. MARTÍNEZ VILLERGAS.

(¡¡¡¡!!!!)

Queda usted servido, Sr. de *Pim, pum, pam*.

PERECITO, Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—DOMINGO 19 DE AGOSTO DE 1888. NÚM. 42.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. Precio: 10 cénts.

ESCRITORES SEVILLANOS

JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ

Con la astucia que dicta la experiencia,
La corrección, hermana de la ciencia,
Culta y castizamente un escritor
Como Pepe Velilla, de conciencia,
Hace.... cosas que pasman, sí señor.

SUMARIO

EN LA PLAZA

Diez minutos faltan para la hora en que ha de dar comienzo el espectáculo; llena está la Plaza, vedla.

Una masa compacta de seres humanos, revueltos como sardinas en banasta, ocupa los tendidos de sol, de cuyo astro son adoradores; pues no sólo consienten y gozan con que los tueste y los achicharre, sino que llevan su fanatismo al extremo de tocarle las palmas cuando por acaso se presenta de improviso después de rasgar espesa nube. De ese grandísimo rebaño apiñado entre dos redes sólo resaltan los colores claros y chillones de los trajes; y los paraguas, que hacen el oficio de quitasoles, y los abanicos, que se agitan sin cesar, semejando desde lejos bandada de mariposas queriendo posarse en un campo de amapolas.

En los tendidos de sombra se nota mejor la confusión de clases y categorías, que hace de éste un espectáculo esencialmente democrático y popular sin pero: al lado de un doctor en Medicina y Cirugía y de un pintor afamado, que se entretienen con unos mariscos, están dos pescaderos del mercado de la Encarnación apurando una *limeta* de manzanilla; delante precisamente se ve á un niño de buena familia, velocipedista por más señas, pidiéndole candela á un operario de la fábrica de Portilla; un poco más allá, tres horteras disputan á gritos con dos niños de *rid pitá;* en frente, un profesor de instrucción primaria—no tiene nada de extraño, es soltero—se come con los ojos á tres mozas *juncales* y les echa unos requiebros que arderían en un candil; aquel señor gordo, que luce una cadena casi tan fuerte como las de los presidiarios, es uno de nuestros más afamados prestamistas; aquel otro delgado y alto, el del sombrero de paja, es notario público de no sé qué pueblo; esos dos que tiene usted á su derecha son zapateros, no hay más que mirarles las manos; aquellos tres que parece que están arrinconados son gacetilleros, que han entrado de *baldivia* por supuesto; eso que se ve allá arriba es una ignominia, dos muchachas muy decentes, codo con codo con dos *chubascas*, que á la legua están diciendo que lo son.... Y en este maremagnum, cada cual hace lo que le da la gana, sin pedirle permiso al vecino, y casi sin excusarse cuando llega á cometer una inconveniencia.

En los delanteros de barrera se colocan toreros y carniceros, comerciantes y niños ricos, taberneros y aficionados: toda la gente que conoce y trata á los de coleta, y que presume de conocer al pelo el último detalle de la lidia.

En los centros de piedra, la gente grave y pacífica, sin contar las excepciones.

En los palcos, eche usted y no se derrame: las mujeres más bonitas y graciosas, más elegantes y distinguidas de la tierra de la sal y de la hermosura, honran el espectáculo con su presencia y le dan tono y atractivos; pero entre todas se llevan la palma, y las palmas por consiguiente, las que siguen la gloriosa tradición de la mantilla, de esa prenda que es red y celosía, ligera como la ilusión, vaga como la esperanza, transparente como el amor. Sí; una mujer con la mantilla y las flores, con el abanico y el mantón de Manila, es capaz de hacer pecar á un santo y á toda la corte celestial (y no vale ponderar; que estamos hablando de cosas de Andalucía).

Acompañados de sus señoras, también suelen verse en los palcos algunos extranjeros curiosos, que procuran no perder puntada, y que toman nota no sabemos de qué; pero lo cierto es que emborronan muchas hojas de sus anchas carteras.

Total: que se juntan en la Plaza desde la hija de cien reyes hasta el hijo de la calle, personas pertenecientes á todas las clases de la sociedad, sin distinción de sexos, edades ni categorías.

El constante movimiento de los que no pueden moverse, el ensordecedor ruido de millares de personas, los efectos del sol en los trajes y en las joyas, la franqueza característica, la locuacidad inacabable, la alegría general, el abigarrado conjunto, preciso es verlo para poder formar idea exacta de lo que es; no tiene comparación con nada. Es la Plaza de Toros.

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

SIN MADRE

(Apuntes del natural.)

I

Alrededor de cien mesas
Y en desvencijadas sillas,
Que á duras penas soportan
El peso que les fatiga;
Con ojos encarnizados
Y enrojecidas mejillas,
Hombres, mujeres y niños
Fuman y beben y gritan.
Hierve en cristalinas *cañas*
La espumosa *manzanilla*,
Y el aguardiente en las copas
Á la libación incita.
El humo de los cigarros
La atmósfera densa vicia,
Y ensordece los oídos
Estruendosa vocería.

II

Las tablas del escenario
Con impura planta pisan
Mujeres á las que el sueño
Sólo acomete de día.
Vedlas:—A sus secos labios
Salta la brutal sonrisa:
Sus ojos fingen amores
Cuando, estúpidos, nos miran:
Percal crujiente las viste
De tal modo, que adivina
La imaginación secretos
Que averiguó la impudicia.
Bailan una y otra y otra
Danza grosera y lasciva
Al compás de la guitarra
Que un mozo rasca y lastima,
Y al compás de los aplausos
Y la alegre gritería
Y los bárbaros requiebros
Con que el coro las aviva.
¡Ay! también baila con ellas,
Aderezada, una niña
Que aun tiene untados los labios
Con el licor de la vida.

III

Ya se apagaron las luces,
Ya cesó la gritería,
Ya enmudeció la guitarra,
Ya están las copas vacías.
Se oye el rumor de los besos,
Que más que encienden calcinan,
Y se desploma el borracho
Sobre la dura tarima.
Del escenario en el fondo
Dormita ó duerme la niña
Cuando la luz de la aurora
Las negras sombras disipa....
¡Niña: naciste sin madre!
¡Para tí no luce el día!

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

¡YO QUIERO UN SOLDADO!

—¡Ay, madre, yo me muero,
Vivir no puedo ya;
Detrás de los soldados
Los ojos se me van!
—Hija, ¿detrás de todos?
—De uno nada más;
Con uno me contento,
Remedie usted mi mal.
—¿Es artillero acaso?
¿De infantería quizás?
—Ni de caballería,
Ni ingeniero, mamá.
—¿Tal vez del regimiento
De Soria?
—Nó, no hay tal.
—¿Será del de Granada
Ó cazadores?
—¡Bah!
Si no es ninguno de esos....
—Pues, hija, ¿acabarás...?
Pero, dime, ¿es alférez,
Teniente, ó capitán,
Ó acaso comandante...?
—Pero por Dios, mamá,
Si es un simple soldado
Que tiene mucha sal
Y á mí me gusta mucho....
¿Me lo va usté á comprar?
—¡Pero niña! ¿se venden
Los soldados...?
—Já, ja,
Si son los de *pavía*,
Que valen á real.

AMPARO MANUEL DE VILLENA.

LA PULGA

En una pierna blanca y torneada
Se agita un salteador de pantorrillas,
Átomo con zancudas piernecillas,
Punto vivaz, molécula animada.
Por la media finísima y calada,
Subiendo del tobillo á las rodillas,
De punto en punto va, y hace cosquillas
Con la invisible boca ensangrentada.
Un dedo rascador al fin la obliga
Á dejarse caer sobre el zapato
Para volar de un brinco hasta la liga.

Pues no permite, hermosa, tu recato
Que mi mano al insecto allí persiga,
¡Quién se volviera pulga por un rato!

† Antonio Robles.

HISTÓRICO

Obscura está la noche,
Obscuro el firmamento,
Furioso ruge el viento,
Descarga un chaparrón:
Se oyen dos campanadas,
Y de una callejuela
Sale, aunque con cautela,
Con precipitación,
Un joven: al instante
Se oye extraño silbido,
Y hacia dónde se ha oído
Corre sin descansar:
Ante un portón se pára,
Llama violentamente,
Abren, y de repente
Penetra sin tardar.
. . . .
. . . .
Después.... horrible grito;
Un hombre que se queja,
De prisa otro se aleja....
Pero diréis: ¿Y qué?
¿Sabéis el desenlace
De esto? ¿No lo sabéis?
Bueno, pues si queréis
Yo lo preguntaré.

Joaquín Álvarez Quintero.

A MI MEJOR AMIGO EL INSPIRADO POETA D. JOSÉ M.ª GUTIÉRREZ DE ALBA

EL RATÓN Y LA RANA

Un ratón, por la margen de ancho río,
Con afán busca un punto vadeable;
Mas viendo que del agua el poderío
Lo arrastrará á una muerte inevitable,
Atravesarlo á nado no se atreve.
Saltaba, de allí á poco, entre lampazos
Una rana más fresca que la nieve,
Y empezó á hacerle señas con los brazos.
—¿Qué se te ocurre con tan gran premura?
—Pasar sin dilación á la otra orilla;
Y tú me puedes dar cabalgadura,
Que rompa el agua, cual cortante quilla:
Vive mi madre, á la que ver deseo;
Y, no pasando allá de esta manera,
Tendré que renunciar, por lo que veo,
Á poderla besar antes que muera.
—Si es eso nada más, voy diligente;
Años hace que habito esta ribera,
Y mi espíritu goza grandemente
Cuando presto servicios á cualquiera;
Y mucho más á un hijo que se afana,
Navegando animoso en río fiero,
Por ver el rostro de la madre anciana,
Cuyo cariño sólo es verdadero.
Una sola advertencia voy á hacerte:
Como no estás al agua acostumbrado,
Se nos hace preciso un lazo fuerte
Que te lleve á mi cuerpo encadenado:
¡Por esto ya verás cuánto te estimo!—
Mostróle luégo la viscosa espalda,
Y así lo ató con hebras, que entre el limo
Brotan con el verdor de la esmeralda.
Apenas la ribera abandonaron,
Del ratón fueron tantos los temores,
Que en la rana sus dientes se clavaron,
Abriéndole de sangre surtidores.
Ella, viendo sus fuerzas vacilantes,
De poderse librar no encuentra mañas,
Y aquellos aguijones penetrantes
Le siguen taladrando las entrañas;
Y maltrecha y exánime y sin vida
Empezó á descender y llegó al fondo,
Quedando para siempre sumergida,
Por su gran caridad, en lo más hondo.

—

Fin parecido al de esos bienhechores
Que ejercen la piedad hasta el exceso,
A muchos levantando con favores
Que después los aplastan con su peso.

Antonio Guerra y Ojeda.

VA DE CUENTO

Era vez un estudiante
Del grado de bachiller,
Que *hablaba* á dos, por querer
Echárselas de tunante.
Sol, una de sus conquistas,
Era una linda muchacha,
Muy alegre y vivaracha,
Del gremio de las modistas.
Y Luz, la otra barbiana,
Era una cigarrera
Salerosa y retrechera
Del arrabal de Triana.
Él con las dos se engreía,
Ufano de su fortuna,
Y cuando dejaba á una
En pos de la otra corría.
Íbale el par de coquetas
Dejando en cuadro y en cruz,
Pues ya con Sol, ya con Luz,
Se gastaba las pesetas.
Y exclamaba el muy tronera,
Si alguno calificaba
La conducta que observaba
De incorrecta ó de ligera,
Que no era ningún derroche,
Sino sabia economía,
Hablar con *Sol* por el día,
Y hablar con *Luz* por la noche.
Pero Sol supo al final
Que con Luz se la pegaba,
Y Luz supo que le daba
En Sol odiosa rival;
Y ambas poniéndose foscas
Despidieron al amante,
Que se quedó en un instante
Sin Sol, sin Luz.... ¡y sin moscas!

José Manuel de Villena.

¡MIRE USTED POR QUÉ!

He querido á muchísimas Dianas,
Muchas Rosas, Desdémonas, Albertas,
Dolores, Juanas, Bárbaras, Rupertas,
Consuelos, Celedonias y Marianas:
He amado á un sin fin de Sebastianas,
Angustias, Claras, Áfricas, Norbertas,
Amparos, Ritas, Cándidas, Mamertas,
Jacintas, Sinforosas y Casianas:
He sido otro Tenorio disfrazado,
Celebrando de todas la hermosura
Sin caer en sus redes, cual pescado;
Y si no he cometido la locura
De casarme, como otros se han casado,
Ha sido por no hallar ninguna Pura.

Manuel Álamo.

EPIGRAMAS CALLEJEROS

(DE SEVILLA)

Asegura Mariana
Que ella aborrece el rüido,
Y hace poco se ha venido
Á vivir á *La Campana.*

—

Detesta los niños Bruna
Y cuanto á ellos se refiere,
Y vivir tan sólo quiere
En la calle de la *Cuna.*

—

Á cualquiera rompe el físico
Y arma un escándalo Antón,
Aunque vive este matón
En la plaza del *Pacífico.*

—

Va del ateísmo en pos,
Contra Dios osado escribe
Y blasfema, Juan, que vive
Calle del *Amor de Dios.*

—

Es más pobre que una rata
Antonio, y desesperado
Hace días se ha mudado
Al pasaje de la *Plata.*

—

Pepe de andalúz blasona,
Á Cataluña aborrece,
Y dicen que se establece
En calle de *Barcelona.*

—

Nunca dijo Paco Ancos
Á nadie lo que pensaba;
De todos se reservaba,
Y vivió en calle de *Francos.*

J. M. de Silva.

MORIR DE AMOR

¡Qué lágrimas tan tiernas derramaba
La triste Soledad!
¡Con qué lamentos despidió á su novio,
Ya fuera del lugar!
—¡Es soldado!—No llores, que á buscarte
Él volverá después.
Te ama mucho.—¡Ay! por mucho que él me quiera,
Más le quiero yo á él.—
Y cartas van y vienen, y el muchacho
Loco estaba de amor,
Y soñaba en volver donde su novia
Llorando se quedó.
Un día recibió cuatro renglones,
¡Ay! cuatro nada más,
En que la pobre niña le decía
Con candoroso afán:
«Vén, si volverme á ver quieres con vida;
No dejes de venir,
Antes que rompa el corazón mi pecho
Por volar hacia tí.»
—¡Desgraciada!—exclamó;—vivir no quiero

COINCIDENCIA



Gozo cuando por las noches
Fuera de casa me quedo,
Porque es una atrocidad
Lo que me gusta EL SERENO.

Si muere Soledad.
¿Qué es la vida sin ella? Corro al punto
Su pena á consolar.—
Y huyó envuelto en las sombras de la noche
El pobre desertor;
Y, al llegar á su pueblo, ¡ay!... ya con otro
Casada la encontró!
El infeliz, llorando arrepentido,
Se volvió á su cuartel
Para morir allí de sentimiento....
Pero vive también.
Hoy, cuando ambos se encuentran en la calle,
Ó se hacen un mohín,
Ó se vuelven la espalda desdeñosos
Y se echan á reir.

José M.ª Gutierrez de Alba.

TONTERÍA

Tontería titulo la poesía
Que he comenzado en *tonto* de seguro,
Pues es *tonto* ponerme en un apuro
Poniendo *tontamente* Tontería.
Yo sé que no soy *tonto*, y que saldría
De este trance tan *tonto* como duro;
Mas no en *tonto*, lectores, aseguro
Que á un *tontaina* en mi sitio ver quería.
Sin duda por ser *tonto*, en el momento
Tontamente quedárase *atontado*
Y *tonteras* diría más de ciento;
Pero yo no soy *tonto*, y es probado
Que un listo, en *tonto*, acaba el pensamiento,
Tan *tonto* de saber que ha *tonteado*.

Por el que se pasa de listo,
Serafín Álvarez Quintero.

CONSULTAS

Sr. D. A. Y. F., Cádiz.—Sentimos mucho no poder insertar sus composiciones por ser serias, pues nos hemos decidido á publicar lo menos posible en ese género. Mande lo que guste en estilo jocoso.

Sr. D. J. M. de S., Málaga.—Por la misma razón, sólo publicaremos de usted los *Epigramas callejeros*. Mucho lo sentimos.

Un amigo, Sevilla.—Tu composición *Un imposible* lo es en verdad, pues nos es imposible complacerte por hoy. ¿Eres D. Q. P.? No silbes.

Sr. D. L. R., Sevilla.—No sirve.

Sr. D. A. Y., Sevilla.—Tampoco sirve.

Sr. D. M. V., Sevilla.—No está mal; pero.... lea usted la primera *Consulta* de este número.

Sr. D. F. T. L., Cádiz.—Es malita, y además.... le digo lo que al anterior.

Juan, Sevilla.—¡Quién no ha hablado ya de las suegras! ¡Pobrecillas!

Sr. D. F. P. A., Sevilla.—La manera....

Sr. D. E. N., Sevilla.—¡Es mucho arenillero! ¡Cuando yo lo digo!

Un Sastre, Sevilla.—Estamos de acuerdo.

Pin, Pin., Sevilla.—Confidencial.

D. Luis Mejía, Sevilla.—
«...Aquí dentro la venganza
y la justicia allá fuera.»

PERECITO. Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscripción.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. LEONCIO LASSO DE LA VEGA. Precio: 10 cénts.

ESCRITORES SEVILLANOS

MANUEL CANO Y CUETO

Os presento á Cano y Cueto,
Eminente literato,
Gran poeta, buen sujeto,
A quien admiro, respeto

SUMARIO

CRÓNICA

Mientras políticos y potentados toman el fresco en las estaciones balnearias, los meteorólogos discuten con calor acerca de las causas que originan este verano frecuentes lluvias y un tiempo anormal, casi de frío, en toda Europa.

Dicen unos que ese descenso de temperatura se debe á que las manchas solares están ahora en un período de *minimum*, es decir, que el sol se encuentra actualmente casi sin manchas. Y aseguran que las manchas solares tienen un período de revolución de once años y un décimo.

De ser cierta esta teoría habría que convenir en que en la tierra pasa todo lo contrario que en el sol: están en su grado *máximo* las manchas de la criminalidad, las manchas administrativas,—llamadas inmoralidades,—las manchas inglesas,—vulgo trampas,—y las denuncias periodísticas, esas manchas de la libre emisión del pensamiento. Y se nota además en la tierra que los períodos de revolución duran más de once años.

Siguen diciendo los astrómonos que las manchas solares crecen durante cuatro años y disminuyen en los seis años siguientes. En la tierra, en cambio, las manchas de todas clases van siempre en aumento, y no se encuentra, ni por un ojo de la cara, tintorero ni químico que se encargue de quitarlas.

Han observado también los sabios que cuando alcanzan las manchas el máximum y el mínimum, su influencia sobre el magnetismo terrestre hace que el tiempo sea anormal en nuestro planeta. Esto es exacto: aquí todo es anormal, y, si Dios no lo remedia, hasta la palabra normal sobrará en el Diccionario.

Atribuyen otros astrónomos las lluvias y frescuras de este verano á las declinaciones de la luna, que hacen subir ó bajar en latitud las corrientes lluviosas.

Declinaciones de la luna:

El dinero anda por los cuernos de la luna.

Pedir libertades es pedir la luna.

Estamos á la luna de Valencia.

En cuanto á lluvias, las tenemos también de contribuciones, de empleados, de oradores y de *ratas*.

Sea de ello lo que quiera, mientras los astrónomos se ponen de acuerdo respecto de las causas, nosotros sufrimos los efectos.

Con éstas y con las otras ¡estamos frescos!

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

LA GALLINA Y EL PAVO

Puso un huevo la gallina,
Y tanto cacareaba,
Que el pavo, que la escuchaba,
Así le dijo:
—Vecina:
Tengo la cabeza loca
Y estoy ya *moquicaído*....
¡Por amor de Dios le pido
Que ponga un sello á su boca!
—Pues yo quiero publicar
(La gallina contestó)
Que el huevo lo he puesto yo....
¡Déjeme cacarear!
—El caso no es como nuevo
(Añadió el pavo). ¡Quimera!
Nó, no es usted la primera
Que en el mundo ha puesto un huevo.
—No hago ningún desatino:
Mi cacareo lo fundo
En que sepa todo el mundo
Que he puesto un huevo, vecino.
—¡Tijeretas han de ser!
En soltando la sin hueso
Iguales son, por el seso,
La gallina y la mujer.
—¡Deslenguado!
—¡Bachillera!
—¡Pavo....roso! ¡Carcamal!
—¡No alborote usté el corral!
—¡Vaya usted.... adonde quiera!
No dice la historia cuándo
Cesó aquella tremolina;
Pero sí que la gallina
Prosigue cacareando.
—
Algo tiene el autor nuevo
De gallina, á mi entender:
Piensa que basta poner
Para todo el mundo un huevo.

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

BAJO EL ARCO DE TRAJANO

EN MÉRIDA

SONETO

Bajo esta clave que elevó Trajano
Y el vendaval á desunir empieza,
Parece gravitar en mi cabeza
La pesadumbre del Poder romano.
Luchando está con el olvido humano
Y vencerle ha logrado su fiereza;
Palpita aquí de un arco en la grandeza,
Y vive allí, en ruinas, sobre el llano.
Tantas rocas rompió, tantos sillares,
Que sustentar á Europa se podría
En sus dispersas piedras angulares:
Alarde gigantesco de osadía,
Parecen sus vestigios seculares
Querer probar que existe todavía.

BENITO MAS Y PRAT.

LA MANO BLANCA

FRAGMENTO

Lara, de espanto transido,
—¡Parad el carro!—gritó;
Pues juzga que lo que vió
No es ilusión del sentido.
¡Ilusión! nó, aquella mano
Que del carro ve salir
Y moverse, no fingir
La puede un ensueño vano.
La ve convulsa, crispada,
Entre los muertos moverse,
Y en el aire retorcerse,
Cada vez más animada.
Y se mueve con terror,
Con angustia, con espanto;
En ella se ve el quebranto
De un infinito dolor.
Aquella mano tenía
Ojos, lengua, movimiento,
Alma, vida, sér, aliento....
Pero todo en agonía.
Y era bella, delicada,
Suave, blanca, pura, leve,
Con jazmín y rosa y nieve
Por el amor modelada.
Lengua y ojos tiene, sí;
Tal al verla se creyera,
Pues, como si los tuviera,
Llamaba á Lara hacia sí.
El fraile al carro avanzó.
—¡Parad el carro!—Y pararon.
Los tres hombres blasfemaron.
La mano se estremeció.
—¿Qué queréis?—dijo el carrero.
—¡En nombre de Dios os pido
Un muerto!
—Si está vestido
Tomadlo; mas por dinero.—
Nada oyó Lara; anhelante,
Alzó con brazos nervudos
Dos cadáveres desnudos,
Y, de angustia palpitante,
Bajo de ellos descubrió
una mujer enterrada,
Y ¡era de su Clara amada
La mano que lo llamó!
—¡Clara!—gritó, y cayó al suelo;
Pero se llevó en los brazos
Á su amante. ¡Eran los lazos
Con que los uniera el cielo!
Dijo el carrero:—¡Salvaje,
Morir por un muerto!
—¿Van
Al carro?
—¡Psch! Deja, irán
En el próximo viaje.—
¡Diego! ¡Clara! Abrid los ojos,
Y al veros así abrazados,
Soñad que fueron soñados
Vuestros pasados enojos.
Que no hay sangre ni hay baldón,
Que no hay fraile ni hay ramera;
Que ha sido pura, sincera,
Vuestra amorosa pasión.
Soñad que Mayo florido
Con sus flores engalana
Las rejas de la ventana
Que de vuestro amor fué nido;
Que fué mentido el dolor;
Que sueño fué el padecer;
Que es realidad el placer
Con que os brindara el amor;
Que no veis luto ni escoria;
Que el suelo muertos no llenan;
Que los bronces, que no suenan
De miedo, tocan á gloria;
Que la bendición de Diós
Vuestros corazones funde,
Y que la dicha se infunde
En las almas de los dos;
Que en vuestro tranquilo hogar
Dios derrama la fortuna,
Y que se mece una cuna
Del amor supremo altar.
Mas ¡ay! despertad, miráos
Sobre un sepulcro dormidos.
¡Vanos deseos mentidos!
¡Locos sueños! disipáos.
Al par despertaron. Clara
Miró á Diego, y, cual si viera
El rostro á la muerte fiera,
De horror se tapó la cara.
—¿Qué me quieres, fraile horrible?
Exclamó.—¿Tengo que verte
Aun al tiempo de la muerte,
Para hacerla más terrible?
Que estaba muerta creí,
Y en una tumba encerrada,
Y aun soñé estar condenada,
Y es ¡que estabas junto á mí!
¿Eres la sombra fatal
Que siempre has de acompañarme?
Dí, ¿contigo han de enterrarme?
¡Contigo! ¡mal de mi mal!
¡Ah! si al infierno he de ir

Por justicia del Eterno,
Deja que vaya al infierno,
Pero.... ¡después de morir!
¡Cuál te atreves, desdichado,
Á venir á este paraje,
Si aquí comenzó mi ultraje
Y comenzó tu pecado!
¡Si aquí fuiste matador,
Si aquí sacrílego fuiste,
Si huérfana aquí me hiciste,
Si aquí robaste mi honor!
¡Mira aquella puerta.... aquélla!
Mírala, aunque no te cuadre.
¡Allí mataste á mi padre!
¡Su noble sangre aun la sella!
¡En este horrendo lugar
No me hables, no me mires,
No solloces, no suspires,
Porque puede despertar!
Yo vine á morir aquí
Para implorar su perdón.
¡Déjame, por compasión!
¡Lara, apártate de mí!
Que mi padre no me vea
Contigo en este momento.
Que al dar mi postrer aliento
Por él perdonada sea.
¡Déjame que mi perdón
De él reciba en mi agonía!
¡Lara, que tu vista impía
No tuerza mi salvación!
¡Ah! ¡huye, huye! ¡Padre mío,
Le amo!.... ¡Perdón!—
Desplomóse
Su cuerpo en tierra, y quedóse
Inerte, rígido, frío.

MANUEL CANO Y CUETO.



Á L.

(PARODIA)

Volverán las obscuras golondrinas
Al nido que dejaron en mi hogar;
Volverán á alegrar las alboradas
Con su grato concierto matinal;
Pero á tu alma el candor y la inocencia,
Esos.... no volverán.

Volverá á estar encapotado el cielo
Por obscura y furiosa tempestad;
Volverá á verse luégo claro y limpio
Como terso y diáfano cristal;
Pero el nácar y rosa á tus mejillas,
Esos.... no volverán.

Volverá Abril con sus galanas flores
El purísimo ambiente á perfumar;
Volverás á lucir ramos de lilas,
Pero lilas del reino vegetal;
Porque los lilas que antes te adoraban,
Esos.... no volverán.

Volverán las escarchas del invierno
Á hacernos día y noche tiritar;
Volverá á achicharrarnos en verano
El sol de la canícula infernal;
Pero el dinero que gasté contigo,
Ese.... no volverá.

Volverán mis cuñados á inquietarme;
Volverán mis chiquillos á gritar;
Volveránme á asediar mis acreedores;
Volverá mi neuralgia cerebral;
Mas mi suegra, que ayer fué al cementerio,
¡Esa.... no volverá!

J. M. GUTIÉRREZ DE ALBA.

EN LA VENTANA

PASILLOS CASI-VERDADEROS, Á TELÓN CORRIDO.

I

—¡Son las diez! Esto está bueno.
El sereno la ha cantado....
¡Y la repite!... ¡Qué enfado!
¡Maldito sea el sereno!
¿Dónde estará ese mocito?
¡Dios mío! ¿dónde estará?
Cuando venga.... ¡ya verá
si yo le hablo clarito!
Siento pasos.... ¿será él?...
Es el tuno de don Juan.
¿Qué buscará ese truhán
Con esa cara de hiel?
Y yo esperando.... esperando....
¡Me debían azotar!...
Nó; pues me voy á acostar,
Y no lo sigo aguardando.
¡Esto pasa de la raya!...
Después me dice: «¡Mi encanto!»
Pues esta noche lo planto....
¡Vaya si lo planto, vaya!
¡Buen genio es el que yo tengo
Para andar de esta manera!
Ahora estará.... ¡con cualquiera!...
¡No sé cómo me contengo!
¡Si los hombres son así!
Iguales todos, iguales....
Las diez y cuarto.... ¡cabales!
¡Lo que es hoy no me ve á mí!
Porque debo demostrarle
Que esto ya á mí no me gusta....
Pero.... ¡ay! si se disgusta....
Nada; resuelvo esperarle.
Me cuesta mucho trabajo
El hacérselo entender....
¡Pero, señor, la mujer
Siempre ha de caer debajo!...
¡Si no vendrá ese Luzbel!
Ya de esperarlo estoy yerta....
¡Nada, cerraré la puerta!...
Siento pasos.... ¿Será él?
Luégo me dirá: «¡Mi arcángel!»
Yo le diré: «¡Mi moreno!»
—Las diez y media y sereno.—
¡Qué sereno más mal ángel!
El cantar la hora que es
Sólo para dar tormento....
Cosas del Ayuntamiento:
¡Todo lo hace al revés!
Y me tendrá aquí hasta el día.
Me estará bien empleado.
Creo que un hombre se ha parado....
—¡Buenas noches, Rosalía!
—La esclavitud, con su horror,
Sigue en el mundo imperando:
¡La esclava está aquí aguardando
Á que venga su señor!
¡Vaya, que no está esto malo!
¡Te gusta hacerme esperar!...
—¡Vamos! Te vas á enfadar,
Y te traía un regalo....
—¡Hombre, si yo no lo digo...!
—Pero haces de enojo alarde.
—¿Por qué has venido tan tarde?
—Estuve con un amigo.
¿No sabes tú que te quiero?
¿Ignoras cuánto te adoro?
¡Si eres mi mayor tesoro,
Lo que en el mundo prefiero!
Yo nunca te he de olvidar,
Y que envidien los humanos....
—Pero, oye.... guarda las manos,
Que te se van á enfriar.
—Esta tarde no te ví,
Y pasé sólo por verte....
Nadie me gana á quererte:
¡Ay, si quisieras tú así!
—¡Que me preguntes en vano!
¿Y *casado* serás bueno?
—¿Qué está cantando el sereno?
—Las once y media... es temprano.
Te estás volviendo muy pillo....
—¡Ríñeme, ríñeme.... hártate!
—Pero, mira, Carlos.... guárdate
Las manos en el bolsillo.
—Anoche soñé contigo....
—¿Quizá que te habías *casado*?
—¿Qué hora es ésta que ha dado?
—¡No te vayas!
—¿Nó?... Pues sigo.
Soñé que juntos los dos,
Mano á mano y frente á frente,
Nos cambiamos de repente
Dos ó tres besos....
—¡Adiós!
¿Ves tú? Lo que yo te dije....
Entre marido y mujer
Todo eso se puede hacer:
Entre novios no se exije.
—¡Qué tonta esta noche estás!
—Es como yo digo, sí.
—Que nó, porque se hace así....
. . . .
—¡Tuno!... ¡Me las pagarás!
—No hay quien tu mal genio venza:
Arreglaré un cigarrillo....
—¡Mira, no enciendas cerillo,
Que me habrá dado vergüenza!
—¡Adiós, mi buena fortuna!
—¡Adiós, tuno redomado!
—¿Sabes qué hora es la que ha dado?
—Yo he *sentido* ya.... *la una*.

J. RODRÍQUEZ LA ORDEN.

DESDE EL MOSTRADOR

Niña de mi corazón:
Escúchame, porque quiero
Demostrarte mi pasión;
Oye la declaración
De este amable confitero.
Desde que vives ahí,
Siento, Consuelo, hacia tí
Amorosas impresiones,
Y te admiro desde aquí....
Despachando mostachones.
Eres, niña, una escultura:
Tu talle es un talle airoso,
Es delgada tu cintura,
Y tu cabello es precioso,
Y es tu boca una pintura.
Tienes los ojos de cielo,
Eres lista, vivaracha,
Y en suma, bella Consuelo,
He hallado en tí una muchacha
En punto de caramelo.
En cuanto amanece el día
Abro la confitería,
Y comienzo á trabajar
Con gran sueño todavía,
En tí sólo he de pensar.
Como mi dueño don Paco
No parece hasta las tres
De la tarde, ¡claro es!
Yo de *suspiros* me atraco
¡para *suspirar* después!
Y mil veces, cuando estoy
En tí pensando embebido,
Cual me está pasando hoy,
Nunca acierto, nunca doy
El dulce que me han pedido.
Espero que has de acceder.
No me niegues tu querer;
Y dame ya el *dulce* sí,
Que *dulce* tiene que ser
Porque se trata de mí.

Por el joven confitero,
S. ALVAREZ QUINTERO.

MONÓLOGO DE UN ENAMORADO

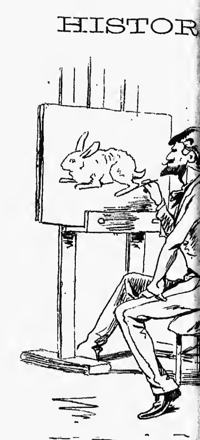
Señor: en el mundo hay tal barahunda,
Que para arreglarlo preciso es pegar,
Y yo estoy dispuesto á darle una tunda
Al quidam primero que llegue á atrapar.

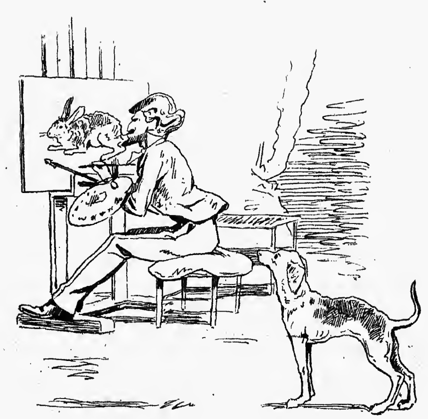
No cejo en lo dicho; desde hoy garrotazos:
Decida la fuerza en toda cuestión;
Que venza quien pueda pegar más trancazos,
Que á mí ya me carga la contemplación.

Yo sé de un muchacho (muy bruto por cierto)
Que tiene la audacia de ser mi rival,
Y al tal mequetrefe desde ahora le advierto
Que ó ceja en sus trece, ó va á escapar mal.

HISTOR

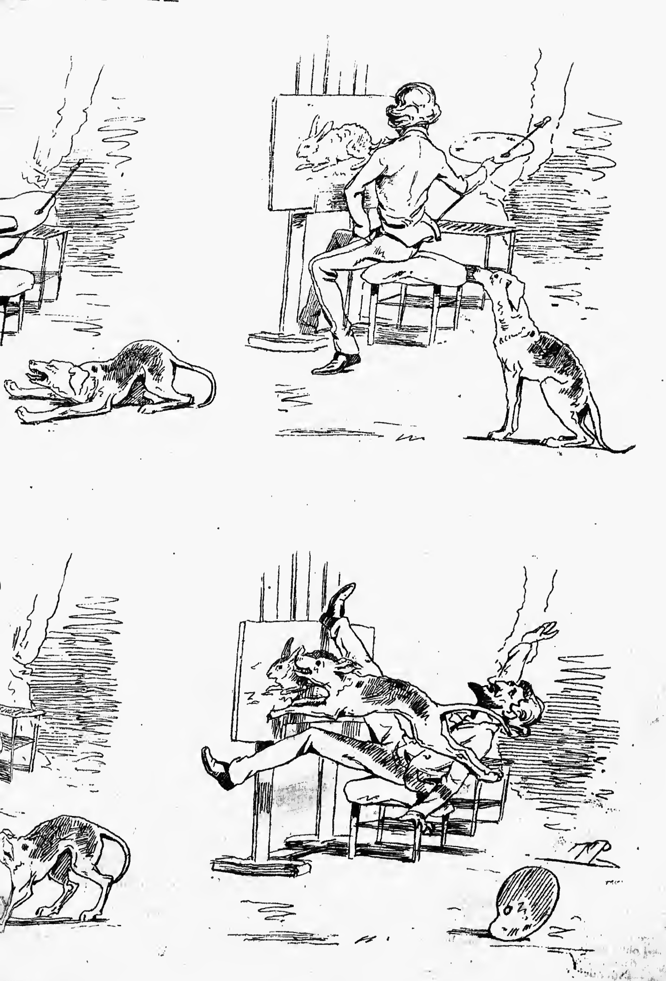








MUDA



¿Pues no es una guasa que yo esté sembrando
Con santa paciencia un año, dos, tres....
Y venga un intruso cualquiera, segando
Sin pizca de lacha todita mi miés?

¡Está divertido si piensa el mastuerzo
Que habérselas tiene con un infeliz!
Como se descuide ¡pues nó! me lo almuerzo
Pelado y fritito como una perdiz.

Forzoso es que al punto el tal se percate
De que ese es terreno de mi propiedad,
Que abra bien los ojos, ó va á hallarse un *cate*
Que ver le haga estrellas en la obscuridad.

Y sepa el muy sandio, pues dice con flema
Que á mí me desprecia por vate novel,
Que puedo escribirle un largo poema
Á fuerza de golpes encima de él.

Conque ojo y alerta, que estoy decidido
Á dar al intruso la gran desazón:
Ó tome el portante por donde ha venido,
Ó espere de palos el gran chaparrón.

JOSÉ MANUEL DE VILLENA.

¡¡DIEZ CÉNTIMOS!!

Diez céntimos en estos tiempos calamitosos, en que las operaciones bancarias andan de picos pardos y las *peluconas* se han ido al Extranjero para convertirse en libras esterlinas, representan el despilfarro de una noche de verano; díganlo, si no, los asiduos *amateurs* de los conciertos á *l'aria aperta*, que, gracias á la *magnanimidad* de la Empresa de sillas, se celebran en la Plaza Nueva.

¿Quién que tenga diez céntimos y haya comido aquel día deja de ocupar una silla en tan ameno lugar? Sólo un *paseante* de afición, un gastrónomo profesional ó un observador incansable.

Por diez céntimos se oye música á lo *high life* y se codea uno con cualquier mujer que le haga clase.

Si pudiéramos interrogar á cada *perra gorda* que entra en la hucha de los cobradores engalonados de la Empresa, y éstas tuvieran lenguas y pudieran á su vez decirnos su historia, ¡cuántas cosas se sabrían que dejarían en pañales á las *sorpresas* de Navidad del 87 y al crimen de la calle de Fuencarral! Si las monedas hablaran.... ¡horror!, era preciso mirar al cielo, luégo á la tierra, y decirle á ésta:—¡Ábrete y trágame en tu abismo!...

La Plaza Nueva, que nos sirvió durante el Carnaval de punto de reunión, y que dejamos alfombrada de papelillos de mil colores, fiel emblema de nuestras mil debilidades y locuras, nos brinda en pleno estío á vernos las caras con acompañamiento de música para que ésta, penetrando en nuestros oídos, nos turbe el cerebro y nos haga ver las cosas, no tal y como son, sino como debieran ser si este planeta en que habitamos no fuese un paraíso perdido, que dijo Milton.

¿Pero quién anda con filosofías cuando se está en Sevilla y en la Plaza Nueva? Sevilla es la tierra de María Santísima, y la Plaza Nueva es la plaza de más sandunga de España, y España el país más sandunguero del mundo.... ¡Viva España y viva Sevilla! ¡Olé! ¡Á la Plaza!

Ya estamos en ella.

¡Dan, dan, dan!... ¡Las nueve! Ya empezó la música....

Con el permiso de ustedes voy á sentarme al lado de esa familia.... Pero no se vayan, siéntense aquí conmigo y.... algo se pesca.

Diálogo número 1.

—Oye, Beatriz. ¿Tienes ahí la cuenta de la modista?

—Tómala, ¡curioso! ¡Eres lo más cazoletero!...

—Cazoletero, ¿eh? porque ya estoy harto de moños y de....

—No seas imprudente; esas no son cosas propias de hombres....

—Sí, en efecto; ya sé que es á la modista á quien hay que pagarle....

Diálogo número 2.

ÉL.—Lolita, yo no puedo esperar más tiempo: ó me da usted el *sí* ó me voy á....

ELLA.—¿Adónde?

ÉL.—Á tomar los baños con una tía que tengo en el Puerto.

ELLA.—No se vaya usted y se lo daré mañana.

ÉL (arrebatado).—¡Bendita sea tu boquita! ¡Ay, alma mía chiquita! ¡Sangrecita de mis venas! ¡Repreciosísima! Me tienes loco, sí, ¡loco! ¡loco!...

UN GUASÓN (en voz alta).—¡El loquero!

Aquí se está mal; si ustedes quieren nos iremos allá abajo.... ¡allí hay mucha gente! Síganme.... ¡aquí! ¡Atención!

Diálogo número 3.

UNO.—Esto se está poniendo muy cursi y hemos hecho muy bien en sentarnos en este lado. ¿No opinan ustedes lo mismo, niñas?

UNA.—¡Ay, Alberto! No me hable usted de cursilerías está Sevilla que no se la conoce. ¡Cuánta cursi!

UNO QUE LLEGA.—¿Ustedes siguen bien? (Saludando.)

Diálogo número 4.

UN D. JUAN (dando una cita á una D.ª Inés).—

Petra, ya sabes mi intento,
Y así se calma mi afán.
En la misa del convento....
Y después.... en el zaguán.

ELLA (con decisión).—

¡Manué! ¡Manué! yo lo imploro
Con mucha necesidad:
Si me quieres de verdad
Te casas; si no, *¡lo moro!*

UN BARBIÁN (*sotto voce*).—¡¡Judía!!

Diálogo número 5.

UNA VIUDA DE LA CLASE DE TROPA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay, qué pena!

UN TENIENTE DE CABALLERÍA.—¿Qué le duele á usted, prenda?

ELLA.—¡Ay, el alma!

ÉL.—¿Y dónde tiene usted eso, cuerpo gracioso?

ELLA (llevándose la mano al corazón).—¡Ay! ¡Aquí!

ÉL.—¿Quiere usted que yo sea su médico de cabecera?

ELLA (con retintín).—¡¡Puede!!..

Aquí hace mucho calor; vámonos al otro lado, que aun queda mucho que ver y oir.... ¡Andando, que nos cogen el sitio!... ¡Cielos! ¿qué ven mis ojos? ¡Ella! ¡Elvira.... y con el Capitán! ¡Ay, que me da.... que me da!... ¡Ya pasó!

Diálogo número 6.

ELVIRA.—Yo.... si mi mamá consiente.... si esto es una cosa formal.... porque yo, en buena hora lo diga, no tiene nadie que decir de mí ¡ni esto! (Llevándose la uña del pulgar á los dientes.)

YO (hablando conmigo).—(Cierto; pero podrían decir lo otro.)

EL CAPITÁN.—Yo la llevaré á usted al altar. Se lo prometo.

ELVIRA.—Ya decía yo que usted tenía cara de ser muy bueno.

YO (recordando á....).—Bueno es el mundo. ¡Bueno, bueno!...

Basta de diálogos y á pasear, que va á empezar el desfile. ¡Caramba, y cómo se pasa el tiempo!... ¡Las once!... Vamos por en medio, que ya ha empezado.

Monólogo final.

Esas que van ahí son las de K. K.; tienen fincas y coches en Peñaranda. ¡Buenas personas! Aquellas son las de Aticen. Hay mercancía para rato. ¡Hola! ¿También estaban aquí las de Flin-Flan? Esas van á todas partes. ¡Ay qué niñas! ¡qué niñas y.... qué mamá! ¿Pero dónde me dejan ustedes á las de Mercurio? ¡Vaya unas jamoncitas! Allí viene D. Cosme tirando de su carreta; quiero decir, de su simpática consorte. ¡Bello sujeto! Á ver, ¿quién es ese *títere* que hace tantos guiños á derecha é izquierda? Trae el sombrero en una mano y con la otra se manosea la barbilla. ¡Qué bien peinado viene!... Ese es el seductor Quin-Quin, un perdona-doncellas.

«Moreno agraciado, (música)
Tostado del sol,
Más linda figura
No pinta el amor.»

Conque ahí tienen ustedes, mis amables lectores, algo de lo que he visto y oído por ¡diez céntimos!

RICARDO PARODY.

EL NACIMIENTO DE LA ROSA

Diz que cándida pastora
Al despuntar de la aurora
Tejía rica guirnalda
Junto á fuente bullidora,
Que está de un monte en la falda.
Al concluirla, no sé
Por qué especial incidente
La niña inclinó la frente,
Y la historia presta fe
De que durmióse inocente.
Niño de rubio cabello,
Con arco, flecha y aljaba,
Que de lejos la miraba,
Á ramillete tan bello
Notó que una flor faltaba.
Prepara el arco á seguida;
Y, orgulloso y satisfecho,
Aguda flecha encendida
Certero clava en el pecho
De la beldad adormida.
Y al instante el pecho blando,
Purpúrea sangre brotando,
Convirtióse en una rosa,
La guirnalda completando
De la ninfa candorosa.

FRANCISCO RUIZ ESTÉVEZ.

PUES, SEÑOR....

I

Hubo tiempos atrás un comerciante
En la ciudad de Málaga,
Que en premio á su trabajo,
Pues de día y de noche trabajaba,
Logró tener un capital, que aun siendo
De muy poca importancia,
Podría pasar con él muy bien su vida,
Ya que hasta entonces fué tan agitada.

II

Aunque dejó en olvido sus asuntos,
Se le ocurrió una tarde (por desgracia)
Comprar con su dinero una partida
De suculentas pasas
Para hacer un negocio; y dicho y hecho,
No vaciló en comprarla.
Con yo no sé qué idea
La partida embarcó más tarde hacia....
(El punto no hace al caso)
Y tan sólo esperaba
Á que el mar no estuviese embravecido,
Sino, por el contrario, con gran calma.
. . . .
Por fin, llegó el momento,
Y dijo al capitán del barco:—En marcha.

III

Yo no sé qué periódico,
Cuando hubo transcurrido una semana,
Del vapor mencionado
El naufragio anunciaba.
Esta noticia trastornó el cerebro
Del comerciante: adiós sus esperanzas.

IV

Después de mucho tiempo, cierta tarde
Por la orilla del mar se paseaba,
Y al encontrarlo fiero y borrascoso
Indiferente prosiguió su marcha.
Pero.... siendo de noche,
Cuando ya del paseo regresaba,
Vió el mar sereno, como el mismo día
Que fué origen después de su desgracia.
Entonces, con profundo sentimiento,
Exclamó el pobre:—¡Cómo *pié* pasas!

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

RIMA

Á un ósculo de amor, tibia mirada;
Á un frenético abrazo, nieve fría:
Si ese es tu amor.... estatua inanimada,
No digas que eres mía.

RUFINO CORTÉS.

EPIGRAMAS

Á ROSA

—Te marchas para Granada
Y mandas con la criada
Unas cuantas flores mustias;
Ya sabes, Rosa adorada,
Que me quedo con *angustias*.

—

—Á los infiernos irás
Por esa vida ilusoria
Y remedio no tendrás.
—En este mundo ¡San Blas!
¡Quién gozara de la *gloria!*

—

En una mañana fría,
Aunque sufra mucho frío,
Tengo la grata manía
De dormir sobre *rocío*.

—

El bullicio me incomoda,
Me fastidia la amistad,
Cuando es mi delicia toda
El gozar de *soledad*.

—

—¿Qué partes le gustan más?
(Dijeron á un novenario,
Hombre lelo por demás.)
—¿Más? ¡Las partes de *rosario!*

—

—Si algún invierno me alcanza
El dinero, compraré
Una manta de Carranza;
Mientras no tengo *parné*
Me abrigo con la *esperanza*.

—

—En una mañana hermosa
De la fresca primavera
Me encanta sobremanera
Darle besos á una *rosa*.

MANUEL ÁLAMO.

REFORMA LEGAL

Como soy un desdichado,
Sin talento ni fortuna,
Que ni una vez, ni una, ni una,
Me han de elegir diputado,
Porque, aunque humilde, constante
Con mi modo de pensar,
No me puedo acomodar
Á ser de nadie un danzante,
Me veo en la precisión
De consignar mi protesta
Contra una ley que detesta
Todo el que nace varón.
Ley horrible, abominable,
Que hasta al más paciente irrita;
Porque es, á más de inaudita,
Para el hombre inexplicable.
Y si por esto provoco
Las iras del sexo bello,
No se me importa un cabello
Que me tengan por un loco.
Que se derogue esa ley
Á nombre del hombre pido;
Porque esa ley, siempre ha sido
Una ley de mala ley.
. . . .
Nuestro Código civil,
Aceptando una doctrina
Por extremo peregrina,
Entre su preceptos mil
Establece en esponsales,
Con parcialidad impía,
Una irritante teoría
Que envuelve fines sociales
De inmoralidad creciente,
Pues autoriza el engaño,
Que sólo redunda en daño
Del hombre que es inocente.
En efecto; la mujer
Que contrata con el hombre
Unir al suyo su nombre,
Fácilmente puede ser,
Si el cariño no la mueve,
En vez de esposa, de amante,
Una astuta negociante
Del género más aleve.
—¿Prometes unirte á mí?
—Eternamente, mi vida.
—¿Me amas mucho?
—Enloquecida
Há tiempo que estoy por tí.
—Pues hagamos el contrato
Que para siempre nos una....
—De *arras* te doy mi fortuna.
—Y yo á tí un ósculo, ingrato;—
Y finge estar de amor loca,
Da al infeliz un abrazo,
Le aprisiona en torpe lazo,
Imprime un beso en su boca;
Y así, envuelto entre sus redes,
Al mísero que la adora
Le va engañando traidora
Otorgándole mercedes
Que inspiran torpes malicias,
Porque es comercio nefando
Con el que va cotizando
Amor, protestas, caricias.
Y aquí del caso legal
Que origina mi protesta:
Si por cualquier causa, esta
Deseada unión conyugal
Fracasa, rota la unión
De esponsales, la mujer
Por la ley puede tener
Derecho á indemnización:
Indemnización que irrita,
Causa de inmorales tretas,
Manantial que las coquetas
De una manera inaudita
Explotan en su provecho;
Pues dejándose besar,
Pueden todas reclamar
Usando de su derecho,
Que una ley aborrecida
Con tanta desigualdad
Les concede, la mitad,
Como dote prometida,
De las arras que otorgó
En señal de matrimonio
El inocente bolonio
Que en sus redes se enredó.
Piensen los legisladores
En esta gran injusticia,
Y otra ley menos propicia
Para el comercio de amores
Promulguen sin dilación;
Porque es urgente el remedio,
Como el más eficaz medio
De dar gusto á la opinión.
No se aconsejen de esos
Mentidos puritanismos,
Desechen los idealismos,
Sancionen que son los besos
Frases del alma, no agravios,
Endechas de una pasión,
Que surgen del corazón
Y se imprimen en los labios.
Y en todo caso resuelvan,
Como lo más conveniente,
Que los besos, mutuamente
Los amantes se devuelvan.

FÉLIX VÁZQUEZ CANO.

ILUSIONES



Vamos, ya la he conquistado,
Segun creo:
Lo que es con este peinado
No podrá llamarme feo.

CANTARES

Tú me enseñaste á querer;
Contigo aprendí yo á odiar;
Por ti supe aborrecer,
Y tú me vas á matar
Haciéndome enloquecer.

—

Después de muerto mi amor,
En la calle te encontré;
Me miraste, te miré,
Volvió á mi pecho el dolor
Y aquella noche lloré.

—

Más vale morir queriendo
Que no vivir olvidando;
Que en la vida va perdiendo
El que cree que va ganando.

—

Al campo del desengaño
Me ha traído la ilusión;
Te quise para mi daño,
Mataste mi corazón
Con las mieles del engaño.

—

Te estuve mirando un mes,
En tres no te pude hablar;
Te dije con el mirar
Lo que hablando, nunca es
Posible de adivinar.

—

Del libro del desengaño
Una máxima saqué:
Querer mucho á los demás
Y no quererse uno bien,
Porque el mundo paga mal.

PABLO FURQUES.

MENUDENCIAS

¡¡IMPORTANTÍSIMO!

PERECITO, que todo lo cree poco para complacer á sus amables favorecedores, se ha decidido á publicar un número extraordinario todos los meses.

Y después,...

«No hablemos de esas cosas
En esta situación.»

(LOS LOBOS MARINOS.)

El lunes pasado se verificó en el teatro del Duque la función que, en beneficio de las obras de la Catedral, había proyectado la Sociedad cómica *La Afición.*

La primera postura, *Vivir para ver* y *Los valientes*, fueron las obras puestas en escena. La interpretación no dejó nada que desear, y el público, al final de cada una de dichas obras, llamó repetidas veces á escena á los jóvenes artistas para colmarlos de merecidos aplausos.

Nosotros, entusiasmados,
Aplaudimos con razón.
¡Bien por los aficionados
Que componen *La Afición!*

CONSULTAS

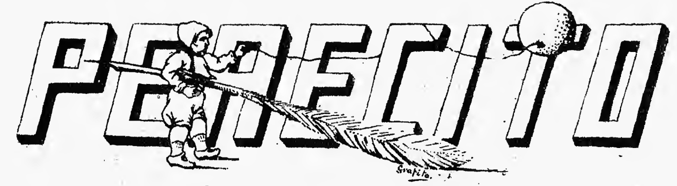
Un neófito, Sevilla.—Ayer se escribe sin hache. No llore usted más.
Cataclismo, Sevilla.—Ya estoy cansado de decirle á usted que nó.
Fulanito, Sevilla.—La firma.
Sr. D. K. K., Sevilla.—Plancha.
Elías, Utrera.—

¡Ay *Elías*, *Elías*, *Elías*,
Qué de tonterías, qué de tonterías!

PERECITO, Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 2 de Septiembre de 1888. Núm. 44.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. Precio: 10 cénts.

TIPOS

Mientras estuve empleado
Jamás tuve un descosido;
Llega el poder fusionado,
Queda el hecho consumado
Y yo quedo consumido.

Terso y tranquilo vió el mar
Desde el balcon de la fonda;
Resuelta se va á bañar.
¡Quién fuera onda!

SUMARIO

CRÓNICA

Está Sevilla en estado de sitio.

Sitiada, asaltada y tomada por ejércitos de *tomadores*, *timadores*, *guapos* y demás artistas de los cinco dedos.

Los *ratas*, en el ejercicio de su lucrativa ocupación, son como Dios; no encuentran imposibles.

Las puertas cerradas se abren para ellos al conjuro de la mágica ganzúa; las casas abiertas se las encuentran francas y entran por ellas como Pedro por la suya; podencos del dinero, husmean el sitio en que por milagro lo hay todavía, y lo escamotean como por ensalmo; modernos duendes, dan bromas y bromas pesadas y se llevan lo que quieren, siendo invisibles para los burlados y para la policía.

Es Sevilla para los ladrones país conquistado; veteranos de la rapiña, apodéranse de cuanto hallan al alcance de sus garras, y *¡Væ victis!* si tratan de oponerse al acordado despojo: la mano del *garduña* quedará marcada en el rostro del sandio ciudadano que cree tener derecho á lo suyo; el puñal del asesino marcará al hombre honrado con el sello de la esclavitud moderna, y el traidor plomo del bandido hará las veces de guadaña para el pacífico, indefenso transeunte.

Tal es el estado que acusan las diarias relaciones de la prensa local, justamente alarmada, y el honrado vecindario se hace cruces viendo cómo son impotentes para atajar la avalancha del latrocinio las autoridades populares, civiles y militares con su lujosísimo acompañamiento de servidores asalariados.

Si el robo es moneda corriente; si no hay portamonedas que seguro esté; si los *ratas* no son habidos; si no hay celo más que para la persecución de periodistas; si estamos á merced de los aficionados á lo ajeno, ¿qué sociedad es ésta? ¿En qué país vivimos?

Á creer lo que dicen, en un país regido constitucionalmente—¿bajo la constitución promulgada por el *tío Lucas* de *El Diablo Mundo*?—con un Gobierno liberal—¿en el que es consentido el libertinaje?—y reinando el orden—¿á la orden de los Candelas y Melgares?...

Pero no vale exagerar; si es verdad que lo que es de España es de los ladrones, no es menos cierto que todo está tranquilo como una balsa de aceite.... hirviendo.

Estamos mejor que queremos.

Y el que se queja es de vicio; del vicio de pedir justicia.

* * *

¿De la Catedral?

Que se cayó el cimborrio.

Y que la Junta recaudadora de fondos ha celebrado muchas reuniones.

Y que van á dirigir circulares á todo bicho viviente en demanda de donativos.

Y que los grandes ofrecen su cooperación para reedificar el soberbio monumento.

Y que las Corporaciones dan las gracias por las ofertas.

Y que sobra jarabe de pico.

Y que falta dinero, mucho dinero.

Para la Catedral.

Y para lo más preciso.

* * *

Se anuncian grandes novedades para la próxima temporada teatral.

En San Fernando, Calvo y Vico.

En Cervantes, una buena Compañía cómico-lírica.

En el Duque, otra que tal.

Nos alegramos; pero nos parece mucho teatro para tan poco público.

Porque si ahora no hay más teatro que el de Eslava, y se ve poco menos que desierto, ¿qué no sucederá cuando haya tres funcionando á la par?

¿Es que hay poco dinero?

¿Es acaso que ha pasado la afición á la zarzuela?

¿Serán las dos cosas á un tiempo?

Veremos si el fresco de otoño y el frío de invierno templan y calientan á los aficionados.

* * *

Este verano ha sido favorecida por la buena sociedad sevillana la plaza de San Fernando.

Por el módico interés de diez céntimos se oye música, se charla á placer y se pasan las primeras horas de la noche como las propias rosas.

Y se goza de un espectáculo que está de moda: de las riñas entre *granujas* y *señoritos*, que dejan atrás, por lo sangrientas y divertidas, á las riñas de gallos ingleses.

Todas las noches hay *broncas*, descalabraduras y sabrosos comentarios.

¡Oh, qué gran placer!...

* * *

—¿Qué hay de bueno?

—¿De bueno?... Que hasta á Cristo le roban las potencias.

—¿Pero las autoridades...?

—¡Ja, ja! el día menos pensado le quitan la vara al Gobernador ó al Alcalde, y han de ser los últimos que se enteren.

—¿Tan finos son los *ratas*?

—¡Digo! Echándoles requiebros á las mujeres son capaces de quitarles los zarcillos. Ya no tiene uno seguro ni el apellido.

¿Qué t, a, l.... tal? ¿No colma este *colmo* la medida?

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

Á GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Tu alma entre flores nació;
Tu corazón se formó
Entre suspiros y aromas,
Y el tierno arrullo aprendió
De las cándidas palomas.
Como ellas, sencillo y bueno
Te apartaste indiferente
De un mundo de engaños lleno,
Antes que lograra el cieno
Salpicar tu noble frente.
Aquí, extranjero vagabas;
En tus horas de amargura
Lleno de ilusión cantabas,
Y tu alma nos revelabas
Con infinita ternura.
Lejos de la humana escoria,
Tu altiva naturaleza
Te abrió una senda.... ilusoria;
Que el genio, al buscar la gloria,
Da con el pie á la riqueza.
Cual ave que cruza el viento,
Cantando su melodía
Con arrobador acento,
Fuiste todo sentimiento,
Amor, luz y poesía.
Naciste para cantar;
Moriste para vivir,
Dejándonos, al pasar,
Pensamientos que admirar,
Claras huellas que seguir.
Del Pindo en las altas cimas,
Lo bajo y ruin despreciando,
Sólo lo bello sublimas,
Y vas perlas derramando
En tus cadenciosas rimas.
¡Pobre, inspirado cantor!
En vano tu arpa exhalaba
Ayes de inmenso dolor.
Como le hablabas de amor,
El mundo no te escuchaba.
Nuestra culta sociedad,
Que ante el malvado opulento
Se postra con humildad,
No reconoce el talento
Sumido en la adversidad;
Pero, al fin, hace notoria,
Cuando es ya inútil al hombre,
Su fama eterna en la historia,
Dando á una calle su nombre
Ó un monumento á su gloria.
Los que ayer indiferentes
Vieron tus tremendas luchas,
Te ofrecen hoy reverentes
Un amor que ya no sientes
Y aplausos que ya no escuchas.
¡Qué extraño! Cámoens, Cervantes,
Que en la indigencia morían,
Tienen estatuas gigantes.
Si hablar pudieran, dirían:
«¿Por qué no lo hicísteis antes?»
Descansa en paz en los cielos,
Cuyo goce te afianzan
Esos póstumos desvelos.
Ya á tanta altura no alcanzan
Ni la envidia ni los celos.
Ya tu Patria agradecida
Honró tu ceniza inerte.
¡Grande ovación! ¡Merecida!
¡Ay, cuánto frío en la vida!
¡Cuánto calor en la muerte!

JOSÉ M.ª GUTIÉRREZ DE ALBA.

CUENTO VIEJO

En una reunión modesta
Con entusiasmo charlaban
Unos cuantos individuos
De lo muy adelantada
Que está América del Norte
Por sus inventos sin tasa,
Por su comercio, su industria
Y mil cosas que se callan.
Más de una hora estuvieron
En sesión acalorada,
Y, con cordura ó sin ella,
Todos de América hablaban
Poniéndola por las nubes,
Tributándole alabanzas;
Y para probar á un tiempo
Que pulmones les sobraban,
Gritaron á todo trapo,
Sólo porque se escuchara
Lo que cada cual decía
Primeramente que nada.
Se sosegó la cuestión:
Uno tomó la palabra,
Y dijo:—Para probarles
Que es cierto lo que se habla,
Y para evitar al punto
Que estas discusiones haya,
Voy á explicarles á ustedes
La velocidad con que andan
Los trenes allá en América
Y estoy seguro que os pasma.
Sucedió que cierto día,
Á las diez de la mañana,
Un pacífico viajero,
Por quítame allá esas pajas,
Tuvo una seria disputa
Con el jefe, que se hallaba
Dando mil disposiciones
Á todos los que viajaban,
En un tono serio, grave
Y con mucha petulancia.
Pues bien; á dicho viajero
No le hizo maldita gracia
Que el jefe de la estación
Dijera sandeces tantas,
Y de buenas á primeras
Le dirigió dos palabras,
Insultantes y atrevidas,
Para que el otro saltara.
Así fué efectivamente:
Sin andarse por las ramas
Le contestó el empleado,
Groseramente y sin maña,
Cuatro payas, que al primero
Le hicieron muy poca gracia.
Duró un rato la contienda,
Pero sólo de palabras;

Hasta que al fin el viajero,
Saltando de pura rabia,
Sin poderse contener
Fué á darle una bofetada
Al jefe, en el mismo instante
Que el tren á andar comenzaba.
Y es tal la velocidad
Que llevan los trenes, tanta,
Que ¿á quién se piensan ustedes
Que le deshizo la cara?
—¿Á quién?—preguntaron todos
Con curiosidad, con ansia.
—Pues nada menos que al jefe
De la estación inmediata.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

LAS MUSARAÑAS

¡Quién no ha pensado en ellas! El sabio y el ignorante, el tonto y el discreto, el viejo y el niño, la presumida y coqueta y la frívola y hermosa.... Todos y todas han visto y pensado en las musarañas.

Y, sin embargo, al decir de la gente es en lo menos y más tonto que hay que pensar.

No lo entiendo yo así, que, en mi manía de pensar en las nimiedades despreciativas, en todo quiero hallar algún fondo de verdad y de razón.

Son las musarañas una especie de telilla que cae sobre el pensamiento, á traves de la cual los anteojos del deseo creen ver formas vagas é impalpables, que remedan con admirable precisión aquellas otras reales y efectivas que incitan en el mundo á la materia y atormentan ó alegran el espíritu.

Es general la creencia de que cuando el hombre se recoge en sí, ó, más claro, cuando figura estar en uno de esos éxtasis contemplativos que semejan algo así como un idiotismo de materia y pensamiento, entónces no ve más allá de sus narices; estando, por consiguiente, como la máquina que, apesar de tener la caldera llena de vapor y todos sus aditamentos al corriente, no funciona.

No lo creo así, y desde este mi rincón obscuro y olvidado he de protestar de aseveración tan inoportuna y equivocada.

Precisamente cuando se piensa en algo es cuando se está más quieto y recogido, y á asegurar me atrevo, con toda la osadía que Dios y la ignorancia me dieron, que cuando Fulton, por ejemplo, condensaba el vapor en su mollera envidiable y privilegiada, después de haber visto saltar la tapadera de un caldero por la acción del agua y el calor, cualquiera que lo hubiera observado habría dicho que estaba pensando en las musarañas.... Y ved por dónde de cosa tan pequeña brotó tan admirable portento.

—*¡E pur si muove!*—cuentan que decía Galileo cuando, amarrado al potro del tormento donde la Iglesia quería amordazar á la verdad, contestaba á aquellos esbirros del pensamiento.... Y lo decía balbuceando y con la vista fija en la tierra, como haría cualquier tonto callejero....—Aquellas musarañas partieron por el eje á la Biblia y á Josué.

En la celda del Padre Marchena, asomado á las ventanas de aquel Monasterio que, con ser de materia deleznable y mísera, ha de contar tanta vida como la misma eternidad, Cristóbal Colón se embebía horas y horas contemplando no más aquellos mares y aquellas olas, que se revolcaban en infinitos culebreos, y que, al estrellarse sobre la playa en corrientes espumosas, parecía como que dejaban blancas perlas traídas de aquel mundo nuevo con que él soñaba.... Los sabios de entonces decían que Colón miraba las musarañas, y, efectivamente, de ellas salió un mundo, como quien no dice nada.

Y así sucesivamente, si vamos recorriendo la escala que forman esos ratos que en el hombre parecen perdidos, iremos encontrando casos baladíes, sin forma ni color....

Me diréis que hay musarañas de musarañas.... Á lo que os contestaré con testarudez y perseverancia, que todas, absolutamente todas tienen algo grande en sí.

—¿Qué mira esa vieja ñoña que, con la boca entreabierta y los ojos casi apagados, parece que espera que caiga algo de las alturas?

¡Ah! ¿Creéis que no ve nada? Preguntadle si tuvo un hijo que fué á la guerra y que de la guerra no volvió.... Preguntadle y os convenceréis cómo y por qué mira al espacio anchuroso que separa de la tierra al cielo: en medio de esa *nada* ve á su hijo sonriente y satisfecho, tan buen mozo y tan gallardo como estaba con el traje militar cuando de ella se despidió dándole abrazos y besos.... Esa musaraña que mira es algo más que una tontería inconsciente, es un hijo, es toda una vida de amor y de recuerdos....

—¿Y ese anciano que apenas sabe si hay otro mundo y otra gente que esa choza que habita y esos seres que le acompañan?

Pues, no lo dudéis; piensa en eso mismo. Ha oído decir que Dios es justo, misericordioso y bueno, y premia las buenas acciones; y aunque él escudriña los rincones de su conciencia, que no le acusa falta que contravenga en nada los preceptos de la moral, á la hora presente quizá no tenga un pedazo de pan que llevar á la boca, y es muy probable que crea ver una musaraña de miseria envuelta en un porvenir de lágrimas y sangre.

—¿Y ese chiquitín, que apenas razona, ni aun sabe darse cuenta de cómo ha venido al mundo?

También, aunque no lo parece, ve algo.... Difícil será acertar lo que es.... ¡Quién sabe lo que puede mirar un niño cuando mira, ni lo que puede pensar cuando piensa! Hé ahí el verdadero misterio de la vida.

—¿Y esa joven que, con la mano puesta en la mejilla y los negros ojos en algo que no se ve, parece como que de ella se va apoderando la tristeza, ese velo invisible que precede al desengaño?

Pues esa piensa.... en la musaraña de mi persona, que le ha faltado esta noche por escribir á ustedes este articulillo.

J. RODRÍGUEZ LA ÓRDEN.

UNA AVENTURA DE D. JUAN TENORIO

Según cuentan antiguas historias,
Y aun así lo acredita la fama,
Cierta noche del rígido invierno
Arrogante don Juan caminaba,
Embozado en su negro tabardo
Y en la diestra empuñando la espada.
Nadie osó presentarse á su vista
En aquellos momentos de rabia,
En que el noble galán era presa
Del furor, por desdén de una dama.
Dirigióse á la puerta suntuosa
De un severo y magnífico alcázar,
Propiedad de una hermosa doncella
De muy noble y antigua prosapia.
Con el firme propósito inicuo
De saciar su terrible venganza,
Revolvía en su mente furiosa
El fatal pensamiento de hollarla....
Temerario se arroja de pronto,
Impulsado por fuerza satánica,
Y las rejas del alto palacio
Con pericia en momentos escala.
Auxiliado de fuerte ganzúa,
De un balcón las maderas desgarra,
Y el osado galán, al instante
Consiguió penetrar en la estancia.
Desprovisto de luz el Tenorio,
Por el tacto impaciente buscaba
El lugar do estuviera dormida
La arrogante y bellísima dama.
Percibió en el tranquilo silencio
De la noche, que allí respiraba....
Y á su labio asomó una sonrisa
Cual preludio á la próxima infamia.
Acercóse á un diván, y en su rostro,
Como el puro perfume del aura,
El aliento sintió de la hermosa
Provocando su pérfida saña.
Con la mano tocó un blando rizo,
Que lasciva impresión dió á su alma,
Y deshecho en ardiente locura
Se arrojó para ardiente abrazarla,
Y le hizo un bocado terrible
Comprender que era un perro de lanas.

VICENTE TOSCANO QUESADA.

¿QUIÉN ES ELLA?

En cualesquiera catástrofes,
Ya domésticas, ya históricas,
Según lenguas categórica[s]
Siempre danza una muj[er]

Hasta que al fin el viajero,
Saltando de pura rabia,
Sin poderse contener
Fué á darle una bofetada
Al jefe, en el mismo instante
Que el tren á andar comenzaba.
Y es tal la velocidad
Que llevan los trenes, tanta,
Que ¿á quién se piensan ustedes
Que le deshizo la cara?
—¿Á quién?—preguntaron todos
Con curiosidad, con ansia.
—Pues nada menos que al jefe
De la estación inmediata.

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

LAS MUSARAÑAS

¡Quién no ha pensado en ellas! El sabio y el ignorante, el tonto y el discreto, el viejo y el niño, la presumida y coqueta y la frívola y hermosa.... Todos y todas han visto y pensado en las musarañas.

Y, sin embargo, al decir de la gente es en lo menos y más tonto que hay que pensar.

No lo entiendo yo así, que, en mi manía de pensar en las nimiedades despreciativas, en todo quiero hallar algún fondo de verdad y de razón.

Son las musarañas una especie de telilla que cae sobre el pensamiento, á traves de la cual los anteojos del deseo creen ver formas vagas é impalpables, que remedan con admirable precisión aquellas otras reales y efectivas que incitan en el mundo á la materia y atormentan ó alegran el espíritu.

Es general la creencia de que cuando el hombre se recoge en sí, ó, más claro, cuando figura estar en uno de esos éxtasis contemplativos que semejan algo así como un idiotismo de materia y pensamiento, entónces no ve más allá de sus narices; estando, por consiguiente, como la máquina que, apesar de tener la caldera llena de vapor y todos sus aditamentos al corriente, no funciona.

No lo creo así, y desde este mi rincón obscuro y olvidado he de protestar de aseveración tan inoportuna y equivocada.

Precisamente cuando se piensa en algo es cuando se está más quieto y recogido, y á asegurar me atrevo, con toda la osadía que Dios y la ignorancia me dieron, que cuando Fulton, por ejemplo, condensaba el vapor en su mollera envidiable y privilegiada, después de haber visto saltar la tapadera de un caldero por la acción del agua y el calor, cualquiera que lo hubiera observado habría dicho que estaba pensando en las musarañas.... Y ved por dónde de cosa tan pequeña brotó tan admirable portento.

—*¡E pur si muove!*—cuentan que decía Galileo cuando, amarrado al potro del tormento donde la Iglesia quería amordazar á la verdad, contestaba á aquellos esbirros del pensamiento.... Y lo decía balbuceando y con la vista fija en la tierra, como haría cualquier tonto callejero....—Aquellas musarañas partieron por el eje á la Biblia y á Josué.

En la celda del Padre Marchena, asomado á las ventanas de aquel Monasterio que, con ser de materia deleznable y mísera, ha de contar tanta vida como la misma eternidad, Cristóbal Colón se embebía horas y horas contemplando no más aquellos mares y aquellas olas, que se revolcaban en infinitos culebreos, y que, al estrellarse sobre la playa en corrientes espumosas, parecía como que dejaban blancas perlas traídas de aquel mundo nuevo con que él soñaba.... Los sabios de entonces decían que Colón miraba las musarañas, y, efectivamente, de ellas salió un mundo, como quien no dice nada.

Y así sucesivamente, si vamos recorriendo la escala que forman esos ratos que en el hombre parecen perdidos, iremos encontrando casos baladíes, sin forma ni color....

Me diréis que hay musarañas de musarañas.... Á lo que os contestaré con testarudez y perseverancia, que todas, absolutamente todas tienen algo grande en sí.

—¿Qué mira esa vieja ñoña que, con la boca entreabierta y los ojos casi apagados, parece que espera que caiga algo de las alturas?

¡Ah! ¿Creéis que no ve nada? Preguntadle si tuvo un hijo que fué á la guerra y que de la guerra no volvió.... Preguntadle y os convenceréis cómo y por qué mira al espacio anchuroso que separa de la tierra al cielo: en medio de esa *nada* ve á su hijo sonriente y satisfecho, tan buen mozo y tan gallardo como estaba con el traje militar cuando de ella se despidió dándole abrazos y besos.... Esa musaraña que mira es algo más que una tontería inconsciente, es un hijo, es toda una vida de amor y de recuerdos....

—¿Y ese anciano que apenas sabe si hay otro mundo y otra gente que esa choza que habita y esos seres que le acompañan?

Pues, no lo dudéis; piensa en eso mismo. Ha oido decir que Dios es justo, misericordioso y bueno, y premia las buenas acciones; y aunque él escudriña los rincones de su conciencia, que no le acusa falta que contravenga en nada los preceptos de la moral, á la hora presente quizá no tenga un pedazo de pan que llevar á la boca, y es muy probable que crea ver una musaraña de miseria envuelta en un porvenir de lágrimas y sangre.

—¿Y ese chiquitín, que apenas razona, ni aun sabe darse cuenta de cómo ha venido al mundo?

También, aunque no lo parece, ve algo.... Difícil será acertar lo que es.... ¡Quién sabe lo que puede mirar un niño cuando mira, ni lo que puede pensar cuando piensa! Hé ahí el verdadero misterio de la vida.

—¿Y esa joven que, con la mano puesta en la mejilla y los negros ojos en algo que no se ve, parece como que de ella se va apoderando la tristeza, ese velo invisible que precede al desengaño?

Pues esa piensa.... en la musaraña de mi persona, que le ha faltado esta noche por escribir á ustedes este articulillo.

J. RODRÍGUEZ LA ÓRDEN.

UNA AVENTURA DE D. JUAN TENORIO

Según cuentan antiguas historias,
Y aun así lo acredita la fama,
Cierta noche del rígido invierno
Arrogante don Juan caminaba,
Embozado en su negro tabardo
Y en la diestra empuñando la espada.
Nadie osó presentarse á su vista
En aquellos momentos de rabia,
En que el noble galán era presa
Del furor, por desdén de una dama.
Dirigióse á la puerta suntuosa
De un severo y magnífico alcázar,
Propiedad de una hermosa doncella
De muy noble y antigua prosapia.
Con el firme propósito inicuo
De saciar su terrible venganza,
Revolvía en su mente furiosa
El fatal pensamiento de hollarla....
Temerario se arroja de pronto,
Impulsado por fuerza satánica,
Y las rejas del alto palacio
Con pericia en momentos escala.
Auxiliado de fuerte ganzúa,
De un balcón las maderas desgarra,
Y el osado galán, al instante
Consiguió penetrar en la estancia.
Desprovisto de luz el Tenorio,
Por el tacto impaciente buscaba
El lugar do estuviera dormida
La arrogante y bellísima dama.
Percibió en el tranquilo silencio
De la noche, que allí respiraba....
Y á su labio asomó una sonrisa
Cual preludio á la próxima infamia.
Acercóse á un diván, y en su rostro,
Como el puro perfume del aura,
El aliento sintió de la hermosa
Provocando su pérfida saña.
Con la mano tocó un blando rizo,
Que lasciva impresión dió á su alma,
Y deshecho en ardiente locura
Se arrojó para ardiente abrazarla,
Y le hizo un bocado terrible
Comprender que era un perro de lanas.

VICENTE TOSCANO QUESADA.

¿QUIÉN ES ELLA?

En cualesquiera catástrofes,
Ya domésticas, ya históricas,
Según lenguas categóricas
Siempre danza una mujer.

CONSULTA



—Doctor, ¿se puede saber por qué soy yo sordo?
—Hijo, á mí me parece que no ha de ser por falta de orejas. ¡Digo yo!

Disimulen nuestras prójimas,
Pues no existe quien no alcance
Que en todo ruidoso lance
Mujer por medio ha de haber.
Fatalidad tan maldita
Es al sexo bello adjunta:
No hay percance sin su bella;
Sucede cualquier cosita,
Se oye el cuento, y se pregunta:
¿Quién es ella?

Sale apénas don Pepito
Del colegio; adquiere trato,
Y saca los pies del plato
Y ya empieza á trasnochar.
Y al mirar que se extravía,
El papá sigue sus huellas
Y siempre ha de encontrar *ellas*
Que al niño hagan tropezar.
Y una noche el angelito
Viene á casa mal parado
Por su desdichada estrella,
Y le dice el papaíto:
Confiésalo y no me enfado,
¿Quién es ella?

Por una se perdió Troya,
Por otra se perdió España,
Y por otra, fuerza y saña
Perdió el mísero Sansón.
Y así, en lo bueno y lo malo
Y en lo adverso y favorable
No hay un hecho memorable
Do no tenga intervención
Una sin par hermosura
Por quien pierde el hombre el seso,
Por quien todo lo atropella;
Y al oir contar la aventura
Pregunta hasta el más camueso:
¿Quién es ella?

Por una mujer se viera
Holofernes degollado,
Si bien fué aquí el resultado
Que Betulia se salvó.
Por una murió Macías,
Y Orlando se volvió loco,
Y hasta Orfeo—que no es poco—
Á los infiernos bajó.
Ya por *hache*, ya por *erre*,
No hay catástrofe ni asunto
Donde no dance una bella.
Y aunque el que me oiga se emperre,
Yo en todo caso pregunto:
¿Quién es ella?

† Antonio Robles.

CANTARES

Fué tanta la pena mía
Cuando supe tu aflicción,
Que no ha vuelto la alegría
Á llenar mi corazón,
Porque vivo en la agonía.

—

Me quisiste sólo un día
Y aquel día no acerté.
¡Malhaya la suerte mía!
Tuve el bien y lo dejé;
Entonces no distinguía.

—

Me paso los días enteros
Mirando la sepultura
Donde se encierran tus huesos.

—

El amor que te tenía
El viento se lo llevó:
¿Qué clase de amor sería?

Pablo Íñiguez Galiano.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de Perecito en Madrid: —D. Julian Rodriguez.—Corredera baja de San Pablo, Café de la Concepción.

CONSULTAS

Sr. D. V. T. Q., Cabra.—Queda usted servido.
Sr. D. R. N., Sevilla.—Hombre, ¡si ese es un soneto de Yanguas Fleury echado á perder!
Sr. D. J. M. M., Sevilla.—No sirve.
Sr. D. J. R., Sevilla.—Al irlo á leer he visto eres con hache y lo he tirado al cajón de los desperdicios.
Sr. D. A. M., Sevilla.—Serán muy buenos los epigramas, pero no nos gustan, y basta.

PERECITO. Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscripción.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.— Cada mes se publica un número extraordinario.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 9 de Septiembre de 1888. Núm. 45.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. Precio: 10 cénts.

ACTORES SEVILLANOS

RAFAEL CALVO

† en Cádiz el 4 de Septiembre de 1888.

SUMARIO

DON RAFAEL CALVO

Rafael Calvo nació en Sevilla en 1844.

Su padre, actor de carácter de la Compañía Delgado, lo dedicó desde muy joven al estudio de la Jurisprudencia y posteriormente al de las Matemáticas; pero para su fecunda imaginación no se habían hecho las frías demostraciones algebraicas y tuvo que abandonar bien pronto sus estudios para ingresar en la misma Compañía á que pertenecía su padre.

Representando el drama de Ferrer del Río, titulado *Pizarro*, escuchó los primeros aplausos, y la voz de Mariano Fernández, que le decía:

«Rafael, te contrato como galán joven para la próxima temporada de verano en Santander.»

Rafael Calvo aceptó gustoso la proposición que le hiciera Mariano Fernández y se dedicó entonces con un tesón sin ejemplo á leer y á estudiar los clásicos españoles.

Fué ahí donde formó su buen gusto literario.

Fué ahí también donde refinó su gusto dramático.

Desde esa fecha principió para él la agitada vida del artista y del actor dramático.

En Santander se conquistó aplausos infinitos, debidos todos á su gran talento.

Recorrió en seguida las principales ciudades de España con diversos empresarios.

Estuvo en Murcia, en Madrid, y después pasó á la Habana.

Se encontró en las Compañías que dirigían los señores Catalina, Arjona y su padre, hasta que últimamente se puso él á la cabeza de una de ellas.

Desde el año de 1864, principalmente, su vida fué una carrera no interrumpida de triunfos.

En 1876 estuvo en Cádiz con una notable Compañía, de que formaban parte la Mendoza Tenorio, Ricardo Calvo, Donato Jiménez y Albarrán.

La temporada se inauguró en 23 de Junio con *Un drama Nuevo*, y terminó el 31 de Julio con *Los amantes de Teruel.*

Se habían dado 30 funciones de abono y algunas extraordinarias hasta sumar 37 con áquellas.

En dicha época sufrió un contratiempo el Sr. Calvo, por haber fracasado la Empresa que lo había traído á Cádiz.

Á poco de esto marchó á Madrid, trabajando una larga temporada en el teatro Español, donde el año 1880 se unió con el Sr. Vico, siendo una de las épocas que con más gusto recuerdan los aficionados al arte dramático en la Corte.

En 1883 marchó á la América del Sur, donde residió largo tiempo, visitando también Chile y otros países.

Por todas partes obtuvo ovaciones entusiastas, dejando allí recuerdo imperecedero.

De sus recientes campañas en el teatro Español, en unión del eminente Antonio Vico, nada tenemos que decir, por ser bien conocidas del público en general.

De Madrid había pasado á Barcelona á inaugurar el teatro Calvo y Vico, donde estrenaron ambos artistas el drama de Echegaray *Lo sublime en lo vulgar*.

En Cádiz la temporada se presentaba brillantísima, tanto por el favor del público como por los esfuerzos que con noble emulación hacían los artistas.

Una traidora enfermedad ha puesto fin á tanto bien y tanta gloria, sumiendo en profundo duelo á una amante familia y á cuantos alientan el sentimiento de amor y veneración por las glorias patrias.

—

La Redacción de PERECITO se une al duelo de la distinguida familia del Sr. Calvo; duelo que comprende á la escena española y á todos los amantes de nuestras glorias.

¡Descanse en paz el eminente actor!

Á LA MEMORIA

DEL EMINENTE ACTOR DON RAFAEL CALVO

(En labios del Sr. Vico.)

Piso con incierta planta
Senda hasta ayer sin abrojos,
Que llevo un velo en los ojos
Y un dogal en la garganta.
Esta soledad me espanta
Y mi propia voz me aterra;
Pero una esperanza encierra
Mi corazón en su duelo,
Y es que llegan hasta el cielo
Los gemidos de la tierra.

—

Miro, busco en derredor
Al que fuera hermano mío,
Y sólo encuentro un vacío
Menos grande que mi amor.
Pretendo con mi dolor
Llenarlo, y mi afán cruel;
Todo es en vano; porque él
Es tan ancho y tan profundo,
Que sólo llenando el mundo
Llenábalo Rafael.

—

¿No es extraño que demande
Si esto es verdad ó es un sueño?
¿Cómo en cuerpo tan pequeño
Cupo aquel genio tan grande?
¿Por qué la muerte así blande
Traidora su dardo fiero?
Pues diría que el primero
Mi pecho en sentirlo fuera,
Si tal herida no viera
Abierta en el mundo entero.

—

¡Cuán frágil era el fanal
Que en polvo veo convertido!
¡Con qué poco se hizo el nido
De genio tan colosal!
¿No ha de saltar el cristal,
Si el arte, del genio en pos,
Inflaman entre los dos
Llama que á todos asombre,
Porque no resista el hombre
El fuego que enciende Dios?

—

Y quiso Dios para sí
Tanta virtud y grandeza;
Y al par que su gloria empieza
Principia el dolor aquí.
Angustioso frenesí
Sepulta en el mismo duelo
Cuanto hay de santo en el suelo:
Patria, hogar, escena y arte,
Y entre tanta sombra parte
El alma inmortal al cielo.

—

Por Cádiz rueda y retumba
El eco que alzó su muerte,
Y con las flores que vierte
Quiso rellenar su tumba.
Luégo por España zumba
Ese rumor tremebundo,
Y allá en el seno profundo
Le busca aquel que no sabe,
Que en un sepulcro no cabe
Lo que no cupo en el mundo.

—

Le perdimos.... Sombra vana
Fué que se huyó del proscenio;
Pero ¡valor! que su genio
Le encontraremos mañana.
Hoy mismo en la escena hispana
Brillará lo que ese sol,
Con cuyo claro arrebol
Pinta el divino pincel.
¡Honor al gran Rafael!
¡Gloria al artista español!

CRISTIÁN.

Cádiz á 7 de Septiembre de 1888.

Á LA MEMORIA DE RAFAEL CALVO

¡Muerto! La suerte traidora,
Que animó cobarde saña,
Arrebató á nuestra España
Aquel alma soñadora.
Amargo y rudo desvelo
Á un sér sume en honda pena,
Viendo huérfana la escena
Y al genio suyo en el cielo.
¡Muerto! El destino terrible
Que persigue á la criatura
Y en la negra sepultura
Le empuja con ansia horrible;
Y que con fuerza brutal
Á la víctima delata,
Y juzga y condena y mata,
Verdugo y juez por igual;
Ese terrible destino,
Esa ley incontrastable,
Hundió en la fosa insondable
Á aquel artista divino.
Y con despego profundo,
Al golpe de la traición,
Apagó aquel corazón
Que para sentir fué un mundo.
Muerto ilustre, que comienza
Á vivir en la memoria
Por el poder de la gloria,
Que no hay poder que la venza.
Astro del arte grandioso,
Que eclipsó un terrible instante,
¿Dónde habrá tierra bastante
Para encerrar al coloso?
¡No, no muere lo inmortal
Ni muere el genio bendito,
Como del Dios infinito
No acaba el soplo vital.
Calvo su cuerpo os dejó;
Pero, aunque tengáis su fosa,
Decid que en Cádiz reposa,
Mas no digáis que murió.
¡Morir! ¿Muere, por ventura,
La luz que al cielo colora?
¿Muere el amor, esa aurora
De la humana criatura?
¿Y esas auras, y esas flores,
Que son del mundo armonía?
¿Y esa eterna poesía,
Cuna de nuestros amores?
¿Muere el azul de los cielos,
Encanto de nuestros ojos,
Y esos brillantes sonrojos
Del sol al romper sus velos?
Pues si aquí en la creación
Nada muere y todo vive,
¿Al genio quién lo concibe
Perdido en la anulación?
¡Oh! tú, madre Providencia,
Que en el corazón humano
Regulas con sabia mano
El rigor de la existencia;
Por el que he visto partir
Y que ya no he de admirar,
Dame ojos para llorar
Y aliento para sentir.
Que si el dolor apercibe
Al alma que va matando,
Yo he de vivir ¡ay! llorando,
Si es que llorando se vive.
Muerto en un suelo de gloria,
Hoy refleja nuestro suelo
El resplandor de su cielo
Y el fulgor de su memoria;

Que si el artista genial,
Por designio de la suerte,
En Cádiz halló la muerte,
También halló un pedestal;
Pedestal de hondo cimiento,
Muestra gallarda de amor,
Que alza en Cádiz el dolor
Y que inspira el sentimiento;
Y Cádiz, que tiene el bien
De tu fama esplendorosa,
Tendrá el pesar de tu fosa,
Pero el orgullo también.
Porque ¿qué iguala á tu gloria?
Tu muerte la luz condensa,
Y allá en la tumba comienza
Á abrir su fanal la historia.
Que allá en la eterna mansión
De los eternos olvidos,
Te esperan agradecidos
Rojas, Lope y Calderón.
En el mundo de la idea
Hoy empiezas á vivir;
Dios te llama á compartir
Los laureles de Romea.
Y pues que vives en Dios,
Que contigo el sol comparte,
Adiós, ideal del arte,
Espíritu augusto, ¡adiós!
De hoy más, el dolor que aferra
Tu recuerdo á mi desvelo,
Pondrá mi mente en el cielo
Y mi rodilla en la tierra.

RICARDO CANO.

VERSOS DE ECHEGARAY

Fuiste coloso de la escena hispana,
Pero hoy tus glorias ya cantar no puedo;
¡Perdí al amigo y el dolor me abruma!
¡Lloro.... me abato.... me confundo y cedo!...
El arte pinta la ficción ajena,
¡Nunca el propio quebranto!
¡Para Calvo no puedo escribir versos!
¡Para Calvo no tengo más que llanto!

ECHEGARAY.

VERSOS DE LEOPOLDO CANO

¿Versos para Rafael?
¡Mi corazón te rehusa!
¿Cómo ha de cantar mi musa,
Si está llorando por él?
Pide perlas al dolor,
¡Verás cuántas proporciona
Para la última corona
Del último Trovador!
Tras de su cadáver yerto
Sólo queda llanto triste.
¡Pöesía!... ¡Ya no existe!
¡La enterrásteis con el muerto!

LEOPOLDO CANO.

CUATRO DE SEPTIEMBRE

¡Á RAFAEL CALVO!

SONETO

¡Águila audaz, cruzaste triunfalmente
De los mundos el vasto torbellino,
Hallando siempre en el feliz camino
Coronas para orlar tu hermosa frente!
¡Sublime artista de la edad presente,
Pudo rendirte el implacable sino;
Pero ser inmortal fué tu destino,
Y tu Patria lo aclama eternamente!
¡Hermano, adiós! ¡Ya solo y abatido
(Que sin tí nada alivia mi quebranto)
Aquí me dejas, al dolor rendido!...
¡Me hiciste tanto bien!... ¡Te amaba tanto,
Que el eco de tu voz será el quejido
Que alivie al pecho de su acerbo llanto!

A. VICO.

Á RAFAEL CALVO

Vencedor de la gloria y de la suerte,
Lleno de juventud y de ardimiento,
Mirando al porvenir, hiela tu aliento
El soplo no sentido de la muerte.
¡Ay, cuánto hemos perdido con perderte!
¿Qué, sin tí, del teatro, en el momento
En que el bufón, sin arte ni talento,
El gusto estraga y la moral pervierte?
López, Tirsos, Moretos, Calderones,
Por tí resucitaban en la escena,
Levantando los patrios corazones;
Y tu pronta partida nos condena
Á la peste de infames traducciones,
Cuyo aliento mortal nos envenena.

JOSÉ VELARDE.

EPIGRAMAS

—Chico: aquí se almuerza bien,
Y hoy me encuentro en grande apuro.
—¡Mozo! Un cubierto de á duro
Con ostras y *Chateau Iquén.*
—Gracias. Perdona el sablazo,
Porque la estocada es honda.
Ha sido á fondo.
—Nó, á fonda;
Pero es estocada á plazo.
—¿Á plazo?
—Letra á la vista
No la pagara yo así.
Tú me das el golpe á mí
Y yo lo doy al fondista.

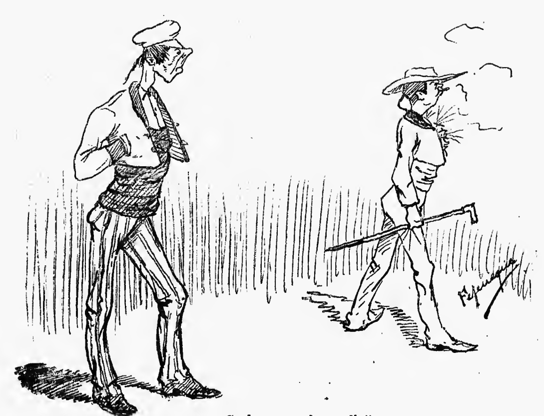
—¡La mato, sin remedio, amigo mío!
—¿Por qué?
—¿Por qué? ¡Por falsa y por traidora!
Mientras jura la infame que me adora,
Sé que con otro huésped tiene un lío.
—Eres en tus pasiones muy vehemente;
Cálmate un poco y tu furor aplaca,
Teniendo en cuenta que la carne es flaca,
Y al cabo ¡es la mujer tan inocente!
—¡Ella inocente! ¡Un ama de pupilos,
Viuda del segundo matrimonio,
Y capaz de engañar hasta al demonio!
¡Flaca ella, cuando pesa ochenta kilos!

J. M. G. DE ALBA.

FÁBULA

(EL ESCARABAJO Y LA CIGÜEÑA.)

Diz que un escarabajo pelotero
Caminaba á lo largo de un sendero.
Casi maquinalmente iba rodando
Su pelota, que á fuerza de sudores,
Y muy poquito á poco, fué aumentando.
Del sol á los purísimos fulgores
Iba el pobre infelice caminando,
Y en otros animales superiores,
Por yo no sé qué causa, ~~iba pensando.~~
Vió entonce una cigüeña que volaba;
Cada vez más arriba la veía,
Y creyéndose que ella se elevaba,
Porque sin duda al verla él rabiaría,
Parado en su camino le decía:
—No porque estés allá en el quinto cielo,
Vayas á figurarte que eres sola
La que puedes volar, ¡yo también vuelo!
Mas no dejo tirada por el suelo,
Por un capricho así, mi pobre bola.
Oyólo la cigüeña atentamente,
Y le sentó tan mal que aquel gargajo
Levantase la voz tan de repente,
Que comenzó á bajar, y llegó abajo.
Cuando ya lo tenía frente á frente
Dijo en tono severo:—Escarabajo,
Según ha dicho con razón la ciencia
Soy superior á tí, y á los mayores
No levantan el grito los menores;
De modo, que te guardas tu elocuencia.
—Tú me estabas tentando la paciencia,—
Dijo el insecto;—tú, cigüeña rara,
Pues sin duda á los cielos ascendías
Tan solamente porque yo rabiara.
Conque aquí quiero verte, cara á cara
Y no huyendo de mí, como me huías.—
Escuchó la cigüeña al bribonazo,
Y le causó su charla tal efecto,
Que adoptando formal y grave aspecto,
La bola se comió de un picotazo.



¡¡Se lo come el orgullo!!

Y acto seguido se tragó al insecto.

Insectos desgraciados é infelices:
Nunca porque sintáis el prurito
De montársele al grande en las narices,
Le levantéis un solo instante el grito;
Porque, como el mayor es el que puede,
Lo que al escarabajo les sucede.

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid: —D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, Café de la Concepción.

El número próximo será el extraordinario correspondiente á Septiembre, y en él se publicará un bonito dibujo que nos ha enviado el distinguido pintor madrileño D. Manuel de las Casas.

Se ha puesto á la venta el juguete cómico en un acto y en prosa, original de nuestros compañeros de redacción Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, *Belén, 12, principal.* Se halla de venta en las principales librerías de Sevilla y provincias y en la Redacción de PERECITO, con veinticinco por ciento de rebaja en el precio de cada ejemplar á nuestros suscriptores.

ANTE EL DIOCESANO

—Es mi nombre una ignominia,
Y me vengo á confirmar
Para poderlo cambiar.
—¿Cómo te llamas?
—¡Higinia!

En uno de nuestros pasados números se escapó una errata de mayor cuantía. Los cantares que iban firmados *Pablo Furques* son de nuestro querido amigo D. Pablo Íñiguez.

¡Caramba, caramba! Continúa PERECITO gustándole á los empleados de Correos. Pero lo malo es que cada día les gusta más y nos roban infinidad de números de los suscriptores de provincias.

Y dirán los dichosos empleaditos, parodiando *La Peste de Otranto:*

«Al quitarle sin temor
Más números cada día,
Murmuramos todavía:
¡Si nos viese el Director!»

Un sujeto, haciendo alarde de su mala memoria, le decía á un amigo suyo:

—¿Te acuerdas de aquel día que fuimos al Puerto para ver los toros?

—Nó, no recuerdo.

—Sí, hombre; que mataba Mazzantini.

—¡Ah, ya! Ahora caigo.

—Pues apesar de todo lo que nos divertimos, calcúlate si tendré mala memoria, que se me ha olvidado.

CONSULTAS

El doctor Pluma Larga, Sevilla.—¡Bonafoux!

¡Cáscaras!, Sevilla.—Eso digo yo, ¡cáscaras!

Sr. D. A. L. R., Sevilla.—¡Hombre! ¡Por Dios!

Chirigota, Sevilla.—«El sol á salir comenzaba
Cuando yo tranquilo me retiraba.»

Pues no sé cómo se retiraba usted tranquilo, si antes había escrito esos dos renglones.

¡Es inexplicable!

Un neófito, Sevilla.—No sirve. Á su anterior contestamos en el número 43.

PERECITO, Periódico ilustrado satírico literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 16 de Septiembre de 1888. Núm. 46.



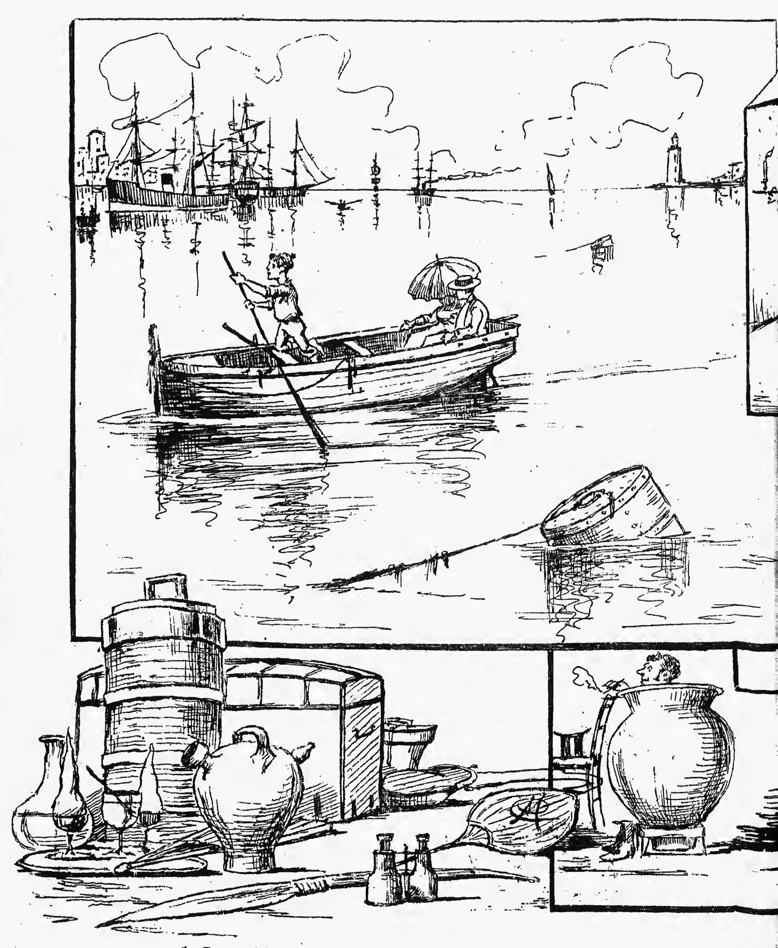
PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 15 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. Precio: 15 cénts.

PINTORES SEVILLANOS

GONZALO BILBAO

DAFNIS Y CLOE le ha dado
Justa fama de pintor
Inspirado,
Y por eso es tan nombrado,
Sí, señor.



1. Invasión de insectos.—2. Los que prefieren el campo á la playa.—



De caza.—4. Asperges.—5. ¡Oh, qué gran placer!—6. En el Sardinero.

El alma le diera á Dios
Y el cuerpo á la mar serena;
Mi corazón á la Virgen
De Consolación de Utrera.

El cantor anónimo espantó las aves que dormían en el nido de mi corazón; volaron éstas al Santuario que se alza entre frondosos olivos, y, como legión de sueños, recuerdos y sentimientos, plegaron sus alas á la *Virgen de Consolación*, la que está en los olivares.

Amor, cariño filial, amistad, desinterés, aves son que tejen las pajas de su nido más seguro en el sombrío techo del Santuario donde se venera la imagen milagrosa.

Todavía resuenan en mis oídos las palabras de aquella madre que decía, postrada de hinojos ante la Virgen:

—¡Madre mía, devolvedme á mi hijo!

Todavía escucho la voz severa de mi padre:

—¡Hijo mío, no te olvides de la *Virgen de Consolación!*

Todavía, llenos de lágrimas mis ojos y de gozo mi corazón, escucho aquella copla del duendecillo familiar del pueblo andaluz:

El alma le diera á Dios
Y el cuerpo á la mar serena;
Mi corazón á la Virgen
De Consolación de Utrera.

LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

DEVOLUCIÓN

Mi simpática Gabriela:
Con el dador, Juan *el Manco*,
Le devuelvo á usted sus cartas,
Su cabello y su retrato.
Siento que esté usté enojada,
Y que me crea tan malo,
Que hacerme tenga la cruz
Como si fuera al diablo.
¡Vaya por Dios! Gabrielita,
Sin duda usted se ha enojado,
Y el rábano por las hojas
Ha cogido sin pensarlo.
Me dice usted que no tengo
Palabra, y que me retracto
De las promesas formales
Que á las mujeres les hago;
Que tengo sangre de horchata,
Que soy un tuno, un malvado,
Y un hombre sin corazón
Y otras cosas que me callo.
Pasaré lo de la sangre,
Que no quiero averiguarlo,
Pues para ello tendría
Que sangrarme y no me sangro.
¿Sangre de horchata? ¡Soberbio!
Ahora estamos en verano,
Y un vasito de mi sangre
La refrescaba á usted algo.
Lo de *tuno*, amada mía....
Vaya, vaya.... no lo paso.
Se lo devuelvo á usted íntegro,
Corregido y aumentado.
Se lo encaja usté al pariente
Que dice la quiere tanto,
Que yo no suelo usar motes
Que sus parientes usaron.
La promesa que hice á usted
La he cumplido, y prueba al canto:
La prometí ser muy firme,
Y firme soy; no me caso.
Conste, pues, que sé cumplir,
Aunque en sentido contrario,
Las promesas, y que soy
Casi, casi un buen muchacho.
Del corazón, yo no sé
Si le tengo; pero es raro
Que el de usted, siendo tan dulce,
Me sepa á mí tan amargo.
Es cuestión de paladar,
Y á otra cosa no lo achaco.
Su corazón es tan grande,
¡Ay! tan grande, que da espanto.
Como es grande cabe todo:
Cabe el amor, aunque falso;
La ambición y la malicia,
El fingimiento, el engaño;
Es tumba de cien amantes,
Que en él creyeron incautos;
Tribunal de su conciencia,
Guarida de sus amaños;
En él la miel y el calor
Se confunden; no es milagro
Que el dulce de aquella miel
El calor lo ponga rancio.
Y la miel, cuando está rancia,
De la hiel tiene el amargo,
Y fermenta, y se corrompe,
Y se producen gusanos.
Mas dejemos por ahora
El corazón, que estoy harto
De corazones fulastres
Que me cansan empalagos:
Hablemos de nuestro amor,
Y pasaremos por alto
Ciertos curiosos detalles,
Porque conviene callarlos.
La ví á usted, bien lo recuerdo,
Una noche en el teatro;
Me miró usted, la miré,
Y al parecer nos gustamos.
Terminóse la función,
Y la seguí á usté entonando
La canción de *Rigoleto*,
Sotto voce y cabizbajo.
Me creía el mismo Mantua,
Cuando de pronto veo un trapo
(Quiero decir un pañuelo)
Que caía de sus manos.
Acerquéme á recogerlo,
Algún tanto estupefacto,
Y me pringué los deditos,
Porque estaba muy mojado.
—Muchas gracias, señor mío,—
Cuando acerquéme á entregarlo
Me dijo usted, recogiendo
El pañuelo, que era un asco.
Lo que ha pasado después
Es ocioso relatarlo,
Porque al hacerlo *daría*
Al pregonero dos cuartos.
—Te quiero más que á mi vida,—
La dije á usted.... no sé cuándo;
Estábamos.... no sé dónde,
Y usted exclamó:—¡Canario!—
Su mamá, que dormitaba
Con un libro entre las manos,
Despertó toda confusa,
Los ojos desencajando,
Y dirigiéndose á mí
Me dijo con tono agrio:
—¡Canario! ha dicho mi niña,
Luego usted la ha hecho algo.—
Hubo dimes y diretes,
Le acometió á usté el desmayo,
Su mamá se enfureció
Y papá se puso bravo.
Tuvimos otra entrevista
Después de aquel altercado,
Y en tono de melodrama
Me propuso usted un rapto.
—¿Adónde voy yo contigo,—
Le contesté,—dulce encanto,
Si me encuentro *por dos velas*
Y tú no tienes un cuarto?
—Á París de Francia, á Italia,
Yo de tí no me separo:
Volveremos casaditos
Y papá pagará el gasto.
—Yo no puedo consentir,
Es un proyecto insensato.
¡Qué dirá de tí la gente!
¡Esto va á ser un escándalo!—
Se empeñó usted en viajar,
Pedí dinero prestado
Para salir del apuro
Y la fuga combinamos.
. . . .
Pero la fuga en proyecto
Se quedó; pues me enteraron
Que no era la vez primera
Que daba usted ese paso.

RICARDO PARODY.

VANA AMBICIÓN

La noche está serena,
Y brilla en el azul oscuro cielo
Pálida luna llena,
Cuya luz blanca y pura da en el suelo
Alumbrando la escena.
En la calle un silencio penetrante,
Tan sólo interrumpido
Por los pasos de un mísero cesante,
Que contempla embebido
La luna tan hermosa cual brillante.
No hace más que mirarla,
Lleno de gozo, de entusiasmo lleno,
Cuando una voz de trueno
Distrae su atención de contemplarla:
(Es la voz del sereno.)
Al ir de nuevo á ver la clara luna
Iba yn aproximándose á taparla
Una nube importuna;
Y tras ella un nublado tan extenso,
Tan negruzco y tan denso,
Que, como amenazara lluvia fuerte,
Obligó á retirarse al que extasiado
Admiraba la luna; y de esta suerte
Exclamó antes de haberse retirado:
—«Si me fuera posible
Tener en vez de estómago una luna,
Sentiría un placer indefinible;
Porque aunque pase alguna
Parte del año sólo en la menguante,
¿Qué me importa, si siempre estoy cesante?
Así será una vez mi suerte buena
Y á mi hambre pondrá freno;
¡Sobre todo al llegar la luna *llena*
Y ver yo que mi estómago está *lleno!!*»

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

¿DÓNDE VAMOS Á PARAR?

Esa casta de entes que pulula
Por donde quier, como fatal semilla,
Que van por todas partes en cuadrilla
Y el que menos poeta se titula;
Literatos en ciernes, gente nula,
Que nunca pare ni concibe, y pilla
Cuanto componen otros; gentecilla
Que de hacer gran ruido tiene gula,
¿Cuándo se acabará? ¿Vendrá una peste
Contra tanto escritor de mil dislates?
¿Qué gobierno de mundo ha sido éste?
¡Todos son literatos, todos vates!
¡Ay! Desde Norte á Sur, desde Este á Oeste,
Se va el mundo á inundar de disparates.

JOSÉ MANUEL DE VILLENA.

EL GUARDA-BARRERA

Había sonado la media noche: el espesor de las sombras era rasgado de trecho en trecho por las aguzadas puntas de

los pitacos del vallado vecino; un poste rígido arrancaba del suelo y parecía confundirse con la negrura del zenit; sólo el zumbido de los insectos y el rumor prolongado del silencio formaban eco á los débiles quejidos de un sér que moría.

Allí, en medio de aquel cúmulo de tristezas, se levantaba una casita blanca, albergue, por entonces, de la muerte. Sobre un montón de heno yacía el cuerpo helado de una mujer seca, huesosa y miserable: las últimas contorsiones del estertor habían apretado contra su pecho descarnado la rubicunda cabecita de un niño colorado como las cerezas y hermoso como los angelitos que levantan á la Virgen por los aires.

—Mamá, no me aprietes,—decía el inocente huérfano;—levántate, que vendrá el tren y no verá la luz del farolillo.

Pero el eco de aquella vocecita se perdía entre los harapos que cubrían aquel cuerpo, y fuera del triste recinto sólo contestaban el tenaz rum rum de la cigarra y el seco chirrido de los ranos de las charcas.

Aquel niño abandonado besaba por última vez el regazo de su madre, helado para siempre, cuando oyó á lo lejos un sonoro silbido, entrecortado por la impaciencia.

—Mamá, el tren,—repitió el niño.

Y desasiéndose como pudo de aquellos garfios de hueso, corrió hacia el farolillo encendido, único testigo de aquella escena, y, asomándolo al umbral que daba al campo, lo levantó cuanto pudo con sus dos manecitas.

El monstruo de hierro acalló sus sonoros escapes de vapor, moderó su vertiginosa carrera é hincó sus frenos sobre las pestañas de sus ruedas ante los espantados ojos de aquel ángel.

Bajaron al camino los conductores del tren rápido y preguntaron mil voces á un tiempo:

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

Aquella luz era roja y señal de evidente peligro.

Encontrado el cadáver de aquella infeliz y la soledad espantosa de aquel niño volvió la calma á todos; pero el jefe del convoy, enternecido ante aquel espectáculo, dijo, descubriendo á la vez su cabeza:

—Señores, no hay peligro; sólo hay un muerto en esa estancia y un guarda-barrera celoso de su deber. Esa luz roja, que alzó este inocente entre sus dedos, ha servido ya para librarnos otras veces de la muerte: rindamos un homenaje á la que ha muerto por nosotros.

—¿Mi mamá se ha muerto?—dijo aquel niño comprendiendo la realidad.

—No llores, hijo mío; tú serás guarda-barrera y guardador de este sitio, cuna de tus encantos y sepulcro de tu porvenir....

El tren partió.

. . . .

Hoy, cada vez que el solitario guarda-barrera eleva el farolillo al paso del tren rápido, rueda una lágrima de sus ojos y exclama allá en el fondo de su alma:

—¡Descansa en paz, madre mía!

GRAFITO.

Á MI SERENO

Sereno, será muy bueno,
Muy justo y muy necesario,
Anunciar al vecindario
Que da la hora, sereno.
Pero, la verdad, me choca
Que presuma usted cantando.
¡Si parece un perro aullando
Cada vez que abre la boca!
Con gritos atronadores,
Sin reparar en pelillos,
Asusta usté á los chiquillos....
Y á las personas mayores.
El chico de don Ramón,
Cuando le siente cantar,
Dice:—Me voy á acostar,
Porque ya viene el *Cancón*.
Y si usted no se modera
Y pregona con más modos,
Hemos de quejarnos todos
Á la autoridad primera.
Porque ya está muy cargante,
Y, en verdad, es triste cosa
Que su voz aguardentosa
Me despierte á cada instante.
Por lo tanto, le suplico
Que se deje de cantar,
Ó le voy á reventar.
. . . .
Me parece que me explico.

MANUEL ÁLAMO.

RIMAS

I

Ebúrneo, alabastrino, blanco seno
Sueles con tu descote presentar,
Ponderado de todos los curiosos
Que lo pueden mirar.
Pero ¡ay! no es cristalino, transparente,
Ni es posible saber qué existe allí:
Si en él hubiera luz, al ver su centro
¡Cómo huirían de tí!

II

La última vez que de tus ojos bellos
Recogí la mirada,
Una lágrima triste, silenciosa,
Tus mejillas surcaba.
Tanta sed yo tenía,—lo confieso,—
Y tanto me excedí,
Que, acercando mis labios á tu cara,
La lágrima bebí.
. . . .
. . . .
Desde entónces, tristeza, suerte negra
Nos cobija á los dos.
Tú dices sollozando al ver la tuya:
—¡Malhaya quien lloró!—
Y yo, que me abrasaste con tu lágrima:
—¡Malhaya quien bebió!

III

Tus ojos de azabache,
Tus labios de ambrosía,
Pero ¡ay! tu corazón es una roca
Donde el potente mar se estrellaría.

RUFINO CORTÉS.

POR LO FLAMENCO

Calorró.

Os minrés saeáis
Á tucue diquelen
Merando e boquí pre oconas ulichas,
Ta manró n'abeles.
—
Menda camelara
Tue dicar, cachí,
Arjulipando sata as julistrabas
Pre-tun bachurrí.
—
Manguelé orobiando
Á o percabaor,
Me bedelara a garabuyita
Men quimbilaró.

Castellano.

Mis ojos te vean
Andá po esas calles
Desfallecío, sin tené ni un bollo,
Muertecito e jambre.
—
Por tus malas cosas,
Pícara mujé,
Arrastrandito como las culebras
Te quisiera vé.
—
Le pedí llorando
Ar sepurturero,
Que me enseñara la sepurturita
De mi compañero.

IRDAÑÁ JIBAO.

EPIGRAMAS

Paseaba ayer sin cuidado
Y *vi venir* á Bautista,
El sablista más sablista
Que hay en el mundo habitado.
El sablazo era seguro
Y en vano traté de huir.
¡Lo *vería yo venir*,
Que me *sacó* medio duro!
—
Dijo el poeta Teodoro
Á la hija de don Gaspar:
«Son tus cabellos de oro.»
(¡Quién los pudiera empeñar!)
—
Á Bruno, el maestro Gaspar
Le dijo:—Vamos á ver
Si tú sabes responder
Qué es *jurar* y qué es *sumar*.—
Quedó meditando Bruno,
Pero al fin supo decir:
—Pues, *jurar*, *es.... reunir*
Varios números en uno.
Miró entonces á su amigo,
Mejor dicho á don Gaspar,
Y añadió presto:—*Y sumar....*
Poner á Dios por testigo.
—
Antes de ayer don Vicente
Le decia á don Ramón:
—Yo soy de usted, francamente,
Hasta la pared de enfrente.
(Y estaba en un callejón.)

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

LETRILLA

Que la cintura de Brígida
Sea tan fina y delicada
Como el grueso de una espada
Cuando ella sale á paseo,
Bien lo veo.
Pero si ella dice intrépida

Entre capitalistas.



—Calcúlese usted, yo no me pelo desde que cayeron los mios....
—(¡Caracoles! ¿Cuándo caerían los de éste?)

Que esto es obra de Natura,
Sin que gima la cintura
Del corsé bajo la tela,
Que se lo cuente á su abuela.

Que Juan mostrando amor férvido
Viene á ver muy de mañana
Á su ninfa soberana,
De obsequiarla con deseo,
Bien lo veo.
Pero si dice á su ídolo
Que desde que la dejó
Pensando en ella pasó
La tarde y la noche en vela,
Que se lo cuente á su abuela.

Que en este mundo maléfico
Causa el amor mil estragos,
Y hace pasar malos tragos
Al sexo bello y al feo,
Bien lo veo.
Pero si algún mal romántico
Dice al ponderar su amor
Que ha de morir de dolor
Por el desdén de Manuela,
Que se lo cuente á su abuela.

Que Inés deje á su fiel Cándido
Por otro cualquier amante,
Y pierda por inconstante
La ocasión de un himeneo,
Bien lo veo.
Pero si dice esta prójima
Que su nuevo pretendiente
La ha de querer ciegamente
Sin que el coquetismo huela,
Que se lo cuente á su abuela.

† Antonio Robles.

CANTARES

Primero lloré de pena,
Luégo lloré de alegría;
Un llanto me dejó ciego,
El otro me dió la vista.

—

Ví dejar mujeres pobres
Por mujeres opulentas,
Creyendo explotar caudales
Y sólo explotaron penas.

—

Sólo tendrá nuestro pecho
Para el bien senda expedita,
Cuando los pesares quedan
Y pasan las alegrías.

—

No vistas cuando yo muera
De negro luto tu cuerpo,
Pero que lleve tu alma
El manto del sentimiento.

Antonio Guerra y Ojeda.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de Perecito en Madrid: —D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, Café de la Concepción.

Sr. Director general de Correos: Ya pasa de la raya lo que nos está sucediendo con los dichosos subordinados de usted, que por lo visto se han creído que todo lo que sus manos tocan es suyo. Así es que la mayor parte de los días, bien por cartas, bien personalmente, se nos quejan infinidad de suscriptores de no recibir á Perecito; es más, nos amenazan con dejar la suscripción del periódico, si en lo sucesivo no lo siguen recibiendo con puntualidad.

Comprenda, pues, los grandes perjuicios que los tales empleados nos causan con sus continuados abusos (por no decir otra cosa), y comprenda también que, de seguir de ese modo, darán en tierra con nuestra publicación, sostenida únicamente á fuerza de mucha constancia y no poco trabajo.

He dicho. *(Rumores.)*

Varios jóvenes aficionados de esta capital han creado una Sociedad cómica con el propósito de dar representaciones en los diversos teatros que tenemos. La referida Sociedad lleva el nombre de Romea, y es Presidente honorario de ella el distinguido primer actor de ese tan ilustre apellido.

La función inaugural se celebrará en el próximo mes de Octubre, poniéndose en escena las conocidas obras *Caer en la red, Una cana al aire* y *Aprobados y suspensos.*

Deseamos á los organizadores de tal pensamiento mucha, pero mucha suerte.

Á doña Juana la Loca
Le hizo un verso el chico Checa,
Y al leerlo dijo Luis Meca:
—Chico Checa, no me choca.

CONSULTAS

Sr. D. A. Y. F., Cádiz.—Se publicará.

Sr. D. J. L. de O., Jerez de la Frontera.—Por libranzas del Giro Mutuo.

Microbio, Sevilla.—¡Tonto!

Sr. D. M. M., Sevilla.—Hablaremos. Ya sé que tienes talento.

Sr. D. N. J., Sevilla.—Cuando tenga tiempo leeré sus composiciones. Por hoy consulte usted con persona perita eso de *la voz del grillo.*

Sr. D. E. G., Sevilla.—Su poesía á Calvo la publicaremos en la primera oportunidad.

El bachiller Etnarongí, Sevilla.—Lo mismo digo.

Luis, Sevilla.—¿Quién es usted.... que tanto *come?*

Sr. D. J. S., Sevilla.—Es seria, pero buena. Veremos.

Sr. D. N. N. de M., Sevilla.—*Ocu.*

Quedan muchas cartas por contestar. Lo que se anuncia al público para conocimiento de los interesados.

PERECITO, Periódico ilustrado satírico-literario.—Se publica todos los domingos.—Precios de suscripción.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario, que costará **15 céntimos**.

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3 y 5.

ANO II. SEVILLA.—Domingo 23 de Septiembre de 1888. Núm. 47.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. **Precio: 10 cénts.**

POETAS SEVILLANOS

FELIPE PEREZ Y GONZALEZ

Es un poeta excelente,
Ingenioso y de valía.
Él escribió LA GRAN VÍA,
Y con ella solamente
Le tocó la lotería.

SUMARIO

CRÓNICA

A falta de pan buenas son tortas; quiero decir, lector amable, que á falta de asuntos de verdadero interés, que por sí solos constituirían la *Crónica* de la semana, véome en la imprescindible necesidad de echarme á la calle en busca de la crónica de la capital, no la escandalosa,—que PERECITO no ha de ser jamás piedra de escándalo,—sino de la crónica viva, de lo que pasa, de lo que se ve y se oye, de todo y de nada, de ese conjunto abigarrado, pero interesantísimo, que forma nuestra culta sociedad, tan mirada y remirada por los extraños como echada en olvido por los propios.

Aquí, donde no es raro olvidarse por la tarde de lo que se almorzó por la mañana, y donde no es cosa del otro jueves dudar si se ha almorzado ó nó, ¿qué mucho que se pierdan las costumbres sin dejar rastro alguno de sus orígenes, de su esplendor, de sus vicisitudes y defectos?

Basta en Sevilla el derribo de una casa para hacer cambiar las costumbres de un barrio; una pareja de agentes concluye, sin esfuerzo, con seculares tradiciones; una comparsa de Carnaval entierra para siempre—como quien dice—diversiones y cantares que fueron hechizo de más de una generación.

Así nuestras fiestas, veladas y romerías, sólo son triste sombra de su ayer; de todo queda, si acaso, el aparato, lo externo, lo ridículo, lo menos recomendable. Y no es sólo en lo que afecta á las costumbres públicas: la vida del hogar, lo propio de la familia, sufre tan notables alteraciones, que de diez en diez años parece como que se transforma por completo para ser sustituido lo que cae.... ¡Vaya usted á saber por qué! Regularmente.... por nada.

Hace un puñado de años, al llegar días de fiesta de temperatura tan agradable como la que disfrutamos el domingo anterior, era de cajón, indispensable, el paseo por las afueras de la ciudad. Pero se iba en familia, no olvidaban las viejas las cestas con la comida, ni los hombres la bota preñada de vino, ni las jóvenes sus palillos, ni el mocito la guitarra, ni el chico su carnerito ó su cometa.... Comida sustanciosa, fiesta alegre, libaciones frecuentes.... Disputas, riñas, rasgos de nobilísima ó salvaje valentía....

Hoy, ya es otra cosa: las familias, en su inmensa mayoría, han perdido la afición á divertirse fuera de casa en amor y compaña.... Pero tampoco se quedan en casa: los hombres hacen la vida del café, y las mujeres, víctimas eternas, son las únicas que mantienen vivo el sagrado fuego del hogar.

* * *

Si las costumbres no dan de sí grandes materiales para una *Crónica*, no dan muchos más los hechos que á nuestra vista se observan como constitutivos de la vida ordinaria actual.

Hay, sí, un dato significativo: el clamor general de la carencia de dinero y de trabajo.

Pero ¿quién habla de eso?

Doblemos la hoja.

* * *

El verano se ha despedido tronando en la mayor parte de las provincias de España.

Los truenos han echado para sus casas á los tronados que, haciendo de las tripas corazón, habían salido á veranear para hombrearse con los pudientes.

Éstos y los otros se han gastado lo que tienen y lo que no tienen por hacer el juego de la moda y seguir los caprichos del juego.

Desplumados por *banqueros* y fondistas, no quieren meterle la pluma á los excesivos gastos de una corta temporada, que acaso consume la tranquilidad del resto del año.

Pero la moda lo manda.... el «qué dirán» lo impone....

Y al año venidero volverán á las andadas, hasta que las continuas ahogadillas á las mermadas bolsas acaban por ahogar sus fortunas, y los echan á la fosa común de la vida, llamada miseria.

* * *

No sé cómo relacionar las precedentes consideraciones, pero ello es que viene á mi memoria la próxima Feria de San Miguel.

Á la hora presente nadie ha pensado en poner casilla, ó al menos no se dan prisa los particulares en pedir su colocación.

¿Es que los despilfarros anteriores no permiten ahora pequeños desembolsos? ¿Es que se tiró fuera lo que aquí hacía falta? ¿Es acaso que se quiere concluir con esta Feria?

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que se conocerá la existencia de la Feria, más que por los puestos de juguetes y confituras por las corridas de toros.

Es lo único que queda.... y va de capa caida.

¿Cabe cuadro más halagüeño?

MANUEL DÍAZ MARTÍN.

BORRADOR

Señor don....: Muy señor mío:
Porque he dicho—y no varío—
Que huele usté siempre mal,
Me propone un desafío,
Que es una cosa brutal.
Lo que yo he dicho también
Lo han dicho ya más de cien
Y de la misma manera,
Porque usté no huele bien,
Y eso lo nota cualquiera.
Y si piensa usté acabar
Con cuantos quieran hablar
De un defecto tan ingrato,
Va usté á tener que matar
Á todo el que tenga olfato.
—Lo que he dicho—y no retiro
No es para darle ese giro,
Ni ponerse de ese modo,
Y empeñarse en darme un tiro
Y beber mi sangre y todo.
Si yo le hiciera á usté caso,
Era seguro un fracaso
Que iba á darnos que sentir.
¡Digo! Á pistola y á un paso....
Pues á ese paso.... ¡á morir!
Si usté con gusto se inmola,
Yo tengo una vida sola
Y el conservarla me afana,
Y no la juego á pistola
Porque á usté le dé la gana.
Buscarse tal desventura
Es tan sólo una locura,
Pues con morir ó matar,
Dígame usté, criatura,
¿Qué es lo que va usté á ganar?
Si imito su frenesí
Y voy al campo y allí
Me deja usté patitieso,
Aunque se libre de mí,
¿Olerá mejor por eso?
Pues ¡vaya! y si el lance afronto,
Y, al fin, en cólera monto
Y soy yo su matador,
¿No comprende usté que pronto
Olerá mucho peor?
Y aun eso sin advertir
Que el lance le iba á servir
De mayor contrariedad,
Porque no iba usté á morir
En olor de santidad.
Ya ve usté que al no batirme
Es porque estoy en lo firme
Y tengo más de un motivo,
Aparte de que morirme
Me llegaría á lo vivo.
Mas si usté en ello se empeña
Y quiere usté que haya leña
Y no atiende estas razones
Y estos consejos desdeña,
Allá van mis condiciones.
Desde luego á su elección
Dejo el sitio y la ocasión,
Para ser en todo amable,
Que es mi sola pretensión
Escoger el arma: el *sable*.
Usté en su manejo es ducho
Y yo ofrezco que ni lucho
Ni sus ataques rechazo.
¡Vaya! Deme usté un *sablazo*,
Pero que no sea de mucho.
Su honor quedará con esto
Limpio, brillante y cubierto
Y yo me resignaré....
¡Ah!... ¡qué olvido!... Por supuesto,
A primera sangre, ¿eh?
Postdata: Tengo delante
Su carta y hasta este instante
No he notado—y lo deploro—
Un detalle interesante:
Que se llama usté Isidoro.
Ruego á usté que no se ría
Juzgando una tontería
La observación que hecha dejo,
Y por su paz y la mía
Escuche usted un consejo:
«Huele mal don *I-si-doro*»
Dice todo el mundo á coro,
Y usté se enfada y se irrita....
Pues hágase usté *I-no-doro*,
¡Porque bien lo necesita!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

PEDRO JIMÉNEZ

Era el tal Pedro Jiménez
Un valentón majadero,
Á quien todo el mundo huía
Y le guardaba respeto,
Porque el valiente en cuestión
Era un valiente de esos
Que le dan tres puñaladas
Al mismísimo lucero.
Gozaba de gran renombre
Como muchacho perverso,
Y donde hablaba Jiménez
Era escuchado en silencio,
Pues jamás hubo ninguno,
Enemigo ó compañero,

Que le levantara el grito
Y dijera por ejemplo:
—«Es usté un Pedro Jiménez
Que apenas se llama Pedro;»—
Ú otra frase cualesquiera
Que le insultara en extremo.
Donde él iba, ya se sabe,
Le quitaban el sombrero.

Por fin hubo otro valiente,
Tan valiente como Pedro,
Que acechaba una ocasión
Para salir á su encuentro
Y decirle cuatro frescas
Y armar *bronca* por supuesto.
—Juan,—le decía un amigo,—
No seas tonto, no seas memo,
Mira que ese es un muchacho
Más vivo que el mundo entero
Y te va á dar un disgusto
Sin motivos para ello.
—Nada, Pepe, no transijo
Aunque me taches de necio;
Y aunque me expongas razones
No pienses que me convenzo.
En las primeras de cambio
Dispongo bien el terreno,
Le digo cuatro verdades
De esas que llegan adentro
Para que salga en seguida
Queriéndome armar *jaleo*,
Y cuando menos lo aguarde....
¡Me lo bebo! ¡Me lo bebo!
—Mira que es.... Pedro Jiménez....
—¡Precisamente por eso!—

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

ESCARCEOS LITERARIOS

I

YO.

Sácome á relucir en esta primera parte de mis escarceos y cabriolas por los campos de la literatura, con la sana intención de ponerme el parche en el sitio donde presumo que me ha de salir el grano. De esta suerte, lector, no cometerás la tontería de preguntarme «¿quién eres tú?» arrellanado en la banqueta del café ó el diván de tu gabinete, y en la plena seguridad de que no podría contestarte sin incurrir en excomunión, por fundada nota de brujería.

Dejos de presunción y asomos de soberbia puede que tenga para algunos este mi empeño de exhibirme y presentarme con el doble carácter de juzgador y juzgado. Pero mal pensará quien no piense que la humildad inspira y preside los actos de mi empresa. Claro está, señores míos, que si yo me creyera persona conocida, y tuviera mi nombre por nombre considerado y merecedor de respetos donde quiera se pronunciase, no se me hubiera ocurrido la peregrina idea de darme á conocer á mis propios amigos. De donde se saca, por deducción perogrullesca, mi convencimiento de que soy un obscuro escritorzuelo, sin relaciones, sin amistades y ¡oh Dios! sin enemigos....

Que me duele mi confesada pobreza de trato con la gente leída, no hay que decirlo; pero sí diré que le encuentro sus ventajas, y que procuraré el aprovechamiento de ellas por todas las maneras imaginables. Porque es lo que yo digo: si ustedes me ven llegar con mi ropita dominguera, el sombrero en la mano, la vista en el suelo y un poco atortolado y confuso, para hacerles la visita de presentación y homenaje, de seguro me habrán de recibir con las atenciones de rúbrica, sin permitirse confianzas de ningún linaje, ni menos reprensiones y puyas que mal dirían de la educación esmerada que en todos ustedes presumo. Si de cumplido es mi visita, etiquetas y miramientos exijo de aquellos que la reciben. Por lo mismo que no me conocen, están en la obligación cristiana de suponerme buen chico, y como á tal mirarme y atenderme.

Hago en este lugar un paréntesis, guiado por mi natural quisquilloso y *escamable*, para satisfacer á los que pongan en tela de juicio la buena ley de mi modestia, fundados en el ya pringoso axioma de que esa virtud no se tiene más que cuando se ignora su posesión. ¡Abominable paradoja! Si se quiere decir con esto que existe ó debe existir la *modestia de la modestia*, siempre tendremos que una modestia queda en pie, reconocida y fomentada; sin contar con que esa *archi-virtud* trasciende á leguas á hipocresía. Esto aparte, yo califico de brutal, ó al menos de inmeritorio, todo lo que obedece al instinto, á la ciega germinación de lo inconsciente. Dadme virtudes racionales, poseídas cuando juzgadas y puestas en ejercicio cuando el pensamiento las apruebe y mientras la razón las dirija: sin estas condiciones de actividad anímica, no se dan sino apetitos de la bestia ó *bostezos perfumados* de corazones del limbo.

Adelante.

¿Qué es criticar? (Filosofía tenemos). Criticar.... pues criticar es, dejando á un lado palabrotas retumbantes, decir uno lo que le parecen las cosas. Crítica subjetiva, sí, señor; ¿pero á qué andarnos con retóricas de leyes eternas y moldes perpetuos, si al fin y al cabo todo se reduce á la manera de ver del individuo? Pues si lo que yo piense de tí ¡oh escritor desgraciadísimo á quien pongo los puntos! es lo que va á quedar como crítica, bueno será que se conozcan los dos términos de la relación existente: yo (perdona) y tú. Me parece que el argumentillo....

Sin contar con las razones apuntadas, otro motivo tengo para hablarles á ustedes de mi individuo, y se funda en mi decisión irrevocable de usar en estos escarceos el pronombre personal de primera persona. Vamos, que no me *pluralizo*. Podrá ser el *yo* todo lo antipático y odioso que se quiera; pero á mí el *nosotros, singular*, me fastidia, me encocora, me revienta. Diciendo *nosotros*, parece como que habla uno *ex cathedra*, ó llevando la voz de un concurso y esquivando, al propio tiempo, responsabilidades y cargos. Nada tendrá que ver una cosa con otra; pero á mí, no sé por qué causa, me trae el *nosotros* á la memoria el recuerdo de cierto profesor, tan empingorotado como bruto, que tuve en mis tiempos de escolar. Este profesor de quien hablo, que engomaba sus bigotes y sus teorías, creíase de buena fe que el ser sabio consiste en no estar de acuerdo con nadie, en presentar objeciones y reparos á cuantas doctrinas cogía por su banda; pero á lo mejor sucedíale que en algunas materias, claras como la luz, ni hallaba encontradas opiniones, ni conyuntura para hincar el colmillo. Mas ¡qué demonio! los sabios no se acoquinan tan fácilmente y para esas ocasiones guardaba mi maestro su caudal inagotable de ciencia. Con la mayor serenidad del mundo, y usando el estribillo «dicen algunos», comenzaba á soltar disparatones y doctrinas monstruosas, nunca hasta entonces formuladas ni discurridas siquiera. Luégo entrábamos «nosotros», es decir, entraba él á sangre y fuego por aquel dédalo de barbaridades, y aquí destrozo un sofisma, allá desmocho un argumento, concluía por entonarse el himno de victoria, rendido, anonadado al peso de su propio valer. Quedamos en que el *nosotros* me subleva. El *yo*, por el contrario, significa lealtad y franqueza y encierra al individuo en el modesto círculo de su personalidad; pone en más íntimo contacto al escritor con sus lectores y hasta tiñe los escritos de un color democrático, puesto que al usarlo se rehuye el tratamiento con que los obispos y los reyes demuestran las atenciones que á sí propios se guardan.

Persuadido, por esta retahila de argumentos, de la necedad en que estoy de hablar de mi persona, acometiera la tarea en este instante, si no me ocurriera pensar que al escritor debe de conocérsele por sus obras, que no hay buen juez en pleito propio, y que ustedes, lectores del alma, ni necesitarán purgarse de asientos de prevenciones, ni olvidarán por un momento la asendereada sentencia que dice:

«Non val el açor menos
por que en vil nido syga,
nin los enxenplos buenos
por que judio los diga.»

Conque ya lo sabéis. Atención y circunspección, que allá van los *enxenplos*.

AMANTE LAFFÓN.

LA NUBE

(De T. Gautier.)

Á bañarse va en el baño
De su jardín la Sultana:
Suelta las últimas ropas,
Y abundantes, en su espalda
Encantadora, y ya libres
De la mordedura ingrata
Del peine, caen los cabellos
Y besan la tez de nácar.

El Sultán, que la contempla
Tras los vidrios de su estancia,
Dice, miéntras se acaricia
Con una mano la barba:
—Pase al eunuco en la torre,
Y hace por fuera la guardia;
Nadie, sino yo, en el baño
Verá á la hermosa Sultana.
—Yo la veo,—le responde
Una nube—¡cosa extraña!—
Que está sobre el arco íris
Ligeramente apoyada.
—Viendo estoy su hermoso pecho
Y su encantadora espalda,
De bermejino color
Y de perlas inundada.—
Pálida como la luna
Se puso de Amed la cara,
Y empuñando el yatagán,
Por el puño de oro y plata
Cincelado, el corazón
Á su elegida traspasa.
Con tranquila indiferencia
La nube siguió su marcha.

MICRÓFILO.



¡Poesía pura!

SUPLICA

Señor Alcalde mayor:
Hoy, que por fin me decido,
Con el respeto debido
Voy á pedirle un favor.
Es el caso que por estos....
Por estos alrededores
Hay unos cuantos *señores*
Á reventarnos dispuestos.
Murguistas endemoniados
Que abusan de su pulmón,
Que tocan sin ton ni son
Y nos traen mareados.
Y es una calamidad,
Porque tienen esos hombres
Una lista, con los nombres
De toda la vecindad.
¿Que mañana es santa Estrella
Y ahí vive la de García?
—¡Pues á celebrar su día!—
Dice el cabecilla.—¡Á ella!
Y uno coge el trompetón
Y otro coge el trompetín,
Y uno pilla el violín
Y otro agarra el violón.

—

Por fin llegan. Diligentes,
Cada cual con su instrumento
Lanzando *notas* al viento
Cansan á los más pacientes.
Mas, por *protección al arte*,
Cinco ó seis reales les dan,
Y los murguistas se van....
Con la música á otra parte.

—

Ya ve usted que esto es terrible,
Y hasta inaguantable; pero,
Si usted piensa que exagero,
Lo cual será muy posible,
Como de castaño pasa,
Y por más tiempo no aguanto,
En cuanto llegue su santo....
Se los mandaré á su casa.

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid: —D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, Café de la Concepción.

Dice un periódico:

«Ha salido de Madrid destinado para Barcelona el Sr. D. Francisco Bueno y Quep.»

Bueno, ¿y quep?

Camino va en buen camino:
Su destino es una mina.
Y el pobre de Juan Encina,
Que va en busca de un destino,
Como Camino camina.

CONSULTAS

Sr. D. R. R., Sevilla.—Y usted erre que erre. ¡Machacón! Á seguir en palotes.

¡Ah! se me olvidaba: las composiciones de ese amigo suyo son peores que las de usted. ¡No habían de serlo! Dime con quien andas y te diré quién eres.

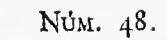
Otro, Sevilla.—Otro, otro, que ese no sirve.

López, Sevilla.—¡Gracioso! Es decir, ¡melón!

PERECITO. Periódico ilustrado satírico-literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario, que costará **15 céntimos.**

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

ANO II. SEVILLA.—Domingo 7 de Octubre de 1888. Núm. 48.





PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director: D. Leoncio Lasso de la Vega. **Precio: 10 cénts.**

ESCRITORES SEVILLANOS
MANUEL DÍAZ MARTÍN

Al hacer de este chico su semblanza,
La mejor alabanza
Es decir que es autor de los CANTARES,
PIROPOS y COSTUMBRES POPULARES.

SUMARIO

OTOÑO

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

I

Para el indiferente, la caída de las hojas es un efecto natural, un si es ó no es pictórico, que trueca al paisaje más rico en tintas, en monótona exposición de esqueletos de árboles y plantas y con el cual se indica que se acercan los chaparrones y las nevadas de Noviembre.

Mas como no todos los seres humanos son indiferentes, el fenómeno de la efoliación tiene para el que fantasea sus analogías y sus íntimas afinidades. Decíame cierto amigo, muy apurado porque veía acercarse «la caída de la pámpana,» que le entristecía tanto una viña sin hojas, como un tonel sin vino, y que cuando entraba en un jardín donde se habían agotado las flores, se acordaba siempre del convento de monjas de su pueblo, en el cual quedaban sólo la priora y tres apergaminadas profesas.

Y no le faltaba razón á mi amigo en ambos puntos. La hoja alegra como el mosto, y una alameda desnuda no puede ser nunca nido de palomas torcaces. Cuando las hojas caen huyen las aves á otros climas: las hermosas envuelven sus formas en pieles, transformándose en seres dúplices que tanto tienen de nutrias y de zorras como de hijas de Eva, y los tísicos cierran las cuentas galanas de primavera con un esputo de sangre que reduce á cero el capital de sus días.

Recuerdo una alameda sin hojas.

El leñador, con su hacha en ristre, cortaba un álamo blanco á cuya sombra había descansado con mi tierna amiga Trini. Cerca de aquel árbol estaba el arroyuelo vestido de juncos y de amapolas, en cuya márgen hicimos barcos con tapones de corcho, pajaritas de papel y castillos en el aire.

El arroyo se había convertido en ronca avenida y el árbol que nos prestó su sombra estaba destinado á tenderse sobre las embravecidas aguas. Por aquel puente, estrecho como el Cinerad, podía pasarse á la huerta próxima, en donde aún se veían verdear las hortalizas y ostentaban cuatro harapos amarillentos algunos árboles frutales.

Trini había saltado hacía tres meses el arroyo aquel como una cabritilla, enseñándome un pie menudo y una pierna más bonita de lo que pudiera esperarse de su constitución flaca y enfermiza; á los pocos días saltó un arroyo más ancho y más profundo, el arroyo del cementerio. También recuerdo que ví sus pies rectos y menudos calzados con sus botitas azules y separados en forma de V, sobresaliendo algunos centímetros de la caja.

El primero fué un salto de amor que la trajo á mis brazos: el segundo fué un salto mortal que la alejó de mí para siempre.

Cuando yo visité la alameda en su compañía, había muchos pájaros, muchas flores, muchas abejas y muchas mariposas. ¿Dónde diablos han ido tantos seres como hacían ruido en torno nuestro? ¿De qué les sirvió tanto trinar, tanto zumbar, tanto revolotear entre los álamos?

Una importuna mariposa blanca giraba cerca de nosotros y entraba y salía por el varillaje del quitasol de mi amiga.

Trini, enfurecida, cogióla en un descuido con el pico de su pañuelo y la clavó en su imperdible, viéndola espirar sin conmoverse. Sé que nadie—ni yo mismo—ha llorado cuando murió la rubia Trini, atormentadora de mariposas. Si las mariposas son almas, es justa la compensación.

II

Pero ¿qué es esto?

Cae sobre mi libro de memorias otra hoja seca. ¿De dónde vendrá?

En el cierro de enfrente hay rosales; las brisas de Octubre, furiosas porque no encuentran flores en ellos, roban las hojas, y viendo que ni brillan ni perfuman, las dejan en cualquier parte. No sé qué parece esta hoja arrugada que casi se me ha puesto bajo los puntos de la pluma; pero yo he visto algo parecido. ¡Ah, ya recuerdo! el corazón de alguna coqueta arrojado desde el balcón al primero que pasa por la calle....

La verdad es que la Naturaleza ha sido más previsora con la planta que con el hombre. La floresta se viste todos los años con un traje nuevo, flamante, primorosamente cortado, sin tener que sujetarse á las prescripciones de la moda ni pagar la cuenta del sastre. La lluvia y el viento cuidan de lavarles la ropa y de sacudirles el polvo. Hay naranjo que se pone todas las mañanas camisa limpia, es decir, que se viste diariamente de azahares.

El primer hombre quiso imitar torpemente al vegetal robándole un trozo de vestido y se colocó la hoja de parra. Esta hoja creció poco á poco al abrigo del pudor, y extendiéndose como yedra por el tronco del género humano acabó por vestirle y encarcelarle. Hoy que el lujo, el bienestar, la suave molicie, van haciendo de la tierra un edén y acercándonos al Paraíso en tren relámpago, la hoja se encoge y vuelve á sus primitivas proporciones. Entrad en un baile y notad cómo se dilata el traje paradisiaco en esos pedazos de raso y de terciopelo que apenas cubren el busto y que se escurren por los pies de las hermosas como para desnudarlas suavemente. ¡Es la hoja de Eva que se halla en pleno renacimiento!

Hay una frase vulgar que tiene gran analogía con el pensamiento culto de Espronceda, y que expresa á las mil maravillas el difícil estado del hombre que ha perdido sus ilusiones: «á ese—dicen—se le han caído los palos del sombrajo.» Este sombrajo es á veces símbolo del hogar que desaparece.

No hay cosa más desgarradora que esas ferias de trastos viejos «ó de hojarascas del hogar,» que ruedan en el polvo del *Rastro* de Madrid ó del *Jueves* de Sevilla, y que suelen crujir bajo el pie del transeunte como las hojas secas.

Tálamos y cunas vacías, muebles rotos y desvencijados, vajillas descalabradas é incompletas, recuerdos de familia hacinados en montón y barridos en el suelo.

¿Dónde están sus dueños? Cayeron como cae la yedra pegada al muro ruinoso y se sepultaron entre la desgarrada tapicería: una trenza de pelo escondida en un marco sin cristales, tres cintas mugrientas y algún medallón abollado guardan aún como los jeroglíficos de Egipto la historia del poseedor que cuidadosamente veneraba esos objetos entre sus lares y penates.

Hoy el transeunte desalmado hace burla del peinado de cocas de la que fué dama de sus pensamientos; del extraño peluquín de estopa del autor de sus días, y del corazón atravesado por flechas, que bordó derramando lágrimas de amor la doncella del siglo pasado.

Un cofrecillo de sándalo pintado de almagra por manos profanas, y que un rebuscador de antigüedades sacará por el olor, comprándolo por tres perros grandes, guarda aún las hojas secas de una flor, comienzo de una historia rancia de amores que se tradujo en una suegra, tres cuñadas y siete pequeñuelos.

He visto dos retratos de amantes adúlteros, entre los trastos viejos de una de las ferias citadas. La fotografía del esposo engañado, casi borrada, presenciaba aquella apoteosis postrera. Los pérfidos estaban unidos en su presencia; cuando el ropavejero guardaba los cachivaches, los solía colocar juntos boca con boca y cuerpo con cuerpo.

No sé por qué recordé á Francesca y Paolo condenados por Dante á estar unidos en los círculos de su Infierno. El poeta los vió pasar abrazados dulcemente, sufriendo el atroz castigo en éxtasis infernal, mientras que Ganciotto, el hermano engañado, se mordía las uñas de rabia.

Como las hojas secas, llevábalos el viento huracanado de acá para allá, por aquellas profundidades. Ahora bien; ¿se escribió para ellos el *Lasciate ogni speranza*?

BENITO MAS Y PRAT.

CUESTIÓN DE PALABRAS
(A MAGDALENA)

Hay palabras, Magdalena,
Que aun dichas sin intención,
Siembran en el corazón
Las torturas de la pena.
Palabras que lleva el viento
Como una carga pesada,
Y que dejan agitada
La hiel del remordimiento.
Voces de extraño sonido
Que alas invisibles crean
Y siempre revolotean
Alrededor del oído;
Venenos que el diccionario
Legitima en sus renglones,
Para matar corazones
Por boca del temerario.
Cuando en el cerebro chocan
Esas palabras fatales,
Y, productoras de males,
Torpes recuerdos evocan,
¡Tú no sabes la aflicción
Con que el alma se acongoja;
Porque su aliento deshoja
El árbol del corazón!
Por razones tan sutiles,
Es preciso, Magdalena,
Ya que á tí para ser buena
Te faltan pocos perfiles,
Que procures amoldar
Tus frases á tus ideas,
Para que nunca te veas
Comprometida al hablar.
Ya sé que nadie es perfecto;
Pero tú lo puedes ser
Solamente con poner
Corrección á tu defecto.
De lo contrario, ni un santo
Podrá sufrirte. Y si no,
Miren si exagero yo:
Vayan ejemplos al canto.
Ya sueles desmemoriada,
Conversando con un hombre,
Dar al olvido algún nombre
Ó una frase condenada;
Y con calma.... candorosa,
Que no envidiara el diablo,
Sustituyes el vocablo
Con otro fatal: *¡la cosa!*
¡Nada te quiero decir
En este caso protervo,
Cuando la acción de tu verbo
Es de tocar ó pedir!
Á un pobrecito marido
De quien cuentan cosas graves
Porque su mujer.... ya sabes
Lo *vana* que siempre ha sido,
Le dijiste muy formal
(Y esto delante de mí):
«Si topa usted por ahí
Á Fulanito de Tal....»
Eso, no es buen castellano;
Piensa que el verbo *topar*
No se debe de aplicar
Al pobre género humano.
En fin, tus muchos deslices
Me hacen sospechar, con pena,
Que no sabes, Magdalena,
Dónde tienes las narices;
Pues falta siempre de tino,
Tu reputación infamas
Con eternos epigramas
De folleto clandestino.
No te debe de extrañar
Que, dándola de hombre serio,
Juzgue con ese criterio
Tu manera de pensar,
Ni que mi amor avasalle
Á cosa tan baladí;
¡Que en el mundo, para mí,
Todo es cuestión de detalle!

AMANTE LAFFÓN.

SAN FRANCISCO DE BORJA

A Francisco Gutiérrez de Mejía,
A Francisco Rodríguez y Gamero,
A Francisco González y Guerrero,
A Francisco Benítez y García,
A Francisco de Borjas y Badía,
A Francisco Domínguez y Romero,
A Francisco Carrasco y Escudero,
A Francisco de Paz Santa María,
A Francisco Jiménez y Zamora,
A Francisco Marín y Vázquez Pece,
A Francisco Ramírez y Lepanto,
Y á Francisco Beltrán de Sánchez Lora,
Los felicitaré si me parece
En el próximo día de su Santo.

SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO.

¡AH! SI YO LE ESCRIBIESE

Bien le diría,
Después de algunas frases
De cortesía,
Que esta tan larga ausencia
Tiene mi alma
Dolorida y quejosa,
Triste y sin calma;
Que mi pasión volcánica
No se ha extinguido,
Por más que sus amores
Haya sabido;
Que como es mi cariño
Tan verdadero,
De lejos y de cerca
Por ella muero;
Que aunque sé que es su pecho
Duro cual roca,
Cada vez más la adoro
Con fiebre loca;
Que ni el tiempo, la ausencia
Ni otras pasiones,
Ni de mi adversa suerte
Los aquilones,
Logran borrar del alma
Su imagen bella,
Porque dejó profunda
Y eterna huella;
Que aunque los resplandores
Me dejen ciego,
Quiero de sus miradas
Sentir el fuego;
Y porque entre mis brazos
Con embeleso
Me diese uno tan sólo,
De amor un beso,
Ni el más leve momento
Vacilaría
En darle la existencia
Que el pecho ansía,
Mi paz ó la esperanza
Más halagüeña,
La gloria con que loca
Mi mente sueña....
Pero acaso algún ángel
Malo me inspira.
¿Por qué había de decirle
Tanta mentira?

AURELIO YANGUAS FLEURY

POR UN BESO

Saltó nerviosa del crujiente lecho,
Recogióse el cabello como pudo,
Y con el pie desnudo,
Y desnudo también el níveo pecho,
Avanzó cautelosa
Á través de las sombras, fugitivas
Ante los rayos de la blanca diosa
Que entraban por las góticas ojivas.
Una mano extendida le servía
Para no tropezar; con la otra mano
En pliegues la camisa recogía,
Que libertada del corsé tirano
Por los hombros y espaldas se escurría.
¡Hombros y espaldas mórbidos, redondos,
Blancos como la espuma de los mares,
Donde se destacaban los lunares
Abultados y blondos!

Así llegó á una puerta
Por cuyos intersticios se filtraba
Una luz medio muerta.
¡Cuál palpitó su corazón entonce!
¡Y cómo con las manos se apretaba
Las sienes, do sentía golpeando
Cien martillos de bronce!
Con cautela mayor, con mayor miedo,
Sin respirar, muy quedo
La puerta fué empujando,
Y al fin pudo pisar la blanda alfombra
De una estancia más triste que una huesa,
Donde lánguida luz, desde una mesa,
Vacilante luchaba con la sombra.

En un lecho de rojos cortinajes
Se encontraba el herido,
Desmayado tal vez, quizás dormido,
Y blanco cual los nítidos encajes
Que rodeaban su cuello enflaquecido.
Ella se acercó al lecho: con el alma,
Que por los ojos escapar quería,
Contempló el rostro aquel, do parecía
Reinar la muerte con su eterna calma.
Aquellos labios rojos
Eran cárdenos ahora; aquel aliento
Débil, casi apagado; las pestañas
De negruras extrañas....
¡Ay! Olvidó la joven un momento
Ese honor maldecido
Á que deben de ser las niñas fieles,
Y ansiosa se inclinó sobre el herido.
¡Era el grupo de Psiquis y Cupido!
¡Un cuadro celestial, digno de Apeles!
¡Diana y Endimión que se ha dormido!

Entre los ecos vagos de la noche
Se oyó un ruido sonoro,
Como cascada de oro
Que al caer hiere diamantino broche.
¡Qué beso! Fué un derroche
De pasión que escapaba de una boca,
Desespero de amor, y, al par, reproche
De los celos de un alma casi loca.

Después huyó de allí como espantada,
Y á los pies de su lecho arrodillada
Rompió en un llanto amargo
Que vino á terminar en un letargo.
En las ricas imágenes del sueño
Ella se figuraba ser paloma
Que batía sus alas, prisionera,
Sobre la frente del amado dueño.
Pero sonaba súbito estallido,
Y, cual mueble minado de carcoma,
Con tremendo rüido
Se desquiciaba la celeste esfera.

TIPOS



¡Luego dice que no me envidia!

Confusa gritería
Por el inmenso espacio perseguía
Á la blanca avecilla, que, asustada,
Volvía á Dios el alma atribulada;
Y Dios la maldecía,
Y todo se trocaba negro, triste....
Hasta que rotas las celestes alas,
Que la pureza cándida reviste
(Pureza que fué siempre su embeleso),
Iba al infierno de las niñas malas,
Perdida para el cielo por un beso.
MANUEL MERA SOLANO.

LA LOTERÍA

(CUENTO VIEJO.)

Sé, lectores, por alguno
Que mal ó bien me ha informado,
Que el *premio gordo* en el *uno*
Cierta vez hubo tocado.
Como no era de esperar
El susodicho accidente,
Dió, entre otras cosas, lugar
Al diálogo siguiente:
—Por un número, ¡pardiez!
No me ha tocado, ¡por uno!
—¿Llevabas el dos, tal vez?
—¡Nó! ¡No llevaba ninguno!

EPIGRAMAS

De mi amigo Julio Perez
Tanta es la franqueza, tanta,
Que, aunque no tiene una mota,
Dice:—Yo siempre hablo en *plata*.

Disputaba Juan Ramos con otro punto
Y dijo un carbonero que les oía:
—Yo me *lavo las manos* en este asunto.
(¡Buena falta le hacía!)
JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

ADVERTENCIA

Por haberse inutilizado los dibujos dispuestos para el número anterior no pudo salir á su debido tiempo.

Para indemnizar de esta falta á nuestros abonados ofrecemos publicar en el presente mes dos números extraordinarios.

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid: —D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, Café de la Concepción.

Hemos tenido el gusto de recibir el molólogo en verso titulado *¡Abandonada!*, original de nuestro compañero D. José Postigo Acejo, director del bien escrito semanario *El Caballero de Gracia*. Dicho monólogo fué estrenado con extraordinario éxito en el teatro Principal de Málaga la noche del 26 de Febrero del corriente año.

También ha visitado esta Redacción el precioso poema que lleva por título *La cruz de nácar*, y del que es autor el fecundo poeta segoviano D. José Rodao.

Damos las gracias á los autores por su deferencia.

PERECITO, Periódico ilustrado satírico-literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario, que costará **15 céntimos**.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

ANO II. SEVILLA.—Domingo 14 de Octubre de 1888. Núm. 49.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 15 cénts. Director-propietario:—D. Manuel Díaz Martín. Precio: 15 cénts.

PINTORES SEVILLANOS

JOSÉ GARNELO

¿Qué he de decir en loor
De este notable pintor,
Sino que con diestra mano
Ha hecho un cuadro superior,
Que es LA MUERTE DE LUCANO?

SUMARIO

CRÓNICA

Los domingos de este mes son destinados por los sevillanos á divertirse con el pretexto de la romería de Torrijos.

Cuando no llueve, medio Sevilla se traslada á Triana, pasea por la calle de Castilla y pasa alegremente el día en la Vega y en la Cuesta de Castilleja.

Desde las primeras horas de la mañana, unas muchachas se peinan precipitadas, pero primorosamente, rizándose los flequillos, engomándose las puntas, arreglándose los caracolillos, haciéndose los altos rodetes, colocándose las flores contrahechas.... Otras ponen cintas nuevas á los palillos y los prueban repetidas veces haciendo la carretilla en señal de impaciencia ó comenzando todos los toques sin acabar ninguno.... Otras adornan con lazos y cintas multicolores las guitarras y panderetas.... Otras cosen afanosamente á punto por cima los descosidos farfalaes, ó los vestidos que por falta de tiempo estaban á medio concluir y que son hoy acabados en un soplo, si bien casi hilvanados.... Otras engalanan los carros con sábanas, colchas, cintas llamativas y hermosas guirnaldas de flores de papel.... Otras, puestas ya de veinte mil alfileres, contemplan con delicia los magníficos mantones de Manila bordados con profusión; hacen *esplantes* de jaleo, dan prisa á sus amigas, llaman á los mozos y bromean alegremente con ellos, haciendo apuestas acerca de quién tendrá más resistencia en el baile.... Otras preguntan por la hora en que ha de venir el *break* que ha de llevarlas á la Cuesta de Castilleja, y encargan que venga dos horas antes, para dar un paseo por las más céntricas calles de la ciudad.... Otras preparan en cestos á propósito los fiambres, el pan y las frutas que han de constituir su alimento durante el día.... Otras, en fin, entregan á los hombres las escurridas botas de vino, á fin de que las llenen por primera vez de vino de la tierra.... para el camino.

Los mocitos llevan á cabo ó ayudan en algunas de estas faenas, echan el último pienso á los caballos, buscan hachones embreados, toman cuatro copas y se echan, por si acaso, en el bolsillo una navaja de muelles ó un cuchillo con su vaina de cuero ó una pistola.

—Á Torrijos, á Torrijos,—se oye por todas partes.

—¿Tú no vienes? Anda, no seas *esaborío*.

—Acaba, Fulanita, no seas *posma*.

—Vamos andando: ¿quién falta?

—Niñas, vamos vivas, que se va la tarde. ¿Queréis acabar?

* * *

Y comienzan á colocarse las mujeres en los vehículos preparados al efecto, y un chusco de los que se quedan grita con acento truhanesco:

—*Olé, olé; saleros ahí; las bonitas ar coche y las feas ar carro.*

Á este tiempo tropieza una mocita con uno de los chavales, y él, al sentir el golpe que ella se ha dado en el pecho con su codo izquierdo, dice con picardía:

—*¡Ay, Dios mío! que me voy á caé desmayao.*

Al oir esto una de las mujeres de cierta edad, preguntó al mozalvete:—¿Qué es eso, señó?

Y contestó él oportunamente:

—*Ná; choque sin descarrilamiento.*

* * *

Una muchacha más viva que una centella, más pequeña que una escoba, trae revuelta á toda la reunión, andando de acá para allá, riendo con todos, sonando la pandereta y dando prisa porque se ponga en marcha la comitiva.

Uno de los hombres, mareado ya por la desenvuelta joven, la reprendió seriamente, pero en són de broma, diciendo:—Á ver si te callas, loca.

Pero ella, que no tiene pelillos en la lengua, y si fuera muda reventaba, le replicó con sin igual descoco:—Pues hablo y hago lo que me da la gana y quiero, porque me sale del pecho. Sí, sí, de aquí, del pecho. ¡Pues no faltaba más!

Entonces él, para callarla, no tuvo otro remedio que ponerla en ridículo por su corta estatura, diciendo:

—*¡Bien por las tayas de la Rambla!*

Ella dió un salto como si le hubiera picado una avispa, y se fué precipitadamente al carruaje, y aun no había tenido tiempo para acabar de subir cuando un vecino suyo, dando á entender que le había visto las pantorrillas, dijo por broma:

—*Curriya: te voy á comprá unas ligas mir veces más bonitas que esas.*

Ella, enfadada todavía, y habiendo conocido la situación, hizo un mohín de desprecio, y pasándose airosamente la mano por la boca, le replicó de este modo:—Límpiate, que estás de huevo.

Y volviéndose de espaldas se puso á tocar con furia la pandereta.

* * *

El ruidoso toque de la Curra vino á dar la señal de ponerse en marcha, pues en el acto se oyeron *vivas* y *olés*, sonaron todos los palillos, acompañaron acompasadamente con palmadas todas las manos, y una morena, que tiene por ojos dos luceros, se puso de pie en medio del coche, alzó los brazos, retorciéndolos con maestría, entornó los párpados y dió principio á esas incitantes contorsiones del baile flamenco.

Uno de los mozos expresó su alegre entusiasmo diciendo:

—*Asuquita.... mare é mis entrañas.*

Y otro que tál tuvo la oportuna idea de requebrarla de la siguiente manera:

—*¡Ay qué cinturita! ¡Cabe en una sortija!*

La hermosa joven, viendo como imposible el bailar en tan poco terreno, sobre todo puesto ya en marcha el carruaje, dió una graciosa vuelta y se sentó donde pudo, casi encima de dos de sus compañeras, en vista de lo cual se creyó un mocito en el caso de decir con zalamera entonación:

—*Siéntese usté aquí.... encima é mi corazón.*

Manuel Díaz Martín.

EL POETA MORIBUNDO

(De A. de Lamartine.)

¡Aun llena se encontraba
La copa en que mis días encerraba,
Y ya se ha roto! Inútil mi lamento,
No bastará á impedir que huya la vida;
Envuelta en mis suspiros va perdida
Y escapa entre las ondas de mi aliento.
Las alas de la muerte
Hieren el bronce que anunciando llora
El fin terreno de mi triste suerte,
Con su lenguaje santo
Y entrecortada voz, grave y sonora;
El poeta al sonar su última hora
¿Debe gemir ó preludiar un canto?

Cantemos, sí; mis manos todavía
Las cuerdas pulsan de la lira mía;
Y, pues la muerte inspira, con profundo
Sentido, al vate un himno melodioso,
Como al cisne, cantemos sin reposo
Al pisar las fronteras de otro mundo.
Es un feliz presagio peregrino;
Si harmonía y amor sólo es el alma,
Sea, al morir en calma,
Su último adiós un cántico divino.

La cuerda de la lira salta rota
La más aguda nota
Al lanzar, y lo mismo se reanima
La lámpara y más vívido y más bello
Es su postrer fulgor; todo se anima
Y da al morir, brillante acrisolado,
Su más puro destello:
El cisne moribundo

Al cielo mira; el hombre á su pasado
Infeliz por el mundo;
Piensa en sus culpas y perdón implora;
Cuenta sus días y después los llora.

—

Y ¿qué tienen los días
Para que dignos sean de este llanto?
Un sol tras otro sol, hora tras hora;
Que vienen, que se van las alegrías,
Que reaparece el sol tras de la aurora
Y que siempre las penas duran tanto.
Trabajos una vez, pocas reposo,
Dolor las más y alguna
Un sueño venturoso;
Después viene la noche sin fortuna.

—

Llore aquel cuyas manos fuertemente
Se agarran á las ruinas de los años,
Como la hiedra á las paredes viejas;
Aquel que del presente,
Más negro que sus quejas,
Mira en el porvenir iguales daños
Por ser sus esperanzas desengaños;
Pero yo fuera un necio y un cobarde
Convirtiendo en pesar una quimera,
Que no crié raíces en el suelo,
Y me voy, sin esfuerzo y sin alarde,
Cual la brizna ligera
Que se remonta al cielo
Llevada por las brisas de la tarde.

—

Los poetas, volando á su albedrío,
Son cual ave de paso
Que en nuestro bosque umbrío
Jamás anida; y cuando ya al ocaso
Camina el rojo sol, va, dulcemente,
Rozando con sus alas la corriente,
Cantando allá muy lejos de la orilla:
El mundo sabe de ella solamente
Que es harmoniosa su canción sencilla.

—

Á mi inexperta mano
Jamás otra guiaba, aunque temprano
Empeñóse en jugar con el sonido;
No enseña el hombre lo que inspira el cielo;
No aprende el arroyuelo
Á bajar la pendiente; á hacer el nido
Las águilas rëales,
Á hender el aire y remontar el vuelo,
Ni á fabricar la abeja sus panales.

—

Bajo el golpe retumba la campana
Del martillo sagrado,
Y canta ó llora con su voz más fuerte,
Ya el perdón de la culpa más temprana,
Ya el himeneo santo, ya la muerte.
Mi corazón, que amando se redime,
Es igual que ese bronce, depurado
En el crisol del fuego; pues si gime,
Si una pasión le hiere despiadada,
Aún al gemir el alma apasionada
Lanza un acorde espléndido y sublime.

—

Tal es mi triste suerte
Que á cuanto á mí se acerca doy la muerte;
Con un soplo hizo Dios el alma mía,
Que alumbra y quema como el rey del día.
¡Dón fatal es morir porque se ha amado!
Con infinito duelo
Reducido á cenizas en el suelo
Miro cuanto he tocado;
Abrasa los agrestes matorrales
Así el fuego del cielo,
Que se extingue en dejándolos eriales.

—

¿Y el tiempo? No lo hay; pero, ¿y la gloria?
¿Qué importa ese eco de sonido vano
Que un siglo lleva al otro en la memoria,
Ese juguete frágil y brillante
De la posteridad? ¿El soberano
Imperio os prometéis de ese gigante
Á quien llamáis el porvenir humano?
¡Pues oid este acorde de mi lira!...
Ya en las alas del viento se retira.

—

Señalad á la muerte una esperanza
Menos frívola: ¿acaso duraría
El recuerdo de un són, que en lontananza
Se disipa, por siempre y cada día
En redor de una tumba ya vacía?
El aliento de un triste moribundo,
El suspirar del que abandona el mundo,
Son el trasunto fiel de vuestra gloria:
Vosotros, que calmáis vuestra agonía
Prometiéndoos eterna la memoria,
¿Estáis seguros de vivir un día?

—

Testigos son los dioses; desque aliento,
Jamás sin sonreir he pronunciado
Ese gran nombre,—que olvidé contento—
Por el delirio humano fabricado,
Cuanto más estrujado
Hube la frase, halléla más vacía;
Y mi labio cansado
La gloria ha desdeñado
Como la fruta, al fin, desdeñaría,
Que ni dejase utilidad ni agrado.

—

En la esperanza estéril de una gloria
Incierta, deja el hombre,
Al cruzar por los mares de la historia,
Abandonado á la corriente, un nombre,
Que, al cabo, como todo el que camina,
Desgastándose va; brillante ruina
Que avanza y flota, y que la burla ha sido
De las olas del tiempo, pues sabido
Tienen, aunque la ven que avanza y flota
De siglo en siglo, que en región ignota
Encallará en los bancos del olvido.

—

Yo arrojo un nombre más, pero sin duelos,
Á esas olas sin nombre y sin orilla,
Á merced de los aires y los cielos;
Que se hunda ó sobrenade mi barquilla,
¿Será por eso grande que me asombre?
Al fin es sólo un nombre.
El cisne que volando por la altura
En las azules bóvedas sus galas
Luce con alegría,
¿Pregunta, por ventura,
Si en el humilde césped todavía
Flotando está la sombra de sus alas?

—

—Pero, tú, ¿por qué cantas?—me dijiste.
Pregunta al ruiseñor por qué el espacio
De noche inunda con su voz doliente,
Que se mezcla al rumor de la corriente;
De la corriente que de flores viste
El que él habita celestial palacio.
Canto como respira
El hombre, ó como canta en la espesura
El ruiseñor, ó el viento que suspira,
Ó el agua que murmura.

—

Amar, orar, cantar; es mi destino.
De los fútiles bienes de este suelo,
Al emprender el celestial camino,
Sólo me falta el éxtasis sagrado
De mi lira, y recuerdo con anhelo
Esa ardiente oración que sube al cielo,
Y echo de menos el latir callado
De un corazón amante; mas confío
En sentirlo después enamorado
Aún más cerca latir del pecho mío.

—

Cual las aves nocturnas
Que ven en las tinieblas, la fe mía,
Rasgando el velo al porvenir, diurnas
Claridades vislumbra en el mañana.
Su profético instinto ¡qué alegría
Me da cuando, lanzándose á los cielos
Sobre sus ígneas alas, mis anhelos
Con dulces esperanzas engalana
Y el fin revela de mi triste suerte!
Los cielos ha cruzado,
Y al saber se anticipa de la muerte
Leyendo el porvenir, siempre ignorado.

—

Si queréis respetar mi pensamiento,
Y al alma dar el último contento,
Dejad sin nombre mi postrer morada;
No abruméis á mi sombra desdichada
Con el peso fatal de un monumento.
Una señal sencilla

Y el hueco suficiente
Para hincar la rodilla
El mísero doliente.

MICRÓFILO.

SONETO

(INÉDITO) DE QUIRÓS, EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA COLOMBINA.

Á los ojos azules de Celia.

Á oposición del Sol, y de los Cielos,
Hizo el divino Autor tu Cielo y Soles,
Fabricando aquí un Cielo con dos Soles,
Como allí, Celia, un Sol y muchos Cielos.
Allí es christal el Sol, zaphir los Cielos;
Aquí el Cielo es christal, zaphir los Soles;
Vénse aquí en breve Cielo grandes Soles,
Vése allí breve Sol en grandes Cielos.
Vencen al Cielo y Sol, tu Cielo y Soles,
Que sólo por ser más que Sol y Cielos,
Cielos son en beldad, y en luz son Soles.
Si no les opusieran Sol y Cielos,
Que siendo tan helados no son Soles,
Que siendo tan crueles no son Cielos.

ALMONEDA

En la calle San Ginés,
Número cuarenta y tres,
Por yo no sé qué razón
Hacen almoneda, y es,
Según dicen, un *filón*.
Y por si algunos lectores,
Ó bien alguna lectora,
Quieren cosas superiores,
Anunciaré las mejores
Que se venden por ahora.

—

Un San Antonio, un San Juan
Y un San Pedro Regalado,
Que aunque sin marcos están,
Hay un *San Marcos* al lado
Y.... *marcos*. .. no faltarán.
El San Pedro es superior,
Y, como ya dije antes,
Regalado, sí, señor.
Conque si *dan* el mejor
¿Qué no harán con los restantes?
San Aquilino y San Lino
Están frente á frente, pero
Puestos con tan poco tino,
Que parece que el primero
Le dice al otro:—*Aquí.... Lino.*
En la sección de pinturas
Ya no hay más cuadros notables,
Y si hablamos de esculturas
Habrá dos ó tres figuras
Más ó menos aceptables.
De ellas es la preferida
Una *Mater Dolorida*
Que por muy delgada peca.
Importante:—Es de Manteca.
(Así el autor se apellida.)
En muebles han de encontrar
Un surtido regular,
Y os diré, de ese surtido,
Lo que á mí me ha parecido
Que es conveniente comprar.
Venden por poco dinero
Un ropero con cajones,
Y aun llamándose ro-*pero*
No tiene ni el menor *pero*
Por sus buenas condiciones.
Una cómoda sin pies,
Ó sin patas, que es preciosa,
Y aunque algo defectuosa
Como *cómoda* lo es:
¡Pues no faltaba otra cosa!
Dos butacas de primera;
Una docena de sillas
Con asientos de rejillas,
Y un paraguas sin contera
Y sin forro y sin varillas.
Pudiera continuar
Más chismes enumerando,
Pero, por no molestar,
La pluma voy á dejar
En seguida, aconsejando,
Y con sobrada razón,
Que vayan con precaución
Á la calle San Ginés,
Pues no hay ni cuarenta y tres,
Ni almoneda, ni *filón*.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

EL MORIBUNDO

(NARRACIÓN ESPELUZNANTE Y UN POCO INVEROSÍMIL.)

Aunque había hecho propósito firme de dedicar aquella noche á la meditación y ejercicios piadosos, para no dar ocasión á que el pecado manchase su recién lavada conciencia, ello fué que, sin darse cuenta de su automático andar, encontróse parado en la puerta de la mansión querida que todas las noches visitaba, y le faltaron fuerzas y resolución para seguir adelante.

—Entraré un momento,—se dijo.—Después de todo, hablar con *ella* es anticipar mis conversaciones con los ángeles.

Y entró. Con la pesada laxitud de un convaleciente venció la trabajosa escalera, atravesó bastoneando un pasillo y traspasó los dinteles de la sala, donde se encontraban ya reunidos los contertulios de siempre. Todos le recibieron cariñosamente, prodigándole inocentes bromas, que contestaba él con una sonrisa contrahecha, patológica.

Ella, en cambio, su adorada Isabel, notó al primer vistazo la palidez y la amarga expresión de su rostro y se puso triste también.

—¿Qué te pasa, Manuel? ¿Estás malo?—le preguntó cuando le halló á su vera.

—Nó, hija, por Dios; ¿qué he de estar?

—¿Pues qué tienes?

—Nada: te aseguro que nada.

¡Nada! ¡Y el muy cobarde se había encorvado para ocultar una lágrima, con el pretexto de buscar un sitio en donde arrojar la punta del cigarro! Llegó la hora de jugar á las prendas, y Manuel se opuso á tomar parte en el juego; se habló de bailar un rato, y Manuel dijo que no bailaba. En resumidas cuentas: que todos los presentes conocieron que al joven le sucedía algo grave, y pusieron en averiguar qué cosa fuese el más pertinaz empeño.

Mucho le pesaba á nuestro entristecido pollo el observar que su melancolía se iba haciendo contagiosa, y mil veces se arrepintió de no haber sofocado á tiempo los impulsos que le arrastraron hacia el lugar en donde tan amilanado se encontraba.

Siempre resulta chocante eso de descomponer partidas y entibiar regocijos, y más que su propio dolor le escuece á quien tal papel hace el disgusto que sin querer origina en los demás. Hé aquí por qué causa Manuel, esquivando el contestar á las repetidas preguntas que se le dirigían, púsose de pie, tomó el sombrero, y dijo, impregnando sus frases con la escasa jovialidad que pudo encontrar en su alma:

—¡Vaya si son ustedes pesados! Pero, en fin, ya que me niegan el derecho á tener *spleen* una noche, no quiero autorizar con mi presencia ese despojo que me impone la fuerza de una mayoría. Queden ustedes con Dios, y ¡hasta más ver!

¡Qué mal se acomodaba esta jocosidad aparente de sus frases con el dejillo de amargura que se traslucía al escucharlas! ¡Qué mal! Había confesado, por otra parte, que se hallaba poseído de *spleen*, y en un muchacho andaluz, del carácter y las condiciones de Manuel, no se explicaba la presencia de ese enemigo del Norte, sin que la presidiera en motivo de considerable gravedad. Aumentóse por razones tales la curiosidad de los contertulios, y, luégo de impedir que Manuel saliese, le acosaron en mil formas para que desembuchase sus penas ante amigos que de todas veras le apreciaban.

—¡Sea!—exclamó Manuel;—pero prométanme ustedes, al menos, que no se reirán de mí ni tomarán á burla mis palabras.

Arrancada sobre este extremo una palabra formal, nuestro amigo echó atrás la cabeza, abrió desmesuradamente los ojos, y, contrayendo el rostro con una sonrisa que hacía daño, dejó caer estas frases con asombro general de los presentes.

—Pues han de saber ustedes que mañana será mi entierro.

II

Manolito Vélez era granadino.

Perdió de niño á sus padres y se encargaron de su educación dos tías suyas, bastante viejas, que se preocupaban solamente en preparar la salvación de sus almas, y que, más que en la casa propia, vivían en la del Señor. D.ª Paz y doña Angustias, que así se llamaban las tías de Manuel, no pudieron dar al niño más de lo que tenían; y entre estos patrimonios no se encontraban, por desgracia, ni una educación de buena ley, ni siquiera un concepto acertado de la misma religión que tanto manoseaban. Ambas eran idólatras, milagreras, supersticiosas, fatalistas. Creían en el destino, en los castigos materiales de la vida futura, en las apariciones angélicas y demoniacas, en todo lo que creen y comulgan la beatas de aldea, con grave detrimento de.... muchísimas cosas apreciables. D.ª Paz, la más vieja de las dos hermanas, era el *talento de la casa;* sus fallos en cualquiera cuestión eran siempre ejecutorios, sin que se concibiese la idea de apelación ó recurso; sólo en algunos casos decretaba ella misma su propia inhibición en favor del reverendísimo y astuto P. Peláez.

Pues bien; D.ª Paz, que consideraba su casa como un oasis de virtudes evangélicas implantado en un mundo vicioso y corrompido, tuvo miedo de arrojar al niño en medio de

ese hervidero de pecados, aun cuando fuese con el pretexto de proporcionarle instrucción. ¡La instrucción! ¡Otro peligro! D.ª Paz suponía que, repleta de ideas religiosas la inteligencia del muchacho, las ideas profanas que recibiese tendrían que hacerse lugar á costa de aquéllas, ó desalojándolas por completo, ó mermándolas y falseándolas, que era peor todavía. Horror le daba el pensar que su Manolito pudiera equipararse á los boquirrubios que ella veía en la puerta de la iglesia echando bocanadas de humo, diciendo chicoleos á las jóvenes y tomando á diversión las cosas más sagradas. Así salen de los colegios; eso aprenden en los claustros. Y luégo ¿para qué? Porque si al menos se hicieran hombres de provecho, capaces de honrar su patria y de ocupar en ella un puesto elevado.... Pues nó, señor; nada de eso. Cuando más, resultaban siendo abogados hambrientos ó mediquillos de aldea, eternos predicadores de herejías é ineptos para cuidar de la hacienda que heredasen.

Si Manuel no era millonario, tenía lo suficiente para vivir con holgura; y más valía que aprendiese á manejar lo suyo, que no es poca ciencia, que á desentrañar problemas arduos que maldita la importancia que tenían para él. Quedó, pues, decidido que el P. Peláez (¡aquel prodigio de virtud y sabiduría!) se encargase de dar un bañito á Manuel, poniéndole en condiciones para que pudiera presentarse en cualquier lado sin que la sangre se le arremolinara en el rostro.

Cuando Manolo contaba veintitres años, época en que nosotros le conocimos pasando una temporada en Sevilla, ya sus dos tías habían muerto, dejándole los cuartejos que pudieron reunir en su económica vida. Era á la sazón el amigo Vélez un mozo de más de mediana talla, bastante metido en carnes, de complexión robusta y nada á propósito para servir de ejemplar-modelo en un gabinete de morfología. Tenía gruesos los labios, porruda y respingona la nariz, grandes, negros y un tanto proyectados los ojos, poco espaciosa la frente y muy alborotados y hostiles los pelos de la cabeza y la cara. En conjunto, su fisonomía respiraba una bondad displicente, una hombría de bien, de la que era señal inequívoca su eterna y placentera sonrisilla, originada por viciosa contracción muscular. Parecía, al hablarle, que se asombraba de todo, aun de las cosas más nimias, y que daba color de noticia á las futilidades más sabidas y menos dignas de atención. Poco podía ufanarse de su victoria quien se propusiera engañar á Manuel; engañado quedaba al primer esfuerzo, y cuando se le daba á entender que se había tragado una bola, respondía invariablemente:

—Hombre, lo decías tan formal....

Y casi daba con su inocencia una severa lección á la frivolidad de sus amigos. Por lo demás, en parte alguna se hablaba de él sin que salieran á relucir estas frases:—¡Qué bueno es! ¡Pobrecillo! ¡Le queremos tanto!—Isabel, su novia, hija de un médico sevillano, le amaba con delirio; fascinábanle extraordinariamente el candor y bondad inagotables que se encerraban en aquel pedazo de hombrón, que ella manejaba á su arbitrio, cual muñeco de carne inofensivo y dócil.

Si nos colásemos de rondón en la esférica cholla de Manolito, nos encontraríamos con que una sola facultad, la imaginación, ejerce señoría y prospera en aquel pobre cerebro. Figuráos una mujer tosca, desgreñada, de incorrectas líneas, vociferando tétricamente, moviendo desatentada los brazos y pataleando como una loca sobre las demás facultades que duermen, reconocida su impotencia, en bochornoso letargo, y tendréis una idea del espectáculo que aquella caverna ofrecía de contínuo. Como en lóbrego desván de caserón antiguo, andaban por allí arrastrando cadenas y haciendo feos visajes, fantasmas y apariciones procreadas por el espíritu supersticioso de Vélez. El cual, completamente contrario en opiniones al célebre poeta, creía en todo menos en *la paz de los sepulcros*. Que los muertos se terciaban el sudario y andaban por las encrucijadas propinando sustos y desazones era para Manuel cosa fuera de duda; ni por los tesoros de Creso se echaría él á la calle la noche de Difuntos.

No sabemos, ni podemos saber, si un esmerado cultivo de la roñosa inteligencia de Vélez hubiera acabado con tales pamplinas. Pero sí es indudable que todos los materialistas del mundo constituidos en cuerpo docente no hubieran logrado jamás romper la fe ciega que concedía Manolo á sus corazonadas ó predestinaciones intuitivas. Verdad es que, si no razones, había motivos para ello.

Porque.... vamos á ver. Si todos los parientes cercanos de Manolo habían muerto en Enero (hecho tan casual como efectivo), ¿no debía él sospechar que en un Enero abandonaría el mundo? Pues es claro.

Otro hecho. Un día, teniendo Manuel quince años, levantóse triste, inapetente, sin ganas de andar ni de moverse, como si le hubiesen dado cañazos.

—¿Qué tienes, chiquillo?—le preguntó D.ª Angustias.

—Que me ha dado el corazón que me voy á poner muy malo.

Al día siguiente le atacaba el tifus.

(Concluirá.)

AMANTE LAFFÓN.

Á LA MEMORIA DE D. RAFAEL CALVO

LEÍDA POR LA EMINENTE ACTRIZ SRA. CALDERÓN, EN EL TEATRO DE SAN FERNANDO, EL 9 DEL CORRIENTE.

El Dios que al artista inspira
Puso en su pecho un arcano,
Y en el cerebro una pira
Donde sublima lo humano.

¡Murió el coloso, el titán!
¡Murió el artista gigante,
Y por la escena triunfante,
De su voz los ecos van!
La muerte apagó el volcán
De sublime inspiración:
Lope, Tirso y Calderón
Habrán cantado victoria
Al penetrar en la gloria
El alma del campeón.

Venid, artistas, venid,
Coged flores del proscenio,
Y ante la tumba del genio
Los perfumes esparcid.
De la indolencia salid
Y empuñad lira y cincel,
Mármol, paleta y pincel,
Y un monumento elevad,
Signo de inmortalidad,
Al insigne Rafael.

Y cuando venga el viajero
De aquel mundo de Colón,
Que le rindió admiración,
Surcando la mar ligero,
Verá con impulso fiero
Besar las pujantes olas
Su monumento, que á solas
En la densa obscuridad,
Vela la heróica ciudad
De las glorias españolas.

¡Tén silencio, bravo mar,
Y de tus olas detén
El turbulento vaivén
Y el horrísono bramar!
No vengas nunca á turbar
Su eterno sueño un segundo:
Respeta, Occéano profundo,
Si la tempestad te inflama,
Que no contiene su fama
En los ámbitos el mundo.

Musas, dadme inspiración,
Que yo me sienta poeta,
Y le cantaré al atleta
Un himno de admiración.
¡Ay! que si mi corazón
Y mi cerebro cruel
No engendran hoy para él
Nada digno de su gloria,
Dedicaré á su memoria
Estas lágrimas de hiel.

Que yo, con el alma llena
De amargura, vierto llanto
Y expreso en lúgubre canto
El dolor que me enajena.
Un eco dulce resuena
En mis oídos incierto,
Y entre su harmonía advierto
Me dice: «¡Canta y no llores:
Cubre su tumba con flores,
Que el genio vive! ¡No ha muerto!»

JOSÉ ÍÑIGO ROMERO.

Á LA MEMORIA DE RAFAEL CALVO

Con funerales crespones
Adórnase el templo santo
Del arte, que vierte llanto
Y eleva tristes canciones.
Exhalan dolientes sones
Las nueve hermanas á coro;
Porque, perdido el tesoro
Que dió á las letras valía,
¿Á quién confiará Talía
Sus pensamientos de oro?

—

Calvo ha muerto.... y no murió.
¿Cuando el ataud se cierra,
Con el cuerpo que se entierra,
El alma se funde, ó nó?
Si el Potente la creó
De su propio sér hechura,
Si el alma es la imágen pura
Del que los orbes sustenta,
Supuesto que en Dios alienta,
No tiene fin, siempre dura.

—

El espíritu no muere,
Y por ignoto camino
Cumple el diverso destino
Que por Dios se le confiere.
El espíritu que hiere
Las nubes con alto vuelo,
No se confunde en el suelo
Del lodo con la miseria,
Y, enterrando la materia,
Las puertas abre del cielo.

—

Así el tuyo, Rafael,
Que con vigoroso aliento,
Dejando el humano asiento,
Tocó el celeste dintel.
Inmarcesible laurel
Tus méritos eslabona;
La fama tu nombre abona,

Cual de artistas claro ejemplo,
Y de la gloria en el templo
Ya Calderón te corona.

FRANCISCO RUIZ ESTÉVEZ.

Sevilla, Octubre de 1888.

Á LA MEMORIA DE RAFAEL CALVO

Cantar en mi torpe rima
Lo que valió tu talento
Es de mi pluma el intento,
Á que dar no podré cima.
Que aunque el alma se sublima
Al recordar tu grandeza,
Amenaza mi flaqueza,
Desde tu altura al caer,
Que de un águila el poder
Sólo llegara á tu alteza.

—

Humilde vate sin nombre,
No debiera yo cantarte;
Pero quien supo admirarte,
¿Cómo olvidar tu renombre?
Así, aunque á todos asombre
Mi osadía, he de cantar,
Y en mi trova has de admirar,
No al que á tí llega profano,
Sino á un pecho sevillano
Que debe por tí llorar.

—

Aquí ensayó sus acentos
Impregnados de dulzura,
Bebió en nuestra brisa pura
Del artista los alientos;
Y los hermosos concentos
Con que extasiaba el actor
Aprendió del ruiseñor
Del Betis en la ribera,
Que en perpetua primavera
Está respirando amor.

—

Rompa la lira sonora
Su ya destemplada cuerda,
Que es remedo que recuerda
Su canto de ave canora;
Y el alma afligida llora
Al ver que ya no ha de oir
El dulcísimo gemir
Con que á la lira imitaba,
Si en *Don Alvaro* cantaba
¡Sevilla, Guadalquivir...!

El torrente rugidor
Despéñese sin rüido,
Que al corazón dolorido
Recordar puede al actor;
Que su acento aterrador,
Más que el torrente rugiente,
Supo estremecer valiente,
Si de *la muerte en el seno*
Gritaba con voz de trueno:
«¡Desata, soy el torrente!» (1)

—

Alcanzó noble laurel,
Dióle fortuna sus dones,
Y extasió los corazones
Por doquiera Rafael.
¿Quizá la muerte crüel
Fué, al cortar su duro ceño,
De su gloria el dulce sueño?
Nó; que en la tierra mezquina,
Toda grandeza es rüina
Y *El mayor bien es pequeño.*

—

Él conquistó con la muerte
Inmortalidad de artista;
Y si como á leve arista
Nos le arrebató la suerte,
No lloréis que yazga inerte
El barro en helada calma,
Que feliz voló su alma
Á otra superior escena,
Do gozan gloria serena
Romea, Máiquez y Talma.

—

¡Ah! que ya su inspiración
No admirará en el proscenio,
Su dulce voz y su genio
No hablarán al corazón.
Calle, pues, toda canción
Que dichas ó penas cante,
Que si faltó su brillante
Estilo y su buen decir,
¿Qué otra voz se habrá de oir
Que á nuestro espíritu encante?

J. IGNACIO S. DE URBINA.

ESCRITORES FESTIVOS

Que abunden en Sevilla, donde cada palabra es una ocurrencia, y toda conversación sainete, y bobo quien no sabe replicar una ingeniosa agudeza, y el peor recibido en cualquiera sociedad el soso, aunque prodigios de honradez y discreción realice, no es extraño.

Por eso no me causa admiración que haya por aquí tantos y tales escritores graciosos, que logren á diario que el muñeco de la Giralda se desternille de risa.

Pero si no es para maravillarse el ver cómo aquí el ingenio y la gracia, en los terrenos más incultos exuberantes florecen, porque del cielo cae y del suelo brota la sal ática que los nutre, sí debiera causarnos pasmosa admiración el ver la frondosidad, á lo menos aparente, con que la gracia retoña allá por las tierrucas del mijo y la manteca, donde vive como planta exótica, que tiene que luchar hasta con los rigores é inflexibilidades de dialectos ásperos y gruñones, como viejo encallecido.

Y no sólo vive, sino que vive con holgura, como conquistador en país dominado.

¿Serán éstas las señales del juicio de que hablaba Lope? Porque es indudable, que si no todos perdemos el juicio, es porque hay muchos que no le tuvieron jamás.

Hoy todo el que escribe, aunque lo haga con andadores y chichonera, trata de discretear y de mostrarse agudo y malicioso, poniendo en caricatura entusiasmos, propósitos, ideas que son para su entendimiento de tan difícil digestión como la papilla para el estómago del reciennacido.

Así resulta, y es muy natural, esa plaga de agudezas con más de noventa grados, que inundan los periódicos de España; y por otra parte, esa sensible carencia de personal que contribuya á toda empresa meritoria en que la fe y el entusiasmo deban tomar parte.

Porque ya no hay jóvenes; ya no hay más que viejos desengañados del mundo y sus vanidades, que ni siquiera han sabido á lo que saben las dulcísimas calaveradas de la juventud.

Y estos viejos prematuros, esos precoces infortunados son los que constituyen las avasalladoras falanges de escritores festivos—mejor sería *infestivos*—que infestan las columnas de todas las publicaciones de *poesías-camelos* y demás epidemias intelectuales.

Dios se lo perdone y el cielo haga que su sangre adquiera los glóbulos rojos de que tan necesitada parece.

JESÚS Y K. RAMBA.

CON LA INTENCIÓN BASTA

(MONÓLOGO)

¡Caracoles! Tengo un sueño
Que no puedo resistir,
Y aunque quisiera escribir,
Va á ser inútil mi empeño
Por no saber qué decir....
Pero.... nó.... vengan cuartillas,
Y no hay por qué vacilar;
Haré.... no sé qué; quintillas:
Dejemos las redondillas
Por ahora descansar.
En escribir no soy ducho,
Son las seis de la mañana,
La musa no sopla mucho,
Que digamos, y, á más, lucho
Con no tener ahora gana.
Ya nada conservo escrito,
Y hacer algo necesito;
Si no, ¿qué dirán, señores,
Los veinte mil suscriptores
Del bueno de PERECITO?
Pondré un título, y así....
¿Cómo lo titularía?
Con la intención basta, sí,
Puede que salga de aquí....
Alguna majadería.
Empecemos sin tardar:
«Es don Juan López y Pérez
Un señor....» nó, «un militar....»
Si es militar le haré alférez,
Para que pueda rimar.
Ó le mudo el apellido:
«Es don Juan López Bellido
Persona muy distinguida,
Apreciada y conocida
Por cuantos le han conocido.»
«No, está muy mal la primera;
Mas no es quintilla, y mi afán,
Como dije, es que lo fuera.
Á empezar por vez tercera:
«Es don Juan un capitán....
Un capitán de la Armada.»
Tengo la mente embotada,
Y así cualquiera se aburre.
. . . .
. . . .
¡Pero que no se me ocurre
Absolutamente nada!
Y de escribir en mi afán
Á ese infeliz de *don Juan*,
La fuerza del consonante
Lo ha hecho alférez, capitán,
Y va hacerlo comandante.
Pondré otro título, á ver:
De casta le viene al galgo
Es el que voy á poner.
. . . .
Nada, nada; que no salgo
Del trance, ¡cómo ha de ser!
Pero ahora se me ha ocurrido
Que mi intención, según creo,
Hacer el trabajo ha sido,
Y, apesar de mi deseo,
Del título no he salido.
Conque me voy á acostar,
Porque pienso, con razón,
Que ¿á qué voy á fastidiar
Y á qué me voy á cansar,
Si *basta con la intención*?

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

UN REY CÉLIBE

En el año 1505 (1) tuvo Enrique VII, rey de Inglaterra, la desgracia de perder á su primogénito Arthur, el cual se había desposado cinco meses antes con Catalina de Aragón, cuya princesa había llevado en dote doscientos mil escudos, de los cuales el Monarca inglés había ya percibido la mitad. Dicen los historiadores que es muy difícil saber si la tristeza que afligió al Rey en aquella ocasión provino de la muerte de su hijo ó de la necesidad de devolver la dote, atendida su pasión dominante, que era la avaricia. Después de varios días empleados en buscar el medio oportuno para no soltar la presa, le pareció lo más conveniente recurrir al Jefe de la Iglesia, y éste, complaciéndole, le facilitó una bula de dispensa para que casase á la dicha princesa Catalina con su se-

(1) La exigencia del consonante me hace variar el verso, que es: *¡Pues el torrente yo soy!*

(1) Según Goldsmith, 1502.

gundo hijo, que después se llamó Enrique VIII. Este matrimonio, contrario á la honestidad y conveniencia, y obra de un vil interés, tuvo consecuencias funestísimas.

—

Apenas tomó posesión del trono (1509), á la edad de diez y ocho años, Enrique VIII, cuando, de acuerdo con su Consejo, examinó si podía llevar adelante su casamiento con Catalina, discutiéndose mucho si el Pontífice podía dispensar en semejante caso. Después de largas deliberaciones, de acuerdo siempre con el Consejo, Enrique se desposó solemnemente con la viuda de su hermano. Notan aquí los escritores el ningún afecto que tenía el Soberano inglés á la Princesa española, pues su primer cuidado al ocupar el poder se dedicó enteramente á impedir su enlace con la Infanta de España.

—

Ana Bolena, una de las más notables jóvenes de su tiempo (1519), no sólo por su belleza, sino también por su talento, y educada en la galantería de la corte francesa, subyugó el corazón de Enrique VIII. Éste, que creyó tener con la seductora Ana fáciles amores, se vió completamente engañado y burlado en sus deseos. La astuta inglesa, tipo de la más refinada coquetería, apoderándose por momentos más y más del Rey, supo resistir al Monarca sin rechazar al amante; y conociendo que la pasión de Enrique por ella había llegado al último extremo, le declaró con un dolor afectado que le era imposible conceder sus favores reservados á otro hombre que á su esposo.

—

El proyecto de Ana Bolena no podía ser más extravagante, pues el Rey era casado y tenía tres hijos. La constancia y el talento, ó, mejor dicho, prodigio de artificio y destreza de aquella mujer, que supo durante doce años entretener el amor de Enrique, y, haciéndole vivir entre el deseo y la esperanza, inflamar su alma, consiguió su designio. El Monarca, atropellando por todo, se separó de Catalina (1), y el 13 de Mayo de 1533 hizo publicar á són de trompetas su matrimonio con Ana. Este casamiento fué la causa de la revolución religiosa de Inglaterra.

—

El triunfo de Ana Bolena no fué de larga duración: el 25 de Enero de 1536 dió á luz un hijo muerto; considerado esto por el Rey como una señal de que el cielo no aprobaba su matrimonio (2), acaeció que desde este momento empezó á ser fastidiosa para Enrique, y acusada el 15 de Mayo de venal y corrompida fué condenada á muerte.

—

El 19 de Mayo fué el último día para Ana. Estando en el suplicio, al notar que ciertas damas se sonreían con malignidad, exclamó: «Muero reina, apesar de ustedes.» Se alegró sobremanera al saber que el verdugo era muy hábil, y midiéndose con sus manos el cuello, dijo tranquilamente: «Es muy delgado.» Después, poniendo su cabeza sobre el tajo, recibió el golpe mortal (3).

—

Al día siguiente del suplicio de Ana Bolena, Enrique se casó con Juana de Seymour, una de las camaristas de la Reina, mujer de rara belleza y que era un término medio entre la austeridad de Catalina y la jovialidad de Ana.

—

Esta tercera mujer de Enrique VIII gozó poco de las delicias del trono: el 16 de Octubre del mismo año fué acome-

(1) Las Universidades más notables de Europa examinaron la legalidad del matrimonio de Enrique y Catalina. Dice Goldsmith, y con él la mayoría de los historiadores, que los doctores obedecieron en esta ocasión al oro, bien del Rey de Inglaterra, bien del Emperador de España, y que sólo la largueza ocasionó el triunfo al Rey.

(2) El citado Goldsmith así se expresa: «Saciada la pasión, satisfecho el deseo brutal que tuvo de poseer á Ana, Enrique concibió amor (si es permitido prostituir así esta palabra) hacia la hermosa Juana Seymour.» La inmensa mayoría de los escritores es de la misma opinión.

(3) Ana Bolena no era, al parecer, culpable de otro delito que de haber sobrevivido á la pasión del Rey.—Goldsmith.—El ilustre Millot, entre otros, se expresa en términos parecidos, y el célebre Hume es aun más enérgico en la defensa de Ana.

tida de los dolores de parto, y después de catorce horas de sufrimientos enormes, los médicos se dirigieron al Rey manifestándole que la madre ó el hijo tenían que morir: el Monarca contestó que su deseo era que los dos viviesen; pero que no siendo posible la salvación de ambos prefería la del hijo. En consecuencia de esta orden, los médicos practicaron en la Reina la operación cesárea, muriendo la infortunada señora á la mañana siguiente (1).

—

La princesa Ana, hermana del Duque de Cleves, fué la cuarta mujer de Enrique VIII. El 28 de Diciembre de 1539 se celebraron los desposorios. Pocos días duró este enlace; pues, por una parte, no viendo el Rey en su esposa la hermosura que esperaba (2), y, por otra, habiéndole gustado sobremanera la belleza de Catalina Howard, sobrina del Duque de Norfolk, intentó y llevó á cabo el divorcio con su cuarta mujer, la cual consintió en ello de buena voluntad.

—

La quinta esposa del Soberano de Inglaterra apenas disfrutó el solio. En 1540 se desposó solemnemente con Enrique y en 1542 fué acusada de haber tenido relaciones ilícitas, antes de su matrimonio, con un pintor llamado Dirhan y un médico nombrado Manock, y después de su enlace con un gentil-hombre apellidado Culpeper. Catalina, puesta ante sus jueces, manifestó que era cierto que, mientras fué libre, su conducta no había sido irreprensible; pero que después de casada con el Monarca nada había hecho contra las leyes del honor. Esta declaración no bastó á los jueces, y la infeliz Reina fué al patíbulo, juntamente con la camarista Rochefort, á quien se acusaba de haber sido la tercera de Catalina.

—

Una sexta mujer tuvo Enrique VIII, Catalina Parre, viuda del Barón de Latimer, que, aunque temerosa por el fin trágico de casi todas las esposas del Rey, había manifestado á éste que mejor quería ser su manceba que su mujer, no tuvo más remedio que ceder á la voluntad del Monarca y ocupar el trono de Inglaterra (1543).

—

Esta última mujer de Enrique sólo pudo evitar la muerte por su talento. El Rey, que parecía quererla, gustaba mucho de disputar con ella sobre religión; pero un día, fatigado de estas discusiones, forma el proyecto de deshacerse de su esposa y le escribe al Obispo de Winchester para que forme la acusación; la carta va casualmente á poder de la Soberana, y ésta, llena de audacia y confiada en su inteligencia, se presenta en la cámara real. El Monarca, al momento, pretende cuestionar; pero Catalina manifiesta á su esposo que la mujer había sido criada solamente para obedecer al hombre y recibir sus lecciones, como maestro suyo que era.—Nó, nó, —contestó el Rey;—vos sois un maestro, y en lugar de poderos enseñar, vos podréis instruirme.—La Reina replica entonces que si bien era cierto que había alguna vez discutido con el Soberano, había sido sólo con el objeto de distraerlo é instruirse al mismo tiempo con las lecciones que él no dejaría de darle.—Si esto es así,—dijo el Rey,—somos buenos amigos (1546).

Este rasgo de espíritu salvó de una muerte cierta (3) á la sexta mujer de Enrique VIII, el cual en la noche del 26 al 27 de Enero de 1547 dejó de existir.

MANUEL JIMÉNEZ HURTADO.

EPITAFIO

para el sepulcro del virtuoso y desgraciado D. Ramón Parreño, ilustre catedrático del Instituto Provincial sevillano.

Venid á esta mansión de eterno olvido,
Discípulos amados,
Y adquiriréis más grandes enseñanzas

(1) Dos días después, según Goldsmith.

(2) Aunque Ana de Cleves era alta y corpulenta, cosa muy del gusto del Soberano inglés entonces, estaba totalmente desprovista de belleza y de gracia. Enrique la solía llamar *la yegua flamenca*.

(3) El Canciller, que ignoraba lo que acontecía, entró en la cámara real con cuarenta hombres, con intención de prender á la Reina; pero Enrique, que, como sabemos, se había reconciliado con su esposa, le llamó *pícaro*, *loco* y *bestia* y le ordenó que se retirase al instante.

TIPOS





Que aquellas que brotaban de mis labios.
Aquí no se da entrada á los tesoros
De esos torpes avaros,
Que los encubren llenos de codicia
Y al fin derrochan inexpertas manos.
Los que esgrimían el puñal del odio
Tuvieron que arrojarlo,
Y sus filos quedaron para siempre,
Al dar en los sepulcros, embotados.
Los que buscaban de mundanas glorias
Los resplandores fatuos,
Al bajar á la noche de la tumba
Para siempre los vieron anublados.
Aquí se aprende á despreciar la escoria
Del lodazal humano,
Cuyo cieno ennegrece la conciencia,
Cristal por donde Dios quiere mirarnos.
Del espíritu es lámpara esta lente
Y no puede alumbrarlo,
Si, conforme nos dice la Escritura,
Con la escoria del mundo se ha manchado.
¡Y ¡ay! si, al llegar al postrimero día,
No resplandece claro
Ese cristal por donde Dios se asoma,
Para ver á los buenos y á los malos!

ANTONIO GUERRA Y OJEDA.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid: —D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, Café de la Concepción.

—Pues yo he sido federal
Y reaccionario bastante.
—¿Cómo se llama?
—*Constante.*
—(¡Qué animal!)

Un borracho compró una entrada de sol para ir á los toros, y al pagarla armó tal escándalo, que lo condujeron á la casilla. Por el camino preguntó á los guardias:

—¿Dónde me llevan ustedes?

—Á la *sombra*,—contestó uno.

—Pues misté por donde voy á está á la *sombra* teniendo entrada de sol.

Dióle en la cabeza un palo
Juan Manuel á Enrique Guerra,
Y éste le dijo:—Me carga
Que me den en la cabeza.

Ya lo he dicho en prosa,
Ya lo he dicho en verso,
Ya lo he dicho en broma,
Ya lo he dicho en serio,
Y, apesar de todo,
Los de los Correos
Siguen en sus trece.
¡Señores, qué es esto!

PERECITO. Periódico ilustrado satírico-literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario, que costará **15 céntimos**.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 21 de Octubre de 1888. Núm. 50.



PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director-propietario:—D. Manuel Díaz Martín. **Precio: 10 cénts.**

FUNCIONES POR HORAS

—Con el permiso de usted voy á subir para ver dos ó tres piececitas.
—¿Y las entradas?
—Hombre, ¡me parece que á la vista están!

SUMARIO

TEXTO.—*Crónica*, por Manuel Díaz Martín.—*Visita de confianza*, poesía, por Joaquín Alvarez Quintero.—*Toma.... y daca*, poesía, por J. Rodríguez La Orden.—*A Carrasquilla*, poesía, por Chironi.—*El moribundo*, por Amante Laffón.—*Rasgo económico*, poesía, por Serafín Alvarez Quintero.—*Menudencias*.

DIBUJOS.—Funciones por horas, por Fefeneque.—Cuestión de alumbrado, por Pin.

CRÓNICA

Imposible de todo punto es describir el aspecto que ofrece el puente de Triana en las tardes de los cuatro domingos de Octubre, llamadas vulgarmente domingos de Torrijos, aunque son muy pocas las personas que llegan al santuario del milagroso Santo Cristo de esa advocación. Lo que en un tiempo fué piadosa romería, casi ha quedado reducido en nuestros días á una fiesta mundana; de tal suerte, que la tradicional fama de la imagen del Redentor es sólo un pretexto para echar varias horas de campo en la espaciosa Vega de Triana y en los olivares de la Cuesta de Castilleja, donde se baila, canta, toca y bebe hasta que llega, juntamente con la noche, el general cansancio de los *romeros*.

Dejando á un lado estas consideraciones, que no son propias del presente trabajo, y volviendo al puente que une á Triana con Sevilla, repetimos que su aspecto es más para visto que para contado.

Multitud de coches y carros de todas clases atraviesan en una y otra dirección, atestados de gente en cuyos rostros rebosa la alegría; todos gritando, gesticulando, en una palabra, produciendo una algarabía que marea y aturde al curioso observador, no dejándole tiempo para apuntar los detalles, ni para examinar los rostros femeniles, ni aun para fijarse en los colores de los trajes, de los cuales sólo se ve un conjunto llamativo, alegre, chillón, que convida á la bulla, la fiesta y la jarana. Á los lados de los vehículos marchan muchos, caballeros en jacas, mulos y asnos; que todas estas clases de bestias son utilizadas por los mozalvetes que han de recorrer varias veces el camino, unas por gusto y otras por precisión.

Á primera vista parece imposible que puedan dar un paso los carruajes y caballerías, porque los paseantes de á pie no caben materialmente en las aceras y ocupan todo el puente: éstos, porque son arrojados á codazos y empujones; ésos, porque desean decir algo á las muchachas que ocupan los coches; aquéllos, porque tratan de pasar al otro lado; unos, porque buscan á los amigos con quienes quedaron citados; otros, porque tomaron distraidamente el lado izquierdo y observan ahora que debieran ir por el derecho.... Total: un movimiento y un ruido indescriptibles, una confusión sin límites y una animación enloquecedora.

* * *

Como es natural, los hombres aprovechan estas ocasiones para requebrar á las buenas mozas que abundan á su alrededor, pues tienen tiempo suficiente para admirar las perfecciones é ir notando los defectos. De esta suerte, cada palabra es un chiste, cada gesto un requiebro, cada frase un poema.

¿Da una mujer un profundo suspiro? Pues todavía no se ha perdido en el aire cuando dice un mocito sonriendo, pero en tono compasivo:

—*Faitiguitas me dan de muerte cuando oigo esos suspiros, maresita.*

Y al mismo tiempo exclama otro:

—*¡Vaya por Dios! ¿Le lastiman á usted las botitas?*

Y no falta tampoco un truhán que pregunte con interés:

—*Hija mia, ¿quieres que te afloje el corsé?*

Y hay, de seguro, quien diga al oído de la niña:

—*¿Adónde ha llegao, comare?*

Siendo de notar que, como ella no contestara á ninguna de las anteriores frases, el último que habló dijo en tono solemne:

—*Si ese suspiro fuera por mí me metía á formalito. ¡Por mi salú!*

* * *

Haced el favor de mirar, remirar y volver á mirar á esa señora que está colocada la primera en aquel asiento de hierro: como os fijéis bien en ella tengo la seguridad de que confesaréis que es guapa entre las guapas. Vamos, que no se le puede poner falta: su retrato podía servir de modelo para el de la Hermosura.

Así lo han entendido también cuantos van pasando y tienen la dicha de contemplarla. Escuchemos algunas de las frases que inspira á sus admiradores.

Uno se contenta con exclamar, dirigiéndose á su compañero:

—*¡Qué güena testamentaría pa un pobre!*

Otro, entusiasmado, dijo casi metiéndole las manos por los ojos:

—*Bendita sea la mare del pare de su casta é usté, ¡jermosísima!*

Y un señorito con mucha gracia, imitando en los ademanes y en la voz y en el *estilo* á los pordioseros de oficio que se ganan muy bien la vida pidiendo limosna *artísticamente*, dijo á la espléndida belleza:

—*¡Ay! Míreme usted, muchachito criatura, falto de un buen cariño, sin poderme valer, señora.*

Ésta dirigió una intensa mirada al ingenioso galanteador y le pagó con una de esas sonrisas que no tienen precio.

Él, todo satisfecho, se alejó; pero no sin decir antes:

—*Dios se lo premie, hermanita.*

* * *

Poco más allá va una mujer llamando la atención por su traje *sui géneris*, por sus exagerados movimientos, y especialmente por el descoco con que mira á los hombres; los cuales, tomándola desde luego por una mujerzuela, la miran con desprecio ó con lástima.

No falta, sin embargo, quien le diga:

—*Ten cuidao, que están echando bolillas por ahí.*

Á lo que contesta ella con desgarrado modo: «Eso será desde que tú rabiaste.»

No hubiera dejado de replicarle el mozo; pero ella se alejó pronto.... precisamente para oir que otro decía:

—*Niña, cuidaíto con los toros.*

Pero ella, que tiene por oficio la desvergüenza, contestó, entre otras palabrotas, lo siguiente: «....Ya los conozco, como á tí....»

Y como se fuese riendo locamente de su misma *gracia*, dijo un cochero de esos de voz gruesa y aguardentosa:

—*¡Ay, qué risita! Vamos á vé....*

Y un zagalón, que iba haciendo de lacayo, preguntó á gritos á la buscona:

—*Oye, ¿no vives ya en el Pópulo?*

Y una parte del público se desternilla de risa, viendo que éste brinda á la infeliz con la cárcel, mientras aquél le ofrece una píldora de estricnina.

¡Todo el mundo corta leña
Del árbol que está caído!

* * *

Pero dejémonos de tan tristes desgracias, para mirar á una mujer de esas que es preciso llamarlas hermosas con toda la boca; de esas á quienes llaman los solterones que han visto mucho mundo «una mujer completa.» Si lo es ó nó, id echando la cuenta: alta, metida en carnes, morena, con dos ojos como dos soles.... y todo esto y lo que callo, porque conviene, como dice la copla, se refiere á una señora que tendrá sus veintiocho años mal contados. Conque ¿es ó nó?

Por si no estáis convencidos todavía, puedo agregar que un albañil de esos que son flacos trabajando de peones y salen repentinamente de maestros, y se ponen gruesos, y compran una casita; vamos, un albañil cuco, se refería á la señora de que hablamos, á ese martirio de los hombres, diciendo con cierta sonrisita:

—*Esa es de las mías.*

Un oficial de albañil de esos que las cogen al vuelo de vivos que son, se adelantó y dijo: «Verdá que sí, maestro.»

Y poniéndose lo más cerca posible de la jóven viuda, dijo con salero:

—*¡Olé, la reina de las caras!*

Tan buen efecto produjo este requiebro, que ella no pudo disimular su satisfacción, y siguió andando con un aire tan majestuoso, que hizo decir á un vendedor de agua y panales:

—*Hija, ¿es Sevilla chica pa usté?*

Antes que se olvide: habéis de saber que el maestro albañil, aunque viejo, estaba en todo; y, viendo lo ocurrido, le dijo al oficial con tono protector: «Enriquiyo, no pierdas el rastro; no seas tonto, mira que eso es superió y la suerte no se presenta todos los días.»

Ignoro si Enrique aprovecharía del todo el consejo; pero puedo asegurar que, por el pronto, dió un rodeo para ponerse delante de la hermosa, la esperó haciéndose el distraído, y cuando volvieron á encontrarse hizo este intencionado disparo:

—*Er Señó te quite er sueño queriéndome á mí.*

Manuel Díaz Martín.

VISITA DE CONFIANZA

—¡Doña Carlota!
—¡Gaspar!
—Tanto tiempo sin venir....
Yo dije: «Tendré que ir.»
Y luégo me iba á llegar.
—Inútil hubiera sido,
Pues ni un momento he parado
Allí, desde que ha llegado
Un nieto de mi marido,
Que es de Rota, y en su afán
De ver esta población,
Yo he sido su *Cicerón*.
—¡Señora!
—Sí, porque Juan
Ahora está en el escritorio
Ganando un sueldo diario,
Y como era necesario
Que, sin excusas, Liborio....
—¿Liborio? Doña Carlota....
—¿Qué?
—¿Quién es ese sujeto?
—¿No te he dicho que es el nieto
Que ahora ha venido de Rota?
—¡Ah, ya! No lo había entendido.
—Como está desmejorado,
Su madre me lo ha mandado....
—Comprendido, comprendido.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
—¿Conque ahora se va á casar
La mayor de Malaver?
—¿Sí?
—Sí, me lo dijo ayer
La chica de Apolinar.
Aunque me aseguró Lola,
La hija de doña Marciala,
Poco después en su sala,
Que era *bola*.
—Será *bola*.
—Pero es que don Lagoberto
Y su esposa la de Huerta
Dicen que la cosa es cierta.

—Conforme, pues será cierto.
. . . .
. . . .
Así estuvo todo el día
Contándome más de un lío:
Que si Juan, que si Rocío,
Que si Andrés, que si Sofía,
Que si está muy mal Ciriaco,
Que si se halla en Madrid Paca,
Que si está Francisco en *Jaca*,
Que si está en un *potro* Paco,
Hasta que determinó
Marcharse, y al fin se fué
Diciendo:—Ya volveré
Más despacio. (¡Me aplastó!)

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

TOMA.... Y DACA

Me pides en tu carta que devuelva
Cuantas prendas señalan y atestiguan
Que en no lejano tiempo nos juramos
Amarnos con afán toda la vida.

Tu justa petición la reconozco;
Con amargo pesar voy á cumplirla;
Mas no te extrañe que por cambio de ella
Otros encargos á mi vez yo exija.

Aquí tengo el paquete de tus cartas;
Eran blancas, tornáronse amarillas,
No sé si por el tiempo, ó que enfermaron
Á fuerza de guardar tantas mentiras.

No busques manchas en ninguna de ellas
Que lágrimas parezcan á tu vista;
No las vuelvo á leer por eso mismo,
Para que vayan, cual vinieron, limpias.

Van puestas por el orden que llegaron;
Atadas van con encarnada cinta,
Casi tan encarnada como acaso
Al cogerlas se pongan tus mejillas.

Ahí llevas el retrato: no lo he visto;
Aunque verlo quisiera, no lo haría,
Porque ya sé á qué precio, por desgracia,
Se venden tus miradas y sonrisas.

Te devuelvo la flor que me entregaste,
La roja flor que se ostentaba un día
Sobre la nieve de tu blando seno,
Quemada por el sol de tus pupilas.

Su color y su aroma se perdieron,
Apénas si te mando las cenizas....
¡Ellas son el emblema misterioso
De las soñadas ilusiones mías!

El pañuelo bordado con tu nombre
Y con el mío en caprichosas cifras;
¡Cuando llegue á tus manos las deshaces,
Que no quiero que estén más tiempo unidas!

No tengo nada más; y, por lo tanto,
Ya considero mi misión cumplida....
Ahora te exijo que sin falta mandes
Lo que te pido en la siguiente lista:

—Catorce besos que te dí una noche
Que te estabas haciendo la dormida,
De los cuales tendrás señales negras,
Porque llegaron á oirlos las vecinas.

El polisón que te compré en la tienda
De madama Pichutti la modista.
(Y no alegues que falta no me hace,
Que ya se lo daré yo á quien le sirva.)

Me envías el neceser de palo santo,
Los catorce pañuelos de batista,
Y, si aún las conservas en buen uso,
Devuélveme los dos pares de ligas.

Los doce abrazos que te dí al descuido
Se los regalas á tu hermosa prima;
Y.... ¡á tu madre le dices que me mande
Las ciento veinticinco pesetillas!—

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Á CARRASQUILLA

Sabe, ilustre revistero,
Honra y prez de la afición,
Que voy á echarme á torero,
Aunque piense el mundo entero
Que ha de ser mi perdición.

Estoy dado á Belcebú
Y archi-super-condenado,
Pues si me hablan oigo:—*¡Mú...!*
Y si el que lo hace es casado
Replico al punto:—¡Jú, jú!

No imagines que estoy chispo,
Ni que, guasón y pelmazo,
Intente darte un bromazo:
Le doy el quiebro á un obispo
Y á un inglés un golletazo.

Sólo sé hablar de estocadas,
Berrendos y escobillones,
De piqueros, de peones....
Y hasta de medias tostadas
En algunas ocasiones.

Y esta pasión general
Me sorbe el seso y sentido,
Que cabales no he tenido;
Y su elocuencia hallo tal,
Que.... nada; estoy convencido.

Yo caigo en la tentación,
Y perdone el mundo entero.
¡Alza! Volapié certero:
Ya le dí el quiebro á un melón;
Ya descabellé el tintero.

CHIRONI.

EL MORIBUNDO

(NARRACIÓN ESPELUZNANTE Y UN POCO INVEROSÍMIL.)

(Continuación.)

III

El P. Peláez y dos sobrinas suyas solían ir las noches de invierno á casa de Manuel, donde se jugaba á la lotería hasta eso de las diez. Una noche, cuando ya se habían marchado aquéllos, y mientras D.ª Paz y D.ª Angustias disponían la cena, Manuel estaba guardando los chirimbolos de la lotería, no sin haber formado antes esbeltos castillos con los cartones y montoncitos de metralla con las bolas.

Amigo, como siempre, del misterio y las revelaciones del azar, ocurriósele preguntar al *destino* cuántos reales ganaría la noche siguiente. Hundió la mano en el bolso y extrajo una bolilla que llevaba grabado el número 6. Entusiasmado con tan favorable respuesta, y sin pararse á considerar que por ningún concepto pudo ser negativa, antojósele inquirir qué número le correspondería cuando entrara en el sorteo de quintas. ¡El 82! ¡Buena suerte!

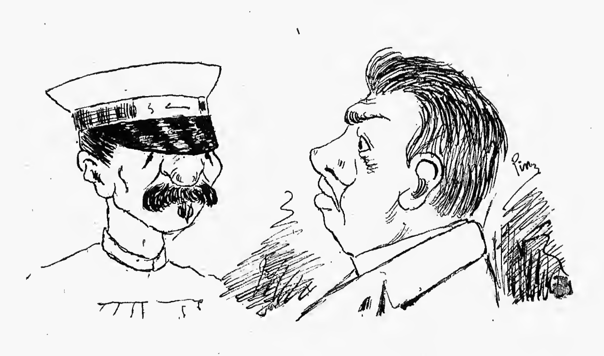
Otra pregunta tenía, como quien dice, en la punta de la lengua, sin que el muy pazguato se atreviese á buscarle contestación: le horrorizaba la posibilidad de una respuesta desgraciada. Arrojóse, al fin, á ello, y—¿á qué edad moriré?—se interrogó balbuciente. Con pulso temblón sacó la bolilla y más de un minuto la conservó en la mano sin atreverse á mirarla, hasta que, armado de resolución heróica, bajó de pronto la cabeza y leyó el número 23. Un intenso escalofrío le recorrió todo el cuerpo, produciéndole el mismo mal que una descarga eléctrica le causaría.

Pero ya en el trance amargo y con las manos en la masa decidió dejar este punto completamente averiguado. ¿En qué mes del año dejaría de existir? ¡El 1! ¡Siempre el fatal Enero! Al inquirir el día fijo en que abandonaría el mundo de los vivos tuvo que hacer uso de ciertas cábalas é interpretaciones, pues la respuesta del oráculo aparecía algo confusa; había salido el número 77, absurdo en tal ocasión, por lo que Manolo llegó á comprender que estaba en la necesidad de sujetar á una suma las dos cifras del numeral. Pero, entonces, ¿por qué no había salido el número 14? ¡Oh! ¡Quién sonda los misterios providenciales! Tal vez 7+7 querría significar la noche del 14 al 15 de Enero, dada la confusión que hay entre lo que vulgarmente se llama noche y lo que astronómicamente recibe igual denominación.

¡Quién sabe!

Resultados prácticos de todo esto. Llegó la noche siguiente y Manuel ganó á la lotería seis reales y cuatro perros chicos, fracción que las bolillas no pudieron expresar. Entró años después en quintas y sacó el número 10, es decir, 8+2; y si no obtuvo el 82 que predijo el oráculo, ni aun el 10 sin cábalas, fué, en sentir de Manolo, por la razón siguiente: quería significar el 82 que saldría libre sin necesidad de redimirse, y obtuvo el 10 (8+2, no se olvide), porque no había de eximirse del servicio de las armas por no alcanzarle el cupo, sino porque, alcanzándole, prosperaría una exención

CUESTIÓN DE ALUMBRADO



Un farolero. **Un farol.**

física que, aun no siendo cierta, las recomendaciones y algunos durillos la harían prevalecer. Todo, pues, quedó explicado.

Cumplió Vélez los veinte años y comenzó á sentir, cada vez más intensamente, la pena y el horror que le causaba su próxima visita á las regiones de ultratumba. Tentado estuvo de la idea de meterse á fraile; pero como el oráculo podía errar, ó la interpretación que le dió él podría no ser la exacta, le faltó valor para cerrarse tan pronto y tan irremediablemente las puertas del mundo y del placer. Lo que sí hizo, imitando inconscientemente al protagonista de la comedia *La resurrección de Lázaro*, fué meterse en los bolsillos cuanto dinero pudo reunir y salir de Granada para ver nuevos horizontes y entregarse á honestos placeres é inocentes diversiones. Dirigióse en primer término á Sevilla, donde conoció á la hermosa Isabel; y de tal modo se enamoró de ella, que, creyendo imposible mejorar con nuevos cambios de residencia, plantó sus reales en la capital andaluza con la tétrica resolución de quien elige el cementerio donde pronto han de enterrarle.

(Concluirá.)

AMANTE LAFFÓN.

RASGO ECONÓMICO

Hay personas en el mundo
De imaginación tan buena,
Tan perspicaces y astutas,
Que, sin gran trabajo, idean
De engañar á los demás
Sabia ó torpe la manera.
Pues bien; un padre económico,
Pero económico á prueba,
Que hacía bastante tiempo
Meditaba con paciencia
El modo de suprimirle
Á su familia la cena,
Dió por fin con el resorte,
Después de pensar mil tretas,
Y á sus hijos engañaba
De la siguiente manera:
—Vamos á ver,—les decía
Con frases cada vez nuevas,—
¿Quién quiere por esta noche
Un *perro chico* y no cena?—
Los muchachos, ¡claro es!,
En busca de la moneda,
Gritaban en el instante
Con ansiedad é impaciencia:
—¡Yo lo quiero! ¡Yo lo quiero!—
Y el padre, con mucha flema,
Les repartía los cuartos
Suprimiéndoles la cena.
. . . .
Á la siguiente mañana,
Ya sentados á la mesa,
Antes de almorzar, les dijo
En actitud muy severa:
—¡El que no me dé al instante
Un *perro chico* no almuerza!—
—
Valiéndose de ese medio
Logró realizar su idea.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

MENUDENCIAS

Único corresponsal encargado de la venta de PERECITO en Madrid: —D. Julian Rodríguez.—Corredera baja de San Pablo, Café de la Concepción.

De curtidos almacén
Tiene uno Manuel Marea,
Y le dice Adriansén
Que tiene *poca correa.*

Un caballero va á suicidarse cuando le sorprende un guardia que le dice:

—¿Qué hace usted, desgraciado?

—Quitarme la vida.

—¿Por qué?

—Porque mis apellidos son una deshonra. Me llamo Pendón Aveces.

—¡Vaya una tontería!—repuso el guardia.—Míreme usted á mí tan fresco, y, sin embargo, me llamo Pendón del Todo.

En el taller tipográfico
Donde se hace este periódico,
De venta está en precio módico
El *Pasatiempo Ortográfico.*

PERECITO, Periódico ilustrado satírico-literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas. —*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos**.—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario, que costará **15 céntimos**.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.

AÑO II. SEVILLA.—Domingo 28 de Octubre de 1888. Núm. 51.

PERECITO

PERIÓDICO ILUSTRADO SATÍRICO Y LITERARIO

Precio: 10 cénts. Director-propietario:—D. Manuel Díaz Martín. **Precio: 10 cénts.**

SUMARIO

CRÓNICA

(PIROPOS)

En los domingos de Torrijos semejan las calles de Sevilla otros tantos arroyos que se precipitan en el inmenso lago de Triana, el cual se sale de madre y convierte la calle de Castilla en caudalosísimo río humano, cuyas turbulentas olas se atropellan, se mezclan, se confunden, y, arrastrando rápidamente cuanto a su paso encuentran, inundan la espaciosa Vega y dilatan hasta los vecinos montes la ribera.

Las mujeres de esa calle, que en los últimos días de la semana estuvieron atareadas lavándole la cara á las casas, esto es, blanqueando sin miedo y aljofifando con primor, sacan el fondo del arca, hacen que los hombres se vistan de día de fiesta, presentan á los chicos más limpios que el oro, y, sentadas en los portales ó á las puertas de sus casas, presiden realmente la fiesta rodeadas de lucida corte de parientes, amigas y admiradores. Tal es el riquísimo marco del animado cuadro que forman los millares de *romeros* y paseantes que desde las primeras horas de la tarde invaden la calle de Castilla, que es anchita y larga como ninguna otra de esta ciudad del NO8DO.

Discurren por las amplias aceras, haciendo eses, tanto los frescos como los *bebidos*, forzosamente mezclados los señoritos con los mocitos de barrio, los *horteras* con los obreros, los niños con los mendigos; pero haciendo todos la rueda á las mujeres, que con la punta del pie hacen perder la cabeza al más sesudo, y que saben practicar todas las obras de misericordia con una sola mirada, pues despiden rayos de luz purísima ó de fuego asolador, según hablan el lenguaje del amor ó el de los enojos.

¿Qué mucho, pues, que sobresalga de entre la infernal vocería la regalada música de los requiebros, improvisadas oraciones de un pueblo fanático adorador de la gracia y la hermosura?

Las viejas gruñen, chillan los muchachos, los pobres importunan, gritan los vendedores, ríen, disputan ó divagan los beodos; suenan manubrios, guitarras y palillos.... Alborotan los cocheros, rechinan cien carruajes.... Estorban los agentes de la autoridad.... Fastidian los gomosos, enojan los imprudentes....

Y en medio de tal barahunda, entre gritos destemplados y palabras soeces, las hermosuras van escuchando con atento oído, aunque aparentando indiferencia, las ingeniosas frases, las *flores* que á su paso echan los admiradores entusiastas del triple poder de la belleza, la gracia y la juventud.

Veamos y escuchemos.

* * *

Aquí vienen tres muchachas, morenas ellas, guapas ellas, con *aquél*.... ellas, y que han tenido el buen gusto de vestir del mismo modo, y por cierto con gran elegancia.

Éstas fueron las que hicieron exclamar á *un punto:*

—¡Ay, qué güen terno pa mi lotería!

Ellas mismas escucharon que *un tercio* muy pinturero les decía:

—Tres hermanas y las tres preciosas. ¡Viva la casta!

Y no miento si digo que esas mismas mocitas lucían unos dientes muy monos, y unos hoyitos más monos todavía, cuando se reían á carcajadas porque un vejete de ojos muy vivos, medio *curdeta*, les cortó el paso, se quitó la gorra y dijo:

—Olé, olé y olé.... Me casaba ... con las tres.

Y remachó el clavo con estas palabras:

—Y está dicho.

* * *

En un portal, junto á la puerta de la calle, está sentada una joven, de la que no consignaré si es bonita ó fea, alta ó baja, rubia ó morena. Baste decir que su traje es negro, que está sola y que le dicen cosas por este estilo:

—Tiene usté ojos pa darle vista á diez ciegos.

—Olé, bendito sea el silencio. ¿Me quié usté da la conversación?

—¿Me da usted su retrato para un escapulario?

Y á tan galantes frases no contestaba ni con una sola palabra, ni con un gesto, ni con la mas leve señal: oía, miraba atentamente al galanteador y se quedaba tranquila cual si fuese de mármol.

(Qui potest cápere capiat.)

* * *

De esa misma casa sale una señora alta, *gruesa*, de majestuoso andar, morena, y con dos luceros en medio de la cara.... que vayan con Dios los ojos bonitos.

Casada debe de ser, cuando un hombre del barrio la saluda con estas palabras, dichas á media voz:

—Olé tu honra, aunque sobre.

Tal vez sea viuda, porque otro trianero se atreve á decir, con *su mijita de circunstancias:*

—Güena moza, quiérame usté por feo.

Viuda, casada ó lo que sea, ello es que es lo que se llama una mujer hecha de un porrazo, y que oyó esto de labios de un banderillero:

—Vale usté más que media pata é la Vigen puesta en adobo.

Abrió el torero la boca y.... no dijo nada.

* * *

Los piropeadores no olvidan á las señoras que dan el paseo airosamente reclinadas en sus carruajes; antes bien, yendo éstos despacio, en dos filas ordenadas, dando vueltas como canjilones de noria, aprovechan á maravilla estas circunstancias para detenerse de cuando en cuando y echar requiebros ó soltar cuatro frescas, que de todo ha de haber en la viña del pueblo.

* * *

En un carruaje van dos señoras, al parecer madre é hija, las cuales dan evidentes muestras de agrado con un movimiento de cabeza lleno de distinción al oir este golpe de ingenio:

—Es usted casi tan bonita como su madre.

¿Para cuál de las dos fué el requiebro?

* * *

En otro coche particular van dos señoras de cierta edad, es decir, de rostro apergaminado, á quienes dirige un chusco esta chanzoneta:

—Olé, viva el siglo XVIII.

Hay quien no respeta los pergaminos, ni la edad, ni nada.

¡Qué gentecita!

* * *

Á otra señora, que iba sola en su carruaje, le llamó la atención un paseante en cortes para soltarle esta *chirigota:*

—Ya sabe usted que me acuerdo mucho de aquello.

—¿Qué cosa es *aquello* de que te acuerdas al ver á esa buena *jembra?*—le preguntó uno de los que le acompañaban.

Y contestó el truhán con la mayor naturalidad:

—Nada, hombre, nada: con otra son dos las veces que la he visto; pues esa es la gracia.

Vaya una gracia.... mohosa.

* * *

—Ya he visto pasar dos veces el coche de esa rubia, que vale más pesetas que céntimos tiene un millón; pero no he podido verla á gusto por culpa de ese señorito que á caballo la acompaña.

Á estas palabras de un curioso contestó otro diciendo:

—¿Quié usté vé cómo dejo á ese moscardón más plantao que la estatua de Murillo? Apriete usté er paso y lo verá.

Dicho y hecho; se aproximó al carruaje y le dijo al ángel con faldas:

—Olé, er cielo sin nubes.

Y cuando vió que la rubia le miraba, añadió:

—No quiera usté á ese señorito, que tó er dinero se lo gasta en tiriyas.

Ella soltó la carcajada.

El galán se puso como un pavo.

El deslenguado se retiró diciéndole á su compañero:

—¿Ve usté cómo lo dejé *engollipao?*

* * *

Á ver, esto va á ser curioso: una joven habla con un hombre, su novio según las trazas; al otro lado de la puerta otra joven. Y ese tarambana—que así parece un pollo que con aire resuelto hacia ella se dirige—le va á decir una tontería á la chiquilla, se enterará el novio de la otra y vamos á tener cachetina. Á ver, á ver; ¿qué le dice?

—Niña, dígale usted á su hermana (gran expectación) que.... es usted muy bonita, que lo digo yo.

No era rana el chico; salió pez.... y sabroso, que habló con verdadera gracia.

Chipé.

* * *

Esas son las cosas del mundo: delante de nosotros va una mujer, pequeñita de cuerpo, pero bonita de cara, de buen talle y airoso andar; apesar de todo lo cual dió ocasión á que hablasen de ella de este modo:

Uno:

—Es finita.... pero cursi.

Otro:

—Adiós, hija; me paeses un muñequito é feria.

Que es como quien dice:

¿Para qué te pones una carga de lazos y arrumacos?

¿Por qué presumes de ese modo?

Pero ¡cualquiera se lo dice! Capaz sería acaso de sacarle á uno los ojos.

¡Dios nos libre!

* * *

Ea, ¿lo ven ustedes? Insensiblemente, sin grandes molestias—¿quién las tiene contemplando rostros hechiceros?—hemos llegado en un santiamén al final de la interminable calle. Ahora al Rippert, y.... á Sevilla.

Pero antes oigamos cómo requiebran á una barbiana que se cuenta, según pública voz y fama, entre la media docena que está de nones en Sevilla. Por lo guapas, se entiende.

Pequeñeces por este orden:

—Olé, lo flamenco de afisión.

—Bienaventurados los que lloran.... si usted quisiera.

—Te mereces una corona.... por bonita.

—Es usté más hechicera que el aguardiente de Cazalla.

Y basta.

Manuel Díaz Martín.

EL DESENGAÑO

A MI QUERIDO AMIGO EL ILUSTRADO JOVEN D. ANTONIO GUERRA OJEDA (1)

Escuchá, amigo Antonio, la relación sencilla
Que en forma de conseja oí una vez contar.
Ha evocado el recuerdo tu amena Fabulilla,
Y quiero en tu memoria poderla así grabar.

Cuando Dios crió al hombre, fueron mil entidades
Á disputar su imperio sobre aquel nuevo ser:
Llevaban la vanguardia las bellas cualidades
El Deseo de gloria, la Ambición del saber,
La Caridad ardiente, la Abnegación sublime,
La Esperanza que alienta la alegre juventud,
La noble Confianza, el Amor que redime,
Y la Fe, que es de todas la principal virtud.
—¡Y con tan ricos dones, qué mérito tendrían
Las acciones humanas, del hombre la bondad?
Premios, donde no hay lucha ¡cuán injustos serían,
Si al bien fuese arrastrado por la fatalidad!—
Así una voz clamaba, voz de un sér invisible,
Que enérgica y vibrante hasta el Señor llegó;
Y Él, para hacer del hombre el triunfo más plausible,
Del mal y el bien la lucha al punto consintió.
Entonces del Averno salieron presurosas
La Ingratitud, la Envidia y la Abyección servil,
La Ambición insaciable, las Dudas recelosas,
Y la Lujuria, esclava de la materia vil.
Y en pos de tantos vicios, la inmunda faz velada,
Salió la Hipocresía á luchar con la Fe,
Y el Fanatismo ciego, la mano diestra armada
Del puñal alevoso que su arma siempre fué.
Viendo que en la batalla al fin sucumbiría,
Por falta de experiencia, su nueva creación,
Dios mandó al Desengaño á servirle de guía,
Poniéndole delante ejemplos de aflicción.
El Desengaño entonces pidió que se le diera,
Para el primer momento feliz aprovechar,
Una cabalgadura, como el viento ligera,
Con la cual los espacios pudiese devorar.
La Astucia, aprovechando tan feliz coyuntura,
Se obligó á presentarla cual insigne favor,
Y al triste Desengaño dió por cabalgadura
Una tortuga lenta, no hallando otra peor.

Por eso el desdichado tan despacio camina,
É, inútil en el mundo, siempre en retraso está;
Por eso, aunque da voces, no evita la ruina,
Pues llega tarde ó nunca donde quiera que va.

José M.ª Gutiérrez de Alba.

CARTA

DE SAN PEDRO Á UN PINTOR DE BATALLA

Señor don Rodrigo
Rodriguez Borrego:
Por orden divina,
Desde hace algún tiempo,
Á nuestras regiones
Subió un compañero
Suyo, que ha contado
Lo que ahora le cuento.
Sepa usted, amigo
Rodriguez Borrego,
Que si es que del arte
Se gana el sustento,
Como es muy posible,
¿No puede usté hacerlo
No pintando santos,
Y sí, por ejemplo,
Asuntos de historia,
Costumbres del pueblo,
Ó.... cualquiera cosa,
Querido Borrego?
¿No soy razonable?
¿Es mentira esto?
¿No haría, de seguro,
Doble más dinero
Ó triple, explotando
Cualquier otro género?

Á mí me parece
Que sí, ¡ya lo creo!
Y además, amigo,
Que yo no tolero
Que usted me dibuje
Con rostro tan feo
Como el que me pone
Desde hace algún tiempo;
Porque según dice
Quien me ha dicho esto,
Me pone usté un tipo
Propio de un portero
De cualquiera casa,
Siéndolo del cielo.
¿Qué se ha figurado?
Yo no aguanto esto,
Y mis *amigotes*,
Señor de Borrego,
Tampoco lo aguantan;
Puede usted saberlo,
Y ojo con pintarnos
Desde ahora de nuevo.
. . . .
Vuelvo á repetirle
Que explote otro género;
Mas si es que no sabe

(1) En contestación á la fabula *El ratón y la rana*, inserta en el número 42 de este periódico.

Y sigue en su objeto,
Dígalo, y al punto
Le remitiremos
Las fotografías
Que aquí nos ha hecho
Un tal Martín Pérez,
Que hará un mes ha muerto.
Si es que no hace caso
De nada de esto,
Y sigue en sus *doces*
Pintándonos feos,
Porque cree que apenas
Me llamo yo Pedro,
Sepa usted, amigo,
Que aunque soy portero
Tengo la influencia
Bastante en el cielo
Para que al morirse,
Y á correo vuelto,
Sin contemplaciones
Vaya usté al infierno.
Conque ya lo sabe,
Y ahora firmarémos.
Por San Juan de Dios,
San Nepomuceno,
San José, San Ángel,
San Félix, San Diego,
Santa Federica,
San Gil, San Roberto,
San Estanislao,
Y además de éstos,
Por todos los santos
Que *cuelgan*,

SAN PEDRO.

Y por toda la corte celestial, yo,

JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

EL MORIBUNDO

(NARRACIÓN ESPELUZNANTE Y UN POCO INVEROSÍMIL.)

(Conclusión.)

IV

Y hé aquí que llegamos al 14 de Enero de 18..., ó sea el día fatal del no menos fatal año; día que, por más señas, era martes. Manuel, que ya había arreglado sus negocios temporales, buscó por la mañana al pie del confesonario la redención de sus culpas, y luégo dedicó el día á las más sanas lecturas y las más edificantes contemplaciones. En el convencimiento de que aun le restaban algunas horas de vida, salió á las seis de la tarde con el objeto de dar al mundo el último vistazo, y.... ya sabemos lo demás; pasó por la casa de su novia, é irresistibles fuerzas interiores hiciéronle penetrar allí.

. . . .

—Pero, vamos á ver,—preguntóle uno de los contertulios, parásito eterno suyo:—¿tú te sientes malo?

—Nó.... es decir, tanto como para morirme.... El cuerpo muy pesado, ¿sabes? Parece que con el mio voy arrastrando el de otro. Y luégo una angustia, un desconsuelo tan raro....

—¿Qué apostamos á que no has comido?

—Ni almorzado siquiera.

—Pues ahí tienes ya la causa. Añade á eso una *mieditis* aguda, y dime si no hay bastante para sentirse uno morir....

Poco á poco, y sin que se pudiera evitar, fué la conversación resbalando por el terreno de la burla. Uno brindaba á Manuel un cigarro, llamándole *simpático moribundo;* otro discurría con seriedad cómica sobre los problemas de ultratumba, relatando chistosísimos horrores; otro le probaba que la muerte no existe, apoyándose en los apuntes de Sanz del Río, publicados por Sales y Ferré, y otros, en fin, tomando la cosa en serio, pronunciaron graves discursos en que las preocupaciones y los supersticiosos quedaron muy mal parados.

Á lo menos en apariencia dióse Manuel por convencido de sus errores, y hasta se rió un poco de sí mismo y toleró que le sirvieran dos ó tres pastelillos y una copa de Jerez. Al sonar las nueve se puso de pie para marcharse, y así como en són de burla, pero en realidad con toda su alma, dijo á los presentes:

—Señores.... *por si acaso* tengo razón, no estará de más que nos demos un buen abrazo....

Y, en efecto, estrujó nerviosamente el cuerpo de los caballeros y las manos de las señoras. En la blanca de Belisa cayó un lagrimón.

—¡Oye!—díjole el parásito:—¿quieres que te acompañemos toda la noche?

—¡Quita, hombre! ¡No faltaba más! Hasta mañana ó hasta nunca, señores.

Y salió precipitadamente.

. . . .

V

En la soledad de su cuarto volvieron á trabajar penosamente en aquella cabeza vana las abrumadoras quimeras de tanto tiempo forjadas. Sentado en un sillón frente á él veía á la desnuda Parca sonriendo siniestramente y dándole de vez en cuando palmaditas en los muslos. Ardía la frente del pobre joven, mientras corrían en zig-zag por su espalda agudas líneas de frío. Á veces se apoderaba de él una extraña y pesadísima somnolencia, y recostándose en el sillón con descoyuntado abandono figurábase que sus colgantes manos iban adquiriendo, al par que un color violáceo, colosales proporciones, y las sentía desprenderse poco á poco de sus brazos, y con aceleradas palpitaciones de horror aguardaba el momento en que las oiría caer al suelo. Era también indudable para Manolo, en tales momentos, que los agujeros nasales se le habían ensanchado y los labios contraído, y hubo un instante en que aspiró un olor nauseabundo como el del ácido sulfuroso, olor que consideró primeramente inequívoco síntoma de putrefacción, aunque después pudo convencerse de que era eminentemente fisiológico y para él familiar.

Arrancado de tal letargo por un sacudimiento nervioso púsose de un salto en pie, y al cabo de unos segundos echó á andar espatarrado, con los brazos abiertos, la cabeza baja y todo el cuerpo temblón, como informe masa de gelatina, y se arrojó boca arriba en el lecho, balbuceando con triste resignación estas frases....

—Pues, señor; voy de camino....

Á las tres de la madrugada roncaba como un lirón.

VI

Á las seis y media.... ¿despertó? No lo sabía. El sueño había huido, el letargo continuaba. Dióse cuenta de que pensaba, aunque muy vagamente, y lo que pensaba era esto: «Como yo no me he muerto nunca ni estoy hecho á estos trances, no puedo saber en rigor si existo ó dejo de existir. ¿En dónde me hallo? ¿Es que mi alma revolotea alrededor de mi cadáver, ó es que aun anima y preside las funciones de la carne? ¿Sé yo, por ventura, ni he sabido jamás, lo que es morir? ¿Sé yo si el espíritu abandona súbitamente la materia, ó le hace guardia de honor hasta el día del Juicio?»

Á ninguna de estas preguntas sabía contestar; pero sí cayó en la cuenta de que, por lo menos, la muerte es la inacción. Intentando, pues, un movimiento podría resolver el tenebroso problema. Pero ¡ay! que el experimento era imponente y carecía de valor para arrostrarlo. Figurábasele que al levantar una pierna oiría un espeluznante crujido de huesos, y se desoldaría la rodilla, y se empinaría solamente el cilíndrico muslo, asomando por su extremo blanquísimo zancarrón. En estas vacilaciones pasó un buen rato, durante el cual se armó de firmeza y resolvió mover no ya la pierna, sino el brazo para ensayar á un tiempo el movimiento y la sensibilidad externa. Comenzó por intentar contracciones digitales, que le salieron perfectamente; luégo, muy despacito, probó la articulación del codo; dióse después unas palmaditas cariñosas en la región glútea, y, últimamente, se propinó en el mismo lugar pellizco tan fuerte, que le hizo saltar en seco.

—¡Estoy vivo! ¡estoy vivo!—gritó frenético de gozo, mientras rascaba la parte dolorida.

Sentado ya en la cama tomó posición natural de todos y cada uno de sus miembros, suspiró muy fuerte, tragó un gran *bocado* de saliva y moduló las primeras notas del *spirto gentil*, y recordando lo que le decía el P. Peláez cuando entraba en su cuarto á despertarle para dar la lección matinal, exclamó riendo como un bendito:

—¡Anda, Manolo! *¡Surge et ambula!*

Como se había acostado vestido tuvo que empezar por desnudarse para emprender las operaciones de aseo y volverse luégo á vestir. Mientras tales cosas hacía pensó en el regocijo con que vería, ya *resucitado*, á su adorada Belisa, y pensó también con cuánta razón se habían burlado de él los amigos, satirizando las estúpidas supersticiones de aquel pobre diablo. La persuasión de que había quedado en ridículo empezó á morderle en el alma y pensó con espanto en la zumba que le aguardaba cuando se presentase en la tertulia.

—Y con razón,—se dijo;—porque, después de todo, yo soy un sinvergüenza, un hombre sin pundonor y sin palabra. Yo he debido morirme esta noche para no quedar en mal lugar. ¡Esta robustez es absurda, intolerable!—añadió golpeándose el vientre.—¡Ah! ¡Si no estuviera el suicidio condenado por la Iglesia!...

Y el muy sandio hablaba de cosas tan graves, riéndose como un bienaventurado.

VII

—Quien da primero da dos veces; entrar riñendo es el medio mejor para que no le riñan á uno, y bien reza el refrán que reza que los duelos con pan son menos. Y quien dice duelos, dice burletas.

Tales sentencias se repetía Manuel mientras, sentado en baja silla y amarrándose los brodequines, daba vueltas en su magín á una idea endemoniada que se le había ocurrido para dar á entender á sus amigos que todas las luctuosidades de la noche anterior habían sido pura guasa. Vamos, que se *había quedado* con ellos.

Eran las siete y media: rebujadito en su capa iría en busca de un impresor y le encargaría que con toda premura le hiciese hasta diez ó doce esquelas mortuorias en las que se avisase: primero, que D. Manuel Vélez y Candial había muerto; segundo, que el transporte de su cadáver al cementerio de San Fernando tendría lugar aquella mañana á las once; tercero, que el duelo recibía y despedía en la casa mortuoria. Á las nueve ó nueve y media podían quedar entregadas las esquelas á los amigos más íntimos, y á la hora de la cita tendría Manuel preparado un opíparo almuerzo, servido por el restaurant Suizo.

¡Oh! ¡Lo que se iba á reir!...

Todo quedó dispuesto conforme lo pensó: repartidas las esquelas, avisados los sirvientes, encargado el almuerzo.... Disfrutando lo que no es decible por el éxito que le calculaba á su broma, y vestido con traje de etiqueta, arrellanóse Manuel en una butaca esperando que los amigos llegasen, tan serios, tan enlutados, quizá llorosos....

¡Á ver quién era el que se iba á divertir más!

. . . .

¡Pobre Manuel!

Aquella mañana almorzó solo. Era éste el primer caso que se daba: la primera vez que dejaba de partir el pan y la sal con algún parásito.

¡Oh! ¡La amistad!. . ¡La amistad!

Sentimiento divino: llama del Cielo: noble unión de las almas, sin rivalidades ni egoísmos.... Todos estos piropos, y otros más rimbombantes aún, dedican á la amistad los poetas en expansiones de cadencioso hipo.

AMANTE LAFFÓN.

MADRIGAL

Sentada en un jardín, entre mil flores,
Una preciosa niña se encontraba,
Cuando el sol declinaba,
Despidiendo sus últimos fulgores.
Entre sus lindas manos retenía
Un pajarillo que infeliz gemía
Ansioso de volar por el espacio,
Y al que compadecía
Viéndolo prisionero, triste, lacio,
Y próximo á ser presa de la muerte,
Como continuara de tal suerte.
Compasiva la niña, dióle un beso,
Dejó volar al preso,
Que de sus manos se escapó al instante,
Y que, de gozo y de placer radiante,
Mientras alegre sin cesar volaba,
Á la niña dichoso saludaba.

† JOSÉ SAINZ CALVO.

Á UNA DESCONOCIDA

Señorita doña N....
Me encarga don Fulanito
Que le escriba á usté unos versos
Y estos versos la dedico.
Son malos ¡qué le he de hacer!
El encargo he recibido
Tan así. . de sopetón,
Que ni sé lo que me digo.
Por lo tanto, señorita,
Si no le gusta este escrito
Lo lee usted y lo arroja
En el rincón del olvido.
Mas si usted, como presumo,
Suspira cual yo suspiro
Por alguien que no conozco
Y que en mi mente imagino,
Consérvelos, que en la vida
Se dan casos imprevistos,
Y suceden cosas tales
Que se tienen por hechizos.
Cosas más raras que ésta
Los viejos dicen que han visto,
Y de cosas asombrosas
Se han escrito muchos libros.
El mundo da muchas vueltas,
Según se sabe de antiguo,
Y envueltas en ellas vamos
Y dando vueltas vivimos.
Ayer se cayó una torre
Que era asombro de los siglos;
Hoy se halla en la miseria
El que ayer fué grande y rico;
Un loco dice verdades,
Y algún sabio desatinos;
Un hijo á su madre mata,
Y un padre abandona á un hijo;
Una mujer que era buena
Se ha encenagado en el vicio,
Y otra que fué muy judía
Se convierte al cristianismo.
Han reñido dos hermanas
Por casarse con un *primo*,
Y con *el breve* del Papa
Se casan sobrina y tío.
El lugar que fué palacio
Hoy es *corral de vecinos;*
Unos se llevan lo ajeno
Y otros se llevan.... un *mico*.
El granujilla de ayer
Hoy es un todo un *señorito*,
Y la hija del verdugo
Se enlazó con un ministro.
Un burro con forma humana
Sienta plaza de hombre listo,
Mientras un sabio se muere
Porque sabe lo que ha dicho.
El burro dió muchas coces,
El sabio verdades dijo;
El uno subió á la cumbre,
El otro bajó al abismo.
También pudiera citar
Mil ejemplos que he leído
En libros que no recuerdo,
Y por eso los suprimo.
Ahora, pues, si usted no opina
Como en este asunto opino,
Se lo cuenta usted al mozo
Que los versos me ha pedido;
Mas le juro por quien soy
Que lo que siento la digo,
Y lo escrito, escrito está,
Y no retiro lo escrito.

RICARDO PARODY.

CANTARES

I

¿Qué importa que se enlodara,
Si lloró y es buena ya?
También forma con el lodo
La golondrina su hogar.

II

La gloria de los tiranos
Con los tiranos acaba;
Porque el llanto de los pueblos
Deja marchitas sus palmas.

III

Muchas gentes tras el muerto
Iban llorando, llorando;
Y yo lloraba también;
Era de envidia mi llanto.

IV

Al salir todas las tardes
Muy triste del cementerio,
Porque se queda contigo
Envidio al sepulturero.

V

Era blanco el ataud
Y de blanco iba vestida;
Cuando la ocultó la losa
¡Todo fué negro á mi vista!

VI

Bajo el cristal de los mares
Los escollos y los sirtes:
Bajo la frente del hombre
Nadie sabe lo que existe.

VII

Hay dentro de mí un verdugo
Que se llama pensamiento,
Y más aprieta el tornillo
Cuanto más lágrimas vierto.

J. I. S. DE URBINA.

MENUDENCIAS

—¿Adónde vas?
—Á aburrirme soberanamente.
—¿Cómo así?
—Calcúlate: voy á un estreno.
—Tienes razón; te compadezco.

Un forastero:
—¿Dónde está el café de Silverio?
—Frente al Instituto, en la calle Amor de Dios.
—¿Entonces lo han mudado?
—Nó; pero se hace la competencia.
—¡Qué de cosas se ven en esta Sevilla!

PERECITO. Periódico ilustrado satírico-literario.—Se publica todos los domingos.—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—*Sevilla:* Un mes, 0,50 ptas.—*Provincias:* Trimestre, 2 ptas. *Ultramar y Extranjero:* Trimestre, 3 ptas.—Pago adelantado.—Número suelto, **10 céntimos.**—*Redacción y Administración, Tirso 4.*—NOTA.—Cada mes se publica un número extraordinario, que costará **15 céntimos.**

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3 y 5.